

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

LEONARDO CASTELLANI

INDICE

Parte Primera

BREVE INTRODUCCIÓN A LOS EVANGELIOS

I. Composición

II. Fecha

III. Los Apócrifos

IV. El Canon

V. Los Evangelios

1. Evangelio de Mateo

2. Evangelio de Marcos

3. Evangelio de Lucas

4. Evangelio de Juan

VI. La Cuestión Sinóptica

VII. Aplicación de la nueva psicología lingüística

VIII. El texto

TABLA DE CORRESPONDENCIA CON LOS CICLOS ACTUALES

DOMINGOS CICLO A	Citas en el Misal que usó el P. Castellani	
III Adviento	<u>Segundo de Adviento,</u>	Mt 11, 2-10
VI T. común	<u>Quinto después de Pentecostés,</u>	Mt 5,20-2
VIII Tiempo común	<u>Decimocuarto después de Pentecostés,</u>	Mt 6,24-33
XV Tiempo común	<u>Domingo de Sexagésima,</u>	Lc 8, 4-15
XVI Tiempo común	<u>Sexto de Epifanía,</u>	Mt 13, 31-35
XXIV Tiempo común	<u>Vigesimalprimero después de Pentecostés,</u>	Mt 18,23-35
XXV Tiempo común	<u>Domingo de Septuagésima,</u>	Mt 20, 1-6
XXVIII Tiempo común	<u>Segundo después de Pentecostés,</u>	Lc 14, 16-24
XXVIII Tiempo común	<u>Decimonoveno después de Pentecostés,</u>	Mt 22, 1-14
XXIX Tiempo común	<u>Vigesimalsegundo después de Pentecostés,</u>	Mt 22, 15-21
XXX Tiempo común	<u>Decimoséptimo después de Pentecostés,</u>	Mt 22, 34-46
I Dom. Cuaresma	<u>Primero de Cuaresma (I),</u>	Mt 4, 1-11
II Dom. Cuaresma	<u>Segundo de Cuaresma,</u>	Mt 17, 1-9
Dom. de Ramos	<u>Domingo de Ramos,</u>	Mt 26, 1-75; 27,1-66
II Dom. de Pascua	<u>Domingo In-Albis,</u>	Jn 20,19-31
Ascensión	<u>Primero después de Pentecostés,</u>	Mt 28, 18-20

DOMINGOS CICLO B		
1 de enero (Maria M. de Dios)	<u>Evangelio de la Circuncisión,</u>	Lc 2, 21
III Dom. de Adviento	<u>Tercero de Adviento,</u>	Jn 1, 19-28
VII Tiempo común	<u>Decimoctavo después de Pentecostés,</u>	Mt 9, 1-8
X Tiempo común	<u>Tercero de Cuaresma,</u>	Lc 11, 14-28
XII Tiempo común	<u>Cuarto después de Epifanía,</u>	Mt 8,23-2
XIII Tiempo común	<u>Vigesimaltercero después de Pentecostés,</u>	Mt 9, 18-26
XVII Tiempo común	<u>Cuarto de Cuaresma,</u>	Jn 6, 1-15
XXIII Tiempo común	<u>Undécimo después de Pentecostés,</u>	Mc 7, 31-37
XXX Tiempo común	<u>Domingo de Quincuagésima,</u>	Lc 18, 31-43
XXXIII Tiempo común	<u>Vigesimalquarto después de Pentecostés,</u>	Mt 24, 15-35
III Dom. de Cuaresma	<u>Noveno después de Pentecostés,</u>	Lc 19, 41-47
Domingo de Pascua	<u>Domingo de Pascua,</u>	Mc 16, 1-7
IV Dom. de Pascua	<u>Segundo de Pascua,</u>	Jn 10, 11-16
DOMINGOS CICLO C		
II Tiempo común	<u>Segundo después de Epifanía,</u>	Jn 2, 1-11
V Tiempo común	<u>Cuarto después de Pentecostés,</u>	Lc 5, 1-11
VIII Tiempo común	<u>Séptimo después de Pentecostés,</u>	Mt 7, 15-21
X Tiempo común	<u>Tercero después de Epifanía,</u>	Mt 8, 1-13
X Tiempo común	<u>Decimoquinto después de Pentecostés,</u>	Lc 7, 11-16
XV Tiempo común	<u>Duodécimo después de Pentecostés,</u>	Lc 10, 23-37
XXII Tiempo común	<u>Decimosexto después de Pentecostés,</u>	Lc 14, 1-11
XXV Tiempo común	<u>Octavo después de Pentecostés,</u>	Lc 16, 1-19
XXVIII Tiempo común	<u>Decimotercero después de Pentecostés,</u>	Lc 17, 11-19
XXX Tiempo común	<u>Décimo después de Pentecostés,</u>	Lc 18, 9-14
VI Dom. de Pascua	<u>Domingo de Pentecostés,</u>	Jn 14,23-31
IV Dom. de Cuaresma	<u>Tercero después de Pentecostés,</u>	Lc 15, 1-10
Santísima Trinidad	<u>Cuarto de Pascua,</u>	Jn 16, 5-14
I Dom. de Adviento	<u>Primero de Adviento,</u>	Lc 21, 25-33
Dom.desp.Nav. (Sgda. Flia.)	<u>Primero después de Epifanía,</u>	Lc 2, 42-52
II Dom. de Adviento	<u>Cuarto de Adviento,</u>	Lc 3, 1-6
OTROS		
V Sábado Tiempo Común	<u>Sexto después de Pentecostés,</u>	Mc 8, 1-9
IV Jueves de Pascua	<u>Tercero de Pascua,</u>	Jn 16, 16-22

VI Lunes de Pascua	<u>D. infra-octava de la Ascensión,</u>	Jn 15, 26-27; 16, 1-4
VI Sábado de Pascua	<u>Quinto de Pascua,</u>	Jn 16, 23-30
IV Lunes de Cuaresma	<u>Vigésimo después de Pentecostés,</u>	Jn 4, 46-53
V Jueves de Cuaresma	<u>Domingo de Pasión (I),</u>	Jn 8, 46-59
Navidad	<u>Evangelio del Nacimiento y del Advenimiento (I y II),</u>	Jn 1,1-14
	<u>Primero de Cuaresma (II),</u>	
	<u>Domingo de Pasión (II),</u>	

Parte Primera

BREVE INTRODUCCIÓN A LOS EVANGELIOS

I. Composición

Los cuatro Evangelios Canónicos (de Mateo, Marcos, Lucas y Juan) son los únicos documentos fidedignos que tenemos de los hechos y dichos de Cristo.

Como verá aquí el paciente lector, SON fidedignos.

El contenido de los Evangelios constituye la Catequesis Apostólica; quiere decir que ese contenido permaneció durante algún tiempo en la memoria de los *recitadores* (los *nabís* y *meturgemanes* hebreos) antes de ser fijado por escrito. La memoria de estos recitadores es un prodigio, y su fidelidad constituye un deber profesional; puesto que en los llamados *medios de estilo oral* –donde no vige la escritura, y el libro no existe o es raro– constituyen la imprenta viva y los depositarios del Tesoro –espiritual y moral– de la raza. Cristo fue uno de ellos.

Estos *recitadores* hebreos (los *rabbís*, *nabís* y *meturgemanes*) no son un fenómeno especial, han existido en todos los pueblos en la segunda etapa de la vida de la lengua: rapsodas griegos, brahmanes hindúes, poetas árabes, *guslares* rusos, ritmadores touaregs, juglares de la Edad Media... hasta nuestros payadores. Tampoco su memoria es un fenómeno inexplicable. He aquí lo que atestigua Fr. S. Krauss, psicólogo alemán investigador de las facultades mnemónicas de los *guslares*, por ejemplo:

Los “guslares” son recitadores nómades –iletrados pero ciertamente no ignorantes– entre los eslavos meridionales... La opinión popular atribuye a estos individuos una memoria a prima faz sorprendente: os nombran algunos que saben 30.000, 40.000 y aún más de 100.000 “esquemas rítmicos”. Ahora bien, por sorprendente que sea el pueblo dice verdad. Y el fenómeno es explicable: los *recitados* de los *guslares* –parecidos en esto a los recitados de Homero, de los profetas hebreos, a las epístolas de Baruch, de San Pedro y San Pablo, a los delicados paralelismos chinos– son una yuxtaposición de clisés relativamente limitados. El desarrollo de cada clisé se hace automáticamente, de acuerdo a leyes fijas...

“Un buen guslar es el que juega con sus clisés como con un mazo de barajas, que los ordena diversamente según lo que quiere inculcar. Cada guslar por lo demás tiene su estilo que le es personal. Uno de estos recitadores que ayudaron a Krauss, un llamado Milóvan, cuya memoria era sólo “ordinaria”, podía recitar 40.000 esquemas rítmicos en fila. Instructiva también es la constatación siguiente: el 18 de marzo 1885 Fr. S. Krauss se hizo recitar en presencia de Milóvan un recitado de 458 esquemas rítmicos, que Milóvan repitió palabra por palabra el 4 de octubre del mismo año, siete meses y medio después- nueve

meses más tarde, Krauss se lo hizo repetir otra vez: las variantes fueron insignificantes¹.

II. Fechas

Esta catequesis apostólica rítmico-mnemotécnica se fijó por escrito entre los 7 y 63 años después de la muerte de Jesús. La fecha de escrición de cada uno de los Evangelios ha sido largamente investigada y tesoneramente discutida durante los dos últimos siglos, a impulsos de la crítica racionalista, que propendía a fijar tal fecha lo mas lejos posible.

Actualmente esa fecha está fijada con bastante aproximación²; a saber –según la sentencia de Cornely–:

Evangelio de Mateo: hacia el año 50.

Evangelio de Marcos: hacia el año 55.

Evangelio de Lucas: hacia el año 60.

Evangelio de Juan: hacia los años 95- 100

Veamos como ejemplo la puesta por escrito del Segundo Evangelio, según el testimonio de Papías –siglo I– y San Clemente de Alejandría –siglo II–:

“Marcos que era el “meturgeman” de Pedro, puso por escrito palabra por palabra todo lo que él había retenido de coro; sin embargo, no lo puso en el mismo orden que fue dicho o hecho por Cristo, porque él no había oído al Señor ni lo había seguido; sino que más tarde había seguido a Pedro, el cual enseñaba según la bisoña pero sin dar por orden los Recitados del Señor, de suerte que Marcos no ha hecho ninguna falta poniendo por escrito la catequesis de Pedro conforme la había aprendido de memoria porque se aplicó únicamente a no omitir nada y a no alterar en lo más mínimo [los esquemas rítmicos]...

“Cuando Pedro hubo predicado públicamente la Palabra en Roma y recitado la Buena Nueva bajo a inspiración del Espíritu, muchos de sus auditores suplicaron a Marcos, que de mucho antes lo acompañaba [como meturgemán] y sabía de memoria los Recitados, que pusiera por escrito lo que él [por su oficio] repetía. Marcos escribió pues su evangelio y lo entrego a los que lo pedían. Lo cual habiendo sabido, Pedro no se opuso a la obra de su intérprete, aunque tampoco hizo nada para alentarla”³.

Lucas a su vez fijó la catequesis de San Pablo; pero completándola con adjuntos de otros recitadores, para lo cual viajó a Palestina; y esforzándose en seguir a cronología, de que los dos primeros Evangelios no curan mucho, pues Mateo recitó para convencer a los judíos y Pedro para enseñar a los romanos; de modo que el sus catequesis el orden lógico prima sobre el cronológico.

En cuanto a Mateo y Juan, ellos fueron *discípulos* desde el comienzo; y por tanto no tuvieron mas que poner por escrito lo que cuidadosamente hablan aprendido por oficio y misión; y que repetían continuamente, como fonógrafos vivos, en sus respectivas *ecclesias*.

Así la Providencia conservó para nosotros, por un medio adecuado, la Palabra de Dios. Cristo sabía escribir, pero no escribió ningún libro ¡dichoso él!; no tema editores, pues la breve y hermosa *Carta de Nuestro Señor Jesucristo al rey de Edessa, Abgaro V*, es un apócrifo de los primeros tiempos, que Eusebio trasladó al griego de la lengua siríaca y anunció haber sido encontrada en los archivos públicos de Edessa. Lo que es probable que existiera es una respuesta *oral* de Cristo al rey Abgaro, su contemporáneo, cuyo contenido

¹ Van Gennep, *La Question d'Homère*, París, 1909, pp. 51-52. Ver también *Les Institutions Musulmanes*, de Gaudefroy-Demombynes, París, 1873.

²Esta aproximación nos permite afirmar como enteramente cierto que el Evangelio de San Juan fue escrito hacia fines del primer siglo; y que los tres primeros fueron escritos antes del año 63.

³Citados por Eusebio, *Historia Eclesiástica*, Migne, *Padres Griegos*, tomo XX, p.552.

paso a esa carta apócrifa; conforme a testimonios antiguos, y conforme a lo que leemos en el Evangelio, de los “gentiles que rogaban a Cristo fuese a verlos”, petición que él declinó por entonces, prometiendo enviarles sus Discípulos; pues “no he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel”.

Cicerón tenía tres esclavos taquígrafos que lo seguían a todas partes apuntando todo lo que decía, Cristo lanzó sus recitados al viento, aparentemente; en realidad los depositó en receptáculos vivientes más fieles que un taquígrafo. Varias obras escritas de Cicerón se han perdido; la Palabra ha permanecido.

La predicación del Evangelio fue y sigue siendo esencialmente oral. Los protestantes, que clausuran su fe dentro de un libro sagrado, son gentes de estilo escrito y yerran por limitación. Al dar a todo el mundo licencia para hacerse su religión en la lectura de un libro –difícil y muy intrincado– de donde para ser religioso hay que ser “alfabeto”, el protestantismo en vez de popularizar la religión –no hay nada más popular que la enseñanza oral– la aplebeyó: la rebelión de Lutero está al comienzo de lo que llaman hoy “la rebelión de las masas”. Lutero “ha sido el hombre más plebeyo del mundo –dice con murria Kirkegor–: sacando al Papa de su cátedra, instaló en ella la opinión pública”. Parecerá exagerado; pero hay un lazo directo aunque invisible entre el doctor Martín Lutero, sabedor del hebreo, el griego y el latín y erizado de textos paulinos, y Germán Ziclis han existido siempre en el mundo; pero no enteramente sueltos y boyantes como ahora.

No decimos esto para que no se lea el Evangelio: aquí se lee demasiado poco. Lo decimos para dejar sentado que la religión de Cristo no se fundó sobre un libro –como de hecho ninguna otra religión– sino sobre la predicación y acción de un soberano *nabí*; la cual por suerte se fijó más tarde con toda fidelidad por escrito; pero sin dejar nunca de ser lo que fue. De hecho, las principales Iglesias protestantes han retornado a la predicación oral como principal medio de cultivo religioso.

III. Los Apócrifos

Al lado de los Cuatro Evangelios Canónicos, nos han llegado una buena copia (unos 62 según Fabricio y el Pseudo Gelacio) de evangelios apócrifos –sin contar los que se han perdido– de redacción posterior y anónima; y muchas veces turbia. *Apócrifo* aquí significa simplemente que no están en el Canon de los libros sagrados: no han sido reconocidos por la Iglesia como parte de la revelación cristiana.

Los más importantes son el *Evangelio según los Hebreos*, el *Evangelio según Felipe*, el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, el *Protoevangelio de Jacobo*, el *Evangelio de Tomás*, el *Evangelio de Nicodemo*, el *Evangelio Pseudo-Mateo*, el *Evangelio Árabe de la infancia de Cristo*, la *Historia de José el Carpintero*, los varios *Tránsitos de María*, la *Muerte de Pilatos*, la *Venganza del Salvador* [?], y la *Correspondencia* [apócrifa] de *Cristo con el Rey Sbgaro*. También existen varios *Actos de los Apóstoles*, *Epístolas de los Apóstoles* y *Apokalypsis* apócrifos. El gran crítico Constantino Tischendorf publicó en 1853 en Leipzig una abundante colección griega de estos interesantes documentos.

Algunos de estos “evangelios” fueron escritos por heresiarcas para intercalar o defender sus errores; y el largo *Evangelio de Valentino* por ejemplo –siglos II-III– no tiene nada de común con nuestros Evangelios, fuera del nombre, la forma externa y los personajes (Cristo, los Apóstoles, María) no contiene relatos sino una serie de discursos que exponen una herejía gnóstica singularmente extravagante, y especulaciones abstracto simbólicas, análogas a la de los “teósofos” actuales: Wilder, Head, Mme. Blavatzki... Para dar una idea de él hasta transcribir unos versículos del comienzo:

Jesús asciende a los cielos y después desciende para adoctrinar a sus discípulos.

1. Cuando resucitó de entre los muertos, Jesús pasó once años hablando con sus discípulos.

2. Y les enseñaba hasta los lugares, no solamente del primer misterio, del que está adentro de los velos y dentro del primer precepto, que constituye el misterio de los primeros preceptos y hasta de los lugares del veinticuatro, mas también las cosas que están más allá, en el segundo lugar del segundo misterio, que está antes de todos los misterios.

3. Y Jesús dijo a sus discípulos: He venido del primer misterio, que es el último misterio, que es el veinticuatro.

4. Mas los discípulos no comprendían, porque ninguno había penetrado en el primer misterio, que es la cumbre del universo.

5. Y pensaban que era el fin de los fines, porque Jesús les había dicho, respecto a este misterio que rodea al primer precepto, y los cinco moldes, y la gran luz, y los cinco asistentes y todo el tesoro de la luz.

6. Jesús no había hablado a sus discípulos de toda la emanación de los próbolos del tesoro de la luz, ni tampoco de sus salvadores, según el orden de ellos y el modo de su existencia. No les había hablado del lugar de los tres «amén», que están esparcidos en el espacio.

7. Y no les había dicho de qué lugar brotan los cinco árboles, ni los siete «amén», que son los mismos que las siete voces. . y los cinco círculos. . y los tres triples poderes... y los veinticuatro indivisibles... y los eones que son lo mismo que los próbolos del gran invisible... y sus arkonos, y sus ángeles y sus arcángeles y sus de canos y sus satélites y todas las moradas de las esferas” etcétera.

Y así prosigue interminablemente por una selva oscura de mitologías estrafalarias e incoherentes ensartadas en un vago esquema de filosofía neoplatónica, que dejan la impresión de que el egipcio Valentino fue simplemente un delirante atacado de mitomanía religiosa. Mas el crítico (?) Edmundo González Blanco considera a este evangelio (?) superior a los Evangelios Canónicos, dice que el gnosticismo fue el fondo primitivo de la religión (!) y lo que llamamos *Iglesia*—que “no existió hasta el siglo VII”—fue en sus comienzos una confusa aglomeración de sectas gnósticas... El papel lo soporta todo, y la imprenta es indiferente a las macanas⁴.

No todos los Apócrifos son disparatados o malos; aunque ninguno ostenta la majestad, dignidad y realidad vivida de los Canónicos. Los Santos Padres hicieron uso de algunos de ellos, y varios pormenores plausibles, que conserva la tradición popular cristiana, provienen de ellos: como los nombres de Joaquín y Ana, la Presentación de la Virgen al Templo, el Tránsito de María Santísima, las leyendas acerca de sus Desposorios con los detalles novelescos que Rafael ha immortalizado, la historia de la Verónica, etcétera. Incluso algunas sentencias de Cristo allí recogidas son probablemente auténticas. Emile Jacquier⁵, después de examinarlas, estima que hay diecisiete espurias, una dudosa, y seis históricas.

Los mejores entre los Apócrifos son reducciones o bien glosas ingenuas de los Canónicos, con intercalación de pormenores pintorescos, no siempre dignos ni verosímiles. Así por ejemplo el segundo *Tránsito de María*, cuya versión y transcripción se atribuye a San Vicente de Beauvais, narra la muerte de la Santísima en cinco breves capítulos piadosos y dignos, aunque imaginarios:

El segundo año después de la Ascensión, estaba un día la Virgen llorando, he aquí que el Ángel de Dios estaba ante ella.

Y la saludó y le dijo: “de parte de Dios, que por mí te la manda, he aquí una palma del Paraíso “.

“Y la llevarás contigo cuando, de ahora a tres días entres en el paraíso”.

Y habiendo María tomado la palma, que resplandecía con gran luz, salió, fue al Monte de los Olivos, oró y volvió.

Y he aquí que, Juan, predicando un domingo en Éfeso, se produjo un terremoto.

Y una nube levantó a Juan y lo condujo a la casa donde la Virgen estaba.

Mas él dijo: “No llegan mis hermanos y compañeros para hacer las exequias”

Y he aquí que súbitamente, por mandato de Jesucristo, todos los Apóstoles fueron arrebatados en sendas nubes de donde predicaban y puestos en el lugar donde María estaba...

⁴Voltaire en su *Diccionario Filosófico*, que de filosófico no tiene nada, fue el primero que intentó esta empresa de González Blanco: confundir los *Apócrifos* con los *Canónicos*, y poner por encima a los primeros.

⁵*Revue Biblique*, 1918, p. 93.

Y entre ellos estaba Pablo, que con Bernabé evangelizaba a los gentiles.
Y el día tercero, a la hora de tercia, vino sobre todos un eran sueño, de modo que sólo velaron los apóstoles y tres doncellas.
Y he aquí que Nuestro Señor vino con gran resplandor e innumerables ángeles.
Y dijo Nestro Señor a María: “Ven y entra al tabernáculo de la vida eterna”.
Y ella se arrodilló en el suelo, adoró a Dios y dijo “bendito sea, señor, el nombre de tu gloria”.
Y acabando de hablar Nuestro Señor, ella se recostó en su lecho y entregó el espíritu con acción de gracias.
Y los Apóstoles vieron que su alma era de tal blancura que lengua humana no pudiera describirla.
Y Nuestro Señor dijo a los Apóstoles: “Tomad el cuerpo, llevadlo a la derecha de la ciudad, al Oriente”.
“Y allí hallaréis un sepulcro, y la sepultaréis, hasta que yo vuelva a vosotros. . . “.

Este poema ingenuo no hace mención de la Asunción. El *Tránsito de la Bienaventurada Virgen María* arábigo la describe en cambio con escenería fantástica, así como la entrada en el cielo, y algunos milagros subsiguientes, igualmente fantásticos. Estotra es una especie de novelita devota, de no muy buen gusto, aunque reverente y repleta de textos de los cuatro Evangelios. “*El humilde José, hijo de Khalil Nunnak, ha transcripto esta historia*”, dice en el fin; no sabemos quién fue él ni quien la hizo a la historia... que es novela.

Se puede decir que los Apócrifos, aunque todos se dan como *historias*, son la primera manifestación de la novelística en torno a Cristo; y excepto los escritos con intención heretizante, responden a la curiosidad de los fieles por conocer detalles que calló la seria y sustancial narración de los auténticos. No es un género muy recomendable: “la novela es el género híbrido por antonomasia”⁶.

El último apócrifo que conocemos es el librote en tres tomos de Heredia: *Memorias de un reporter de los tiempos de Cristo* glosa desvaída de una *concordia evangélica* cualquiera, cuyo objeto o provecho no podemos ver por ningún lado; aunque puede que lo tenga.

Selma Lagerloff explotó los detalles o fragmentos poéticos de los apócrifos en su *Cristus-Legenden*, comenzando por el milagro de los *gorriones de barro*, que está en el *Evangelio Árabe de la Infancia*, en el Cap. XXXVI, y que ha pasado al folklore cristiano. Mas en este evangelio árabe no hay otra cosa aprovechable, y está repleto de milagros grotescos (como el del *Mulo transformado en hombre* del Capítulo XXI) y aun irreverentes y absurdos. Mas la novelista sueca ha escogido sus once leyendas con exquisito buen gusto y sentido cristiano.

Los principales Evangelios Apócrifos han sido publicados en español en la *Colección de Bolsillo* del comunista Bergua por E. González Blanco, traducidos –bastante mal– de la colección francesa de Michel Peeters, si no nos engañamos. Uno de ellos, el *Evangelio de Taciano*, no es sino uno de los primeros intentos de construir una *concordia evangélica*, muy tosca, con grandes supresiones y lagunas, y un orden sumamente somero: de manera que no es un apócrifo propiamente, sino una tosca reducción y armonía de los auténticos.

El publicador y traductor los acompaña de una “introducción” de trescientas páginas de lo más desordenado, indigesto y disparatado que conocemos: “*rudis indigestaque molis – Quam dixere Chaos*”⁷. El sedicente “crítico” vuelca en ella una erudición indigerida e inútil con una verborragia implacable y una falta absoluta de verdadero sentido crítico y –en suma– de ciencia alguna mechada por las afirmaciones más peregrinas y del furor demolitivo del clásico anticlerical gallego. No honra mucho a la ciencia española; al contrario. Y si Franco la suprimió, como me dicen, veló por el honor nacional⁸.

⁶Charles Du Bos.

⁷Ovidio, *Metamorfosis*, 1, 7.

⁸Actualmente existe una edición más digna de los *Apócrifos* –seleccionados– por Aurelio de

IV. El canon

Se llama *canon* el elenco de los libros de la Biblia que la Iglesia ha recibido y que retiene como revelación divina, o sea *inspirados*. Para conocer el canon, basta simplemente abrir cualquier Biblia católica: 46 libros del Antiguo Testamento; y los cuatro *Evangelios*, los *Actos de los Apóstoles*, 21 *Epístolas Apostólicas*, y el *Apokalypsis*, en el Nuevo Testamento. Algunas Biblias católicas añaden tres Apócrifos muy respetados por los Santos Padres: la *Oración de Manassés*, rey de Judá, y el 3 y 4 *Libro de Esdras*, que son un libro histórico y un apocalipsis. Algunas Biblias protestantes suprimen la *Epístola del Apóstol Santiago*.

De los libros del Nuevo Testamento hay algunos llamados *protocanónicos* que son recibidos, desde el principio y por todos, como inspirados; y los *deuterocanónicos* –o *posteriores*– de los cuales se dudó al principio en algunas Iglesias, y se incorporaron al canon posteriormente. Estos son siete:

Epístola a los Hebreos
Epístola de Santiago
Epístola II de Pedro
Epístola II y III de Juan
Epístola de San Judas Tadeo
Apokalypsis

Para *probar* el canon se acude al criterio de la unanimidad de las primeras Iglesias, del testimonio de los Santos Padres antiquísimos, a las citaciones de textos reconocidos como inspirados que hay en sus escritos, y a los *elencos* o listas de algunas Iglesias que han llegado hasta nosotros, siquier mótulas o fragmentarias, como el famoso *Fragmento Muratoriano*. El trabajo crítico acerca del canon en tres siglos de pertinaz investigación y discusión ha terminado; y no cabe ya ninguna duda acerca del sentimiento de la Primitiva Iglesia sobre los libros que están en nuestras Biblias. Lutero rechazó la *Epístola de Santiago*, llamándola “*nec divina nec apostolico stilo digna*”⁹ arbitrariamente y sin prueba ninguna; porque contradecía flagrantemente a su teología de la *justificación por la fe y no por las obras*, lo que el Apóstol dice allí *ore rotundo*: “*La fe sin obras es muerta*”. Del mismo modo rechazó como no canónicos el Apokalypsis y las *Epístolas ad Hebraeos* y la *Epístola de San Judas Tadeo*. Otros libros, como los tres Sinópticos, los Actos de los Apóstoles y algunas epístolas de Pablo, los declaró “*semicanónicos*”; lo cual, significando *medio-inspirados*, es contradictorio.

Sobre los cuatro Evangelios no queda la menor duda de que fueron tenidos siempre en la Iglesia por libros inspirados y citados con la autoridad de tales, todos cuatro son citados por los primeros Padres, llamados Apostólicos, ya desde el primer siglo: Clemente Romano cita a todos cuatro en los años 96-8; es escrito llamado *Didajé* (Enseñanza), que es anterior aún, cita tres; y así puede irse siguiendo el rastro en el siglo II con San Ignacio Antioqueno, San Policarpo, Papías, San Justino, el Pastor de Hermas, y otros; no menos que en los escritos de los herejes de aquel tiempo, Basílides, Marción, y nuestro conocido Valentino, que cita a los cuatro.

Santos Otero, BAC, Madrid, año 1956.

⁹Resumo en esta frase –que no es literal sino una Síntesis– las páginas sobre esta epístola que están en *Vorreden Zum Neuen testament* (1522), Luther, *Ausgewahlte Werke*, Fischer Bcherei, 1955.

El documento quizá más importante para la prueba del canon, es el *Fragmento Muratoriano*, un códice latino del siglo VI encontrado en la Biblioteca de Milán por el erudito Ludovico Antonio Muratori, que es transcripción de un documento eclesiástico más antiguo, cuyo autor afirma haber vivido durante el Pontificado de Pío I, o sea entre los años 140- 50. El documento está mutilado al principio y al fin; está escrito en un latín tosco, probablemente por un galo; y manifiesta la creencia de las Iglesias occidentales acerca de los libros del Nuevo Testamento. Todos los libros del Nuevo Testamento están enumerados allí – y los Evangelios con gran distinción– excepto las *Epístolas de Santiago*, la *III de Juan*, la *I y II de Pedro*, y la *Ad Hebraeos*; las cuales empero pueden haber estado en el fragmento final del Catálogo, que se ha perdido. El documento distingue a los libros sacros de otros escritos de ese tiempo, muy venerados pero no inspirados, Como el *Pastor de Hermas*; y profesa que ellos provienen del Espíritu Santo: “*Y aunque cada uno de los libros evangélicos enseñe diversas cosas, no son diferentes para la fe de los creyentes, puesto que por un mismo Espíritu principal [autor] han sido ellas declaradas*” (lin. 16-20)¹⁰.

Hay solamente tres pequeños fragmentos de los Evangelios que se pueden llamar *deuterocanónicos*, porque faltan en algunos códigos antiguos y fueron puestos en duda por algunos críticos:

1. El fin del Evangelio de Marcos (XVI, 9-20);
2. La narración del Sudor de Sangre por Lucas (XXII),
3. El episodio de la Adúltera Perdonada en Juan (VII, 53 - VIII, 11±.

Sabemos por San Agustín la razón de la omisión de esta última perícopa en algunos códices latinos: la antigua moral romana era tan severa con el adulterio que la lectura del perdón generoso de Cristo a la adúltera en algunos auditorios producía un *choquecito*; y aun quizá lo que llaman *escándalo farisaico*; por lo cual algunos sacerdotes la eliminaban por no “chocar a la gente”... y para dar trabajo a los críticos futuros. Costumbre que no se ha perdido, pues aún hoy día vemos que algunos curas se tragan partes del Evangelio que les parecen poco “populares”; y Dios quisiera se Contenten sólo con eso, y no pongan de lado a *todo* el Evangelio; y se pongan a predicar “sociología”.

El fino hilado de textos y su análisis, con que se prueba el canon, no es de este lugar, pues sólo su conclusión es lo que aquí interesa. El que quiera conocerlo puede abrir cualquiera buena *Introducción*; de las cuales las mejores que conocemos son Clodder, H. J., *Unsere Evangelien*, B. L., Herder, Friburgo, Zahn, Th., *Geschichte des Neutestamentlichen Kanons*, B. II, Leipzig, 1892; E. Jacquier, *Le Nouveau Testament dans l'Eglise Chretienne*, t. I, París, 1911; Levesque, *Nos Quatre Evangiles*, Beauchesne, París; Rosadini, *Introductio in Libros Novi Testmmenti*, t. I, Univ. Greg., Roma, 1931; Souter, A., *The Text and canon of the New Testament*, London, 1913; Wikenhauser, A., *Einleitung in das Neue Testament*, año 1952.

V. Los Evangelios

El estar y haber estado siempre los cuatro Evangelios, en el canon de la Iglesia, significa para un católico, directamente, la *inerrancia* de esos documentos, e implícitamente significa su integridad y su historicidad; es decir, que no han llegado a nosotros corrompidos, y que son realmente de los autores a los cuales se atribuyen. Todas esas notas juntas se llaman *autencia* de los Evangelios.

¹⁰“*Et licet varia singulis evangeliorum libris principia doceantur, nihil tamen differt credentium Fidei, cum uno ac principali Spiritu declarata sint...*”.

La autencia de los Evangelios fue supuesta tácitamente por la primitiva Iglesia – *implicitly*, como dicen los ingleses, es decir, sin género de duda– y poseída en paz por los siglos cristianos; con el protestantismo comienza la contienda en torno de ella, que llena hoy los libros de “apologética”. La rápida descomposición de la teología de la Reforma –que, a pesar del conservadorismo bíblico de Lutero y los primeros reformadores, llevaba en sí un fermento revolucionario de suyo incoercible– engendró la crítica racionalista, que se llamó a sí misma “la alta crítica”; en el fondo, anticristiana. La autencia de los Evangelios fue atacada en todas sus partes y puntos y con todos los métodos, y defendida igualmente en el plano científico por los doctores católicos y protestantes creyentes. Actualmente, ella pertenece más bien a la Historia: el que quiera conocerla, puede hallarla en cualquier buen tratado de *Introducción o Propedéutica*. Todos los puntos capitales tenidos por la Tradición han sido vindicados críticamente uno por uno, a veces a través de investigaciones y discusiones muy intrincadas, que aquí no interesan; y el almáximo de hipótesis diversísimas –todas las posibles quizás– elaboradas como arietes contra la antigua creencia, son hoy cosas de museo o alimento de semicultos atrasados –como Lisandro de la Torre– o anticlericales furibundos, como el supracitado González Blanco. Queda sin embargo que ese trabajo de defensa y controversia ha favorecido en definitiva el conocimiento de los libros santos y hasta su hermenéutica. Jousse no hubiese descubierto la *psicología del gesto*, por ejemplo, sin eso...

“Dios bendiga a los hijos de Lutero...”, dice Antonio Machado.

A nosotros nos compete dar aquí, brevemente, el conocimiento limpio de las conclusiones.

1. *Evangelio de Mateo.*

Mateo o Leví, hijo de Alfeo, era un cobrador de impuestos al servicio de Roma (*publicano* o *alcabalero*) en el Lago Genesareth. Llamado bruscamente por Jesús que pasaba, lo siguió y adhirió a su escuela, siendo designado más tarde por El entre los Doce. Después de la Ascensión predicó su *evangelio* en Judea y alrededores, el cual puso por escrito antes de la separación de los Doce, o sea unos 7-17 años después de la muerte del Señor. Cuándo dejó él la Judea, adónde fue y cómo murió, es cosa de que no hay certeza histórica total, y de que sólo quedan leyendas. La tradición católica lo da como mártir, celebrando su fiesta el 21 de setiembre.

El Evangelio de Mateo parece haber sido escrito en aramaico o hebreo vulgar, y traducido enseguida al griego por un hombre muy capaz: abunda en *aramaísmos*, aunque la dicción griega es correcta y hasta elegante. La versión griega se difundió rápidamente en la naciente cristiandad, y el original aramaico no ha llegado a nosotros... si es que existió; pues cabe la posibilidad de que Mateo mismo haya escrito el texto griego –contra el testimonio algo dudoso de Eusebio que se reclama de Papías, y que repiten después otros Padres– pues el griego vulgar era entonces la segunda lengua de los palestinos, que era un pueblo bilingüe, como los catalanes o irlandeses de hoy. Más aún, eminentes críticos defienden hoy que Cristo no predicó en aramaico sino en *koiné* o griego vulgar, en obsequio a sus auditores heterogéneos, y que en parte por lo menos lo hizo así, parece cierto; con Pilatos, por ejemplo, Cristo habló el griego. Puede verse en la pág. 106 del *De Profundis* de Oscar Wilde la exposición de esta hipótesis: el fino y desdichado poeta irlandés se regocijaba en su cárcel de Reading de que al leer cada día –“después de haber limpiado mi celda y lavado mis cubiertos”– el Evangelio griego, leía las “*ipsissima verba*” de Cristo. “Es para mí una delicia pensar que, por lo menos en lo concerniente a su conversación, Charmídes hubiera podido escuchar al Cristo, Sócrates razonar con El, y Platón comprenderlo; que El pronunció realmente “*egóo eimí o poiméen o kalós*” (“Yo soy el Pastor Hermoso”); que cuando pensó en los lirios del campo “que no trabajan ni hilan”, se expresó exactamente así: “*katamáthete*

ta krina tu argoín” y que su último grito, cuando exclamó: “Todo está cumplido, mi vida está completa, y ha llegado a su perfección” fue exactamente la palabra única y pregnante que San Juan nos da: “*tetélestai*” y nada más”.

Como quiera que sea, cierto es que no existió un Protoevangelio (*urevangelium*) de Mateo, ni siquiera en la forma de “*logia Jristos*” (“dichos de Cristo”) como supuso la crítica racionalista. Ignorantes de las condiciones del medio oral en que surgieron los Evangelios, creyeron necesario establecer una hipotética *fuentes escrita común perdida* para explicar las numerosas coincidencias literales de los primeros Evangelios. La ciencia actual se ríe de esa hipótesis basada sobre un falso supuesto, o mejor dicho, una *ignorantia elenchi*. “Mateo no necesitó ninguna colección escrita de «Dichos», ni menos un protoevangelio desconocido, pues su propio evangelio aramaico [o griego] es en realidad el evangelio primigenio”.¹¹ Antes de las descubiertas lingüísticas decisivas de D’Udine, De Saussure, De Foucauld, Jousse y su escuela, entre otros, ya el gran teólogo protestante Schleiermacher había presentido que la crítica racionalista hacía falso camino; y se había reído “de los que imaginan a los Evangelistas escribiendo en un escritorio cubiertos de notas y de libros de referencia”, como nosotros; que es como imaginarse a San Mateo con una máquina de escribir.

Mateo dirigió su evangelio a sus compatriotas, y por tanto su fin es convencer de que Cristo fue realmente el Mesías esperado por Israel; de donde hace mucho hincapié en el cumplimiento de las profecías, repite la fórmula “para que se cumpliera lo que dijo el Profeta” o “conforme dice la Escritura”, y cita más copiosamente que ningún otro el Antiguo Testamento (265 citas o alusiones al Antiguo Testamento se pueden contar en sus 28 capítulos) interpretándolo con bastante libertad y no siempre literalmente.

La cuestión de si Marcos y Lucas conocieron el Evangelio de Mateo, o si Mateo —o al menos su traductor— conoció el de Marcos —como opinó Grotius— tan debatida por los partidarios de la *interdependencia*, hoy día no tiene sentido, a no ser como curiosidad. Probablemente Marcos no conoció el Evangelio de Mateo y Lucas sí. En cuanto a Juan, conoció los tres Sinópticos.

2. Evangelio de Marcos.

Marcos fue judío de nación, y con su primo Bernabé acompañó a San Pablo en su predicación, aunque no sin bruscos abandonos y quizá algún rozamiento. Sin embargo, en la primera cárcel romana de Pablo, Marcos está con él 13. Después acompaña muchos años a Pedro como *meturgemán* —repetidor-intérprete— (14). Después de la muerte de los Apóstoles, fundó la Iglesia de Alejandría de Egipto, la cual quizá gobernó como obispo hasta su martirio. La Iglesia celebra su fiesta el 25 de abril.

Marcos escribió su evangelio en Roma, en qué condiciones y por qué, lo hemos visto en los testimonios de Papías y Clemente Alejandrino recogidos por Eusebio. El examen interno de su evangelio confirma esa noticia testimonial: es vivo y *visual*, como de un testigo presencial; la personalidad de Pedro aparece como al trasluz; las faltas y debilidades del Príncipe de los Apóstoles están acusadas, en tanto que sus honores faltan o están en sordina, explicaciones de las costumbres judías, traducciones de palabras arameas, latinización de palabras griegas, ilustraciones topográficas palestinas... y en cambio los lugares y costumbres romanas pasadas por alto como conocidos; todo indica que el documento está dirigido a los cristianos provenientes de la Gentilidad; y especialmente a los latinos.

Hay en el Evangelio de Marcos un episodio curioso, que no se sabe a qué apunta y no está en los otros evangelistas (“*ápax legómenon*”, como dicen los críticos), que quizá sea una especie de *firma* discreta del autor. Cuando Cristo era llevado preso por el huerto de los

¹¹Méchineau, *La Question Sinottica*, Roma, 1913, p. 193.

Olivos, “un joven lo siguió, cubierto solamente con una sábana sobre el cuerpo. Uno de los soldados lo atrapó, y él dejándole caer la sábana en las manos, huyó desnudo”. ¿Qué quiere decir esto? Los intérpretes han hecho varias interpretaciones “místicas”, como por ejemplo aquel que dijo:

*“Pero si ése es el camino
del que no hace mas consiente,
me haré santo solamente
con aceptar mi destino:
el del mancebo que, mudo
de una sábana cubierto
vio a Cristo que iba a ser muerto
la tiró y huyó desnudo.
Hoy Cristo sale a morir
para atestiguarlo, pues,
Sigue mi vida, después
del deseo de vivir”.*

Pero qué significa literalmente ese rasgo y para qué está puesto allí, nadie lo sabe. Algunos intérpretes suponen que ese mancebo fue Marcos; el cual, a semejanza de los pintores del Renacimiento que ponían su propio rostro en un cuadro —y Velázquez se pintó como un mozo de caballos en la *Rendición de Breda*—, se complugo en estampar esa su fugaz relación con Cristo. Esto tendría en contra el testimonio de Papías acerca de que Marcos “no conoció ni siguió a Cristo”. Pero puede conciliarse; Papías se refiere probablemente al *discipulado*, no a un conocimiento fugaz como éste. A mí me gusta la hipótesis; y no hay otra mejor para explicar ese fragmento; sin embargo, no les recomiendo lo que el poeta D'Annunzio borda sobre ella en su libro *Contemplazione della morte*.

3. Evangelio de Lucas.

Lucas fue un médico griego, probablemente nacido en Antioquía de Siria, acompañante fiel e impertérrito del Apóstol Pablo en sus muchos caminos por mar y tierra, a partir de la segunda misión desde Troas a Macedonia, hasta el martirio del Apóstol de las Gentes. Lo acompañó a Roma —quizá también a España— y estuvo con él, incansable, durante sus dos prisiones: en la segunda prisión “él sólo”, atestigua el Apóstol (II Tim IV, 11): “sólo Lucas está conmigo”. Acompañando a Pablo estuvo en Jerusalén los años 42-50, donde suplementó la catequesis oral de Pablo, la cual sabía de memoria como *meturgemán*, con noticias “*recogidas diligentemente*” —como él dice— *sur place* y de la boca de testigos presenciales y catequistas o recitadores: por lo cual su evangelio contiene muchas *novedades* (datos y episodios propios, incluso parábolas) respecto de los dos primeros. La tradición mantiene que allí conoció a la Madre de Jesús, y de ella recibió el relato de la Anunciación del Ángel y la Infancia de Jesús, que él sólo nos transmite. *Ainda mais*, dicen que pintó un retrato de la Virgen, que se conserva hoy en *Santa María sopra Minerva* en Roma: es un retrato bastante malo por desgracia, posiblemente apócrifo. Pero de él han salido las diversas descripciones del *físico* de la Madre de Dios, que han deleitado a los poetas cristianos:

*“... De estatura de cuerpo fue mediana,
Rubio el cabello, de color trigueño,
Afilada nariz, rostro aguileño
Cifrado en él un alma humilde y llama.
Los ojos verdes de color oliva,*

*La ceja negra y arqueada, hermosa,
La vista santa, penetrante y viva,
Labios y boca de púrpura rosa... ”,*

que dice Rey de Artieda. O aquello otro espléndido de Lope de Vega:

*“Poco más que mediana de estatura,
Como trigo el color, rubios cabellos,
Los ojos grandes, y la niña dellos
De verde y rojo con igual dulzura.*

*Las cejas de color negra y no oscura,
Aguileña nariz, los labios bellos
Tan hermosos que hablaba el cielo en ellos
Por ventanales de su rosa pura.*

*La mano larga para siempre darla
Saliendo en los peligros al encuentro
De quien para vivir quiera tomarla*

*Esa es María, sin llegar al centro,
Que el alma sólo puede retratarla
Pintor que estuvo nueve meses dentro ”.*

El alma de María aparece en Lucas solamente en algunas frases llenas de misterio y de modestia. María es inretratable, la criatura más modesta y escondida del Universo, fuente sellada del Creador. La devoción cristiana dice que si la hermosura de María hubiese sido expuesta los hombres la hubiesen adorado como una deidad; lo cual cuenta la leyenda de San Dionisio el Areopagita.

El Evangelio de Lucas es el mejor compuesto, el más literario y cuidado; sin embargo, su estilo es semejante a los otros, y conserva la traza –un poco menos visible– de los esquemas rítmicos que caracterizan el *estilo oral*. El crítico Johann Perk, S. S., en su libro *Synopse der Vier Evangelien*, p. 23, escribe sobre él estas palabras, que muestran conocimiento de las descubiertas de la escuela lingüística francesa:

Algunos investigadores tienen a la «memoria» de los palestinos de ese tiempo por capaz de mantener fielmente los esquemas originales incluso por decenas de años. Lo prueban por las centenarias transmisiones orales de los rabinos y las sorprendentes retenciones de los pueblos primitivos. La transmisión oral posiblemente mantuvo con fidelidad y plasmó con exactitud los dichos y hechos del Maestro, de los cuales [los recitadores hebreos] *querían ser sólo y exclusivamente “testigos” y no glosistas o historiadores.*

De esta transmisión oral técnica y fidelísima se sirvió Lucas, avezado él mismo por su propio cargo de *meturgemán* a su ejercicio.

El Evangelio de Lucas, lo mismo que los Actos de los Apóstoles, que también redactó, están dedicados a un “Teófilo”, que algunos creen una persona particular insigne, y otros dicen es un nombre simbólico que representa la multitud de los cristianos.

*“Después que muchos han puesto mano
Acerca de las cosas que entre nosotros pasaron Dar relato ordenado
Como a nosotros nos las han dado
Los que desde el principio las vieron
Y quedaron hechos Servidores del Verbo*

*Me pareció también a mí,
Enterándome cuidadosamente por orden,
Oh poderoso Teófilo,
Ponerlas por escrito en orden
Para que tengas seguro fundamento
Del Verbo en que has sido catequizado”.*

Así reza el texto griego del comienzo del Evangelio DE LUCAS.

4. Evangelio de Juan.

El Cuarto Evangelio es el libro más egregio que ha salido de manos de hombre.

La Iglesia ha retenido siempre que su autor es el mismo que escribió el Apokalypsis: y que éste es el Apóstol Juan, el que es llamado en el mismo Evangelio, el “*Discípulo Amado*”. En el comienzo del Apokalypsis está escrito, a modo de *título*:

*“Revelación de Jesucristo
Que se la dio Dios Poderoso
A mostrar a los siervos suyos
Las cosas que se deben hacer pronto
Y las significó mandando al Ángel
Suyo, a su siervo Juan,
El que testimonió al Verbo de Dios,
Y el testimonio de Jesús el Cristo:
Cosas que él mismo ha visto”.*

Y al fin del cuarto Evangelio, XXI, 24, está escrito manera de *firma o autenticación*:

*“Este es el Discípulo
El que testimonia acerca de esto
Y el que escribió todo esto
Y sabemos que es la verdad
El testimonio de él”...*

Este penúltimo versículo creen hoy los críticos que fue escrito por los *Presbíteros* (o Ancianos) de la Iglesia de Éfeso, como una especie de autenticación o recomendación del libro a las demás Iglesias.

La atropellada de la crítica racionalista, o “hipercrítica”, a este libro ha sido la mayor de todas. ¡Qué no han dicho acerca de él y su autor! Que el Apokalypsis es un apócrifo, que su autor no es el autor del Evangelio, que el autor del Evangelio fueron los Ancianos de Éfeso, que fue un *anciano* desconocido llamado Juan, que no tuvo autor y fue un producto “colectivo”, que es un libro teológico y “místico”, no histórico –escrito con el fin de inculcar la idea “nueva” de que el Mesías Cristo era Dios–; en suma un libro “místico”, una invención, sublime ciertamente, pero irreal.

La crítica católica ha tenido que bregar pacientemente con todas estas hipótesis, fantásticas en el fondo, aunque desplegadas a veces con una gran virtuosidad de erudición de hormiga. El que quiera conocer esta brega puede hallarla en la *Introducción* del P. M. J. Lagrange, O. P., a su docto *Comentario al Evangelio según San Juan*¹² u otro de los libros

¹²*Evangile selon Saint Jean*, par le P. M. J. Lagrange, des Frères Prêcheurs, Gabalda, París, 7^a ed., 1947. Introduction: préliminaires et Chap. 1.

técnicos que él trae en su bibliografía. La erudición aliada al prejuicio es una peligrosa arma; un historiador erudito y prejuiciado puede hacer decir a la “historia” lo que él quiere; lo sabemos de sobra.

Fácil nos sería resumir esa intrincada controversia; pero aquí huelga. Al argentino que quiere rechazar el Evangelio por una necesidad de cualquier orden que sea, le basta con decir: “Son cosas de curas”, sin emprender la empresa alemana de aprender latín, griego y hebreo y leer los libros antiguos –que por lo demás no hay aquí– para hallar en ellos índices y vestigios que le permitan decentemente negar la autencia de Juan “científicamente”; y afirmar después, por ejemplo, que el cuarto Evangelio es obra de un impostor de la secta gnóstica, que se cubrió con el nombre y la simulación del Apóstol para meter su “doctrina espiritual” de matute; como dice por ejemplo Loisy, siguiendo a Heitmueller; u otras fantasías por el estilo.

Pero aun para los hombres de ciencia galos o germanos, todo esto es ya historia antigua. El gran esfuerzo de la impiedad por destruir el Evangelio ciertamente ha sido un factor de la confusión y oscuridad actual y ha contribuido a la gran apostasía; pero hoy solamente se ensarta en eso aquel que quiere.

Lo cierto es que el cuarto Evangelio fue recibido desde el principio en todas las Iglesias como del Apóstol Juan, cubierto por la autoridad apostólica y el testimonio de todos los contemporáneos. No cabe la posibilidad de error o engaño en una cosa tan capital para los cristianos coevos. La autencia del Evangelio de Juan está pues *in possessione*, como dicen los juristas; y son los que la opugnan –¡en el siglo XIX!– los que tienen el cargo de probar; y no prueban de ninguna manera sus negaciones. Eso bastaría; pero para total abundamiento, el examen interno del escrito confirma su atribución al hijo menor del Zebedeo; y el testimonio unánime de los Santos Padres del siglo II e incluso de los herejes de ese tiempo, como los valentinianos Ptolomeo y Heracleón y Basilides y Marción, constituyen una evidencia aplastante. Cualquiera que emprendiese a decir que el libro *De bello Gallico* no es de César, se haría la risa del mundo entero; y hay un peso testimonial mucho mayor de que el Evangelio de San Juan es del Apóstol Juan. Pero, como dice Pascal, si el teorema de Pitágoras indujese para los hombres alguna grave obligación o peso, hace muchísimo que hubiera sido “refutado”.

Juan, el Discípulo Amado, galileo, fue un hijo del pescador Zebedeo y de Salomé, una de las santas mujeres que siguió a Cristo hasta la muerte; y más allá. Como Pedro y Andrés, y otros muchos, siguió primero a Juan el Bautista y fue dirigido a Cristo por él; y elegido después en el número de los Doce; y testigo ocular y aun actor de todos los grandes episodios mesiánicos. Con Pedro y su hermano Yago (Sant’iago) forma el grupo director entre los Apóstoles, los tres que presencian la Transfiguración, la resurrección de la Jairita, y la Agonía en el Huerto. En la última Cena reclina su cabeza sobre el hombro del Maestro y por sugestión de Pedro le pregunta quién es el traidor; y al pie de la cruz recibe la encomienda del cuidado de la Madre Deípara. Después de Pentecostés, permanece varios años en Jerusalén y trabaja con Santiago y Pedro en la organización y difusión de la primera Iglesia. Después se establece en Efeso como obispo y primer Patriarca –que diríamos hoy– del Asia Menor, cuyas siete Iglesias *sufragáneas* menciona en el Apokalypsis; allá forma una escuela de doctores de la fe, de donde salen el anciano Papías obispo de Hierápolis, Policarpo de Esmirna y quizá el mártir San Ignacio Antioqueno: tres Padres Apostólicos de la mayor importancia. En el año 14 del Imperio de Domiciano, es desterrado Juan a la isla de Patmos, y –como se cree– condenado a las *minas*; condena tremenda en aquel tiempo, peor que la misma muerte; porque el laboreo de las minas por los penados se hacía en condiciones tan atroces que llevaba a los desdichados no pocas veces al embrutecimiento, a la demencia o al suicidio. De ese infierno lo salvó la rebelión de las legiones que dieron muerte al emperador Domiciano y pusieron en su lugar al “general” Nerva, y el Senado Romano que declaró nulos todos los decretos firmados por el “tirano depuesto”. Vuelto a Efeso, difundió Juan su

evangelio, escrito no se sabe en qué fecha, pero probablemente después de los ochenta años de edad. Murió en el comienzo del reinado de Trajano, de unos 100 años de edad; y la Iglesia conmemora su muerte el 27 de diciembre.

Es verdad que los 879 versículos de este librito a la vez sencillo y sublime –dividido más tarde en 21 capítulos– constituyen un evangelio *espiritual*; pero no en el sentido que le dan Loisy y Renan, de *místico*; que para ellos significa *inventado o mítico*. Su fin es proclamar explícitamente, y con más claridad que los Sinópticos, que Cristo fue Dios verdadero al mismo tiempo que verdadero hombre; o sea, el abismo más insondable que haya enfrentado el intelecto del hombre; pero eso no quita que todo él sea una narración estrictamente histórica; e histórica de primera fuente, es decir, crónica de testigo ocular.

*“Lo que fue desde el principio, lo que oímos lo que vimos con nuestros ojos;
–Lo que tocamos con nuestras manos del Verbo de la Vida;
Y la vida se hizo visible, y vimos, y atestiguamos –
Y anunciamos a vosotros la vida eterna –
Que estaba cabe el Padre y se hizo visible a nos
Lo que vimos y oímos, anunciamos a vosotros
Para que tengáis comunión con nosotros
Y la comunión nuestra sea con el Padre
Y con el Hijo de El, Jesús el Cristo
Y lo escribimos para que os gocéis vosotros
Y vuestro gozo sea pleno–”,*

exclama el Apóstol en su *Epístola* primera, la cual probablemente acompañó al Evangelio repitiendo los conceptos del principio y el final del mismo Evangelio.

Juan se propuso además completar los tres Sinópticos, por lo cual su evangelio contiene más *material nuevo*; y es –como diría el literalismo actual– el más “original”. Excepto en la narración de la Pasión, Juan no repite casi nada de lo que está en los tres Evangelios anteriores. Su relato tiene la vida, la viveza y el colorido de un testigo ocular; y una profunda y recatada ternura. Los *grandes diálogos dramáticos* de la vida de Cristo se encuentran en Juan tratados con la finura de un dramaturgo; y los grandes episodios de la Promesa de la Eucaristía seguida del primer cisma, las bodas de Caná y el primer milagro, la vida pública del Bautista, la curación y el proceso del Ciegonato, la Resurrección de Lázaro, la amistad de Cristo con los tres hermanos de Betania, el Sermón Despedida y la Oración Sacerdotal de la Cena, la personalidad del Traidor, el perdón de la Adúltera, el diálogo con la Samaritana y las dos grandes contiendas con los Letrados con la autoafirmación de Cristo acerca de su natura divina son a manera de grandes frescos nuevos en el mundo; en que, sin la menor afectación de arte literario, la mano del hombre no puede ir más allá.

Juan es el evangelista del corazón de Cristo: él *lo oyó latir*. El interior de las personas y su carácter está mucho más profundizado en Juan que en los Sinópticos; y eso puede incluso dar la clave de muchas preguntas inciertas. ¿Son una o tres las *magdalenas*, por ejemplo? Los intérpretes racionalistas, en su prurito de originalidad y su manía de negar la tradición, han inventado que son cuatro mujeres diferentes –o tres diferentes, lo mismo podían decir dos o cinco si quisieran–: la “*Adúltera*” a la cual Jesús salvó de ser apedreada, la “*Pecadora*” que ungió sus pies en casa de Simón el Leproso y fue defendida y loada por el Salvador, y la “*María*” hermana de Marta y Lázaro que sentada a sus pies en su casa “*eligió la mejor parte, la cual no le será quitada*”; más la “*Magdalena*” que presenció al lado de la Madre la Crucifixión y fue agraciada con la primera Aparición. Cansados de discutir con argumentos librescos, los exegetas han concluido cómodamente por declararla *cuestión insoluble*.

Mas cualquiera que lee con un poco de intuición psicológica el Evangelio de San Juan,

tiene la impresión neta de que ésa es una misma mujer: sus *gestos* son iguales a sí mismos; que es la impresión que ha tenido durante siglos la Iglesia. Hay un exquisito drama discretamente velado detrás de esos episodios sueltos, y su hilo psicológico es visible. Cristo se dio el lujo de salvar a una mujer, que es la hazaña por antonomasia del caballero, no sólo salvarle la vida, como San Jorge o Sir Galaad, sino restablecerla en su honor y restituirla perdonada y honorada a su casa, con un nuevo honor que solamente El pudiera dar. En la caballería occidental, los dos hechos esenciales del caballero son combatir hasta la muerte por la justicia y salvar a una mujer:

*“defender a las mujeres
y no reñir sin motivo”,*

que dice Calderón –como en las cintas de *convoys*, reflejo pueril actual de una gran tradición perdida–. Cristo hizo los dos; y siendo El lo más alto que existe, su “dama” tuvo que ser lo más bajo que existe, porque sólo Dios puede levantar lo más bajo hasta la mayor altura; que es El mismo.

Cristo ejerció la más alta caballería. Los románticos del siglo pasado y los delicuescentes del nuestro tienen una devoción morbosa por la Magdalena; pero no precisamente por la Penitente, que el Tintoretto pintó con toda la gama de los gualdas en su horrible cueva de solitaria, sino por la otra, por la mujer *perdida*, por la *traviata* o la *dama de las camelias*; de la cual han hecho un tema literario bastante estúpido. Hasta nuestro Lugones se ensució con ese tema –que a veces llega a lo blasfemo –en una de sus *filosoficulas*. Pero todos estos filibusteros, o fili-embusteros, de la Magdalena no saben mucho, de la caballería menos, y del amor a Cristo absolutamente nada. “¡Cristo se enamoró de una mujer!” –dicen muy contentos–. “¡Qué humano!”. Sí. Cristo se enamoró *perdidamente* de la Humanidad perdida; y la vio como en cifra en una pobre mujer, sobre la cual vertió regiamente todas sus riquezas¹³. Así pues Cristo fue con María de Magdala –y con la Humanidad *perdida* que ella representaba– simplemente justo, hablando en ley de amor; e infinitamente *generoso*, dadivoso y pródigo, hasta la locura, hablando en ley de temor..

Esto decimos por vía de ejemplo para caracterizar el cuarto Evangelio. Concluyamos con el resumen breve y preciso de San Jerónimo: “El Apóstol Juan, a quien Jesús mucho amó,—un hijo del Zebedeo, un hermano del Apóstol Yago, al cual Herodes hizo decapitar después de la muerte del Señor—, escribió el último de todos, a pedido de los obispos de Asia Menor, su Evangelio; contra Kerintho y otros heresiarcas, y particularmente contra los Ebionitas [herejía fuertemente judaizante] los cuales aseveraban que Cristo no había existido antes de María. Por esto se sintió forzado a probar el Origen Divino de Jesús de Nazareth”¹⁴.

¹³Nota Kirkegardiana: Si se mira bien, ser caballero no es ser inmensamente generoso – aunque también es eso en un sentido sino ser simplemente justo, en el fondo. ¿Por qué no dal a una mujer lo que ella quiere, si se puede? Lo que quiere en el fondo toda mujer es ser adorada por un hombre: ser *una cosa divina* (madre, amada o musa) para un varón. Este sentimiento fundamental es la raíz de la máxima vanidad, y de la máxima seriedad de la mujer; según para donde agarre. Pues bien, Cristo dio a una mujer su derecho, ese derecho. Siendo Dios, y sin descender un punto, puso a una mujer allí donde ella quiere –y tiene derecho a– ser puesta, a una mujer *perdida*; es decir, presa de la desesperación; pues no hay desesperación concebible como la de *amar mucho* –según de ella atestiguó el Señor– sin tener objeto que se ame: digno de ser infinitamente amado y capaz de corresponder infinitamente.

¹⁴*De Viris Illustribus*, IX.

VI. La Cuestión Sinóptica

Llámase Cuestión Sinóptica al problema que plantearon a la crítica protestante las coincidencias y las divergencias de los tres primeros Evangelios; que por un lado tienen multitud de frases, giros y episodios que parecen copiados literalmente; y por otro tienen disidencias que parecen hasta contradicciones; como por ejemplo, el ciego de Jericó de Marcos y Lucas, que son *dos ciegos* en Mateo; y el milagro de su curación “al salir de Jericó” según Mateo y Marcos, “al aproximarse a Jericó” según Lucas.

Este fenómeno literario llamó la atención desde el primer momento: el pagano Celso, en su obra contra los cristianos (*Alethé Logos* o *Sermón Veraz Contra los Cristianos*) lo usó para enfermar la confianza en los Evangelios, y tratar a los Evangelistas de novelistas; y San Agustín escribió una obrita para responder a esta dificultad, llamada *De Consensu Evangeliorum*. Mas para los antiguos no pasó jamás de *dificultad* –que resolvían en forma más o menos aproximada– y nunca se convirtió en *problema*.

Mas la crítica protestante, vuelta ya decididamente racionalista y anticristiana, resucitó a Celso; y la dificultad se vuelve *problema* y comienza a henchir mamotretos y manuales, hasta hacer un lío inextricable. Pues bien, la psicología lingüística actual ha cortado ese enredo con la espada de Gordium, de un solo tajo: era un falso problema, una cuestión mal puesta. Lo cual no impide que hoy, a 30 años de la solución irrefragable, mamotretos y manuales sigan copiándose unos a otros “la cuestión sinóptica”; y las dos Biblias castellanas modernas que tenemos (Bover y Nácar-Colunga) sigan hablando absurdamente de “el paralelismo del “verso” [?] hebreo, el problema insoluble de la métrica [?] de la poesía [?] hebrea, las fuentes escritas perdidas del PRIMER Evangelio, la dependencia de Marcos para con Mateo”, etcétera. Todas éstas son antiguallas y pruebas de ignorancia. No se han enterado aún. Los sabios no son curiosos.

San Agustín cayó en la explicación de la *interdependencia de los Evangelios*, porque no tenía más remedio, ignorando las leyes del *estilo oral*, y considerándolos por ende *libros escritos*, como los de su tiempo, como los suyos mismos. Esto era inevitable. De modo que dice: “...Y aunque cada Uno de los Evangelistas parece haber seguido su propio orden narrativo, sin embargo se ve que ninguno escribió ignorando al precedente; ni que haya omitido las cosas que no sabía pero encontraba en el otro; mas, así como cada uno fue inspirado de Dios, así también se ayudó de la obra de los otros. Y así Marcos parece haber seguido como pedisecuo y resumidor a Mateo. Solamente con Juan no coincide en nada; propio suyo tiene muy poco, coincidente con Lucas tiene algo, mas con Mateo muchísimo; y tiene muchísimo consonante, o con Mateo solo o Con los otros, al pie de la letra”¹⁵.

No se puede poner mas netamente la Cuestión Sinóptica, y la solución más simple... y falsa: la llamada de “*interdependencia*”.

Esta no es una cuestión académica, ni de mera curiosidad, ni siquiera de importancia subordinada, sino capital; porque bien mirada, la Cuestión Sinóptica busca en el fondo el origen y modo de composición de los Libros Santos; y de tal origen depende directamente la ya nombrada *autencia*, o sea, su veracidad, integridad e historicidad; es decir, el fundamento mismo de la religión cristiana. Mas para la fe de los siglos cristianos la *hipótesis* –que como tal es dada por Agustín– de la *interdependencia*, bastaba para suspender la dificultad; de acuerdo a la conocida regla lógica de que “cuando una posición está establecida por su propia prueba, ninguna dificultad por insoluble que sea debe hacérsela abandonar”, o como decían los antiguos, “*clara non sunt mutanda propter obscura*”.

Pero esta respuesta –que al fin es una aproximación a la verdad– no resistió el ataque mucho más erudito de la crítica moderna; por la sencilla razón de que la *interdependencia*

¹⁵*De Consensu Evangeliorum*, 1, 2-4 Migne, XXXIV, 1044.

explica sí las coincidencias pero no explica –antes vuelve absurdas– las disidencias de los tres documentos. Si los Sinópticos se copiaron unos a otros ¿cómo dejaron en sus textos discrepancias tales, una de las cuales parece rozar la contradicción? Es inconcebible. El título puesto en la cruz (Mt. 27, 37; Mc. 15, 26; Lc. 23, 38), el padrenuestro (Mt. 6, 9; Lc. 11, 2), la hora de la crucifixión, los ciegos de Jericó, los dos demonios gerasenos, las circunstancias de la triple defección de Pedro, tienen diferencias de pormenor. Y lo más importante de todo I las palabras de la Institución de la Eucaristía! (Mt. XXVI, 26; etc. XIV, 22; Lc. XXII, 19) donde parece había de esperarse una total coincidencia literal, tienen una diferencia, que no por pequeña es menos sorprendente, porque i se trata de las mismas palabras sacrosantas de la Consagración del pan y del vino!

El ataque moderno contra los Sinópticos produjo una enorme confusión: múltiples teorías, que se iban complicando de más en más con la discusión, y que se pueden reducir a cinco cabezas a saber:

1. Sistema de la tradición oral
2. Sistema de la interdependencia
3. Sistema de los documentos,

el cual tercer sistema se dividía a su vez en:

1. Sistema de un documento primigenio perdido
2. Sistema de muchos documentos
3. Sistema de dos documentos,

el cual sistema de “las dos fuentes”, propugnado por la “alta crítica” alemana (Ewald, su inventor en 1850, Julicher, Wellhausen, Von Harnack, Loisy, Goguel, Weiss y una legión) y en el cual cayeron algunos grandes exegetas católicos (Batiffol, Lagrange) fue prohibido en 1912, por la Comisión Bíblica de Roma. No sin causa; porque en efecto, es el más flojo de todos¹⁶ Pero como es muy talentado, el amedrentado metodista roza la solución él mismo sin saberlo dos o tres veces: por ejemplo, cuando dice que, para él, debió de haber existido “*on the close of our's Lord's life some original sketch drawn up by the congregation*” (“al cerrarse la vida de Nuestro Señor, algún esbozo original redactado por la comunidad –o sea, la Iglesia); donde basta sustituir las palabras “*sketch drawn up*” (“esquema redactado”) por *rapport recited* (recitado oral) para dar en la verdad verdadera, que Froude no podía ni imaginar entonces.

Es curioso que la principal objeción de Froude se ha dado vuelta en nuestros días en

¹⁶El que lee inglés puede imponerse muy bien de esta “cuestión Sinóptica” tal como estaba hace un siglo –leyendo el incisivo ensayo *Criticism and the Gospel History* del historiador escocés James Anthony Froude, clérigo protestante, profesor de Saint-Andrew's, Edimburgo, y autor de una *Historia de Inglaterra* en 12 volúmenes. En este ensayo, publicado en el *Fraser Magazine*, 1864, y recogido en el segundo tomo de *Short Studies on Great Subjects*, Ed. Everyman, pág. 152, no se sabe qué admirar más: si la lucidez del planteo del viejo problema (“*ingenuity*” le llaman ellos) o bien la cruel ignorancia acerca de la solución. En efecto, el autor, partiendo del falso supuesto del libro “escrito” en país de estilo escrito, amontona las hipótesis disparatadas: un evangelio primigenio perdido... dos evangelios ídem... copiatina de un evangelista a los otros... (o sea, técnicamente, *teoría de las dos fuentes*, *teoría del Urevangelium*, y *teoría de la interdependencia*) y después arroja todo el pesado fardo a los divines (o teólogos) retándolos a resolver de una vez el “terrorífico problema”, puesto que para eso les pagamos, e incluso amenazándolos, si no lo resuelven, con un “nafragio de la Cristiandad”...

una *confirmación* que Jousse no trae en su libro. La objeción contra la autencia de los Sinópticos que Froude recibe de los pseudocríticos alemanes y que lo aterroriza, es la siguiente: en el principal testigo de dicha autencia y del canon de los Libros Santos, es decir, en San Justino Mártir, que vivió al fin del siglo I, están citadas ciertamente frases de Mateo, Marcos y Lucas pero *no* asignadas a Mateo, Marcos y Lucas; mas asignadas a unas palabras griegas, misteriosas para Froude, que son: “*apomnemonémata toón Apostóloom*” las cuales el inglés traduce: “las Memorias de los Apóstoles”. Luego... Mateo, Marcos y Lucas no son verdaderos autores de nuestros actuales Evangelios.

La traducción exacta de esta fórmula repetida de Justino es: “lo que viene o procede de la memoria de los Apóstoles” —que ésa es la fuerza de la preposición “*apó*”— o sea lo que los Doctores Latinos denominan simplemente “la Catequesis Apostólica”; puesta por escrito fielmente por los tres sagrados *amanuenses*.

Es decir, que Justino Mártir evidentemente usa esa fórmula para dar a entender cuál es el verdadero origen y la autoridad de los Evangelios escritos de Mateo, Marcos y Lucas, y que los dichos no son sino los *amanuenses* o *metteurs-par-écrit* de un texto que no procede de ellos sino de los “*Testigos de Jesús*” y por ellos, directamente de Jesús; texto recitado en las *ecclesias* o reuniones de cristianos —y no escrito— con la uniformidad infalible del *estilo oral*, por los Apóstoles, los Discípulos y los *nabbies* y *meturgemanes*, durante el lapso de una generación, la de los “*Testigos de Cristo*”; y controlado por todos ellos. .

Cuando una hipótesis se complica más a medida que más se discute y más hechos se descubren, es señal de *problema mal planteado*, o sea, falso problema: ésa es otra regla lógica infalible. El falso planteamiento fue depistado por la falange de investigadores de psicología lingüística y etnográfica de la escuela francesa, encabezados por Basset en 1880 (*La Poésie Arabe Antéislamique*) y el judío Dermesteter (*Chants Populaires des Afghans*, en 1888) y descubierto en forma repentina por Marcel Jousse alrededor de 1920. Simplemente se estaba discutiendo acerca de libros que no eran *libros escritos* sino *recitados transcriptos*; y se ignoraba todo acerca de las leyes de la *recitación* en los ambientes de *estilo oral*: un falso supuesto, y una *ignorancia elenchi*.

La cenicienta entre todas las hipótesis, la de la *tradición oral*, propuesta por J. Carlos Giéseler en 1818, era la verdadera; mas era antes fácilmente destrozada por sus adversarios, porque en su *ignorancia elenchi* todos concebían la recitación de un texto imaginándose a Berta Singerman o Lola Membrives, como si dijéramos: quiero decir, tal como nosotros la conocemos en nuestros medios de *estilo escrito*. De ese modo, sí señor, la *transmisión fiel* de la catequesis apostólica es netamente inconcebible. Pero la hipótesis de Giéseler era una intuición genial de *algo-que-debe-ser-así-aunque-no-lo-comprendamos-por-ahora*; y es gran mérito de Godet (1888), Wescot (1888), Thompson (1895) y de innumerables críticos católicos : Haneberg (1856), Bisping (1864), Schegg (1870), Le Camus (1887), Fillión (1889), Cornely (1886) , Knabenbauer (1894), Landrieux (1897) , Buzy (1912), Dhorme (1910), Tobac (1919), haber acogido a esa cenicienta, que había de llegar a reina. ¡Tan cierto es que la verdad es inverosímil! Le Camus en 1890 con su libro *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, había atrapado ya las grandes líneas de la solución, aunque sólo como intuición y *working-hypotheses*; que Jousse había de recibir y probar rigurosamente.

Entretanto la falange regimentada de los exegetas de profesión y de los autores copiandinos de “Introducciones” y “Manuales” había encontrado para el lío un efugio deleznable y casi pueril, que llamaron “*sistema mixto*”: combinaron todas las hipótesis en una afirmando con *faccia tosta* que los Evangelios procedían a la vez de una tradición oral, de una interdependencia, y del uso de documentos. Si uno trata de imaginar en concreto un libro compuesto de esa manera, sale una quimera, un monstruo. “*Humano capiti cervicem pictor equinam...*”. El querer contentar a todos podrá ser muy bueno en política, pero es fatal en la ciencia. Aparentemente “ecléctico”, el sistema mixto es risible: queriendo coleccionar en su

favor todos los argumentos en pro de los diversos sistemas—inconciliables entre sí—lo que colecta son todas sus dificultades; y sus autores se parecen al “Juez Complaciente” de Manzoni, el cual habiendo oído al primero de los litigantes, exclamó: “Tiene usted razón”; pero después habló el otro y el juez exclamó: “Tiene usted razón”; a lo que un hijo suyo chiquilín, que estaba presente, observó: “Papá, es imposible que los dos tengan razón a la vez...”. Y el Juez Complaciente dijo: “¿Sabes que tú también tienes razón?”.

Siento un poco tener que maltratar a este “sistema”, que me enseñaron en la Gregoriana y yo dócilmente aprendí, por no “haber sido llamado —todavía— por la ciencia al orden”, como dice Kirkegor.

“Quien no es llamado por la ciencia al orden, quien no se ha puesto en guardia acerca del fondo de los diversos problemas... —escribe el gran danés— podrá conseguir a veces una cierta ingeniosidad, “engrupirse” de que lo ha entendido todo, y sunchar juntas las contradicciones en una síntesis vacua. Pero esta ganancia se vengará después, como todo bien mal adquirido; el cual, lo mismo en la Ciencia que en la Ley Civil, no puede volverse nunca propiedad legítima”¹⁷.

Hay muchísimos “que no han sido llamados todavía por la ciencia al orden”; y algunos de ellos, de gran fama, me dejan pasmado: imaginemos un físico moderno que no se hubiese enterado todavía de las “ecuaciones de Lorentz”, por ejemplo. Eso demuestra la incomunicación y la incoherencia del estado actual de la Teología: por eso nos vemos obligados a hacer esta exposición, y “*to expose them*”, como dice el inglés. Jousse publicó su apretada pero no inaccesible memoria en 1925, la explicó en el Instituto Bíblico de Roma en 1927, se cansó de dar conferencias sobre ella en la Ecole d'Anthropologie de París —donde lo escuchamos en 1932—, las revistas vulgarizaron sus conceptos, los diarios anunciaron su descubrimiento y... Ricciotti, Nacar-Colunga Bover, Murillo, Luis María Jiménez Font, el P. Leal, y otra cantidad de “técnicos” en Escritura no se han enterado todavía. Y es una “noticia” capital para la ciencia bíblica.

La doctrina de la *psicología del gesto* de Jousse, no confeccionada adrede para resolver la falsa Cuestión Sinóptica, sino como investigación de ciencia pura de ámbito mucho más general, de paso y como una de sus consecuencias obvias, corta de un tajo el nudo gordiano de ese pseudo-problema; como verá el amable lector —o sea el linotipista y la dactilógrafa, que quizá sean mis únicos amables lectores— en el capítulo siguiente.

VII. Aplicación de la nueva psicología lingüística a la crítica bíblica.

La exégesis hoy día participa de las condiciones embarulladas del mundo actual; quizá más aún que las otras ciencias culturales. Hegel ha introducido el macaneo en el dominio de las “*Geistes-Wissenschaften*”.

Las cuestiones más graves de exégesis son agitadas hoy día por hombres de método científico bastante dudoso; y a veces en forma tan temeraria, que es reconfortante escuchar sobre eso a una ciencia veramente experimental.

La ciencia experimental psicolingüística y etnográfica ha resultado hoy día netamente conservadora de la Tradición; y de la tradición católica más antigua, pura y acendrada. De tal modo que se podría parodiar la conocida frase¹⁸ de Francis Bacon, diciendo: *mucha* ciencia experimental acerca a la Tradición, *poca* ciencia experimental aleja de la Tradición.

Hay exegetas hoy día que se tienen por defensores integérrimos de la Tradición y la Fe; a las cuales en realidad desacreditan y comprometen con sus macanas...

Las pacientes y rigurosas búsquedas del P. Marcel Jousse proceden con un método

¹⁷*Der Begriff Angst*, Einleitung-Diederichs, Dusseldorf, 1952, p.6. Traducción nuestra.

¹⁸“Poca ciencia aleja de Dios, mucha ciencia acerca a Dios”.

objetivo, cuidadoso de los hechos, *de todos los hechos*. Y ellas, al mismo tiempo que han dado la razón a los despreciados partidarios del sistema de la *tradición oral*, han reunido los sufragios de los más prudentes especialistas modernos, incluso de un exegeta tan independiente y poco sumiso como Alfred Loisy. Uno de los más sabios miembros de la Comisión Bíblica de Roma dedicaba poco ha uno de sus estudios “al R. P. Jousse, que por una vía nueva, confirma las verdades antiguas”.

Esta vía nueva, del todo inesperada después de tantísimas lucubraciones, se parece al huevo de Colón: es la aplicación de las leyes del *estilo oral*, científicamente desentrañadas, a los textos bíblicos escrupulosamente repuestos en su medio original, y *no según nuestras actuales hábitos y experiencias de estilo escrito*; hábitos que han engendrado tantos falsos problemas, errores y negaciones vanas.

Una multitud de hechos convergentes prueban que los libros del Viejo y Nuevo Testamento son un puro ejemplo de *estilo oral*.

Para estudiarlos pues hay que reponerlos y bañarlos en su propia atmósfera, y no en los ácidos de nuestros métodos de *hipercrítica gráfica*. Los tres Sinópticos no son *syn-ópticos* sino *syn-acústicos*: los ojos no tienen nada que ver con ellos: 12 boca y los oídos –pero especialmente entrenados–, fueron quienes los crearon.

La primera investigación psicofisiológica será pues la de los *esquemas-rítmicos-tipo* en los cuales todos los recitadores de Israel han moldeado y vertido sus composiciones populares hebraicas.

Después hay que establecer el elenco de *paralelismos-clisé* (Jacob-Israel, hombre-mujer, cielos-tierra, ánima-espíritu, carne-ánima, vida-muerte, sabio-necio, etcétera) que no solamente desatan los balanceos binarios y ternarios por una especie de automatismo casi previsible, sino que encauzan por dentro la composición de acuerdo a una lógica profunda; aunque no sea *nuestra* lógica grecolatina.

En fin, hay que despistar cuidadosamente los dispositivos didácticos que rigen esas curiosas composiciones: palabras mnemotécnicamente repetidas (palabras-broche) esquemas rítmicos plurales (estrofas) esquemas complementarios (recitativos O.) trabazón de las estrofas entre sí, clisés comunes, y palabras propias... o sea “*ápax legómena*”.

Por su retorno repetido, algunos paralelismos-clisé sirven para distinguir los diversos géneros que usan los recitadores: género teológico, género histórico, género filosófico, género poético...

Naturalmente estos géneros literarios no coinciden exactamente con los nuestros, más evolucionados y diferenciados; y se recubren e interfieren no poco: hay que tomarlos como son. Desde luego, no hay que hacer la confusión–que se hace continuamente por algunos semidoctos–del *estilo oral* con *nuestra poesía*, con su rima, sus pies contados y sus reglas rígidas y a veces artificiales¹⁹.

El fin de los *poemas orales hebreos* –si así se quiere llamarlos– no es producir efectos estéticos o un estado de magia –“*de la musique avant toute chose*” era un disparate para ellos; y más aún la definición de Dante: “*una finzione rettorica dipoi posta in musica*”–. Su fin es mucho más elemental y necesario: una composición meticulosamente ordenada para ser aprendida fácilmente de memoria, y retenida impecablemente de generación en generación, a fin de conservar los documentos vitales de la raza: religión, leyes, historia...

Los grandes libros de la Humanidad –desde el *Vedanta* al *Poema del Myo Cid*– no son libros escritos, sino *puestos por escrito* a veces mucho después de su creación, y quizá

¹⁹ “Algunos libros de la Sagrada Escritura están en verso”, dice fray Luis de León. Es un error. Todos los libros de la Escritura, con excepción quizá de parte de los Macabeos, están en *estilo oral*. Ahora, si dijera que *son poesía*, estaba cerca de la verdad; pero no *poesía* como la *nuestra*.

justamente a modo de *testimonio*, para controlar la fidelidad de los diversos recitadores; así Pisístrato hizo poner por escrito las *rapsodias* orales de Homero, cuando se notó en Grecia que empezaban a corromperse; es decir, a diferir entre sí, por obra de los *rapsodas*, o recitadores.

El *estilo oral* no es una cosa prehistórica o arqueológica: está en la natura del lenguaje, se conserva ahora en muchas partes del mundo, y resucita cuando y donde menos se piensa aun en medio del *estilo escrito*²⁰.

Claudel hizo la innovación revolucionaria en la poesía moderna –y también Walt Whitman y otros– de usar un *versículo rítmico* –rimado o no–, a semejanza de la BIBLIA; pero es una imitación refinada y de segunda mano del *estilo oral*; Péguy está más cerca de la natura; él inspiró su versículo a Claudel. Sin conocer los precedentes lingüísticos, intuitivamente, encontró su *frase proposicional* sustitutiva del verso, en la lengua de los campesinos lutecienses, sus paisanos. Su coincidencia con la expresión de los pueblos primitivos (es decir, con la poesía en estado puro y naciente) se halla no sólo en el versículo libre y variosílabo, calcado sobre el ritmo de la respiración y la emoción, que leemos en *Le porche du mystère de la Deuxième Vertu*, sino principalmente en las monótonas y potentes retahílas de cuartetos alejandrinos de *Eöe*; con sus metódicas repeticiones, a semejanza de olas de agua o surcos de arado en la tierra, que trasuntan el viejo uso de la *palabra-broche*:

*“Il allait hériter des naufrages de Rome,
Du monde divisé dans des morcellements
Il allait hériter des naufrages de l'homme
Des eoeurs subdivisés par amoncellements.*

*Il allait hériter des partages de Rome
D'un Empire brisé par des morcellements
Il allait hériter des partages de l'homme
D'un royaume épuisé par des ruisselleme?...*

*Il allait hériter des lourds legionnaires...
Il allait hériter des maigres mercenaires...
Il allait hériter des peuples débonnaires...
Il allait hériter des peuples centenaires...*

*Il allait hériter...
Il allait hériter...”, etcétera, etcétera.*

Y así pacientemente durante cuatro páginas pesadas y potentes. Péguy no sabía nada de los trabajos del P. Jousse ni de los recitados orientales; se limitó a calcar sus internas

²⁰El turquito Sait Saitim, árabe nacido en Damasco y radicado en Chascomús, amigo de don Martín Larralde, como había sido *cadí* de familia, se sabía las leyes y la historia de su región *en verso*, como pensaban los criollos. Podía decirle a uno quien sucedió a Omar ibn Abi Rabi'ah, y aun quién fue el undécimo de los Abbásidas; pero tenía que recitar su *cantilena-psalmodia* hasta llegar al undécimo; no podía saltar nada, porque los clisés o *gestos proposicionales* se desencadenan unos a otros. Mi abuela doña Magdalena sabía cuentos infantiles en dialecto *furlán*, que recitaba siempre exactamente igual, como sin duda pasó durante generaciones; si el cuento tenía tres partes, no podía empezar por la segunda. Los ejemplos pueden centuplicarse; porque el *estilo oral* una vez que uno lo ha entendido, ve que es una cosa *que existe*, y deposita sus huellas por todas partes.

meditaciones según el modo de pensar –y de expresar– de los paisanos franceses de la región chartresa, a cuya raza pertenecía.

De aquí se ve cómo Rubén Darío, a quien dan como “modernista” y “gran innovador de la métrica” no fue en realidad ni moderno ni innovador. Fue simplemente un romántico, el último y más grande de ellos, de acuerdo. Si hubiese sido realmente “modernista”, hubiera usado el metro de Walt Whitman.

“Es con voz de la Biblia y verso de Walt Whitman, que habría que llegar hasta ti, Cazador”.

Sí; pero él no lo hizo.

Cuando Israel volvió de la cautividad babiloniana en posesión de un dialecto, el arameo, los Recitados tradicionales no podían ser ya comprendidos en el hebreo original.

Entonces comienza el menester de los *meturgemanes* o traductores-intérpretes de la Sinagoga. Ellos *traducen*, o mejor dicho, *calcan* un esquema rítmico hebreo en otro esquema rítmico análogo en arameo o lengua vulgar.

Estas traducciones orales o *targúms* no fueron puestas por escrito al principio por escrúpulo religioso: se transmitieron oralmente y muy fielmente de generación en generación²¹.

Son esquemas rítmicos calcados sobre la Biblia, familiares desde la infancia a los palestinos, los que van a servir de *thesaurum* o material común a los recitadores judíos del tiempo de Cristo. De ahí la necesidad de conocer los clisés bíblicos hebreos para comprender bien las composiciones orales arameas a las cuales pertenecen nuestros cuatro Evangelios, así como gran parte de las *Epístolas* y el *Aapokalypsis*.

Cuando las comunidades judías comenzaron a pulular en ambientes que hablaban griego, se verificó un segundo *calco*. Allí también hubo que fabricar *targúms* orales griegos, aprendidos de coro, y después fijados por escrito.

Entonces se produce naturalmente un fenómeno de *interferencia*. Los clisés arameos aprendidos de memoria por los *meturgemanes* se interponen a veces delante del clisé hebreo; o viceversa; esto da a veces *calcos* griegos absolutamente raros y aun incomprensibles, si no se acude al clisé extraño que está detrás de las palabras griegas demasiado literales; es decir, al dispositivo lingüístico *interferente*. La “oscuridad” de la Escritura no es por lo común oscuridad del original, sino de la traducción. Para poner un ejemplo: “Τί *ennói kai soi, guinai?*”, dice el Evangelio de San Juan en las bodas de Caná. En griego ese clisé significa literalmente: “Mujer, ¿y a mí y a ti qué?”. Parece una respuesta algo guaranga o al menos brusca de Cristo a su Madre. El traductor protestante de la Biblia inglesa de 1524, el famoso y desdichado William Tyndale, que abrigaba un fiero furor hacia el culto de la Santísima Virgen, lo agarró por donde quemaba, y lo tradujo lo más guarangamente posible: “Mujer, yo no tengo nada que ver contigo”; y tenemos testimonio del choque que produjo esta frase al comenzar a ser leída en las parroquias rurales inglesas –en tiempo de Enrique VIII y por artimaña del pérfido arzobispo Cranmer– el evangelio del domingo segundo de Epifanía en lengua vulgar. El pueblo sencillo no quería admitir que Cristo hubiese dicho eso a su Madre, así lo atestiguase el mismo Erasmo o el mismísimo Homero en persona; y tenía razón el pueblo sencillo instintivamente, contra los pedantes que “sabían griego”.

El modismo arameo original, que está detrás de esas palabras griegas, según dicen hoy los peritos, no tiene de necesidad un sentido de reproche y repulsa, sino que suele usarse en forma sonriente y humorosa, como si dijéramos en castellano: “Madre, no nos metamos ahora en líos; sabes que mi hora no ha llegado”. Mas la Madre entendió la sonrisa y no las

²¹Recordar lo que dice San Clemente de San Pedro: “no hizo nada para animar a Marcos...”. La gente sencilla de entonces tenía desconfianza a los escritos, lo mismo que la de hoy a los “diarios”.

palabras, a la moda de las mujeres; y sin hablar una palabra más, le hizo a Cristo *adelantar su hora*. Desde entonces hasta hoy, con respecto a su Madre, Cristo ha tenido siempre el reloj adelantado.

Los ejemplos se podrían multiplicar. El Nuevo Testamento no está compuesto de palabras sino de clisés o frases hechas. En realidad toda lengua está compuesta de *frases*. Cuando a mí me dice alguien, por ejemplo: “Vea, señor, el almacén de Pérez no está en esta cuadra; doble a la vuelta y emboque la calle Piedras”, yo creo percibir una fila de palabras – pero no es así– porque las he leído escritas y estoy acostumbrado –y harto– de leer y escribir. Pero póngase delante de un forastero... que no sea familiar con la lengua, y él nos dará testimonio de que lo oído es lo siguiente:

*Veaseñorelalmacéndepérez
Noestáenestacuadra
Doblealavueltay
Emboquelacallepiedras.*

Y mucho mejor que un extranjero, sería poner uno de los delicados aparatos fonéticos registradores, inventados por el Abbé Rousselot.

Pues bien, mucho más todavía y en forma más perfecta, la lengua de los medios *estiloraes* está compuesta de frases; y éstas por lo común *prefabricadas* con gran perfección y manejadas por todos con gran uniformidad; como los campesinos de Castilla o de la Toscana manejan sus refranes.

“Las personas habituadas a considerar la palabra suelta como una unidad psicolingüística real –escribe L. Leroy, es decir, todos nosotros– se quedan enteralemente desorientadas cuando se les enseña que hay lenguajes, como los chinos por ejemplo, donde no existen palabras, propiamente hablando...”²².

Es ahora sencillísimo de comprender lo que pasó CON los diversos *targúms* de toda especie –pues los *targúms* rabínicos y talmúdicos de antes de Cristo están afectados exactamente de las condiciones mismas de los Evangelios– en manos de dos o tres diversos *meturgemanes*. Los clisés –pongamos– arameos no son traducibles siempre *idéntice* al griego y menos al latín. . . Es cosa sabida que las lenöJuas diversas no se cubren exactamente, y que *toda lengua tiene palabras privativas suyas que no tienen equivalente exacto en otras*, y se pueden traducir por varias palabras, o sólo con una paráfrasis; como por ejemplo la palabra *matter* en ingles. Y viceversa: hay frases enteras que se pueden verter con una sola palabra de otra lengua, como *mise-en-page*: paginación, por ejemplo²³. De ahí que dos o tres *meturgemanes* pueden verter de dos o tres modos diversos en griego el mismo clisé arameo; de donde se origina sencillamente el famoso “misterio de la Cuestión Sinóptica”; “la asombrosa coincidencia y más asombrosa disidencia” que asombró a San Agustín y a tantas gentes luego: si no se leyeron mutuamente parece imposible que coincidan tanto; y si se leyeron, que discrepen tanto...

²²*Le Langage*, Paris, 1905, p. 49.

²³¿Traduces *The heart of the matter* como *El revés de la trama*? Mal, muy mal. ¿Cómo traduces el alemán *gewasser*? Y el francés *ailleurs*? La palabra griega *sophrosyne* no tiene equivalente adecuado en ninguna lengua; para no hablar de la forma dual, los aoristos y los deponentes; y así el alemán *gemütlich* el francés *esprit*, el inglés *ingenuity*, el latino *adsum*, el italiano *seccatore*, y listas enteras se podrían hacer.

Mateo, Marcos y Lucas. No se leyeron mutuamente; pero oyeron los tres a un mismo Recitador, lo memorizaron y después decalaron en griego lo que habían retenido fielmente de memoria. El P. Jousse ha hecho el experimento de tomar dos textos sacros griegos paralelos y disímiles y retrasponerlos al arameo para encontrar que los sinónimos desaparecen, y las divergencias se disipan en una convergencia de expresión aramea única...

En este medio de puro estilo oral arameo nace, se desarrolla y enseña un *rabbí* de Nazareth, Jesús, el Mesías.

Hablando a gentes arameas, de *estilo oral*, desarrolla su divina Instrucción en improvisaciones didácticas según el uso de los demás *rabbis* instructores de su tiempo y de antes y de después de él, por cierto, como éstas por ejemplo:

Improvisación didáctica de Rabbí Elisha Ben Abuyah

Recitativo 1

1. Todo aquel que aprende siendo *niño*
¿A qué cosa será comparable?
A pluma con tinta escribiendo
Sobre pergamino *nuevo*...

Recitativo 2

1. Todo aquel que aprende siendo *viejo*
¿A qué cosa será comparable?
2. A pluma con tinta escribiendo
Sobre pergamino *raspado*...

Improvisación didáctica de Rabbí Josef Bar Iuda

Recitativo 1

1. Aquel que aprende de los *jóvenes*
¿A qué cosa será comparable?
2. A un hombre que come las uvas *verdes*
Y bebe el vino en el *lagar*.

1. Aquel que aprende de los *viejos*
¿A qué cosa será comparable?
2. A un hombre que come las uvas *maduras*
Y bebe el vino con *solera*.

Lo mismo que los otros *rabbis*, el Mesías Jesús improvisaba, con los sencillos y tradicionales *paralelismos clisé* o estereotipias (tierra- cielos; piedra- arena; sabio- necio; vino nuevo- vino viejo; luz- tinieblas; salud- enfermedad; agua- fuego, espíritu- carne, pastor- oveja; trigo- cizaña; sarmiento- viña; siglo- reino) sus sublimes recitados en los géneros usitados: género *himno*, género *plegaria*, género *misterio de fe*, y, sobre todo, género *parábola*, el cual se encuentra desarrollado en él de una manera enteramente propia y peculiar.

Por supuesto que –lo mismo que con los otros *rabbis* y como ocurre aún hoy con los “autores” de los medios de *estilo oral*– él era de inmediato e impecablemente memorizado por sus *decoristas* (o discípulos) y aun parcialmente por el auditorio: memorización facilitada por la misma disposición “dialécticamente psalmodiada” de los recitativos lo cual puede uno comprobar experimentalmente una vez que entiende el procedimiento:

Improvisación didáctica de Rabbí Jesús, el Mesías

Recitativo 1

1. No atesoréis para vosotros
Tesoros en la *tierra*
2. Donde el herrumbre y polilla los comen
Donde los ladrones cavan y roban.

Recitativo 2

1. *Más* atesorad para vosotros
Tesoros en *los cielos*
Donde el herrumbre y polilla *no* los comen
Donde los ladrones *no* cavan y roban...

Recitativo 1

1. Quienquiera oye estos discursos y los hace
Es semejante a un hombre *cuerdo*
que edificó su casa sobre *piedra*.
2. Y mirad la lluvia ha caído
Los torrentes se desataron...
3. Y los vientos han soplado
Y atropellaron contra la casa...
4. Y la casa *no* fue volteada
Porque estaba fundarla sobre piedra.

Recitativo 2

1. Quienquiera oye estos discursos y *no* los hace
Es semejante a un hombre *necio*
Que edificó su casa sobre *arena*.
2. Y mirad la lluvia ha caído
Los torrentes se desataron...
3. Y los vientos han soplado
Y atropellaron contra la casa..
4. Y la casa fue volteada
Y Su derrumbe fue tremendo.

Éstos son recitativos sencillos, conservados por el Evangelista en su pura forma aramaica. Cualquiera ve que son fáciles de retener de memoria: lo único que cambia son unas cuantas palabras; y las que no cambian son clises o estereotipias conocidas por los oyentes de antemano y usadas continuamente en su conversación: a modo de refranes, o frases hechas.

Éstos son recitados sencillos, como digo, conservados casi literalmente por el *meturgemán*; un poco abreviados posiblemente. En otros el calco griego ha modificado o resumido un poco; pero un entendido puede reconducirlos fácilmente a las leyes de su forma original. Cristo debió ser un maestro en estas composiciones orales, puesto que las gentes exclaman al oírlo: “Verdaderamente jamas un hombre ha hablado como este hombre”.

Después de la Ascensión, los Apóstoles, probablemente en común –en el Cenáculo–

insertaron los discursos –o griegos o arameos– de Cristo en un contexto histórico compuesto igualmente con los clisés arameos tradicionales: eso constituyó lo que se llama de antiguo – los Santos Padres nos han conservado el nombre– la “*catequesis apostólica*”. Después, en su predicación oral palestina, entregaban a los ríeles uno o varios –según la necesidad– de esos recitados históricos o doctrinales. San Juan se dedicó sobre todo a los discursos más espirituales del Maestro; los otros Apóstoles transmitieron los discursos del género parábola y del género apokalyptico o moral con preferencia: de acuerdo a los auditorios y a su propia idiosincrasia.

Cuando hubo que adoctrinar a los pueblos de habla griega, se tradujo al griego las fórmulas arameas acostumbradas; si ya el mismo Cristo no las había traducido, conforme es posible en el medio palestinese bilingüe. Lo que se traducía no era un papel escrito, sino una palabra escuchada y retenida. Los Apóstoles (Pedro, Mateo, Juan, Pablo) recitaban en arameo; sus *meturgemanes* o *repetidores-traductores* (Juan, Marcos, Tito, Lucas, Bernabé) escuchaban y calcaban, oralmente, en griego vulgar. Un *meturgeman* no necesita traducir *a-medida-que*, como nuestros traductores; puede esperar el fin del recitado, que se imprime tal cual en su memoria y en sus músculos laringo-bucal maravillosamente entrenados.

Ahora bien: algunas palabras arameas de sonido idéntico (homónimos) o casi idénticas –a causa de la *degradación* fonética de las guturales y las sibilantes, estudiada por Jousse– eran vertidas al griego ya en un sentido ya en otro, según lo entendían los intérpretes.

Tenemos un primer principio de *variantes* que afecta al sentido mismo; y que pasó a los Evangelios escritos.

Segundo: suponiendo que el intérprete no duda del sentido exacto de la palabra por *calcar*, sus traducciones, por fieles que se quiera, podrán no ser idénticas, sino *sinónimas* solamente: es sabido que toda lengua posee cantidad de sinónimos, que excogita la pericia o el gusto del hablante. Las expresiones griegas excogitadas por los intérpretes pertenecían a ese diccionario vivo común, compuesto por las versiones griegas del Viejo Testamento en uso entre los judíos, de las que *Los Setenta* era la más usitada; ese diccionario era lo bastante rico para proveer cantidad de clisés sinónimos. Los dos intérpretes apostólicos, Marcos y Lucas, por sus relaciones mutuas y por venir de ambientes idénticos, tenían el mismo modo de *calcar* oralmente y sus clisés les son comunes; otros, como Mateo o el que fue quizás su intérprete, emplean otras fórmulas, equivalentes; y también tradicionales.

De donde tenemos la coincidencia literal de los Evangelios; y la otra forma de divergencia, que atañe ya no al sentido sino a las expresiones.

Estos hechos, expuestos aquí por orden cronológico, no fueron hallados así por los investigadores, sino en sentido inverso. La traducción (o retraspuesta) al arameo de perícopas paralelas del Evangelio, hecha por especialistas, reveló que ellas se fundían en una; y desaparecidas las divergencias aparentes, se disipaba el “misterio” de la Cuestión Sinóptica. Ese fue el punto de partida para una retahíla de estudios sobre la psicología del estilo oral, y la psicología de la expresión humana en general, que llegaron hasta el análisis de lo más íntimo de los lenguajes y de sus elementos constitutivos, sus leyes naturales y las etapas de su evolución en el mundo. Los cimientos de una nueva e importante rama de la psicología quedaron puestos.

Los errores acerca de ella seguirán por un tiempo su camino: los errores tienen la vida dura; y yuyo malo nunca muere. Todavía llegan hasta nosotros, por ejemplo, observaciones acerca del “estilo abrupto y dislocado” de las epístolas de San Pablo, o acerca de su “incoherencia” o de su “oscuridad”. Mas si se retraspone al arameo el griego de San Pablo, estamos en presencia de una palabra magníficamente armonizada y ordenada, según las leyes tan características del *estilo oral* arameo. Aldous Huxley trata a los recitados de los Profetas hebreos –y a los salmos de David– de escritos “*bárbaros y brutales*”; pero puestos en su contexto lingüístico son seguramente más finos y equilibrados que las poesías inglesas que él

—por desgracia— escribió. Podría traer aquí toda una antología de disparates vertidos acerca de la “literatura” o la “poesía” antigua, por autores que ni sospechan que no hay “literatura” ni “poesía” en el sentido que ellos entienden; sino otra cosa; de la cual nada saben. El sabio Noeldeke, por ejemplo, reprende y condena severamente a Mahoma y su *Korán*, que no tienen más culpa que la de no haber sabido unas reglas poéticas y literarias que son muy posteriores, y que se las quieren embutir a posteriori: “La mayor parte del *Korán* es decididamente prosaica —dice el sabio sueco-inglés— y muchas veces su estilo es afectado y melindroso. Naturalmente en temas tan variados, no podemos esperar que cada parte sea igualmente brillante y poética... Un decreto sobre el derecho de herencia, o un punto de ritual, deben ser por fuerza expresados en prosa [?], si no se quiere volverlos incomprensibles. Nadie se quejará de que las leyes civiles del Éxodo o el ritual sacrificial del Levítico carezcan del fuego de Isaías o la ternura del Deuteronomio [?]. Pero la falta de Mahoma consiste en una sumisión servil y obstinada a una forma semipoética²⁴ que había adoptado al comienzo para complacer al [mal] gusto propio y de sus oyentes. Por ejemplo, emplea la rima²⁵ tratando los temas más prosaicos, produciendo de esa manera el efecto desagradable²⁶ de un desacuerdo entre el fondo y la forma[!!!!]”²⁷. Ha oído campanas y no sabe adónde; y habla del *Korán* como un ciego puede hablar de colores.

Los mismos garrafales malentendidos podíamos traer del P. Cladder hablando de la Epístola de San Judas Tadeo; de Reville hablando de las de San Pablo; de Loisy hablando del Apokalypsis... En los “prolegómenos de un texto crítico del Nuevo Testamento publicado en España por un autor afamado, leemos: “*In poeticis Veteris Testamenti citatis, ubi commodum visum est, rhythmica [sic] dispositio adhibita est. Similis conformatio visa est opportuna in rhythmicis quibusdam Quarti Evangelii, Paulinarum Epistolarum, Apocalypseos pericopis exhibendis...*”. Por lo visto, el autor cree que la Biblia está compuesta *parte en verso y parte en prosa*. Y examinando en su texto las partes puestas en “*rhythmica dispositio*”, se ve que para él todo el Viejo Testamento ha sido compuesto en verso, y el Nuevo Testamento casi todo en prosa... *Sancta simplicitas!*.

Seguendo a Pitágoras, se admitió durante 2.000 años que *el movimiento circular era el más perfecto*, y por tanto los astros *debían* tener movimiento en círculo. Por desgracia los astros no parecieron preocuparse mucho por la regla de lo más perfecto y para hacerlos reentrar en ella los astrónomos antiguos tuvieron que infligirles las dos “suposiciones primeras y simples” —como dice Ptolomeo— de los epiciclos y de las excéntricas; las cuales empezaron a complicarse tanto que no podían ya llevarse adelante, cuando vino Copérnico y retiró el falso supuesto: los astros no seguían el movimiento “más perfecto” según Pitágoras.

Así también, después de haber asimilado los recitados ritmicomnemónicos a las leyes “perfectas” de nuestra poesía; de nuestro concepto de la “poesía” puramente estética, y ya grandemente artificial, de versos y estrofas —lenguaje de la imaginación y la emotividad, no de la memoria y el intelecto—, los eruditos y críticos se ven obligados a sobreañadirles toda clase de epiciclos y excéntricas, para que los ingenuos ritmeros de Oriente no escapen del todo a las leyes de la perfección poética... de los señores críticos actuales.

El descubrimiento y estudio de las leyes del *estilo oral* tiene en esta materia el efecto de Copérnico. Así como los *epiciclos* y *excéntricas* son para nosotros solamente curiosas antiguallas, así la Cuestión Sinóptica con sus intrincadas hipótesis—“*problema arduum et salebrosum*” le llama Rosadini: ya lo creo—, la cuestión de la *versificación hebrea*, y las máquinas de guerra de los racionalistas contra la autencia de los Libros Santos, deben ir a

²⁴El *estilo oral*.

²⁵La *palabra-broche*, en realidad.

²⁶Para los acostumbrados al *verso* actual.

²⁷*Enciclopedia Británica*, 11° ed., artículo “Korán”.

parar al museo del Flogisto, de la Piedra Filosofal y de los Espíritus Animales...

Puesto que se puede comprobar su composición oral aramea; y desde ella, gracias a la memorización invariable propia del *estilo oral*, se puede remontar a sus autores mismos, la autencia de los Evangelios, que todos los siglos cristianos poseyeron pacíficamente, ha quedado científicamente corroborada. Será siendo negada siempre por algunos, sin duda; pero esa negación no podrá invocar desde ahora para nada el nombre de “la Ciencia”.

Estamos más seguros de que el contenido de los Evangelios procede de Cristo y ha llegado fielmente a nosotros que si Cristo los hubiese escrito a máquina, los hubiese mandado a la imprenta, y hubiese corregido las pruebas. El Mesías los depositó en una muchedumbre de *imprentas vivientes*, controlables celosamente unas por otras; y ese pueblo de recitadores constituye una masa abrumadora de testigos, una falange de inspectores²⁸ y correctores y un control de seguridad tal, como no existe para un autor cualquiera que en nuestros días imprime un libro. Yo tengo plena certeza de que las cinco *Grandes Odas* de Paul Claudel no las escribió André Gide ni Georges Suarés; pero tengo aún mayor certeza de que el Evangelio de San Juan no lo escribió un oscuro gnóstico del siglo II que se cubrió con el nombre del Apóstol, como fantaseó Loisy.

Así quiso la Providencia conservarnos el libro más precioso que ha andado en manos de hombres²⁹.

VIII. El texto

El hombre corriente que abre un Nuevo Testamento común no se puede imaginar la montaña de trabajo que hay detrás de ese texto, bien o mal impreso, que cuesta pocos pesos, si no lo dan de balde.

Es un libro que tiene ya cerca de 2.000 años de historia y de vida; y la vida es movimiento.

¿Cómo sabemos que este texto que leo es conforme al que puso por escrito su autor; y que no ha sido mudado o corrompido?

A esta pregunta responde la Crítica Textual, que es una ciencia muy delicada, o mejor dicho es una *tekné* o arte, muy complicada y hoy día llegada a un punto sumo de refinamiento; y aun de bizantinismo. El arte de hacer mosaicos, en punto a complicación, es un juego de niños al lado de éste, que hace mosaicos de *palabras*, de *variantes* y de *textos*.

Los originales de los Evangelios se han perdido hace muchísimo tiempo; y entre ellos y las copias más antiguas que poseemos, media un lapso de 250 a 300 años³⁰. Mucho mayor

²⁸*Inspector* significa en griego la palabra *obispo*: *episcopuein*.

²⁹Este capítulo, “Aplicación de la Nueva Psicología Lingüística a la Crítica Bíblica”, es un extracto de las lecciones XVIII, XIX y XX del curso pronunciado desde el 7 de noviembre de 1932 al 20 de marzo de 1933 en la Ecole d'Anthropologie de París, 15, rue de l'Ecole-de-Médecine, bajo la alta presidencia del doctor Joseph Morláas. Una exposición sumaria de los trabajos del P. Jousse se halla en el opúsculo de Frédérick Lefevre: *Une Nouvelle Psychologie du Langage*, impreso en la colección *Le Roseau d'Or*, tomo IV, año 1927. He traducido casi literalmente dos páginas de la conferencia dada por el P. Jousse en el Instituto Bíblico de Roma, tomadas del *compte-rendu* del diario *La Croix*, del 3 de febrero de 1929. Quiero decir con esto que el material de este último capítulo, salvo algunos ejemplos y aclaraciones (como la digresión sobre Charles Péguy) no es mío propio; y goza de la más alta autoridad.

³⁰En tiempo de Tertuliano (siglo II) los originales existían todavía; y existía también según Zahn y Mangelot, la *recitación oral*; después de Tertuliano ya es dudoso; aunque hay dos alusiones, de Pedro Mártir y de San Agustín, que parecen indicar que se conservaban todavía

es el lapso entre las tragedias de Sófocles y su código más antiguo, unos 1.400 años. Pero la dificultad con los Evangelios es mayor; porque de Sófocles sólo poseemos un centenar de copias y ellas bastante parejas; de los Evangelios una infinidad, y muy discordantes.

Manuscritos griegos, mayúsculos, minúsculos y fragmentarios (o papiros, o velines o pergaminos o palimpsestos) hay hoy día 4.105 desparramados por todas las grandes bibliotecas del mundo; de ellos unos 167 son completos, y contienen todo el Nuevo Testamento. En cuanto a su versión latina, que hoy día llaman Vulgata, debe de haber unos 30.000 manuscritos, según el cálculo máximo de Dom de Bruyne; que otros críticos reducen a la mitad o menos. Hay como un millar de manuscritos de las otras versiones antiquísimas, viejolatinas, siríacas, coptas, armenias, etiópicas, árabes, eslavas, góticas. Hay innumerables citas más o menos literales de los Evangelios en los antiguos escritores eclesiásticos. Ahora bien, ninguna de estas copias coincide con otra exactamente: *no hay dos manuscritos iguales*. Las variantes se calculan en 250.000.

Éste es el problema de la crítica textual evangélica, y éste es el material inmenso que debe manejar en una especie de ajedrez de más en más complicado, para conseguir su fin; el cual es, simplemente hablando, *reconstruir a fuerza de paciencia e inteligencia el texto original*.

Me atreveré a decir de inmediato una cosa osada: que nunca lo conseguirán. De la incursión que hice durante mis estudios en los intrincadísimos libros de los grandes críticos actuales he traído esa impresión neta, que no ha hecho sino crecer con los años.

Los tres más grandes sistemas de crítica textual actuales –hay muchos–, el de Wescott-Hort, el de Burgon-Miller y el de von Soden, que son complicadísimos, y se yerguen uno frente al otro, no pueden destruirse mutuamente por más argumentación que aduzcan; y por tanto sólo pueden darse como *probables*. Ir más allá de estos sistemas en cuanto a recogida de materiales, ingeniosidad conjetural y lógica argumentativa, parece imposible.

“Las opiniones de los críticos son más divergentes que nunca: el campo de la investigación permanece abierto, y el problema no está zanjado”, concluye el abate E. Jacquier al final del VI tomo de su completísimo y solidísimo epítome sobre el Nuevo Testamento, editado en París, Gabalda, año 1911, que tenemos delante³¹.

Esto puede desalentar y aun desesperar a algún desprevenido: “¡por tanto no tenemos ni tendremos nunca un texto *puro* de los Evangelios; en los cuales se funda la predicación y la fe cristiana!” No, consuélase: el texto que tenemos actualmente es *substancialmente puro*: ninguna cosa fundamental de la fe, ningún punto de la dogmática hay que no esté apoyado en textos absolutamente seguros, indiscutidos e indiscutibles, y a veces repetidos en varios lugares diferentes. Este es el resultado, en sí mismo enorme, de muchos siglos de trabajo científico encarnizado y del sudor de innumerables sabios: Wescott y Hort, por ejemplo, para establecer su texto crítico–el mejor que hoy día existe–, trabajaron 25 años sobre el trabajo de todos sus predecesores a partir del siglo IV, en que comienza la crítica textual con San Jerónimo y Orígenes.

De modo que quien tiene hoy día el Nestle griego –con el cual trabajo– o el texto latino de la *Vulgata Clementina* publicado por Fillion o Hetzenauer, por ejemplo, puede estar absolutamente tranquilo de que tiene, *en todo lo fundamental*, el texto que escribieron Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Las *variantes* sobre las cuales se encorvan los críticos no son divergencias de fondo, sino de forma: de estilo, de gramática, de sinónimos, y de *pequeñas y no esenciales* interpolaciones, supresiones o mutaciones.

en el siglo IV.

³¹*Histoire des Livres du Nouveau Testament*, 4 vol. In-12. *Le Nouveau Testament dans l'Elise Chrétienne*, 2 vol. in-12.

Para poner un ejemplo sencillo, tomado de los comienzos de este trabajo de purificación, veamos las correcciones críticas que hizo San Jerónimo a la versión *itala* del manuscrito de Brixiano, que fue el básico para su gran revisión: de la cual revisión proviene después de muchísimas vicisitudes de avance y retroceso, nuestra actual VULGATA LATINA, aprobada por el Concilio de Trento.

Abriendo al azar, Mateo, Capítulo VII:

Vulgata	Brixiano
1. <i>metietur</i>	<i>remetietur</i>
2. <i>trabem in oculo tuo</i> ...	<i>in oculo tuo trabem</i>
3. <i>trabes</i>	<i>trabis</i>
4. <i>mittatis</i>	<i>miseritis</i>
5. <i>forte</i>	<i>quando</i>
6. <i>dirumpant</i>	<i>dirumpant</i>
7. <i>invenit</i>	<i>inveniet, etcétera.</i>

La corrección 1 es un verbo más simple; 2, una inversión eufónica, 3, un error de ortografía, 4, un tiempo de verbo más directo; 5, un sinónimo; 6, un error de ortografía; 7, tiempo de verbo más directo. Y así continúa: todas son correcciones de buena latinidad simplemente. En esta página que tengo delante hay una sola *variante* que cambia un poco el sentido, al final:

ea assimilabitur

eam similabo eum.

Y para decidirse a estas variantes de sentido, Jerónimo acudía a los manuscritos griegos que poseía y a su gran inteligencia y experiencia de la Escritura.

¿Cómo han podido producirse tantas variantes? La *Vulgata Clementina*, publicada en 1592 por Clemente VIII, tiene más de 3.000 variantes sobre la *Biblia Sixtina*, publicada por Sixto V en 1590), y en la cual trabajaron cuatro Papas. ¿Y quién “corrompió” los textos?

Imagine el lector la copia de un libro a mano en un rollo de papiro de 9 metros o un *códice* de pergamino o velín: el esclavo copista tenía el ejemplar sobre los pies y la copia sobre las rodillas –como lo muestra un fresco romano antiguo– bajaba la vista al ejemplar y escribía a toda prisa; a lo más, en las casas ricas, había varios esclavos copistas o *tajígrafai* a los cuales un “dictante” (*anagóostees*) leía en voz alta; y un “corrector” (*diorthoóthees*) corregía enseguida las copias.

Pero esto último era peor; los correctores de aquel tiempo se tomaban grandes libertades, como los que ahora llamamos *linotipistas leídos*: son los principales autores de las *variantes*; las cuales pueden ser *culpables* o *inintencionadas*.

Las variantes *culpables* no son problema: son las introducidas con intención herética por los heresiarcas, como las de Basílides, Valentino y Marción, tantas veces denunciadas por los Santos Padres³². No son problema, porque la vigilancia de la Iglesia y las continuas denuncias de los Santos Padres³³ no las dejaban demorarse en el texto, del cual eran

³²Como ejemplo moderno podemos recordar las haducciones de palabras clave intencionalmente luteranas que introdujo en su traducción de 1534 William Tyndale, v. gr.: “sobre esta piedra se asentará mi congregación (*ecclesia*)” en lugar de “mi Iglesia”. (Hilaire Belloc, *Crammer*, p. 176).

³³*Obispo* en griego significa *Inspector*; y lo que más “inspeccionaban” los antiguos obispos era la fidelidad de los textos de las Escrituras. De esta actividad episcopal descienle la actual censura eclesiástica, la cual en algunos países –como el nuestro– está por desgracia muy

expurgadas enseguida: *ni una sola de ellas ha llegado a nuestros textos actuales*. Sabemos que existieron por los escritos de los Santos Padres.

Son las variaciones *inintencionadas* las que han dado tanto trabajo. Se producían de muchos modos:

1. El copista omitía los signos de puntuación, los acentos, los *espíritus* o las barras. Eso es muy común en los manuscritos. La dificultad que hay acerca de la hora de la Crucifixión, v. gr., probablemente viene de la simple omisión de la barra del *digamma* (F) letra griega que significa *seis*, mientras que la *gamma* () significa *tres*. Leemos hoy en Marcos, XV, 25, que Jesús fue crucificado “a la hora tercia”; mientras Juan, XIX, 14, dice que Pilatos mostró a Jesús a los judíos “a la hora sexta”; lo cual no pega. La mejor solución de esta dificultad es la de San Jerónimo y es muy sencilla: los dos Evangelios tenían un *digamma* (hora sexta) y la segunda barra de un *digamma* estaba borrosa o borrada; y el copista no la vio o la omitió por distracción. Y en efecto, la tradición de la Iglesia es que Cristo fue crucificado después de las 12, y murió cerca de las 15 horas.

2. Errores por distracción en los casos gramaticales o bien omisión de palabras; palabras escritas todas juntas, lo cual es común en los manuscritos provenientes de una *dictación*, que el copista escribía como oía –ver p. 58–; palabras salteadas o sustituidas por una muy diversa, en que el copista distraído estaba pensando.

3. El copista omitía una palabra que no entendía³⁴; como la palabra *déutero próotoo*, suprimida en el *Códice Sináitico*, en el *Códice Vaticano*, en el *Códice L* y en varios minúsculos.

4. El copista introduce palabras explicativas (*interpolación*: esto es más grave).

5. El copista omite o añade pronombres, pone palabras usuales en lugar de los arcaísmos, emplea una palabra sinónima que le parece mejor...

6. El copista cambia un texto que no entiende por uno que le parece más claro; o una palabra que le parece obscena por otra más decente: como es el caso de la palabra *zamah* del Cantar de los Cantares, que tanto trabajo dio a fray Luis de León.

7. El copista asimila inconscientemente dos clisés orales equivalentes. Ya hemos visto –p. 57– por qué podía producirse esto, y cómo.

El resultado de todas estas variantes fue que ya en el siglo IV San Agustín se desespera ante las innúmeras variaciones de los manuscritos latinos (“*codicum infinita varietas*”) que pululaban en gran cantidad en todo el Imperio, desde el África –donde surgió la primera versión latina– hasta la Bretaña; y el Papa San Dámaso encargó a San Jerónimo, que vivía en Palestina, hiciera una nueva traducción correcta del griego.

Se dice comúnmente que San Jerónimo “tradujo toda la Biblia del hebreo y del griego

decaída, por no decir corrompida.

³⁴El 1 de agosto 1956 tuvimos en nuestras manos, en Londres, el famoso *Códice Sináitico*, el más importante de los manuscritos bíblicos igual en autoridad al *Códice Vaticano*, que se conserva en Roma; mas en este mismo manuscrito del siglo IV han debido ser corregidas numerosas *negligencias de copista* –de los cuatro copistas y siete correctores– por el crítico inglés Cronin. Es un volumen de unos 45 x 40 cm., de pergamino perfectamente conservado, escrito en mayúsculas griegas de una gran belleza, en 4 columnas estrechas. Contiene el Antiguo Testamento mutilo, el Nuevo Testamento completo y con dos libros añadidos –no canónicos– la Epístola de Bernabé y el Pastor de Hermas. Encontrado en el monasterio cismático por el sabio alemán Constantin Tischendorf en 1844, a punto en que iba a ser quemado, éste pudo publicarlo en facsímil en 1862, después de tres viajes al monasterio asiático. El manuscrito fue regalado (?) más tarde por los monjes al emperador de Rusia, y vendido por los Soviets al British Museum por una cantidad fabulosa de libras, que se recogieron en colecta pública.

al latín”. Es un error. San Jerónimo primeramente contestó a San Dámaso: “Si hemos de fiarnos de los ejemplares latinos, dime de cuáles; pues hay tantos textos como códices; hemos de acudir al texto griego... pero entonces hay que hacer un gran trabajo crítico previo; pues también los manuscritos griegos están llenos de variantes...”³⁵. Al fin se puso al trabajo refunfuñando, como era su costumbre; en este caso, con mucha razón.

San Jerónimo temía con razón la rebelión de la “opinión pública” si producía un texto diferente de lo que los fieles acostumbraban a oír en sus “iglesias”, y sabían de memoria; como en efecto sucedió³⁶.

Tradujo del hebreo muchos libros del Antiguo Testamento y revisó otros; el Libro de los Salmos no lo tocó. Del Nuevo Testamento no hizo sino una cuidadosa “revisión” o corrección: completo en los Evangelios de Mateo y Marcos y en la primera parte de Lucas. En la segunda parte de Lucas y el Evangelio de San Juan, Jerónimo se limitó a corregir el estilo, guardando el texto del Brixiano, que estimó sano. Sin embargo, se produjeron las más agrias críticas, por parte de los que él llama “perros ahulladores” (“*canes ululantes*”). En su carta XXVII, *Ad Marcellam*, Jerónimo llama a sus críticos “burritos con dos pies”, y les aplica el proverbio romano: “Al burro no le toques la lira”, insultándolos amablemente. En su *Prefacio* al Libro de Job se queja de los críticos, diciendo que “si corrijo, me llaman falsario; si no corrijo, soy un sembrador de errores”. A San Agustín que, intimidado por el rumor, lo exhortaba a abandonar la traducción del Antiguo Testamento, lo reprende con una aspereza bien friulana. Estos santos antiguos no eran muy santulones³⁷. A pesar de la aprobación papal, la Vulgata de San Jerónimo –llamada así después del Concilio de Trento– fue resistida en todas partes, y recibida muy a la larga; los romanos en el siglo VI todavía no la preferían a la “ítala”. Pero San Patricio el Irlandés ya la citaba en el siglo V. En España San Isidoro de Sevilla la impuso en el siglo VII. Pero Strabón en el IX dice que todavía no era universal en la Iglesia Romana occidental.

Propagada al fin por toda Europa, durante la Edad Media comienza el mismo proceso de corrupción textual debido a los copistas “dormilones”, que dice el Dálmata; de modo que en las *Escuelas*, al lado de la Biblia, se escribían suplementos llamados “*Correctoria*”, a veces libros enteros, con las correcciones. Así, pues, prosiguen los dos fenómenos paralelos, las *variantes* y el trabajo crítico textual.

La Universidad de París quiso adoptar un texto seguro; pero erró en la elección; y el gran físico y gran escriturario inglés Roger Bacon asegura en 1268 que el *Textus Parisinus* estaba “horriblemente corrupto”. Los dominicos primero y después los franciscanos intentaron purificarlo, con mal método y mala suerte: hicieron retroceder la pureza textual más allá de San Jerónimo, adoptando variantes viciosas e interpolaciones que el santo había ya expurgado. Así que cuando en 1456 apareció la primera Biblia impresa –por Gutenberg y Peter Scheffler, o bien Johann Fust– la llamada hoy *Biblia de Mazarino*, el texto era defectuosísimo. Este texto se reprodujo enormemente hasta 1515. El primer intento crítico serio fue hecho por un hombre de nuestra raza: el cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, en su *Biblia Políglota de Alcalá*, año 1517, en que están cara a cara los textos hebreo-griego-latino para el Antiguo Testamento, y el griego-latino para el Nuevo Testamento. El texto de la Vulgata es allí mucho mejor que el de las ediciones precedentes, sin ser del todo puro. Los cuatro “doctores” de Alcalá (Astúñiga, Núñez de Guzmán, Demetrios Ducas, “el griego”, y Antonio de Nebrija, el gran gramático) corrigen la Vulgata

³⁵*Epístola Ad Damasum*.

³⁶“*Tanta est enim vetustatis consuetudo, ut etiam confesa plerisque vitia placeant...*”.

³⁷“*His achievement... aroused the hostile criticism of an unenlightener conservatism, and St. Jerome pilloried his detractors with characteristic brevity...*” dice James Duff, editor de las cartas de San Jerónimo. Ver *Epístola XXVIII*, 2.

jeronimiana cotejándola con códices griegos “antiquísimos y castigadísimos”, enviados por el Papa León X.

En este tiempo, como efecto de la caída de Bizancio llegan al Occidente muchísimos manuscritos griegos y se inicia un nuevo tramo en la crítica textual con Erasmo Robert Estienne y otros.

Erasmo de Rotterdam, espíritu inquieto y agresivo contratado por *Lady Margaret* (la madre de Enrique VIII) para enseñar en Cambridge, elaboró en su helada torre del Queen's College –donde duró sólo año y medio– su libro *Novum Instrumentum*, que tuvo un efecto portentoso, y fue como la mecha de la pólvora que iba a desmembrar a Europa: era una apelación al texto griego de la Escritura, un repudio desdeñoso de la Vulgata jeronimiana... y el comienzo de la “alta crítica” moderna: ese trabajo de corrosión de que se habían de servir contra la Iglesia Romana los rebeldes y los reformadores, que empezaban a hervir en Alemania y todo el norte de Europa.

Prevalido de su conocimiento del griego, muy raro entonces, Erasmo parece pretender que él solo comprende la Escritura. Era un burdo sofisma, pues los manuscritos en griego estaban tan atrasados como la Vulgata, y necesitaban purificación tanto o más que ella. Erasmo publicó cinco ediciones diversas del texto griego, de las cuales la única que puede llamarse *crítica* es la cuarta, del año 1527. La primera es tan inescrupulosa que puede llamarse *fraude*: compilada apresuradamente en cinco meses del año 1515 con el fin de ganarle por la mano a la Biblia Políglota católica de Alcalá –“*praecipitata verius quam edita*”, confesó él más tarde– está calcada simplemente del deficiente Codex 1, del siglo XI, en parte; y de los Codex 2, que son un poco mejores, en tanto que el autor afirmaba mendazmente en el *Prefacio* que la había sacado de “muchísimos códices de ambas lenguas, y no cualesquiera, sino los a la vez antiquísimos y castigadísimos”. El único manuscrito que tenía del Apokalypsis sufría de *lagunas*, que Erasmo llenó simplemente por su cuenta, traduciendo al griego fragmentos de la Vulgata. Denunciada la inhonestidad, Erasmo trabajó y pulió su texto, introduciendo en su segunda edición 400 nuevas lecciones, de las cuales 70 –según Mill– son malas; sirviéndose para ello incluso de la Políglota de Alcalá, ya aparecida por entonces.

El camino de la crítica textual desde entonces es enorme; y puede dividirse en tres etapas:

1. Desde la *Políglota* a John Fell, en el año 1686, en que se pule el texto de acuerdo a varios manuscritos, se inventa el *aparato crítico*, y se discuten las principales variantes.

2. De John Mill a Lachmann, entre los años 1707-1830, en que se acumula prodigiosamente el material de control, se establecen las principales *leyes críticas*, y se clasifican y catalogan en grupos todos los manuscritos existentes: para lo cual el alemán Johann Marffn Augustinus Scholz, uno de los padres de la crítica actual (1794-1852) recorrió durante largos años la Francia, Suiza, Italia, el archipiélago griego y la Palestina, levantando un censo de los manuscritos del Nuevo Testamento, al cual enriqueció con numerosas piezas descubiertas por él. Se le debe la clasificación en Cinco Familias. En 1836 publicó en Leipzig su texto crítico del Nuevo Testamento griego, sobre el texto de Griesbach (1775) y el antiguo Elzeviriano; texto crítico muy sano que aún ahora es tomado por muchos como fundamento sólido de trabajo.

3. De Lachmann hasta nuestros días: con la ayuda de la tipografía y la fotografía, el material diseminado por las bibliotecas del mundo se puede tener todo junto en una biblioteca.... de Alemania; y se puede hacer a la vez el trabajo de hormiga y el trabajo de halcón: la colación de textos y el *sistema crítico*.

Karl Lachmann (1793-1851) no era un teólogo sino un lingüista: publicó su *nuevo*

texto basado en el principio sencillo de *la lección antiguamente más difundida*, primero en 1831 y después, enormemente corregido, en 1850. Su principio sencillo se fue ramificando: “adopción de la lección más en uso en las más antiguas Iglesias de Oriente; en caso de duda, apelar a las más antiguas Iglesias de Italia y África; en caso de incertidumbre todavía, indicación del hecho por medio o al margen, rechazo del texto recibido...”.

Desde este sistema simple, que en el fondo es *por mayoría de votos* sin examen del valor interno (o contenido) de la lección, los sistemas críticos actuales se han complicado en forma inconcebible. El sistema del berlinés Von Soden (1910), incluso vulgarizado por un autor tan claro y sintético como Méchineau o Jacquier, pone al profano que lo curioseas en medio de un laberinto, mas los dos gruesos tomos (I, *Sistema* - II, *Texto*) de su obra *Die Schriften des Neuen Testaments in ihrer ältesten erreichbaren Textgestalt, hergestellt auf Grund ihrer Textgeschichte*, Berlín, 1902-1910, para el no iniciado son un puro vértigo.

Von Soden es hegeliano, es decir, fanático del “sistema”: su construcción es atrevidísima y brillante, pero objetada por la mayoría de los especialistas actuales como poco sólida. Sistemador impávido, es demasiado amigo del *a priori*.

El prusiano revisó primero las *familias* de manuscritos con la ventaja sobre Scholtz del *material* completo y ya ordenado, con una meticulosidad enorme, mezclada de agudos chispazos y aun verdaderos descubrimientos; y las estructuró en 9 grupos con una cantidad de *subgrupos*, dominados por un tipo ideal llamado I-H-K³⁸, detrás del cual el crítico sostiene que *debe haber* un solo manuscrito (“*arquetipo*”) hoy perdido. Después estableció las complicadas relaciones entre las 9 familias que Kirsopp-Lake visualizó en el siguiente esquema, que puede verse en la página³⁹.

Después de eso, Von Soden se aplica a la fenomenal empresa de *reconstruir* el arquetipo I-H-K como un paleontólogo reconstruye un animal antediluviano a partir, no ya de todos sus huesos –trabajo fácil– sino de sus *huellas*. Su hipótesis fundamental es que el *Diatessarón* de Taciano (armonía de los Evangelios escrita en siríaco) es traducción de un *diatessarón* griego, el cual *contaminó* a casi todos los testigos del texto del Nuevo Testamento: sería una especie de *proto-arquetipo*. Sobre estas bases, Hermann von Soden efectúa un trabajo de erudición, lectura, cotejo y lógica que antes comparé a la creación de un mosaico infinitamente más complicado que los del Vaticano: montañas de erudición y una selva de tecnicismos, catálogos, andamiajes, constataciones y conclusiones que asombra y abrumba. El libro de 1.500 páginas, aparecido en 1910, que contiene el “sistema”, solamente para leerlo una vez, hay que tener muchísimo tiempo... y ser alemán.

El sistema de Wescott-Hort es anterior al de Von Soden y no ha sido desbancado por él, antes al contrario. Conforme a la índole inglesa, es más empírico que sistemático y procede más por *tanteo* que por deducción *a priori*; no aspira a la simetría estructural ni a la certeza matemática, y aparece más elástico y receptible de correcciones. Ha sido expuesto con el mayor pormenor en el segundo volumen de *The New Testament in the original Greek*. Su principio fundamental es proceder de lo particular a lo general, cerrando el camino a todas las causas posibles de error: en suma, el método empírico. Por ejemplo, “en presencia de dos variantes–dice Hort– el primer impulso es preferir la que da mejor sentido; pero “mejor sentido” es un juicio subjetivo; y además nos puede hacer caer en la trampa de un “copista leído” que haya pensado lo mismo antes que nosotros y entremetido una variante para conseguir un “mejor sentido”... para él...”.

Así que el estudio de cada variante no permite una opción segura; hay que examinar

³⁸La sigla K representa el texto antioqueno, la H el texto alejandrino, y la I una suma de 11 códices diferentes, que Von Soden considera influidos por el texto de Taciano, llamado por él “*arquetipo*”.

³⁹Hay un dibujo en la pag 65.

el grado de valor general de cada documento, según que cada uno de ellos haya suministrado mayor o menor número de buenas lecciones; lo cual nos da un *coeficiente de valor*. Pero se constata enseguida que los documentos se ordenan en grupos naturales de lecciones concordantes. El estudio permite establecer la *jerarquía* de los grupos, y distinguir el grupo de manuscritos más antiguos, y aproximarse a la determinación de su origen y la razón de sus características...

El sistema de Wescott-Hort ha beneficiado de las severas críticas caídas sobre su rival el prusiano. El benedictino dom Chapman “*ha probado victoriosamente*” –según Jacquier– que la armonización de los textos evangélicos existente en el *Códice de Beza*, las viejas traducciones latinas y siríacas y el grupo de escritores eclesiásticos llamados “*post-apostólicos*”, *no se deben necesariamente al Diatessarón de Taciano*; más aún, ha negado la hipótesis del *Diatessarón* en griego, retirando así la base del sistema sodeniano. El inglés Kirsopp-Lake –antiguo discípulo de Von Soden– concluye que “si el *Diatessarón* griego no ha existido, no resta ninguna prueba del texto arquetípico I-H-K, lo cual reduciría al “sistema” de Von Soden a la nada.

El mejor fruto del sistema de Wescott-Hort ha sido el difundidísimo Nestle griego, en manos hoy día de todos los estudiosos del Evangelio⁴⁰. El doctor Eberhard Nestle trabajó en su texto con el método de Wescott-Hort pero sin esclavizarse, lo cual en realidad es conformarse a sus principios: sobre el texto de Wescott-Hort compulsó los textos de Tischendorff y Bernard Weis. Durante su vida, el Nestle griego vio 14 ediciones, que han sido continuadas por su hijo Erwin Nestle. Del Nestle común depende la edición católica del P. Merk, simplificada en el aparato crítico, y levemente corregida.

Hemos querido dar al lector una impresión directa de la historia del texto evangélico, que no puede ser sino una silueta somera; pero quizá bastante. La enorme suma de trabajo humano gastado sobre este libro –mayor que para ningún otro– señala su importancia, y es gloriosa a Dios. Tener esa idea es necesario no sólo al exegeta sino aun al lector común del Evangelio. Con ella, por ejemplo, salta a los ojos la temeridad de los que pretenden fabricarse su religión sobre la base de una interpretación “personal” de una “traducción moderna” (!) de los Libros Santos. Un conocido mío pretende que el Espíritu Santo no existe, fundándose en no sé qué versículos del Evangelio; y no tiene la menor seguridad de que esos versículos hayan sido proferidos así por Jesucristo: pueden ser una *variante* de copista, o un defecto de traducción. Los partidarios del libre examen protestante piden a Dios demasiado: Dios debería estar obrando continuos milagros para que ellos no erraran.

No faltan católicos igualmente temerarios o ignorantes: “la Vulgata ha sido canonizada por el Concilio de Trento; por tanto en la Vulgata no puede haber ningún error”. Después de Trento hubo en Europa, sobre todo en España, los partidarios de la *Escuela Estricta* que pretendían en el fondo hacer de toda la Vulgata, con puntos y comas, *una cosa de fe*, por el hecho de que el Concilio había definido que la Vulgata “*era auténtica*”, a los cuales el excelso P. Mariana S. J., el hombre más perspicaz del siglo XVII, morigeró severamente en una inmortal monografía⁴¹. Si los Padres del Concilio hubiesen intentado definir que en la traducción de San Jerónimo no había ninguna imperfección, se hubiesen salido del campo de la fe y la moral, y hubiesen excursionado risiblemente en campo ajeno, en el de la ciencia: era manifiesto que había muchos defectos en la Vulgata, y algunos cardenales, más doctos, lo advirtieron así a los más “piadosos”. Lo que quisieron definir pues, dice Mariana, es que la Vulgata no contenía errores fundamentales contra la fe; y eso con respecto a los *novi errores* de aquel tiempo. Pero no cerraron el camino al estudio, a la crítica

⁴⁰*Novum Testamentum Graece —cum apparatu critico—* curavit — D. Eberhard Nestle — Stuttgart, Editio quarto decima, año 1930.

⁴¹*Dissertatio pro editione Vulgata*, año 1609.

y a la opinión, petrificando a la Biblia en una especie de fetiche idolátrico. Si la palabra usada “*auténtica*” fue poco feliz, paciencia: su significado es éste: fundamentalmente sana. Lo que quiso definir el Concilio –y más que eso *no puede* definir nadie– es que la Vulgata *ut jacet* no contiene errores de fe.

Esta se puede llamar *la Escuela de los Cómodos*: siempre ha habido fanáticos que son más papistas que el Papa. “*Platone platoniores*”⁴². Me hacen recordar una anécdota del general Yague, que fue recibido en audiencia por el Papa Pío XII, el cual comenzó a decirle: “Sí, *a propósito de la república española, mi antecesor quizá al principio no vio claro...*”, a lo que el militar español cortó diciendo: “¡Basta! ¡El Papa es infalible! ¡No permito a Su Santidad que piense que su antecesor se ha equivocado!”. *Se non é vero, é ben trovato...* por el conde Agustín de Foxá.

En cuanto a las versiones en lengua moderna existieron siempre–bien mirado, nuestro mismo texto griego *fue* una versión a la *lengua común* de entonces–y se multiplicaron después del siglo XVI. Su valor es variable según los traductores.

En esto los hispanos no hemos tenido tanta suerte como los ingleses y alemanes: no tenemos una traducción “monumental”, como esos dos pueblos. Existen traducciones parciales excelentes como los Psalmos de Juan Pérez de Pineda, pero no un conjunto que sostenga la comparación con la Biblia de Lutero o la llamada “*King's Version*” inglesa, obra del extravagante Wylliam Tyndale y el maligno arzobispo Cranmer, ambos emperos grandes estilistas. Fray Luis de León debería haber traducido la Biblia al castellano; la Inquisición probablemente tuvo la culpa de que no lo hiciera. Tradujo del hebreo el Cantar de los Cantares... y le encajaron tres años de cárcel. Como para seguir⁴³.

El gran crítico literario francés Charles du Bos escribe: “La literatura francesa no posee entre sus clásicos una traducción de la Biblia; y no se ponderará jamás bastante todo lo que la literatura inglesa debe a ese imperecedero monumento de la lengua, la “*Authorised Version*”. Gracias a ella, el más humilde anglosajón se halla en posesión de un manantial, para remontar al cual en Francia es necesario amontonar el genio de un Lamartine y un Hugo, un Vigny y un Baudelaire”⁴⁴.

Lo mismo pasa en Hispania. La masa argentina no leerá jamás a Cervantes o a fray Luis de León –aunque ciertamente se deberían leer en las escuelas, desde los primeros grados– y no existiendo tampoco la costumbre de leer la Biblia en una buena traducción, no existe el freno a la degeneración de la lengua hablada, y aun escrita, que es un fenómeno continuo y visible entre nosotros, pese a los esfuerzos gramaticales de Avelino Herrero Mayor.

Las tres traducciones españolas antiguas que corren entre nosotros son mediocres: Cipriano de Valera, Torres Amat y Scío de San Miguel. Nos remitimos al juicio de Menéndez y Pelayo sobre estos tres trabajos.

Son retraducciones de la Vulgata latina, no de las lenguas originales; aunque Cipriano de Valera pretenda haber *revisado su* texto con el griego y el hebreo, los cuales no poseía. Esta Biblia protestante, calcada sobre la traducción anterior del morisco Casiodoro de Reina, es la mejor literariamente, aunque su fidelidad, manchada por la *tendencia*, es recusable. El

⁴²Uno de éstos, por ejemplo, el gran escritor León Bloy. Reaccionando extremosamente a lo Bloy contra los pedantes que la despreciaban y le preferían las versiones protestantes (Loysy), Bloy la magnifica exageradamente y dice *ore rotundo* que “la Vvulgata es el Espíritu Santo; la Vulgata es la autobiografía de Dios, es Dios mismo consustanciado en palabras...”, etcétera. Dios se equivocó varias veces, por lo tanto.

⁴³“Pero si no hubiera Inquisición, fray Luis de León no hubiera existido”, diría quizá Agustín conde de Foxá... Todo se puede defender.

⁴⁴*Aproximations*, p. 211

obispo Torres Amat publicó como suya una traducción del jesuita Petisco, con intercalaciones continuas en letras bastardilla (Biblia con viruelas) tendientes a explicar o volver claro el Sagrado Texto; es decir, es *parafrástica o glosística*. Este sistema es repudiable, pues al fin el traductor entromete sus propias interpretaciones –bastante pedestres por cierto– en la majestad del divino texto. Monseñor Straubinger entre nosotros ha publicado una Biblia con el texto de Torres Amat revisado, y suprimidas casi todas las *glosas*; lo cual es una gran ventaja⁴⁵.

La Biblia del obispo de Segovia, Felipe Scío de San Miguel, Sch. P., es quizás la mejor. Las *paráfrasis* que el traductor ha añadido a algunas secciones (como al Libro de Job) es mejor dejarlas, pues adolecen de la misma tacha que las de Torres Amat. Tres traducciones modernas poseemos desde las lenguas originales: Juan José de la Torre, del Nuevo Testamento; Bover-Cantera y Nácar-Colunga, de la Biblia completa, de cuya fidelidad al texto no podemos ser jueces, pero que literariamente no pasan de correctas.

No se hará ya una traducción eximia de la Biblia al español. Tampoco se llegará nunca, como dije, al *texto puro*, o sea enteramente igual al original, ideal de la ciencia críticotextual. Bástenos saber que tenemos un texto substancialmente sano, y algunas traducciones pasables. Yo lo siento mucho; y como decía el otro orador, “señores, deploro y pido perdón de decir cosas tan graves, pero si supiese otras más graves, éstas son las que diría”.

Me atrevo a esperar que con este resumen o silueta –detrás del cual hay muchos libros, lecturas y reflexiones, puede el lector creerlo– queda contestada la pregunta de algunas almas pías, que dicen: “¿Por qué Jesucristo no escribió El mismo los Evangelios y por qué Dios “permitió” este lío?”. Los *por qué* de Jesucristo son difíciles de determinar, porque El sabía más que nosotros de su oficio. Pero si el lector reflexiona sobre lo dicho, verá quizá que un libro escrito por Cristo y conservado celosamente en una urna de alabastro, no hubiese dado nada superior a lo que tenemos.

Un libro es una cosa muerta que se queda atrás en el correr de los años; la predicación oral de Cristo fue una cosa viviente, una especie de manantial, que engendró innumerables libros sin perder su frescura. Si Cristo hubiese escrito libros, serían hoy a modo de fetiches adorados y no entendidos, porque serían ya arcaicos y anacrónicos; o a lo más, una cosa como los poemas de Catulo o las oraciones de Cicerón, para uso escolar y académico. Jesucristo estableció con su ejemplo la preeminencia de la predicación sobre el escrito como medio de control. Si Cristo hubiese nacido en Roma o en Atenas y hubiese tenido a su disposición más esclavos amanuenses que Julio César, no hubiese conseguido ni de lejos el resultado que consiguió depositando la semilla de su palabra en la memoria y el corazón ferviente de sus *meturgemanes* de estilo oral.

Porque “la palabra de Dios es semejante a una semilla”... Lo dijo Él.

Parte segunda

CRONOLOGÍA DE LA VIDA DE CRISTO Y CONCORDIA DE LOS EVANGELIOS.

⁴⁵Después de esta Biblia, editada por Guadalupe, Straubinger publicó en Desclée Brower Argentina otra en cuatro tomos que lleva la indicación: “Traducción de los textos primitivos”.

Explicación aclaratoria

Llámase *Concordia Evangélica* el disponer los Evangelios en el orden de la vida de Cristo, desarticulando sus perícopas, fragmentos y versículos para colocarlos según la – probable – cronología; cuyo resultado es una historia de Cristo con las mismas palabras del texto sacro.

El primero que hizo esta combinación fue Taciano en el siglo II; desde entonces se han multiplicado los ensayos, de más en más trabajados y exactos. Ninguno conocemos mejor que el del P. Johann Perk, salesiano alemán, perito en el Nuevo Testamento. En el actual estado de los estudios no se puede ir más allá; y su disposición cronológica se puede dar por casi cierta.

A él hemos seguido en nuestro trabajo, introduciendo algunas modificaciones de acuerdo a Lagrange O. P., Cornely, Brassac, Coleridge, Lohmann, y las de nuestro profesor en la Gregoriana de Roma, Silvio Rosadini.

Taciano tomó simplemente como hilo cronológico a San Juan, el último hagiógrafo, e intercaló en él a los Sinópticos. Después de él los estudios exegéticos han hecho un camino inmenso, enzarzado de discusiones; pero la gran mayoría de los exegetas católicos siguen tomando a San Juan como base; y con gran razón, a fe mía.

El segundo criterio después de San Juan es San Lucas; él atestigua que compuso su evangelio *ex ordine*, buscando el orden cronológico. Con estas dos bases, las indicaciones cronológicas de Mateo y Marcos ofrecen muy pocas discrepancias. Si se toma como segunda base a Mateo en lugar de Lucas, como hace el P. Murillo, las discrepancias y dificultades son muy grandes.

Con esta lista ordenada de los Evangelios que ofrecemos, cualquier cristiano, comprándose un libro en blanco y los cuatro Evangelios, puede fabricarse con tijera y engrudo su propia historia de Cristo. Nuestros antepasados fervientes lo hacían copiándolos a mano, como hemos visto en un testamento de un *afincao* de Salta, para grabar en su memoria y en su corazón la vida de Cristo; parece que también lo hizo don Facundo Quiroga, el Tigre de los Llanos; y nosotros lo hemos hecho durante nuestros estudios teológicos. Creemos que todo sacerdote debería hacerlo en el Seminario. Hemos conocido un sacerdote en nuestra tierra de Santa Fe que *no había leído en su vida el Nuevo Testamento entero*; se había contentado con los fragmentos que hay en las misas, y Dios quiera que entendiendo el latín y el sentido de ellos. Roguemos a Dios que ese sacerdote sea el único en nuestra tierra.

Hemos adoptado la opinión probabilísima de que la vida pública de Cristo duró *tres años y algunos meses*; y por tanto, ocurrieron en ella cuatro Pascuas.

Es sabido de todos que nuestra cronología vulgar está equivocada en 6-8 años. El monje Dionisio de Exiguo († 556) fijó el nacimiento de Cristo en el año 754 *Urbe Condita* y le llamó año 1 de la Era Cristiana; pero padeció un error de cálculo y la posterior investigación ha fijado el año de la Natividad en el 746 a 748 *Urbe Condita*.

Parte tercera

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

EVANGELIO DE LA CIRCUNCISIÓN (Día primero del año)

[Lc 2, 21] Lc 2, 16-21

El día Primero del Año, octava de Navidad, y en la fiesta del Santísimo Nombre de Jesús que la sigue, se lee en la misa el versillo 21 de Lucas, II, que dice simplemente: “Y cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, fue llamado su nombre Jesús, como fue llamado por el Ángel antes que fuese concebido”. Y Mateo dice brevemente: José lo denominó Jesús: o sea *Iehosua*, o *Ieshua*, que significa en hebreo *salud* o *salvación*.

Dios le dio un nombre que está sobre todo nombre; Este no es nombre dado sino nombre nacido, el nombre propio del Salvador por excelencia. Significa *salud*, pero no la salud en cuanto se recibe y goza, sino la salud en cuanto se da; la causa formal del equilibrio de los humores y el bienestar de todo el ser, pues es verbo activo en hebreo; de suerte que debe traducirse *Salud-Dador*, por lo cual la Vulgata traduce bien *Salvador*, porque *salus* y *saluare* (salvar) son la misma palabra en latín; no en español; sí en francés, la cual lengua románica llama muy bien a la salvación eterna “*le salut*” que es como si dijéramos, “el Jesús”. Y por ser el nombre propiísimo del hijo de Myriam, por eso todos los otros nombres que le dieron los Profetas y Evangelistas son nombres de El porque tienen relación con la salud donada: Pimpollo, Rostro de Dios, Monte, Camino, Padre de la Generación Nueva, Brazo de Dios, Rey, Príncipe de la Paz, Esperanza, Pastor y Oveja, León y Cordero, Prometido y Marido, Vid, Médico, Puerta, Luz, Verdad y Sol. Porque la salud es la base de todos estos bienes que aquí se significan; y es en sí misma como “una preñez de todos los bienes”, que dice fray Luis de León.

San Pedro fue el primero y el mayor devoto del nombre de Jesús; nombre con que terminan todas las peticiones litúrgicas: “*In nomine Domini Jesu Christi*” y que hemos de traer en la boca y en el pecho con reverencia y confianza. Después de su impetuoso primer sermón de Pentecostés, en que el Príncipe de los Apóstoles resume el ciclo de la Redención y enrostra a los judíos su cruel error, clamando al final: “*Certísimamente sepa toda la casa de Israel que Señor de ella y Rey hizo Dios a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis*”; preguntaron los 3.000 oyentes compungidos:

“—¿Y qué haremos, hermanos?

—¡Bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo!”.

Y después curó al tullido de la puerta Speciosa “*En el nombre de Jesús Cristo Nazareno, levántate y anda*”. Y después, llevado delante de Caifás, Anás, Juan y Alejandro sus hijos, y todo el resto del Synedrion, e interrogado: “¿Con qué “nombre” [mágico] hicisteis eso?”, respondió gallardamente: “Si ahora somos juzgados por el beneficio a un hombre enfermo, en el que fue salud donado, sea patente a todos vosotros y a toda la plebe de Israel que en el “nombre” de nuestro común señor “Jesús” de Nazareth el Cristo al cual vosotros crucificasteis a quien Dios suscitó de entre los muertos, en este nombre éste está aquí ante vosotros sano. Esta es la Piedra que reprobada por vosotros al construir, se ha constituido en la piedra fundamental —como predijeron los profetas— “del verdadero y nuevo edificio”; y no hay en otro alguno salud; ni hay otro “nombre” bajo la bóveda celeste dado a los hombres que nos pueda “salvificar”” Les prohíben predicar el nombre de Jesús. San Pedro pregunta si deben ellos oír primero a Dios o bien al Synedrion.

“—¿Qué sabéis vosotros, iliteratos e idiotas, de Dios?.

—Lo que hemos visto y oído; lo cual no dejaremos”.

Salieron sólo amenazados, porque no veían los otros por qué podían castigarlos “delante del pueblo”, es decir, no podían justificar el castigo delante de la opinión común:

ventaja del juicio oral. La siguió otro clamoroso sermón de Pedro. Fueron echados a la cárcel y de nuevo conminados; mas temían ya los fariseos ser apedreados por el pueblo si los castigaban. Otro concilio y otra prohibición airada: “que seguís predicando a pesar de nuestra orden, que se llena Jerusalén de vuestra prédica y que nos echáis en cara la sangre del “hombre ese””. Ahí les dolía. “Conviene obedecer a Dios antes que a los hombres”, replica San Pedro impertérrito. ¿Dónde está ya el medroso Pedro que dijo: “*No lo conozco*”? Y les endilga pacientemente otro sermoncito cristiano, exhortándolos a penitencia y prometiendo perdón, en el nombre de este “Príncipe y Salud-Dador”: el “hombre ese”. Los hacen azotar, contra el discreto parecer del gran Gamaliel y renuevan el prescripto de que “*absolutamente no tomen más en sus labios ese nombre*”. Pero ellos –dice Lucas– “salían gozosos por delante del Synedrio de haber sido hallados dignos de padecer “por el nombre de Jesús” atropello” (Hch V, 41). ¡Y lo que habían de hablar todavía, a despecho de múltiples y máximos atropellos!

No hay otro nombre bajo el cielo en el cual pueda ser salvada la Humanidad. Bueno es repetirlo hoy día en que tantos nombres de “Salvadores de la Humanidad” se lanzan por los altavoces. Churchill: salvó el Imperio Británico. Roosevelt: salvó la civilización cristiana. Ghandi: salvó el espiritualismo. Madama Blabatzki: salvó el “verdadero conocimiento de Dios”. Albert Schweitzer: salvó la cultura de Occidente. Monroe: salvó la América. Saavedra Lamas: salvó la paz. Lenin, Stalin, Beria, Malcnkof, Molotof, Kirillof: salvaron al proletariado. Todos éstos salvaron la ropa; pero se ahogaron. Puede que me hayan salvado a mí también; pero hasta ahora no se siente.

Jesús es salud grandísima, porque la enfermedad es grandísima.

“El hombre, de su natural, es movedizo y liviano y sin constancia en su ser; y por lo que heredó de sus padres es enfermo en todas las partes de que se compone su alma y su cuerpo. Porque del intelecto es miope, de la memoria leve y volandero, de la inclinación torcido, de la pasión exagerado, de los sentido y débil y desordenado y frágil: en unos lleva engaños y en otros fuego y en el cuerpo muerte; y desorden entre todas estas facultades y guerra y angustia y dispersión y ceguera. Y lo peor, heredó la culpa de sus padres, pesada herencia y condena y cadena; porque es fealdad en sí misma y es privación del lustre y vigor de la gracia y fuente y proclividad de mal moral; y a esta condena aumentamos añadiendo las nuestras, conque en una cadena interminable nos llenamos de espinas, de manchas y de lágrimas, y lo que es peor de falsas alegrías, engañosos goces y mortíferas ilusiones; y como enfermos discolos ayudamos al mal y acicateamos a la muerte. De manera que por nuestra natura compuesta y disoluble, por el pecado que heredamos y por las deficiencias de nuestro propio albedrío, somos ocasionados a innumerables enfermedades, vasos de multiforme decadencia y degeneración; y por las leyes que Dios puso contra el pecado y por las muchas incitaciones a él que el mundo pone, y por la acción durísima del demonio, nuestra enfermedad no es una sola enfermedad sino como una suma de cuanto hay de morboso y doloroso...”. Así más o menos fray Luis de León, entonado y ríguroso espíritu.

De esto es Jesús salud y remedio. Pero este remedio tiene una cosa, y es que no cura al que no se lo aplica. Tiene otra cosa, como todos los remedios, y es que al principio parece una nueva enfermedad; porque la vieja enfermedad está tan consubstanciada con nosotros que ir contra ella parece ir contra la misma natura. Y en cierto modo esto es verdad; porque es una nueva natura la que se requiere, una especie de duro injerto: “En verdad te digo que si no naciere el hombre de nuevo no entrará en el Reino de los Cielos”. Dicen que no le pesa al águila el peso de sus alas; pero aquí las alas no son naturales; no diré tampoco que sean artificiales La Gracia es una extensión sobrenatural de la naturaleza humana, que al principio hace saltar todas las costuras y aun descoyuntar los huesos. Todos los santos han empezado su carrera con una especie de renunciamiento total, que muchos de ellos no vacilan en llamar “*muerte*”. ¿Qué especie de remedio es éste que se parece a la muerte?

Esto es renunciar a la propia vida individual, pequeña y enfermiza, para comenzar a vivir de la *vida* indeficiente de aquel que es en sí mismo más *mí-mismo* que yo mismo. El viejo Pecado, en nosotros organizado, se estremece todo ante la irrupción de esta nueva vida,

que no ha de darle cuartel, y está tan difundido y arraigado en nosotros como un cáncer generalizado. Cristo se llamó a sí mismo “*médico*” cuando dijo: “No tienen los sanos necesidad de médico sino los enfermos”. Si estuviera hoy entre nosotros se llamaría también Cirujano.

La fiesta de hoy nos lo presenta en manos del Cirujano. La circuncisión de los judíos fue la señal sangrienta que dio a Abraham Dios en señal de alianza; la extirpación del sobejo era un símbolo de la extirpación del pecado original—era al mismo tiempo una medida higiénica, quizás— sustituido entre los cristianos por el bautismo. Cristo no tenía pecado; y si se sometió a la circuncisión, era porque había cargado con los pecados nuestros, dicen los Santos Padres. Carlos Grumberg, un poeta judío argentino, dice:

*Hace ocho días que naciste.
Hace un minuto que eres triste.*

*Ahora sangras, lloras, gritas.
Gritas con gritos israelitas.*

*No grites más, no llores tanto,
deja tus gritos y tu llanto.*

*Sangrar no es nada, pero nada.
Sangrar es sólo una bobada.*

*Aún ignoras, pobre crío,
que cuesta sangre ser judío.*

*Que cuesta sangre, como el arte...
Como si fuera un arte aparte.*

*Que cuesta sangre día a día,
del nacimiento a la agonía.*

*Que cuesta sangre y que con ésta
¡va la primera que te cuesta!.*

Ésta fue la primera sangre que derramó Cristo; y ante la mirada de su madre y el inocente circuncidor San José, que veían con los ojos arrasados en lágrimas la inmensa perspectiva de dolores anunciada por los profetas, el Primero de los Israelitas ofreció desde ya el holocausto de toda su sangre: por nos gastada día a día, *del nacimiento a la agonía*.

DOMINGO PRIMERO DESPUÉS DE EPIFANÍA **[Lc 2, 42-52] Lc 2, 41-52**

El evangelio de este Domingo (en —octava— Epifanía) relata la pérdida y hallazgo del Niño Jesús en el Templo. El relato es bien conocido: no siempre bien explicado.

Este evangelio tiene un misterio. No es mucho que a nosotros nos cueste entenderlo, ya que ni la Virgen María ni el Santo Carpintero lo entendieron, como dice el Evangelista, en aquel momento: “no entendieron aquella palabra”... Pero la Madre —como la llama San Lucas— tiene que haberlo entendido después de haberlo meditado; pues el Evangelista

advierte aquí que “ella conservaba todas las Palabras en su corazón”, lo cual significa las *meditaba*.

El misterio se puede formular así, hablando simple y rápido: “¿Por qué diablos el Niño Jesús no pidió permiso a sus padres, o les avisó a menos, que se quedaba en el Templo de Jerusalén?”. ¡Bonito ejemplo de obediencia para los muchachos, darles un disgusto bárbaro a sus padres sin la menor necesidad!

Los predicadores en general dicen que la causa ha sido porque El debía afirmar su Mesianidad, ese día en que había ido por primera vez al Templo como *hijo de la Ley*; pues a los 12 años los judíos consideraban al hombre como *adulto religiosamente*, lo mismo que los romanos al dar al muchachito la *toga pretexta*—los pantalones largos, como si dijéramos—y como todos los pueblos del mundo, que tienen o han tenido una ceremonia para marcar el paso de la niñez a la adultez, la cual ceremonia corresponde a nuestra Confirmación: sacramento que por una corruptela se da entre los latinos demasiado temprano, que de suyo es el sacramento de la *iniciación* o de la adolescencia.

Los predicadores dicen pues que Cristo debía afirmar su misión religiosa, y mostrar que por virtud de ella estaba por encima de todos, incluso de sus padres, y no dependía de nadie, fuera del Padre Celestial: como en efecto lo hizo al responder a su madre: “¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en las cosas de mi Padre debo yo estar?”, que fue la palabra que la Virgen no entendió, a pesar de tener más talento que la mayoría de los predicadores; o que todos, mejor dicho.

La dificultad subsiste entonces agravada, aun después de escuchar al mismísimo monseñor Fleurette⁴⁶. ¿Es creíble que la Virgen hubiera negado el permiso de quedarse a su Hijo, si éste le hubiese dicho *antes* y no *después*, que era *servicio de su Padre*? No es posible. Y dado que no tenía que pedirle permiso, porque en efecto en su misión religiosa estaba por encima de ellos, ¿no debía haberle *avisado* por lo menos que se quedaba, por piedad filial; o aunque sea por caridad humana?

Esta dificultad que hay aquí, se multiplica en los Evangelios por varios otros pasajes en que Cristo parece tratar a su Madre con cierta dureza o despego. Los insensatos han deducido de estos pasajes varias consecuencias insensatas.

¿Por qué Cristo no avisó a su Madre que se quedaba en el templo y le dio un “gran dolor”, como ella atestigua, poniendo modestamente por delante a San José: “Tu padre y yo te buscamos [tres días] con gran dolor”?

Simplemente porque no pudo. Los sacerdotes le dieron la orden de quedarse y él se quedó, obedeció a la letra y a ciegas a la autoridad religiosa, que desde aquel día para él estaba por encima de todo. Cristo estaba ya en el *estadio religioso*, como dicen ahora los filósofos; y el estadio religioso de la vida interior está por encima del estadio ético, de modo que cuando el hombre pasa del estadio ético al estadio religioso, se produce a veces —o siempre quizás— una especie de *suspensión momentánea de la moral*, una especie de ruptura que choca a la moral común.

Por tanto, Cristo lejos de dar un ejemplo de inobediencia dio un ejemplo de obediencia; pero de obediencia religiosa o perfecta, como la de Abraham. Existe un “misterio de las virtudes perfectas” (San Alfonso Rodríguez) que no alcanza la moral común. Según la moral común, Abraham, el padre de los creyentes, fue un criminal.

Pero ¿acaso Cristo como Mesías no estaba también independiente y por encima de los sacerdotes hebreos? Ciertamente, y después lo mostró; pero eso no se había revelado todavía; aquel día empezó a revelarse: que él era el Mesías. No era fácil de revelar de golpe. Poco a poco lo fue El revelando.

—¿Así que a Cristo le mandaron los sacerdotes que se quedase allí con ellos?

⁴⁶Cfr. Castellani Leonardo, *Su Majestad Dulcinea*, Buenos Aires 1956, *passim*.

–Sí.

–¿Cómo lo sabe usted?

–Yo lo sé por cinco razones.

–Pero eso no lo dice el Evangelio.

–No lo dice; pero el Evangelio *dice* que el Evangelio *no dice* todo cuanto Cristo dijo y obró en el mundo; porque –dice San Juan– “*no cabrían en el mundo los libros...*”. Directamente no lo dice el Evangelio; pero sí indirectamente a aquel que sepa leerlo.

Cristo es la Paradoja: es el Hombre-Dios, es decir, el Misterio Ambulante el Milagro Permanente, el Incomprensible vuelto Palabra. Cada una de sus palabras, tiene dos sentidos: uno humano y otro divino e inconmensurable; porque toda operación responde a la naturaleza –dice la filosofía– y en la persona de Cristo había dos naturalezas. El Evangelio está lleno de misterios; y lo raro sería que no lo estuviera. Las palabras de Cristo fueron a la vez sencillas y trascendentes, como si dijéramos, a la vez razonables y terriblemente irracionales; o por decir mejor, superracionales: *trascendentes*, ya está dicho. En ellas se encuentra escondida la más alta filosofía y la más alta poesía posible al hombre.

De manera que Cristo no predicó la desobediencia anárquica, como dice Renán; ni dio señales de locura, como blasfemó el doctor Binet-Sanglé, un médico francés idiota: sino que ejemplizó la obediencia perfecta.

El que se equivocó fiero también fui yo, que cuando chico me trepé a un ombú muy peligroso de Reconquista, y cuando mi madre me trajo una escala para bajar –porque no podía bajar de miedo– y me preguntó con qué permiso me había trepado, le dije: “–Dios me lo dijo: ¡mi Padre que está en los cielos!”; lo cual hubiese sido una idiotez mayor que la de Binet-Sanglé–pues Dios no me había dicho nada–sino hubiera sido inventada irnpromptu con el loable fin de evitar una paliza cruenta.

Si la religión no está por encima de la moral, y si la moral es la última instancia humana, entonces Abraham fue un asesino y Cristo un desobediente y un rebelde; y yo, a lo mejor, otro.

Pero la moral –la moral común– no es la última instancia humana; aunque nadie te dice que no sea muy buena y muy necesaria...

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE EPIFANÍA

[Jn 2, 1-11] *Jn 2, 1-11*

El primer milagro de Cristo: conversión del agua en vino; como cuando en San Juan echaron el vino a las acequias, pero al revés.

Seis *hidrias* con dos o tres *fanegas* cada una, dicen que vienen a ser como unas tres bordalesas. Mucho vino para una comida de bodas, por muchos que hayan sido los invitados en Caná de Galilea. Esperemos que haya sobrado bastante; porque si no, allí hubo más de un milagro.

“La madre de Jesús estaba allí –dice el Evangelista– y fueron invitados Jesús y sus discípulos...”. Había hecho algunos discípulos, los primeros: Juan el que hace el relato y Andrés; Simón hermano de Andrés que ya le habían cambiado el nombre, Felipe y Natanael, todos ellos preparados por la dura predicación del otro Juan. Era un casamiento de pueblo, de esos a los que va todo el pueblo, de personas aparentemente acomodadas, de esas que no van mucho a misa. Cristo acababa de venir del ayuno de 40 días y las Tres Tentaciones y sin embargo tuvo humor para ir a un casamiento. “Su madre estaba allí”, es decir, era de la casa, parienta cercana o lejana de uno de los novios; y así ella se afligió de que vio que en la mitad de la comida los camareros titubeaban y se hacían señas y consultas acerca del vino. Avisó a su hijo; y recibió una respuesta seca que parece a la vez negativa y reprensión. Mas ella sin desanimarse –sea que el diálogo haya continuado y el Evangelio no lo reporte, sea que el tono

del Maestro haya desmentido la dureza de las palabras, sea que su confianza en el fuera inconmovible– “llamó a los sirvientes”; lo cual prueba que era de la casa. Cristo les ordenó llenar de agua hasta el tope las seis hidrias; e hizo el milagro con sencillez. Sigue el rasgo humorístico del diálogo entre el novio y el maestresala (el *chef*, que diríamos nosotros) acerca de la calidad del nuevo vino; que él no sabía, pero los criados sí sabían de dónde había salido. Por los sirvientes la noticia se propaló sin duda entre los invitados y hubo una gran sensación: “Reveló El su Mesianidad –dice el primero de sus Discípulos– y sus discípulos creyeron en El”.

El primer milagro de Jesucristo no deja de ser curioso: fue un milagro de lujo, un milagro hecho antes de tiempo, un milagro hecho en una fiesta de bodas.

¡Oh Cristo, espectro exangüe que has venido a perturbar la fiesta de la vida!...

dijo en francés uno que sabía poco de Cristo: puesto que su primer milagro fue regalar alegría y su último milagro fue resucitar de entre los muertos. Mucho mejor dijo San Pablo: “Apareció la humanidad y la benignidad de Dios en la persona de su Hijo, hecho de Israel, hecho de mujer, hecho hombre”.

Anatole France le tenía pavor a la ascética de Cristo; y por eso en sus *Bodas Corintianas* lo llama “espectro exangüe”. Cristo venía de hacer un ayuno de 40 días; pero no vino a imponer el ayuno a los novios y a sus invitados. Caer al baile y empezar a tronar: “¡Desdichados! ¡No sabéis que tenéis que morir! ¡No sabéis que el juicio de Dios es terrible! ¡No sabéis que estáis llenos de pecados y el hacha está ya cerca de la raíz del árbol!”, eso no es Cristo: eso es Montano, Savonarola o Calvino. O en último caso, San Juan Bautista. Cristo no fue menos asceta que todos éstos sino más; pero como hombre religioso, se aplicaba el ascetismo a sí mismo y no a los demás. No hay cosa peor que los que son muy ascetas para el prójimo y muy poco para sí mismos. Al revés fue Jesucristo.

Se me figura que en el primer milagro de Cristo hay algo de burla hecha al demonio. una especie de respuesta humorística: el diablo lo invitó a que hiciese su primer milagro para procurarse pan, una cosa necesaria; y debe haber sido una tentación terrible, puesto que a los 40 días de ayuno el hambre retorna con la fuerza de una enfermedad y una tortura: que los médicos llaman *gastrokenosis*; pero Cristo hizo su primer milagro “antes de tiempo”, como dijo él; a invitación de su madre, y para proveer a una humilde fiesta humana de una cosa de lujo, de una cosa superflua... Con lo cual afirmó que el vino es también necesario.

Si no existiera el vino, no pudiera Cristo haber hecho su primer milagro, ni después su permanente milagro de convertirlo en su sangre; del cual este primero fue como anticipación y símbolo. Es necesario que existan cosas buenas para poder con ellas conocer a Dios, servir a Dios; y, llegado el caso, sacrificarlas a Dios. El Asceta no es el hombre que cree que las cosas buenas son cosas malas; el Asceta es el hombre que conoce lo bueno como bueno y sin embargo lo sacrifica. ¿Por qué? Por otro bien mayor. ¿Qué bien? Pregúnteselo a él. “No de solo pan vive el hombre...”. El bien de la Palabra Divina. Uno deja de fumar, por ejemplo, para comprarse una Biblia en griego⁴⁷.

“La virginidad voluntaria es santa cuando se elige en orden a la contemplación”, enseña Santo Tomás. No cualquier celibato es santo; como tampoco cualquiera ascética. Hay ascéticas infructuosas, tristes, e incluso diabólicas.

El cristianismo es a la vez la religión más fuerte y más mansa que existe. No ha sido dado a todos ni será pedido a todos el que vivan en la extrema pobreza y humillación en que vivió el Maestro; pero sí se nos pide a todos que estemos dispuestos a eso si Dios lo llegara a pedir; y que pensemos que eso es demasiado alto para nosotros, y por eso no lo pide, y nos

⁴⁷... Y después vuelve a fumar para poder leerla.

lleva por un camino más suave. En tanto que el Asceta se humilla pensando que si él hace tanta penitencia, es porque la necesita, por ser más ruin que los otros. Lo cual no es mentir tampoco; y así todos, Ascetas y Musagetas, hemos de vivir en alegría y humildad.

Los Santos Padres han visto siempre en este primer milagro de Cristo, amable manifestación de la benignidad de Dios, la figura de la elevación del matrimonio a Sacramento. Así como convirtió con su palabra el agua en vino, así transformó Jesucristo con su gracia un contrato natural en un sacramento; es decir en una fuente de gracia. Para convertirlo en una desgracia, ya bastan los hombres.

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE EPIFANÍA [Mt 8, 1-13] Lc 7, 11-17

Relata los dos primeros de los varios milagros de Cristo que están en el Capítulo VIII de San Mateo: la curación de un leproso y la del siervo del Centurión.

Después del Sermón de la Montaña, 5, 7, Mateo cuenta en los Capítulos VIII y IX unos diez milagros seguidos, entre ellos la resurrección de la hija de Jairo, terminando con una noticia general: “Iba... y curaba toda clase de pestes y enfermedades en el pueblo”; noticia que repite en el capítulo XV, enumerando allí varias pestes, lo cual no impide que cuente después varios otros milagros particulares.

El Evangelio de San Mateo es el primero que se puso por escrito, después de haber sido *recitado* oralmente, conforme al uso de los pueblos llamados de *estilo oral* o verbomotores. Está claramente dirigido a los judíos: lleno de milagros y de profecías cumplidas –las pruebas de que Cristo era el Mesías– narrados en forma seca y nerviosa y a veces un poco dura, contiene además todos los otros temas de la polémica judeo-cristiana: la denuncia de la religión *exteriorizada*, la vociferación contra el fariseísmo, la profecía del fin del Templo –y del fin del mundo–, el establecimiento de la Iglesia y la primacía de Pedro y la afirmación solemne de la Resurrección y de la Misión Apostólica. Es decir, los cimientos de la religión cristiana.

La religión judía se había corrompido volviéndose demasiado *exterior*; corrupción específica de lo religioso, a cuyo peligro no escapa ninguna religión. La gran lucha de Cristo fue esa: *interiorizar* de nuevo la religión verdadera: enseñar a adorar a Dios “en espíritu y en verdad”, y no solamente en gesticulaciones y en palabrería barata y mentirosa. Le costó la vida su empresa; porque cuando la religión se corrompe, no hay cosa en el mundo más peligrosa que ella.

Cristo cura aquí a un leproso y después le encarga “que no lo diga a nadie”, excepto al Sacerdote para que le levante la incomunicación legal; y antes de curar a distancia al siervo del Capitán Romano–que estaba lisiado según Mateo, y además estaba para morir, según Lucas–les hizo a los presentes un sermoncito cristiano acerca de la fe verdadera y de la fe puramente exterior, que tiene también su aplicación hoy día; como no ha dejado de tenerla nunca. A la *exterioridad* en lo religioso apuntan los dos rasgos curiosos de estos milagros, el silencio pedido por Cristo y el elogio de la fe del Oficial Romano.

¿Por qué Cristo a muchos de los que curaba les encargaba no lo dijese a nadie? Ninguno lo obedecía, incluso algunos empezaban allí no más a contarlos a gritos; y además, muchos milagros los hizo Cristo delante de mucha gente; como las otras dos resurrecciones, la de Lázaro y la del muchacho de Naím... ¿Por qué ese mandato inútil?

“Por modestia”, dice Bover-Cantera. Falsa modestia en este caso. No podía escapar a Cristo –ni a nadie– que era una recomendación inútil. “*Fishing for compliments*”, llaman los ingleses a esta clase de modestia; como la de las niñas que se hacen rogar demasiado para tocar el piano: humildad de garabato.

Por pudor decía Cristo esas palabras; porque la religiosidad profunda tiene también una especie de rubor, como todo sentimiento profundo. Cuanto más religioso es un hombre, menos ganas tiene de ostentar su religiosidad, de orar a gritos o de tocar trompetas –e invitar a los periodistas– cuando da limosnas. El gran pudor de mostrar lo que hay de mejor en nosotros viene del miedo al manoseo, que lo estropea todo. Cuando un hombre tiene dones extraordinarios tiene un grandísimo deseo de parecer un hombre ordinario⁴⁸ No

ser común y parecer común

*Es oro sobre plata, engaste fino
Eso es ser buen jinete y como un
Gauchito Martín Oro y argentino
El hombre extraordinario de endeveras
Es aquel que más puede ordinariarse
Por las aceras y por las afueras
Es hombre veramente extraordinario
Aquel que más puede tornarse
Por defuera ordinario
Guardando sus banderas
Por dentro de corsario
Con singularidad de solitario
En la librea de estas termiteras...*

Esto nos parece se aplica solamente a lo extraordinario en el plano religioso y aun allí, hay que entenderlo...; por lo menos, en lo religioso. Y así en Cristo se dio la paradoja de que por una parte *quería* esconderse: huía al desierto; y por otra, *debía* manifestarse... Y así los fariseos se creyeron que Cristo era un hipócrita; sólo los que tenían los ojos de la fe vieron claro en él.

Un capitán de Tiberio César, por ejemplo, criado en la idolatría, y ocupado en menesteres bélicos; “*Kriegsknechte*”, como dicen los alemanes a los militares, “siervos de la guerra”, tenía un sirviente enfermo “a quien quería” y les había edificado una Sinagoga a los judíos de Cafarnaúm: hombre de buen corazón. San Mateo dice que él se presentó a Cristo en el camino, y San Lucas dice en cambio que le mandó una delegación de ancianos judíos, y después otra de amigos suyos. Seguramente hizo las dos cosas: mandó precursores primero y después se presentó en persona, con su espada corta al costado y la púrpura sobre los hombros, como lo ha pintado William Hole.

Las palabras que pronunció, y que traen los dos Evangelistas –y que decimos nosotros antes de comulgar– son un reconocimiento rotundo del carácter sobrehumano de la persona de Cristo. ¿De dónde sacó eso este pagano, cuando muchos judíos eruditos en la Ley no lo veían? “Señor, yo no soy digno de que entréis bajo mi techo; mas decid una palabra y será salvo mi siervo. Yo lo sé: yo soy un hombre que está bajo de Mando; y a mi vez tengo también subordinados; y le digo a uno “Vete”, y se va y al otro “Ven”, y viene; y a un *Kriegsknechte*: “Haz esto”, y lo hace...”. Que un romano dijera esto a un judío es admirable; es como si un inglés se pusiese de rodillas ante un argentino; o un yanqui delante de un negro.

Cristo se admiró, e hizo allí mismo un sermoncito que, si lo trasladamos a nuestros tiempos, sonaría más o menos así, hablando con reverencia:

“–Aquí hay muchos católicos; todos somos católicos.

Nos bautizan a los tres meses de nacidos y ya está: todos somos católicos.

⁴⁸El poeta y filósofo danés Søren Kierkegaard decía que el hombre de verdad extraordinario era aquel que sin ser ordinario conseguía aparecer ordinario. Lo cual, puesto en versos, dice así:

Y hay algunos que son *grandes católicos*; otros son *católicos extraordinarios*; otros son *más que católicos*... como Constancio Vigil.

En cuanto a los santos, hay muchísimos; basta entrar en un convento para volverse santo.

Y si yo quiero decir: yo *soy católico más que católico, soy más católico que Jesucristo*, ¿quién me puede impedir a mí decir eso?

Pues bien, yo os aseguro que hay muchos que no se llaman ni santos ni católicos ni cristianos, que son los míos; llámenlos como quieran: llámenlos descomulgados y perros judíos.

Y a San Pedro que está aquí le aviso esto:

Hay algunos grandes católicos, extraordinarios católicos y más que católicos, que yo no los conozco.

Porque ellos a mí nunca me han conocido.

Y no te duermas, Pedro en la Puerta del Cielo, como te dormiste en el Huerto.

Porque solamente Yo tengo derecho a dormir durante la tormenta,

Y ahora hay tormenta,

Porque en Buenos Aires se prepara tormenta

Y en San Juan hay siempre tormenta”.

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE EPIFANÍA

[Mt 8, 23-27] Mc 4, 35-41

En el Domingo cuarto después de Epifanía la Iglesia lee en la misa la narración de la Tormenta en el Lago, que cuentan los tres Sinópticos; según el texto más breve de todos, que es el de Mateo: tiene solamente cuatro versículos, pero la narración está hecha con tan magistral energía que parece un grabado en cobre o en madera, con los cuatro rasgos principales.

Mateo es el más rico y más enérgico de los tres Sinópticos. La Biblia de Bover-Cantera dice: “Este Evangelio pertenece a la literatura escrita; el de Marcos a la literatura oral”. Es un error serio que muestra mucho atraso en exégesis. Con toda certeza, los cuatro Evangelios pertenecen al género que hoy llaman los lingüistas, etnólogos y psicólogos *estilo oral*; y fueron recitados de memoria antes de ser fijados en el pergamino –por lo menos los tres primeros– como las rapsodias de Homero, el *Vedhanta*, el *Korán*, el *Poema del Myo Cid* y en realidad casi todos los monumentos religiosos o épicos de la Antigüedad. Esta noción, que hoy día se posee en forma científica, resuelve de un golpe la falsa *Cuestión Sinóptica*, que preocupó a los eruditos durante dos siglos; consistente en que los Evangelios tienen entre sí algunas divergencias por un lado, y una concordancia maciza por otro; como puede verse en este relato, que traen los tres Sinópticos. Eso ocasionó un lío muy grande en la cabeza de los sabios alemanes, algunos de los cuales llegaron a negar la autencía y la veracidad de esos tres documentos religiosos, hasta que Marcel Jousse descubrió las admirables leyes del estilo oral.

Cosa increíble: hay una tormenta tal en el Mar de Tiberíades que las olas invaden la cubierta de la barca de los Pescadores; y Jesucristo duerme. ¿Se hace el dormido, como dicen algunos, para “probar a sus discípulos”? No: duerme, apoyada la cabeza en un banco. Esa manera de *probar* a la gente con cosas fingidas es una chiquilinada inventada por un mal maestro de novicios: lo único que *prueba* de veras es la vida, la verdad, la realidad, no las ficciones. Tampoco es verdad que Dios haya prohibido a Eva el Fruto del Árbol del Malsaber para *probarla*; se lo prohibió porque simplemente no le convenía ese fruto a ella ni a nadie. Dios no hace pavadas, pero hay gente que tiene inclinación a atribuirle las pavadas propias.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza; pero el hombre se lo ha devuelto; porque ¡cuántas veces no ha rehecho el hombre a Dios a imagen y semejanza suya!

Jesucristo es notable: duerme de día en medio de una tormenta, y de noche deja la cama y se sube a una colina para orar hasta la madrugada. No lo despiertan el bramar del viento, el golpe del agua, los gritos de los marinos, y lo despierta un gemido en la noche o una mujer hemorroisa que le toca el vestido. Mi abuela Doña Magdalena decía: “Jesucristo es bueno, yo no digo nada; pero ¿quién lo entiende, dígame un poco?”.

Sólo un niño o un animal puede dormir en esas condiciones en que los tres Evangelistas dicen que Cristo realmente “dormía”; y también un hombre que esté tan cansado como un animal y tenga una naturaleza tan sana como la de un niño. Muchos hombres de natura privilegiadamente robusta sabemos que podían dormir cuando querían: como el Primer Napoleón por ejemplo, del cual se cuenta podía eso: dormir cuando le parecía bien, sobre todo en los sermones; y hubo que despertarlo la mañana de la batalla de Austerlitz. En cambio el Tercer Napoleón, su sobrino, no pegó los ojos la noche del golpe de Estado de 1851 y se levantó tres veces para ver si se había dormido el centinela. Porque el Primer Napoleón fue un Héroe; pero el Tercer Napoleón fue una Imitación de Héroe: un Payaso.

Bueno, el caso es que Cristo dormía, y los discípulos lo despertaron diciéndole algo que está diferentemente en los tres Evangelistas; pero en realidad le deben haber gritado no tres sino unas doce cosas diferentes por lo menos; que se resumen en ésta: “”¡Sonamos!.. ¿No te importa nada que nosotros “sonemos”?” que trae San Lucas como resumen de toda la gritería. Lo que dijo Mateo, que estaba allí, fue esto: “Señor, ayúdanos, perecemos”. Cada uno dijo lo mejor que supo y eso es todo.

Lo que les dijo Cristo—en esto concuerdan los tres relatores— fue “*cobardes*”. La Vulgata latina traduce “*Modicae fidei*”, o sea “hombres de poca fe”; pero Cristo, en griego o en arameo, les dijo “*cobardes*”. Un hombre que grita cuando hace agua su lancha en una tempestad del Mar de Galilea, que son breves pero violentas; suponiendo incluso que haya gritado un poco de más, ¿es cobarde? Para mí, no es cobarde. Pero para Jesucristo es cobarde. A Jesucristo no le gustan los cobardes.

La Iglesia (“la barquilla de Pedro”, que le dicen) ha tenido muchas tempestades y ha de tener todavía otra que está profetizada, en la cual las olas invadirán el bordo, y parecerá realmente que los pocos que están dentro *suenan*. Cristo parece haber conservado su costumbre juvenil de dormir en esos casos; y también su idiosincrasia de no amar la cobardía.

La cobardía ¿es pecado? Sí; y en algunos casos muy grande. Los Apóstoles tenían una manera de predicar que yo no usaría otra si me dejaran predicar: que es hacer una lista de pecados grandes, recitarla y después decir: “Ninguno de estos entrará en el Reino de los Cielos. Basta”. Así San Pablo dice: “No os enamoréis, hermanos: que ni los idólatras, ni los ladrones, ni los divorciados, ni los avaros, ni los perros [o sea los maricones] *ni...* —y así sigue un rato—*entrarán en el Reino de los Cielos*”. Hoy día habría que predicar así, sencillo... es opinión nuestra.

Pues bien, San Juan en el Apokalypsis, que es una profecía acerca de los últimos tiempos, añade a la lista de pecados otros dos que no están en San Pablo: “los mentirosos y los cobardes”. Lo cual parece indicar que en los últimos tiempos habrá un gran refuerzo de mentira y de cobardía. Dios nos pille confesados.

La cobardía en un cristiano es un pecado serio, porque es señal de poca fe en Cristo (“cobardes y hombres de poca fe”) que ha dado sus pruebas de que es un hombre “a quien el mar y los vientos obedecen” —dice el Evangelio de hoy— con el cual por lo tanto, el miedo no es cosa bonita; ni lícita siquiera. Julio César, en una ocasión parecida, no permitió a sus compañeros que se asustaran. “¿Qué teméis? Lleváis a César y a su buena estrella” les dijo. Mucho más Jesucristo, creador de las estrellas.

Lo que gobierna el mundo son las Ideas y las Mujeres, dijo uno. Las Ideas, lo dudo

mucho. Las Mujeres, habría que hacer la prueba. ¿Qué sucedería si en la Argentina saliese una especie de Teresa de Jesús, que persuadiese a todas las mujeres este propósito: “¡No te casarás con ningún hombre que sea un cobarde!”. Yo creo que se vendría abajo la tiranía de turno; y no subiría más ningún otro tirano.

En otros tiempos, los argentinos no eran ni adulones ni cobardes. Ahora parecería, según algunos que leen los diarios, que se están volviendo adulones y cobardes. Que Dios nos salve por lo menos de las mujeres.

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA

[Mt 20, 1-6] *Mt 20, 1-16*

La Parábola de los Obreros de la Viña no es muy fácil de entender.

Con este título Giovanni Papini escribió un libro de siluetas históricas, entre las cuales incluyó a Homero, Virgilio y César, como si estos paganos, al lado del Dante y de Manzoni, fueran también Obreros del *Paterfamilias* en la edificación de la Cristiandad Occidental; como no se puede negar que en cierto modo lo fueron; de esta Cristiandad que se nos está desedificando.

En este Domingo de Septuagésima se predica esta *semejanza* que suele dejar descontento al predicador y provocar resistencia en el oyente: Dios es semejante a un Patrón que se conduce de una manera insólita; que si no es injusta, parece por lo menos estrafalaria. Es prepotente; o por lo menos le gusta hacer las cosas como a él se le ocurre; y diferente de los demás patrones.

Al principio y al fin de esta perícopa se halla este anuncio, proferido en tono de amenaza: “Los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos”, que podría tomarse si se quiere como un programa anárquico de ponerlo todo patas arriba y una amenaza destructiva al pobre e imperfecto orden humano: como no han dejado de tomarlo, en el curso de la Historia, desde los albigenses a los socialistas, muchos movimientos de resentimiento social. “Cristo fue el primer comunista”, les enseñan a los comunistas. Pero... veamos.

Hay un patrón que anda alistando peones de cosecha: no hay falta de trabajo; al contrario, falta de brazos. Contrata varias tandas durante todo el santo día, a saber, “a la hora de prima, de terciada, de sexta, de nona y de undécima”, como dice el Evangelio. Con los primeros que halla, al salir el sol (hora de prima) convienen el jornal a un dólar, es decir, a unos 130 pesos; a los demás les dice simplemente: “Les daré lo que sea justo.”

A la hora duodécima (puesta del sol) le da orden al capataz de pagar en esta forma: primero a los que entraron último; y un dólar a todo el mundo. Los que habían entrado al amanecer se pasmaron grandemente, y comenzaron a refunfuñar lo que vieron que recibían igual los que habían trabajado una hora, que ellos que habían cinchado cerca de doce horas. Y el Dueño de Casa agarró a uno y lo paró agriamente, llamándole incluso “*bizco*” o “*tuerto*” o “*legañoso*” o algo por el estilo.

Esta parábola es difícil y ha tenido varias interpretaciones inaceptables; porque un predicador es como el carpincho, que cuando se ve rodeado, dispara por donde puede.

¿Quiere decir que Dios es libre y dueño de repartir sus dones diferentemente entre los hombres? Eso es verdad desde luego; pero la parábola no trata de *dones* gratuitos, sino de trabajo pagado, contratado y obligatorio. ¿Quiere decir que los *Obreros de la Hora Undécima* trabajaron con mucho más ahínco, e hicieron cundir más “al corto tiempo con su aliento largo”? El Evangelio no dice nada de mayor ahínco; que hubiera tenido que ser 12 veces mayor, lo cual es imposible. ¿Se refiere Jesucristo al hecho de que los judíos iban a ser sustituidos por los Gentiles en el beneplácito y favor de Dios, como explican Bover y Cantera? Esa interpretación no pega con la parábola por ningún lado; y yo mismo sería capaz de hacer

una semejanza mejor, en tal caso. El dólar a todos por igual ¿significaría la vida eterna, pago del trabajo de esta vida, que es igual para todos los que se salvan, sean niños, hombres o viejos? No es igual para todos los que se salvan... Y así otros sentidos figurados, que suprimen la dificultad, pero a costa de mutilar el texto.

Veamos primero la moraleja oficial de la fabulita: “los últimos serán los primeros”, o como dice al comienzo más atenuado: “muchos de los que ahora son los primeros serán de los últimos”. Eso significa que las cosas del Reino de Dios son muy diferentes que las del Reino del Hombre; son al revés; lo cual corresponde a aquello del Profeta: “Las vías vuestras son una cosa y las vías Mías son otra cosa”; o sea, como dice la gente: “¡Ojo, que la vista engaña!”. En las cosas del Reino de Dios somos todos medio bizcos. ¡Ojo, por lo tanto! ¡Mucho ojo! Éste es el significado general de esta oscura semejanza.

Dios es trascendente. Los dioses de los paganos eran guapos mozos y hermosas mujeres. El Jehová de los judíos era ciertamente más que un hombre, pero se parecía bastante, sobre todo en este tiempo en que Cristo predicaba, a un Sultán invisible y peleador; pero el Dios que predicó Jesucristo es trascendente, y es paradójico: es enormemente heterogéneo al hombre por un lado y por otro se parece a lo que hay de más humano entre los hombres: a un padre. Por eso las parábolas de Cristo son paradojas, tienen un rasgo desmesurado o, digamos, algo como un giro humorístico. “¿Por qué predicas así?” —le preguntaron una vez; y eso está en Mateo XIII, 13—. “¡Para que no entiendan!”, respondió Cristo, con humor evidentemente.

El humor y el patetismo son los estilos propios del hombre religioso cuando habla a los otros hombres, al hombre ético y al hombre estético.

Puesto esto, expliquemos una a una las palabras del Patrón Veleidoso:

– “*Porque yo sea buenazo, ¿vos tenés que ver bizco?*”. La justicia de Dios no es como la justicia de los hombres; y cuando Dios se sale de la justicia no es para caer en lo tuerto como los hombres, sino para caer en la bondad. Con estas palabras, Dios se alabó de ser “demasiado bueno”, como decimos, por ejemplo, de las madres.

– “*¿No te he dado yo a vos lo que es justo?*” Dios no hace injusticia positiva a nadie.

– “*¿No puedo hacer de lo mío lo que se me ocurra?*” No podemos juzgar la justicia positiva de Dios en la distribución de los destinos de los hombres, porque está arriba de nuestros alcances.

– “*¿Y si a mí se me ocurre, porque si, darles un dólar también a éstos?*” El famoso dólar (“denario”) de la parábola significa los bienes ordinarios de esta vida. En esta vida, Dios trata aparentemente igual a los justos y a los injustos. Por justo que sea yo, si hay un terremoto, puede pillarme a mí lo mismo que a Nerón, Lollobrígida o Benito Mussolini. Más aún, aparentemente los justos la pasan peor; porque como dijo un poeta:

*Un santo se sacó la lotería,
y a Dios le daba gracias noche y día;
pero un ladrón peor que el Iscariote
se la retó por medio de un garrote:
Dios premia al bueno; pero viene el malo
le quita el premio y le sacude un palo.*

Aparentemente, los que se levantan temprano son los que soportan “todo el peso del día y el calor”; y después encima tienen que temblar y tragar saliva porque les pagan los últimos y encima los reprenden; de modo que los pobres se quejan y dicen:

*El sol molesta al justo y al injusto
y la lluvia igualmente los joroba
pero al justo más bien; porque el injusto*

el paraguas le roba.

Pero “los últimos serán los primeros”: las injusticias de la Providencia son aparentes tan sólo; la otra vida está allí para equilibrarlo todo; y en una forma tan radical que parece violenta; porque comparado a la Eternidad, el Tiempo es nada. Mas la otra vida ya comienza en ésta, en cierto modo: la Eternidad está injertada en el Tiempo: y eso es lo que llamamos la *Gracia*. De modo que en una forma poco visible, ese movimiento de Caja Compensatoria por el cual *los últimos* comienzan a volverse *los primeros*, ya algunos lo alcanzan a ver. La verdad es, por ejemplo, que la parte mayor –o mejor– de los bienes corresponde a los justos, incluso en esta vida, si se hace un balance total.

Si alguien aquí me dijere que eso sería antes, no se lo discuto. En los siglos de fe, a causa de esta parábola, se tenía un gran respeto a *los últimos*, a los débiles, a los pequeños, a los malsortidos o de mala estrella; eran los tiempos en que las reinas curaban a los leprosos. Ahora que la fe va menguando, también los últimos se van hundiendo; y la pobreza por ejemplo se va volviendo día a día una maldición y un crimen, como entre los paganos. Todavía no lo llevan preso a uno por ser pobre; pero vamos hacia eso. Yo confieso que soy un hombre pobre; pero mi excusa es que no lo he hecho adrede.

“Muchos son los llamados y pocos los escogidos”, termina San Mateo, sentencia que parece no pega mucho aquí: no hay que olvidar que Mateo es un sinóptico, es decir, un resumen. Esta sentencia no quiere decir propiamente que *los que se salvan son los menos* –de eso no sabemos nada– como predicó Massillon, y Jansenius y Tertuliano y otros... Significa exactamente que *no todos los llamados son escogidos*: puesto que los llamados a trabajar en la Viña del *Paterfamilias* son, en una hora ignota, todos los hombres sin excepción, son “*muchos*”. Y vemos con los ojos del cuerpo que *no todos* los hombres responden a ese llamado.

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA [Lc 8, 4-15] Mt 13, 1-23

La Parábola del Sembrador es la primera de las ocho denominadas “*del Reino*” que Mateo pone seguidas y Marcos y Lucas separadas; pues muy probablemente Cristo las improvisó en diferentes ocasiones, ya una, ya la otra. Los *rabbíes* trashumantes eran improvisadores, como nuestros payadores; y tomaban pie de cualquier cosa que vieran para sus poemas, o *recitados de estilo oral*, mejor dicho.

Ésta del Sembrador es una de las dos parábolas que Cristo mismo *interpretó*, a pedido de los discípulos; y no se puede negar que fue vivo, porque interpretó las más fáciles; o será que nos parecen fáciles a nosotros, porque ya están explicadas autoritativamente.

Entre el recitado y su interpretación está intercalado en los tres Evangelios el turbador pasaje que llaman “*la motivación de las parábolas*”, en el cual el Salvador siendo preguntado, por un fariseo probablemente: “¿Por qué les hablas en parábolas?” contesto en suma con esta salida: “¿Para que no entendáis!”. Pero para que no entendieran ¿no era lo más práctico callarse? Si un Salvador no quiere salvar, lo más seguro y barato es callarse la boca.

Es una respuesta irónica de Cristo. Ironía enseñan que es decir las cosas al revés; como por ejemplo, hablar de la gran cultura argentina. La verdad es que *ironía* es la indignación templada y como forrada por la inteligencia; como cuando Cristo le dijo a Nicodemus: “Tú debes saberlo bien, que eres Maestro de la Ley.” La ironía es el lenguaje del hombre ético cuando habla a los *anéticos*: “el hombre magnánimo usa de la ironía” dice Aristóteles: “*vir magnanimus utitur eironeia*”. El humor es propio del hombre noble, sea inglés o no; los países en que no hay humor y el hombre que no entiende el humor, son poco

desarrollados. No se puede decir esto ni de la ciudad de San Juan ni del Maestro Calderón de la Piragua, que es de origen inglés. Pues bien, Cristo tenía el sentido del humor pese al juicio contrario de Cronin en '*Las llaves del Reino*.

Cristo respondió muchas veces irónicamente. La ironía es *estilo indirecto*; y además es *estilo pregnante*, que está preñado de sentido y dice varias cosas a la vez y en forma más eficaz que el estilo directo. Cristo pues podría haber respondido en estilo directo más o menos: “Yo predico como debo predicar, es la forma más adecuada que existe para enseñar verdades estrictamente *religiosas*; es decir, *misterios*; en la forma que ya profetizara de mí el Rey Profeta en el Salmo 77, y el Profeta Isaías en su Recitado Sexto... Yo sé perfectamente y de antemano que vosotros, oh fariseos, de esta forma mía de predicar, os haréis una piedra de tropiezo y una ocasión de perdición; pero es porque en el fondo *queréis perderos*. Unos saldrán diciendo que no entienden, otros entenderán más de lo que hay, unos que es difícil, otros que es pedestre, otros que eso no es para ellos sino para los “chinos”... “para esa maldita plebe que no conoce la Ley”, como dicen ustedes los fariseos, cuando están entre ustedes. Pero yo no por eso voy a dejar de predicar como corresponde... y como a mí mejor me parece y place, ¡últimamente, caramba!... Ustedes no me pagan mis prédicas, yo predico como mejor me parece...”.

Pero el amor herido produce celo, el celo produce indignación y la indignación produce *estilo indirecto*, ironía. Y así Cristo, en vez de responder larga y directamente, respondió breve e incisivamente: “Hablo así para que se cumpla lo que dijo léyada el Profeta: para que viendo no veáis –porque vosotros os dáis de muy videntes y sois ciegos– y oyendo no oigáis; porque este pueblo me tiene mucho en la boca y poco en el corazón; y de ese modo no entiendan, y yo no los sane, y tropiecen y se pierdan... Para eso hablo en parábolas.”

Esto se llama una *profecía conminatoria*, esas profecías que se hacen para que no se cumplan; y cuanto más atroces, son más piadosas; como cuando uno le dice a su hijo: “Vos vas a acabar en la cárcel.” Prever lo que va a pasar no siempre es desearlo; y decirlo de antemano con gran fuerza a fin de ponerle óbices, eso es amor y no es odio. Así pasó en Nínive con el Profeta Jonás.

En la parábola del Sembrador, el Sembrador es Cristo, y las tres clases de semillas malogradas son tres clases de hombres que fallan en la fe; en quienes se malogra “la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”.

Estos tres hombres se podrían denominar el Frívolo, el Flojo y el Furioso. Claramente se ve en la parábola una progresión en la suerte de la semilla; porque en efecto, la que cae en el camino, ni siquiera germina; la que cae sobre ripio, germina y se quema pronto; mas la que cae entre abrojos –o cañotas– crece bastante pero después es como aprisionada y asfixiada. Y así hay tres clases de hombres con respecto a lo religioso, que se pueden simbolizar en Don Juan Tenorio, el Fausto y el Judío Errante. Y si quieren personajes históricos y no legendarios, digamos por ejemplo Casanova, Goethe y Napoleón, para no salir de nuestros tiempos.

Nuestros hechiceros tiempos se especializan en la fabricación en serie de hombres frívolos –con venia del galicismo–, que en español se dice: livianos, casquivanos, volanderos, botarates, pueriles, no desarrollados. El biólogo Carrel dice –quizá con exageración– que la gran mayoría de la población de EE.UU. no está desarrollada psíquicamente más allá de la edad mental de 14 años.

No lo sé. Lo dudo. Quiera Dios que nosotros hayamos llegado siquiera a los 12.

En los tipos frívolos o *distráidos* la fe no puede ni prender siquiera, porque ella pertenece al dominio de Lo Serio: allí cae sobre el camino, es sembrada en la calle. Ellos pueden hablar de Dios y aun saber el Credo, como Don Juan; pero lo Religioso está amputado e ellos; o mejor dicho, está atrofiado. Don Juan Tenorio no es el símbolo del “pecadorazo español”, como cree Ignacio Anzoátegui, del hombre que “cree fuerte y peca fuerte” de Lutero. ¡Ni por pienso! Don Juan Tenorio con sus bigotazos, sus desplantes, sus

bravatas, sus conquistas y su espada pronta, es un varón poco desarrollado; el doctor Marañón lo clasifica incluso entre los '*feminoides*'. Por eso entiende tan rápidamente a la mujeres en lo superficial; porque es amujerado. Para el hombre muy varonil, la mujer es un misterio profundo y respetable, por no decir adorable; para el achiquilnado es algo como el ratón respecto al gato: algo enteramente claro y perspicuo. Don Juan Tenorio está lleno de malos pensamientos y pequeñas porquerías; pero no *peca*, hablando en serio; el pecado es una cosa seria y no es lo mismo ser pecador que chico malcriado. Las que pecan serían en todo caso las mujeres que lo siguen, como el caburé no tiene la culpa que las gorrionas se le vayan encima: pecado de bobería, que es uno de lo más peligrosos que hay. Esa Margarita, por ejemplo, que Goethe quiere damos como un portento de inocencia... Es una mujercita un poco corrompida; la prueba es que se hace la bobito. Quizá nos equivoquemos ¿no?

Fausto si peca: cuando seduce a Margarita sabe lo que hace; y por eso vacila y tiembla. Mientras, Don Juan no sabe lo que es vacilar, y ésa es una de sus fuerzas. Fausto es el hombre que ha recibido la fe, que es capaz de lo ético y lo religioso —es capaz del amor y no solamente del deseo—: pero en el cual la fe se secó pronto porque él *no quiso sufrir*; y por tanto no quiso obrar conforme a la fe; y la fe sin obras es muerta. Cristo declara netamente que es el *miedo al sufrimiento* lo que suprime la religión en estos tipos; lo cual prueba que entienden lo que es religión, puesto que ven claramente que la religión los va a remolcar por un camino que les causa pavor; y por eso desenganchan al momento. Con éstos el diablo tiene más trabajo, pero también más cosecha. Con los primeros, “las aves del aire fuliginoso” se limitan a comerse las semillas antes que nazcan; aquí ya interviene Mefistófeles con discursos, promesas y vivezas; y hasta con golpes de mano a veces. Lo demoníaco, que en Don Juan está oculto, aquí se hace visible.

El tercer caso es más tremendo: allí la fe existe, pero está cubierta y como fagocitada y convertida en fermento de acción... y desesperación. Lo demoníaco es aquí inmediato: no necesitan un Mefistófeles al lado. Fermento de acción mundana, por supuesto, no de acción interna, que es la verdadera acción: de *agitación*, hablando en plata. Todos esos *hombres a presión*, esos hombres agitados y poderosos que han hecho grandes cosas —ruinosas— en la Historia (“*Gigantes viri famosi*” los llama el Génesis) como Napoleón Primero o Hitler, son en el fondo hombres religiosos; pero su religiosidad está desviada. La Semilla cayó entre Espinas.

Lo Religioso es lo que impulsa al Judío Errante a su fatídica errabundia: si no puede pararse es porque tiene fe, pero su fe está aprisionada por una pasión; símbolo poderoso que creó el Medioevo para significar el mismo disperso y errabundo pueblo judío.

Ashaverus tiene verdadera inquietud religiosa: sabe que ha pecado contra Cristo y que ese pecado no es una cosa indiferente ni siquiera corriente, sino extraordinaria y horrorosa; pero no llega a postrarse ante el Muerto a pedir perdón. Y entonces el desasosiego espiritual, que es el manantial de la religiosidad, en vez de caer se vuelve fe se vuelve angustia.

Pero estos terceros infieles son los que más fácilmente se convierten: la Desesperación es la Enfermedad de Muerte, pero al mismo tiempo es el Remedio. Ashaverus se convertirá al final; el que no se convierte nunca es Fausto: Goethe se equivocó al hacer convertir a Fausto en su Segunda Parte. De hecho Goethe, que fue el verdadero Fausto, no se convirtió nunca, que nosotros sepamos. Fausto es la Duda; y la Duda no puede convertirse porque entonces se aniquila a sí misma, hablando en el mundo de las Ideas; puesto que sabemos que todo hombre puede convertirse si quiere.

Pero en el mundo de las Esencias, Fausto convertido es una contradicción; lo mismo que un Caifás convertido.

En nuestros chapuceros tiempos modernos hay de todo, como en las revistas argentinas: hay el Desesperado, hay el Dubitante y hay el Distráido-Divertido; o si quieren de otro modo, existen el Afiebrado, el Amputado y el Atrofiado, los tres tipos que previó Cristo.

Pero como hemos dicho, nuestra época se especializa en este último; lo mismo que las revistas argentinas: en el Divertido-Distraído.

Consolémonos: también hay tres tipos en los cuales la Semilla no se malogra, que son el Penitente, el Pío y el Perfecto. En unos da 30; en otros, 60; en pocos da el 100 por uno, los cuales se llaman los Hombres del Ciendoblado. Éstos son los hombres que hacen todas las cosas que predicán; que tienen una fe total y todos sus actos expresan esa fe. Los que gritan son oídos en este mundo; pero mucho más son oídos los que no gritan y hacen. El Ciendoblado es el hombre cuya vida predica el Evangelio sin muchas palabras; que cuando habla del sufrimiento, sabe lo que es sufrir; cuando habla de la renuncia, sabe lo que es renunciar; cuando habla del martirio, sabe lo que es el martirio. Y cuando habla del Amor de Dios, dichoso él, sabe lo que es el Amor.

Nada de eso sabe el frívolo. Hoy día casi todo es “calle”. El diablo ha inventado un Camino Anchísimo para *confort* del hombre moderno: una “autoestrada”. Ha hecho que todo se vuelva calle y trocha, hasta el hogar, hasta la escuela, hasta la iglesia; no puede pararse uno, todo es para caminar, como el mundo entero para el Judío Errante; y, naturalmente, todas las Semillas caen en el camino. Y, naturalmente, de esa manera ha obligado al Sembrador a tomar el arado y convertirse en Arador.

“Los pecadores me araron el lomo”, dice el Profeta David profetizando los azotes de Cristo; mas llegará un tiempo en que Cristo habrá de tomar el azote y ararnos a nosotros, para que nos salvemos aunque sea “*tanquam per ignem*”, a través del fuego. Peor es nada.

La bomba atómica puede convertir a Europa, dice Belloc; y si no convierte a Europa, paciencia; por lo menos me puede convertir a mí...

DOMINGO DE QUINCAGÉSIMA [Lc 18, 31-43] Mc 10, 46-52

Este trozo, tomado del final de Lucas XVIII, contiene dos perícopas –como dicen– heterogéneas; de manera que habría que hacer propiamente dos homilias: una, donde Jesucristo profetiza por tercera vez a sus discípulos su Pasión y Muerte; y enseguida, la curación del ciego de Jericó, que no fue un ciego sino dos ciegos; y que estaban a la vez a la entrada y a la salida de Jericó... si ustedes me entienden.

*Jericó, Jericó,
donde Jesús salió y no entró,*

cantan los chiquillos en España...

Este evangelio es el mejor ejemplo de la “*discors concordia et concors discordia*”, como llamó San Agustín en el siglo IV a lo que en el siglo XIX llamaron los críticos la Cuestión Sinóptica: efectivamente, la cura del ciego Bartimeo está en Mateo, Marcos y Lucas con una coincidencia general y con dos divergencias parciales:

- a. Mateo dice que curó a *dos* ciegos.
- b. Marcos dice que curó a *un* ciego –cuyo nombre pone– *al salir* de Jericó.
- c. Lucas dice que curó a *un* ciego *al llegar* a Jericó; y los tres hablan del mismo episodio.

Dando por supuesto que los tres hagiógrafos dicen verdad, se presenta al lector fiel una pequeña adivinanza que es más fácil de resolver que las de *Damas y Damitas*; y es mucho más provechosa, aunque a decir verdad, derrotó a San Agustín. Y detrás queda otra adivinanza grande, un problema científico (*¿Cómo fueron compuestos los Evangelios?*) que fue decisivamente resuelto en forma admirable por una memoria técnica del gran lingüista y

psicólogo francés Marcel Jousse intitulada: *El Estilo Oral Rítmico y Mnemotécnico en los Pueblos Verbomotores*. Porque aquel que se imagine a esos cuatro singulares relatos como obras escritas de acuerdo a los cánones de la retórica grecolatina –como por ejemplo las historias de Tucídides o de Tito Livio– dará grandes tropezones si se pone a leerlos. Ya les digo que al mismo San Agustín...

Les diré que fueron dos los ciegos y que el milagro tuvo como dos partes; y que Jesús entró y salió de Jericó por la misma puerta –Ricciotti para resolver la dificultad acude a una cosa rebuscada: que había dos Jericó–. Y con esto ustedes, si leen las tres narraciones, verán cómo concuerdan entre sí, e incluso cobran más vida en la mente del que las ha concordado.

El ciego Bartimeo, como el Centurión Romano del Domingo segundo después de Epifanía, es un ejemplo de fe viva y actuante. Después de darle la vista, Jesús lo alabó diciendo: “Tu fe te ha curado”. Efectivamente, el “hijo de Timeo”, que pedía limosna junto al camino, primero preguntó, después escudriñó, después creyó y después obró: ésta es la “*fe actuosa*”, que dice San Agustín: la fe con obras, diferente de la fe dormida o muerta.

Al llegar Jesús a Jericó, el ciego oyó el tropel y el cotorreo y preguntó qué era; y le dijeron era el profeta de Nazareth: que se quedase quieto. Al salir Jesús de Jericó al día siguiente –después de haber convertido al petiso Zaqueo, gran hombre de negocios, y haber compuesto y recitado la parábola de la Buena Inversión– Bartimeo ya había averiguado mucho, y ya sabía quién era en realidad el “profeta de Nazareth”. Empezó a dar gritos: “¡Compadécete de mí, Hijo de David!”. Decirle a Cristo “*el Hijo de David*” era reconocerlo Mesías. Como la gente quería a la fuerza hacerlo callar y quedarse quieto, saltó y dejó parte de su vestimenta en manos de los comedidos, y a tientas buscó a Cristo; el cual al mismo tiempo lo había hecho llamar. Se lo trajeron y lo curó. Pero aunque no lo hubiese curado, ese cieguito en su ceguera ya veía más que muchos, que se tienen por lince. Otro cieguito fue también curado que andaba con él, como solían andar de a dos en Palestina.

Éstas son las cualidades del acto de fe: primero preguntó sumisamente; después averiguó diligentemente; después confesó paladinamente; después obró valientemente. Y así obtuvo lo que pidió: “Señor, que yo vea”. ¿Por qué Cristo no me cura de mi ceguera, que hace hoy 31 años que se lo pido, y que lo reconozco como Mesías? Puede que le falte a mi fe una de esas cualidades. Puede también que no le falte ninguna, y que Dios se contente con responder como en otros casos: “Que te baste mi gracia; porque la virtud en la enfermedad se engrandece”. Cristo dijo que todo lo que pidiéramos creyendo nos será hecho; algunas veces uno pide creyendo, y *nada* es hecho. No, es un error: eso que pedimos a veces no es hecho, pero otra cosa mejor es hecha. La *oración de la fe* jamás termina en la nada.

La profecía procede de la fe, enseña Santo Tomás. Cristo fue un gran profeta; justamente aquel “Gran Profeta” que había predicho Moisés que vendría después de él, que sería grande como él, “y que nos enseñaría todas las cosas” (Deut XVIII, 15–19). En este camino de Galilea a Jerusalén, el último camino que hizo, Cristo predijo por tercera vez⁴⁹ su Pasión y su Muerte a sus discípulos; los cuales “no entendieron nada”, dice San Lucas. Esto le pasa por lo general a todos los profetas: no les creen. ¿Por qué? “Porque tenían miedo”, dice Marcos.

Homero inmortalizó en la figura de Casandra esa tragedia del *profeta que no es creído*.

La profecía de Cristo acerca de sí mismo es enteramente determinada y concreta: predice la entrega a los Gentiles, la ignominia, las escupidas, los azotes, la cruz; y lo más arcano de todo, la resurrección; es decir, el milagro: Lo Imposible. Si Cristo hubiese dicho: “Ahora vamos a Jerusalén; es una cosa sumamente riesgoso para mí, voy a acabar mal”, sería

⁴⁹Primera predicción: Mateo, XVI; Marcos, VIII; Lucas, IX. Segunda predicción: Mateo, XVII; Marcos, IX; Lucas, IX; cinco veces, si se quiere: contando Lucas, XVII, 25; y la Transfiguración.

una profecía en sentido lato, que no sobrepasa las fuerzas humanas... Muchos hombres geniales han hecho profecías de este tipo, como en el siglo pasado Donoso Cortés, Nietzsche, Soren Kirkegor, por ejemplo. Son hombres que tiene un poder de *retrovidencia*, son capaces de mirar fuerte hacia atrás, y penetrar el *Pasado*; y de ahí les viene un especie de pálpito del *Futuro*. Donoso Cortés predijo que Inglaterra caería y Rusia se levantaría en Europa; Nietzsche previó muchísimas cosas del siglo XX; entre otras, las guerras mundiales; Kirkegor previó el éxito póstumo de sus libros y su gloria tardía. Pero estas profecías humanas –que son como parientes pobres de la profecías sobrenaturales– son generales y vagas; segundo, son a corto plazo; y, en fin, son de cosas ordinarias y razonables. Al contrario son las profecías sobrenaturales, que son verdaderos milagros, pues solamente Dios puede saber el futuro concreto y contingente; más, el futuro “imposible”.

Cristo profetizó acerca de Sí mismo, de sus discípulos, de su Iglesia y del fin del mundo. Los tres primeros vaticinios se han cumplido, el cuarto se ha de cumplir todavía.

Cuando celebremos el Domingo de Ramos hemos de recordar esto: que cuando Cristo entró en Jerusalén sabía que iba a la muerte. Esto suscita una grande y patética idea de Cristo. Cuando se hizo aclamar por una muchedumbre, cuando se prestó a ser proclamado Rey, Cristo sabía que otra muchedumbre iba a gritar “¡Crucifícalo!” antes de una semana; y que El entraba allí para morir. Y lo había dicho a sus discípulos, los cuales no lo quisieron creer.

Cuando nos digan que *vox populi vox Dei*⁵⁰ y que la mayoría siempre tiene razón, recordemos aquella mayoría fraudulenta que gritó: “*Crucifícalo*”. Los demagogos cuando quieren algo, dicen que “el pueblo lo quiere”. Casi siempre es mentira. Pero aun cuando fuere verdad, con eso no está todo dicho todavía. El pueblo puede querer cosas malas y cosas buenas: según cómo se lo oriente.

Inmensa y melancólica figura, dotada de una fuerza de carácter sobrehumana, que encara de frente la tormenta de su derrumbe aceptando de paso la provisoria y melancólica brisa de su efímero triunfo; la figura del Cristo es enormemente diferente de la figura del joven campesino galileo sentimental imprevisor y medio loco que quiso encajarnos el péfido Renán... Todo lo supo, todo lo previó, todo lo aceptó; y por encima de todo se levantó.

Un gran escritor cristiano, el danés Soren Kirkegor, en un opúsculo titulado: *¿Tiene derecho un hombre a hacerse matar por la Verdad?*, dice que esta actitud de Cristo y este último viaje son una prueba indirecta de su Divinidad; porque solamente uno que *fuera la Verdad*, tendría derecho a hacerse matar por la Verdad. Si Cristo fuera un puro hombre, no debiera haber subido a Jerusalén sabiendo lo que sabía; por esta razón aunque más no fuera, porque ningún puro hombre puede saber seguro si tiene en sí las fuerzas para sobrellevar el martirio. Eso es cosa de Dios.

La primitiva Iglesia condenó a los llamados *provocadores* y los santos obispos de aquel tiempo como San Cipriano y San León prohibieron a los cristianos provocar el martirio; por ejemplo, derribando con violencia las estatuas de los ídolos, como hacían algunos exaltados, o como el famoso Guy Fawkes en Inglaterra, el de la Conspiración de la Pólvora. En el mejor de sus dramas, Corneille hace que Polyeucte derribe los ídolos y se haga martirizar. Es un cristiano temerario.

Muchas cosas de las que Cristo hizo o dijo, no se pueden hacer lícitamente si uno no posee una *Conciencia Absoluta*, como dicen los filósofos de hoy. Por ejemplo, Cristo dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. En un puro hombre sería pecado porque es una impaciencia y una desesperación y una falsedad: Cristo sabía que eso no era verdad sino en un sentido. Por eso se puede decir lo que dijo Lacordaire discutiendo con

⁵⁰ “*Man sagt: Vox populi vox Dei; ich habe nicht daran geglaubt*”, dijo el gran Beethoven poco antes de morir, en el año 1827; es decir: “Dicen que la voz del pueblo es la voz de Dios; yo nunca he creído en eso”.

Renán: que si Cristo no fue el Hijo de Dios, entonces fue el loco más grande que se ha visto en el mundo.

Conciencia Absoluta significa no solamente conciencia de estar en la verdad, sino *conciencia de ser la Verdad*: cosa de nadie, fuera de Cristo.

No es lícito buscar el martirio; pero todo hombre que crea en Cristo debe resignarse de antemano a ese evento porque “todo aquel que quiera vivir fielmente en Cristo Nuestro Señor, sufrirá persecución”, dijo San Pablo. “Si a mí me persiguieron, a vosotros os perseguirán: no es el Miembro mayor que la Cabeza”.

Estar preparado, eso sí; buscarlo, no. Si no fuere por una inspiración especial o indudable del Espíritu de Dios: a la cual parece haber obedecido el místico danés⁵¹ Esta reflexión, que es en el fondo una constante de la exégesis católica, remozada brillante y románticamente por el Padre Lacordaire OP. en su histórico sermón de Notre Dame en 1837, recurre en el *Diario* de Kirkegor repetidamente –p. e., 8 de mayo de 1849, 1 de marzo de 1854, 5 de mayo de 1854– y elaborada ya en su libro *Autoexamen* (*Zur Selbstpruefung*) publicado en marzo de 1855 y escrito en 1851–2.

Dejamos al criterio de los doctos esta exégesis. Para nosotros es la respuesta justa, dada de antemano, a una objeción que frisa la blasfemia de la impiedad contemporánea, difundida en Alemania e Inglaterra; y entre nosotros, helás; a saber: que en esta quinta palabra de la Pasión: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”, Cristo cayó, fue quebrado, desesperó simplemente; y en consecuencia no era sino un puro hombre; *voire*, un pobre hombre. En el confuso estudio sobre Jesús que el dramaturgo y ensayista G. B. Shaw antepuso a su irreverente comedia *Androcles y el León*, esta afirmación temeraria está expresada en la siguiente forma: “Jesús mantiene esa actitud [el aserto de que era el Hijo de Dios] con terrible fortaleza, mientras lo azotan, lo escarnecen, lo atormentan y finalmente lo crucifican entre dos ladrones. Su prolongada agonía de dolor y sed en la cruz “quebranta al fin su espíritu, y muere lanzando el grito de “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”~, donde además de la interpretación temeraria, existe un serio error de hecho: pues de hecho no murió Cristo lanzando ese grito sino otro distinto y de espíritu *inquebrantado*. “Esta fue la causa de que trataran a Jesús como un impostor cuando debían haberlo tratado como un loco”, dice el atrevido bufón inglés en sus *Obras*, v. IX, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, año 1946, pp. 262, 291.

Ya que hemos mencionado este “confuso estudio” de un hombre del todo indispuerto para estudiar a Jesucristo que nos trajo un amigo cuando redactábamos esta homilía, daremos aquí la síntesis limpia de su posición teológica dejando las curiosas conclusiones *de re* económica, sociológica y política a que se abandona Shaw, después de una apresurada lectura de los Evangelios.

Hay que leer lo menos dos veces el estudio –que hormiguea en crasos errores *de hecho*– para sacar en limpio la posición del aventuroso artista; que es; la siguiente:

1. Jesús fue sincero, no fue un impostor.
2. Fue un demente, en cuanto pretende ser un Dios.
3. Dejó sin, embargo una doctrina extraordinaria: fue el más grande economista político del mundo... (Ensayo a escribir: *De la conveniencia de ser un perfecto demente para distinguirse en economía política*).

⁵¹El gran filósofo danés Soren Kirkegor hace esta reflexión exegetica sobre ésta y otras palabras de Cristo, a saber: que son palabras procedentes de una Conciencia Absoluta –como lo expresa él– y por tanto ningún puro hombre podría decirlas sin mentira o culpa; y viceversa, que el hecho de haberlas proferido Cristo prueba su Divinidad, o sea, prueba que Él se creía Dios; y, en consecuencia, no siendo un demente, lo era.

4. Sin embargo esta doctrina ha sido inútil, hasta que yo –Bernard Shaw– la entendí y la completé: ~Jesús dijo lo que había que hacer; pero no sabía el medio de hacerlo.”

5. Ese medio es Shaw; es decir, el *Socialismo* tal como lo entiende Shaw.

6. Los cuatro Evangelios mienten cuando relatan las profecías, milagros y Resurrección de Cristo,

7. Los Evangelios son creíbles en general cuando relatan otras cosas; con tal que se interpreten como los entiende Shaw.

El resultado del “estudio” no es muy original, pero no puede ser más pintoresco.

Cuando estuvimos en Londres, en julio-agosto de 1956, ardía en los diarios una polémica acerca de esta posición de Shaw: “¿Loco o Dios?! (*“Mad or God?”*); y acerca de Shaw mismo, cuyo centenario natal se cumplía en esos días. Ver por ejemplo el *Sunday Times* del 29 de julio de 1956: carta del reverendo doctor W. E. Sangster, de Londres, tomando la posición “Dios y no loco”; respuesta del reverendo H. S. McClelland, de Glasgow, en contra.

Toda esta bazofia viene a la Argentina tarde o temprano –más bien tarde–; por lo cual hemos tocado el punto. –en nuestra opinión– cuando después de cuatro años de silencio, expectación y oración, se decidió, rindiendo su vida, a atacar abiertamente la corrupción de la Iglesia Oficial Danesa.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA (I)

[Mt 4, 1-11] *Mt 4, 1-11*

Nos relata San Mateo el ayuno de 40 días y las Tres Tentaciones de Cristo. El mismo relato está resumido en dos versículos en Marcos (I, 12) y, cambiado el orden de las tentaciones, en Lucas.

Este evangelio produce estupefacción. Es difícil y como increíble: parece un trozo de mitología o cuento de hadas. ¿Cómo es posible creer hoy día en el negro patas de chivo y alas de murciélago, que puede agarrar a uno y llevarlo volando al pináculo del Templo de Jerusalén? ¿Cómo es posible que el diablo tentara al “*Menschgott*”, a Dios mismo? Y por último, las tentaciones aparecen como raras, pueriles, fabulosas, cosa de teatro o de cine, no de la realidad que conocemos. No son tentaciones naturales. Además, ese ayuno de 40 días y 40 noches sin tomar más que agua, es imposible, no se puede hacer: “a los 7 días muere el hombre y sufre tormentos como de infierno”, escribe el intérprete Salmerón, en su *Comentario a San Mateo*.

Empezando por el Ayuno, en muchos libros de exégesis hay un error paladino que visiblemente los intérpretes se van copiando unos a otros. El error es éste: *un ayuno de 40 días es naturalmente imposible*. Es perfectamente posible, y es conocido en Oriente como práctica religiosa y terapéutica: Moisés y Elías –entre otros– lo hicieron. No todos pueden hacerlo, pero yo conozco personalmente en la Argentina 5 personas que lo han hecho. El P. Salmerón, en el siglo XVI, escribió sobre el ayuno de Cristo una sarta de errores: que es algo imposible al hombre, que fue un milagro estupendo, que solamente Dios puede hacer eso... Si eso fuera verdad, yo sería Dios. Este error, que viene de ignorancia, se halla incluso en Maldonado en forma implícita; y en forma explícita en Ricciotti, profesor italiano que escribió una enorme vida de Cristo.

Dice Ricciotti: “*E evidente che il fatto é presentato come assolutamente soprannaturale...*”. No es absolutamente sobrenatural; no está presentado como sobrenatural por el Evangelista; ni eso es evidente ni mucho menos, puesto que es falso.

Pero –alega Ricciotti– el Evangelio dice que al 40° día tuvo hambre... ¿Luego antes no la tuvo? ¿Y eso no es milagro?

No señor, no es milagro. Los que han hecho un ayuno, aunque sea de cinco días, saben perfectamente que el hambre desaparece a los tres días –porque se inicia la *autofagia* o sea, inversión metabólica del proceso digestivo– y que retorna con gran fuerza alrededor del 40° (*gastrokenosis*) pues es de saber que 40 días es más o menos la vida del glóbulo rojo. Esto se ha sabido siempre en el Oriente y ahora es sabido en todas partes: excepto de los curas famosos que escriben vidas de Cristo. En fin, Ricciotti tiene la excusa de que copia a San Ambrosio. El bueno de San Ambrosio, para explicar esta hambre que vuelve a los 40 días, aventura la hipótesis estrafalaria de que “Cristo fingió hambre: hizo una pía fraude con el fin de engañar al diablo...”. ¡Qué ridiculez! ¡Pobre Cristo! ¡Las cosas que te cuelgan... incluso los santos!

Este error de San Ambrosio proporcionó un argumento a los *doketas*, una herejía que duró más de 4 siglos –por lo menos hasta el español Prisciliano en el 380– los cuales decían entre otras cosas que Cristo *fingió siempre*: no solamente el hambre, sino su Pasión y Muerte; porque Cristo no tuvo cuerpo; porque el cuerpo es materia y la materia es mala. A lo más, tuvo un *cuerpo astral*, como los fantasmas; como dicen hoy todavía los espiritistas y los teósofos. Para fingir, fingir grande, podían decir los *doketas*: *si* Cristo fingió el hambre ¿por qué no pudo fingir también su Pasión y Muerte? Cristo era Dios y Dios no pudo padecer... Cristo fue una especie de fantasma.

Cristo no fingió el hambre, ni fingió nada. Tuvo una verdadera naturaleza humana. Vivió hombre en medio de los hombres, en su país y en su época. Y como todos los grandes profetas orientales, se preparó para su misión haciendo ese ayuno de 40 días riguroso y extremo, que facilita la oración y la manifestación de la voluntad divina. El mismo Mahoma hizo ese ayuno, por lo cual instituyó entre los musulmanes el ayuno del *Ramadán*, que dura 40 días como nuestra Cuaresma. Dicen los españoles malas-lenguas que Mahoma trampeó; porque ayunaba de día y comía de noche; como de hecho hacen todavía hoy los mahometanos. Yo no sé. Pero nada impide que Mahoma, que fue un gran conductor religioso, que sacó a los árabes de la idolatría, haya hecho lisa y llanamente el ayuno tradicional sin trampas.

Como digo, eso era y es todavía una práctica religiosa-higiénica vigente entre los orientales.

Del ayuno de Cristo vino la *Cuaresma* en la Iglesia: hoy día reducida casi a pura apariencia o fórmula. El ayuno es bueno para la salud y es bueno para la oración; y la oración es también buena para la salud, ¡y la salud es buena para todo! Los europeos son menos hepáticos que los argentinos, por ejemplo, sufren menos enfermedades del hígado, porque la raza europea, disciplinada por la Iglesia, durante siglos ha ayunado toda la Cuaresma –menos los domingos–. Pero los españoles tienen “Bula” y los argentinos tienen “Dispensa” para no hacer eso. ¿Por qué? Creo que es porque aquí la Cuaresma cae a contrapelo, cae *antes del invierno*, que es cuando no hay que ayunar, porque entonces el cuerpo necesita reservas. En Europa, la Cuaresma cae antes de la primavera, *que es cuando hay que ayunar*, porque el cuerpo entonces, lo mismo que los árboles, tiene *cogüelmo*: es decir, *un exceso de savia*, que es higiénico refrenar y purificar, para que no ocasione desequilibrios psíquicos y espirituales; e incluso corporales. Porque el ponerse obeso, por ejemplo, es un desequilibrio corporal; cuyo único remedio, sobre todo preventivo, es el ayuno, *sabiamente* practicado.

La ciencia esotérica sacerdotal sabía antaño todas estas cosas; ahora parece ignorarlas; y ni los médicos ni los sacerdotes parecen conocerlas hoy día. Porque el ayuno no es indiferente hacerlo de cualquier manera y en cualquier tiempo: incluso hay que concordarlo con las fases de la luna. Por eso la Iglesia regula la fecha de la Pascua –y por ende toda la Cuaresma– de acuerdo al calendario lunar; y por eso la Pascua es una fiesta movable.

Entre nosotros, el ayuno cuaresmal es lo mismo que nada: no está ya ordenado a su fin propio y es uno de tantos preceptos “incomprensibles y raros” que manda la Iglesia y hay

que obedecerlo “porque sí”: por superstición o rutina. Ésta es una de tantas “sabidurías” tradicionales que se han perdido.

Por eso dice mi amigo don Pío que somos un pueblo poco sabio. Realmente. El pueblo argentino parece uno de los pueblos más atolondrados e ignorantes del mundo. Pero es bueno. Es, hablando con toda exactitud, un pueblo sin educación. Bueno y manso, pero ineducado.

Voy a transcribir aquí una sentencia, sobre la educación, de Napoleón Bonaparte, pronunciada en una sesión de su Consejo de Estado en 1804, tal como la tomó el taquígrafo y fue publicada por Marquiset. Dice así: “Hasta hoy no se ha visto buena educación sino en los cuerpos eclesiásticos. Yo prefiero ver a los niños de una aldea entre las manos de un hombre que no sabe más que el catecismo y del cual conozco los principios, que no en poder de un semi-sabio que no tiene base para su moral y no tiene ideas coherentes. La religión es la vacuna de la imaginación; ella la preserva de todas las creencias peligrosas y absurdas. Un fraile ignorantillo basta para decirle al pueblo: “Esta vida es un pasaje”. Si vosotros quitáis la fe al pueblo, no encontraréis después más que ladrones... (*Si vous otez la foi au peuple vous n'aurez que des voleurs de grand chemin*)”.

“*This has come true*” (Esto se ha cumplido), añade Maurice Baring.

Pero a todo esto, no he explicado las Tres Tentaciones de Cristo, que era lo mas importante.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA (II)

De las Tentaciones de Cristo hay mucho que hablar; pero seamos breves y notemos tres puntos principales: el Tentador, el Tentado y nosotros.

El espíritu maligno no sabía seguro si Cristo era el Mesías, ni mucho menos si era Dios o no. Parece increíble, con el talento que tiene el diablo, y conociendo las profecías mesiánicas mejor que cualquier rabino, que no sacara la conclusión que tantos hombres sacaron. Pero es así, basta leer los Evangelios; además San Pablo dice expresamente que el diablo no hubiera crucificado –por medio de los judíos– a Cristo, si hubiese sabido que era el Hijo de Dios (I Cor II, 8).

Que un Dios se haga hombre es un Misterio Absoluto; es como si dijéramos un Absurdo: no cabe en ninguna cabeza creada. Eso no se puede conocer y saber si no es mediante un acto de fe sobrenatural, un acto que es imposible sin la gracia de Dios; la cual el diablo no tiene. La ciencia no basta para alcanzar la fe; es necesaria también la buena voluntad, de que el diablo carece.

Por eso el fin del Tentador fue, como aparece claramente, no sólo hacer pecar a Cristo sino también sacarse él esa duda; lo cual no consiguió: “Si eres Hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan.” Pero hay que reconocerle al diablo que su atrevimiento es infinito: es un sinvergüenza, porque no tiene ya nada que perder. ¡Sospechando que Cristo era una persona divina, haberlo sin embargo agarrado y llevado al Campanario! “¡Qué miedo tendría el maldito –dice Santa Teresa– mientras iba volando!”... Pero en realidad no sabemos si fue volando.

El diablo tiene un poder grandísimo –eso muestra este evangelio– y por otra parte es un poder vano, porque se puede vencer “de palabra”, con la palabra Dios.

Gran encomio de la Escritura Sagrada hay en este evangelio: Cristo vence las Tres Tentaciones con el arma de la Escritura. Pero el poder del diablo es tremendo en los que están desarmados. Cuando le dijo a Cristo: “Todo esto es mío y a quien yo quiera se lo doy”, mostrándole los Reinos de la Tierra –en la política se puede decir que el diablo no tiene rival– Cristo no le respondió: “¡Mentiroso! Todo esto es de Dios, no tuyo”; no se metió a discutir

con él, porque en algún sentido todo eso es, en efecto, del diantre; en el sentido de que hoy día, por nuestros pecados, él mangonea todo. El es el Fuerte Armado, es la Potencia de las Tinieblas, es el Príncipe de este Mundo, como lo designó Cristo en otros lugares. Es probable que Satán de nacimiento haya sido el Arcángel que estaba predestinado al manejo y control del mundo material; o por lo menos, de este planeta; y por haber pecado, no perdió ese poder connatural para con el pobre “planeta mudo”⁵². Pero *todo poder de Dios es*.

Eso que llamaban nuestros mayores “vender el alma al diablo” es posible: es la operación que se propuso a Cristo en la Tercera Tentación. Cuando en este mundo a un malvado le va bien incesantemente, se trata un demoníaco; a los inicuos comunes, la moral los castiga a corto plazo. Si Dios no se lo impide, el diablo puede hacer cosas rarísimas con los hombres; y eso yo lo sé por los libros; pero si yo dijera que lo sé solamente por los libros, mentiría.

¿Por qué tentó a Cristo con esas cosas raras? Con la Bobobrígida o algunas de las otras animalitas de Dios que nos hacen el honor de divertir a la plebe porteña; con la llave del Banco Central; o con las urnas llenas de votos en el Congreso, yo lo tiento a cualquiera. Pero ¿con piedras, con vuelos sin motor, con promesas fantásticas de imperios universales?...

El diablo sabía que Cristo era un varón religioso –lo había visto prepararse para su misión religiosa con el ayuno de Moisés, lo había visto arder como una gran fogata en oración continua–; y lo tentó como a un hombre religioso: en el plano religioso, no en el plano carnal. Una nota del Evangelio traducido por Straubinger dice: “la primera fue una tentación de sensualidad”... Es un error. Las tres fueron tentaciones de soberbia. El diablo tienta de soberbia, no de sensualidad, a los que hacen Cuaresmas tan rigurosas como Cristo.

El diablo es la mona de Dios, puesto que querer *ser como Dios* fue su caída y es su constante manía. El diablo tienta prometiendo o dando las cosas de Dios: lo mismo que Dios nos ha de dar si tenemos espera y fidelidad: Cristo podía procurarse pan con esperar un poco –“y los ángeles se lo sirvieron”– sin necesidad de un milagro. El diablo nos empuja, nos precipita, es la espuela del mundo: nos invita a anticipar, a desflorar, a llegar antes. A los primeros hombres les dijo: “Seréis como dioses” que es efectivamente lo que Dios se propuso hacer y hace, por medio de la adopción divina (la gracia elevante) y la visión beatífica, con el hombre. “Entonces seremos como El, porque le veremos como El es”, dice San Juan. Eva pecó porque codició una anticipación de la visión divina. No podemos ser tentados sino de acuerdo a nuestro natural.

Así pues a Jesús lo tentó de acuerdo a su natural con lo mismo que Él había de lograr un día: Cristo había de convertir las piedras de la gentilidad en el pan de su Cuerpo Místico, conforme a aquello: “Creéis vosotros que de estas piedras no puedo yo sacar hijos de Abraham?”. Cristo había de volar visiblemente a los cielos delante de sus apóstoles y unos quinientos discípulos. Finalmente, Cristo algún día ha de ser Rey Universal del mundo entero, como lo es desde ya en derecho y esperanza.

El diablo está hoy día tentando a la Humanidad con un *Reino Universal* obtenido sin Cristo con las solas fuerzas del hombre. Todo ese gran movimiento del mundo de hoy (la ONU, la UNESCO, la Unión de las Iglesias Protestantes, los Grandes Imperialismos, las promesas de “mil años de paz” por parte de los Conductores) representa esa aspiración irrestrañable de la Humanidad al Milenio, a su unidad natural y pacífica, a su integración como Género Humano.

Es inútil oponerse a esa aspiración actualísima –se equivocan los ultra-nacionalistas– porque es un anhelo que está en las entrañas de la evolución histórica del mundo, como que es una promesa divina. Pero el diablo *quiere llegar antes*. Los cristianos sabemos que esto vendrá, pero que sólo puede venir con y por Cristo; y que esta manera como se está haciendo

⁵²Alude a la novela teológica de C. S. Lewis, *Out of the silent planet*.

ahora, no podemos aceptarla, porque es la vasta preparación del Anticristo. “Si esto es servir a la patria, a mí no me gusta el cómo.” De manera que aparecemos como impotentes por un lado; como atrasados y reaccionarios por otro. Paciencia.

La Iglesia hoy día aparece en plena crisis; no puede conseguir la paz de los pueblos, la necesidad más urgente del mundo, está contusionada dentro de sí misma; no hace más que tomar medidas y actitudes aparentemente negativas: *Syllabus*, *Juramento antimodernístico*, prohíbo esto, prohíbo lo otro. No está a la cabeza de la “civilización” como en otros tiempos, no hace más que tirar hacia atrás: es que la “civilización” ha entrado por un mal camino; por el de la Torre de Babel. Camino satánico.

“Todo esto es mío y lo doy a quien yo quiero; todo esto te daré si cayendo a mis pies me adorares.”

Un hombre algún día aceptará este trato. No sé qué día. Un amigo mío que se las echa de profeta dice que ese hombre nacerá en 1963 y será Emperador en 1996. Yo creo que ni él ni yo lo sabemos. Yo al menos no lo se.

No es necesario saber mucho griego ni latín para predecir que la Iglesia será tentada, si Cristo fue tentado; y lo será con las mismas tentaciones de Cristo.

Podríamos decir quizá que en la Edad Media fue la primera, en el Renacimiento la segunda y ahora la tercera tentación. Así para entendernos; aunque las tres funcionan juntas, mirándolo bien.

La primera tentación es ésta: por medio de lo religioso procurarse cosas materiales – como si dijéramos cambiar milagros por pan– la cual puede llegar a un extremo que se llama *simonía*, o venta de lo sagrado. Pero los curas también tienen que comer y la Iglesia necesita bienes. Yo no niego que la Iglesia necesita bienes, lo que yo sé es que hay una rayita finita, pasada la cual los “bienes” se convierten en males. De modo que el efecto más bien viene a ser tomar el pan y convertirlo en piedra; milagro al revés; como por ejemplo hacer grandes templos de piedra donde falta el pan de la palabra divina, “de la cual, como del pan, vive el hombre”, contestó Cristo a Satán.

La segunda tentación es por medio de la religión procurarse prestigio, poder, pomposidades y “la gloria que dan los hombres”. Y también es verdad que la Iglesia necesita buen nombre, porque una de las notas distintivas de la verdadera religión es que sea *santa*. Y así uno de los principales argumentos de San Agustín contra los herejes y paganos eran las admirables “costumbres” de la Iglesia primitiva contrapuestas a las malas costumbres de ellos. Véanse sus libros: *De Civitate Dei*, *De Moribus Ecclesiae*, *De Moribus Manichaeorum*...

Pero una cosa es que los demás lo prediquen a uno santo; y otra, predicarse a sí mismo. Días pasados oí a un predicador que se mandó una alabanza de la orden a que él pertenecía, que tembló el Campanario de la Iglesia (o sea el Pináculo del Templo); y no pude menos que pensar: Esto sería mejor que lo dijese el pueblo”.

La tercera tentación es desembozadamente satánica; postrarse ante el diablo a fin de dominar al mundo. ¿Puede la Iglesia ser tentada así? La Iglesia no es más que Cristo. La crueldad, por ejemplo, es demoníaca. Lo santo y lo demoníaco son contrarios y por tanto están en el mismo plano; y la corrupción de lo mejor, es la peor. Hablando de Savonarola, el cardenal Newman dijo: “La Iglesia no puede ser reformada por la desobediencia...”, y su interlocutor le contestó: “Mucho menos por la crueldad, mi caro Cardenal”. El Asceta puede ser tentado de dureza de corazón, de inhumanidad, de crueldad. “Mi hija se ha vuelto cruel como el avestruz”, dice Dios por el Profeta.

Ésta es la última tentación, de la cual Dios me libre y guarde; y sobre todo, que Dios libre y guarde a *los otros*. Como dijo el jachalero Ramón Ibarra cuando se peleó a cuchillo con Dionisio Mendoza y lo querían sujetar: “¡Asujetelón! ¡Asujetelón! ¡Asujetelón al otro! ¡Que yo, mal que bien, me asujeto solo!”.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

[Mt 17, 1-9] Mt 17, 1-9

Segundo de Cuaresma: la Transfiguración.

La Transfiguración del Señor es un gran milagro *privado* de Jesucristo, efectuado no delante de las turbas, ni siquiera delante de los Doce, sino de Tres Apóstoles, los mismos que presenciaron la Resurrección de la Hija de Jairo y la Oración de los Olivos: Pedro, Santiago, Juan; la Fe, la Esperanza, la Caridad.

La Transfiguración fue una visión de las que llama Santa Teresa “imaginarias”, lo cual no quiere decir *imaginadas o falsas*, sino medianeras entre las visiones *corporales* y las visiones *intelectuales*: son visiones *angélicas*. Algunos Santos Padres antiguos dicen que los Apóstoles Tres vieron aquí la esencia de Dios en una visión intelectual. Es un error; la esencia de Dios no la ve nadie en esta vida –ni mi amigo el de Santa Rosa, que fue retado por Dios durante el terremoto–; y si alguno la ve durante un relámpago medio fuera de esta vida, como dice San Pablo que él la vio (“si estaba mi cuerpo no lo sé, si estaba fuera no lo sé”), si lo que llaman “*muerte mística o séptima morada*”, es realmente un instante de gloria divina, como enseñan algunos Doctores, eso deja unos efectos enormes en los pocos que sabemos lo han experimentado; y tales efectos en la narración evangélica no se ven en Pedro, Santiago y Juan ni de lejos. No puede ser. El Evangelio dice que “estaban dormidos”; y el sueño designa en la Escritura las visiones *imaginarias*; como las de San José y las de Daniel o Ezequiel. Lo que vieron Pedro y los dos hermanos fue el cuerpo de Cristo traspasado de luz y rezumando gozo y belleza, y el cuerpo de Elas y el alma de Moisés hablando con Cristo en el viento.

¿De qué? De su Pasión y Muerte. ¿Por qué no puede haber sido una visión corporal? Porque simplemente Moisés actualmente no tiene cuerpo; y el cuerpo de Cristo entonces no era luminoso como la luna, ni sus vestidos blancos más que la nieve ni su rostro hermoso como la gloria.

La ocasión, el lugar y el motivo de este milagro son solemnes. Era el último año de Cristo: era la predicación en la Judea, evangelizada ya la ruda y campirriña Galilea; era la lucha con los fariseos ya declarada e implacable; era el peligro de muerte claramente visible. Jesucristo se apresura a hacer y a decir las cosas y las palabras más decisivas y definitivas... El Evangelista nota con exactitud el tiempo: “*seis días después*”... de haber instituido en Cesarea el Primado de Pedro, o sea, el fundamento de su Iglesia; e inmediatamente después de haberles preanunciado concretamente su Pasión, de haberlo regañado violentamente al mismo Pedro que decía: “Déjate de macanas, no seas pesimista”; y de haber dicho que para salvarse había que llevar la cruz. Esto era tremendo para nosotros; quiero decir, para los pobres Apóstoles: no les cabía en la cabeza. Por eso era preciso robustecerlos. El motivo del milagro fue, como indica claramente el Evangelio, con una pequeña muestra sin valor de la Resurrección hacerles aceptar el escándalo de la Pasión. Fue un relámpago de la Resurrección; como las visiones intelectuales en los grandes místicos son un relampagueo del Cielo.

San Pedro se entusiasmó y gritó al Maestro: “¿Qué bien estamos aquí! ¿Por qué no nos quedamos?”. No sabía lo que decía, desatinaba, dice San Marcos, que fue justamente el *meturgemán* de Pedro; o sea que se lo oyó a Pedro mismo; cuya catequesis puso por escrito: es decir, que lo que llamamos Evangelio de San Marcos es lo que Pedro recitaba de memoria con gran fidelidad en Jerusalén, Antioquía y Roma. Pero Jesucristo les dijo: “Vamos. No temáis. No digáis a nadie lo que habéis visto hasta que yo haya resucitado de entre los muertos. Vamos a Jerusalén. ¿A qué? ¿No lo sabéis? ¿No habéis oído de qué hablé yo con Moisés y Elías?...”. Este fue el motivo de este milagro: el Misterio de la Cruz: sin cruz *no* hay Resurrección; pero mirad: hay resurrección, no temáis la cruz.

Santa Teresa dice que las visiones imaginarias producen temor, lo mismo que dicen

los Evangelios aquí: “temieron grandemente”. Dice Santa Teresa que Jesucristo “le mostró” primero las dos manos y después el rostro, preparándola poco a poco. “Parecerá a vuestra merced que no era menester mucha preparación para ver unas manos y un rostro tan hermosos... Sonlo tanto los cuerpos glorificados que la gloria que trae consigo ver una cosa tan sobrenatural, desatina; y así me hacía tanto temor, que toda me turbaba y alborotaba, aunque después quedaba con certidumbre y seguridad...”⁵³.

Los teólogos enseñan que las visiones imaginarias, como aquellas que tuvo en Alemania Teresa Neuman –según parece–, son producidas por los ángeles: por el roce de un espíritu puro en el alma humana; por lo cual el cuerpo sufre la *patada*, se enferma, parece una hoja de árbol al lado de una gran hoguera –se achicharra–; o por lo menos se conturba: dice el Evangelio que a los Tres Apóstoles los tiró por tierra. No así las visiones intelectuales, las cuales son superiores: son producidas directamente por Dios, no tienen esos efectos; y no pueden ser imitadas ni por el diablo, ni por enfermedad nerviosa alguna.

Los Tres cayeron por tierra cuando vieron una gran nube resplandeciente (imagen de la fe, que es oscura y luminosa a la vez) que bajó sobre Cristo con una voz que dijo: “Éste es mi Hijo queridísimo en quien tengo todos mis agrados; escuchadlo a Él.” Fue la voz de Dios el Padre, naturalmente; pero como dije antes, impersonada por un Ángel. Si llega a ser la voz del mismo Dios, “la que hace temblar las montañas”, como dice David –y como creyó mi amigo de Santa Rosa– los Apóstoles no se levantan más.

“El Zonda y el Pampero Tú creaste; el Tabor y el Hermón saltan cuando te oyen” (Ps LXXXIX, 13).

Cuando Dios habló a Moisés en el Sinaí, fue también por medio de un Ángel; enseña expresamente San Pablo.

Una vez Dios habló a los hombres... Dos o tres veces habló, a Adán, a Moisés, a Pedro: pero ésta fue la definitiva, después de la cual no hay otra.

Si a los antiguos griegos, romanos y galos les hubiesen dicho por la prensa, la radio y la televisión que sobre un alto monte de Judea Dios acababa de hablar, se hubiesen puesto en marcha multitudes innumerables, si no para alcanzar a oírlo a Dios, para alcanzar a los testigos que lo oyeron; y saber de sus labios lo que dijo. Salvajes y civilizados, grandes y chicos, no hubiesen perdonado bestia ni molestia para hacer esa gran peregrinación, mayor que las Cruzadas; para saber qué dijo Dios. Pero resulta que ahora lo que dijo Dios está en un librito de 12 ó 15 pesos que sin moverme de mi cuarto puedo conseguir llamando por teléfono a la librería... la que sea, no quiero hacer propaganda comercial; y a los hombres no les interesa el librito ése: no lo leen, no lo compran, no lo estudian: ni lo mentan. Ni regalado lo quieren. Y lo que es peor, hay gente que lo lee, lo compra y lo estudia, para sacar de él divisiones, sectas, cismas, herejías y la justificación de los más grandes desvíos morales. Esta es la hechicera Humanidad. ¡Oh hechicera Humanidad!

Menos mal que nosotros tratamos de entenderlo un vez por semana. No está todo perdido: y a lo mejor, la humanidad somos nosotros. “Éste es mi Hijo queridísimo: oídlo a Él.”

Cuando bajó Cristo del Monte Hermón, dio una respuesta misteriosa a una pregunta confusa de sus discípulos...

–¿Cómo del Monte Hermón? ¿No fue del Monte Tabor?

–No: el Evangelio dice que la Transfiguración fue en un monte muy elevado: el Monte Hermón, que es llamado hoy el Monte de la Tentación, tiene 2.700 metros; el Monte Tabor tiene unos 320 metros de alto⁵⁴, no es muy elevado. El texto griego dice la misma palabra “*ypseelón*” (que significa *encumbrado*, *excelso*) para calificar al Monte de la

⁵³Vida, capítulo XXVII.

⁵⁴ Sobre la llanura circundante; sobre el nivel del Mediterráneo serían unos 560 m.

Tentación y al Monte de la Visión: “cuando estuvimos con El en el Monte Santo –dice San Pedro– en el monte de la Visión”.

–Pero todos dicen que fue el Monte Tabor...

–Todos, menos el Evangelio.

–Pero hay una tradición antiquísima de que la Transfiguración fue en el Monte Tabor... San Cirilo... San Jerónimo...

–Así es; pero “no hay tradición que valga contra la letra del Evangelio”, dice San Agustín. Es evidente que no se puede llamar “montaña altísima” al Pie de Palo o a Cerrillos⁵⁵, sin mentir. Además, la cumbre mocha del Tabor estaba habitada; estaba llena de turistas que iban a hacer picnics. Jesucristo subía a orar “a las montañas desiertas”, y de esta montaña de la Visión expresamente dice Mateo que era “*ypseelón kat'idian*” (“encumbrada y soledosa”). *Kat'idian* significa “en privado”.

Al Hermón se puede ascender en 9 ó 10 horas. Yo subí al Hafelekaar de Innsbruck, que tiene 2.300 metros, en unas 8 horas de marcha cómoda, solo, sin guía y con bastante miedo. “¿Cómo va a subir Cristo al Monte Hermón?”, dice Maldonado, el famoso intérprete... ¿Y por qué no? Si yo puedo subir, Cristo también puede. Alpinista fue también el Papa Pío XI, Aquiles Ratti.

Consta en el Evangelio que Cristo subía a las montañas a orar; y que cuando se transfiguró estaba orando. Se ora bien sobre las montañas; sobre todo cuando va anocheciendo y el funicular no viene. Se ora mal en los funiculares de Buenos Aires; quiero decir, en los *colectivos* pórtenos.

En el Monte Hermón hay nieve ya en el otoño: “sus vestidos se pararon más blancos que la nieve”. Desde él se divisa hoy día hasta Jerusalén, hasta las fronteras de la Arabia Damascena y el Mediterráneo allá lejos, a la altura de donde Tiro fue. En el lugar donde Pedro propuso al Maestro “hacerle tres ranchitos, uno para él, otro para Moisés, otro para Elías” –y realmente, sobre el Tabor no son de menester ranchitos para nada, pero sí sobre el nevado Hermón–, existe hoy día una ranchada muy sólida para soldados, coronada de una especie de horno de acero y cemento, que se llama *blocao* –del alemán *blockhaus*– con cuatro ametralladoras y un cañón de 75. El sendero marcado con estacas de los tiempos de Cristo ha sido sustituido por un camino para *jeeps*.

Así pues, al bajar el sendero del Hermón, le preguntó San Pedro a Cristo... Pero esta pregunta acerca de Elías, San Juan Bautista y los Dos Testigos del Apokalypsis es una cuestión difícil que no hay tiempo de tratar; y en la que el famoso P. Alio y sus discípulos han arrojado bastante barro; es decir, humo.

La Transfiguración del Señor es una imagen de la resurrección; y es una imagen de la santidad. Cuando Cristo recibió ese testimonio solemne de su Padre, cuando vio a su lado rindiéndole pleitesía al representante de la Ley y al representante de los Profetas, cuando su Divinidad embistió a su cuerpo y lo traspasó por un momento de claridad, blancura y hermosura, Cristo se puso a hablar “del Exceso que había de tener lugar en Jerusalén”, del Exceso de Amor y de Dolor. Eso es la santidad.

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA [Lc 11, 14-28] Mc 3, 20-35

Tercero de Cuaresma: discusión acerca de *Beetzebul*, el Rey de las Moscas, después de curar a un endemoniado que “era mudo”, según Lucas; “ciego y mudo”, según Mateo.

Este sermón acerca del diablo y del pecado contra el Espíritu Santo y de la señal de

⁵⁵ Pie de Palo: montaña de Salta; Cerrillos: montaña de San Juan.

Jonás el profeta, parece confuso, pero no lo es. Fijémonos en el tronco central: *Jesús cura a un endemoniado y los fariseos lo acusan a Él de endemoniado; y El entonces les echa en cara ese pecado, el más peor y peligroso que existe; y hace dos pequeñas parábolas acerca del poder del Diablo y de su reino: sobre todo, de su reino en el orden moral.*

Las dos parábolas del Fuerte Armado y del Retorno del Demonio Echado parecen raras; pero son conformes a la angelología hebrea. Los hebreos creían que el demonio existía; que podía producir enfermedades corporales; que podía ser echado *de palabra*; que era poderoso y temible más todavía en el orden moral que en el orden físico, como recalcó Cristo en su segunda semejanza; que se mezclaba en los asuntos humanos; que había demonios chicos y grandes, príncipes y súbditos, y un orden jerárquico entre ellos. Cristo también creyó todo eso; y lo afirmó con obras y palabras.

Los sabios modernos, como José Ingenieros, Constancio Vigil, Lisandro de la Torre, ya no aceptan nada de eso; y una de las razones que dan es: *¿Por qué ahora no hay ningún endemoniado y, cuando Cristo, había tantos? Simplemente por la ignorancia de aquellos tiempos, que la tuberculosis se la achacaban al diablo, como los indios onas.* Pero puede ser que Cristo haya contestado ya a esa razón cuando dijo que el Fuerte Armado antes tenía paz y poderío, pero vino uno más fuerte que él, lo derrotó y lo desarmó; y puede también que actualmente haya endemoniados, más de los que piensa Lisandro de la Torre; y aun más de los que había en tiempo de Cristo; aunque en eso no me hago fuerte, hasta que se haya hecho un censo general satisfactorio. Yo sé que una pobre endemoniada he visto en mi vida; en kas Toscas, provincia de Santa Fe, en 1908.

Sea como fuere, los fariseos no negaron que Cristo hubiera expulsado al espíritu inmundo (*soplo sucio*, en griego) cuando vieron que el ciego sordomudo hablaba y sentía; ni tampoco los discípulos; pero sacaron consecuencias diferentes: los discípulos dijeron a la turba “¿por ventura Éste no es Hijo de Dios?”; mas los maestros, sabios y religiosos de aquel tiempo dijeron: “En virtud de Beetzbul, jefe de los demonios, Éste puede echar los demonios.” Y entonces Cristo los acusó de cometer “*el pecado que no tiene perdón*”, después de demostrarles que lo que decían era absurdo.

El pecado Imperdonable, el pecado contra el Espíritu Santo, es el problema más difícil de toda la Escritura, dice San Agustín; pero Él no dejó de darle la solución que le pareció, y nosotros hacemos lo mismo; tanto más que nos apoyamos en su meditación y estudio, y en la meditación y la experiencia de la Iglesia en estos otros 16 siglos. El problema es éste: 1) ¿Cuál es el pecado contra el Espíritu de Dios?; 2) ¿Por qué es imperdonable?; 3) ¿Puede haber algún pecado imperdonable? El pecado contra el Espíritu Santo es el fariseísmo.

A mí me enseñaron cuando chico el *Catecismo de Astete* que decía:

“—¿Qué son pecados contra el Espíritu Santo?

—Son pecados que no tienen perdón ni en la tierra ni en el cielo.

—¿Cuáles son?

—Son seis: la impenitencia final, la desesperación de salvarse, la presunción de salvarse sin méritos, la obstinación en el mal, el impugnar la verdad conocida, y la envidia de la gracia ajena.”

Esto está sacado de San Agustín, el cual en cinco lugares de sus obras explica diferentemente esta “*gravior omnium dubitatio*”, como la llama. San Agustín lo dijo, está bien.

Pero Cristo no dijo que había seis pecados contra el Espíritu Santo, sino uno: ese que estaba allí delante. ¿Qué es lo que había allí? Pues una cosa simple y monstruosa: de un milagro los fariseos sacan una calumnia contra el que hizo el milagro: al desdiablador lo llaman endiablado. El instrumento máximo que tiene Dios para salvar al hombre es el milagro; si un hombre de un milagro saca perdición en vez de salvación, ése no tiene remedio. Eso es fariseísmo al grado máximo.

El fariseísmo reúne en sí esos seis pecados diferentes que puso San Agustín; y otros muchos. *El fariseísmo es el abuso y la corrupción de lo religioso; y si lo religioso es el remedio de las corrupciones, ¿con qué remedio se remediará la corrupción del remedio?* De suyo, no tiene remedio la corrupción del remedio; es como si un endiablado echara a su diablo, pero después se descuidara y dejara las puertas de su alma abiertas; el diablo echado volvería y se traería otros siete diablos peores que él; y los postres de aquel poseído serían peores que los principios. Esta parábola de Cristo alude según parece a lo que pasaba allí con los criminales: los tenían un tiempito en la cárcel y los soltaban; al salir no tenían trabajo ni ganas de trabajar ni acogida de parte de los vecinos; se iban al desierto, vagabundeaban por ahí, se encontraban con otros de la misma ralea y formaban gavillas poderosas que aterrorizaban a las caravanas y a las poblaciones y se imponían incluso a la policía. En aquel tiempo, las bandas de bandoleros andaban por los desiertos. Hoy día, ya no.

El fariseísmo es como siete demonios juntos, o más; y sin embargo no lo parece. Si un Magnate Eclesiástico premia la virtud y castiga el vicio, es un hombre religioso; si no premia nada ni castiga nada, es un nulo; pero si castiga la virtud, eso es fariseísmo; si persigue la santidad, es fariseísmo; si odia la verdad o la inteligencia, eso es fariseísmo. Y eso no tiene remedio; porque con lo mismo que había de remediarse, con eso mismo él se daña. Con razón dijo Galeno que cuando a un enfermo la comida le hace mal, las inyecciones le hacen mal, las píldoras le hacen mal, las purgas le hacen mal y los clisteres le hacen mal, está muerto. El fariseísmo es esencia de orgullo, de envidia y de hipocresía. Cristo les dijo en esa ocasión: “Haced el árbol bueno y los frutos buenos; o haced los frutos malos si el árbol es malo;— porque el árbol se ha de conocer por los frutos”; como diciendo que valdría más, ya que eran malos de corazón, que lo fueran también de apariencia; e hiciesen cosas escandalosas en vez de andar muy gazmoños, mojigatos y santulones haciendo cosas religiosas. En suma, Cristo dijo mucho antes que Lutero que “es mejor el pecador que peca que el pecador que no peca”.

Otra cosa difícil dijo Cristo en este Evangelio: “El que no está conmigo, está contra mí.” Esto es difícil, considerando que en otra ocasión había dicho aparentemente lo contrario: “El que no está contra vosotros, está con vosotros” (Lc IX, 50). ¿En qué quedamos? Si yo quiero mantenerme neutral ¿estoy contra Cristo o con Cristo?

Depende de quién sea yo: si soy cristiano y no estoy con Cristo, estoy contra Cristo. Pero si no soy cristiano y no estoy contra Cristo, estoy con Cristo. Es como si dijéramos: si yo no estoy con Perón, estoy contra Perón; pero un uruguayo, por ejemplo, si no está con Perón, no se sigue que esté *contra* Perón.

En suma, a los cristianos hay que exigirles que se porten como cristianos; a los que no son cristianos y no se portan mal, hay que tenerles consideración. El cristianismo no es autocondescendencia sino autoexigencia; y benignidad con los demás.

Al final de este sermón le salieron pidiendo a Cristo que hiciese “un signo en el cielo”, es decir una gran chafalonía o despelote que fuese mucho más ruidoso y cinematográfico que hacer hablar a un mudo; y Cristo se enoja mas, e hizo otro sermón acerca de Jonás, de la Resurrección de Nínive, de Salomón y de la Reina del Austro. Y al final una mujer del auditorio le gritó a guisa de aplauso un “¡Bendita sea tu *mare!*”; y Cristo le respondió: “Y tú también, si te haces hija o madre de Dios. Tu puedes ser hija mía, madre mía, y hermana mía.”

Es decir, el diálogo literal fue así:

“—¡Dichosas las entrañas que te gestaron y los pechos que mamaste!

—Más dichosos los que oyen la voluntad de Dios y la cumplen.”

—Pero tu Madre María ha sido la primera que oyó la voluntad de Dios y la cumplió...

—Por eso digo... justamente. Imítala.

Ésta fue la tercera Avemaría que se dijo en el mundo; porque la primera la dijo San Gabriel, la segunda Santa Isabel; y la tercera esta mujercita, que se debió llamar Mercedes

Rodríguez, Lola Puentes, o Pepa Doncel.

En cuanto al reino del Rey de las Moscas (*Beetzebul*) en este mundo el novelista inglés A. Huxley escribió una novelita *Ape and Essence* acerca de él, que aquí se leyó mucho. Es un relato hábil, atroz, romántico, truculento y sucio; y herético además. Ni qué decir que se tradujo en seguida al argentino y se vendió por millares. Teológicamente, es a la vez maniqueo y naturalista, cosa extraña. Literariamente, pertenece a la *literatura de pesadilla*⁵⁶. Filosóficamente es ignorante; el reinado del diablo va a ser mucho menos grotesco y teatral y mucho más efectivo de como él se lo imagina. Aldous Huxley es un falso genio y un falso sabio; y como toda su vida se ha ocupado de temas religiosos, también un falso profeta. No negaré yo que tenga “talento” –según lo que se entienda por talento– pero carece en absoluto de sapiencia.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA [Jn 6, 1-15] *Jn 6, 1-15*

Cuarto de Cuaresma: la primera multiplicación de los panes (Juan VI, 1-15).

Este milagro se llevó a cabo más o menos en la mitad de la predicación de Cristo, segundo año de vida pública, antes del penúltimo viaje a Jerusalén, después de la fuga de Judea a causa de la degollación del Bautista y después del retorno de los Discípulos de la *misión* –en primavera, cerca de la fiesta religiosa hebrea “*de las Tiendas*” o “*Toldos*”–.

Otra multiplicación menor cuentan Mateo y Marcos un poco después, que sería tentador identificar con ésta reduciéndolas a una; como han hecho algunos Doctores; pero no se puede, porque lo probabilísimo es que fueron realmente dos. Si hubiese sido una sola, la gente de Jerusalén hubiese dicho: “¡Son cuentos de estos provincianos!”. Si hubiesen sido tres, se levanta el Sindicato de Panaderos Metropolitanos.

Los cuatro Evangelistas cuentan el milagro con diferentes pormenores. San Juan le da su sentido pleno, insertándolo en su capítulo VI que trata del “*Pan de Vida*” y añadiendo la Promesa de la Eucaristía, y el diálogo dramático en la Sinagoga de Cafarnaúm, que es uno de los relatos más sublimes que han salido de pěníola humana.

Este milagro es muy popular; excepto, como dije, entre los panaderos. Cuentan que el cura Brochero estaba explicándolo, y se trabucó en los números –porque efectivamente hay dos multiplicaciones que difieren solamente en los números– y pegó un grito diciendo: “Mirad el poder de Cristo, que con cinco mil panes y dos mil pescados dio de comer a cinco hombres”, a lo cual el sacristán que estaba sentado bajo el púlpito comentó en voz alta: “¡Eso lo hago yo también!”, con lo cual se rieron algunos y el cura se abatató del todo y dejó la prédica, para seguirla otro día. El domingo siguiente subió muy alerta y gritó: “Como les iba diciendo, Jesucristo con 5 panes y 2 peces dio de comer a 5.000 varones”, a lo cual el sacristán gritó de nuevo: “¡Eso lo hago yo también!”.

“–¿Cómo, sacristán sacrílego?” –gritó el canónigo.

“–¡Con lo que sobró el domingo paseo!” –ripostó el sacristán, que era un negrito ladino.

Y tenía razón, porque *lo que sobró* es lo que más llama la atención en este evangelio: 12 canastas de cachos, que todos los Evangelistas notan cuidadosamente, Cristo “mandó rejuntar”. ¿Por qué? El hombre que tenía en sus manos poder creador hizo con ellas un gesto de pobre: después de un milagro tan grande, acordarse de las curubicas. “Comieron todo lo

⁵⁶ Ver Castellani, Leonardo, *Nueva Crítica Literaria*, en val. VIII de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino, Dictio, Buenos Aires 1976, p.213.

que caduno quiso”, dice San Juan. Y sobró. Sobró bastante. Era pan de centeno y eran una especie de sábalos o patíes, pescado de río. Cristo quiso mostrarse Dios, pero también mostrarse hombre: hombre pobre y palestino.

Es que los milagros de Dios se insertan en el curso de la vida humana sin perturbarla; cosa que ignoraban los panaderos de Jerusalén. Los milagros del diablo en cambio hacen alboroto y despatarro. Porque sabrán que el diablo puede hacer milagros, aunque falsos: *prodigios*. Vaya a saber lo que está pasando ahora en Tucumán. Yo quisiera que fuesen prodigios de la Virgen; pero no me fio⁵⁷.

Cristo hizo cooperar a los hombres en este milagro: primero, les llamó la atención sobre la dificultad, y los dejó proponer remedios, que incluso San Felipe se mandó un chiste malo –hay tres chistes de San Felipe en el Evangelio–; después les dijo: “Dadles vosotros de comer”, que fue cuando Felipe agarró la bolsa de Judas, la sacudió en el aire y dijo: “Pasen 200 dólares y les doy a comer, un bocadillo a la cuarta parte de éstos”; pues 200 dólares (denarios) era la suma de plata más grande que Felipe había visto en su vida; tercero, hizo que San Andrés recogiese los víveres que había, que eran como para comida de cinco, y es de notar el desinterés conmovedor de esos cinco prevenidos: era el atardecer, y lo habían seguido a Cristo a pie todo el día y el Cristo se había cortado en un bote, buscando un lugar solitario para descansar, los pobres cinco estarían hambrientísimos; lo cuarto, mandó que los Apóstoles hiciesen “*anapéssein*”, o sea formación de 50 en fondo, varones –a las mujeres, los antiguos no las ordenaban porque sabían que es imposible, cuando andan muchas juntas–; finalmente, apenas terminó la cena en el valle, que Jesús contempló conmovido desde la loma, mandó recoger los fragmentos; gesto ritual en las cenas palestinas en que se guardan cuidadosamente las reliquias para darlas a algún pobre –gesto aquí inútil aparentemente, que tanto extrañó a los Evangelistas–; pero resulta que San Pedro se habla quedado sin ración, con el entusiasmo de empadronar y contar a la gente, según la leyenda. Y de no ser por una de las canastas de *sobras*, San Pedro ayuna fuera de tiempo.

Según la misma leyenda, los curas y seminaristas (quiero decir, los Discípulos?) comieron al final, y de las sobras; que es una costumbre que se ha perdido, como explicaré otro día.

Fuera de bromas, Andrés y Pedro lloraron de alegría, sobre todo cuando vieron que la gente quería hacerlo rey a Cristo ahí mismo; y Cristo lloro de ternura, porque con este milagro se inicia realmente la institución de la Eucaristía. Cuando en la Última Cena Cristo tomó el pan, levantó los ojos al cielo, dio gracias, lo bendijo, y lo partió, los Discípulos recordaron de inmediato que habían visto ya ese gesto dos veces antes; y por eso San Juan lo nota tan cuidadosamente en estas apretadas 30 líneas.

Lo que pasó después es conocido: los galileos, que eran gente parecida a los irlandeses, quisieron proclamarlo Presidente y *Home-Rule* a Cristo ahí mismo; y Cristo tomó el bote de Pedro y cruzó el lago, aportando en Cafarnaúm: segunda huida; *Cristo disparaba de la política*. La muchedumbre lo busco a pie segunda vez y al encontrarlo en la Sinagoga le reprocharon la huida... Cristo dijo: “¿Por qué me seguís? Porque os he dado pan de la tierra. Yo os daré el pan del cielo.”

Así comenzó el *diálogo-sermón-promesa-profecía* que es el Corazón de la Revelación Cristiana, así como el Sermón de la Montaña es su Carta, las Siete Palabras son su Sello y Testamento. Para explicarlo no bastan dos columnas más, ni siquiera un libro; ni siquiera –si vamos a hablar en serio– todos los libros del mundo. Feliz aquel a quien se lo explique su corazón.

Una posdata sobre un punto curioso, sobre el *anapéssein*; o sea la rápida formación de

⁵⁷Al hacerse esta homilía, hablaban los diarios sensacionalistas de una niñita de Tucumán que veía a la Virgen y hacía curaciones; rodo lo cual acabó en nada.

los hebreos varones de 50 en grupo –que dio 5.000 hombres, 100 grupos– lo cual quiere decir que había quizá 6.000 mujeres –sin contar las beatas– y unas 10.000 criaturas chicas... ¿Cómo se explica que Cristo hablara a grandes muchedumbres desde una loma o un bote? ¿Tenía por ventura altoparlantes o televisión? Eso preguntan muchos; y eso creyeron algunos Santos Padres, suponiendo que milagrosamente Cristo agigantaba su voz como la del homérico Sténtor: hacía su garganta estentórea y predicaba a los gritos. No fue así.

Hoy sabemos cómo fue: *multiplicaba su voz* lo mismo que los panes, con la ayuda de los Apóstoles: eso no es problema para las gentes llamadas de *estilo oral*. Tienen a modo de unos altavoces naturales. Pasaba esto: Cristo recitaba lentamente su recitado rítmico-mnemónico delante del grupo de discípulos, que lo repetía; y –créase o no– lo retenía de memoria, e inmediatamente los *matethoi* repetían las palabras del Maestro a las cabezas de cada grupo; los cuales hacían la misma operación: repetían y retenían. Así se multiplicaba el pan de la Palabra. Y el que no quiere creer que esto sea posible, que lea las notas científicas que pondré a estos evangelios cuando, Dios mediante, los publique en libro.

Y esto responde también a una pregunta que me hizo en San Juan, un ingeniero: “¿Por qué el Papa no predica cada domingo por televisión al mundo entero?”. No. Esa no fue la manera de predicar de Cristo; será la manera de predicar del Anticristo. Cristo quiere predicar *por medio de otros*, por medio de todos nosotros. San Pablo mandó que los maridos repitan a las mujeres en su casa el sermón del cura (I Tim II, 11; I Cor XIV, 34). Hoy día las mujeres son las que sermonean; mal casi siempre.

Porque no hay que olvidar el motivo de este milagro: Cristo lo hizo porque “querían oírlo y Él quería hablarles” –mucho más aún de lo que ellos oír–. Había “curado a sus enfermos” y no se iban: querían oír, de tal modo que “se olvidaron de comer”, dice el hagiógrafo. El remedio de esta dificultad era sencillo y los Apóstoles lo vieron: “Señor, manda que se dispersen y vayan a las alquerías y aldeas vecinas a comer.” Tarde piaste: *antes* había que haberse acordado de eso; la prudencia lo mandaba.

Pero ni Cristo ni el pueblo fueron prudentes en esta ocasión.

El amor suele atropellar la prudencia; pero él es una más alta prudencia. Es la prudencia del milagro.

DOMINGO DE PASIÓN (I) **[Jn 8, 46-59] Jn 8, 51-59**

Reproduce San Juan (VIII, 46-59) el final del dramático diálogo sostenido por Jesús con los fariseos en dos días, después del Perdón de la Adúltera; en el Templo, en la fiesta de los *Toldos* (“Tabernáculos”) y en la tercera –o cuarta, según como se quiera contar– estadia del Maestro en Jerusalén. El evangelio de la misa comienza con la pregunta: “¿Quién de vosotros puede probarme un delito?”, y termina con la tentativa infructuosa de matar a Cristo, que fue el primero de los 3 –o el segundo de los 4, según cómo se cuente– asesinatos frustrados de esta temporada, que terminó con el Gran Asesinato no frustrado. Ese evangelio va pues inmediatamente antes del evangelio de los Demonios, que se leyó el 13 de marzo⁵⁸; en el cual Cristo habló tristemente del pecado contra el Espíritu Santo.

Esta temporada del tercer año de Vida Pública constituye un grandioso despliegue de actividad y lucha –*Mein Kampf*; podía llamarlo Cristo– en que ambos adversarios se desembozan y tiran las cartas sobre la mesa: Cristo se proclama el Hijo Verdadero del Padre Celeste, no ya solamente Mesías sino también Dios; los fariseos desembozan su intención de darle muerte. Ellos querían matarlo y *quedar bien*, por eso fallaron tres tentativas; Cristo

⁵⁸En el año 1955, el 13 de marzo.

quería morir, pero sin quedar mal. Por eso no murió cuando ellos quisieron, sino cuando Él consintió. “Buscaron piedras par? apedrearle [no se podía empero apedrear a nadie en el Templo] pero El se escabulló y salió del Templo a escondidas; porque no había llegado su hora.”

Para comentarlo, lo mejor es resumir todo el diálogo, que se comenta solo. San Juan tiene tres o cuatro espléndidos diálogos (la Eucaristía Prometida, la Samaritana, el Ciegonato) de los cuales éste es el más importante. San Juan domina el arte del diálogo como un dramaturgo; y naturalmente Jesucristo, al cual copia, mucho más –un importante arte que yo no poseo por desgracia: el arte de la respuesta rápida y certera–; que en este caso dejaba confusos a los adversarios, pero los llevaba al furor homicida.

El centro del diálogo lo constituye la pregunta provocadora: “Dinos de una vez, ¿quién es tu Padre?”, a la que Cristo concluye por responder declarándose Dios y a ellos hijos del diablo y no de Abraham “por lo cual moriréis en vuestro pecado”. A lo cual siguió pocos días después, en Tetania o en su camino, la explicación de cuál era ese Pecado: el pecado contra el Espíritu, que ya hemos visto en el evangelio de Beetzbul y los Siete Demonios.

El diálogo comienza en el capítulo VIII, 12, después del Perdón de la Adúltera:

–Yo soy la luz del mundo.

–Eso lo dices tú, tu testimonio no vale.

–Yo y mi Padre; somos dos testigos: vale.

–¿Dónde está tu Padre?

–Ni a Él ni a mí conocéis ni conoceréis...

Esto lo dijo en la Cámara del Tesoro; y parece que hubo ya aquí una tentativa de “apresar”, que fue infructuosa. El diálogo siguió el día siguiente (probablemente; “*pálin*”, dice el texto griego, que significa interrupción) “predicando en el Templo... y por esta prédica fueron muchos en Él creyentes”.

–Yo me voy. Me buscaréis, no me hallaréis, y moriréis en vuestro pecado...

–¿Se querrá suicidar éste, que dice eso?

–Vosotros salís de abajo, yo vengo de arriba. Por eso moriréis en vuestro pecado, porque no queréis creer que Yo soy.

–¿Quién eres, vamos a ver?

–¿Para qué estamos hablando de balde? El que me envió es el Veraz, y yo hablo de lo que a Él oí. Cuando vosotros *levantéis* al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que Yo soy... Entonces seréis mis Hijos y conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres...

–Nosotros somos hijos de Abraham y jamás hemos sido esclavos...

(Cristo quiere hablar a sus “hijos” –a “los hechos en Él creyentes”; pero los adversarios interrumpen continuamente.)

–Todo el que hace el pecado, es esclavo del pecado. Vosotros sois muy hijos de Abraham; y a mí me queréis dar muerte. Yo hablo lo que mi Padre me ha dicho, y vosotros hacéis lo que quiere *vuestro padre*...

–Nuestro padre es Abraham.

–Entonces haced las obras de Abraham. Ahora buscáis darme muerte. Eso Abraham no lo hizo. Eso es obra de vuestro padre.

–Nosotros no somos adulterinos; un solo padre tenemos, que es Dios.

–Si Dios fuese vuestro padre, me amaríais a mí y me escucharíais. Pero el diablo es vuestro padre. Él fue asesino desde el principio. Es el gran Mentiroso y es vuestro padre. ¿:Quién de vosotros me probará un pecado? (De sobra conozco vuestras calumnias.)

–¿No ves cómo es verdad lo que decimos, que eres hereje, y que estás endemoniado?

–Yo no estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre y vosotros me deshonráis a mí. Yo no busco mi honra, otro me la da. *En verdad os digo* –dirigiéndose a sus discípulos– *que el que guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre... No temáis.*)

–Ahora sí que vemos que estás endemoniado. Abraham murió y los profetas murieron ¿y tú te atreves a decir eso? ¿Eres más grande que el padre Abraham? ¿Más grande que los profetas? ¿Quién pretendes ser entonces?

–Si yo me honrase a mí mismo, mi honra sería nula. Pero es mi Padre el que me honra; que vosotros decís es vuestro Dios, y no lo conocéis. Si yo dijera que no lo conozco, mentiría como vosotros; pero yo lo conozco y guardo su palabra. Nuestro padre Abraham ansió ver mi día; y lo vio y saltó de gozo.

–¡Por el Templo y el Altar! ¡No tienes todavía cincuenta años; y has visto a Abraham! (¡Piedras! ¡Piedras! ¡Traer piedras!).

–Verdaderamente os digo que antes que Abraham existiera, yo soy.

(¡Piedras! ¡Ha blasfemado! ¡Piedras! ¡Pronto!)

Pero Jesús, en la confusión que siguió, desapareció de la cátedra, y salió del Templo por una portezuela trasera...

No es irreverencia lo que acabo de hacer: he buscado el cauce del diálogo que cualquiera puede leer entero en el Evangelio. Indudablemente el Evangelista hizo lo mismo. Y el cauce del diálogo y su hilo es la afirmación final a la cual Cristo conducía, la tremenda afirmación de que

Él, un *rabbí* ambulante de Galilea, que estaba allí vestido de blanco, erguido, con las manos en el brocal –un hombre, en suma– era Dios. Por eso dice el blasfemo Bernard Shaw: “No debían haberlo tratado como impostor, debían haberlo tratado como lo que era: como un loco.”

Los racionalistas actuales han afirmado que Cristo nunca creyó de sí mismo que era Dios verdadero, sino un “Hijo de Dios”, como el Profeta David se había llamado metafóricamente, y como los Profetas habían llamado a Israel mismo, a todos los israelitas; como se llamaron a sí mismos con mentira los fariseos; y como nos llamamos, sin mentira, nosotros. Pero esa afirmación de la actual impiedad es mentira; exactamente la misma mentira que inspiró a los mentirosos del Templo el Padre de la Mentira. Y es un disparate además, como reconoce el mismo Bernard Shaw: “Cristo realmente creyó que era Dios”, dice el impío inglés.

Cristo escogió el contexto, la fórmula y las palabras más adecuadas para excluir el sentido metafórico y poner el sentido literal; y la reacción de buscar piedras para apedrearle como blasfemo, lo muestra de sobra. Se sabía dar a entender el Maestro. Él dijo:

“Yo y el Padre Celestial somos una misma cosa.”

Dijo:

“Antes que Abraham existiera, yo soy.”

“A mí David me llamó “mi señor”.”

“Lo que hace mi Padre, yo lo hago; lo que dice mi Padre, yo lo digo; mi Padre obra continuamente y yo con Él”

“Felipe, el que me ve a mí, ve a mi Padre.”

Es decir, Cristo se atribuyó en la forma más categórica la Eternidad, el poder de dar la Inmortalidad, la coactividad creativa con Dios; en suma, la identidad de naturaleza con el Padre de todas las cosas que está en los cielos. Y la Escuela de Tubinga y la Escuela de Marburgo y la Escuela de París, Paulas y Strauss y Renán, pueden decir lo que quieran y buscar todas las piedras que quieran para arrojar contra la Palabra de Dios; la cual no pasará; y ella es la Piedra sobre la cual lo que se edifique durará eternamente; y lo que no se edifique, no durará.

DOMINGO DE RAMOS
[Mt 26, 1-75; 27, 1-66] Mt 26, 14-27, 66

En el Domingo de Ramos se lee durante la misa –y la gente no sabe lo que pasa– la Pasión según San Mateo; y en el curso de la Semana Santa se leen las otras tres Pasiones; la de San Juan, se canta. La Iglesia quisiera que toda esta Semana se recordara de continuo y meditara la Pasión de Cristo. Pero para poder hacer eso, hay que ser fraile.

La Iglesia quisiera que se meditara la Pasión de Cristo toda la vida; que eso significan los Crucifijos; y los “Calvarios” que se yerguen sobre todas las montañas y lomas en los países católicogermanos de Europa; meditación a la que no puede agotar ninguna vida de hombre. La actual devoción al Corazón de Jesús significa lo mismo: es la pasión de Cristo contemplada en el interior, es decir, en sus afectos, que fueron infernados; y en su causa, que fue el Amor; el amor no correspondido. Es decir, los dolores del alma. San Juan es el “*scritta animae Christi*”, el notario del corazón de Jesús.

Haremos dos comentarios de la Pasión y Muerte de Cristo: uno sobre los dolores de su alma –sobre lo cual escribió un sermón inmortal E. Newman– y otro sobre la legalidad de la muerte de Cristo. Hoy día, después del historiador Gibbons, muchos escritores impíos sostienen que la muerte de Cristo “fue legal”.

Los dolores físicos de Cristo fueron extremos: una verdadera tempestad de horrores. Un día de intenso trabajo, el rito de la Pascua, el largo y emotivo Sermón-Testamento después del lavatorio de los pies: todos pedían una noche de sueño; siguió la larga subida al Olivar desde la otra punta de la ciudad, rodeando el Templo; la bajada al Cedrón y la subida a Getsemaní, la doble oración del Huerto en la cual sudó sangre; y el apresamiento lleno de brutalidades; que no otra cosa significan el machetazo de Pedro a Malco y la huida despavorida de los Apóstoles. Después siguió la parada ante el Sanedrín y la bofetada; y las inmundas vejaciones, ultrajes y golpes en la galería de la Curia Sinagoga. Al amanecer Cristo tenía que estar desmayado o muerto; y entonces comienza la real pasión: le quedaban todavía doce horas de torturas sobrehumanas, a saber, los paseos horribles por toda la ciudad, los azotes a la columna –que ellos solos producían la muerte en muchos casos–, la coronación de espinas, el acarreo de la cruz, el enclavamiento, y las tres horas de espantosa agonía. Hasta la última gota de sangre. Despacio, diabólicamente graduado.

Los dolores de un hombre son una función de su sensibilidad; los dolores físicos al fin y al cabo desembocan en la conciencia, la cual les da su tercera dimensión: por eso un dolor físico cualquiera es infinitamente mayor en un hombre que en un animal. Y por eso la pasión física de Cristo, aunque la suma de las torturas no hubiese sido casi infinita, hubiese sido a causa de su exquisita sensibilidad casi infinita; porque Cristo representa con respecto a nosotros algo como nosotros con respecto a un animal. Cristo tenía una *cuarta* dimensión.

Hay hombres que han sufrido horrores en su vida estando casi incólumes exteriormente: a causa de su sensibilidad. El filósofo Kirkegor, por ejemplo; yo no he vacilado en estampar hace poco a su propósito la frase sagrada: “enclavaron sus manos y sus pies y contaron todos sus huesos”. Y sin embargo Kirkegor físicamente no sufrió mucho: tenía una pequeña renta para vivir, no tuvo enfermedades agudas, su *wouldbe* suegro lo amenazó una vez con un puñetazo pero no se lo dio, su gigantesco trabajo de escritor –que en 8 ó 10 años produjo una obra que en la actual edición alemana tiene 52 tomos– estaba compensado por el gozo de la creación de obras geniales... Pero Kirkegor era un melancólico, tenía los nervios de un gran artista; y lastimados encima. La lectura de su *Diario* lo pone poco a poco a uno delante de los dolores de Job; y uno se queda pasmado delante de un verdadero abismo de paciencia. Fue ciertamente un *crucificado*.

La pasión del Cristo se abre y se cierra con dos frases de dimensión infinita, que indican los dolores del *alma* de Jesús, que sólo él podía conocer. Al comenzar dijo: “Mi alma está triste hasta la muerte”; y al terminar dijo: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?”. Estas palabras responden al grito que puso en sus labios el profeta: “Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor comparable a mi dolor.”

Estas palabras designan un dolor abismal, casi infinito: la Muerte y el Infierno, que son los dos males supremos hijos del Pecado. Porque el sentirse real y verdaderamente *abandonado* por Dios, eso es el Infierno. Y Cristo no exageraba ni mentía.

La primera sangre que derramó Cristo no se la arrancaron los azotes: se la arrancó la tristeza. “Empezó entristecerse y a atediarse y aterrorizarse”, anota el Evangelista. Vieron visiblemente los Apóstoles en el gesto de Cristo esos tres monstruos (Tristeza, Tedio y Terror) que cayeron sobre El al ingresar en el Oliveto; y la respuesta del Maestro a su muda o hablada interrogación fue descubrirles su alma “triste hasta la muerte”. La aprensión imaginativa de un gran peligro o un gran dolor –y más de un dolor irremediable– suele atormentar a veces más ano que el mismo hecho: a muchos los ha llevado a la desesperación y al suicidio. Ésa es la condición del hombre; pero esa condición, que nos ha sido dada para que luchemos y evitemos la catástrofe, a Cristo le fue dada para mayor tormento. “Y era su sudor como sudor de sangre que corría hasta la tierra”, empapadas las vestiduras por lo tanto. Púrpura real. “Quién es éste que viene desde Esrom, enrojecidas sus vestiduras como vestiduras de rey?”.

La tristeza de Cristo tenía tres raíces:

1) El Universal Pecado que había asumido como Cordero Sacrificial pesando asquerosamente sobre su conciencia santísima; 2) la previsión de todos los horrores próximos con la violenta y *frustrada voluntad de rehuirlos y evitarlos; 3) la visión clarísima de la ingratitud de la humanidad. “*Quae utilitas in sanguine meo?*” (“¿Para qué ha servido mi sangre?”). ¡Judas!

De nosotros depende que haya servido o no. Podemos consolar el corazón de Dios.

“Comenzó a entristecerse”... Esa tristeza fue aumentando hasta el final, hasta llegar al grito de los condenados. Los Apóstoles no vieron más que la entrada al abismo. Más allá ningún hombre puede seguir al Hombre-Dios.

Es cuestión de recordar la frase ingenua y temeraria del paisano: “Si esto que dicen los curas es verdad, y todo eso fue por mí, yo tengo que hacer alguna cosa muy brava por vos.”

DOMINGO DE PASIÓN (II)

El segundo comentario al *Passio* de San Mateo que habíamos prometido versa sobre la legalidad de la muerte de Cristo.

Hace tiempo leímos en un diario yanqui una noticia curiosa: que los israelitas de Nueva York querían hacer una *revisión jurídica* del proceso a Cristo; es decir, reunir otra vez el Sinedrio, rever testimonios y pruebas, y dictar sentencia definitiva. No sé si se hizo. Lo curioso sería que lo hubiesen hecho y hubiesen condenado de nuevo a muerte al Nazareno ése, que tanto ha dado que hacer. La verdad es que en todo rigor debían hacer eso; porque si llegaran a absolverlo, tenían que volverse todos cristianos; o mejor dicho, *ya lo serían*.⁵⁹

Pero si lo han hecho, lo probable es que la sentencia no ha sido ni *guilty*, ni *non guilty*;

⁵⁹Esta noticia ha dado origen a una obra dramática: *El Proceso de Jesús*, que se está viendo mucho ahora, ano 1957, en Buenos Aires.

sino una sentencia de *notproven* o *out of legality*: nulo por irregularidad de forma jurídica. El proceso de Cristo ha sido altamente ilegal.

El P. Luis de la Palma S.J. en su clásica obra *Historia de la Pasión* ha reseñado en una página maestra las ilegalidades de ese rabioso proceso, que fue una monstruosidad jurídica. El Sinedrio o Tribunal Supremo se reunió en el tiempo pascual, cosa que les estaba vedada; se produjeron testigos falsos y contradictorios; no hubo testigos de descargo; no se dio al reo un defensor; al responder a una pregunta del juez, el acusado fue abofeteado; se tomó una *respuesta* del reo como *prueba* y el juez se convirtió en fiscal; la respuesta del Sinedrio no se dio por votación; se celebraron dos sesiones en el mismo día, sin la interrupción legal mandada entre la audición y la sentencia; el sentenciado fue diferido a la autoridad romana, que ellos no reconocían como legítima y que –como les advirtió el mismo Pilatos– no entendía jurisdiccionalmente de delitos religiosos; la acusación promovida en el Pretorio (“Éste se ha hecho Dios y por eso debe morir”) no era delito en ese Tribunal; el reo fue tundido a azotes, que era el comienzo de la crucifixión, antes de la sentencia prolata; el delito de conspiración contra el César, que promovieron después, no era pasible de crucifixión, ni siquiera de muerte, como lo era la sedición a mano armada y la traición al ejército imperial, cosas que manifiestamente no hizo Cristo; y finalmente dejando otras dos irregularidades menores, el pazguato de Pilato no profirió la sentencia oficial: *Ibis ad cruce*”, sino que dijo malhumorado: “Agárrenlo ustedes y hagan lo que quieran”, cosa que un juez no puede hacer, porque es abdicar su oficio; después de haber hecho la fantochada de lavarse las manos con lo que creyó quedar bien con Dios, con los judíos y con su mujer; y después de haber proclamado públicamente la inocencia del acusado: “*Non invenio in eo culpam*” (“No encuentro culpa en él”), lo mandó al patíbulo.

No sé si olvido alguna porque cito de memoria; pero con la mitad de estas irregularidades el proceso es archinulo; y el juez tenía el deber estrictísimo de absolver al acusado; hacer administrar *cuarenta menos uno* a Caifás por los malos tratamientos que había permitido infligirle; y hacer barrer a golpe de lictor a la turba con Barrabás y todo, que al pie de la escala de mármol –no querían pisar el pretorio para no mancharse y poder comer la Pascua, los angelitos– bramaban como leones y toros (“Toros bravos me han cercado, líbrame de la boca del león”, dijo el Profeta), y atropellaban el decoro del Procónsul con amenazas absurdas. Lo único que hay que anotarle al pollerudo de Pilato es que no recibió ninguna coima –no se acordó– cosa que no se puede decir de todos los jueces cristianos.

Pero donde se equivoca La Palma es en enrostrar a los fariseos todas estas fallas del “procedimiento”; en este caso no tienen importancia maldita⁶⁰. Si Cristo no era lo que Él decía, había que darle muerte por encima de todo procedimiento; y eso en virtud del sentimiento religioso. Era un blasfemo; y por cierto, el blasfemo más extraordinario que ha existido. Por eso, ellos no tuvieron reparos en des-responsablar a Pilato: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” Esto era un juramento tremendo, que los latinos llamaban *exsecración*. En eso se sentían seguros: “Creían [perversamente] hacer un obsequio a Dios.” Si el Nazareno no era Dios; ni el pastor Eróstrato que incendió el templo de Diana de Efeso, ni Calígula que violó una Vestal, ni Enrique II que hizo matar a Santo Tomás Beckett en su catedral y durante su misa, han hecho una blasfemia y un sacrilegio comparable: “Reo es de muerte; nosotros sabemos que es reo de muerte; poco importa lo que le digamos a este romanacho incircunciso”... Si la acusa de conspiración contra el César y la subsiguiente amenaza no hubiesen surtido el apetecido efecto poco les hubiera importado acusar a Cristo de haber pagado tres asesinos para matar a Pilato, su mujer y su hijo⁶¹.

Porque la cuestión en causa no era la sedición contra el César –que ellos deseaban con

⁶⁰Esta sentencia es de Saneio Tomás de Aquino.

⁶¹Pilato no tuvo hijos en vida; aunque después de muerto ha tenido muchos hijos adoptivos.

toda el alma, los hipócritas— ni si Cristo había dicho que iba a destruir el Templo y reedificarlo en tres días —que ellos sabían no había dicho— ni nada por el estilo. La cuestión real era: ¿Cristo *es* lo que él dijo o *no*? Ésta es la cuestión más tremenda que se ha puesto en la historia de la humanidad: cuestión de vida o muerte.

Todavía se pone y se pone continuamente; y la prueba son los honestos judíos de Nueva York. El proceso de Cristo se reproduce continuamente en el alma de cada hombre: Cristo es acusado, da testimonio de sí, deponen contra él falsos testigos, malos sacerdotes lo juzgan y condenan, Judas lo besa, inmundos herederos se burlan de él, y muchos pilatillos lo crucificamos. Es la cuestión de un simplicísimo *si* o *no* que se produce en lo más profundo del alma: “*Si, es Dios. No, no es mi Dios*”. Si no es mi Dios, es reo de muerte... ¡Que desaparezca, que sea crucificado, que sea sepultado y sellado su cadáver y que no sepa más de él ni de su memoria!... Tremendo pensamiento.

Los cristianos creemos que la dispersión secular del pueblo judío —que ahora se está por terminar— es la respuesta a aquella exsecreción de los fariseos: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. ¿Por qué “*sobre nuestros hijos*”? ¿*No* es injusto eso? Aquí hay un misterio. En realidad, todo Judío que por su culpa no se vuelve cristiano, da su aquiescencia a la condenación de Cristo; porque ellos tienen en sus manos las Escrituras con todas las profecías (la pieza maestra del proceso, el testigo que no se llamó) y nadie tan bien como ellos puede entender de esta causa. Decir esto parece duro y tremendo; y en realidad lo es. Pero la cuestión es ésta: o fue Dios o no fue Dios, y no hay evasiva ni respuesta intermedia posible. O blasfemo, o mi Creador y Señor.

Dejemos en paz a los judíos si no es para rogar por ellos, como ruega la Iglesia el Viernes Santo: demasiado han sufrido. Lo malo es la segunda crucifixión de Cristo (“*Rursum crucifigentes Filium Dei*”) que hacemos los cristianos. En mi propia vida tengo bastante que considerar; pero eso no es para contarlo aquí. Pero en la vida pública de las naciones llamadas cristianas, desde la Reforma acá, un largo e infausto Vía Crucis ejecuta al Cuerpo Místico de Cristo. Los caifás, los judos, los pedros, los herederos, los pilotos se multiplican; y todos los gestos de aquella nefasta hazaña se reproducen simbólicamente: se lo niega, se lo calumnia, se lo imprecas, se lo azota y se lo crucifica. Y se lo sepulta.

Las naciones parecen en camino de crucificar nuevamente a Cristo, y de gritar al cielo: “que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”.

*Hasta el cielo en dolor anegado
llega el grito de un ruego execrable,
cubre el ángel su rostro espantado,
dice Dios: “Yo lo voy a cumplir”.
Y esa sangre, que el padre imprecaba,
a la prole infeliz ano enlima
que hace siglos la lleva y de encima
no la pudo hasta hoy sacudir...
“Padre nuestro, pues tanto le cuesta
por Él cese tu ardor vengativo
de los ciegos la insana respuesta
vuelve en bien, oh piadoso Señor”.
Si, esa sangre sobre ellos descienda
pero en lluvia que limpie sus lodos.
Todos hemos errado, y de todos
esa sangre redima el error⁶² También se ha visto muchísimo aquí *E/ Proceso**

⁶²En la Argentina se ha visto mucho una película “holliwoodense” llamada *El Manto*

a Jesús, de Diego Fabbri, pieza teatral que como obra de arte es muy deficiente y como sermón en pro de Jesucristo –intención del autor– nos parece ineficaz..

DOMINGO DE PASCUA [Mc 16, 1-7] Jn 20, 1-9

En el Domingo de Resurrección la Iglesia lee sencillamente siete versículos del último capítulo de Marcos que narra la ida de las Santas Mujeres con sus bálsamos ya inútiles al Santo Sepulcro, que encontraron vacío; y la aparición de un jovencito (de un “ángel”, dice Mateo; de “dos hombres en vestes lúcidas”, dice Lucas) que les anuncian la Resurrección y les dan orden de avisar a Pedro y los Discípulos; cosa que ellas no hicieron de miedo. Cuando les pasó el miedo, por la aparición de Cristo mismo, avisaron y no las creyeron. Las mujeres eran: María Magdalena, Juana, la *otra María* madre de Santiago el Menor, Salomé, madre de Juan “y otras”.

Quienes primero vieron a Cristo fueron mujeres, en este orden primero, su Santísima Madre; después, la Magdalena; después, el resto del grupito que llama el Evangelio “*syneleelythiyai ek ies Galilaias*” (“las que lo escoltaban desde Galilea”), una especie de rama femenina de la Acción Católica de aquellos tiempos. Y nadie las creyó: “según dicen las mujeres”, le dijeron los dos discípulos de Emmaús al Misterioso Peregrino, y en ese momento él se les enojó, y les dijo: “¡Oh cabezaduras!”. Pero, lo mismo, en la Iglesia primitiva se siguió invocando el testimonio de los varones, como lo hace San Pablo en su Primera Carta a los Corintios (XV 4): “Resurgió al tercer día según la Escritura, y fue visto por Pedro y luego por los Doce; después fue visto por más de 500 hermanos juntos [el día de la Ascensión] de los cuales están vivos los más hoy día y algunos murieron ya; después fue visto por Jácome y por todos los Apóstoles; y el ultimo de todos, como un abortivo, fue visto también por mí”. Eran un poco cabezas duras estos israelitas; y más dispuestos a negar todo que a ver visiones.

Si yo dijera aquí la Resurrección de Cristo es el suceso más grande de la Historia del mundo, repetiría un lugar común; pero no rigurosamente exacto, si se quiere.

La Resurrección no es un suceso de la Historia, porque está por arriba de la Historia de los hombres; lo cual no quiere decir que los testimonios que tenemos de ella no sean rigurosamente históricos; pero quiere decir que es un suceso *trascendente*, como la Encarnación misma y todos los Misterios. Son objeto de la Fe. Los sucesos históricos, rigurosamente demostrables y que no se pueden racionalmente ni negar ni tergiversar, nos ponen delante de una afirmación enorme y nos invitan a hacerla; y somos nosotros quienes la tenemos que hacer. Hay un paso que dar; o un *salto*, mejor dicho: un salto obligatorio por un lado; y por otro, libre. Si a mí me hacen la demostración del binomio de Newton o el teorema de Pitágoras, yo no soy libre de aceptarlos o negarlos; me veo intelectualmente forzado a admitirlos. Si me hacen la demostración de la Resurrección de Cristo, aunque en su plano sea tan racionalmente completa como las otras, yo soy libre de *creer o no creer*. Por eso la fe es

Sagrario, en la cual el proceso de Cristo y sus promotores está escamoteado; y la idea que saca el vulgo es que a Cristo lo mataron los romanos; es decir, ¡los fascistas!; y que Cristo murió por la “democracia”. Han aplicado a la ecología la técnica de los dibujos animados: el maneo (no la *túnica*, que es lo que los soldados echaron a suertes) obra brujerías; pero no se sabe si Cristo es Dios, o qué. La “cinca” está inspirada por ese *neomahometismo culto* que parece ser la ecología de una gran parte del pueblo yanqui; conforme a lo que predijo hace más de un siglo y medio el conde Joseph de Maistre: “El proeeseaneismo vuelco sociniano [negada la divinidad de Cristo] no se diferencia ya esencialmente del mahometismo.

meritoria: porque su objeto no es natural sino sobrenatural.

En una *Historia Universal*, la más popular que existe en el mundo, y que fue propuesta por el autor nada menos que para libro de texto de todas las escuelas de Inglaterra, se da cuenta de la Resurrección de Cristo con estas palabras:

La mente de los discípulos se hundió *por una temporada* en la oscuridad. *De repente surgió* un susurro entre ellos y *varias historias, historias mas bien discrepantes*, que el cuerpo de Jesús no estaba en la tumba en que fue colocado, y *primero éste y después estotro lo habían visto vivo*. Pronto ellos *se hallaron consolándose* con la *convicción* de que se había levantado de entre los muertos, que se había mostrado a muchos y ascendido visiblemente a los cielos. *Testigos fueron hallados para declarar* que positivamente lo habían visto subir el cielo, El se había ido, a través del azul, a Dios...⁶³

Ésta es la versión que da del suceso básico de la fe cristiana la impiedad contemporánea. Mientras se mantiene en esa maliciosa vaguedad, el absurdo no salta a los ojos; pero cuando quieren determinar la *historia* de la explosión de la mañana de Pascua, entonces cuentan ellos como nuevos evangelistas “*varias historias, historias más bien discrepantes*”: unos dicen que Cristo en realidad fue enterrado vivo; y en consecuencia se despertó en su sepulcro, se liberó de mortajas y vendas, rodó la gran piedra de la entrada y huyó, desnudo y con una lanzada en el corazón; otros dicen que el cadáver se pudrió en su sepulcro y todo lo que vieron Apóstoles y discípulos, incluso en las orillas del lago de Galilea, fueron “*alucinaciones visuales y auditivas...*” –táctiles también, en el caso de Santo Tomás el Desconfiado–; otros, finalmente, que los Apóstoles robaron el cuerpo y lo escondieron, “que es lo que dicen hasta hoy los judíos”, advierte San Mateo.

Von Paulas, Reimarus, Meyer, Schmiedel, Kirsopp Lake, Renan... La escuela de París, la escuela de Tubinga, la escuela de Marburgo...

Hay que explicar de algún modo “racional” esa historia extraordinaria. Entonces toman los cuatro Evangelios, y con un lápiz colorado van borrando todos los versículos o perícopas que ellos quieren; y con lo que les queda, escriben pomposamente una *Verdadera Historia de Cristo*. Pero salta a los ojos que de unos documentos tan extraordinariamente mentirosos como serían los Evangelios en ese caso, no se puede uno fiar en nada, y que la única consecuencia lógica sería negar incluso la misma existencia de Cristo; que es adonde han llegado algunos, llamados “evhemeristas”, como Baur, por ejemplo.

Pero negar la existencia de Cristo es mucho más difícil que negar la existencia de Julio César, de Napoleón Bonaparte o de Sarmiento. Ese *salto* de la fe es difícil de dar, algunos prefieren empantanarse en el absurdo.

“Increíble es que Cristo haya resucitado de entre los muertos; increíble es que el mundo entero haya creído ese Increíble; más increíble de todo es que unos pocos hombres, rudos, débiles, iletrados, hayan persuadido al mundo entero, incluso a los sabios y filósofos, ese Increíble. El primer Increíble no lo quieren creer; el segundo no tienen más remedio que verlo; de donde no queda más remedio que admitir el tercero”, argüía San Agustín en el siglo IV. La existencia de la Iglesia, sin la Resurrección de Cristo, es otro absurdo más grande.

Leyendo los disparates de los seudosabios incrédulos, recuerda uno el final de la oda de Paul Claudel a San Mateo, en la cual el poeta lo pinta escribiendo pacientemente, con el mismo instrumento de su oficio que le sirvió para hacer números y cuentas, su testimonio seco y descarnado:

Ya veces nuestro sentido humano se asombra, ¡ah! es duro, y queríamos otra cosa.

¡Tanto peor! el relato derecho continúa y no hay corrección ni glosa.

⁶³La cursiva es mía.

*He aquí a Jesús más allá del Jordán, he aquí el Cordero de Dios, el Cristo.
El que no cambiará; he aquí el Verbo que yo he visto.
Sólo lo necesario es dicho, y por todo una palabrita irrefragable
tranca a punto fijo la rendija de la herejía y de la fábula, manda un camino
rectilíneo entre los dos,
de los que niegan que fue un hombre, de los que niegan que fue Dios,
para la edificación de los Simples y la perdición de los Complicados,
para la rabia, agradable al cielo, de los sabihondos y los curas renegados.*

DOMINGO IN-ALBIS
[Jn 20, 19-31] Jn 20, 19- 23

“*Makáριοι οἱ μέε ἰδόντες καὶ πιστεύσαντες*”. (“Porque me viste, Tomás, creíste: dichosos los que no vieron y creyeron”), o mas exactamente, “los no videntes y creyentes”; lo cual abarca el tiempo presente y el futuro⁶⁴.

Esta es una sentencia muy importante porque contiene la definición misma de la fe; y su promulgación y su recompensa.

Algunos dicen: “¡Qué dichosos hubiésemos sido de haber vivido en los tiempos de Cristo y haberlo visto con nuestros ojos!”. Cristo dijo lo contrario. Esta es la exclamación ingenua del bárbaro Clodoveo, primer Rey de Francia: “¡Ah! ¡Si hubiese estado yo allí con mis francos!” Pero si hubiese estado, posiblemente hubiese ayudado a crucificarlo. De hecho, es muy posible que hubiese algún franco allí entre los sayones del Calvario: desde Augusto, los franceses andaban enganchándose en el Ejército Romano; y buenos soldados salieron, por cierto. El mejor regimiento romano, la Legión Décima, con el cual julio César conquistó la Inglaterra, estaba entonces, 86 años después, de guarnición en Jerusalén: y estaba llena de galos.

Para salvarse es necesario volverse *contemporáneo de Cristo*; eso es la Fe; es decir, que Cristo debe volverse para nosotros una realidad contemporánea y no una imagen histórica: no hay que creer en participio pasado sino en participio activo indefinido: en eternidad. Muchísimos de los coetáneos no fueron coetáneos espirituales de Cristo: estaba allí delante pero no lo vieron, lo vieron mal, vieron “la figura del siervo”, al hombre, al sedicioso; no fueron *contemporáneos*: en vez de mirar lo que estaba ah, miraron atrás, miraron a David y a Salomón, a los Macabeos, a la figura histórica que ellos *se hablan hecho* del Mesías. Saber historia es peligroso: quiero decir, saber poca historia.

Somos más dichosos nosotros, no porque “nuestra fe es más meritoria”, como dicen los libros de devoción, sino porque en cierto sentido es más fácil y más perfecta. “Os conviene a vosotros que yo me vaya; por eso me voy”, dijo Cristo a los Apóstoles antes de la Ascensión. En *su Profesión de fe del Vicario Saboyano*, Rousseau prácticamente exige a Cristo que venga Él en persona a instruirlo si quiere que crea en Él; y probablemente saldría disparando como los Guardias del Sepulcro; y después contaría el caso, así como los mismos Guardias, todo al revés.

El evangelio de la Domínica *In-Albis* (Juan XX, 19-31) cuenta la doble aparición de Cristo a los Once en el Cenáculo; la primera sin Tomás Dídymo, después que la Magdalena anunció su encuentro de la mañana; la segunda, con Tomás presente el otro domingo... La Santísima Virgen no habló hasta que fue solemnemente interrogada por Pedro; y entonces respondió sencillamente “Sí”, arrebolándose toda.

Era el domingo (el primer día de la Semana judía) por la tarde, “estando fuertemente

⁶⁴Nuestra lengua no tiene el participio activo indefinido de los griegos.

trancados por miedo a los Judíos”. Los protestantes adventistas dicen que los Papas cambiaron la Ley de Dios, porque sustituyeron el domingo como día de fiesta al sábado judío; por lo cual el Papado es el Anticristo. Ignoran que esa mutación remonta a los Apóstoles, o por mejor decir al mismo Cristo; el cual resucitó en domingo; y dio en aparecer resucitado los domingos a las Santas Mujeres, a la Magdalena, a Pedro, a los Discípulos de Emmaús y a los Once dos veces; y probablemente también a los siete Discípulos pescadoras del Mar de Tiberíades, pues es seguro que no estaban pescando en día sábado. Y si Cristo no puede cambiar una fiesta, entonces Perón puede más que Cristo. La Resurrección de Cristo –que es recordada el domingo– es un acontecimiento más importante que la Creación del Mundo, que es recordada por el sábado judío.

En la primera aparición, el mismo Domingo de Pascua, Cristo instituyó solemnemente el Sacramento de la Confesión. “¡Paz a vosotros!” y parándose en medio de ellos les mostró las manos y el costado herido y glorificado. “Paz a vosotros” dijo otra vez: “Como el Padre me envió, así yo os envío.” Sopló sobre ellos, como lo había hecho en el rostro del sordomudo. “Recibid el Espíritu Santo: a los que perdonareis los pecados les serán perdonados; y a los que retuviereis retenidas son”.

Los protestantes, que dicen la Confesión es invento de los curas, tienen que borrar este texto. Sí, pero ¿los confesionarios los inventó Cristo? Los confesionarios los inventó San José o algún Papa que haya sido carpintero, Sixto V pongamos. Pero los confesionarios no son la confesión. Los confesionarios los inventaron las mujeres. Absolutamente ningún cura es capaz de inventar el confesionario. Es que los protestantes no saben *lo que es* un confesionario: es un trabajo duro y una carga tremenda para el cura.

En la segunda Aparición estaba Tomás el Dídymo; ¿y en la primera, dónde andaba? No se sabe, pero probablemente andaba haciéndose el indio por Jerusalén; el cual se había negado rotundamente creer a los otros Diez, y quizás, a Nuestra Señora –esperemos que no–; y había puesto para creer una condición parecida a la del Vicario Saboyano. Cristo se plegó amablemente a la condición, y el discípulo porfiado cayó a sus pies exclamando: “¡Mi Señor y mi Dios!”. En lo cual creyó también sin ver –porque de no, no hubiese realmente creído– porque creyó en el Señor al cual veía y en el Dios que no veía. “Entra tu dedo aquí y mira mis manos y trae tu mano y ponla en mi costado; y no quieras ser “*apistós*” sino “*pistós*””. no increíble sino creedor.

Santo Tomás, llamado por sobrenombre Dídymo –que quiere decir *medio indio*– no era de ésos que creen a los diarios. Era un tipo medio indio, y la prueba está que después se fue a evangelizar las Indias; y algunos pretenden que llegó a América; de hecho los compañeros de Cortés encontraron entre los aztecas la extraña leyenda del Hombre Blanco enviado por Quezalcoatl, que les predijo para un tiempo muy lejano la llegada de los otros, blancos, que serían más indios que él⁶⁵.

Pero si Santo Tomás no hubiese sido medio indio y hubiese creído enseguida a sus compañeros, Rousseau o Renán hubiesen dicho: “¿Ha visto cómo pasaron las cosas? Surgió un susurro entre las mujeres –ya sabemos cómo son las mujeres– de que había resucitado; y unos a otros lo iban propalando, a la manera de los rumores políticos; y enseguida lo creían, porque lo deseaban; y así se formó la leyenda de la Resurrección...”.

Tomás dudó para que nosotros creyéramos.

“*Makáριοι οἱ μέε ἰδαντες καὶ πιστεύσαντες.*”

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

[Jn 10, 11-16] Jn 10, 11-18

⁶⁵Ver *Catholic Encyclopedia*, v. X; y *Cristus*, de Huby, capítulo IV.

“Yo soy el Buen Pastor” (Jn X).

Esta afirmación de Cristo y la Parábola del Pastor y el Mercenario que la continúa en los oídos de los que la escucharon equivale neta y simplemente a esta otra afirmación capital: “Yo soy el Mesías, aquel que los Profetas prenunciaron.”

De hecho, Cristo terminó este sermón proclamándose no solamente Mesías sino también Hijo de Dios, y Dios como el Padre: “Yo y el Padre somos uno”; en donde algunos de los fariseos lo llamaron “endemoniado y quisieron darle muerte. Esto ocurrió en el último año de su vida pública, antes de lo que se llama las “Últimas excursiones” y del viaje a la Perea.

Pastor es el principal de los nombres que los profetas dieron del Cristo, del Ungido de Dios. Aun cuando lo llaman Rey, que es el nombre más frecuente –*Mesías* en hebreo significa “Ungido”, así como *Christós* en griego–, aluden de hecho a su condición de Pastor, puesto que los antiguos llamaban a los *reyes pastores de pueblos*, como vemos en Homero. Los Apóstoles Pablo y Pedro llaman a Cristo en sus epístolas el “*Gran Pastor*” y el “*Protopastor*” o “*Príncipe de los Pastores*, como traduce la Vulgata latina.

Sabemos que Cristo tiene muchos nombres: Fray Luis de León escribió un libro sobre ellos, el libro religioso mejor escrito que hay en castellano; por ejemplos: Pimpollo o Retoño, Rostro de Dios, Camino, Monte, Rey de por Dios, Pujanza de Dios, Hijo, Verbo, Salvador, Jesús (*Jeshoah*), Cordero de Dios, Esposo, Amado, Padre del Siglo Venidero, Príncipe de la Paz, Profeta Sumo... y Camino, Verdad y Vida, Viña, Hijo del Hombre se llamó El a sí mismo. Pero ese nombre de Pastor es el que se impuso solemnemente al final de su predicación y lo explicó largamente; para lo cual no tuvo más que entretener los dichos de Isaías y Ezequiel, y de un profeta menor, Zacarías. Esto es lo que hacían los buenos recitadores de *estilo oral* y éste era su procedimiento literario. No salían con una cosa rara enteramente sacada de su cabeza, como los poetas de hoy: se apoyaban en la *tradición literaria* –en este caso no literaria– usando por lo común las *mismas frases hechas* (o sea, los hallazgos verbales ya acuñados, como cuando nosotros hablamos con refranes) de los maestros precedentes: y dándoles el *toque personal*; que a veces podía ser genial, como en Cristo. Y el toque personal en este recitado, además de la composición nueva, fue la nota que ningún profeta antiguo se atrevió a poner: “El Buen Pastor muere por sus ovejas”, que Cristo añadió inmediatamente.

Por no hacer caso de la tradición literaria –por pura ignorancia o pereza a veces– son tan raros, efímeros, infructuosos e intrascendentes los poetas de hoy día. No así los grandes poetas antiguos.

Todos los nombres proféticos que Cristo se aplicó explícitamente son dulces, mansos y amorosos; parecería que, aunque no los niega, no le gustan los nombres pujantes y terribles, que también son verdaderos, como los de Pujanza de Dios, Hombre-Montaña, León de Judá, o el Rey de Reyes y Señor de los Ejércitos del Apokalypsis y del profeta Daniel armado de espada bífida y montado en un caballo blanco overo de sangre enemiga hasta el ijlar. Hizo parábolas acerca de ese Rey: una especie de temible sultán, que bruscamente aplica castigos tremendos por una desobediencia en apariencia fútil, como la de venir a su Convite sin vestido de bodas; o el castigo de destruir a sangre y fuego ciudades enteras que no aceptan su dominación. Pero nunca añadió: “Yo soy ese Rey.” Parecería que un divino pudor se lo vedaba.

“Yo soy el Buen Pastor... El Buen Pastor da su vida por sus ovejas.”

Mucho pudiéramos extendernos acerca de la dulzura de esta palabra, y las cualidades del Pastor Hermoso –porque la palabra exacta que usó Cristo fue *kalós*, que significa hermoso, y no *agathós*, que significa solamente bondadoso–; pero eso ya lo hizo Fray Luis.

Mas lo que hemos de advertir aquí, brevemente, dada la carencia de espacio, es que

Cristo añadió inmediatamente que había “malos pastores” –y un Pastor Malo por antonomasia– a los cuales llamó “mercenarios”. Eso está en el Evangelio. Yo no tengo autoridad para suprimirlo. Si predicamos el Evangelio, o predicamos todo o no predicamos nada.

Las notas de los Malos Pastores que dio Cristo son éstas: 1) No son de ellos las ovejas; 2) no las conocen una a una por su nombre; 3) ellas no los siguen y se apartan de ellos; 4) no les importa mucho de las ovejas; 5) si ven venir al lobo, disparan; 6) lo que quieren es medrar o lucrar con las ovejas y aun a costa de ellas; 7) no hay el menor peligro que vayan a morir por sus ovejas. Y en otro lugar dijo que en el fondo son ladrones, que no entran en el redil por la puerta sino saltando la ventana, y que son como lobos disfrazados de ovejas –o de carneros–; aludiendo a la costumbre de los pastores palestinos de ponerse una chaqueta de piel de oveja (zamarra) para hacerse seguir por el olor. El se puso la zamarra de nuestra carne para que lo siguiéramos; pero en Él no era disfraz, era realidad. El Mundo, que es el Mal Pastor por antonomasia, cuando usa palabras cristianas, fórmulas religiosas o chacharas altisonantes, es el gran loto con piel de oveja.

El primer sermón que hice a los 23 años en Villa Devoto fue sobre este evangelio. Hice un sermón romántico, retórico y sentimental, que ahora lo leo y me da vergüenza; pero la idea fundamental era buena comparé el Buen Pastor a los pastores del Viejo Mundo y el Mal Pastor a los pastores de la Patagonia. En Europa he visto a los pastores de Italia y de Cataluña con su cayado, su silbato y su perro, que conocen a su rebaño pequeño, cabeza por cabeza; y llevan sobre sus hombros al cordero recién nacido o a la oveja quebrada. A ellos les cabe la pintura del pastor que hacen los profetas hebreos:

Sube a un alto monte - anuncia a Sión la Buena Nueva.

Alza tú la voz bien alto - que llevas a Salen la Buena Nueva.

Decid a las ciudades de Judá Viene Dios.

Su Brazo⁶⁶ dominará.

Ved que viene Dios con sus tesoros - y por delante va mandando su Fruto.

Él pacerá su grey como Pastor - Él lo reunirá con su Brazo.

Él llevará en su seno a los corderos - y cuidará de las recién paridas”.

(Is XL, 9-11).

Pero los profetas no sabían un gran misterio: que ese pastor moriría por sus ovejas; y que siendo Pastor sería también su Pasto.

En cambio los pastores de la Patagonia llevan manadas de cien a mil ovejas a caballo con un látigo, no las conocen sino como un montón, no van a estar esperando un parto, y si se manca un corderito les conviene más acabarlo de un garrotazo que alzarlo en ancas. A ellos se les parece más el retrato del Mal Pastor que hace Ezequiel en XXXIV, 1:

Recibí la palabra de Jahué diciendo: “Hijo del Hombre, profetiza contra los pastores de Israel.” Así habla el Señor Jahué [Dios]: “¡Ay de los pastores que se apacientan a sí mismos! ¿Los pastores no son para apacentar ovejas? Pero vosotros coméis la grosura, esquiláis la lana, matáis a las mejores, no apacentáis realmente. No confortasteis a las flacas, no curasteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no buscasteis a las extraviadas, no cuidasteis a las paridas; sino que con violencia las dominasteis. Y así andan desorientadas, mis ovejas por falta de pastor, errantes por montes y por cañadas, desperdigadas por la haz del mundo...”.

Por tanto, oíd, pastores, la palabra de Jahué: “Estoy contra los pastores, para reclamarles mis ovejas. No les dejaré ovejas a apacentar, a esos que se apacientan a sí mismos. Les arrancaré hasta de la boca las ovejas, que no sean más pasto suyo.” Porque esto dice el Señor Jahué mismo: “Yo mismo las iré a buscar, yo reuniré mis ovejas.”

⁶⁶ “Brazo de Dios “ o “Pujanza de Dios “ es otro nombre de Cristo; lo mismo que el “Monte Alto” en Isaías o Daniel es la Iglesia.

¿Y cuándo será esa reunión, y “no habrá más que un solo redil y un solo pastor?”. ¿Se ha verificado ya? Sólo potencialmente o virtualmente hasta ahora. Nosotros creemos que el cumplimiento perfecto de esta profecía de Cristo será “después que haya sido predicado el Evangelio en todo el mundo”, y “después que haya sido vencido el Pésimo Pastor, el Hijo de la Perdición”; es decir, el Anticristo, que como castigo de las negligencias y faltas de los pastores de su Iglesia permitirá Dios aparezca y domine el mundo entero por un poco de tiempo; ante el cual estarán los pueblos –como dice el *Zend-Avesta*, el libro sagrado de los Persas– aterrados y mudos como ante el lobo los rebaños de ovejas.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

[Jn 16, 16-22] Jn 16.16-20

El evangelio de este Domingo tercero después de la Pascua (Jn XVI, 16) está tomado de la larga Despedida de Cristo en la Última Cena, que fue seguido por la llamada Oración Sacerdotal: las últimas palabras que pronunció Cristo antes de su Pasión. Es el evangelio de la Esperanza; como si dijéramos la llave de toda la vida cristiana

Los Apóstoles estaban conturbados y consternados: las cosas raras se sucedían cada vez con más frecuencia y violencia: Cristo había denunciado la traición de Judas, había instituido la Eucaristía, había lavado los pies a los Discípulos, había predicho concretamente su Pasión y Muerte, predicción que ellos no querían admitir. La aspereza de la lucha en las últimas semanas, la segunda limpieza del Templo a zurriagazos, la maldición de Jerusalén, la predicción del fin del mundo, las cuatro intentonas de homicidio por parte de los fariseos; en suma, la rápida inminencia de un desenlace llenaba la mente de los Doce de imágenes sombrías e inusitadas, la revulsionaban desde el fondo, y la ponían en ese estado de pura receptividad, que es eminentemente religioso, y que se puede llamar *desesperación*: no en el sentido de pecado contra la esperanza –excepto en Judas– sino en el sentido de conmoción espiritual extrema y profunda, que le ha dado Kirkegor en su famoso *Tratado*.

En esta coyuntura Cristo les anuncia la derrota y la victoria en forma simple y sedada: que van a tener que afligirse, entristecerse y acongojarse y que el mundo va a triunfar; pero que después su tristeza se convertirá en gozo, y que ese gozo nadie se los podrá quitar. Con la tranquilidad de un jefe de Estado Mayor, Cristo les resume el final de la campaña y la decisión de la crisis presente; que es figura de la decisión de la crisis (o “agonía”, como la llamó Unamuno) de la vida de todo hombre cristiano.

Cristo comparó la vida espiritual a un parto; y si Él lo hizo también podemos hacerlo nosotros. *La mujer que está por dar a luz se entristece, porque le llegó su hora; pero después del nacimiento, no se acuerda más de su tristeza, y tiene alegría, porque un hombre ha venido a este mundo.* No dice Cristo solamente que no se acuerda más sino que se alegra; y no dice “porque ahora tiene un hijo” sino porque un hombre ha venido a la luz de este mundo.

Alude no a una alegría particular sino a una alegría cósmica, por decirlo así. Esta frase es una señal del optimismo fundamental que hay en el fondo del cristianismo –que parece tan duro y sombrío a la impiedad contemporánea– porque Cristo afirma sencillamente que la venida de un hombre al mundo es un bien, perfectamente consciente de los dolores de la madre y de los dolores que él mismo habrá de pasar, pero que habrán de pasar. No dice: “¿Para qué echar más desdichados al mundo?” como mistar Malthus; ni dice como Hamlet a Ofelia: “¡Vete a un convento! ¿Para qué quieres ser madre de pecadores?”.

Recuerdo que en la primera conferencia que di en Buenos Aires, en el CUBA o Club Universitario, opuse este texto a la filosofía sombría de Freud, que ve a la sexualidad como una especie de maldición asquerosa irrefrenablemente suspendida sobre la humanidad. El fin de la vida sexual, con todos los peligros, accidentes y dolores que puede tener, es un bien. La

vida espiritual, que es la vida por excelencia en el hombre, se le parece; en otro plano superior.

Cristo dio esta advertencia grave en una forma sedada, como conviene hablar a un asustado o un perturbado: “Un poquito me veréis y un poquito más y ya no me veréis.” Este debía ser un refrán o un dicho popular hebreo, quizás una cantinela de las que cantan los niños en sus juegos. Tres veces se repite en este evangelio. Los apóstoles hablaban en voz baja preguntándose que querría decir con eso; y Cristo lo explicó, refiriéndose a su próxima Muerte y Resurrección desde luego; pero también y por el mismo hecho, a toda la vida posterior de los Apóstoles y su desemboque en la vida eterna. Es inútil discutir, como hacen algunos doctores (Lagrange) si fue a ese momento o fue a toda la vida la referencia. Esas dos cosas no son separables para el cristiano; porque para él en el Instante se inserta continuamente la Eternidad. Y Cristo mezcló a esta “llave de la vida cristiana” un ligero toque de humorismo; como si un padre en su lecho de muerte iniciara una grave revelación a sus hijos con estas palabras, por ejemplo: “Buenos días, Su Señoría -Mantantiru, lira, lán...”.

¿Qué viene a ser este gozo que nadie nos puede quitar? ¿Qué es esa mezcla nueva de dolores y de alegría, de derrota y de victoria, de *ver* y *no ver*? Eso es sencillamente la Esperanza. La Esperanza es triste porque el que espera no tiene; y la Esperanza es alegre, porque el que espera no desespera. La vida espiritual es un camino que no carece de altibajos y baches, de zarzas y espinas, de sombras y de accidentes; pero el *sentirse* en el *buen camino* compensa y domina todo eso; con la ventaja en este caso de que el termino del camino, que es el amor de Dios, está ya incoado en cada uno de sus tramos.

El nutrimento y el acto por excelencia de la Esperanza es la oración. Por eso Cristo añade de inmediato la promesa de la Oración Eficaz. “En ese día ya no pediréis nada, porque, palabra de honor, todo cuanto a mi Padre pidierais junto conmigo os será dado. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, a fin de que vuestra alegría sea plena. La oración en el corazón de Cristo es siempre eficaz. Naturalmente que si pedimos que se muera Churchill, o que los pille un accidente a los vecinos de arriba, no pedimos junto con Cristo ni en el nombre de Cristo.

El gozo que Cristo prometió a los suyos existe; porque si no existiera, la Iglesia no existiría ahora. Los mandatos de Cristo no son fáciles sino difíciles; las virtudes son muchas y pesadas; la renuncia a lo temporal que El exige no es menguada sino total; los accidentes de tráfico de la vida son innumerables, el Partido Radical está partido en dos, y el mundo es muy embromado. Si no hubiese una cosa invisible y misteriosa que equilibre todo ese peso, los cristianos no hubiesen podido tirar hasta ahora. Esa cosa es la Caridad, fruto de la Fe y la Esperanza. “¿Quién sera poderoso a apartarme de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación, o la angustia, o la hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o la espada? Ciertamente soy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los principados y los poderíos, ni lo presente ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo ni criatura alguna son valederos a apartar del amor de Dios en el Señor Jesucristo”, dijo uno de sus amadores.

Los frutos del amor de Dios son la voluntad de no ceder a las tentaciones, la confianza en su Providencia, y el gozo en el Espíritu Santo. Porque el fruto del amor es el dolor y el gozo; y El es más poderoso que la muerte.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

[Jn 16, 5-14] Jn 16,12-15

El evangelio del cuarto Domingo después de la Pascua (Jn XVI, 5) está inmediatamente antes del que se explicó el Domingo pasado, tercero de Pascua. Los evangelios de los Domingos no siguen orden estricto, sino que han sido fijados en el correr de los siglos al tenor de las circunstancias.

Como decíamos en el otro, éste es el largo Sermón Despedida, que solamente San Juan trae, y que abarca en él tres capítulos. Fue pronunciado desde el Cenáculo al Huerto de los Olivos, y contiene la flor del Corazón de Cristo, empezando por el mandato del Amor Fraternal e incluyendo la promesa del envío del Espíritu Santo, que es el Amor Substancial. Los eruditos alemanes, inclinados sobre esta sinuosa conversación con sus instrumentos de precisión, dicen que “carece de lógica”, como por ejemplo Bauer. Carece ciertamente de la lógica de un tratado, pero tiene la lógica de una conversación. Cristo está empeñado en consolar a sus Discípulos, conturbados por la perplejidad y abatidos por la tristeza; y en acentuar sus últimas y capitales disposiciones: no es extraño pues que repita las cosas, que vuelva atrás y que haga largos paréntesis.

En esta perícopa que consideramos, Cristo dice tres cosas que bien miradas están enlazadas entre sí; a saber: que nos conviene a nosotros que El se vaya, porque eso funda y crea la fe; que el mundo va a ser convencido de la tremenda injusticia que hizo con Él, por medio de esa misma fe; y que el Espíritu de Dios, que procede de El y del Padre y es una cosa con ellos, completará la obra de la fe que inició Cristo. En suma, Cristo se levanta por encima de los terribles sucesos que van a seguir; y al mismo tiempo que prescribe a los Apóstoles su misión de Testigos de la Fe, les predice la victoria en el Espíritu Santo.

El segundo de estos puntos está en palabras singularmente difíciles; todos los intérpretes dicen que son muy oscuras; y los Padres Latinos han gastado mucha tinta en coordinarlas: efectivamente, parecen incoherentes: “El Espíritu Santo cuando viniere argüirá al mundo de pecado, de justicia y de sentencia: de pecado, porque no creyeron en mí; de justicia, porque vuelvo al Padre y ya no me veréis; de sentencia, porque el Príncipe de este mundo ya está juzgado.”

La traducción de la Vulgata latina es efectivamente oscura; y el mismo texto griego, para ser entendido bien, requiere una referencia a los modos de hablar propios de los pueblos de *estilo oral*. Lo que quieren decir esos dos desconcertantes versículos es simplemente esto: “la tremenda injusticia que me van a hacer y ya me han hecho, se conocerá algún día; más aún, el juicio sobre ella ya está –potencialmente– dado”.

No hay ninguno que haya sufrido en este mundo una gran injusticia que no haya dicho esas palabras; Sócrates las dijo.

Si Platón no hubiese escrito sus inmortales *Diálogos*, no sabríamos nada de Sócrates; o, lo que es peor, sabríamos cosas falsas, que es la peor manera de *no saber* que hay. Igualmente, si el Espíritu de Pentecostés no hubiese venido, no conoceríamos nosotros a Cristo. Si por un imposible Cristo hubiese resucitado y subido al cielo de inmediato, y el período Pascua-Pentecostés fuera suprimido, los Apóstoles hubiesen conservado quizá el recuerdo afectuoso de su Maestro, su doctrina y aun a lo más la fe personal en El; aunque lo más probable es que hubiesen caído en irremediable confusión; y en consecuencia el Evangelio no habría sido predicado ni escrito y *jamás hubiese triunfado*. Pues bien, lo que Cristo promete aquí a los Apóstoles es lo contrario. El mundo iba a triunfar ahora de Cristo por la violencia y Cristo iba a desaparecer; pero el Príncipe de este mundo ya estaba vencido, porque los testimonios contra el demonio ya habían sido puestos en forma total, y habrían de ser recordados y revividos por el Espíritu Santo, el Gran justiciero.

En suma, Cristo alude en forma cortada –como es propio de uno que respira afanosamente y por otra parte usa el *estilo oral*– a una sola cosa capital, que es el final y la compleción de su carrera: el hecho de que ha sido rechazado como Mesías por el mundo judío, y que pronto iba a desaparecer de la vista de los hombres; pero que pronto también vendría en forma incontenible la reacción, *el rechazo de ese rechazo*, la *casación* de la falsa sentencia de Caifás, Herodes, Pilato y la Sinagoga; y eso por obra no de los hombres sino de Dios mismo. “El Espíritu de Dios mostrará al mundo que hay un crimen aquí, y que hay justicia y que hay sentencia verdadera; el crimen es que no creyeron en mí; el resultado de

ese crimen es que yo desaparezco; pero no importa, el diablo ha perdido ya la partida” como veréis: he ganado la primera mano y tengo el As de Espadas”... Esta sería una traducción criolla bastante exacta.

Lo que origina la aparente confusión es que Cristo usa aquí un modo de hablar que la retórica grecolatina llama *hendiádis*: que consiste en separar en diversas expresiones o en tres palabras o tres frases algo que en sí mismo es uno: muchas veces lo hacen los oradores y sobre todo los poetas: “*Poculo bibemus et aura*”, dice Virgilio por ejemplo: “En cáliz beberemos y en oro”... por decir “beberemos en cáliz de oro”. Y así Cristo *hiende* en tres saltos vertiginosos este último período de su vida.

¿Por qué “el Príncipe de este mundo ya está juzgado”? Porque cuando un mal juez da una sentencia injusta, en el mismo momento queda él juzgado: queda como malvado y perverso juez. “No juzguéis para no ser juzgados”, dice Cristo. Cuando N. N. me condenó a mí, en el mismo momento sentí, con toda la fuerza de la conciencia, que era un mal superior y un mal hombre; y cuando el tribunal de Atenas decretó la muerte de Sócrates, para toda la Historia quedó condenado el Areópago de Atenas.

Claro que a veces no prevalece la sentencia verdadera que hay en el corazón del inocente contra la sentencia falsa del mal juez que tiene el poder de hacerla ejecutar. Pero en el caso de Cristo no fue así. Cuando Caifás condenó a Cristo quedó condenado; y el Dante lo vio en el infierno, crucificado contra el suelo, entre los fariseos; y todos los que pasaban por aquel camino tenían que pisarlo.

Bien: puede ser que el Dante se equivoque y que el Espíritu Santo, que es el Amor de Dios inexpressablemente suspendido sobre toda criatura, le haya hecho gracia a Caifás, si reconoció su error: difícil parece. El Espíritu Santo existe y es Dios. Cristo en este evangelio anuncia claramente que el *Pneuma Theotícón* (el Amor, la Inspiración, la Intuición, todo lo que es Femenino en las cosas creadas) *es de Él* y es a la vez *del Padre*: procede de los dos y es una cosa con ellos; de manera que hay tres Personas distintas que son una misma Naturaleza Divina.

Terminamos de este modo, con la afirmación de la existencia del Espíritu, porque hay en la Argentina unos cuantos “Macedonianos”. Macedonio de Bizancio –que no tiene nada que ver con Macedonio Fernández, aunque éste fue bastante bizantino– fue un arzobispo de Constantinopla que quiso *desconstantinopolizar* al Espíritu Santo: negó su divinidad y su existencia; en suma negó la Trinidad. Ahora, después de 16 siglos, le han salido en la Argentina algunos discípulos –por lo demás poco conocidos– que han *inventado de nuevo* esa antigua doctrina arriana.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

[Jn 16, 23-30] Jn 16, 23-28

Final del capítulo XVI de San Juan, el Sermón de Despedida, que continúa inmediatamente al evangelio de “Un poquito me veréis...” leído el Domingo tercero de Pascua. Después de él sigue en el capítulo XVII lo que llaman la Oración Sacerdotal de Cristo.

El lugar donde se verificó este Testamento-Plegaria es ciertamente desde el Cenáculo al Monte de los Olivos. Muchos piensan que la Oración Sacerdotal tuvo lugar en el Huerto, y la Parábola de la Vid y los Sarmientos en el camino, a la par de las vides ralas que iban dejando atrás. A nosotros nos parece más probable que todo este largo Coloquio tuvo lugar en el Cenáculo, a pesar de que en medio de él se lee esta frase: “Pero para que conozca el mundo que amo a mi Padre... levantaos, vamos de aquí.”

Como ya vimos, Cristo terminó su despedida con la Promesa de la Oración Eficaz; y

con ella comienza el evangelio de hoy. Después de decirles: “Lo que pediréis a mi Padre en mi nombre, os lo dará; hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre”, Cristo insiste más encarecidamente, les ruega que rueguen; y les dice que “el Padre los ama, que no hay ni siquiera necesidad ahora de que Él interceda por ellos”. Son las características de la oración de los perfectos; cuando ya están perdonados los pecados.

¿Cómo se abrevió Cristo a prometer que todo lo que pidiésemos en su nombre nos sería concedido? No tiene gracia; porque El sabe que le pediremos, movidos por el Espíritu, lo mismo que El quiere darnos mucho más que nosotros recibirlo. Así que el temor de los impíos⁶⁷, que dicen que si esto fuera verdad el mundo se descompondría todo, es vano.

Cristo quiere en definitiva *salvarnos*; es decir, darnos un Bien que contiene todos los bienes. No hay nada que sea un verdadero bien, nada que podamos rectamente desear que no esté de alguna manera, tarde o temprano, contenido en el Bien Supremo; ni las riquezas, ni la salud ni la alegría. Pero el que nos creó sin nosotros, no nos salvará sin nosotros: y por medio de la oración, nosotros nos incorporamos al gran movimiento creador, conservador y salvador de la Providencia. Si Dios quiere tendrás buena cosecha, y *si siembras*. Como me decía la vieja andaluza: “Si estás melito, *paré* llamar al *méico*, y eso depende de ti; pero el *méico paré* errar la cura, y eso depende de Dios.”

Pero una voz se levanta insidiosamente dentro de nosotros que dice: “A veces uno pide y pide y no obtiene lo que pide. ¿A veces? Casi siempre...”

Es un error. La oración verdadera obra en el alma infaliblemente, disponiéndola por lo menos a los dones que pide si no está dispuesta, y a veces concediéndoselos invisiblemente. El ejemplo máximo es la Oración en el Huerto que va a seguir a esta promesa: “Padre, yo te pido que pase de mí este horrible cáliz de dolores si es posible y si puede hacerse; pero no se haga como yo quiero sino como Tú quieres.” La voluntad de Cristo superficial fue rechazada; pero su voluntad profunda era de padecer y morir por nosotros: “Para que conozca el mundo que amo a mi Padre y lo que Él quiere hago, levantaos, vamos...” adónde El sabía le esperaba la Pasión. El cáliz *pasó* con la Resurrección. Cuando habla resucitado con los Apóstoles, ni se acuerda más de la Crucifixión, a no ser como de un motivo de alegría.

Tomemos un ejemplo actual. El filósofo danés Kirkegor pidió toda su vida a Dios que le sacase lo que él llama, con una frase de San Pablo, el “aguijón” o “la espina en la carne”. ¿Qué fue eso? Él no lo dijo, antes trató de ocultarlo cuidadosamente. Muy probablemente fue su *melancolía*. La *melancolía* de Kirkegor fue una cosa tremenda, que le agarraba cuerpo y alma, le creaba toda clase de dificultades, le ocasionó grandes desdichas, hizo de él un hombre aislado y separado, una “*Excepción*”, e incluso lo ponía en peligro de perder la fe y desesperar: era una tentación perpetua y como una verdadera maldición. Hasta el fin de su vida –murió hace un siglo, en 1855– él pidió y esperó de Dios que lo curara. Todavía en 1852 escribe en su *Diario*: “Cristo me curará de mi melancolía y podré ser párroco.” Pero en 1853 escribe:

Mi oración. Hubo sin tiempo –era tan natural, yo era tan niño– en que yo creía que el amor de Dios se expresaba en esto, que Él enviaba dones terrenos, Felicidad, Suceso. ¡Cómo era mi alma atrevida en deseos, en exigencias!; sí, porque yo pensaba: a un Todopoderoso no debe el hombre achicarlo: todo, aun lo más atrevido, debo osar pedir, exceptuando solamente una cosa, la liberación de un profundo mal, que he sufrido desde mis primeros tiempos; pero que me parecía pertenecía a mi relación con Dios [*Gottesverharltnis*]. Pero en todo lo demás, aun lo más atrevido hubiera osado pedir. Y cuando todo lo demás –porque este mal era lo Excepcional– hubiera sucedido, ¡cómo era mi alma rica en reconocimiento, en acción de gracias!; porque esto era firme en mí, que el amor de Dios se expresa enviando dones terrenos

Ahora es diferente. ¿Cómo sucedió? Muy simplemente, pero poco a poco. Paulatinamente fui hecho más y más atento a esto: que todos aquellos a quienes realmente Dios amó, todos los Modelos, han debido sufrir en este mundo. Más aún, que ésta es la enseñanza del Cristianismo: ser amado de Dios y amar a Dios es sufrir...

⁶⁷Kant, Renouvier, Vacherot.

Sufrir para superar el sufrimiento, se entiende; puesto que no hay otra manera de vencerlo que digerirlo.

Al fin de su vida Kirkegor vio que ese sufrimiento era la condición de su obra; y que su obra genial era un grandísimo don divino; la cual no es otra cosa que una continuada oración, como nota el gran crítico Theodor Haecker. *“Kierkegaard war ein grosser unaufhorrlicher Beter... Meine Genialitaet ist mein Beten”* (“Kirkegor fue un gran incesante Orante. Su genialidad es su oración.”) Puesto que como dijo Cristo al final de este evangelio: “En el mundo tendréis apretura; pero sed animosos, yo he vencido al mundo.”

Cuando terminó la despedida de Cristo interrumpieron los Apóstoles; y la interrupción es un poco graciosa. Cinco veces interrumpieron los Apóstoles este coloquio, y las interrupciones muestran cómo estaban los pobres de boleados y abatados. San Pedro fue el primero, naturalmente:

“—Señor ¿adónde vas a ir?

—Donde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás después.

—¿Por qué no? Yo te sigo adonde sea, aunque sea a la muerte...”.

Después Tomás Dídymo:

“—Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?

—Tomás, yo soy el Camino.”

Después Felipe:

“—Señor, haz que veamos al Padre, y ya no pedimos nada más.

—Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre.”

Después Judas el Otro, no el Iscariote:

“—Señor, ¿qué diablo es esto, que a nosotros te vas a manifestar y al mundo no?”.

Por último, al final del coloquio, los que vieron la promesa de la Oración Eficaz, que todo lo que ellos pidieran sería hecho, todos alborozados salieron con una ingenua pata de gallo:

“—Ahora sí que hablas claro y no dices ningún proverbio. Ahora sí conocemos que sabes todo y no hay necesidad de preguntarte: por esto creemos que has venido de Dios...”.

Cristo respondió rápidamente:

“—¿Ahora creéis? ¡Era hora! He aquí que viene la hora y ya ha venido, que vais a disparar todos, cada uno a su casa, y me dejaréis solo...”.

Y para aliviar este golpe seco, añadió en seguida:

“—No solo; mi Padre está conmigo. Todo esto he dicho para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis apretura, pero yo he vencido al mundo.”

DOMINGO INFRA-OCTAVA DE LA ASCENSIÓN

[Jn 15, 26-27; 16, 1-4] Jn 15, 26-27; 16, 12-15

El evangelio de este Domingo (Jn XV, 26) da otra vez un salto atrás, al fin del capítulo XVI; pero está todavía dentro del largo Sermón Despedida de Cristo. Es un evangelio actual, porque trata de la “persecución”, y la Iglesia ha estado siempre perseguida de una manera u otra, conforme a la predicción de Cristo: “Si a mí me persiguieron, a

vosotros os perseguirán; no es el discípulo mayor que el maestro.” Y quizás está hoy más perseguida que nunca en todo el mundo, aunque no lo parezca.

En estos cinco versículos, Cristo encomienda a los Apóstoles la misión de Testigos, y les promete el Espíritu Santo, que será el primer Testigo, el testigo interior que nos hace sentir la verdad de lo que Él dijo; y después les predice las dos formas más terribles de persecución “para que no os escandalicéis”, para que no tropecéis cuando ellas acaezcan.

Las dos formas más terribles de la persecución son la de adentro y la de afuera; primero la de adentro: “seréis excomulgados”, como si dijéramos... (“*exsynagogis facient vos-apossynagogéesete*”) seréis echados de la sinagoga o reunión de los creyentes, que equivale a nuestra “excomunicación”. Y después la de afuera, “os matarán”, y en los últimos tiempos, “Os matarán y creerán con eso hacer un servicio a Dios”; es decir, os matarán como a criminales, como a perros rabiosos. Los mártires de los últimos tiempos, dice San Agustín, ni siquiera parecerán ser mártires. Actualmente en Rusia, cuando matan a un cristiano, no lo matan por cristiano, sino por haber hecho no sé cuántas traiciones y felonías contra la patria; y se las hacen confesar primero por medio del *pentotal*, o lo que sea. Lo mismo pasó en Inglaterra en tiempo de Isabel la (Sucia) Virgen, como la llaman ahora algunos historiadores: mataban a los que decían misa o escuchaban misa, como a Campion, Norfolk o Southwell, pero no “por decir misa” sino porque “ayudaban a los españoles contra Inglaterra”: por “traidores a la Reina”.

Lo que Cristo predijo se cumplió; todos los Apóstoles murieron mártires –y primero los echaron de la sinagoga después de azotarlos– excepto San Juan Evangelista, que murió en su cama a los 100 años de edad, pero fue mártir: porque lo echaron a una caldera hirviendo de hacer tortas fritas en tiempo de Domiciano César, de donde salió milagrosamente ileso, porque Dios quería que escribiera el Apokalypsis y el Cuarto Evangelio; éste que estamos comentando. Y después el Emperador lo condenó a las *minas* en la isla de Palmos; y las *minas* de los romanos eran un suplicio peor que la muerte; como lo ha mostrado Ramsay en su erudito libro, *The Letters to the Seven Churches*. Allí compuso el Apokalypsis; y se salvó de la muerte prematura, la idiotez o la demencia por pura casualidad; porque habiendo sido trucidado por el ejército bajo el mando de Nerva el feroz Domiciano, el Senado decretó la nulidad de todos los decretos que había dado “el tirano depuesto”; y Juan fue soltado de las minas por pura y simple burocracia; o Providencia.

El primero de los Apóstoles martirizados fue el primo carnal de Jesucristo, Santiago el Menor, de quien se dice que fue nieto de Santa Ana, el Apóstol calladito que no habla en todo el Evangelio, pero que habla en el primer Concilio de Jerusalén con una autoridad casi tan grande como la de Pedro; y que calma y mete en razón al tempestuoso Pablo, que vio a Cristo en el viento”, como dice Rubén romántico. Fue arzobispo de Jerusalén y tuvo que vérselas con los judíos. Duró poco: lo echaron no solamente de la Sinagoga sino también del Templo, haciéndolo rodar por la alta escalinata; y cuando estaba todo roto al pie, le hicieron saltar los sesos con el palo de un batanero: con un *batán* o garrote. Y así los demás fueron dando su Testimonio en diversas formas amenas San Pedro crucificado cabeza abajo sobre la propia colina vaticana; por lo cual dicen que en el Vaticano siempre ha de haber gentes patas arriba.

“Todo esto os he dicho ahora, para que, cuando llegue la hora, os acordéis que yo lo predije. Todo esto os harán, porque no conocieron al Padre ni a Mi. Ahora hay que decirlo, porque ahora me voy. ¿Qué? ¿Ahora os ponéis tristes? ¿Y ninguno me pregunta adónde voy?”, concluyó el Señor; y así concluimos también nosotros. ¡Mucho ojo y mucho ánimo!

Así que es deber del cristiano tener ojo a la persecución. Ese fenómeno histórico de la persecución es una cosa digna de que un filósofo ponga sus ojos en ello y lo considere. ¿Por qué tengo yo que estar aquí en condiciones desventajosas, extranjero en mi patria, a malas penas ganándome la vida con gran esfuerzo en medio de los parásitos opulentos, como un “ciudadano de segunda zona”?

—¡Porque eres cristiano!

—¿Es un crimen ser cristiano?

—Para el mundo ser cristiano es una agresión y una molestia. De alguna manera u otra, el verdadero cristiano es resistido por el mundo. “Todo aquel que quiera vivir píamente en Cristo Jesús será perseguido” (II Tim III, 12).

¿Y la Iglesia Católica por ventura no ha perseguido a su vez cuando se sintió poderosa? No, rotundamente. Jamás. ¡Qué tanto! Basta.

Estamos hartos de leer en libros herejes que corren ahora a docenas entre nosotros, por culpa de los editores logrereros —y de otros también, digamos la verdad, que no son editores—, estamos hasta aquí, hasta el gaznate... de la Noche de San Bartolomé, las Dragonadas, la Matanza de los Albigenses, María Tudor, Galileo; y la Inquisición Española... Son cosas fieras, desde luego; pero ni han sido persecución, ni causadas por la Iglesia en cuanto Iglesia; aunque se hayan ensuciado en ellas algunos “hombres de Iglesia”. ¿Qué han sido, pues? Han sido abusos políticos, hechos por hombres políticos, y obstaculizados y aun reprobados por los hombres religiosos; y los hombres religiosos eminentemente constituyen la Iglesia, *nuestra* Iglesia, que nosotros conocemos por dentro y no por fuera solamente. Todas esas grandes resbaladas son simplemente casos de mundanismo dentro de la Iglesia; contra los cuales la Iglesia reaccionó de inmediato, de una manera u otra. “Reaccionó tarde”, dicen. Reaccionó tarde una vez de cada diez veces.

La tan traída y llevada Inquisición Española no fue al fin y al cabo —véase los equilibrados libros de William Th. Walsh, discípulo de Belloc, y el libro de Hoffman Nickerson— sino una defensa contra una invasión extranjera, un caso de defensa propia y de instinto de conservación colectivo. ¿Invasión de quién? Pues del protestantismo alemán del pavote de Lutero, que no tenía nada que hacer en España. Cuélguele todos los abusos y errores que quieran, jamás impedirán que en el fondo haya tenido razón. Tuvo una clara y simple —elemental— razón de ser política: pero la política siempre es un poco sucia; o mucho. Y de todos los abusos que he leído de ella —escritos comúnmente por autores apasionados e irresponsables, Llorente, Medina— del único que estoy seguro es del proceso del arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, que leí en Menéndez Pelayo; proceso que se prolongó abusivamente ¡veinte años! al fin de los cuales el testarudo aragonés fue absuelto y puesto en libertad... poco antes de morir. Contra el juicio de Menéndez Pelayo, nadie me quita a mí que eso fue una barbaridad de Felipe II y una debilidad del Vaticano; pero al lado de las barbaridades protestantes que en ese mismo tiempo hacían Isabel en Inglaterra, Calvino en Ginebra y Gustavo Adolfo en Alemania, la barbaridad del pobre “Demonio del Mediodía” desaparece como una astilla en un horno ardiente. No digo que se pueda aprobar; digo que hay que mirarla en su propia perspectiva. Para mí, mirada desde el ángulo religioso, es una abominación; pero mirada desde el ángulo político, parece que es comprensible, si aprobable no. Conozcamos las cosas desde todos los ángulos, si es posible: eso es filosofía.

Filosóficamente se puede justificar la Inquisición Española; y eso tanto más fácilmente cuanto más arriba se tome; pues de hecho fue una institución que decayó rápidamente. Pero yo deLo ser nieto de garibaldina, porque debo confesar que sentimentalmente me crispo todo solamente de pensar en la fuerza aplicada a la defensa de la religión. Toda el alma se me levanta ante el proceso de Carranza, la retractación de Galileo, la ominosa condena de Giordano Bruno o la imbécil retractación y silencio impuesto al cardenal Petrucci, que fue un napolitano genial en psicología y moral, precursor iluminado de Charcot, Babinsky y Paul Janet en el conocimiento de las neurosis. Lo hicieron retractarse de lo que él veía claramente y retirarse a Nápoles, porque *tenían miedo que llegara a Papa: por*

*política*⁶⁸. y yo sé que todos estos errores chillones fueron obra de hombres políticos, y no de religiosos. El hombre religioso que había allí, en el tribunal de Petrucci, fue el teólogo vizcaíno Padre Pérez que disintió en casi todas las censuras.

¿Qué me importa a mí, que soy hombre religioso –o al menos deseo serlo– de las barbaridades que hayan hecho los hombres políticos, aunque sean católicos, si es que fue católico el cardenal Cybo? Ni Cristo ni yo tenemos la culpa. Yo no soy responsable de lo que hayan perpetrado Alejandro VI, Felipe II o María Tudor; que ciertamente no hicieron, por otra parte, todo lo que les achacan sus enemigos. Si María Tudor fuese realmente la “María Sangrienta” (*Bloody Mary*: que pintan Hume y Green, peor para ella, ella habrá dado rigurosa cuenta a Cristo, simplemente desobedeció a Cristo: no me vengan aquí con cuentos de *yonis*. ¿El Papa Julio II tuvo un hijo natural? Peor para él. ¿El Papa Juan XII fue el Papa más malo y ruin de toda la Historia? Pues al lado del Rey más ruin de toda la Historia, que no fue católico y persiguió a los católicos, Juan XII es un angelito...

Estas cosas hay que mirarlas intelectualmente, y no sólo sentimentalmente; y eso es filosofía y sentido común. Ya sabemos de lo que son capaces los hombres, lleven jubón o lleven sotana; y los curas en jubón, hombres son. Son capaces de corromperlo todo, incluso la religión. La religión es una cosa seria; y el que peca en religión, peca seriamente.

La Iglesia es santa, no porque no haya en ella posibilidades y aún focos de corrupción –como hay en un organismo sano focos de enfermedad– sino porque conserva un sistema nervioso que la hace estremecerse delante de la corrupción. Y ese sistema nervioso son los hombres religiosos que en la Iglesia existen como en su centro, como contrapeso de los otros: los *Mártires*, los Testigos de Cristo. Once Apóstoles mártires contrapesan a Judas Traidor. Petrucci contrapesa a Cybo.

Yo no soy responsable de lo que hayan hecho Juan XII o Alejandro VI; porque si hubiese vivido cuando ellos, con la gracia de Dios me hubiese opuesto a lo que hacían con todos los medios a mi alcance; como me opongo ahora, *dando testimonio* con mis pobres medios, a lo que hacen de malo los malos clérigos, malélicos y calumniadores; los cuales no me tienen mucha simpatía, a juzgar por las cartas anónimas –o no anónimas– que recibo de vez en cuando; y que son un horror. Porque, efectivamente, un cura que no tiene fe es horroroso: no es el único horror que hay en el mundo; pero es uno de los peores. “A mí me persiguen, pero no puedo ser mártir –dijo San Basilio de Cesarea, llamado el Grande– porque los que me persiguen llevan mi mismo nombre.” Pero a Santa Inés y a Santa Bárbara, que eran tiernas niñas, las persiguieron hasta la muerte *sus propias padres*. La persecución que Cristo predijo a los suyos viene de cualquier parte: a veces de donde menos se piensa.

La fe en el Crucificado no invita a perseguir a nadie; invita a soportar la persecución. La fe en el Crucificado existe en este mundo mezclada a la cizaña del mundo; y así existirá hasta el Fin del Mundo.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS **[Jn 14, 23-31] Jn 14, 23-29**

Hemos visto el Domingo pasado que Judas Tadeo, el Otro Judas, interrumpió el Sermón-Despedida de Cristo diciendo: “Y bueno, vamos a ver, ¿por qué demonches te mostrarás a nosotros y al mundo no?”.

Habla con la idea mesiánica vulgar del triunfo externo y terreno del Rey Mesías; idea

⁶⁸Opinión personal del autor después de haber leído el proceso de Pier Mateo Petrucci ocurrido en 1688. Creo que las 54 proposiciones retractadas pueden entenderse ortodoxamente, pese a la ambigüedad de algunas, como opinó uno de los calificadores.

que a los fariseos los llevó al error y al furor, y que no estaba ausente de los Apóstoles: era uno de esos prejuicios comunes. Es exactamente lo que dijeron cuando comenzó a hacer los primeros milagros: “¡Muéstrate al mundo!”, “ ¡Publicidad, publicidad! ¡Propaganda!”. Ellos esperaban la *Epifaneia*, la *Manifestación* espectacular y gloriosa, que en las mentes groseras o apasionadas significaba el “nacionalismo”; o sea, la sublevación general, la expulsión de los Romanos, la independencia, la instauración de la Nueva Israel de los Profetas y de la Nueva Jerusalén, “Visión de Paz”.

Pero los Apóstoles consternados estaban escuchando entonces una cosa diferente: Cristo hablaba de otra clase de paz, no de la paz después de la victoria, sino de una misteriosa derrota. Hablaba de caridad fraterna, no de guerra; del Espíritu Santo, no de Judas Macabeo; de que el mundo iba a triunfar y ellos habían de entristecerse, de que se iba y no lo verían más; del Príncipe de este mundo, el que no tiene parte alguna en Él, pero al cual no dice que Él va a arrollar; al contrario. Cristo habla de cosas desconocidas, lejanas y espirituales. ¿Y el Reino de Israel?

Cristo no responde directamente a Judas Tadeo, no discute: hubieran podido argüirle con el Rey de sus parábolas, con el Sultán que hace el convite de bodas y excluye furiosamente a los remisos, el Sultán que hace pasar a cuchillo a los que se le sublevan... ¿Jesús mismo no se había proclamado heredero directo de David y mayor que Salomón?

Cristo responde indirectamente: repite los cuatro o cinco temas de este Coloquio-Testamento, como un gran sinfonista: su vuelta al Padre, la venida del Espíritu de Dios, el momentáneo triunfo del mundo... añadiendo tres cosas raras, que son tres grandes puntos teológicos: la inhabitación de Dios en el hombre (“Si alguien me ama, guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos en él y haremos en él mansión”), la función del Espíritu Santo (“El Paráclito, que mandará el Padre en mi nombre, él os enseñará todo, y os subrecordará todas cuantas cosas yo os dije”) y por fin una palabra inesperada: “El Padre es mayor que yo.”

La venida *en* nosotros del Padre y el Hijo no es otra cosa que el Espíritu Santo: que es el lazo inseparable del Padre y su Verbo, el amor de Dios en Dios. No fue desconocida a los filósofos y místicos paganos una habitación de Dios en el hombre: “*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*”, dijo Ovidio, repitiendo un tema poético común, que está ya en Lucrecio⁶⁹ P. S. – “Efectivamente, el verso citado es de Ovidio, *Fastorum*, 1. VI, v. 5 El

⁶⁹El hexámetro, atribuido en la primera edición de Lucrecio, que reza “*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*”, no está en el poema *De Natura Rerum*, única obra de Lucrecio – por lo menos en el texto crítico establecido por Alfred Ernout para *Les Belles Lettres* de París, año 1935, que acabamos de recorrer verso por verso—. La idea sí que está en Lucrecio, y por cierto que como una de las ruedas maestras de su pensamiento, principalmente en la invocación: “*Aeneadum genetrix hominum divonque voluptas Alma Venus...*” (1. I, v.1), y en la mitad del Libro IV, v. 1058 seq.: “*Haec venus est nobis*” “Nosotros copiarnos la cita equivocada (el verso probablemente de Ovidio) de un exégeta llamado A. Durand, el cual probablemente la copió, según la santa costumbre de los eruditos, de otro exegeta, el cual la copió de otro, que era un vago que citaba de memoria no teniéndola buena. Así se han creado cosas pintorescas y aun portentosas en el mundo de las letras, como observa Belloc: “*Inaccuracy is a God... At least, sume God guides it... Inaccuracy is a very fruitfull and powerfull creator of things. It not only creates legends, it creates words There are hosts and crowds of words... through the inspiration of inaccuracy, which is blown into meo by this God of whom I speak...*”, “On Inaccuracy” en el libro *On*, p.100, Methuen Ldon. cuarta edición, año 1927. Hemos citado con todo cuidado; sin embargo, si alguno nos recita, le recomendamos verifique sus referencias.

dístico completo reza así: “*Est Deus in nobis agitante calescimus illo Impetus hic sacrae semina mentis habet*” (Pbro. Dr. Lucas Tapia, profesor de Humanidades).

[En las ediciones anteriores, esta nota, y la que ahora lleva el número 98, estaban incluidas en un anexo titulado “Erratas”. Al final del mismo se leía la siguiente declaración del autor: “Se agradecerá al lector que avise cualquier error, errata, o *lapsus* de este libro al Autor, calle Caseros 796, Buenos Aires. Agradecimiento al Pbro. Enrique A. Villamil de Gualaguay, y también al Pbro. Abel Suquilvide, de Guanaco, al Dr. Rodolfo J. Charchaflíe, a Bachicha Beccar Varela y otros que me han indicado varias erratas de la 1. edición (1 de mayo de 1958). N. del E.]; y Séneca Estoico en su *Epístola LXIII*: “¿Te asombras de que un hombre vaya a los dioses? Pues un dios viene a los hombres, más aún “en” los hombres: ninguna sin un dios hay mente buena.” Mas el judío Filón habla continuamente del Dios que habita nuestra mente. Pero hablan de una cosa muy distinta de la de Cristo, de esta presencia invisible, personal y amorosa.

Lucrecio habla de la naturaleza, y concretamente en este punto de la acción de Venus, la diosa del instinto amoroso; Ovidio habla de la inspiración poética, atribuida a la Musa Polimnia; Séneca de acuerdo a la teoría estoica entiende una especie de moción general y providencia vaga; y Filón llama “*dios*” a la razón del hombre bien informada y orientada hacia el bien. Cristo en cambio habla de la “*gracia*”, una realidad que nos injerta en Dios como un sarmiento en una cepa; de una vida humana vuelta divina de un modo humilde e imperceptible, como en la Encarnación. Y esta presencia no es una nueva revelación, ni una visión, ni un éxtasis metafísico pasajero, como en Plotino y los neoplatónicos; es algo que está humildemente, cuotidianamente, prosaicamente en todos los que están en gracia, por sencillos que sean: “Si alguien me ama”...

Eso es el Espíritu Santo en nosotros; no nos hace grandes filósofos. No hace nada nuevo: nos *sub-giere*, nos “recuerda desde abajo” –como dice el texto griego– simplemente todo lo que Cristo dijo. ¿Y para qué, entonces? ¿No basta decirlo Cristo? Y sin embargo *nos enseña ¿oda*, todo de nuevo. Porque una cosa es la voz exterior, otra la voz interior: otra y la misma. Hemos visto que la fe se compone como de dos elementos: primero los hechos históricos y la doctrina que nos viene de afuera; después –y al mismo tiempo– la iluminación y el consentimiento que nosotros hacemos colaborando con Dios: el consentimiento a la gracia. “¿Cómo creerán si no oyen? –dice San Pablo– ¿Y cómo oirán sin predicante? La fe viene del oído”... De hecho vemos que la predicación en algunos no hace ningún efecto; porque un hombre puede llevar un caballo al río, pero ni diez hombres pueden hacerlo beber si no quiere. O mejor dicho, no es que no haga ningún efecto, es que hace efectos contrarios a la fe, efectos de resistencia en muchos, Bajo la actual indiferencia religiosa, un furor sordo o una nostalgia sorda encueva. Ella será invisible en las masas, pero se abre lugar y sale a luz en la literatura contemporánea, por ejemplo, sobre todo en el sector que hemos llamado *literatura de pesadilla*⁷⁰, La desesperación actual no es la *desesperación pagana* del viejo Catulo o del viejo Lucrecio: es más aguda y está orientada. Una sorda nostalgia de la fe palpita en Kafka o en Simona Weil; un furor contra la fe en Joyce o en Andreief; y toda clase de ídolos muertos o supersticiones incluso pueriles en las masas descristianadas. Lo que va a salir de esto, yo no lo sé. “El que no me ama, no guarda mis palabras.” No tendrá paz, tendrá una paz falsa, “como la da el mundo. Yo os dejo la paz, os doy mi paz, no como la da el mundo”.

“El Padre es mayor que yo”. Ésta es la palabra de que se prevalieron los arrianos para negar la divinidad de Cristo: herejía de los primeros siglos, que duró cinco siglos, cundió en el Ejército Romano y entre los reyes bárbaros (Leovigildo, Recaredo) y amenazó ahogar la Iglesia; pero hay arrianos sutiles o burdos aún hoy: muchos de los protestantes y modernistas

⁷⁰Ver nota 55.

—si no todos— son arrianos, o nestorianos o socinianos hoy día. “Si me amarais, os alegraríais de que vaya al Padre; porque el Padre es mayor que yo.” ¡Vaya una razón!

Cristo no se va a contradecir cada diez minutos: estaba repitiéndoles con insistencia que Él y el Padre eran uno, que lo que Él les decía lo decía el Padre, que el que lo veía a Él veía también al Padre, y que el Espíritu Santo era el Espíritu de Él y del Padre. Esta palabra divergente: “Mi Padre es mayor que yo” tendrá pues explicación... Tiene tres explicaciones.

Dicen algunos Santos Padres (Atanasio, Gregorio Nacianzeno) y Tertuliano que Cristo se dice menor que el Padre porque procede del Padre en la eterna generación divina. Eso era llamarse menor en un sentido enteramente impropio y aun equívoco; que por lo demás nada tiene que ver con el discurso actual y disuena de él. ¡Valiente consuelo para los Apóstoles! ¡Ininteligible! Por lo demás, tampoco sabían ellos todavía la Trinidad claramente.

Segunda, decir que Cristo entonces “habló como hombre y no como Dios”, evasiva con que se descartan algunos comentaristas baratos, es justamente lo que diría un arriano; y es absurdo en este caso. Jamás habló Jesús como puro hombre; ni podía tampoco, sin fingir o mentir.

La exégesis de San Cirilo de Jerusalén es la buena: Cristo habla como Dios-hombre, y como hombre que está en esa situación particular: frente a su Pasión y Muerte, presto a ser hecho no sólo varón de dolores sino “gusano y no hombre”: cosas que al Padre no podían alcanzar; mas cuando volviera al Padre, sería igual al Padre aun en ese aspecto de la gloria ya inconmutable. Volvería a reasumir su divinidad que nunca dejó, oculta ahora a los ojos de la carne, y como *vaciada* según la palabra de San Pablo: “*exinanivit semetipsum*”, se aniquiló a sí mismo, tomando figura de siervo. Mas lo que tenían los Apóstoles delante de los ojos era esa figura de siervo; y de acuerdo a eso había que hablarles.

Entonces sí la frase es un consuelo y encaja perfectamente en el contexto. Los Apóstoles podían alegrarse por amor a Cristo de saber que iba a superar su dura tortura y derrota, asimilándose después al Padre incluso con su misma naturaleza humana: “Porque mi Padre está ahora mejor que yo, aunque seamos iguales...” quiso decir Cristo.

¿Así que Dios mora en nosotros? No me parece los días de viento Zonda. No se ve mucho Dios en Sisebuta. No se ve la gracia los días de elecciones. “Creo en la gracia porque no la veo”, dijo César Pico; lo cual es exacto; se cree lo que no se ve; pero si de ninguna manera la viéramos, no podríamos creer en ella. La vemos a veces en sus efectos, por lo menos en sus efectos totales. Los Apóstoles vieron venir al Espíritu en forma de viento impetuoso y lenguas de fuego. Después del día de Pentecostés los Apóstoles cambian, parecen otros hombres: “Iban gozosos delante del Sinedrio a padecer por el nombre de Cristo contumelia” los que no querían creer ni a la Magdalena ni a la Santas Mujeres ni a Pedro, los que no acababan de creer ni el día de la Ascensión, los que huyeron despavoridos del Sinedrio cuarenta días antes. Pedro negó a Cristo y después fue mártir. Pablo persiguió a los cristianos y después convirtió a la gentilidad. Una fuerza sobrehumana propaga y sostiene la Iglesia.

En la vida de cualquier cristiano no hay milagros; pero puede ser que mirada en su conjunto no deje de ser algo milagrosa. Vivió cristianamente, tropezó, cayó, se levantó, creyó, esperó, acabó y se fue; no dejó nada en la Historia; pero... hizo lo que otros declaran imposible, perseveró en lo que otros tienen por locura, duró derecho a través de las vicisitudes de la vida, no perdió la línea y temblaba el suelo, fue una cosa igual a sí misma cuando en cada hombre hay tantos hombres diversos, y en el mundo tantos contrastes e incoherencias. Parecía que había una voz escondida en su fragilidad infinita, un silbo, un compás, un Apoyo y un Co-estante; que eso significa en griego *Parácleto*: el que *está junto*: el Apoyo, el Co-estante.

Cosa curiosa: cuando creó a la mujer, Dios dijo que hacía una “ayuda” para el hombre; y la palabra con que se designa aquí al Espíritu de Dios es “ayuda”; “*Parácleto*”

puntal, soporte, refuerzo.

DOMINGO PRIMERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 28, 18-20] *Mt 28, 16-20*

En este Domingo, fiesta de la Santísima Trinidad, la Iglesia lee las últimas líneas del Evangelio de San Mateo XXVIII 18), que contienen la misión dada solemnemente a los Apóstoles *de* “enseñar a todos los pueblos”, y el sello de la revelación del misterio de la Trinidad divina; y la promesa de Cristo de estar con los suyos hasta el Fin del Mundo. Esta aparición de Cristo a los Once tuvo lugar en una montaña de Galilea, no sabemos cuál; y fue la última de las nueve apariciones antes de la Ascensión que conocemos; que suman por tanto diez. Algunos dicen que fueron trece las apariciones de Cristo, contando otras dos que menciona San Pablo (“A Santiago y a quinientos hermanos juntos”) y la del mismo San Pablo. Pero la aparición a los quinientos discípulos es probablemente la misma Ascensión; y la aparición a San Pablo fue una visión intelectual y no corporal, puesto que los que estaban con él “nada vieron”. Trece o doce o diez, lo mismo da. Ya bastan para despertar nuestra fe.

El misterio de la Trinidad divina es una revelación cristiana: en el Antiguo Testamento no está, a no ser adumbrada en fugaces alusiones, como cuando en el Génesis Dios dice: “Hagamos al hombre a imagen nuestra”; en los tres Angeles que aparecieron a Abraham hablando como uno solo; y en la mención del “Espíritu de Dios” hecha ocasionalmente. Pero en su predicación, Cristo reveló poco a poco, como era prudente, la existencia de tres principios personales en el Dios único del monoteísmo israelita; y en esta sesión solemne, en la cual mostró sus patentes –por decirlo así– y delegó su misión de Salvador a su Iglesia, Cristo puso el sello a la revelación cristiana, diciendo: “Id, y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.” Solamente en el nombre de Dios se *bautiza*; es decir, se limpia del pecado; y Él puso el nombre de Dios en tres nombres; y no dijo “bautizad en los nombres” sino “*en el nombre*”, en singular. Tres hipóstasis o principios personales con vida propia, en un solo Dios. Durante su predicación, Él se había contradistinguido netamente del Padre; y después había proclamado cada vez más neta y categóricamente que el Padre era una cosa con El, un mismo *ser*. listo produjo escándalo en los fariseos, vieron allí una blasfemia, y quisieron matarlo por ella, ya en la Sinagoga de Nazareth, en su segunda predicación galilea, segundo año de vida pública, al comienzo:

“—¿Por cuál beneficio que os he hecho me queréis dar la muerte?

—Por ningún beneficio, sino porque ¡siendo Hombre, te haces a ti mismo Dios!

Sin embargo Cristo no retira su palabra, antes la prosigue más ardidamente, *adagio reforzando* como dicen los músicos, aun ante la amenaza de muerte. “¡Bienaventurado aquel que de mí no se escandalizare!”. Ante Cristo, la reacción necesaria es, o el escándalo, o el salto osado de la fe. Los fariseos se escandalizaron: allí delante estaba un hombre de la provincia, vestido con la túnica blanca, el cinturón y el manto de los *rabbies*, sandalias en los pies, y el turbante blanco ceñido por una vincha roja sobre la cabellera nazarena; el cual afirmaba que era una misma cosa con el Jehová único e invisible... “¡Hay un solo Dios!”. No lo negaba Cristo, sino que intentaba revelar un misterio más alto, la vida interna del Dios único. Si Dios no es trino, Cristo no puede haber sido Dios.

En cuanto a la Tercera Persona, que había aparecido en forma de paloma en su bautismo, al mismo tiempo que sonaba arriba la voz del Padre, Cristo la manifestó claramente en su Sermón-Despedida: el Espíritu de Dios es distinto del Padre y del Hijo, pertenece al

Padre y al Hijo, y es Dios: Cristo le atribuye todas las operaciones propias de Dios; y toda operación racional se atribuye a la persona, al Yo. Nos guste o no nos guste, según el Evangelio en Dios hay tres personas en una sola natura: inclinase aquí la presunción del intelecto humano. ¿Y por qué no nos habría de gustar? El alma del hombre, que es imagen de Dios, es a la vez un Yo, sujeto verbal de todos sus actos; es un Intelecto o Verbo; y es un Amor o Voluntad; y estos tres son Uno; puesto que mi Intelecto no es una parte de mi Ser Espiritual, es todo mi Ser Espiritual; y mi Voluntad no es una parte de mi Yo, es mi Yo. A esta comparación, defectuosa y todo, acude continuamente San Agustín para ilustrar –no para probar– el dogma misterioso de la Trinidad. Probar no se puede con ningún argumento, fuera de la autoridad divina revelante. Se puede *mostrar* que no es un absurdo; es decir, deshacer los argumentos de los que contienen que es un Absurdo. Nada más.

El espíritu moderno resiste a este dogma presuntuosamente; y ha creado para sustituirlo varias trinitades fútiles o monstruosas; como la Trinidad de Hegel, basada en el mismo análisis del espíritu humano, y en los recuerdos de la teología cristiana que estudió en el Seminario de Leipzig. La Idea *en sí*, la Idea *para sí*, y la Idea *en-si-para-sí*, que se distinguen entre sí, constituyen el solo Espíritu Absoluto, y no hay otro Dios ni otra realidad fuera de él; y él al final se manifiesta en –y no sale fuera de– ¡la Conciencia del hombre! Así pues el dogma de la Trinidad, envuelto en niebla germánica y en una complicada terminología, se convierte en un panteísmo sutil que va a desembocar en la adoración del Hombre; la gran herejía de nuestros tiempos, la última herejía, que será, según la predicción de San Pablo, el sacrilegio del Anticristo: “el cual se exaltará y levantará sobre todo lo que es Dios, sentándose en el Templo de Dios, y haciéndose adorar como Dios” (II Tes II, 4).

El mundo de hoy –dice el poeta Kipling– no cree en más Tres-en-Uno que en El, Ella y Ello; es decir, la pareja humana y su ratono... único.... Kipling fue un buen poeta inglés, que como tantos contemporáneos, idolatró: puso su talento a los pies de un ídolo. Su ídolo fue el Imperialismo Inglés; o, si quieren, simplemente el Imperio Inglés, divinizado en su ánimo. El ídolo le pagó su devoción como pagan los ídolos, incensando su nombre de escritor, multiplicando sus ediciones, imponiéndolas oficialmente: en suma, dándole los bienes terrenos de que es dueño. Kipling, el bravío poeta de la jungla vuelto el poeta de Su Graciosa Majestad, llegó a cobrar como *royalties* una libra esterlina por línea. Sus últimos años fueron tristes. Su poesía y sus cuentos, que ostentan el brillo más alto del arte, muestran hoy de más en más sus pies de barro. El imperio que él adoró estaba ya en su ocaso. Obra mortal de las manos del hombre, no era imperecedero ni divino.

En una poesía bastante buena, *The Married Man* (El Hombre Casado), donde compara la manera de pelear del soltero y del casado en la guerra del 14, dice Kipling:

*Porque Él y Ella y Ello*⁷¹
nuestro solo uno en tres
Por él todos nosotros ansiamos concluir nuestra tarea
*Y volver a casa a nuestro té*⁷².

Es otra imagen de la Trinidad, pero asumida heréticamente; pues en efecto, también la familia humana, Padre, Madre e Hijo, es otra figura de las relaciones íntimas que hay en el seno de la Divinidad. La familia de Nazareth, San José, Nuestra Señora y el Niño, también reflejaron la Trinidad divina, lo mismo que el alma de cada ser humano: allí sin relación sexual alguna existió la paternidad y el vínculo conyugal realmente. Y por virtud de la Divinidad que las llenaba, tres almas fueron como una sola.

⁷¹“El Niño” es género neutro en inglés.

⁷²The Five Nations, poesías durante la Gran Guerra, p.190.

Esta imagen no es muy usada por la Iglesia, porque unos herejes antiguos dijeron que el Espíritu Santo era mujer, y pusieron sexo en Dios, haciéndolo por ende corporal y material; y fueron condenados. Pero si la división en sexos de los vivientes tiene una razón ontológica, es decir, es una *esencia* y no una casualidad, entonces el principio de lo femenino en lo creado debe existir también *eminenter* en el Creador de todo lo que es, si no me equivoco; y esto no lo ha condenado la Iglesia. De hecho, la palabra con que Cristo nombró al Espíritu Santo es femenina en arameo; aunque sea masculina en nuestras lenguas grecolatinas. ¿Y cómo entonces el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo? ¿Por ventura la madre procede del padre y del hijo? Aun eso es susceptible de explicación; pero no nos metamos en andróminas, no sea que salgan sospechándonos de kerinthianos, que es lo único que nos faltaba. ¿Por qué mencionar entonces esa imagen peligrosa? Kipling la ha mencionado antes, no yo; y muchos otros, incluso algunos doctores católicos contemporáneos, como el abate Joseph Grumel.

Así que Cristo en esta aparición nona terminó su revelación rotundamente y envió a sus Apóstoles con toda su autoridad a enseñarla. “Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra; así pues, id y enseñad a todos los pueblos...”. La misión esencial de la Iglesia jerárquica es *enseñar*. ¿Enseñar Matemáticas y Filosofía? Enseñar “a guardar todo aquello que yo os he mostrado”, la doctrina de la Fe y de la Caridad. Lo demás no está mal, pero para lo demás no tienen los curas autoridad directa de Cristo: si enseñan Matemáticas deben saberlas; y si no las saben, aprenderlas.

Para esta enseñanza salvífica, Cristo les prometió especial asistencia: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los tiempos hasta el fin del mundo”; o como dice el texto griego “hasta la consumación del siglo”. ¿Incluye esta promesa la consumación del siglo, el período del Anticristo, o la excluye? Yo no lo sé. Lo que sé es que Cristo no abandonará jamás a los suyos. Y sé también que de este texto no puede deducirse ni la infalibilidad del Papa -aunque no la excluye- ni que la Iglesia ha de triunfar siempre en sus empresas temporales -como algunos presumen- ni que en ella no habrá nunca errores accidentales o focos de corrupción; ni mucho menos una especie de temeraria *infalibilidad personal* y poder de prepotencia en favor de sus ministros más allá los límites claros y precisos en que su autoridad legítimamente se ejerce. Porque ha habido siempre y hay por desgracia quienes con decir “¡Jerarquía, Jerarquía!” quieren que uno se trague todo lo que ellos piensan, creen, dicen o hacen; lo cual es una increíble y muy dañosa falta de jerarquía, cuando el que no ve quiere guiar al que ve, y el que no sabe, enseñar al que sabe; como di) o mi tocayo, paisano y patrono San Jerónimo Dálmata en su *Epístola XL VIII*, 4.

En el nombre de la Santísima Trinidad, el Misterio Sumo y la Paradoja de las Paradojas, se hizo esta nación; o por lo menos se hizo su Capital, que francamente parece querer volverse toda la nación. Nuestro antepasados hicieron sus testamentos, encabezaron sus leyes y fundaron las ciudades principales de este país “en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas en un solo Dios verdadero, e de la gloriosísima Virgen su bendita Madre, e del Apóstol Santiago, luz e espejo de las Españas, e de su Majestad el Señor Rey Felipe el Segundo, como su Capitán e leal criado e vasallo suyo, yo Joan de Juffré...”.

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Lc 14, 16-24] Mt 22, 1-14

Esta es la *Parábola de los Convidados* (Lc XIV, 16) o sea la “Parábola de los Excusados”, como decíamos cuándo éramos muchachos y nos leían el Evangelio traducido por Torres Amat –“el Evangelio con viruelas”, que dice un amigo mío–. Allí se dice tres veces: “Te ruego que me tangas por excusado”; en vez de traducir simplemente:

–Disculpe, amigo, hoy no puedo ir a ese banquete...
 –¿Por qué no?
 –Yo –dijo el primer Convidado– he comprado una viña y tango que ir a verla.
 –Yo –dijo el segundo– compré siete yuntas de bueyes y por fuerza tango que probarlos.
 –Yo –dijo el tercero– estoy ahora en mi luna de miel, me he casado y no puedo.

No parecen malas disculpas ésas para dejar un banquete; mas sin embargo el Señor del Banquete “se enojó” desmesuradamente: “Palabra de honor os digo que ninguno de los primeros convidados probará mi banquete...”. Tampoco parece gran castigo ése, puesto que no les interesaba el banquete, y tenían más interés en sus negocios, oficios y placeres. “¡No nos interesa probar tu Gran Banquete!”, ya estaba dicho.

Y más rara todavía es la decisión que tomó el airado Convidador: hizo llenar su casa de haraposos, mendigos, inválidos y pulguientos, que hizo buscar primero en la plaza y el atrio de la Iglesia; y en una segunda tanda en cualquier parte, hasta en las tabernas: “a fin de que mi casa se llene”. Ésta es la parábola tal como está en Lucas.

En Mateo está en otra forma diversa; por lo cual algunos dicen que son dos parábolas diferentes; y algunos dicen que son tres en realidad. Verdaderamente es un solo tema, el tema del llamado y la elección divinos, tratado diferentemente, de acuerdo al género simbólica oriental: más dulce y general en Lucas, más duro y actual en Mateo. El tema es: *Dios convida a todos los hombres a participar del convite de la vida eterna; atención, es una cosa muy, pero muy seria, pasar por alto o despreciar esa invitación*. Este tema abstracto está en la predicación de Jesucristo construido en forma de símbolo; no propiamente de comparación, alegoría o metáfora, géneros de la retórica grecolatina, no usados por los orientales.

En Mateo, el Señor que convida es un Rey; los convidados se excusan también con sus negocios; pero algunos de ellos agarran a los siervos reates y los maltratan y aun los matan. El Rey manda sus ejércitos, los cuales “pasan a cuchillo a los homicidas y queman su ciudad”. No se puede imaginar más trágica terminación de una invitación de bodas. Pero hay más todavía: la sala real se llena de desechos humanos, buscados “en las encrucijadas de los caminos”: entra el Rey y se encuentra con que uno de los invitados no tiene la “vestidura nupcial”: era la boda de su hijo, y había que ir, como si dijéramos, de frac y corbata blanca. El Rey, después de increparlo, lo hace sujetar por los guardias, atarlo de pies y manos y arrojarlo a la “oscuridad de afuera”. Esta expresión “las tinieblas de allá afuera” designa en Jesucristo simplemente el Infierno, la Noche Eterna. ¡Zambomba con el Rey!

Después de lo cual la parábola termina bastante inopinadamente con la frase ya conocida: “Muchos son los llamados y pocos los escogidos” cuando parece debería decir lógicamente: “Machos son los escogidos; y uno solo el arrojado fuera.”

Hemos notado otra vez que las parábolas de Cristo ostentan una especie de desmesuras o brascas salidas del carril, que se podrían llamar *humorismo* si se quiere; pero que es un humorismo trascendental, exigido por su objeto: no humorismo jocoso, por cierto; aunque en algunos casos sí hay un tono chusco, como en la parábola del Mayordomo Camandulero. El objeto de ellas, el Misterio, es una cosa desmesurada, infinita. Cristo toma el material de ellas de la realidad cotidiana, de lo que veía en torno suyo, de las costumbres populares, de lo que contaba la gente, de las noticias que corrían... de la boca misma de sus oyentes. Fue carpintero, según parece, pero nunca tomó como materia sus recuerdos de joven, los instrumentos, la modera, los muebles; y la razón es que era un contemplativo y hablaba de lo que veía *hic et nunc*; puesto que continuamente veía lo Eterno insertándose en el Tiempo. Pero lo Eterno embutido en lo Cotidiano, le hace saltar las costuras. Cristo toma un cuentito de Reyes y de Convites como los que corrían por allí; y de repente, en el medio del cuentito,

estalla el trueno; o por lo menos, se abre una interrogación; y una especie de perspectiva mística inmensa, a veces temerosa, se abre de repente detrás de las cosas triviales de la vida: como el abismo que veía a su lado Pascal cuando caminaba por la calle. Como todos los grandes artistas, no necesitaba Cristo materiales *ricos* para hacer su obra. Como todos los artistas populares, tomaba sus temas de la boca misma de sus oyentes. Como los payadores criollos, no cantaba a María Estuardo o a Guillermo Tell, sino a Lucía Miranda, a los indios pampas, o al “contingente”⁷³.

La parábola en Lucas simboliza más bien el llamamiento *general* de todos los hombres al Reino de Dios y la vida eterna, comparada a un Convite Regio: aunque con una alusión a los judíos y a la actual predicación de Cristo, en el hecho de que los principales de la ciudad declinan la invitación y ella diverge en consecuencia hacia los inferiores, incluso lo más inferior, como los mendigos y los inútiles; el *hampa*, “esa maldita plebe que no conoce la Ley”, como decían los Fariseos. Vosotros, que os llamáis los hombres religiosos y sabios de Israel deberíais ser los primeros en entender mi mensaje religioso; pero ¡mirad! “he aquí que los publicanos y las prostitutas os preceden en el [camino del] Reino de Dios”. En Mateo, la parábola alude claramente primero a la vocación nacional de Israel a la fe; y después a la vocación personal de todos los que ya han recibido la fe –y *han entrado* a la sala regia– a la caridad y la gracia santificante, que ésa es la “vestidura nupcial”. La matanza de los siervos (de los Profetas) un hecho histórico pasado y presente; y el incendio de la ciudad (la Destrucción de Jerusalén) un hecho porvenir, están unidos en el relato por un vínculo profético, y aluden claramente a la vacación primera de Israel, sustituida por la llamada a los Gentiles “*los pobres y los lisiados*”, aunque Mateo en realidad no dice *pobres y lisiados*, como Lucas, sino “buenos y malos”. Es lo mismo: para los Judíos, los Gentiles eran los *malos*. Estos dos hechos los vinculó explícitamente el mismo Cristo en otras dos ocasiones: cuando predijo la ruina de Jerusalén a causa de que “ha matado a los Profetas y perseguido a los Enviados”; y estaba ahora al borde de dar muerte al Profeta Máximo y al Enviado por antonomasia.

¿Quiere decir esta parábola con su terminación: “Machos llamados, pocos escogidos” que es *mayor el número de los que se condenan eternamente que los que se salvan* como han concluido algunos ligeramente?

Esa cuestión teológico, o mejor dicho, ociosa –y quizá temeraria– no fue resuelta por Cristo ni entraba en su mensaje. De esto no nos harán apelar ni Tertuliano, ni San Cipriano, ni San Agustín, ni el P. Massillón con toda su autoridad.

La prueba de que no hay que tomar literalmente ese refrán –que es verdadero en otro sentido– de “machos son los llamados, pocos los escogidos” es que literalmente es falso; pues *todos* y no solamente *machos* son los llamados a la vida bienaventurada. Así pues, nada nos fuerza –y todo nos disuade– a tomar *elegidos* por *salvados*. En la elección divina hay machos planos: de hecho, los que llegan a la perfección del Amor en esta vida (los *elegidos* por antonomasia, los santos) son poquitísimos; los que llegan a una virtud cristiana completa, son pocos; los que llegan a la profesión explícita de la fe sobrenatural y al bautismo de hecho y no sólo de deseo, no son todos ni la mayoría siquiera; y así se cumple estrictamente el dicho de Cristo. Acerca de los que se salvan al final, no conocemos los abismos de la misericordia y la potencia divinas; pero podemos suponer que Dios no va a resultar un fracaso tan colosal que la mayor parte de la Creación se la llevó el diablo para empedrar el infierno. Eso sería un fracaso notorio: Dios Padre no ha de ser tan mal alfarero y Cristo tan mal curandero que después de *romperse todo* para hacer “vasos de elección” y para sanar después lo que quebró el Primer Pecado, con su sangre nada menos, la mayoría resulten *vasos de condenación* y

⁷³El autor se refiere al cuerpo militar que en el siglo pasado se reclutaba en el Ejército argentino para luchar contra los indios [N. del E.].

mueritos para en eterno. En los médicos y artistas humanos eso puede suceder; en Dios parece sería indecente.

La frase temerosa pues está basada en un hecho visible: que la perfección en lo humano, en cualquier orden, es una cosa rara, pues “*malum ut in plurimum in natura humana*”; mujeres que sean perfectamente hermosas, por ejemplo, hay pocas, pero más pocas hay que no tengan algo de hermosura, por lo menos de *la beauté du diable*, como llaman los franceses a la juventud. La frase común es pues una exhortación a la diligencia, a la fidelidad y al temor de Dios, lo mismo que la frase: “Mirad que son machos los que van por el camino ancho”... Del final del camino ancho o estrecho, Cristo no reveló nada.

Esa es una *pregunta indiscreta*.

Tres ejemplos por lo menos de preguntas indiscretas tenemos en el Evangelio:

“—Señor: ¿Cuándo será el fin del mundo?

—El día y la hora no la saben ni los Ángeles, ni siquiera el Hijo del Hombre”

“—¿Ahora es el momento en que restaurarás el Reino de Israel, conforme predijeron los Profetas?

—No es de vosotros saber los tiempos y momentos que el Padre ha reservado a su Potestad.”

“—Señor ¿y éste cómo morirá?” —le dijo San Pedro señalando a su amigo San Juan, cuando Cristo le profetizó su propia muerte en cruz.

“—¿Qué te importa?” —le respondió Cristo—. “Tú sígueme a mí.”

Ahora bien, esa pregunta indiscreta se la puso a Cristo “alguien”, dice San Lucas:

“—Señor ¿son pocos los que se salvan?”.

Cristo respondió:

“—Esforzaos en entrar por la puerta estrecha”; y después añadió una severísima amenaza a los que tenían en aquel tiempo lo que llamamos cristianismo *mistongo*; a los que hablaban de “la fe de nuestros podres”, pero no hacían obras dignas de la fe. “Los hijos de Abraham y de Isaac y de Jacob serán echados fuera: allí será el llanto y el rechinar de dientes: y en cambio vendrán muchísimos gentiles y se sentarán en el Reino de Dios.” Esta fue la respuesta de Cristo. ¿Respondió con esto que eran pocos los que se salvan? No. Dice San Agustín, que sí. Lo siento mucho, pero no respondió. No reveló nada acerca de ese punto. Como cosa de fe, *no lo sabemos*.

Otro día hablaremos de las macanas que han dicho los intérpretes, incluso algunos muy grandes, por no conocer el *género* en que están escritos los Evangelios, el género símbolo. Queda por ahora que de este símbolo de los Convidados sólo se podría deducir en esta materia que de los que pertenecen a la Iglesia —de los que *han entrado* en la Sala Regia— del montón se condena *uno*; y de los de la ciudad deicida, los que maltrataron y mataron a los profetas, sufrieron un castigo *temporal*, pues su ciudad fue incendiado y ellos dispersados; y solamente los “ingratos homicidas” fueron pesados a cuchillo: es decir, los culpables de un horrible pecado personal, no colectivo.

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS [Lc 15,1-10] Lc 15.1-3.11-32

El evangelio de hoy da las dos primeras de las tres parábolas de la Misericordia, que llenan el capítulo XV de San Lucas. San Lucas es llamado por San Jerónimo “*scriba mansuetudinis Christi*”, el escribano de la dulzura de Cristo. La tercera parábola es la del

Hijo Pródigo, el trozo literario más estupendo del mundo, mirado solamente desde el ángulo artístico: nadie ha hecho una pequeña narración más concisa, enérgica, viva y plena que ésta. Mirando desde el ángulo religioso, es mas estupendo todavía. Las otras dos son la parábola de la Oveja y de la Dracma perdidos.

En estas parábolas Cristo atribuye a Dios para con el hombre los sentimientos de un Padre: de un *padrazo*: y ésta es según Adolfo Harnack la médula y la esencia de la revelación cristiana. En el Viejo Testamento Dios no aparece como un padre de cada uno de los hombres; aparece a lo mas como un amante, el Esposo del Pueblo de Israel, celoso, exigente e irritable –o irritado por lo menos– continuamente, contra la Adúltera. Cristo no solamente llamó a Dios “el Padre, mi Padre, vuestro Padre”, sino que lo describió como un corazón enormemente paterno. Eso sí, no nos hagamos ilusiones, solamente hacia *el hijo que vuelve*, hacia el pecador arrepentido. Todos somos pecadores con respecto a Dios, ése es nuestro primer nombre; y todos necesitamos *volver a Él* primero de todo; Somos nosotros los que tenemos que movemos. Él es inmutable inmóvil; aunque Cristo lo pinte buscando la oveja perdida; pero el padre del Hijo Pródigo se queda en su casa. El sentimentalismo moderno se finge otra cosa: “Dios no me puede condenar al infierno porque es padre”, dicen. Cuentos. Su ira es tan inmensa como su Misericordia. No es El quién te condenará al infierno si no vuelves: eres tú mismo. Él te ira a buscar en todo caso, como el Pastor a la Oveja Perdida, y te traerá sobre los hombros si no resistes; pero no forzará tu voluntad. No puede forzar tu voluntad; como ningún padre la de sus hijos; pues no sería en ese caso padre, sino tirano.

Cristo era seguido por pecadores, y por los pobres y desastrados, que los fariseos tenían *a priori* por pecadores, “esa plebe maldita que no conoce la Ley”. Cristo aceptaba invitaciones a comer, conforme a la costumbre de su pueblo –y a su pobreza de maestro ambulante– en donde fuese, incluso de los Publicanos, como Zaqueo, de los Fariseos, como Simón el Leproso, no menos que de sus amigos fieles, como Lázaro y Marta. Uno de los reproches que tenían contra él los fariseos era éste: “Anda comiendo y bebiendo por todos lados, incluso con los pecadores, y los publicanos.” Cuando uno no puede invitar a su vez no debe aceptar invitaciones de nadie; es deprimente. Pero El sí podía invitar a su vez, al convite de la Palabra Divina. Y en los convites, El prometía el Gran Convite del Reino de los Cielos; no incondicionalmente, por cierto.

Se lo echaron en cara paladinamente; estos judíos eran más descarados que el negro Raúl. “Perro de marchas bodas, come mal en todas...”. “–¿Por qué tu comes con los pecadores y los publicanos?”. Jesús sonrió.

“–Vosotros parecéis esos chicos que juegan en la calle y cantan:
“Hemos tocado la flauta, la flauta
Y no habéis bailado.
Hemos tocado la quena, la quena
y no habéis llorado”,
porque vino Juan el Bautista que no comía ni bebía, y habéis dicho:
“Ese es un rústico y un salvaje”; y vino el Hijo del Hombre que come y bebe y decís:
“Ese es un endemoniado”. ¿Qué haré? ¿Y quién me librá de esta generación ignorante y adúltera?”.

Pero esta vez tomó ocasión del reproche para exaltar la misericordia de Dios hacia los pecadores: hacia todos. “No tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos; no tienen necesidad de Dios los justos sino los pecadores”, dijo, con divina ironía: porque esos

“sanos” y esos que se “tenían por justos y despreciaban a los demás”, éstos eran los más enfermos de todos, y todos tenemos necesidad de Dios y del Salvador. Y entonces les dijo: “Palabra de honor, yo os digo que hay más gozo en el cielo por un pecador que se convierte a penitencia, que por cien justos que [creen] no tienen necesidad de penitencia.” El “cielo” era El; ése era su gozo: recibir de nuevo en su casa con grandes fiestas al hijo que vuelve. Y aunque nunca salió de su casa, como el Padre del Pródigo, allí anda sin embargo por los caminos polvorientos de Galilea, en busca de ovejas y dracmas perdidos. Dios no se mueve; y sin embargo Cristo ¡cuánto se movió!

“¿Qué pastor hay que teniendo cien ovejas y hallando que una se le ha descarriado, no deja las otras 99 en el redil, y se va al monte a buscar la Perdida; y habiéndola hallado, como si fuera un corderito recién nacido la pone sobre sus hombros [la cruz] y vuelve al redil? Y lleno de alegría le dice a los otros: “Espléndido. Me fue bien. La encontré. Ahí está. Se me había perdido y la encontré. Estaba a tiro del lobo y la salvé. Vamos a brindar todos”. Así hay gozo entre los ángeles del cielo por un pecador que se convierte, más que por muchos justos.” ¿Qué les importa a los ángeles? Le importa a los ángeles, porque le importa al Rey de los Angeles. La Reina de los Angeles, que estaba allí presente, se cubrió con el embozo, y lloró unos lagrimitas.

La parábola de la Dracma repita el mismo concepto en forma tierna y humorosa; los recuerdos de Nazareth están allí: su madre, una mujer pobre y hacendosa. Una dracma (moneda griega) es un poco menos que un denario (moneda romana) digamos unos veinte pesos de ahora⁷⁴. ¿Que mujeruca hay que habiendo ahorrado diez dracmas, si nota que le falta uno, no se sobrecoge y aflige; y armándose de escoba y Interna, se pone a barrar la casa por todos los rincones, escudriña las rendijas del suelo y aparta los muebles, hasta que la encuentra? Y encontrada, la pone en su lugar, y les dice a las comadres: “¿Saben? La dracma que había perdido la he encontrado, qué suerte. ¿Saben ustedes dónde se había ido a meter?...”. Así hacen los ángeles de Dios. ¡Los Ángeles de Dios! Sí señor, los ángeles de Dios—: no por amor de ellos, sino por amor de Dios, cuando un hombre perdido es encontrado por Dios. He aquí a Dios convertido en una viajera nazaretana. ¿Qué importa? Dios es peor que una viajera nazaretana.

La *Conversión* es el fenómeno fundamental de la vida religiosa; es más importante que el nacimiento y el casamiento y hasta que el “nombramiento”: el famoso *acomodo* de los argentinos; porque es acomodarse con Dios. Todo hombre debe convertirse, no hay más remedio: “nacer de nuevo”, como le dijo Cristo a Nicodemus, de lo cual se espantó el fariseo. *Convertirse*, como el nombre lo dice significa “volverse” y *con* significa todo; darse vuelta del todo, embocar en otra dirección, mudar camino; pero es un camino interior, una evolución interior. De golpe me doy cuenta que voy mal, de golpe veo la nueva ruta, de golpe veo la verdadera meta, de golpe veo que el mundo es perro y malvado, de golpe el corazón no quiere más porquerías. De golpe... o despacio: algunos tardan largos años, como Newman o el mismo Nicodemus, mientras otros se convierten de golpe, como Paul Claudel o San Pablo: de hecho los teólogos dicen que hay en la vida *dos conversiones*. La primera conversión a Dios debería ser al recibir el sacramento de la Confirmación; pero aquí les dan la confirmación a los chicos mamando, contra el sentido de la Iglesia; con lo cual, prácticamente suprimen ese sacramento, que debería darse en la pubertad. Bien, paciencia, ésta es una nación más atrasada que la baticola, por lo menos en algunas cosas. En religión, cuando menos.

La conversión es la reordenación interior con respecto al Último Fin. Muchos psicólogos modernos dicen que se trata de una *emoción*, de un fenómeno sentimental: el mundo de hoy está podrido en sentimentalismo. Muchos psicólogos han escrito hoy sobre la

⁷⁴¿De ahora? Ahora, año 1957, un dólar y lo que gana un jornalero por día son

conversión religiosa, de los cuales el más sería que conozco es Sante De Sanctis, rector de la Universidad de Roma. Y la conversión es realmente una emoción, o suele acompañarse de ordinario de fuertes emociones –véase San Agustín –porque consiste en *una nueva economía del amor*, pero es una emoción nacida de un conocimiento. De golpe me doy cuenta que voy mal, de golpe veo la nueva ruta, de golpe veo la verdadera meta.

A veces, no de golpe. El poeta inglés Francis Thompson describió la conversión como una cacería y comparó a Dios, no con un pastor o una viajera, sino como “el Lebel del Cielo” (*“the Hound of Heaven”*). Es una parábola, más excéntrica que las de Cristo, pero con el mismo sentido: uno de los poemas más grandes de la lengua inglesa. El pecador huye de Dios; y Dios lo sigue, con la perseverancia de un lebel. La liebre se cree segura; pero oye de nuevo los ladridos lejanos, y corre de nuevo. Los pasos se aproximan implacables, haga lo que haga: el Lebel no abandona la presa, su olfato infalible lo dirige. La presa no es presa: ella huye inconscientemente de su propio bien, de su propia felicidad, del Lebel que ladra y ríe...

I fled Him, down the nights and down the days.

I fled Him, down the arches of the years

I fled Him, down the labyrinthine ways

of my own mind; and in the mist of tears

*I hid from Him, and under running laughter...*⁷⁵

Huí de Él debajo los arcos

de los años

y me escondí en las laberínticas galerías

de mi mente y la niebla llorosa de mis párpados”, etcétera.

Por suerte para Francis Thompson, cuya vida fue bondadosa y desastrada, Dios fue con él realmente como un rudo Lebel, que lo alcanzó al fin.

Damos aquí, para los amantes de la buena poesía, una hermosa versión castellana del poema de Thompson, hecha por el doctor Carlos A. Sáenz, que nos ha proporcionado otro poeta amigo, Miguel Ángel Etcheverrigaray.

EL LEBREL DEL CIELO (*The Hound of Heaven*)

Le huía noche y día
a través de los arcos de los años
y le huía a porfía
por entre los tortuosos aledaños
de mi alma, y me cubría
con la niebla del llanto
o con la carcajada, como un manto.
He escalado esperanzas
me he hundido en el abismo deleznable
para huir de los Pasos que me alcanzan:
persecución sin prisa, imperturbable,
inminencia prevista y sin contraste.
Los oigo resonar... y aún más fuerte
una Voz que me advierte:
“–Todo te deja, porque me dejaste”.
Golpeaba las ventanas
que ofrecen al proscrito sus encantos
y temblando de espanto
pensaba que el Amor que me persigue,
si al final me consigue
no dejará brillar mas que su llama;

y si alguna ventana se entreabría,
el soplo de su acceso la cerraba.
El miado no alcanzaba
a huir cuanto el Amor me perseguía.
Me evadí de este mundo;
violé la puerta de oro de los ciclos
pidiendo amparo a sus sonoros velos
y arranque notas dulces y un profundo
rumor de plata al astro plateado.
Al alba dije: “¡Ven!”, “¡ven!”, a la tarde,
“escondedme de aqueste Enamorado
de miado que me aguarde”.
Tente a sus servidores
y sólo hallé traición en su constancia.
Para Él la fe; de mí perseguidores
con falsa rectitud y leal falacia.
Pedí volar a todo lo ligero,
asiéndome a las crines del pampero.
Y aunque se deslizaba
por la azul lejanía,
y el trueno hacía resonar su carro,

⁷⁵“Huí de Él debajo las noches y los días.

y zapateaba el rayo

a huir cuanto el Amor me perseguía.
Persecución sin prisa, imperturbable
majestuosa inminencia. En las veredas
dejan los Pasos que la Voz me hable:
“Nada te hospedaré si no me hospedas”.
Ya no busco mi sueño interrogando
un rostro de hombre o de mujer, mas quedan
los ojos de los niños esperando:
hay algo en ellos para mí de veras.
Y cuando mi ansiedad se prometía
el dulce despertar de una respuesta,
los ángeles venían
y los llevaban por la senda opuesta.
“Venid –clamaba–, dadme la frescura
de la Naturaleza que guardan vuestros
labios de pureza;
dejadme jugar en las alturas;
habitar el palacio
azul de vuestra Madre, cuyas trenzas
vagan por el espacio,
y beber como un llanto de ambrosía
el rocío del día”.
Y al feo lo conseguí: fui recibido
en su dulce amistad, y abrí el sentido
de los matices de la faz del cielo
de la nube naciente entre los velos
de la espuma del mar. Nací con ella
para morir con todo lo escondido.
Me conforme a sus huellas.
Supe caer cuando la tarde cae
al encender sus lámparas de duelo,
y reír con la aurora de ojos suaves,
y llorar con la lluvia de los ciclos
y hacer mi corazón del sol gemelo.
Pero ¡qué inútilmente!
Imposible entender lo que otro siente.
Las cosas hablan un lenguaje arcano,
incomprensible, es un silencio vano
para mi inteligencia. Aunque pudiera
prenderme de sus pechos como un niño,
seguiría mi sed de otro cariño.
Y noche a noche afuera
oigo los Pasos que me dan alcance
con medida carrera,
deliberado avance,
majestad inminente,
que deja oír la Voz de la otra parte:
“–Nado podrá llegar a contentarte
mientras no me contentes”.
Espero el golpe de tu amor, inerme,
Pieza a pieza rompiste mi armadura.
De rodillas estoy, y dardo al verme
despierto y despojado.

el miedo no alcanzaba

La fuerza juvenil de mi locura
sacudió las columnas de las horas
y mi vida es un templo desplomado;
montón de años, multitud de escombros
el ayer y el ahora.
Los sueños mismos se han evaporado,
y mis días son polvo.
Las fantasías con que ataba el mundo
me abandonan: son cuerdas muy delgadas
para alzar unos tierras recargadas
por el dolor profundo.
¡Ay! que tu amor es hierba de dolores
que solo deja florecer sus flores.
¡Oh imaginero eterno, es suficiente!
Tú quemas el carbón con que dibujas.
Mi juventud es fuga de burbujas;
mi corazón la fuente quebrada
donde no queda nada
del llanto de mi mente.
¡Sea! mas ¿qué amargura
si la pulpa es amarga, me deparan
las heces? Lo vislumbro en la fisura
del telón de las nubes que rasgara
el sonar de las trompas celestiales.
Aún sin poder reconocer sus reales,
su purpura, su cetro, su guarida,
le conozco y le entiendo. Se apresura;
¡quiere mi corazón, quiere mi vida,
quiere mi podredumbre,
quiere mi oscuridad para su lumbre!
Ya la persecución está lograda.
Y la Voz como un mar en torno fluye:
“–¿Crees que la tierra gime destrozada?
Todo te huye, porque tú me huyes”.
¡Extraña, fútil cosa, miserable!
dime, ¿cómo podrías ser amada?
¿no he hecho ya demasiado de tu nada
para hacerte sin mérito aceptable?
Pizca de barro, ¿acaso tú no sabes
cuán poco amor te cabe?
¿Quien hallarás que te ame? Solamente
yo, que cuanto te pido te he quitado,
para que me lo pidas de prestado
y lo dé misericordiosamente.
Lo que tú crees perdido está en mi casa:
Levántate, toma mi mano y pesa.
Los Pasos se han quedado junto al vano
Acaso ¡oh tú, tiniebla que me ofusca
seas sólo la sombra de Su mano!
“–Oh loco, ciego, enfermo que te abrasas,
pues buscas el amor, a mí me buscas,
y lo rechazas cuando me rechazas”.

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS [Lc 5, 1-11] *Lc 5, 1-11*

La Pesca Milagrosa es un milagro *repetido*, lo mismo que la Multiplicación de los

Panes y la Echada de los Mercaderes del Templo. Cuando Cristo repita el mismo gesto, eso tiene misterio; y la segunda vez no significa lo mismo que la primera; porque de no, bastaba la primera. Este milagro significa el poder de Dios sobre los animales irracionales... y los racionales.

La Primera Pesca Milagrosa está junto con la Segunda Llamada de los Apóstoles (la llamada a ser Apóstoles y no ya meros creyentes) y la segunda “ricapesca” –como traduce Lutero– está después de la Resurrección en la penúltima –y no en la última, como dice Lagrange– aparición de Jesús: la última, antes de la Ascensión; junto con la confirmación de Pedro, pecador contrito, como jefe de la Iglesia: “Apacienta mis ovejas”.

Los milagros de Cristo tuvieron por fin mostrar Su poder, que es el poder de Dios: son la confirmación divina de lo que Él enseñó. Cristo mostró su poder sobre las cosas inanimadas caminó sobre las aguas), sobre los productos del hombre (multiplicó el pan y el vino), sobre las plantas (secó la higuera maldita), sobre los animales (en este caso) y también sobre el cuerpo humano (curó enfermos), sobre los demonios (los exorcizó y dominó) y sobre la Muerte, el gran conquistador del género humano, como la llamó el poeta Schiller, “*der Eroberer*”, resucitando tres muertos y resucitando El mismo. Pero ninguno de estos poderes podían hacer impresión tan inmediata sobre los Apóstoles, pescadores de profesión, como su poder sobre los peces: bicho que no tiene rey. Así, por ejemplo, usted puede ser el matemático, literato o filósofo más grande del mundo y su mujer de usted no se asombrará; pero si un día llega a mostrarle que sabe más que ella de cocina, se quedará impresionadísima. Y así Simón Pedro hijo de Juan se impresionó como nunca en su vida y sintió el pavor de la divinidad delante de Él: que eso significa claramente su extraño grito: “¡Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!”. Bueno, si era pecador, tenía que decir lo contrario: “¡Acércate a mí, Señor, salud de los pecadores!”, comenta Maldonado con bastante simpleza. No se trataba allí de devoterías, y San Pedro no era una beata. “No temas: desde hoy yo te haré ser pescador de hombres.”

Hay un sentimiento profundo y primordial en el ser humano, consistente en que, delante de lo infinito –es decir, de lo divino– el hombre se queda chuto. Los que han estado en una tempestad en el mar o en la cumbre de una alta montaña lo conocen; y muchos otros, además. Es el sentimiento que los ingleses llaman *awe* y que no tiene nombre en castellano: la palabra reverencia, que en latín equivale a *awe* y significa *temer el doble (revereor)* se ha gastado y no significa más *temor al doble*. Eso lo llaman hoy *sentimiento de inferioridad, de indigencia o de anonadamiento*; y constituye el fondo del sentimiento religioso, oh Maldonado ¿Es posible que nunca lo hayas sentido, oh ratón de biblioteca? Es lo que sintió San Pedro; sintió una sublimidad, una infinitud delante de Él; y se espantó. Y era para espantarse, porque en seguida Cristo le dijo que lo iba a hacer “pescador de hombres”. “Y enseguida, llevadas las canoas a la ribera, y abandonando allí todo, lo siguieron.” Algún tiempo después tras una noche de oración, bajó Cristo del Monte, se sentó entre ellos, y señalándolos y nombrándolos uno por uno, designó a los Doce. Hoy día todos somos “Apóstoles”, de labios afuera. Ser apóstol es difícil, es tremendo: pide marchas etapas y son pocos los verdaderos.

En la segunda pesca, Pedro no se espantó, Cristo resucitado apareció en un fiordo del Lago, haciéndose el forastero; y les gritó: “Muchachos ¿habéis pescado?”. Era demasiado evidente que no habían pescado nada en toda la noche, y así lo reconocieron bruscamente. Sucedió la otra pesca milagrosa, después de la instrucción del forastero: “Echad a estribor.” San Juan reconoció a Cristo y advirtió a San Pedro: “Es el Señor.” San Pedro, “que estaba desnudo, se puso la túnica y se tiró a nado”, dice la Vulgata latina; por donde se ve que el traductor de la Vulgata, a pesar de ser dalmata, no sabía nadar: no se puede nadar con una túnica. San Pedro estaba en traje *de gimnasta* –que es la palabra del texto griego: “*éen gar gimnós*”– es decir, en zaragüelles o *shorts*, como dicen ahora; y lo que hizo fue ceñírselos

fuertemente (“se ciñó”, dice el griego) porque el agua es una gran quitadora de zaragüelles, si uno se descuida. San Pedro, pues, se pasó un cinturón sobre la vestidura sumaria que tenía para el trabajo. En esta ocasión después que comieron juntos, y después de preguntarle solemnemente tres veces si lo amaba más que los otros Cristo le dijo también por tres veces delante de todos: “Pastorea mis ovejas”, y le predijo su martirio.

Este doble milagro significa pues con toda claridad el *milagro moral* de la Iglesia. Mas la primera pesca representa la Iglesia en este mundo; y la segunda, la Iglesia de la Resurrección, la Iglesia Triunfante. Y así todas las diferencias entre los dos milagros apuntan a ese sentido: en la primera, Cristo no les dice: “Echad a la derecha”, como en la segunda: la derecha siendo la señal de los elegidos en la parábola del Juicio Final; en la primera se rompen las redes y en la segunda no; en la primera llenan los botes con la pesca y en la segunda la arrastran a tierra firme; en la primera Pedro se espanta y en la segunda salta al agua apresuradamente para ir a Cristo; en la primera no se cuentan los peces y en la segunda Cristo les manda contarlos muy cuidadosamente, rechazando los chicos; y el resultado son 153 peces grandes. Finalmente, la primera tiene lugar al comienzo del ministerio *eclesiástico* de Cristo; y la segunda a la vista de Cristo resucitado. Y Cristo no está más en la barquilla: está en la ribera.

En ningún otro Evangelio los símbolos son tan claros como en éste: la derecha es el lugar de los elegidos, ya lo hemos dicho; el romperse las redes significa las herejías y cismas que acompañan a la Iglesia en este mundo; la tierra firme en contraposición al mar significa siempre en los profetas lo divino con respecto a lo terrenal, la religión contrapuesta al mundo; el contar los peces significa el juicio y la elección; e incluso el número 153 significa algo. De modo que los *pescadores de hombres* pescarán dos veces: una durante la duración de este mundo y otra al final de él; la primera pesca llenará la barquilla de Pedro, la segunda el convite de la bienaventuranza y eso por virtud de lo Alto y no por virtud humana, porque “sin Mí nada podéis”; las dos pescas son *milagrosas*. Cristo figuró siempre en sus parábolas la alegría de la vida bienaventurada como un convite; y en afecto, allí al llegar a las márgenes del fiordo (la desembocadura del arroyo Hammán, según se cree) les tenía preparado un almuerzo no por modesto menos alegre; había un pez asado al fuego, pan y miel; y había sobre todo la presencia gloriosa del Maestro amado. Los ciento cincuenta y tres peces grandes resultaron pues un lujo. No dice el Evangelio que los tiraron de nuevo al mar; pero bien puede ser que hayan seguido a Cristo olvidados de todo y “abandonándolo todo”, como la primera vez –yo, conque Dios me dé en el cielo “olvidarlo todo”, me doy por satisfecho. ¡Qué convite de bodas! Dormir es lo que necesito–.

¿Es esto que hemos hecho con estos dos evangelios paralelos una *alegoría*? No es una alegoría, no es el *sentido alegórico* que llaman. Es el segundo *sentido literal*: o sea el sentido religioso, místico o *anagógico*, como dicen los pedantes. En la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, S. S. Pío XII recomienda mucho a los exégetas que busquen el sentido literal; y que sobre él, como es obvio, funden todos los demás; y los previene y desanima contra la “alegoría” o “sentido traslaticio”, como allí se llama; de la cual abusaron bastante, conforme al gusto de su época, que no es el nuestro, los exégetas antiguos. Para dar un ejemplo de estos diversos sentidos de la Escritura, legítimos en sí mismos pero subordinados entre sí, sirva este evangelio: en afecto, San Agustín interpretó alegóricamente el número 153; y San Jerónimo en el sentido literal segundo.

¿Quiere decir algo ese número? Ciertamente; porque no de balde Cristo hizo numerar los peces, y el Evangelista lo escribió. ¿Qué quiere decir? San Agustín nota que 153 es igual a la suma de todos los números enteros de uno hasta diecisiete; y el número diecisiete se descompone en diez más siete: *diez* significa los Preceptos del Decálogo y *siete* los donas del Espíritu Santo: he aquí juntas la Ley Antigua y la Nueva. Esta alegoría matemática es muy ingeniosa, pero si Cristo hubiera querido dar a entender eso, los Apóstoles se hubiesen

quedado en ayunas; y todos los cristianos hasta el siglo IV; y los demás, también.

San Jerónimo, que estaba en Palestina en el mismo tiempo en que San Agustín profería su sermón N° 251 —el más hermoso de sus sermones— descubrió el acertijo quizá por un casual: averiguó que los pescadores palestinos creían que 153 especies diversas de peces existían y nada más; y parece que esta creencia era general, puesto que Jerónimo cita como autoridad sobre ella a Oppiano de Cilicia, poeta que vivió 180 años después de Cristo. De ese modo, el símbolo era transparente, aun para los Apóstoles; significaba que en el Reino de los Cielos habría hombres de todas las especies —y hay una repetición del mismo símbolo en la visión que tuvo San Pedro en Joppe en el mismo sentido—, judíos y gentiles, orientales y occidentales, chinos y franceses, blancos y mulatos, inocentes y pecadores, empleados públicos y vendedores ambulantes de ojos artificiales; e incluso algún ex ladrón y alguna ex prostituta: excepto solamente los usureros y los politiqueros, gracias a Dios. Ésos, aunque solemos llamarlos *pejes*, son sapos y culebras en realidad —esto último es sentido alegórico; y no lo inventó San Agustín, sino yo—.

“Los hechos del Verbo también son verbos”, dice San Ambrosio: los milagros de Cristo, además de ser un beneficio a sus receptores son también y muy principalmente un símbolo, una parábola en acción: “uno *eodemque sermone, dum narrat gestum, prodit mysterium*”, dice Gregorio el Magno. De modo que este doble milagro, al mismo tiempo que significa el poder de Cristo sobre los animales, es también signo de la Iglesia en sus dos estados: Militante y Triunfante; y de la bienaventuranza. ¡Dichoso pues el que sea pescado de esa suerte y sea sacado de las tinieblas a la luz; y de animal salvaje se convierta en manjar sabroso, asado por el fuego de la tribulación, aderezado con la miel de la gracia divina, digno de la mesa de Dios!

DOMINGO QUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 5, 20-24] Mt 5, 17-37

Lady Julia de Strindberg, *Servicios prestados* de Sommerset Maugham, *La muerte de un viajante* de Miller, *Llega un Inspector* de Priestley, *Seis personajes en busca de autor* de Pirandello...: éstas son piezas que se han dado el año pasado en Buenos Aires, y nadie puede negar que son de lo más alto que ha producido el arte contemporáneo. ¿Qué representan esas piezas? Representan la perdición del alma: la condenación eterna... en esta vida.

Francamente, no valía la pena haber negado el infierno en la otra vida para instalarlo en ésta...

Cualquiera que conozca la gran literatura contemporánea sabe que está *infiernada*: que el ateísmo ha traído consigo la desesperación. Fuera de los autores que han conservado la fe cristiana y han puesto al servicio de ella su talento (un Claudel, un Belloc, una Selma Lagerlöf) la desesperación, la miseria total sin remedio, en un millar de formas diferentes es el verdadero “tema de nuestro tiempo”.

Pero eso no es todo... No, eso no es todo. El resto es tango, zarzuela y sainete, saltimbanquería, y sofística para “divertir” a la gente a fin de que pueda pasar la vida a un nivel inferior al de las bestias y no darse cuenta... hasta que llega el momento inevitable de darse cuenta. Hacer olvidar a la gente de la Muerte, y de la misma Vida. El título de las revistas “humorísticas” porteñas... el mismo título indica quién es la aristocracia porteña, supuesto que el “humor” es señal de aristocracia: *Avivato*, *Rico Tipo* y *Pobre Diablo*, la cual es pornográfica o poco menos. Pero todos estos aristocráticos “avivatos” porteños llega un día que van a la quiebra: y entonces se ve que no eran más que “pobres diablos”; o ni siquiera eso: pobres gatos.

Esto es lo que podemos llamar “el Mundo”. La otra alternativa es el Sermón de la

Montaña.

Estos grandes literatos de la desesperación han leído también el Sermón de la Montaña. Dicen que es sublime, hechicero y encantador. Dicen después que hoy ya no se cumple, que nunca se ha cumplido, que no se puede cumplir. ¡Qué lástima! La humanidad sería tan hermosa si se pudiera cumplir...

El Sermón de la Montaña no es sublime, hechicero ni encantador en el sentido de los estetas. Es una composición áspera y descarnada –por lo menos tal como la dan los tres capítulos de Mateo–, que comprende tres grandes temas generales y una cantidad de avisos particulares al final. Puede llamarse con el título general de “Relación de la Antigua Ley a la Nueva”; o simplemente “La Transmutación de la Ley”. Es evidente que Mateo ha resumido y quizás ha unido varios sermones o *recitados*: los recitados de *estilo oral* no son tan largos. Es probable que se profirió lentamente en varios días consecutivos. Se puede llamar el núcleo vital de la moral cristiana.

El Sermón tuvo lugar en la Primera Misión de Galilea sobre “un monte” que la tradición retiene fue la colina llamada “Cuernos de Háttim” en las estribaciones del gigantesco y siempre nevado Hermón¹: donde dos salientes rocallosas forman una especie de púlpito natural para los que se sitúan al pie, en el “Valle de la Paloma”, a la vista del mar de Galilea, y de Magdala y de Bethsaida Julia. Cristo había iniciado ya su trabajo en Jerusalén, con la irrupción violenta en el Templo, la conversión de Nicodemus, y la llamada de los discípulos: había curado al hijo moribundo del Régulo y a la suegra de San Pedro, y a “innumerables enfermos”; la primera pesca milagrosa y otros milagros; había condenado el fariseísmo y sido expulsado de la sinagoga de Cafarnaúm e intentado ser muerto en la de Nazareth, su ciudad natal; en consecuencia su nombre había corrido por toda Siria, y era seguido por una inmensa muchedumbre (*turba multa*) de Galilea, de Judea, de Jerusalén, de la Decápolis y la Transjordania. “Ha surgido un gran profeta en Nazareth.” Hacía siglos que en Israel no se levantaba ningún profeta. Era eso para el pueblo una de las señales de que el Mesías estaba cerca.

En el evangelio del Domingo quinto después de Pentecostés (Mt V, 17) se lee un pequeño trozo muy característico de este Sermón, que comienza en las sorprendentes y paradójales “Bienaventuranzas”: bienaventurados los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed, bienaventurados los perseguidos... Después de esta especie de contradicción seca al sentido y a la felicidad del mundo, Jesús anuncia que va a dar su Ley: “no para destruir la Ley Antigua sino para completarla”; porque ni una sola *i* de la ley, ni un punto sobre la *i*, ha de pasar, sino que toda ella durará más allá de los siglos. Y después condena la “santidad” de los escribas y fariseos, que no sólo habían abrumado la ley de Moisés con sus mandatos supererogatorios, sino que de hecho la habían cambiado; fenómeno general en todas las morales: el núcleo primitivo y vivo de la moral se concreta primero en mandatos positivos de la autoridad, los cuales terminan –si no se tiene ojo– por hacer desaparecer el núcleo; y así la moral viva puede ser sustituida por la moral formalista y rutinaria, el convencionalismo muerto; cuyo extremo es *el fariseísmo*. La moral se va en follaje y palabrería, primero, vaciándose por dentro, y después se llena de hipocresía: ése es en suma el proceso, que puede ser muy largo y tiene varios grados.

“Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás: y el que mate será reo de juicio capital... Pero Yo os digo: todo el que se aire con su hermano, será reo de Juicio: y el que lo llame “Idiota” será reo de Sinedrio; y el que lo llame “Loco” será reo de la gehenna del fuego”, es decir, del infierno. Con esta impetuosa declaración comienza Cristo la corrección de la Ley farisaica. ¿Pena de muerte al que trate a otro de “loco”? ¿No es exagerar un poco? ¿Demasiada delicadeza?

¹Según Bover S. J. en su comentario a la Vida *de Cristo*, en láminas de W. Hole.

Se puede matar con la lengua: con una calumnia, con una difamación, con una contumelia; y el que lo hace con la lengua no es menos homicida que el que lo hace con las manos; ni menos digno del castigo de los homicidas. Se puede llamar *loco* a uno ligeramente y aún tal vez amistosamente; pero la contumelia, el insulto grave lanzado a la cara, no menos que la calumnia, puede ser pecado mortal porque puede tener efectos mortales; y por de pronto, rompe la convivencia, lo cual es grave. Los moralistas estoicos decían: “No hagas caso de las lenguas de los hombres, déjalos que digan lo que quieran; con la lengua no se puede romper ningún hueso...”. Son cuentos: con la lengua se pueden ocasionar daños enormes y permanentes, irreparables a veces; y se puede romper un corazón. Ojo con las “palabras irreparables”.

Cristo añade un precepto gravísimo, y muy olvidado hoy día. “Si estás ante el altar para ofrecer tu sacrificio y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí mismo tu sacrificio, y vete a reconciliar con tu hermano; y después retorna a ofrecer tu sacrificio.” Esto lo han olvidado hoy día incluso algunos que ofrecen cada día sacrificio. Pero el que no repara en esta vida los daños, ofensas o iniquidades que ha hecho, tendrá que pagar mucho más caro en la otra; porque la injusticia no reparada es una cosa inmortal; y tiene una cosa curiosa, que el que ha hecho una injusticia y no la repara, se ve llevado a hacer muchas otras: es como una úlcera que crece; cosa que se puede ver todos los días, y notó nuestro Martín Fierro. Por lo tanto:

“Arréglate con tu adversario cuanto antes, mientras estés en el camino con él, antes de llegar al juzgado; no sea que —si se te acaba el camino— el adversario te entregue al juez y el juez te entregue al alcaide, y el alcaide te meta en el calabozo: palabra de honor, te digo que no saldrás del calabozo hasta después de pagar el último centavo.”

Este es uno de los textos —el principal— en que leen los Doctores la existencia del Purgatorio; porque evidentemente dice que *se pueda pagar* también en la otra vida; y ese *calabozo* que está al fin del camino, y en donde se puede *acabar de pagar y después salir*, no puede ser el Infierno: no es la “Desesperación”, no es el “*lasciate ogni speranza voi ch'entrate*”. Es el Purgatorio.

Y así continuó Jesucristo *interiorizando* la ley exterior de Moisés y la ley falsificada de los fariseos; prohibiendo los pecados no solamente de obra, sino de pensamiento y deseo; no solamente los daños visibles, sino también el odio invisible; no sólo los errores de las manos, sino principalmente los del corazón: los deseos deshonestos, el divorcio, el juramento vano y ligero y no sólo el perjurio; y añadiendo a lo que es de pura *justicia* —que era el núcleo de la moral hebrea— lo que está más allá de la justicia, y es de pura caridad y grandeza de alma. “Oísteis que ha sido dicho: amarás a tu hermano y odiarás a tu enemigo; yo os digo: amad a vuestros enemigos. Oísteis que ha sido dicho: pagarás tus deudas. Yo os digo: dad a quien os pida, prestad sin interés, si es posible. No resistáis al mal: si alguien te golpea una mejilla, dale la otra...”. Y siguen los consejos positivos de la limosna, del ayuno, de la confianza total en Dios, “como los lirios del campo”; y sobre todo, de la oración.

La notable fórmula con que encabeza Cristo todos estos Preceptos y Consejos morales: “Oísteis que fue dicho a los antiguos, Yo empero os digo” dejó asombrados a los oyentes; efectivamente, muchos de los preceptos ampliados o corregidos eran del mismo Moisés; y la fórmula significaba pues *por lo menos* que Cristo tenía más autoridad que Moisés: que Él era nominalmente el “Gran Profeta” que Moisés había predicho vendría después de él, “a enseñarnos todo lo demás”. Pero bien mirado, significaba mucho más todavía: sólo Dios puede imponer preceptos de este tipo al hombre, pues solamente en nombre de Dios los impuso Moisés; y Cristo los imponía en nombre suyo. No decía como Moisés: “En el nombre del Señor os mando: esto me ha dicho el Señor...”, mas decía tranquilamente: “Yo os digo.” Y la gente no dejó de entender esto, pues exclamaron: “Un gran profeta se ha alzado en Israel: y ¿quién es Este, que habla con tal autoridad?”

Hoy dicen que no tenía tal autoridad, que fue un gran poeta gnómico y lírico...

–El Sermón Montano no se puede cumplir.

–Usted no sabe si se puede cumplir o no, porque no lo ha probado. Muchos lo han probado y saben más que usted en la materia.

–El Sermón Montano nunca se ha cumplido en el mundo.

–El Sermón Montano se ha cumplido por una minoría desde que Cristo habló hasta hoy: y esa minoría actuando a manera de levadura, levantó la Moral de Occidente, y en consecuencia su prosperidad y su felicidad, a un nivel que hubiese asombrado a los moralistas paganos.

–Por lo menos, ahora no se cumple más el Sermón Montano: eche usted una mirada a la Humanidad de hoy; el que quisiera seguir a la letra a Cristo sería hecho trizas o tenido por loco... la lucha por la vida... no hay más remedio.

–Confieso que hoy los que siguen perfectamente a Cristo son pocos; y “la multitud” ha apostatado, con los halagüeños resultados que usted dice; pero hasta que se acabe el mundo, habrá algunos o al menos uno que obedezca a Cristo, el cual dará “testimonio de la Ley contra ellos”. Y la Ley durará siempre, y será restaurada, sancionada y vindicada un día, aunque sea con la mayor violencia; y ¡ay de aquel que en ese día sea hallado fuera de ella! – cuando sean sacudidos los basamentos de la tierra, se derrumbe todo lo edificado sobre la mentira y vuelva en gloria y majestad el Legislador a hacer “nuevos cielos y nueva tierra”... Porque “los cielos y la tierra pasarán; pero mis palabras no pasarán”.

DOMINGO SEXTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mc 8, 1-9] Mc 8, 1-10

Hemos dicho en el evangelio anterior que cuando Cristo repite un milagro (un gesto, una parábola en acción) eso tiene una significación. Cristo no hacía cosas superfluas. Tenía poco tiempo para cumplir su obra, y no podía gastarlo en fiorituras.

Poco tiempo después de la multiplicación de los panes en la colina de Batiha cerca de Cafarnaúm y de Bethsaida de Julia, que ya hemos considerado, Cristo repitió ese milagro a poca distancia de allí, en las orillas del Lago, no lejos de la hoy indeterminada región que Mateo llama “Magadán”; y Marcos, “Dalmanutha”. La opinión de los racionalistas alemanes de que se trata de un solo hecho –mítico por lo demás– que los cuatro Evangelistas han desdoblado, es tan descabellada que no merece detenernos. Los dos milagros están narrados talmente que hay que creer o reventar: es decir, o bien aceptar el relato evangélico *ut jacet*, o bien descartar totalmente esos cuatro documentos como ahistóricos y sostener que de Cristo no sabemos absolutamente nada, ni su existencia siquiera: posición absurda, pero no tan ilógica como la de recortar el Evangelio en trocitos, y, *éste-quiero éste-no-quiero*, componer un nuevo libro con los retazos, sin más autoridad para ello que la más presuntuosa impiedad.

Mateo y Marcos narran el milagro casi con las mismas palabras; Mateo más escueto, como suele. El milagro segundo parece coincidir en todo con el primero, excepto en las cifras: la misma muchedumbre heterogénea y ferviente, la curación de innumerables enfermos y estropeados, el hambre por oír la palabra, la compasión de Cristo: “Tengo lástima del pueblo, porque hace tres días que me siguen y no han comido”; la objeción de los Apóstoles, el mandato de que “les den ellos de comer”, la colecta de vituallas (7 panes y algunos pececillos), el ordenamiento del pueblo en grupos regulares (*anápéssein*) de cincuenta y cien (4.000 varones), la solemne bendición del pan, la recolección de los fragmentos (7 espuertas o canastos grandes), la inmediata retirada de Cristo a bordo de la lancha de Pedro a través del Lago; y en una conversación posterior –después de un choque doloroso con los fariseos en Dalmanutha, que hizo “gemir” a Cristo, dice Marcos– la misma reprensión a los Apóstoles de

“no entender la Palabra de los Panes”. “Sois siempre los mismos, cabezudos, pocofidentes, ¿todavía estáis sin inteligencia? ¿Hasta cuándo, Dios mío?”. Porque “no habían entendido la palabra de los panes”, dirá más tarde el cronista sacro. Hay pues aquí una palabra que entender.

Lo que difiere son únicamente las cifras: notadas exactamente por todos los Evangelistas y repetidas por Cristo más adelante.

“Cuando repartí cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas espuertas recogisteis?

—Doce.

—Cuando repartí siete panes entre cuatro mil, ¿cuantos canastos de sobrantes quedaron?

—Siete.

—¿Y todavía no entendéis?”.

He aquí el rasgo misterioso: cuanto menos panes, más gentes alimentadas y más excedente; cuando más panes hechos de mano de hombre, menos gentes (un millar menos) y menos superabundancia; una inexplicable proporción inversa. Parecería según esa proporción que si hubiese habido un solo pan, se hubiese podido alimentar con él a un quíntuple ejército, a veinticinco mil hombres; y a lo mejor con medio pan alimenta Cristo a todo el Universo. De hecho en la Última Cena, al repetir el gesto ya dos veces advertido, levantó en sus manos un medio pan. Para hacer su obra Cristo pide primero lo poco que tenemos —eso sí, todo lo que tenemos—; pero cuanto más poco es, más parece exaltarse su poder. Porque ese pan multiplicado representaba la Palabra de Dios; y también —y después de eso— la Eucaristía.

Un filósofo católico, Jácome Maritain, ha explicado bien la función de los *medios ricos* y los *medios pobres* en manos de la Iglesia: Dios ama los *medios* o instrumentos pobres, para que el hombre no se alce con la gloria, que es de Dios. Cuando la Iglesia esta en posesión de *instrumentos ricos* o quiere trabajar con ellos, el poder, la influencia, el renombre, la astucia política, la diplomacia, los ejércitos, los nombres ilustres, y en fin, ese *útil de útiles* que es el dinero, queda herida de esterilidad o al menos de sequía; tanto que a veces permite Dios que violentamente se los arrebaten o anulen. Esas son las armas del mundo, y la Iglesia, tentada de mundanidad, se enreda con ellas o se lastima, como David con la armadura de Saúl. Cuando Mendizábal en España, hace un siglo y medio ahora, arrebató violencia los bienes materiales de la Iglesia —como Rivadavia su imitador entre nosotros en 1825—, el filósofo Balmes en un luminoso opúsculo condenó ese despojo inicuo y sacrilego, prediciendo iba a traer malas consecuencias al país, como las trajo en efecto; pero sacó en limpio también una lección para los eclesiásticos que no empleaban rectamente esos bienes, puesto que los estudios eclesiásticos estaban por el suelo; y *lo primero* que necesita la Iglesia son *sacerdotes bien formados*. *El medio pebre* que usa Dios para salvar a un país es la Palabra de Dios; que es un útil pobre; es una espada de acero, no es un cofre de oro. Pero hay que prepararse para ser digno de ella: todo es poco para prepararse a manejar la Palabra.

Se quejan de que en la Argentina no hay sacerdotes... ¿Y cómo los va a haber? ¿De dónde van a salir? En realidad en la Argentina faltan unos doscientos cincuenta sacerdotes; pero sobran unos quinientos... como dijo el cardenal Dubois. En Washington hace ya más de un siglo —exactamente 116 años— existe una Universidad Católica; y aquí ni por sueños; y Washington es una capital protestante. Aquí se ha gastado dinero en hacer grandes templos vacíos y feos y grandes edificios de seminarios desteñidos. ¿De dónde van a salir los buenos sacerdotes sino de jóvenes bien educados, universitariamente educados? ¿Por ventura de grandes arriadas de pobrecitos muchachitos reos de los suburbios de Buenos Aires, prácticamente ineducables en general, porque lo que se mama en la cuna sólo se quita en la sepultura?

La palabra es una cosa débil, es un soplo, un vientito, unas patas de moscas sobre un papel; pero aun en el orden humano, es bien rudo aquel que no conoce el tremendo poder de

“las palabras concertadas en orden”, que dijo Belloc. Mas cuando ese vientito se conecta con el viento de Pentecostés; cuando sale de la boca de un hombre que se ha vaciado de sí mismo para ser un simple resonador de la Verdad; de un hombre que cuando tiene que ir al encuentro de los enemigos de su Dios, no piensa largamente ni concierta en orden sus dichos y respuestas, porque se siente anonadado, pequeño y nulo; pero sabe que llegado el trance, el Espíritu le pondrá en la boca la palabra que El quiere... entonces el *medio pobre* de la palabra es fuego y es luz, es estoque y daga, es alimento y es arma. Y no tiene otra arma la Santa Madre Iglesia; pues todas las otras son para servir a ésta. ¡Y ay de nosotros cuando las otras pretenden suplantarla!

Después de la primera Multipanificación, Jesús dijo en la Sinagoga de Cafarnaúm que les iba a dar el Pan de Vida, el Maná, el Alimento Celeste; y declaró paladinamente que ese alimento era la palabra de Dios, que se multiplica maravillosamente tanto más cuanto más pequeña y pura es; porque si yo reparto una verdad, yo no me quedo sin ella ni ella disminuye, antes aumenta en mí; y aumenta en todos aquellos que de mí la reciben y la enseñan, como los panecillos en manos de los Discípulos. Ésta es la verdadera multiplicación del Pan de Vida. “No Moisés os dio a vosotros el pan del cielo; mi Padre os da el Pan del cielo verdadero. El Pan de Dios es el que descendió del Cielo y da la vida al mundo. –Señor, danos siempre de ese pan–. Yo soy el Pan de Vida, el que viene a Mí no hambrearé más; y el que cree en Mí no se ensedientará jamás. Pero vosotros no creéis”... Maldonado advierte que todo este largo sermón y diálogo de Cafarnaúm versa al principio directamente sobre la Fe y la Palabra de Dios e *indirectamente* sobre el Sacramento de la Fe, que es la Eucaristía; para divergir insensiblemente al final a hablar directamente de la Eucaristía, que presupone la fe y sin la fe nada es. Pero ambas cosas van y deben ir juntas. Y así San Agustín resume enérgicamente todo el Sermón diciendo: “Si no comes primero a Cristo con la mente, de balde lo comes con la boca; si el Verbo hecho carne no te entra primero al corazón por los oídos, poco ganarás con que te entre en el estómago.” Ésta debe ser la explicación del poco fruto de tantísimas “comuniones”.

“Tened cuidado con el fermento”, añadió Cristo estando ya en la barca. Los fariseos le habían pedido “un signo en el cielo”, es decir, un milagro como el de Josué por ejemplo: que hiciese parar el sol. “¿Y tú qué milagro mayor haces?”. Cristo había gemido en su corazón y había gritado con los labios: “Esta generación bastarda pide un signo en el cielo; os juro que no se dará ese signo.” Los Apóstoles cuchicheaban entre sí: “Porque nos hemos olvidado de traer pan, por eso nos dice: cuidado con la levadura.” Cristo les dijo: “¿No veis que os hablo de la levadura de los fariseos (*“fermentum phariseorum”*)”.

La “levadura de los fariseos” consiste en la palabrita que hace levantar toda la masa, pero para volverla agria y venenosa; es también un vientito sutil. El fariseo no miente del todo ordinariamente, se contenta con decir media verdad y callar la otra. El fariseo cuando es Superior dice: “¡Debéis obedecer a vuestros superiores!” lo cual es verdad; pero no dice: “Mas los Superiores deben mandar según la palabra de Dios, y deben incluso poner su vida por sus súbditos.”

*Dijiste, media verdad.
La partiste por el eje.
Ahora ya es mejor que calles.
Porque mentirás dos veces.*

Esas medias verdades que son a veces peores que mentiras penetran y fermentan la mente colectiva, contaminando imperceptiblemente incluso los ánimos buenos y bienintencionados, que las repiten inocentemente; como las repetían en su conversación los discípulos al mismo tiempo que remaban, mientras Cristo en la popa del bote acunaba su

tristeza. “Cierto, nunca ha hecho ningún signo en el cielo; y ¿por qué será?”. Había hecho un signo en el cielo cuando nació; y había de hacer otro al morir.

Así pasó la segunda multiplicación de los panes; y largo trecho después, el Evangelista interrumpe otro relato para decir rememoriosamente: “Porque ellos no habían entendido aún La Palabra de los Panes.”

DOMINGO SÉPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 7, 15-21] Lc 6, 39-45

El evangelio de hoy (Mt VII, 15) está tomado del final del Sermón de la Montaña, y es un aviso sobre *los falsas profetas* seguido de la parábola de la Uva y del Abrojo, o sea de los frutos del buen y el mal Arbol; los cuales se dan como señal para conocer el Seudoprofeta.

Cristo previno muchas veces contra los Seudoprofetas que son simplemente los herejes; y los doctores, poetas, moralistas –que estas tres cosas eran los profetas hebreos– de la impiedad; y predijo que en los últimos tiempos los habría a bandadas.

Siempre ha habido en la historia de la Iglesia quienes “viniendo a vosotros con vestidura de oveja, por dentro son lobos rapaces”, como los describió Cristo; es decir, vienen con vestidura de pastores, los cuales suelen usar zamarras o pellizas de piel de oveja. Todos los herejes han tomado una parte de la doctrina de Cristo; y exagerándola la han convertido en una deformidad y en un veneno; muchos de ellos han tenido apariencias de hombres píos, benéficos y altruistas; y han sido hábiles en manejar las grandes palabras que –diferentes en cada época– conmueven el corazón del pueblo, como Libertad, Igualdad, Fraternidad, Democracia, Justicia, Compañerismo, Paz, Prosperidad, y toda la letanía. Contra ellos no es muy fácil precaverse. “Por sus frutos los conoceréis”, repite Cristo. Las obras no mienten.

Los amargos frutos de la bandada de seudoprofetas que se levantó desde fines del siglo XV”. a manera de manga de langostas, arbolando las palabras de “Ilustración, Tolerancia, Progreso, el Siglo de las Luces y la Mayor Edad del Género Humano”, de sobra los conocemos porque los estamos sufriendo: las consecuencias del aclamado “Siglo de las Luces” fueron dos atroces guerras mundiales y una descompostura general del mundo, que anuncia una guerra peor. La “tolerancia” de Voltaire ha acabado en toda clase de persecuciones; la “libertad omnímoda para todos” ha producido despotismos, tiranías y lo que llaman el “Estado totalitario”, teorizado por Hegel; el “concierto de todas las naciones” de Condorcet ha servido para romper la barrera defensiva de Europa (el “Río Eúfrates”, que dice la Escritura) y abrir la puerta al Asia, que se yergue ahora amenazante sobre ella; y la “Paz Perpetua” de Kant ha producido la “Guerra Fría”. Las malas doctrinas, aceptadas y gritadas sin tasa por los pueblos borrachos, han descoyuntado los huesos del mundo; y el mundo se agita hoy enfermo y angustiado; y más borracho que nunca. ¿Por ventura se recogen uvas del abrojo o higos del cardal?”. Muy malo era todo eso, pues ha producido tales frutos. Produjo lo contrario de lo prometido.

Los Seudoprofetas siempre prometen cosas fáciles y halagüeñas: de eso viven; y medran. Esa es la nota que Isaías y Jeremías enrostran a sus falsificadores y perseguidores: que son aduladores, simplemente; de la estirpe de los *sycofantes* que tan bien caracterizó Platón en el *Fedro* y en *El Sofista*. Es fácil prometer mil años de paz, un viaje al planeta Marte –donde el clima es mejor y hay grandes yacimientos de uranio– y la prolongación de la vida hasta los 150 años por medio de la penicilina. Leo en una revista alemana: “Dentro de dos millones de años, el Hombre habrá evolucionado en tal forma que nosotros a su lado pareceremos gusanos.” ¡Qué felicidad... para el que lo vea! ¡Que Dios te conserve la vista, m'hijo!

La “idolatría de la Ciencia” que domina a la época actual es una evolución de la

“Superstición del Progreso” que fue el dogma eufórico del siglo pasado. Efectivamente, el famoso “Progreso”, prometido a gritos por Condorcet y Víctor Hugo, no se ha dado en ningún dominio, excepto en el dominio de la técnica, que es lo que hoy día llaman “Ciencia”. Pero la técnica no puede ser adorada ni siquiera venerada: puede servir al bien o al desastre, sirve para hacer las bombas de fósforo líquido y las atómicas, lo mismo que la vacuna contra la poliomielitis; y puestos en una balanza los estragos espantables junto a los bienes que ha dado la “técnica” en nuestro siglo, yo no veo que ganen los bienes. Preservar a un niño de la parálisis infantil para que después sea quemado vivo por una bomba de fósforo, como los niños de Hamburgo; o de uranio, como los de Hiroshima, no me parece gran negocio.

La veneración de la “Ciencia” es lo que ha sustituido a la religiosidad en las masas contemporáneas; y por tanto podemos decir que es lo que la ha *destruido*; porque, como dicen los franceses, “sólo se destruye lo que se sustituye”: por eso la hemos llamado “idolatría”. “No adorarás la obra de tus manos”, dice el segundo mandamiento. La ciencia actual es muy diversa de la ciencia de los griegos, o la ciencia de los grandes siglos cristianos. La ciencia antigua era una actividad religiosa o casi religiosa, movida por un amor y encaminada al bien. Hoy día la “Ciencia” es impersonal, inhumana, exactamente como un ídolo. Desde la segunda etapa del Renacimiento (siglos XVI y XVII) la concepción de *ciencia* es la de un estudio cuyo objeto está colocado fuera del bien y del mal; y, sobre todo, del bien; sin relación alguna con el bien. La ciencia estudia los hechos como tales: los hechos, la fuerza, la materia, la energía, aislados, deshumanizados, sin relación con el hombre y menos con Dios: no hay en su objeto nada que el corazón del hombre pueda amar. Los móviles del “científico” actual no son móviles de amor a Dios o al prójimo; ni siquiera a su ciencia. Es reveladora la amarga confesión de Einstein que en sus últimos días decía que: “de poder volver a vivir sería plomero o vendedor ambulante, pero no físico”. Y sin embargo la física le dio todo lo que a ella el científico le pide: gloria, fama, honores, consideración, dinero. Más que eso no puede dar un ídolo.

Un sacerdote no puede admirar la “técnica” moderna de un modo incondicional, ni adularla para quedar bien con las muchedumbres, o aparecer como hombre adelantado y “de su tiempo”. Al contrario, debe mirarla con cierta sospecha, puesto que en el Apokalypsis están pronunciados los falsos milagros del Anticristo, los cuales se parecen singularmente a los “milagros” de la Ciencia actual. “La Segunda Bestia, la Bestia de la Tierra, pondrá todo su poder al servicio de la Primera, la Bestia del Mar; y la facultará a hacer prodigios estupendos, de tal modo que podrá hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos...” (Ap x”, 1213). Eso ya lo conocemos, eso ya está inventado. No sabemos quién será esa llamada “Bestia de la Tierra” pero sabemos que el Profeta la describe como teniendo poder para hacer prodigios falaces por un lado; y por otro, con un carácter religioso también falaz, puesto que dice que “se parecía al Cordero, pero hablaba como el Dragón”. Esa potestad o persona particular que será aliada del Anticristo y lo hará triunfar será el último Seudoprofeta, por lo tanto. Y por sus frutos habrá que conocerlo; porque sus apariencias serán de Cordero.

Pero se podría decir: “Si hemos de conocer al árbol por sus frutos dañinos ¿no será ya demasiado tarde, porque el daño ya está hecho? ¿Acaso sirve de algo conocer los hongos venenosos después que uno los ha comido, por sus efectos? ¿No es mejor conocerlo por sí mismo, por sus hojas y su forma? Y de hecho ¿no conoce así la Iglesia a las herejías, por medio de sus teólogos y doctores, confrontándolas con la doctrina tradicional, y rechazándolas en cuanto se apartan de ella?”.

Eso es verdad; pero se aplica a las herejías antiguas, no a las nuevas. La elaboración de la *ortodoxia* se ha hecho poco a poco; y justamente en la lucha multiforme con nuevas y nuevas herejías. Ahora es fácil conocer a un arriano, un macedoniano, o un protestante; no así cuando aparecieron. Cuando una herejía es nueva, el “catecismo” no basta: de aquí la necesidad que los sacerdotes estudien; y que los *doctores de La fe* lean los libros heterodoxos;

lo cual no es ninguna diversión, sino una ímproba labor, y hasta un “martirio”, como dijo Santo Tomás. La herejía actual que se está constituyendo ante nuestros ojos, consistente en definitiva en la adoración del hombre y “las obras de sus manos”, no es fácilmente discernible a todos; porque pulula de falsos profetas.

- ¿Simona Weil fue herética o no?
- Unos dicen que sí y otros que no.
- ¿Y usted qué dice?
- Por sus frutos la conoceréis.
- ¿Y cuáles son sus frutos?
- No tengo lugar para decirlos aquí.

*Oh Señor, quédate conmigo, porque la noche se acerca, y no me abandones.
¡No me pierdas con los Voltaire, y los Renán, y los Michelet y los Hugo y todos los otros infames!
Son muertos, y su nombre mismo después de su muerte es un veneno y una podredumbre.
Su alma está con los perros muertos, sus libros están juntos en el chiquero.
Porque Tú has dispersado a los orgullosos y no pueden estar en uno,
ni comprender, mas solamente destruir y disipar –ni poner las cosas en uno...
Sabios, epicúreos, maestros del noviciado del Infierno, prácticos de la Introducción a la Nada,
bramanes, bonzos, filósofas ¡tus consejos Egipto! vuestros consejos,
vuestros métodos, y vuestras demostraciones y vuestra disciplina.
¡Nada me reconcilia, yo estoy vivo en vuestra noche abominable, levanto mis manos en el desespero, levanto mis manos en el trance y el transporte de la esperanza salvaje y sorda...!
Quien no cree más en Dios, no cree en el Ser; y quien odia al Ser, odia su propia existencia...².*

DOMINGO OCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Lc 16, 1-19] Lc 16, 1-13**

Esta es la parábola del “Mayordomo Infiel” como dice nuestros Evangelios castellanos: no fue infiel. Mucho menos fue “inicuo”, como dice la Vulgata latina: “*villicum iniquitatis*”, (“granjero de iniquidad”). Ni fue granjero ni fue de iniquidad. El texto griego dice “*ecónomo*” o sea, “administrador o gerente”; y en cuanto al genitivo “*ies adikías*”, Cristo lo usa irónicamente, como se ve por todo el contexto.

La traducción exacta y argentina sería: el Capataz Camandulero; o el Apoderado Pícaro.

Cuanto más leo las parábolas de Cristo, más veo que son un género literario único, que no tuvo precedentes ni continuadores. Son más sencillas que el más sencillo de los géneros literarios, las fábulas de Esopo; y al mismo tiempo más atrevidas y extrañas que el género moderno que los españoles llaman *esperpento*. Son naturalísimas porque se trata de una simple comparación; son brevísimas, porque no hay un solo rasgo que sobre; y sin embargo tienen un contenido tal que nos deja bizcos: hay que ver el lío que se han hecho con esta parábola los más doctos intérpretes, incluso el doctísimo cardenal Cayetano, el famoso comentador de Santo Tomás: el cual declara netamente que a esta parábola él no la entiende

²Paul Claudel.

ni la puede explicar. Menos mal que tuvo esa humildad, que otros menores que él no la tuvieron.

Cristo fue mucho más que un genio literario; pero fue también un genio literario. Lo lírico está contenido en el material de las parábolas –que son en conjunto 120 contando grandes y chicas– material tomado de la naturaleza, del campo, de las plantas y animales y de las costumbres del animal más sorprendente que existe. Lo patético está suministrado por la profundidad enorme del sentimiento, conectado con las cosas más graves de la vida humana. Lo dramático, en la viveza y originalidad de los cortos diálogos. Lo humorístico en la mirada aguda y maliciosa con que el autor capta las costumbres de los hombres. Lo filosófico en la súbita trasposición de planos, y una especie de descoyuntamiento, que apunta a un sentido escondido. Lo teológico, en los emblemas y figuras de Dios: en este caso, Dios es el *Patrón*, el dueño de todo el Universo, de quien se dijo: “Si tuviese hambre, no te lo voy a decir a ti, porque mía es la redondez de la tierra y cuanto en ella hay” (Ps XLIX, 12), y también: “Mía es la plata y el oro, dice el Señor” (Ageo II, 8).

Cristo contó aquí simplemente, para incitarnos a la limosna, ¡una historia de ladrones! Las historias de ladrones siempre han gustado al pueblo, y han corrido entre él: hoy día las *nóvelas policiales*:

“–Abuelita, cuéntanos un cuento...

–¿Un cuento de hadas?

–No, un cuento de ladrones.

–Bueno: había una vez un administrador.”

Y así comienza también esta parábola:

“Había una vez un hombre rico que tenía un administrador, el cual fue acusado un día de que robaba...”.

El Hombre Rico es Dios; el Administrador son los ricos de este mundo; los deudores son los pobres. Es simple. ¿Cómo te enredas en esto, oh doctísimo Cayetano? Probablemente porque eras un ricote de este mundo. O porque tu mucha ciencia te había idiotizado. Cristo siempre habló de los que tienen muchos bienes de este mundo como de *administradores*: administradores de Dios, no del Estado. Hoy día sí: al paso que vamos, los que tienen bienes se convertirán en meros administradores del Estado. Es que cuando Dios ya no es más el Patrón, entonces el Patrón ineludible es el Estado, notó hace muchos siglos ya Tomás de Aquino.

El Patrón mandó un aviso al Administrador: “que ya no podrás más administrar”... El aviso es la Muerte. “Ven a darme cuenta de tu administración.” Los bienes que tenemos, no podemos llevarlos al sepulcro; y más allá del sepulcro, está la rendición de cuentas.

“–¿Que haré? –dijo el Administrador–. Estoy viejo ya para hacer de peón; mendigar me da vergüenza... Ya sé lo que haré.” Llamó a los deudores todos, y al primero le dijo:

“–¿Cuánto debés?

–Cien barricas de aceite.

–Aquí está tu recibo; tomá, rápido: escribí cincuenta. Listo.” Y al segundo:

“–¿Qué debés?

–Cien arrobas de trigo.

–Tomá tu recibo y escribí ochenta.”

Y así siguió con los demás deudores, que eran más de dos sin duda, por las palabras que usa el narrador: “llamó a todos los deudores, uno a uno”. Los deudores no sabían lo que

les pasaba. “Vea amigo: esto que ha hecho usted hoy, no lo vamos a olvidar nunca.” Y así dijo el Administrador: “El día que no tenga nada, tendré amigos.” Y el Patrón cuando lo supo, se rió como un caballero, se dio una palmada en el muslo, y dijo: “Este hombre es vivísimo. ¿Por qué me voy a privar de un tipo inteligente? El imbécil soy yo, que me dejo llevar de habladurías...”. Y Cristo dijo: “Así también vosotros, haceos amigos en la otra vida por medio del Inicuo Idolillo”; esos papelitos roñosos que sirven para tantas cosas malas y también buenas, si se quiere: esos billetes maculados, que antes eran como idolillos o curundúes de oro y plata, pero que ahora son un verdadero símbolo de las riquezas, por lo sucios que andan, y lo ajados y maculados que son. Y sin embargo... son un ídolo: “*mammonae iniquitatis*”, el Idolillo Inicuo. “*Mammón*” era el capitalismo, el dios de las riquezas, para los sirios; quizá, porque es: “capaz, de puro mamón, de mamar hasta con freno”.

Los intérpretes tropiezan aquí: ¡Cristo aprobó un robo, alabó a un ladrón, fomentó la infidelidad de los empleados y... la “lucha de clases”! “¿También vosotros estáis sin inteligencia?”, les habría respondido el Señor. ¡Como si todo el que cuenta un caso, aprobase el caso! Uno cuenta lo que pasa. Pero lo que más hay que notar, es que en ningún lado del relato consta que el Gerente haya sido un ladrón: “*que fue acusado de ladrón*”, lo cual es cosa distinta. Y las *quitas* que hizo a las deudas, podía tener atribuciones para hacerlas; y leyendo atentamente se ve que las tenía, como ustedes lo verán si leen atentamente. Si los deudores aceptaron y el amo aprobó, es que las tenía.

Cristo concluyó con una observación irónica: “los hijos de este mundo son más videntes en sus negocios que los hijos de la luz”. Esta frase de Cristo también ha sido tuertamente entendida por los católicos mistongos, los cuales están íntimamente persuadidos que cualquier cosa que emprendan los católicos les tiene que salir mal, en virtud de esta palabra de Cristo; consecuencia de lo cual sería que debemos dejar el campo libre a la canallería porque “los católicos tenemos que fracasar siempre”, como me decía ayer no más Doña Herminia Bas de Cuadrero. Los católicos como ella, sí.

Cristo no afirmó que todo les tiene que salir mal a “los hijos de la luz”; entonces apaga y vámonos ¿para qué viniste al mundo?, ¡oh Luz del Mundo! Cristo exhortó irónicamente a los que se llaman “buenos” a tener por lo menos tanta prudencia en sus negocios como los llamados por ellos “malos”; y si la tienen, no hay ninguna razón porque no les sucedan a ellos también sus negocios, tanto los del cielo como los de la tierra. Lo que pasa es que había en los tiempos de Cristo –y no faltan en los nuestros– unos tipos que eran unos incapaces y creían que podían ocultar, justificar y reparar su incapacidad con la capa de ser religiosos. Si ven por ahí una “Tienda de objetos de goma Sagrado Corazón de Jesús”, o “Cervecería Santa Teresita” o “Cabaré Católico”, les aconsejo no se hagan socios, ni les compren acciones. Esos son, son ésos. Fracaso... seguro.

Es una vergüenza y una cosa que hace dudar hasta de San Martín que no haya en la Argentina una gran editorial católica, un gran diario católico, una gran revista intelectual católica, una filmadora católica, por no hablar de la Universidad Católica. Es una vergüenza nacional que los judíos dominen el cine, el periodismo, la radio, la enseñanza oficial y la edición de libros en un país “católico”. Jesucristo dijo a los Apóstoles: “Id y enseñad a todas las gentes.” Los judíos son los que realmente enseñan en la Argentina; y no van a enseñar cristianismo, ni es justo pedirles eso. ¿Dónde están los *apóstoles*?

La Argentina, por ejemplo, está inundada de libros estúpidos, malos y perversos; y un escritor argentino religioso, que sea de veras escritor, no puede publicar sus libros... sobre todo si son libros religiosos... bien escritos. Es un hecho³.

³No hablo de este libro, que de hecho se ha publicado, porque no cumple que yo diga que está bien escrito. Pero si ustedes prefieren la opinión del P. Furlong a la mía, digamos que “no hay

Esto es lo que temió y predijo el santo obispo Mamerto Esquiú. Esquiú dejó encargado al morir que se luchara contra los malos libros. ¿Qué es lo que impide que se obedezca al testamento de Esquiú? De suyo, nada; solamente que los sucesores de Esquiú perdieron el testamento de Esquiú. Hacer una gran editorial decente no es más difícil a los judíos que a los cristianos; a no ser que sean cristianos mistongos. Se puede editar libros buenos y ganar plata encima. Sólo que hay que ser por lo menos tan prudentes como los hijos de este siglo. Esto enseñó Jesucristo. Jesucristo no amó a los imbéciles ni a los pazguatos.

Fíjese: Dios podía haber dispuesto los sucesos de este mundo de tres maneras: 1) Que a los buenos les fuese siempre bien y a los malos siempre mal; 2) al revés: siempre mal a los buenos, siempre bien a los malos; 3) mezclando bienes y males a buenos y malos; con una preferencia de males a los santos y a los idiotas. Dios prefirió el plan 3; y si ustedes lo piensan un momento, verán que está muy bien.

Si a los buenos siempre les fuese bien y mal a los malos (plan 1) simplemente no habría buenos, porque todos serían buenos a la fuerza: se suprimirían el mérito, la bondad, la virtud, la santidad y hasta el mismo libre albedrío. Sería imposible ser malo. Ese es el estado de los animales: no pueden ser malos... ni buenos tampoco. Son animales. Si al revés, a los buenos siempre les fuese mal (plan 2) la bondad se volvería imposible, porque no habría ser humano capaz de soportarla; habría que ser ángel.

Dios escogió el tercer plan: *hacer salir el sol sobre los buenos y los malos y llover sobre los justos y los injustos*; y que cada cual procure tomar el solcito y aprovechar el agua lo mejor que pueda. Y si a un católico, por idiota o descuidado, se le rompen las acequias, que no le eche la culpa a Dios y que no ande diciendo que “bien dijo Cristo que los hijos de este siglo son necesariamente más felices en sus negocios que los hijos de la luz”. Cristo no dijo eso.

DOMINGO NOVENO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Lc 19, 41-47] Jn 2, 13-25**

El evangelio que se lee hoy (Lc XIX, 41) contiene juntamente la profecía de la Ruina de Jerusalén y la segunda “limpieza” del Templo.

Se puede decir pues que contiene la relación de Cristo con su Patria y con su Religión. Acerca de su patria lloró sobre ella. Acerca de su religión, la llamó espectacularmente “Caverna de ladrones”. Eso se lee hoy día de San Ignacio⁴. Vaya un sermón. Parece comunismo.

Lucas pone este episodio como una especie de bisagra o gozne de la última estadía de Cristo en Jerusalén en la misma semana de su muerte, el Domingo de Ramos. Antes de él, está el ingreso triunfal en Jerusalén; después de él, la violenta controversia con los judíos acerca de su *autoridad*; su repetida afirmación de que Él es el Mesías; la trampa para hacerlo aparecer como rebelde al César o bien como mal patriota; la condenación clara y definitiva de la Sinagoga con la parábola de los Vinateros Homicidas y la Higuera Estéril; la decisión definitiva de darle la muerte y el pacto de la Sinagoga con Judas; y finalmente la profecía *parusíaca* acerca de la Ruina y Cautiverio de Salen: *apokalypsis sinóptico*, que está *In-extenso* en Mateo XXIV. Toda estas perícopas están ahiladas por una clara lógica interna: Cristo terminaba su misión con una decisión terminante y una energía rayana en la violencia; del otro lado ya no hay más preocupación que la del *modo* de darle muerte. San Jerónimo dice que este arreo de los mercantes del Templo (volteo de cátedras y sillas, arreo de bueyes y

regla sin excepción”.

⁴El año 1955 la Dominica Nona cayó el 31 de julio.

ovejitas, desparramo de monedas, retiro de tórtolas y palomas, y el airado debate que siguió), esta segunda “limpieza” del Templo, como la llaman los Santos Padres, fue el milagro más grande que hizo Cristo... Opinión andaluza de mi patrono personal y patrono de Santa Fe, que me gusta bastante: ciertamente fue el milagro que más le costó y pagó más caro. Y este último gesto *activo* de Jesús –después viene la Pasión– resume toda su misión y su empresa como profeta, que fue luchar contra el fariseísmo; por eso justamente este gesto se repite casi igual al principio y al fin de su vida pública: apenas llegó a Jerusalén después del bautismo de Juan y el Milagro de Caná; y tres años después, al cerrar su vida pública con la última Pascua, se fue derecho al Templo, se hizo un látigo de cuerdas, e hizo desalojar el atrio a todos los mercachifles, sacerdotes o no sacerdotes. Dice el judío Flavio Josefo que los sacerdotes no tenían la culpa, ellos se limitaban a “alquilar” el atrio a los usureros. No está mal la excusa; Flavio Josefo es de gran actualidad.

El párroco hace un sermón el 25 de mayo donde dice que el patriotismo es una virtud; yo no voy a contradecir al párroco.

El párroco funda su dicho en que Cristo lloró sobre Jerusalén, lo cual prueba que amaba a su patria. ¿La amaba todavía? ¿O la compadecía solamente? Difícil amar esa gran porquería en que se había convertido el Estado Israelita bajo la dirección del hipócrita Caifás, el payaso Herodes y el poder efectivo de una potencia extranjera. No se puede amar sino lo hermoso; y eso no era hermoso. Era una porquería que provocaba en Cristo una indignación parecida al vómito; y un horror como el que se tiene al verdugo. Todo eso era hermoso, frondoso y pomposo solamente por afuera, como la higuera estéril. Todo eso había acabado su función en el mundo y debía secarse irremisiblemente, maldecido por Dios.

El párroco no dice que “todo patriotismo es una virtud”... Por suerte, porque si lo dijera, habría que contradecirlo. El patriotismo puede ser una virtud y puede también no serlo. El *chovinismo* o patrioterismo es un vicio. Y hay casos en que el patriotismo se vuelve imposible, y se reduce a la “compasión”. Un hijo no puede amar a su madre degradada, si no es compadeciéndola.

Se puede calcular que hoy día más de la mitad de la población total del globo no ama a su patria o la ama en falso; abriendo bien los ojos se ve claramente eso; o *pelándose los ojos*, como dice el inglés. Por ejemplo, en Italia, el país que tiene más clero en el mundo y es tenido por el más católico, hay 7 millones de adultos inscriptos al Partido Comunista; el cual profesa que el patriotismo es un “prejuicio burgués”; 7 millones de “inscriptos” que hay que multiplicar por 4 para colegir el número aproximado de los que no tienen tal “prejuicio burgués”, inscriptos y no inscriptos.

El patriotismo tal como hoy lo entendemos (adhesión apasionada a un Estado nacional llevada a un límite casi religioso) es una vivencia relativamente reciente; se puede decir que Juana de Arco en el siglo XIII lo formuló, en el siglo XVI se hizo común; y después de la Revolución Francesa, universal y oficialmente “obligatorio”. Pero ese afecto no es unívoco, y puede darse en cinco estados muy diferentes; a saber:

1. Patriotismo instintivo.
2. Patriotismo vicioso.
3. Patriotismo anulado.
4. Patriotismo virtuoso primero.
5. Patriotismo virtuoso segundo.

El patriotismo instintivo, que es el núcleo o raíz de todos los otros, es el apego a las imágenes que nos son familiares y que han tejido desde la infancia nuestra vida afectiva; el cual en los animales se llama *querencia*, engendra la *añoranza* y es natural en el hombre, si algotro no lo impide: es natural, no es ni bueno ni malo en sí mismo. Lo instintivo en el

hombre es indeterminado y puede volverse moralmente bueno o malo, según se ordene o no se ordene por la razón. Los instintos son *premorales*.

No ordenado por la razón, este *apego* natural se vuelve vicioso; deviene esa infatuación un poco ridícula por la cual el *patriotero* exalta a su país en forma vana por encima de todo, para despreciar a los demás países, y tenerse él mismo por una gran cosa por el mérito de haber nacido casualmente en tal lugar de la tierra y no en otro; y otras macanas por el estilo que pueden degenerar en la idolatría del *ultra-nacionalismo*. Hoy día hay varios filósofos morales que se desatan contra el *nacionalismo* pintándolo como un crimen; el principal de todos, Aldous Huxley, se refieren en realidad a este patriotismo vicioso de que hablo, que los franceses llaman *chauvinismo*, los ingleses *jingoísmo* y los alemanes *chauvinisieren, uebertriebene Patriotismus y Vaterlandprablerei*, o sea patriotismo exagerado; el cual en su forma extrema, no tiene nombre todavía, aunque ya existe. “Nacionalismo” lo llama Huxley, con mal nombre; y con gran alegría de los liberales argentinos, que nos anatematizan así a los pobres nacionalistas católicos argentinos.

Así como puede ser exagerado, el patriotismo instintivo puede ser cohibido o inhibido por una pasión contraria; que es lo que pasa con estos comunistas y socialistas. “soy ciudadano del mundo”, dice Álvaro Yunque, y otros muchos. Si los embarcaran a todos en un carguero y los descargaran en la isla de Sumatra –la cual pertenece al mundo– al poco tiempo la mayoría tendría una añoranza o morriña mortal de los cafés de la calle Corrientes, el castellano les parecería la lengua más hermosa del mundo, y se pondrían a llorar si vieran un “trapo” azul y blanco.

El patriotismo es virtud cuando ese apego natural a lo propio entra en los ámbitos de la razón; y es una virtud moral perteneciente al cuarto mandamiento, cuando se ama a la patria por ser *patria o paterna*; y es una virtud teológica que ingresa en el primer mandamiento cuando además se ama a la patria por ser una cosa de Dios; y así tenemos el patriotismo común y el patriotismo heroico, que poquísimos poseen hoy día. Así siempre se puede amar a la patria, por fea, sucia y enferma que ande; y así amó Cristo a su nación, que era “una cosa de Dios a literalmente, y por propia culpa estaba por dejar de serlo; de modo que su amor era compasión; y así la obra de ese amor fue conminación y consejo, antes que fuera demasiado tarde: no le dijo requiebros sino amenazas, desde el bordo abrupto que domina por el Norte la ciudad de Jerusalén. Y lloró sobre ella.

Hoy día el régimen capitalista y el Estado totalitario (la *tiranía*, digamos su antiguo nombre) han vuelto muy difícil si no imposible el amor a la patria. Hemos dicho que solamente se pueden amar las cosas lindas; y si yo soy proletario –como de hecho lo soy– sé perfectamente que todas las cosas lindas que tiene este país o cualquier otro no son para mí de ninguna manera, ni siquiera remota. Entonces, por más cosas lindas que vea, no producirán admiración o atracción en mí sino más y más resentimiento, a no ser que un gran amor a Dios me sobreponga a estos afectos naturales. Si religiosidad no hay, entonces es natural que se produzca el *Himno del Proletario*, que dice así, si mal no recuerdo:

*Vosotros lo tenéis todo
Nosotros no tenemos nada
Por causa de vuestra ruindad.
¡Afuera el falso buen modo
Y la caricia interesada!
¡No busquéis nuestra amistad!*

“La injusticia multiplicada destruirá la convivencia”, dijo Jesucristo; y la convivencia es el grado más bajo y el fundamento de la amistad social; el grado que constituye esencialmente las *patrias*. Si los sujetos que viven en un mismo campo de concentración

geográfica se odian cordialmente unos a otros, no se puede decir que allí exista *patria*; porque “si no amas a tu prójimo, al que ves ¿cómo amarás a la patria a la cual no ves?”. En amor al prójimo se resuelve prácticamente el amor a la patria; y si no es amor al prójimo, nada es.

Esto más o menos dijo el párroco el 25 de Mayo; y yo, viendo que no había absolutamente nada más que decir, no dije nada; y por otra razón además no dije nada, porque me pasé todo el tiempo del sermón durmiendo, que Dios me perdone.

“¡Jerusalén, Jerusalén, que persigues a los profetas y trucas a los que te son enviados! Yo he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a los pollitos bajo sus alas, y tú lo has impedido. ¡Si conocieses por lo menos ahora, en este día tuyo, el último para ti, dónde está la paz tuya! Porque vendrán otros días contra ti, y te cercarán tus enemigos con cerco, y te acorralarán, y te apretarán por todas partes; y postrarán por tierra a ti y a tus hijos y a todos cuantos están en ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra; a causa de que no supiste conocer el día de tu visitación.”

DOMINGO DÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS [Lc 18, 9-14] *Lc 18, 9-14*

Este Domingo décimo después de Pentecostés se lee la conocida parábola del Fariseo y el Publicano, conocida incluso por los poetas, que la han glosado en diversas formas – recuerdo ahora una novela amarga y heterodoxa de John Galsworthy llamada *El primero y el último*, de la que sacaron un film los yanquis–.

*Lejos del tabernáculo, que ceñían de un velo
de humo espeso, diez lámparas de cobre desde el suelo
lejos del tabernáculo que ceñían de un velo;
estaba el paralítico y estaba el Publicano
y el hidrópico estaba y el buen samaritano
estaba el paralítico y estaba el Publicano...
Más allá, sobre un lecho de mullidas alfombras
y entre un brillo de sedas y lejos de las sombras
más allá, sobre un lecho de mullidas alfombras,
estaba el Fariseo que ante el Señor se exalta
rezando los versículos de David en voz alta
estaba el Fariseo, que ante el Señor se exalta...*

etcétera. Esto es de un poeta argentino, Horacio Caillet-Bois.

Como está colocada después de la parábola de la Viuda Molesta, San Agustín y otros muchos dicen que versa sobre la oración, y que recomienda la humildad al orar.

Es eso; hay eso desde luego; pero hay otra cosa: hay un retrato de la *soberbia religiosa*, que había de ser, y ya era, el principal enemigo de Cristo; retrato breve pero enérgicamente incisivo, como un medallón o un aguafuerte. Jesucristo no vaciló en contraponer entre sí a la clase social más respetada con la más repelida, ni en nombrar por su nombre a esa clase social eminente, al denunciarla como infatuado religiosamente: *Fariseo y Publicano*. Si nos preguntaran cómo habría que traducir hoy día esas palabras para que sonaran parecido a aquellos tiempos, habría que decir la parábola del *Sacerdote* y el *Cirujía*, o algo por el estilo: o, hablando con perdón, la parábola del *Sacristán* y la *Prostituta*.

La *palabra fariseo* no significaba entonces lo que significó después de Cristo, así como la *palabra sofista* no significaba en el siglo de Platón lo mismo que significó después –

y por obra— de Platón. Los fariseos eran los *separados* —eso significa la *palabra* en *arameo*—, los *puros*, los distinguidos. No *existe* hoy un *grupo* social enteramente idéntico a los fariseos —aunque existe mucho fariseísmo desde luego—, por lo cual no se pueden definir con una sola palabra. Si digo que los fariseos eran el alto clero, los clericales, los jesuitas, los nazis, los oligarcas, los devotos, los *puritanos*, los ultramontanos, miento: aunque tenían algo de todo eso. Algunos los han comparado con los *Sinn-feiners* de Irlanda; otros con los *Puritanos* de Oliver Cromwell. Eran a la vez una especie de cofradía religiosa, de grupo social y de poder político; es todo lo que se puede decir brevemente; pero lo formal y esencial en ellos era lo religioso: el culto, el estudio y el celo de la *Torah*, de la Ley de Moisés, que había proliferado entre sus manos, como un pedazo de gorgonzola. Preguntado un *ham-haréss* (hombre del pueblo) israelita, hubiera dicho: “Son unos hombres muy religiosos, muy sabios y muy poderosos”, más o menos lo que cree el pueblo hoy día de los *frailes*. El Evangelista al principio de la parábola los define: “Unos hombres que se tenían a sí mismos por santos y despreciaban a los demás”; es decir, soberbia religiosa. Queda entendido que *no siempre* fueron así los fariseos: fue un ceto social que se corrompió. En tiempo de Jesucristo eran así. Antes de Jesucristo habían sido la fracción política que mantuvo la tradición nacionalista y antihelenística de los Macabeos. Después de Cristo, fueron el espíritu que inspiró el *Talmud* y organizó la religión judaica actual: puesto que la destrucción y la Diáspora, que acabó con los Saduceos, no acabó con los fariseos. Éstos son indestructibles.

Los *Publicanos* eran receptores de rentas o cobradores de impuestos, pero no como los nuestros. Los romanos ponían a subasta pública los impuestos de una Provincia; y el “financiero” que ganaba el remate quedaba facultado para cobrar a la gente como pudiera —y, bajo mano, lo más que pudiera—; lo cual hacía por medio de cobradores terribles, los *publicanos*, cordialmente odiados, como todo cobrador: y mucho más por servir en definitiva a los romanos, los odiosos extranjeros. En suma, *decir publicano era peor que decir ladrón*; prácticamente era decir *traidor o vendepatria*...

“Palabra de honor os digo —dijo Cristo— *que* el Publicano volvió a su casa justificado, y el otro no”...⁵. El *que se* llamó a sí mismo *pecador*, volvió a su casa justo; *el que se* llamó *santo* volvió con un pecado más. El fariseo se tenía a sí por santo y al otro por miserable; y Dios no fue de la misma opinión.

La oración del fariseo, proferida en voz alta, de pie, cerca del santuario es una obra maestra. Cristo no exagera ni se queda corto: la oración parece no contener nada malo; pero está penetrada del peor mal que existe, que es el orgullo religioso: “Gracias te doy, oh Dios, de que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros —ni como este publicano...—; ayuno dos veces cada Sábado, pago los diezmos de todo lo que poseo...”. ¿Acaso es un pecado conocer que uno no hace crímenes y dar gracias a Dios por ello?, dice el reverendo George Herbert Box M A., profesor de Estudios Bíblicos y Rector del Templo de Southton Bede, en el artículo “*Pharisee*” de la *Enciclopedia Británica*, donde se halla una curiosa defensa de los fariseos que prueba que su raza no ha desaparecido del mundo. ¡Dichoso el que tiene un hijo que lo defienda después de muerto!

Toda la biografía de Jesús de Nazareth como hombre se puede resumir en esta fórmula: *fue el Mesías y luchó contra el fariseísmo*; o quizás más brevemente todavía: *luchó con los fariseos*. Ése fue el trabajo que personalmente se asignó Cristo como hombre: su Empresa.

Todas las biografías de Cristo que recuerdo (Luis Veuillot, Grandmaison, Ricciotti,

⁵Hay un error de traducción en la Vulgata y en muchos evangelios castellanos que dan la siguiente frase absurda: “Volvio a su casa más justificado que el otro”, o bien: “justificado en parangón con el otro”; frases con las cuales luchan inútilmente San Agustín y Maldonado, por no poseer entonces un texto griego críticamente depurado.

Lebreton, Papini) construyen su vida sobre otra fórmula: *Fue el Hijo de Dios, predicó el Reino de Dios, y confirmó su prédica con milagros y profecías. Sí, pero ¿y su muerte?* Esta fórmula amputa su muerte, que fue el acto más importante de su vida.

El *drama* de Cristo queda así escamoteado. La vida de Cristo no fue un idilio ni un cuento de hadas ni una elegía, sino un drama. No hay drama sin antagonista. El antagonista de Cristo fue el fariseísmo, vencedor en apariencia, derrotado en realidad.

Sin el fariseísmo, toda la historia de Cristo fuera cambiada; y también la del mundo entero. Su Iglesia no hubiera sido como es ahora; y el mundo todo hubiese seguido otro derrotero, con Israel a la cabeza: triunfante y no deicida y errante; derrotero enteramente inimaginable para nosotros.

Sin el fariseísmo, Cristo no hubiera muerto en la cruz; y la Humanidad no sería *esta* Humanidad; ni la Religión, *esta* Religión. El fariseísmo es el gusano de la religión; y parece ser un gusano ineludible, pues no hay en este mundo fruta que no tenga gusano, ni institución sin su corrupción específica. Todo lo que es mortal muere; y antes de morir, decae. El fariseísmo es el *decay* de la religión, mister George Box... perdone usted, profesor de religión.

Es la soberbia religiosa, es la corrupción más grande de la verdad más grande: la verdad de que los valores religiosos son los más grandes. Eso es verdad; pero en el momento en que nos los adjudicamos, los perdemos; en el momento en que hacemos nuestro lo que es de Dios, deja de ser de nadie, si es que no deviene propiedad del diablo. El gesto religioso, cuando toma conciencia de sí mismo, se vuelve mueca. No quiere decir que uno debe ignorar que es un gesto religioso; quiere decir que su objeto debe ser Dios y no yo mismo. El publicano decía: “Oh Dios, apiádate de mí, pecador.” El fariseo pensaba: “Estoy rezando: conviene que rece bien porque yo soy yo; y hay que dar buen ejemplo a toda esta canalla.” “No oréis a gritos, como los fariseos, ni digáis a Dios muchas cosas, como los paganos; vosotros cerrad la puerta y orad en lo escondido; y vuestro Padre, que está en lo escondido, os escuchará.”

Decía don Benjamín Benavides que el fariseísmo, tal como está escrito en los Evangelios, tiene como siete grados: 1) La religión se vuelve exterior y ostentatorio; 2) la religión se vuelve rutina y oficio; 3) la religión se vuelve negocio o “granjería”; 4) la religión se vuelve poder o influencia, medio de dominar al prójimo; 5) aversión a los que son auténticamente religiosos; 6) persecución a los que son religiosos de veras; 7) sacrilegio y homicidio. Esto me fue dicho, ahora recuerdo, en San Juan, la noche de Navidad de 1940, tres o cuatro años antes del Terremoto, cuando yo sabía teóricamente que existía el fariseísmo, pero todavía no me había topado con él en cuerpo y alma. De modo que en suma, el fariseísmo abarca desde la simple *exterioridad* (añadir a los 613 preceptos de la Ley de Moisés como 6.000 preceptos más y olvidarse de lo interior, de la misericordia y la justicia) hasta la *crueldad* (es necesario que Éste muera, porque está haciendo muchos prodigios y la gente lo sigue; y que muera del modo más ignominioso y atroz, condenado por la justicia romana), pasando por todos los escalones del fanatismo y la hipocresía. Éste es el pecado contra el Espíritu Santo, el cual de suyo no tiene remedio. Aquel que no vea la extrema maldad del fariseísmo –que realmente es fácil de ver–, que considere solamente esto: *la religión suprimiendo la misericordia y la justicia*. ¿Puede darse algo más monstruo?

Yo le envidio a Jesucristo el coraje que tuvo para luchar contra los fariseos. Yo, excepto en un solo caso, cada vez que me topé con un fariseo grande, me he quedado alelado y yerto, como un estúpido; es decir, *estupefacto*.

Sin embargo, siento simpatía por el fariseo Simón, Simón el Leproso, aquel a quien Cristo le reprochó: “No me besaste”, el que invitó a comer a Cristo y al final de la comida se le colaron sin billete ¡la Magdalena y Judas! No todos los fariseos eran malos: algunos eran santulones, pero no hipócritas. De entre ellos salieron algunos buenos cristianos: San Pablo, por ejemplo.

La parábola termina con esta frase: “Todo el que se exalta será humillado y todo el que se humilla será exaltado”, cuyo sentido es obvio.

Pero ella comienza con otra frase, que es misteriosa: “Cuando vuelva el Hijo del Hombre ¿creéis que encontrará fe sobre la tierra?”. Cristo conecta proféticamente su Primera y Segunda Venida, indicando que el estado de la religión será parecido en ambos momentos, el Primero y el Último.

Aquí hay que corregir otra vez con todo respeto a San Agustín; el cual, viendo en el siglo IV “las iglesias llenas” (sermón 115) y la fe creciendo día a día, no se podía imaginar una crisis de la fe como, por ejemplo, la nuestra; y en consecuencia dice: “¿De qué fe habla el Salvador? Habla de la fe plena, de la fe que hace milagros, de la fe que mueve las montañas, de la fe perfecta, de la fe que es siempre muy rara y de muy pocos”... No. Cristo habla de la fe en seco. Viendo el estado de la religión en su tiempo en que por causa del fariseísmo, en los campos la gente andaba “como ovejas que no tienen pastor”; y en las ciudades “con pastores que eran lobos con piel de oveja” –los cuales iban a derramar la sangre del buen Pastor–, se acordó repentinamente del otro período agónico de la religión, en que la situación religiosa habría de ser parecida o peor; y exhaló ese tremendo gemido.

Con razón anota monseñor Juan Straubinger comentando este versículo: “Obliga a una detenida meditación este impresionante anuncio que hace Cristo, no obstante haber prometido su asistencia a la Iglesia hasta la consumación del siglo. Es el gran “Misterio de Iniquidad” y la “gran apostasía” que dice San Pablo en II Tesalonicenses 2, y que el mismo Señor describe varias veces, sobre todo en su discurso escatológico.”

Hay pues dos profecías en el Evangelio que parecen inconciliables: una es que “las Puertas del Infierno no prevalecerán contra ella”; otra es que cuando vuelva Cristo “apenas encontrará fe sobre la tierra”. Y la conciliación debe de estar en el principio o norma que dio Cristo a los suyos respecto a la Sinagoga ya desolada y contaminada: “En la cátedra de Moisés se sentaron y enseñaron los Escribas y Fariseos: vosotros haced todo lo que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obra.” La Iglesia no fallará nunca porque nunca enseñará mentira; pero la Iglesia será un día desolada, porque los que enseñan en ella hablarán y no harán, mandarán y no servirán; y mezclando enseñanzas santas y sacras con ejemplos malos o nulos, harán a la Iglesia repugnante al mundo entero, excepto a los poquísimos heroicamente constantes.

Los cuales tendrán, sí, oh Agustín, una fe más grande que las montañas.

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Mc 7, 31-37] *Mc 7, 31-37***

La curación de otro Sordomudo, muy diferente en su “técnica” de la que ya hemos visto el Domingo tercero de Cuaresma; pero aquella de un endemoniado-ciego-sordo-mudo tuvo lugar después que ésta, en el período que llaman de las Últimas Excursiones, en el tercer año; y ésta, de un sordo de nacimiento –que le dio mucho más trabajo– fue en Galilea, al fin del primer año, o principios del segundo.

Al otro, Cristo lo curó con un simple grito que le lanzó al demonio; a éste le hizo una cantidad de curanderismos raros: 1) Lo llevó aparte de la gente; 2) le metió los dos dedos índices en las dos orejas; 3) tomó saliva con el dedo y se la puso en la lengua; 4) levantó los ojos al cielo; 5) dio un gemido; 6) le dijo la palabra “*éffetta*”, que significa *ábrete* y que San Marcos pone en arameo y luego traduce al griego; después de lo cual el lisiado “habló y daba gracias a Dios”. La Iglesia ha incorporado todos estos gestos de Cristo a la liturgia del bautismo.

¿Para qué hizo Cristo toda esta pantomima? ¿Para impresionar a la gente? No, porque

“apartó al enfermo” de la gente. ¿Porque era necesario sugestionarlo? No, porque cuando resucitó muertos, no los sugestionó primero. ¿Para producir una buena disposición en él? No parece necesario. ¿Para crear un símbolo o una lección espiritual? Por ahí vamos mejor.

¿Qué fueron los milagros de Cristo? Fueron lecciones; porque “*etiam gesta Verti, verba sant*”, dice San Ambrosio: los hechos del Verbo son también verbos, o palabras. Por eso los milagros de Cristo son todos diferentes, y no tienen una “técnica” pareja. El doctor germano H. E. C. Paulas, padre del racionalismo bíblico, dice que Cristo fue simplemente un curandero genial, quizás un hipnotizador; pero todo curandero tiene su “procedimiento”. Cristo curó a este sordomudo con este “procedimiento”; y al otro, un año después, sin procedimiento, con una palabra.

Un momento antes de curar a éste, curó a la hija de la Sirofenisa sin nada, de lejos, sin verla. A algunos les exigía la fe; a otros, no. Con algunos hacía maniobras complicadas, a otros les decía simplemente: “Quiero: sé limpio”; y a otros se negaba a sanarlos. En algunos lugares se negaba acérrimamente a hacer curaciones, otras veces las hacía sin que se lo pidiesen, alguna vez provocó a los Apóstoles a que le rogaran un milagro. A un cadáver resucitó porque se lo rogó su padre; a otro porque vio llorar a sus hermanas; a otro sin que nadie le dijera una palabra. Se ponía furioso cuando los fariseos le pedían “un signo en el cielo”. Al de su predicación hacía milagros en serie: “lo rodeó una gran muchedumbre y curó a todos sus enfermos”; al fin de su lucha, unos pocos milagros resonantes cuidadosamente preparados y elaborados, como pequeñas piezas dramáticas, como las piezas del teatro griego, como *Antígona*: un hecho central despampanante y en torno de él el diálogo, los coros y las largas consideraciones lírico-dramáticas bordadas sobre el suceso. En suma, los milagros forman parte inconsútil de la *enseñanza* de Cristo; y enseñar para Cristo no era hacer conferencias o aprender de memoria la tabla de multiplicar, sino iluminar y limpiar las almas, las dos cosas juntas y obrando recíprocamente una sobre otra. “Perdonados te son tus pecados”. ¿Quién es éste para osar decir eso? “¿Qué os parece que es más difícil decir, “te perdono tus pecados” o “levántate y anda”? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar pecados, levántate –dijo al paralítico– alza tu camilla, y vete.”

¿Qué significa pues el milagro de este Sordo? Algunos han dicho que significa la Confesión, y que el soplar Cristo en el rostro de los Apóstoles al instituir la es recuerdo del “*éffetta*” y del gemido; pero esto no coincide y es forzado. La interpretación más natural del símbolo que dan la mayoría de los Santos Padres, es que significa *la conversión a la fe*, el nacimiento de la fe en el hombre. “La fe es por el oído.” Este leso no era mudo de boca sino sordo de nacimiento; y es sabido que los sordos no pueden hablar bien porque no pueden aprender a hablar; pero por medio de la vista o el tacto –tocando los labios de otros hablantes– pueden llegar a aprender algo y hablar rudamente; y eso es lo que dice el texto griego, que lo llama “*moguilálon*” (tartamudo, balbuciente, tartaja; literalmente “el que habla penoso”) y no *kofoón*, como diría si fuera mudo del todo. Así pues Cristo indicó la preparación para la fe al llevarlo aparte de la multitud y al abrirle los oídos; la necesidad de la gracia, con la mirada al cielo; la palabra de Dios significada por su saliva; lo que le iba a costar a Él darnos la fe, con el gemido; después de lo cual el Sordo “habló alabando a Dios”: “*credidi, propter quod locutus sunt*”, he creído, y por eso hablo. La gente se admiró; y Cristo les pidió que no lo propalasen; porque la fe es amiga de la reserva y la modestia; y ellos hicieron todo lo contrario; porque el entusiasmo es amigo del ruido. Este Mudo no lo era del todo, pues podía hablar un poco; y este hablar un poco significa la razón humana, que es anterior a la fe.

Si quieren más alegorías, pueden leer los Santos Padres antiguos. Orígenes, Teofilacto, Agustino, Crisóstomo: El dedo significa el Espíritu Santo, la saliva significa la Sabiduría porque viene de la cabeza, levantar los ojos significa la Oración, el gemido significa la Pasión de Cristo, el Sordo significa la Gentilidad”, etcétera.

Los antiguos querían encontrar un significado a cada uno de los pormenores de las parábolas o milagros, lo cual es fácil con un poco de imaginación; pero es arbitrario, y al final cae en el ridículo: *alegorismo* que los modernos no podemos tragar, y con razón. Pero Maldonado, uno de los precursores de la exégesis moderna, cae en otro error peor: reaccionando al excesivo *alegorismo* antiguo –al comentar la parábola del Convite, que ya hemos visto– afirma que *no todo* se ha de alegorizar, porque hay en los Evangelios rasgos *de adorno*, rasgos *superfluos*, dice; es decir, cosas inútiles en puridad; lo cual equivale a decir la inocente blasfemia de que él las hubiese hecho mejor a las parábolas, si lo dejan, pues es capaz de distinguir lo que es “superfluo”.

Así como Torres Amat publicó una traducción del Evangelio –que según dicen robó al jesuita Petisco– añadiéndole una cantidad de palabras que Cristo no dijo (Evangelio con viruelas) así Maldonado podría haber hecho una traducción con recortes suprimiendo una cantidad de palabras de Cristo “¡superfluas!”. De hecho existe en Norteamérica una Biblia podada, llamada *Pocket-Bible*, el ideal de Maldonado.

Y el error de ambos, tanto de los superelegoristas como de los podadores o *superfluistas*, es que no conocían la índole de la literatura oral oriental; y confundían el *símbolo*, que es propio de ella, con la *alegoría*, que es propio de las literaturas más desarrolladas; y que en el fondo es un género inferior y un poco pueril. Ver las *alegorías* de Lope, por ejemplo:

*Pobre barquilla mía.
Entre peñascos rota.
Sin velas desvelada.
Y entre las olas sola...*

La barquilla es su vida; y todos los pormenores que pone allí el poeta corresponden a sucesos más o menos exagerados de su vida. Pero la parábola no es así: es un género más primitivo, natural y apretado; y en realidad, más profundo.

De modo que, en resumen, los milagros de Cristo son a la vez tres cosas que comienzan con L: Legación, Limosna y Lección. Son el sello de la Legación divina, las credenciales con que el Padre acreditaba a su Enviado y a todo cuanto Él dijera; son una Limosna con que la Compasión de Cristo se inclinaba sobre la miseria humana (“plata ni oro yo no tengo, pero de lo que tengo te doy”); y son al mismo tiempo Lecciones, porque el Señor se arreglaba, a la facción de gran dramaturgo, para dar a esos gestos portentosos el significado recóndito de un misterio de la fe; para volver en suma en alguna forma lo Invisible visible: porque “lo Invisible de El, por las cosas por El creadas, entendidas, se manifiesta”, dice un texto apretado de San Pablo; el cual se puede glosar así: *Dios es invisible; pero sus atributos y cualidades se pueden columbrar un poco por la Creación; mas para eso hay que entender lo creado; lo cual se llama el don de entendimiento; del cual el Maestro por excelencia fue Cristo; y así la Deidad que no sólo es invisible sino hiperinvisible, trascendente... se manifiesta al hombre como en espejos y en enigmas durante esta vida al que es solícito en verla y en buscarla. Los puros de corazón, éstos verán a Dios.*

El sordo de nacimiento vio a la Deidad Invisible encarnada en un hombre a través del milagro con que lo favoreció el Cristo, y “alabó a Dios”; pero antes creía en Dios, porque lo había visto a través de los milagros naturales de esta gran arquitectura de cielos y tierra, en la cual “vivimos, nos movemos, y somos”. Primero usó de su razón (“*moguilálon*”) y después recibió la fe.

DOMINGO DUODÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Lc 10, 23-37] Lc 10, 25-37

La parábola del Buen Samaritano, que trae Lucas en X, 23, y se lee hoy, está henchida de conclusiones *cristianas*. Todas las parábolas lo están, naturalmente; pero en ésta las enseñanzas son no sólo diversas sino como *opuestas* al *Talmud*; al judaísmo específicamente judaico, no al mosaísmo. De ellas retendremos solamente tres, la caridad con el prójimo como una “obligación” capital y necesaria; la extensión del concepto de prójimo a todos los hombres; y una alusión poco sabrosa a los Sacerdotes y Levitas, que se le ha de haber escapado a Cristo... ¿Por qué diablos no habrá puesto como ejemplos de inmisericordes a un Banquero y a una Actriz, y no a un Sacerdote y un Levita? ¿Y por qué tengo que explicar yo delante de toda mi feligresía esta parábola que les puede dar malos pensamientos, sin poder cambiarle una sola palabra?

No sé si pecho de irreverencia transcribiendo aquí el “arreglo” moderno de esta parábola hecho en 1945 por un poeta de estos reinos; de esta nación ubérrima y feliz, tierra de promisión para todos los vivos que quieran habitar en ella, como dice el Locutor. Dice así: “Un hombre bajaba una vez de Jerusalén a Jericó, el cual cayó en manos de bandoleros que a tiros lo dejaron por muerto. Y sucedió que pasó por el mismo camino un Político, y no lo vio; pasó después un Militar, y le encajó un balazo más. Pero pasó un pobre Turco y se llenó de compasión; y dijo “Aunque éste no es mi prójimo, sin embargo me voy a bajar, y lo voy a curar...”. Pero en ese momento recapacitó y dijo: “—¿Y si me encuentra aquí la policía, qué pasa?”. Y metiendo todo el acelerador disparó a todo lo que daba... *Moraleja*: guárdate de los ladrones; pero guárdate más de la policía...”

Esto es humorismo, y por cierto muy barato; la parábola es seria, aunque hay unos toques de humorismo en la manera un poco oblicua y socarrona con que Cristo responde a las tres preguntas que el Doctor de la Ley le pone, que eran batallonas preguntas entre aquellos doctores; y fueron puestas, dice el Evangelio, “con intención de embromar”:

“¿Qué hay que hacer en suma para salvarse?”. “¿Cuál es el mandato en que se suman todos los mandatos?” y “¿Quién es mi prójimo?”. Esta última pregunta, Cristo la responde reiterándola, es decir, mandándola de rebote, después de haber contado su intencionado cuentito. “¿Decid ahora vos mismo quién es el prójimo aquí? Es claro que es el que hizo misericordia...”. Y entonces Cristo en vez de contestarle: “¡Muy bien habéis respondido!” como le había dicho en la segunda pregunta, le dijo: “Andad y haced vos lo mismo.” Porque: está bien saber la Ley, predicarla está mejor; mas cumplirla sí que es ser... entre doctores, Doctor.

Lo que hizo el Turco de la Parábola —que no era un pobre Turco, porque tenía por lo menos una mula propia (*“jumentum suum”*) que pudo ser también caballo, y dos denarios de sobra, que le dio al posadero— es muy diverso de lo dicho arriba: se bajó y cuidó tan solícitamente al herido como si fuese su hermano —Cristo detalla allí la cura—, lo puso en su cabalgadura y volvió atrás desde el desierto de Judá a la Parada que hoy llaman del Buen Samarita y en aquel tiempo llamaban Casteldesangre; y confiándolo al posadero con sus dos monedas de plata, le prometió pagar todos los gastos si acaso pasaban de dos dólares —es decir “yo corro con todo”. Gesto noble. “¡Yo turquita buenita; turquito buena yo, butrón, turquita ortodoxa griega muy buenito, butrón!”.

Los moralistas cristianos han deducido de esta parábola que yo tengo obligación grave de ayudar al que está en necesidad grave, pudiendo hacerlo, sin más averiguaciones que haber topado con él, aunque sea por azar; y aunque el lazado no sea ni siquiera primo tercero de mi cuñado, sino un judío cualquiera, que ni se pueden ver con los turcos. “Hace ya miles de años —escribe Simona Weil—, ya los egipcios pensaban que nadie puede ser justificado después de

morir, si su alma no puede decir a Dios: “no he dejado sufrir hambre a ninguno”⁶, Todos los pueblos del mundo han creído lo mismo. Todos los cristianos nos sabemos expuestos a que Cristo mismo nos diga: “Tuve hambre y no me diste de comer.” Nadie osará afirmar que sea inocente un hombre cualquiera que, teniendo medios, consintiera que otro se muera de hambre... si se le plantea la cuestión en términos generales; aunque en términos concretos, quizás él mismo esté dejando morir de hambre a su madre, si a mano viene; porque así es la flaqueza humana; y el mismo Doctor de la Ley, a juzgar por la manera como Cristo le responde, sabía muy bien la Ley, pero no sabemos si la sabía para los demás solamente o para él mismo también; porque una cosa es predicar, y otra cosa es dar trigo, *aymé*; y yo que predico tan lindo, trigo no tengo por suerte; que si lo tuviera, quién sabe lo que haría.

De manera que mi prójimo es el que raye, sea turco, judío, protestante o colectivero; aunque con esto no se niega que a mi madre le debo yo más que al Padre Trabi; y en caso de naufragio y no tener más que un bote, primero debo salvar a mi madre que al Padre Trabi; porque la caridad es universal, pero es también ordenada; y más quiero a mis dientes que a mis parientes; y mas a mis parientes que a las otras gentes, como dicen los gallegos. Los talmudistas en tiempo de Cristo, a fuerza de disputar, habían llegado –Hillel y algunos otros– a una conclusión que no está en el Deuteronomio, y que Cristo aprobó grandemente; que el Mandato Máximo, en el cual se resumía toda la Ley de Moisés, es éste: “Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas; y [por ese mismo amor] al prójimo como a ti mismo.” Esto no está escrito así en Moisés, pero ellos habían llegado a eso a través de la meditación de los Profetas. Sólo que era un poco demasiado grande tanta belleza, y la echaban a perder enseguida poniendo en cuestión “¿quien es mi prójimo?”, a la cual Shamái y su escuela respondían que solamente los parientes próximos y quizás algunos amigos; Hillel y su escuela, que eran todos los judíos y quizá también algunos *gohím* de los mejores, de los que estaban a punto de convertirse al judaísmo, como el Centurión Romano de Cafarnaúm; pero ninguno que se sepa en aquel tiempo se abrevió a extender el precepto de la caridad a los extranjeros, los herejes, los enemigos. Eran enemigos los judíos y los samaritanos; y el Buen Samaritano no se fijó en que el herido era judío. Eran despreciados y abominados como herejes los samaritanos por los judíos. El Escriba sin embargo, guiado por Jesucristo, confesó la verdad cristiana, que había que querer incluso a los herejes y a los enemigos, cuanto más a los extraños y extranjeros. Cuando se dijeron esas palabras, nació en el mundo la Cristiandad; ahora que se han retirado y nos estamos volviendo extranjeros unos a otros, la Cristiandad periclita y muere. La convivencia se vuelve en el mundo de más en más difícil; y en un legajo de correspondencia diplomática secreta que tengo yo en este cajón llamada *Cartas de un Demonio a Otro*, la principal instrucción que les da Satanás a los dos demonios que manda de nuncios al Río de la Plata, llamados Juan Conropa y Añang-Mandinga, es la de que “destruyan la convivencia”.

La tercera observación es que Cristo escogió irónica o humorísticamente como ejemplos de inmisericordes a dos miembros del “Clero”; lo cual prueba que eso ocurría de hecho en aquel tiempo, porque Cristo era demasiado buen artista para poner en sus cuentos cosas inverosímiles; y por tanto, si pasara también en nuestros tiempos, no habría que desesperarse en demasía. Tengo un amigo que anda enloquecido con este “*problema*”, como lo llama él: “en el clero argentino no hay nobleza: carece de nobleza el clero argentino. ¿Cómo puede ser eso? ¿Las virtudes sobrenaturales destruyen las virtudes naturales? De suyo el oficio de sacerdote no es vil. ¿Cómo es que el clero argentino es vil, hablando en general; o por lo menos es servil?”. Con esta cuestión el hombre, que también es clérigo, se enloquece literalmente; porque, según él, esta cuestión está de tal modo conectada con su fe, que resolverla es para él “cuestión de vida o muerte”, dice con énfasis.

⁶*Libro de los Muertos*, ERE, V, 478.

Yo le respondo: “¿De dónde sacás que no hay nobleza en el clero? ¿De que ningún sacerdote hizo hacia vos un gesto noble, cuando te hallaste según relatas en peligro de perder la vida y aun el alma, lo cual tengo por exagerado? Ese argumento no prueba. Porque había que ver “si podían” hacer ese gesto noble... El argumento probaría, si constara que no lo hicieron “pudiendo” hacerlo.”

Él dice: “—Monseñor Mandinga no lo hizo pudiendo y aun debiendo hacerlo.”

Yo digo: “—Monseñor, Mandinga no es “todo” el clero argentino.”

Pero supongamos que por un imposible *todo* el clero argentino perteneciera a la raza de los que Jesús llamó *Dicen-y-no-Hacen*; eso no invalidaría para nada lo *que* dicen. Porque Cristo en su parábola no concluyó: “los de nuestro clero han dejado a un lado por sus ceremonias la misericordia y la justicia; por tanto, la Sinagoga ha caducado”. Al contrario, dijo: “Haced todo lo que predicán; no hagáis lo que practican.” La Sinagoga caducó, ciertamente; pero no entonces: la Sinagoga caducó en el momento en que Caifás, con su autoridad de Sumo Pontífice, conjuró a Cristo que contestara si era o no el Mesías. A lo cual Cristo obedeció y contestó, sabiendo que le costaba la vida, que sí lo era. Y Caifás, en nombre de la Sinagoga lo rechazó como Mesías, gritándole “¡Blasfemo!” y “¡Reo de Muerte!”; rechazo que reiteró el pueblo al escoger un rato después a Barrabás, y al decir a Pilato: “Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. No tenemos más Rey que el César.”

Aunque todo el clero junto no hiciera lo que dice, yo lo había de hacer. Pero por suerte, aquello no es verdad. Hay turquitos buenos. Hay gente que aún da testimonio, a veces donde menos se pensaría salta gente así. Algo hay. Unos se limitarán a curar a un herido, otros prestarán la mula, y los terceros darán los dos o los veinte denarios: un tercio del gesto total, nobleza terciada, como vino rebajado; pero siempre es algo en un país bastardeado. Y debe existir el noble entero en alguna parte ¿Cómo se puede admitir lo contrario? ¡Oh Dios! ¿cuándo saldrá y lo veremos?

Sea como fuere, de lo que no hay duda es de que existe en Cristo el Buen Samaritano entero y no terciado. Él recogió a la humanidad herida, que había caído en manos de ladrones; echó en sus llagas aceite, que significa paciencia, y vino, que significa amor; la vendó lo mejor posible, la confió a un estabularlo que hiciese sus veces, y se fue a sus asuntos, *prometiendo volver y ajustar la cuenta*. Cuando hizo la parábola y puso como héroe de ella al Turquito, quizás recordó que varias veces los fariseos le habían gritado a él mismo en son de escarnio la palabra “¡Samaritano!”; es imposible que no lo haya recordado (*samaritano*, para los judíos era como si dijéramos *turco*; y mucho peor todavía).

DOMINGO DECIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Lc17, 11-19] *Lc 17,11-19*

El evangelio de este Domingo relata la curación de diez leprosos, y se podría llamar “el Evangelio de la Ingratitud”, tomando ese título de un gran sermón de San Bernardo, el Xlmo. Aparentemente no hay nada que comentar en él: el Salvador o Salud-Dador-que esto significa Salvador curó a los leprosos, uno de ellos dio la vuelta a darle las gracias y el Salvador reprendió la ingratitud de los otros nueve. El gran exégeta Maldonado dice: “el que quiera interpretaciones alegóricas, que lea San Agustín, Teofilacto o San Bernardo”; la interpretación literal no tiene dificultad ninguna, es un relato simple, uno de tantos entre los milagros que hizo Nuestro Señor... La gratitud y la ingratitud todos saben lo que son: al Samaritano curado que volvió a agradecer, Jesucristo le dijo: “Tu fe te ha sanado”, como lo hubiera dicho a los otros nueve judíos si hubieran venido; porque fe aquí (*pastís* en griego) significa simplemente *confianza*, fiarse de alguno, que es el significado primitivo de esa

palabra, dice Maldonado. Y ellos tuvieron confianza en Cristo que les dijo: “Vayan a mostrarse a los sacerdotes”, que era lo que el Levítico, capítulo XIV, mandaba a los leprosos *ya curados*; ellos se pusieron en camino confiadamente: y en la mitad del camino se sintieron sanos...

No hay nada que comentar. No hay enseñanzas profundas... Listo.

En cualquier trozo del Evangelio hay una enseñanza profunda: sucede sin embargo que no la vemos: no somos capaces de desentrañarla a veces.

Lástima que Maldonado murió hace casi cuatro siglos: me gustaría hablar con él.

—¡Che, andaluz! —le diría—. ¿No te parece que Cristo hizo aquí una andaluzada? ¿Te parece tan sencillo lo que dijo Cristo? Dime un poco, *gachó*: los leprosos curados ¿fueron todos al sacerdote, recibieron su certificado que los restituía a la vida social, y entonces el Samaritano volvió a dar gracias a Cristo, y los demás se fueron a sus casas? ¿No es así?

—¡No! De ninguna manera. El Evangelio no dice eso...

—¡Qué lástima! Porque si lo dijera tendrías razón tú: no habría nada que comentar: menos trabajo para mí.

—El Evangelio dice expresamente que apenas se sintió curado, el Samaritano volvió grupas y vino a “magnificar a Dios con grandes voces”; de los demás no dice dónde fueron; pero es más que probable que fueron a presentarse a los Sacerdotes, como la Ley se los mandaba, y como a ellos les convenía tremendamente; porque has de saber que —diría Maldonado con su gran erudición— por la ley de Moisés —y muy prudente ley higiénicamente hablando— los leprosos eran *separados* (que es como todavía se dice “leproso” en lengua alemana *Aussaetzig*), eran denominados *impuros* y debían gritar esa palabra y agitar unas campanillas o castañetas cuando alguien se les acercaba; no podían vivir en los pueblos, y solían juntarse en grupitos para ayudarse unos a otros los pobres —cosas todas que se ven en este evangelio— y para ser liberados de estas imposiciones legales en caso de curarse —pues la lepra es curable en sus primeros pasos, y además existe la falsa lepra— debían ser reconocidos y testificados por los sacerdotes... De modo que es claro lo que pasó: uno volvió a Cristo y los demás siguieron su camino adonde debían y adonde además los había mandado el mismo Cristo..., me diría Maldonado.

—Por lo tanto —habría de decirle yo— si es así, aquí Cristo estuvo un poco mal, pues reprendió a los nueve judíos que no hacían sino lo que él les había dicho; y los reprendió antes de saberse si iban a volver o no después, a darle las gracias. Su conducta es bastante inexplicable. Parecería que pecó de apresurado en condenar de ingratos a los nueve judíos; y de presuntuoso en pretender le diesen las gracias a Él *antes de cumplir con la Ley*. Los que estaban allí debieron de haberse asombrado; y uno de ellos podía haberle dicho: “No te apresures, Maestro, en reprender a los otros; al contrario, éste es el que parece merecer reproche, porque ha obrado impulsivamente, irrefrenablemente...”.

—Yo soy un teólogo de gran fama, conocido en toda Europa, por lo menos en los dominios de la Sacra Cesárea Real Majestad de nuestro Amo y Señor Carlos V de Alemania y Primero de España; he enseñado en la Universidad de París, donde desbordaban mis aulas de alumnos, y de donde tuve que salir por la malquerencia y envidia de los profesores franceses, y retirarme a Bourges a componer mi *Comentario a los Evangelios*, que es lo mejor que ha producido la ciencia de la Contrarreforma; y a mi se me ha aparecido dos veces en sueños el Apóstol San Juan, como cuenta el *Menologio de Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*. Tú eres un pobre cura, que no se sabe bien si pertenece al clero regular o irregular, de una nación ignorante y chabacana, sin educación, sin tradición y sin *solera*. De modo que es mejor que ni hablemos más —me figuro me diría Maldonado si estuviera vivo: que era bastante vivo de genio.

Por suerte está muerto. Si él ha visto en sueños al Apóstol San Juan, yo he visto al demonio innumerables veces; y si él tiene el derecho de no asombrarse del Evangelio, yo

tengo el derecho de asombrarme todo cuanto puedo. No es exacto que Jesucristo es profundo, como dije arriba, me equivoqué. Platón es profundo, San Agustín es profundo; Jesucristo no dice nada más que lo que dice el seminarista Sánchez o el peor profesor de Teología; pero lo que dice es infinito, y hasta el fin del mundo encontrarán los hombres allí cosas nuevas. Platón tiene una teoría profunda sobre la inmortalidad del alma; Jesucristo no hace más que afirmar la inmortalidad del alma. Pero ...

La conducta con el Leproso Samaritano significa simplemente que, según Cristo, las cosas de Dios están primero y por encima de todos los mandatos de los hombres; una nota que resuena en todo el Evangelio continuamente; y que en realidad *define* al Cristianismo.

Dios está inmensamente por encima de todas las cosas. Delante de Él todo lo demás desaparece; la relación con Él invalida todas las otras relaciones. El leproso samaritano que en el momento de sentirse curado sintió el paso augusto de Dios y se olvidó de todo lo demás, hizo bien; los demás hicieron mal. Y la palabra con que Cristo cerró este episodio: “Levántate, tu fe te ha hecho salvo”, no se refiere solamente a la confianza común que tuvo al principio en Él —la cual no fue la que lo sanó, a no ser a modo de condicionamiento— sino también a otra divina confianza que nació en su alma al ser limpiado; y que limpió su alma con ocasión de ser limpiado su cuerpo; y que importa mucho más que la salud del cuerpo. Porque lo que hizo este *forastero* al volver a Cristo, no fue gritarle como antes desde lejos “¡Maestro!”, sino tirarse en el suelo con el rostro ante sus pies, postrarse panza a tierra, que es el gesto que en Oriente significa la adoración de la Divinidad. Por lo tanto: “levanta y vete tranquilo, tu Fe te ha salvado”, cuerpo y alma.

Dios está inmensamente por encima de todas las cosas. ¿Eso lo enseñó Cristo? Eso lo dijo mucho antes el Bhuda, Sidyarta Gautama. Sí, pero en Cristo hay una palabrita diferente, una palabrita terrible. “Por Dios debes dejarlo todo”, dijo el Bhuda. Cristo dijo lo mismo: “Por “Mí” debes dejarlo todo”.

Esa palabrita diferente resuena en todo el Evangelio:

“El que ama a su padre y a su madre más que a *Mí*, no es digno de mí”.

“El que deja por *Mí*, padre, madre, esposa, hijos y todos sus bienes”...

“Os perseguirán por *Mí* nombre”...

“Os darán la muerte por causa *Mía*”...

“Deja todo lo que tienes y sígueme”...

“Deja a los muertos que entierren a los muertos”...

“La vida eterna es conocerme a *Mí*”... Y así sucesivamente.

De manera que en este evangelio hay también una paradoja, que no vio Maldonado —lo cual no le quita nada al buen Maldonado— que es la eterna paradoja de la fe; y en la manera de obrar de Cristo con el leproso Samaritano está afirmada —como en cada una de las páginas de cada uno de estos cuatro folletos— lo que constituye la originalidad y por decirlo así la *monstruosidad* del cristianismo; que es una cosa sumamente simple por otro lado: “*Dieu premier servi*”, como decía Juana de Arco: Dios es el Absolutamente Primero; Dios es el Excluyente, el Celoso; y... Cristo es Dios.

Mas si pide de nosotros gratitud —o si quieren llamarla *correspondencia*—, no es porque El la necesite sino porque nosotros la necesitamos. La ingratitud seca la fuente de las mercedes, y hace imposible a veces los beneficios; como podemos constatar a veces en nuestra pequeña experiencia que a pesar de desearlo no podemos hacer bien a alguna persona; porque por su falta de disposición, no recibirá bien el bien; de modo que lo convertirá en mal.

—¿Por qué no viene usted más a visitarme?

—Porque no le puedo hacer ningún bien.

—¿Y por qué no me puede hacer ningún bien?

—Porque una vez le hice un bien... y usted me tomó por sonso.

Dios a veces no nos hace nuevos beneficios, porque no le hemos agradecido bastante

los beneficios pasados. No los hemos tomado como beneficios de Dios, sino como cosas que *nos son debidas*; lo cual es tomarlo a Dios por sonso.

DOMINGO DECIMOCUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Mt 6, 24-33] *Mt 6 24-34***

En el evangelio que se lee hoy (Mateo VI y Lucas XII) Cristo nos propone como ejemplos a los Pajaritos y a los Lirios: los Pajaritos no siembran ni ensilan y siempre tienen que comer; los Lirios no hilan ni cosen y están muy bien vestidos. Parece demasiado poético, y hasta ha parecido a algunos una exhortación a la gandulería general.

Mas en esta parábola nos prohíbe Cristo la Solicitud Terrena, que trae consigo la angurria de riquezas, la cual arrastra tras de sí males innumerables. Después de haber dicho:

*Ningún siervo puede servir
A la vez a dos señores
Vosotros no podéis servir
A Dios y a las Riquezas...*

Cristo prevé la réplica obvia: “¡es que el dinero es necesario para vivir!”; y persigue a la angurria de dinero en su último escondrijo, diciendo no solamente: “No os esclavicéis al dinero” sino “Despreciad el dinero”.

León Bloy, Péguy y Kirkegor han glosado esta parábola; el Pobrecito de Asís y otros innumerables la han vivido. Ella inspiró a Kirkegor tres sermones sólidos como Bossuet y tan refinados y poéticos como Vieyra, si no nos engaña nuestra devoción al jorobadillo danés. Pero no sirven para la Argentina. Dios quiera que éste sirva.

¡Pero esta parábola no se puede cumplir hoy día!

Cuenta André Suarès que una congregación católica norteamericana ha pedido al obispo de Nueva Orleans o de Michigan que la declare “un aditamento poético de la predicación de Cristo”.

No me fio mucho de lo que dice André Suarès de los “*Knights of Columbus*” no los quiere nada a los yanquis. Pero es verdad que el Papa León XIII condenó el 22 de enero de 1899 en carta al cardenal Gibbons –y en un latín bastante dudoso– un error que él llama “americanismo”; que entre otras cosas opinaba en contra de la pobreza voluntaria de las órdenes y la pobreza en general; y el sufrimiento, y las virtudes *pasivas* y la actitud contemplativa en el hombre: “antiguallas de la Edad Media”. Y por ese mismo tiempo, un prócer argentino, en un momento de ligereza, opinó lo mismo. Dijo que si una nación aceptara la moral evangélica en lo que atañe al dinero, se iba por un tubo a la bancarrota: que en eso Jesús no era buen Maestro ni buen ejemplo. Jesús fue un lírico y un gran moralista teórico; se le puede llamar con Renán “el sublime poeta de lo Ético”; pero estaba flojito en Economía Política. En eso, Benjamín Franklin le daba ciento y raya. Si un hombre quisiera vivir hoy como “las Aves del Cielo”, se exponía a los peores peligros, iba derecho al naufragio, y sobre todo ¿qué dicen de la Productividad”? Eso de despreciar al Ahorro, la virtud primera de un hombre realmente moderno, eso puede estar bien para los españoles, los napolitanos y otros pueblos cantores y atrasados; pero los argentinos no han nacido para *lazzarones* Leed el Evangelio si queréis; en Norteamérica lo leen mucho; pero leedlo con grandísima precaución. Hasta aquí el prócer.

Muy bien; no pedimos otra cosa: mal leído el Evangelio hace mal. De un versillo del Evangelio mal entendido, se puede sacar una herejía. De hecho, sobre este texto de los Pajaritos y los Lirios se hizo la herejía medioeval de los *Fraticelli*. Y de otros textos han

salido docenas de herejías; de las cuales ninguna peor que la de Renán, de la cual nuestro prócer estaba un poco tocado; aunque se libraba de ella cuando empleaba su robusto sentido común sanjuanino.

Estoy seguro que este “americanismo” lo dijo un prócer; aunque ahora no les puedo decir seguro la página dónde. Cuando éramos chicos nos lo enseñaba de memoria el *gallego* Mendizábal, que en realidad no era gallego sino boliviano naturalizado paraguayo y maestro argentino; y el otro día no más, lo *echó* por Radio un escritor judeoargentino, amigo mío. No hay duda de eso. Además, que despreciar el dinero es ser sobremanera imprudente, eso lo saben todos los argentinos, sin necesidad que lo diga ningún prócer.

Cristo vivió como las Aves del Cielo y los Lirios del Valle; y no fue un imprudente. Tampoco fue “un mendigo”, como dice en algún lado Kirkegor; aunque es verdad que “no tenía dónde reclinar su cabeza” durante los tres años de su predicación, que fue su trabajo fuerte. Tenía un oficio y lo sabía bien: de joven fue artesano, de hombre fue *rabbí* o Recitador-Instructor ambulante; que no era entonces oficio de negros, sino muy necesario, reconocido y honrado en Israel, tan importante como sería por ejemplo nuestros tiempos el de predicador-profesor-periodista todo en uno. Yo soy eso; y tengo donde reclinar la cabeza aunque sea un poco duro; Cristo no tuvo. Le daba por no cobrar sus *Recitales*; y a veces hasta regalaba pan, peces y curaciones instantáneas y gratuitas encima de sus Improvisaciones; pero lo importante para El eran las Improvisaciones, que irradiaba por una especie de megáfono o micrófono viviente rústico. Sabía que tenía fuerzas físicas para trabajar hasta que muriese; y sabía que había de morir joven, y no necesitaba acogerse a “los beneficios de la jubilación”. Yo, lo confieso, me he acogido a los “beneficios de la jubilación”; solamente que me he acogido hace dos años, y los “beneficios” todavía no han venido.

Cristo no predicó la haraganería ni la supresión de la prudencia. La prudencia la conocieron Aristóteles, Cristo, Santo Tomás, San Francisco de Asís, y hasta César Tiempo: es la más importante de las virtudes morales, sin la cual todas las otras se convierten en vicio. Cristo no predicó que no había que trabajar, que no había que pensar en los hijos ni en la vejez, que no habla que guardar el dinero, como los “*fraticelli*”; aunque nunca tocó con sus manos una moneda según parece: pues cuando lo interrogaron acerca del tributo al César, dijo: Mostradme una moneda.” Judas llevaba las monedas de todos y San Pedro tenía unas monedas de 0,50 para hacer ruido como un chiquilín y jugar a cara y cruz. Pero el caso es que Jesús *tenía bolsa*, y sabía tan poca economía política que se dejó robar lo mismo que el vivísimo pueblo argentino. Mas Tomás de Aquino, que era fiel discípulo de Jesús y además religioso *mendicante* sabía economía política, y más sólida que la de hoy. En su *Tratado para el Príncipe* enseña que las naciones han de tratar de ser ricas; es decir, que el Rey debe tener riquezas, no para él sino para el pueblo todo. A un obispo argentino que decía que “un obispo debe ser pobre”, le contesto, rectamente a mi entender, un religioso: “Sí, monseñor, debe ser pobre pero no como un religioso: un obispo debe tener bienes de fortuna, no para él, sino para los sacerdotes pobres primero; para el pueblo pobre segundo; y después para el culto divino”; y si hubiese añadido: “y para editar los libros religiosos de los escritores católicos, como el Padre Baransky, que no encuentra un solo editor en esta nación católica.” no hubiese estado mal tampoco. Coincidió con Santo Tomás, dominico, y con Mamerto Esquiú, franciscano.

Todas las órdenes religiosas al nacer se propusieron no tener riquezas; y algunas, vivir de meras limosnas: las *mendicantes*. Pero después piensan que guardar dinero solamente para un año más o menos, no está mal; en lo cual aprueba Santo Tomás y San Jerónimo; pero quien dice un año dice dos o diez o cincuenta; y así poco a poco se adentra a veces la *Solicitud Terrena*; y llegan a pensar a veces que si no tienen dinero para un siglo –pícara natura humana– no pueden hacer ningún bien a las almas. El Padre Nodier escribía en 1770 – más o menos– a su Superior el General de los jesuitas: “Pienso que los cofres de oro que hay en nuestros Colegios y los negocios del P. Villeneuve nos pueden hacer muchísimo daño...”.

El P. Villeneuve quebró; y 6 años después los jesuitas fueron despojados de todos sus bienes, echados de Francia, echados de España, de sus Colonias –donde trabajaban estenuamente– y de todas las naciones borbónicas; y después suprimidos por Clemente XIV. ¡Culpa de los franceses! Y un poquito culpa de nosotros, digamos la verdad; excepto del P. Nodier y muchos otros, que sufrieron inocentes por culpa de unos pocos miopes.

Cristo no nos manda ser imprevisores, nos manda vencer en nosotros la Solicitud Terrena: “No andéis solícitos y ansiosos por lo que habéis de vestir o de comer, o por el día de mañana: el día de mañana se trae su propia ansiedad, no la asumáis hoy... Mirad las Aves del Cielo... ¿Hay alguno de vosotros que pueda añadir un trecho al tiempo de su vida?”⁷.

La Solicitud Terrena ha de ser vencida por el cristiano con todos los medios, aun los más atrevidos, como “vender todo lo que tienes y darlo a los pobres”, en algunos casos; porque ella es la raíz de la avaricia y de muchos otros desórdenes. La avaricia es un *pecado jefe*, que manda a otros muchos. ¡Si lo sabremos los argentinos! sometidos al capitalismo inglés, que es una concreción sociológica de la avaricia en los ricos; o el socialismo ruso, que es una concreción sociológica del resentimiento en los pobres; porque Solicitud Terrena pueden tener tanto los ricos como los pobres, sin Cristo.

Dicen los filósofos de hoy que todos los hombres nacemos con Angustia; o mejor traducido el *Angst* germano, con temor, inquietud, ansiedad, Desasosiego. Los pobres poetas lo habían dicho antes:

*Inútil la fiebre que aviva tu paso
no hay nada que pueda matar tu Ansiedad
por mucho que tragues. El alma es un vaso
que sólo se llena con eternidad...
¡Qué misero eres! Basta un soplo leve
para helarte. Cabes en un ataúd...
¡Y el espacio inmenso del cielo te es breve
y la tierra es corta para tu Inquietud!*

El Desasosiego no se puede suprimir. Se puede convertir en tres cosas: o en Inquietud Religiosa, la cual es buena y espuela de salvación eterna; en Solicitud Terrena, la cual es mala y prohibida por Cristo; y en Angustia Demoníaca, la cual es pésima. Pero la Solicitud Terrena es lo más común; es, en cierto modo, natural; y el mundo moderno privado de lo Sobrenatural está como sumergido en ella. Dicen que es el motor del Progreso, sí, pero el Progreso moderno está embestido por una “fiebre que aviva su paso” demasíadamente. Corre lo más que puede, con peligro de dar el gran Encontronazo. ¡Y cuántos tropiezos no ha dado ya!

Cristo no mandó a los Lirios del Valle que desenterrasen sus raíces, ni a las Aves del Cielo (a los “cuervos”, como dice San Lucas) que volasen cabeza abajo. El estaba vestido como un lirio en su conducta –y hasta en su atuendo, limpio siempre y blanco como luz de luna– y cantaba como las aves en su predicación. Los que pueden imitarlo en todo y vivir como Él, que lo hagan y se metan de ermitaños urbanos o Padres de Don Orione –¡ojo con las órdenes ricas!– y se arrojen en los brazos de la Providencia y naveguen esta vida sobre una lancha rota sobre 10.000 metros de agua. No es para todos, sino para quienes Dios llama. Pero todos deben arrojar de sí la angurria del dinero –¿para qué diablos quieres tener 1.600 millones de pesos, oh ingenuo Creso argentino, que no los puedes gastar con todos tus hijos naturales en toda su vida? –, vicio netamente argentino, si los hay. Este vicio ha hecho

⁷“Añadir un codo a su estatua”, dice la Vulgata; lo cual también es verdad desde luego, pero no es el texto.

muchísimos males en este pobre país, “en este país ubérrimo, tierra de promisión para todos los vivos del mundo que quieran habitarla”; y el primer mal, hacerlo *pobre* como país. ¡Cómo! Sí, señor, como usted lo oye. ¡Éste es un país muy rico! ¿Dónde están los ricos en la Argentina? digo yo. Yo no los veo. Estarán escondidos. Muchos más ricos y más riquezas *verdaderas* veo yo en un país “pobre” de Europa, como Italia o Alemania Oeste, que en esta “tierra de promisión”. Será que yo no entiendo de economía política, lo mismo que Jesucristo, ¡helás!

A mí se me hace que estamos más atrasados que los *lazzarones* napolitanos. La Argentina es un país pobre en acto y rico solamente en potencia; rico para los demás (para los vivos). La Argentina es un país un poco sonso, empezando por mí. Aquí se ha descabezado a la “inteligencia”, no se ha permitido nacer a un Tomás de Aquino ni de lejos; y un país sin cabeza necesariamente es un poco sonso, cosa que vio no sólo Tomás de Aquino, sino hasta Enrique VIII de Inglaterra y hasta Eisenhower, si me apuran.

Lean el librito *Hacia la liberación*, de Ramón Doll, o *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, de José María Rosa. Éstos saben economía política. Verán que este país ha sido poco inteligente; y por tanto, ahora es pobre.

Cuanto a mí yo prefiero la economía de Jesucristo: es la más sencilla. Las naciones católicas, si desaprenden su propia economía, no aprenden tampoco la de los protestantes o la de los judíos. “El que desaprende a su padre, no aprende nada del vecino”, dicen los proverbios”⁸ *Aquí está* la solución de la decantada “cuestión social”. El problema social de la lucha de clases por el dinero desaparecería cuando la Sociedad pudiese decir a sus miembros las palabras de Jesús: “No andéis ansiosos por vuestra vida, qué habréis de comer, o por vuestro cuerpo, qué habréis de vestir: la comunidad tiene cuidado de eso, Servid a la patria libremente como caballeros y la Patria cuidará de vosotros como madre...”. Es degradante para el alma humana tener atados sus pensamientos, que le son necesarios para ir más arriba, por la molienda del sustento cotidiano y el temor del porvenir, la vejez, los eventos desdichados y la miseria. Lo que conturba al proletario actual es más la inseguridad tal vez que la impecuneidad en sí misma. La pobreza es una bendición, porque es un Purgatorio, pero la miseria es un Infierno.

El espíritu del cristianismo es este: *Haced por amor vuestra obra; y dejad que vuestros prójimos os alimenten y vistan también por amor*. Éste es de hecho el espíritu del estado religioso.

Parece que hay aquí un círculo vicioso; pues ni la Sociedad ni el Individuo pueden dar con seguridad el primer paso. Si el Individuo tiene que esperar para despreocuparse que la Sociedad sea perfecta... y la Sociedad no puede serlo si antes no lo son sus miembros, parece que estamos en plena utopía idílica. Pero Cristo rompió ese círculo, invitó a los mas fervientes, espirituales y corajudos a dar el salto; a renunciar a todo osadamente por puro amor de Dios –por imitar lo a Él– sin seguridad previa sino la de la Providencia, a sus riesgos y peligros: “a embarcarse en canoas escoradas”, como dice Kirkegor. Lanzó a la brecha una pequeña falange de “desesperados”, como si dijéramos; los cuales con su vida de pobres voluntarios: 1) Prueban que es posible la cosa, vivir “como las Aves del Cielo y las Flores del Campo”; 2) incitan con su ejemplo a los demás al despego y la confianza; 3) viviendo con lo mínimo, regalan el resto a los demás, dejan mayor margen de bienes temporales a la

⁸Se ha dicho que “Cristo no dio soluciones de la cuestión social (Ernesto Renán, *Vie de Jésus*) porque su interés rodo fue salvar las almas individuales y no reformar la sociedad ni hacer Política alguna: pues su idílica moral individual de campesino galileo no percibía los condicionamientos sociales ni los problemas colectivos... Esta opinión ha sido también de algunos católicos como Auguste Nicolas, el P. Ventura Ráulica, Donoso Cortés... Es un error.

humanidad en general; pues paradójicamente nadie da más que el que poco tiene; y el que todo lo deja mucho regala.

A estos dos puntos, el mandato de huir la solicitud (madre del temor, la avaricia y la explotación del trabajo ajeno) y el consejo de la pobreza voluntaria, se añade el “*Vae vo bis divitibus*”, es decir: los tremendos anatemas de Cristo a las riquezas y a los ricos, bastante olvidados quizás en la actual predicación del Evangelio. Haciendo sospechosas y peligrosas a las riquezas superfluas, Cristo opone a su tremenda y omniactuante atracción natural el contrapeso religioso; facilitando de ese modo su distribución justa, en la medida posible a la dañada natura humana.

Estas tres formidables palancas crearon lentamente en la Cristiandad lo que hoy llaman justicia social”, primero en la práctica que en la teoría; y suscitaron fuertes estamentos o instituciones que iban poco a poco acercándose al ideal de la *Sociedad-que-cuida de sus-miembros*. Si hoy día en que el Estado se va convirtiendo en uno de los primeros explotadores, esto parece puro lirismo, la culpa no la tiene Cristo, y las catástrofes que hemos visto y las que nos amenazan, han dejado buenas todas sus palabras, como confiesa el mismo Marx y otros socialistas, como Bernard Shaw. Es curioso que cuando los Estados se volvieron virtualmente ateos y dijeron: “La religión es asunto primado”, la irreligión se convirtió en asunto público; y cuando los Reyes dijeron a los súbditos que no tenían por qué pensar en la salvación de las almas, tuvieron que empezar a pensar en la salvación de sus cabezas coronadas. “–Todas las religiones son buenas” –dijo el siglo XIX; y nuestro siglo ha tenido que añadir apresuradamente: “–¡Menos el comunismo!”

La pálida sonrisa con que Cristo subió a los cielos –visible en aquellas palabras “¿Aún vosotros no creéis todavía?”– se ha ido desvaneciendo al correr de los siglos, al ver que el mundo fracasaba cada vez más a medida que seguía sus enseñanzas cada vez menos. Y si nos dejó con una sonrisa triste, no volverá sino con un trueno..

DOMINGO DECIMOQUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Lc 7 11-16] Lc 7, 11-I 7**

“El primer encuentro de Jesús con la Muerte”, llaman a este evangelio de la Resurrección en Naím. Pero en realidad, Jesús había topado con la muerte un poco tiempo antes, en Nazareth, cuando los Capitostes, los Magnates y los Sinagogos lo habían llevado al filo del barranco que bordea su ciudad natal para arrojarlo al vacío; de los cuales escapó sin hacer ningún milagro –nunca hizo en favor suyo milagro alguno– sino *escabulléndose*, como narra Lucas IV. Y el furor de sus paisanos fue porque “allí no había hecho ningún milagro”: furor sacrílego como se ve, porque así reconocían que él podía hacer milagros, y por tanto venía de Dios. Bárbaros estos judíos.

La lección del profeta Isaías que prenuncia los milagros del Mesías, fue la que Cristo leyó en la sinagoga nazaretana, añadiendo simplemente: “Esta profecía se ha cumplido ya entre nosotros.” Isaías enumera allí “pobres, cautivos, ciegos y heridos”; no incluye resurrección de muertos. Poco después del Sermón Montano, en el Segundo Ministerio Galileo, vino la resurrección del innominado que llamamos con el largo nombre de “Hijo Único de la Viuda de la Ciudad de Naím”. Nadie le rogó o exigió que lo hiciera, se conmovió por las lágrimas de la madre: detuvo con la mano el portaféretro llevado por cuatro hombres, dio un mandato imperioso, y el joven se incorporó y comenzó a hablar. Era en las afueras de la ciudad, en el lugar donde se cavaban los sepulcros. “Y se lo entregó a su madre.” El evangelio registra la conmoción de la turba: “se asustaron, alabaron a Dios y dijeron: un gran profeta ha aparecido: Dios ha acogido de nuevo a su pueblo”. Y añade que corrió la voz por toda Judea y sus aledaños. “¿Qué es esto? ¿Cuándo se ha oído nunca que un hombre pueda resucitar muertos?”. Cristo no oró largamente, ni se echó sobre el cuerpo del difunto, como el

profeta Elías sobre el otro hijo de la otra viuda de Sarepta: simplemente gritó: “Yo te lo mando”; y fue obedecido. ¿Mandó a quién? ¿Al joven? ¿Mandó a la Muerte!

Resucitar un muerto no es una broma. Los incrédulos cuando van a Lourdes dicen que “no conocemos bien las leyes naturales”. La serie de escuelas sucesivas y contrarias de “alta crítica exegética” racionalista lo arreglan todo, hasta que llegan a la Resurrección. “¿Un paralítico? Hay parálisis nerviosa. ¿Un epiléptico? Sugestión. ¿Un leproso? El diagnóstico de la lepra es difícil y en aquellos tiempos... No sabemos bien hasta donde llega la fuerza de la sugestión.” Pero cuando llegamos a un muerto, sabemos bien hasta donde NO llega. Por tanto: “suprimir la resurrección, suprimir la resurrección o estamos fritos...” es la voz de orden de estos seudosabios, desde H. S. Reimarus en 1768 hasta Santayana en nuestros días: la misma voz de los fariseos, que quisieron suprimir la resurrección suprimiendo al resucitado, pues “pensaron dar la muerte [de nuevo] a Lázaro”. Insensatos.

Un *resucitador* es una cosa muy seria: podría resucitar el Paraíso Terrenal. ¿Se imaginan ustedes lo que podría en el mundo un tipo con poder de resucitar muertos? Podría cambiar la faz del mundo. Pues bien, eso tiene que venir puesto que Cristo tiene que *Volver*. Si uno suprime la promesa parusíaca del Retorno de Cristo, no queda absolutamente nada del Evangelio en pie: es la arquitrabe de todo el edificio. Cristo Resucitado volverá para resucitarnos.

Un solo *resucitado* que no pudiera ya ni morir ni sufrir, podría reírse en la cara del Emperador Calígula y toda su corte; y muchísimas otras cosas. El dramaturgo Eugenio O’Neil desarrolló esa idea en su drama *Lázaro ríe*, por más que, desgraciadamente, desde el segundo acto, el ateísmo de O’Neil le enturbia la idea, y el drama termina en forma que no responde al grandioso comienzo. En realidad Lázaro resucitado e invulnerable puede conquistar el mundo entero, si quiere.

Hace unos tres años dirigí a un comunista militante y dirigente, pero de buena voluntad, una carta de la que voy a transcribir una página:

... Los fariseos han tenido cría. Y la cría de los fariseos –esa palabra justamente usó Cristo, “esta cría mala y adúltera”– naturalmente debe temblar de que “Cristo vuelva”: no han tenido nunca mayor enemigo. Y así naturalmente niegan que haya resucitado, y con mayor razón, niegan que vuelva”...

Supongamos que Cristo “vuelve” ¿podría arreglar todo este desarreglo de hoy? ¿Pero seguramente! ¿Un “hombre” resucitado, contra todos estos pobres piojos resucitados! El dramaturgo yanqui O’Neil hizo un drama que usted conoce, *Lázaro ríe*, en que desarrolla las consecuencias posibles de la hipótesis de “un hombre resucitado”. ¡Ese hombre es más poderoso que los Césares, es el poder andando! O’Neil lo hunde al fin en la confusión, porque justamente él vivía en confusión –y el artista trabaja con el material de su autoexperiencia– pues sin la fe ese caso para él no era más que una “suposición”: una fantasía, un mito. Pero ¡si eso llega a ser real! Un hombre que solamente pueda curar los enfermos y multiplicar los panes y los peces se vuelve ipsofacto el economista más grande del mundo: Jesucristo resucitado se vuelve un economista más grande que Franklin y Domingo Faustino Sarmiento. ¡Adiós bancos, adiós fronteras, adiós ejércitos, adiós guerras! Adiós, Pecado. Adiós Muerte.

Yo no soy milenarista, y por eso no quiero hacer aquí el cuadro de “lo que sería” este mundo gobernado durante mil años por los resucitados; por un Resucitado; sin embargo el gran novelista suizo Ramuz lo ha hecho en un librito, *Joie daos la Terre*, que confieso me gusta grandiosamente, aunque no acepto la teología de este hijo de Calvino. Muchas personas se confortan y sustentan –la imaginación es el sustentáculo de la esperanza– con esa imaginación, que está en el capítulo XX del Apokalypsis. Yo no la enseño, pero la respeto, como respeto los cuentos de hadas; y muchísimo más por cierto. Pero yo no la necesito: me basta para mi Esperanza imaginar lo que sería el Mesías retornado, no ya “en gloria y majestad” y como Monarca del Mundo, sino simplemente más o menos como era cuando andaba en la tierra predicando, o como después de su resurrección, travesando amablemente pero en serio con sus Apóstoles –con los Once Palurdos–. “Jesús en Buenos Aires!”, como soñaba nuestro común desdichado amigo Enrique Méndez Calzada. Eso basta. Así como una chispa sola puede originar el mayor incendio, así como una sola bomba atómica puede desencadenar el incendio del Universo –según dicen los sabios, aunque yo no les creo– así un solo Resucitado, el “Primogénito de entre los Muertos”, que dice San Pablo, puede tranquilamente y sin prisas incendiar de gozo todo el Universo, ese vencedor de la Muerte y Principio de la Resurrección. Poder, puede: no lo dude usted.

He aquí que he llegado yo después de mucho camino, con usted o sin usted –porque no sé si me ha

dejado durante– al plano religioso desde el plano ético, que es el suyo; y el pasadizo es “el humor” enseña Kirkegor; y por cierto, a lo más crudo y duro de todo el plano religioso y a lo fundamental en él, a la inmortalidad y a la resurrección.

Los comunistas quieren ustedes nada menos que la resurrección del mundo; yo también; y lo que es más, “la espero”. Pero discrepamos en que ustedes quieren la resurrección sin muerte; y yo me he resignado a la muerte. Hace mucho tiempo, creo que cuando era muy chico, la muerte llamó y yo abrí, y se ha aposentado en mí. No sé cuando.

La muerte la fe.

La fe es como una muerte. No se puede negar que es una especie de muerte, como usted la llama en su carta un reniego de “esta” vida; no de la Vida en general de esta hija de perra de vida.

San Pablo llama a la Fe “morir en Cristo y resucitar espiritualmente en Cristo por el bautismo”. El rudo tarsense se imagina el bautismo como un ahogarse en una piscina llena de la sangre de Cristo –y de Adán– para resucitar otro hombre, “el hombre nuevo”, metáfora poco moderna que horroriza a Aldous Huxley... y a Eduardo Mallea. Naturalmente, todo lo que horroriza a Aldous Huxley, y viceversa, horroriza, y viceversa, a Eduardo Mallea...

Sigue la carta con un análisis de *cómo nació la Fe en mí*; pero creo que con esto basta.

En resumen, pasó un Resucitador por el mundo y nació en el mundo una esperanza más grande que todos los siglos; la cual no morirá. Uno que ya no tenía esperanza ha escrito: “Jesús es simplemente la esperanza más grande que ha pasado por la Humanidad”...

Oh, Renán, escucha: *No ha pasado*.

DOMINGO DECIMOSEXTO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Lc 14, 1-11] *Lc 14, 1. 7-14*

El evangelio de esta Dominica (Lc XIV, 1) tiene dos perícopas: la Curación del Hidrópico y la parábola del Ultimo Lugar. Pero puede unificarse con el nombre del Almuerzo en Casa del Príncipe.

No hay que pensar en Herodes Idumeo o en el Príncipe Valerio Flavio, que estaba de viaje en Siria. Era un *príncipe de los fariseos*, un capitoste de ellos. Ya dije en otra ocasión que de éstos no todos eran malos; tanto que de algunos de ellos, los mejores, salió el núcleo primero de la primitiva Iglesia: Nicodemus, José de Arimatea, San Pablo... Pero la “secta” era mala. Era como el clero de hoy: un cuerpo; aunque no todos eran sacerdotes. Digamos que eran como el *clerus* medioeval, que comprendía hasta los sacristanes y los músicos, no menos que los letrados (o escribas y doctores): toda la *gente de Iglesia*. Clericales, vamos. Entre los clericales de hoy hay buenos y malos, pero el *cuerpo* de ellos es bueno. Entre los fariseos de entonces había buenos y malos, pero el *cuerpo* era malo; y uno no podía salvarse sin salir de él.

Estaba lleno de estos doctores allí, “y todos le miraban a las manos”, dice el Evangelio. Jesucristo se descalzó las sandalias, dio el beso de paz al dueño de casa, hizo el gesto de lavarse los pies como era de ritual, introdujo a San Pedro el cual hizo igual, y se dirigió modestamente al último lugar, donde se reclinó. El príncipe lo fue a buscar y lo colocó en el segundo lugar, después de él. Y San Pedro que se había colocado tranquilamente en el segundo lugar, tuvo que bajar un tramo. “Y he aquí que un hombre hidrópico estaba delante de El”; no de San Pedro. Era uno de los doctorones que era hidrópico, qué le va a hacer; y no por eso sabía menos; lo que no sabía era la lotería que le iba a tocar ese día. Se ve que le dijo o pidió algo a Jesucristo, porque el Evangelio dice: “Y respondiendo Jesús”... Pero no le respondió a él sino a los “legisperitos y fariseos que lo observaban con curiosidad”. “¿Se puede curar en día Sábado?” –les preguntó. “*Conticuere omnes intenticque ora tenebant*”, que dice Virgilio. Callaron como muertos. ¿Qué podían decir? Sí? ¿No? No podían decir nada. Jesús “agarró al hidrópico”, dice el Evangelio, es decir, lo sujeto; y lo curó. Habrá sido de ver el espectáculo del enorme vientre y el enorme cuerpo desinflándose a toda prisa. “Y lo mandó

a su casa; para que la comida pudiera continuar, probablemente. “Y respondiendo a ellos”, otra vez a sus ocultos pensamientos, porque ellos callaban—, dijo Jesús:

“—¿Quién de ustedes, si un hijo, o aunque sea un buey, se cae en un hoyo, no lo va a sacar enseguida aunque sea en Sábado?”⁹. Y continuaron callando. ¿Qué iban a responder? “No podían a esto responderle nada.” Con demasiada cortesía los trató Cristo. Yo les hubiese dicho: “Con sus ceremonias, con sus escrúpulos y con su ley del Sábado, todos ustedes son unos perfectos chanchos.” Eso es lo que estuvo por decir San Pedro; pero se contuvo al pensar que estaba en casa ajena.

Y encima los obsequió con una linda parábola, que San Pedro retuvo de memoria, dirigida *in aeternum* a los buscadores de Buenos Puestos: Cuando seas convidado a un convite, no te pongas en el primer lugar; no sea que haya alguno más copetudo, y el dueño de la casa te diga “Amigo, por favor, déjale ese lugar al señor diputado”, y comiences con sonrojo a bajar hasta el último lugar... (“Zas —dijo San Pedro— esto va por mí”). Mas cuando fueres convidado, siéntate en el último lugar, y puede que cuando llegue el dueño, te vaya a buscar y te diga: “Pero amigo, siéntese aquí a mi lado”, con lo cual quedarás bien ante todos los comensales: porque el que se ensalza serás humillado y el que se humilla será ensalzado.” (“Tiene razón”, dijo San Pedro.)

Esta ley del Último Lugar parece un chiste pero tiene mucha miga: la cual entendió la Iglesia Primitiva y la Iglesia Medioeval, y es menester que la entienda también la Iglesia de los Tiempos Modernos; que como son modernos, creen que son los primeros de todos; y en realidad son los últimos. De esta ley, han salido muchas cosas buenas.

¿Qué debe hacer un hombre cuando no lo ponen en su lugar; se pregunta Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*. O mejor dicho: ¿qué debe hacer cuando no lo ponen en el primer lugar al Hombre Magnánimo?, que Aristóteles creía que era él mismo. Ese es un caso que pasa muchísimo, y más cuando las sociedades están desordenadas, o como se dice exactamente, *subvertidas*. Justamente ésa es la gran señal de una sociedad subvertida; y por tanto en camino de decadencia: la gente fuera de su lugar; el que debe mandar obedece, el que debe obedecer manda; el que puede enseñar no enseña, el charlatán y el simulador enseñan; el que debe aconsejar no es oído; el botarate y el sofisticado charlan, gritan, enredan, atruenan y no dejan escuchar nada ni hablar a ninguno; el necio campa por sus respetos y el sabio es acorralado y silenciado; los mediocres engréidos hacen grandes planes y voltean casas que después no pueden reconstruir, la prudencia se va al diablo y la petulancia crece como sorgo de Alepo; “mucha música y poca lógica hay en este país”, decía mi tío el cura. En suma, ustedes conocerán alguna familia donde pase esto; por ahí se pueden imaginar lo que pasará en un Estado. *Siempre la confusión dalle persona - Principio fu del mal dalle Citade*”, dijo el Dante. Éste era el problema que preocupaba a Aristóteles.

Aristóteles respondió: “Cuando al Magnánimo le niegan el primer lugar, debe quedarse en el lugar donde está y luchar por el primer lugar. Debe indignarse, no por mor de sí mismo, sino por el desorden, la fealdad y los daños que resultan al bien común de no estar él en su lugar. Debe luchar con indignación y fortaleza.” Lo mismo hubiese dicho don Hipólito Yrigoyen.

Jesucristo en vez dijo: “Cuando te niegan tu propio lugar, vete al último lugar. Mejor dicho, vete de entrada al último lugar, es más sencillo.” ¡Es una paradoja! ¡No es nada sencillo!

El Cristianismo nació al mundo en el seno del Imperio Romano, una sociedad en decadencia, subvertida. Allí la virtud no estaba en el primer lugar sino el vicio: ni la modestia, ni el saber, ni la capacidad, ni la honradez, ni el heroísmo, ni la magnanimidad. Para subir

⁹La Vulgata latina dice: “un asno o un buey”, pero el texto original dice. “un hijo y aunque más no fuera un buey”.

había que ser canalla; y la virtud era un “*senutón-timouroúmenos*”, como dijo Terencio, una especie de *castigo de si misma*. ¿Qué hicieron los primeros cristianos? Se fueron al último lugar, al desierto; los que no fueron a parar primero a los leones del Coliseo. No se les ocurrió hacer un partido democristiano y hacerse elegir Emperadores.

“En el Imperio no se puede vivir moralmente. En medio de la civilización no se puede vivir civilizadamente. El ambiente está tanapestado, la sociedad está tan descoyuntada, los valores están tan subvertidos, que ni dentro de tu casa te dejan vivir con honradez. Pero yo tengo que vivir con honradez para salvar mi alma: mi alma y la vida eterna, eso es lo que importa. ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y por qué cambio cambiará el hombre con ventaja su vida? Si tu ojo te es escándalo, sácalo y échalo de ti; mejor es entrar tuerto en el Reino de los cielos que con los dos ojos ser arrojado a la región del fuego sempiterno. Por lo tanto, vivan ustedes como quieran, yo voy a vivir con honradez. *Ahí queda eso*. Me voy. ¿Adónde? Al desierto. A la barbarie. Quédense ustedes con la civilización: se las dejo.” Allí nació la orden de los Ermitaños Urbanos y también la de los Inurbanos: *todas* las órdenes religiosas.

Los desiertos de los confines del Imperio, el último lugar del Imperio, se empezaron a poblar de ermitaños, hartos de la civilización podrida, patricios, matronas nobles, sabios, altos jefes militares, doncellas delicadas; y nació el *ideal monacal*, que viene de: *monachus* = solitario. Con su ejemplo, y después con su palabra, y también con su acción, fueron la levadura única y biológica que transformó el Imperio putrefacto en la Cristiandad Europea. Si quieren saber cómo se verificó esa increíble transformación, lean la *Vida de Santa Melania* de Georges Goyau o simplemente cualquier vida de San Jerónimo o *Europa y la Fe* del gran ensayista Hilaire Belloc.

La Iglesia Medioeval creó la Caballería (la Iglesia Medioeval y las damas) y dio otra aplicación nueva al principio del “último lugar”. Los caballeros andantes andaban por allí protegiendo a los débiles, y deshaciendo tuertos, para merecer un favor de su dama¹⁰ ¿Qué hacía un caballero cuando le hacían a él mismo un tuerto? Se hacía a sí mismo un tuerto mayor. ¿Eso no es idiotez? No, Chesterton dice que la ley del caballero es castigar la injusticia que le hacen a él, haciéndose otra mayor. Eso es literalmente “irse al último lugar”, y “poner la otra mejilla”, como aconsejó Cristo. Al Cid Campeador el Rey Alfonso lo desterró por un año; él se desterró por cuatro años; arrojó a los moros de Valencia, se creó un reino cristiano para él; y después volvió a Burgos y se lo echó a los pies del rey injusto.

*Por necesidad batallo
y una vez puesto en mi silla
¡Se va ensanchando Castilla
Delante de mi caballo!...
Vete de mis tierra, Cid,
mal caballero probado
y no vuelvas a mis tierras
dende esta hora en un año.
Pláceme, dijo el buen Cid,
pláceme, dijo, de grado
por ser la primera cosa
que mandas en tu reinado;
por un año me destierras,
yo me destierro por cuatro.*

¹⁰“EL cristianismo triunfó en su empresa de convertir al bandido en un héroe” –al aventurero en un caballero– escribió Leopoldo Lugones.

El Cid Campeador, no hay que olvidarlo, fue el padre de Martín Fierro.

Esto la gente de hoy no lo entiende. Un joven de la Acción Católica un poco petulante me decía días pasados:

—Ahora hay persecución, podemos morir mártir.

—No te encarames, le dije, no es tan fácil.

—¿No dijo Cristo que hay que poner la otra mejilla?

—No hay otra mejilla.

—¿Acaso usted tendrá miedo? Lo que pasa es que usted tiene miedo de poner la otra mejilla.

—Mirá, revisá el Evangelio de arriba a abajo y decime cuándo Cristo puso la otra mejilla.

No supo qué decirme; porque efectivamente Cristo nunca puso la otra mejilla.

Cristo es un poeta que no quiere que entiendan sus metáforas literalmente: ningún poeta lo quiere. El gesto de generosidad, mansedumbre y fortaleza de ofrecer la otra mejilla al que nos dé una bofetada, puede hacerse o no hacerse, según pinte el caso; lo que importa es la actitud espiritual que ese gesto significa. Si a mí Hebetes me diera un bofetón —pobre Hebetes, es incapaz— y yo le pusiera la otra mejilla, él lo tendría por cobardía, vileza y servilismo, cosas que no quiere Cristo; y me daría otro. Yo lo engañaría, simplemente. Si me llegara a dar un bofetón, que no lo hará, yo le hago saltar cuatro dientes. Eso sería lo indicado. Cuando a Cristo le dio un bofetón el siervo de Caifás, era el momento indicado para mostrar el cumplimiento de su consejo. Él tenía mansedumbre bastante para hacerlo, puesto que “puso sus espaldas a los azotes y sus mejillas a los que las herían y escupían”, dijo el Profeta; pero no lo hizo allí. Hizo lo mismo en otra forma: hizo un acto de caridad con el animal, a ver si entendía razones: “Si he hablado mal, da testimonio: estamos delante del juez y él está aquí para eso. Si he hablado bien, ¿por qué me pegas? ¿Por qué hieres a un hombre inerme y atado?”.

Esto es poner la otra mejilla, y ponerse en el último lugar, realmente; no literalmente.

Si el siervo de Caifás un gaucho argentino hubiese sido, habría dicho de inmediato: “Tienes razón, me he ventajado feo. Estuve muy mal. Me ofusqué. Perdón. Te pido humildemente perdón”, con lo cual el Sumo Sacerdote lo hubiese echado inmediatamente de su conchabo y él hubiese salvado su alma; o por lo menos se hubiese salvado de servir a Caifás; lo cual no es poco. Pero el siervo del Sumo Sacerdote se hizo el sueco. Mas Cristo hizo por él lo que pudo.

Esto es también lo que dice San Pablo con estas misteriosas palabras: “No te vengues de tu enemigo, échale más bien carbones encendidos sobre la cabeza.” Quiere decir: *Hazle un beneficio más bien, de modo que él se sonroje como un fuego de ver que es tu enemigo, que tú no eres enemigo de él, y que eres más noble que él.*

Así que corramos todos al último lugar, y verán que fácil es determinar entonces, sin gastar millanares de pesos en elecciones, quién es el que debe ser Presidente de la República, Sumo Sacerdote, Poeta Laureado o Primer Corneta del Regimiento. Es justamente aquel que encontrarán ustedes sentadito muy tranquilo desde el comienzo en el último lugar; muy escondidito y quieto, muy silencioso y tranquilo, leyendo con toda atención la *Ética a Nicómaco* y el Evangelio de San Lucas en griego; o haciendo cualquier otra cosa, excepto política.

DOMINGO DECIMOSÉPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 22, 34-46] *Mt 22, 34-40*

Los sabihondos europeos que hoy día no quieren aceptar a Cristo y desean cortar a la Europa las propias raíces, han inventado como pretextos diversas historias; una de lo más risueña es que “en el Evangelio al fin final no hay nada nuevo”. Todo lo que Cristo predicó se hallaba ya en el Oriente; lo que hizo el “genial Nazareno” fue constituir una especie de mezcla (*sincretismo* la llaman) de los resultados últimos de la “evolución religiosa” de la Humanidad. Curiosamente, esa mezcla cuajó en un cemento más fuerte y más pulido que el mármol. Hay incluso un santón hindú llamado Ramakrishna –fundador de una secta teosófica muy activa hoy día que esa sí es una mezcla de hinduismo y cristianismo averiado– el cual se abrevió a afirmar que Cristo estuvo en la India de los 19 a los 29 años y allí aprendió Su doctrina: sin ninguna prueba y a retropelo de las pruebas históricas en contrario. Netamente imposible.

El evangelio de hoy (Mt XXII, 34) versa sobre el Mandamiento Máximo y Mejor, promulgado categóricamente por Cristo y seguido de una afirmación implícita y polémica de que *El era más-que-hombre*. El Mandamiento Máximo y Mejor es el Precepto del Amor Cristiano, que es un “estreno absoluto” –como dicen ahora– en la humanidad. Examinando con serenidad la historia de las religiones, se ve que siempre fueron los Hebreos los que en lo religioso llegaron más lejos; y que ellos, como se ve en este evangelio, habían llegado, en tiempos de Cristo, a una aproximación del Amor Cristiano, vaga, pálida y dudosa. Los demás “mandatos o consejos de amor”, incluso los de Budha Sidyarta Gautama y su escuela, no son más que una asonancia y como lejana semejanza de palabras. El sentido es del todo diverso.

La discusión acerca del Mandato Máximo y Mejor estaba candente en Israel; porque era entonces necesaria. La Ley Mosaica, por obra de los Talmudistas y los Intérpretes y los Casuistas, se había complicado y ramificado de una manera imposible: en definitiva no se sabía lo que había que hacer, porque la polvareda de preceptos pequeños y opiniones divergentes lo oscurecía todo. Había que encontrar un resumen de la Ley; había que encontrar el espíritu, el centro y el hilo conductor. Un hebreo que hiciera caso a los casuistas no podía ni moverse en día Sábado, por ejemplo: si se me cae el escritorio con todo lo que hay encima en día Sábado ¿puedo levantarlo sin incurrir en las iras de Jehová?

En la parábola del Buen Samaritano, que hemos visto y también en este evangelio, vemos adónde había llegado la discusión teológica. Los mejores entre los fariseos habían llegado a la conclusión de dos mandatos fundamentales: *amar a Dios y amar al prójimo*: sólo había que ver todavía qué cosa se entendía por *amor* y qué cosa por *prójimo*; por lo demás, esa conclusión era contestada acremente por los *literalistas* de la Ley y con mucho fundamento: estaba fuera del “espíritu general” de la ley mosaica, y se apoyaba en textos sueltos... Jesucristo definió los dos términos dudosos y fundió los dos mandatos en uno; y así lo sublimó, todo, a una altura moral antes inconcebible. Ésa es la *esencia* del cristianismo. Adolph Harnack escribió un libro célebre *La Esencia del Cristianismo*; y después Karl Adam otro y Loisy otro... La esencia del cristianismo es el *Padre Celestial*, la esencia es *la interioridad*, la esencia es *la Parusia*.... etcétera. Cuentos. La esencia del cristianismo está en este evangelio. Cristo se proclama Dios y da a la Humanidad un mandato que sólo Dios podría inventar... Es sobrenatural; está más allá de las facultades del hombre tal como las conocemos; para poder cumplirlo hay que recurrir a Dios.

Hay una diferencia entre los dos Doctores de la Ley que van a pedir a Cristo la solución de esta Cuestión Suprema. El uno parece menos bien dispuesto: Cristo lo interroga a su vez, le narra una parábola y al final le dice: “Ya que lo sabes, ahora vete y haz misericordia.” A estotro Cristo le responde lisa y llanamente, y él se dispara en una glosa –esto está en San Marcos, XII– que lo pinta como entusiasmado por la respuesta: “Efectivamente. Verdad. Así es. Éstos dos son. No hay otros. Esto vale más que los holocaustos y los sacrificios...”, etcétera. Cristo lo aprueba amorosamente: “No estás lejos tú

del Reino de Dios.” Había venido porque había oído decir que “”Éste” responde a todo y nadie lo da vuelta.” Al final del episodio anota Marcos que “Nadie se abrevió a preguntarle mas. Empezó Jesús a preguntar a su vez, terminado ya exitosamente su propio “examen”.

Los pueblos orientales –todos los pueblos de *estilo oral*– aman esta especie de contrapuntos: lo mismo que nuestros pasados paisanos a los *payadores*, que son reliquias del *estilo oral*. Recordemos el contrapunto de Martín Fierro y el Moreno. Pero ésta nuestra *payada doble*, ya literaria, versa sobre preguntas abstractas y lejanas; y los *contrapuntos* que nos reporta el Evangelio –y que se hacían con solemnidad religiosa y en una especie de cantinela, escuchando y fallando la corona de oyentes se refieren a cuestiones concretas y candentes, incluso cuestiones *personales* como el problema de Cristo. Aquí Cristo les arroja el versículo del profeta David que dice: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra - Mientras pongo a tus enemigos como escaño de tus pies.” La pregunta: “¿Quién eres tú pues?” tantas veces hecha, surgía naturalmente después de oír a Cristo haciendo ley y abriendo *nada menos* que a un Doctor, *nada menos* que la puerta del Reino.

–¿De quién habla aquí el Profeta?

–Del Rey Mesías, evidente.

–Yo soy el Mesías. Ahora decidme, ¿puede un hijo ser señor de su padre?

–No.

–¿No es el Mesías hijo de David?

–Sí

–Sí.

–¿Cómo es pues que David lo llama “Señor”?

–No sabemos. No sabemos nada. No sabemos ni una palabra.”

“Y desde aquel día, nadie osaba cuestionarlo”, es decir desafiarlo a contrapuntos. La confesión de ignorancia dolía. Y era ignorancia fingida. La conclusión aquí era clara: *el Mesías será más-que-hombre*, puesto que será Señor del Rey David su padre. No sólo David lo llama “Señor”, sino que Dios “lo sienta a su derecha”. Eso significa en Oriente *participación pareja en la Reyecia*: la Reina se sentaba en un trono a la derecha del Rey. Aquí estaba indicada, pues, una participación en la Divinidad. Cristo la afirma y se la adjudica audazmente. Los Doctores callan.

Ésta es la promulgación solemne del Cristianismo, la esencia de su Dogmática y de su Moral: dos misterios inmensos. A los que dicen “no hay nada nuevo en el Evangelio” podría preguntárseles si espigar lo más excelso de la moral universal, cifrarlo en un solo punto, hacerlo practicable y practicarlo, y morir crucificado en su defensa, si eso les parece nada. Pero hay más, infinitamente más que eso. El Amor Cristiano es una novedad absoluta.

Hoy día lo encontramos sólo en islotes aislados; la generalidad del mundo ha rechazado de hecho el Mensaje; y aun en el seno de la Iglesia flaquea. Parecería que no es así, se habla de “amor” por todas partes, se pondera el amor del prójimo, se multiplican las obras oficiales de beneficencia, se defiende –con las armas y en guerras terribles– la “Civilización Cristiana”. Pero son palabras y no obras, sentimentalismos, “el dulce Nazareno”, “el amable *Rabbí* Galilea”, el “mensaje del amor a todos” que propala inclusive el obsceno Ramakrishna: una inundación de jarabe y moralina.

Hay caridad en la Iglesia y la habrá siempre, gracias a Dios; pero ¡cuan oprimida y rala está! La convivencia está atacada, la amistad está adulterada, la misericordia está falseada, y el odio y la aversión paganos se han desatado en el mundo. No soy pesimista: “*experto crede Ruperto*”, lo conozco en carne propia. El amor cristiano se ha agitado y se parece *al amor al prójimo* que había antes de Cristo, y que nos echan en cara estos “orientalistas”, como un “precedente oriental”.

Distinguir estos dos *amores al prójimo* es posible y fácil. El gran escritor C. S. Lewis, en tres conferencias hechas en la Universidad de Durham sobre el *tao* (o sea la ley moral universal, como la designan en China) y sobre la *Abolition of Man* (o sea la gran apostasía actual) recogió una antología de los preceptos morales de todos los libros sagrados del mundo, para probar que la moral hebrea continuada por la cristiana está enraizada en la misma naturaleza moral del hombre, y en su tradición milenaria. Leyéndola salta a los ojos la diferencia entre el *amor al prójimo* de las religiones antiguas y la *caridad* enseñada con obras y con palabras por Cristo y sus discípulos.

Brevemente: los estoicos proclamaron sí que no había extranjeros y que la patria del hombre era todo el mundo, como Mario Bravo; pero era una manera de rechazar o despreocuparse de la propia patria más bien que amor al foráneo, al extraño, al enemigo: a lo socialista actual. Lao-Tsé y Confucio predicaban el perdón y la gentileza; pero no es el amor, es una benevolencia general y más bien una táctica de defensa y prudencia: es un amor-timidez, sin arrojo y sin fortaleza. El Bhuda Gautama, su antecesor, es el que más claramente predica el amor a todos los hombres, aun a los más bajos y despreciados. Pero hay que saber lo que es el amor budista: el se extiende a los animales y a las plantas, está fundado en el desprecio de todo lo visible. El Budismo quiere suprimir el dolor por la supresión del deseo, por el ahogamiento de todo lo terrenal en el *Nirvana*; su amor al prójimo es una especie de gimnasia para la supresión del amor a sí mismo. ¿Qué me importa que me ames como a ti mismo, si no te amas nada a ti mismo? Budha me ama a mí como a su gato; y ama a su gato como a un fantasma: lo sensible para el budista no tiene realidad, es una apariencia, la *Maia* o Gran Ilusión. Un budista japonés convertido decía a Paul Claudel: “Lo que me asombró en el cristianismo es que no sólo ama al hombre, sino que “lo respeta”.” Profunda palabra. El amor universal del Budha es gélido, interesado, egoísta; como en los estoicos, es una indiferencia cansada y despreciativa. No *respeta* al hombre. ¿Y qué es un amor sin respeto?

Pero ¿y los hebreos? Los hebreos como hemos visto no se atrevían a extender el concepto de prójimo hasta a los enemigos; ni la amistad hasta *dar la vida por el amigo*. Los salmos de David están llenos de tremendas imprecaciones vengadoras contra el enemigo. “ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, contusión por contusión”..., así habla el Éxodo. “Tú has de devorar todos los pueblos que el Señor tuyo te dará en tu poder. No se enternezca sobre ellos el ojo tuyo”, así habla el Deuteronomio... “Amarás a “tu amigo” como a ti mismo”, era lo más a que llegaron los Deutero-Profetas. Eso era todo. Todo alrededor se extendía –Asiria, Egipto, Roma– la inconmensurable crueldad pagana.

El amor que enseñó Cristo “es paciente y es benigno, no es celoso, no es sacudido, no se hincha, no es codicioso, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa torcido, no se alegra del daño y se conalegra en el gozo: todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta... El nos reúne todos en un cuerpo, con la vida común de los miembros de un cuerpo, en la Cabeza, que es Cristo”, dice San Pablo (I Cor XIII, 4-7; 12).

DOMINGO DECIMOCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Mt 9, 1-8] Mc 2, 1-12**

En la curación del paralítico de Cafarnaúm verificada en Galilea, en el fin del primer año, hace Cristo la primera afirmación *implicim* de su Divinidad; no es extraño que este suceso lo relaten los tres Sinópticos, resumido Mateo (IX, 1) y con más pormenores Marcos y Lucas. Es muy importante.

¿Por qué hizo una afirmación solamente implícita? Es obvio que así había de ser. Cristo no podía subirse a una cátedra y proclamar. “Miradme: yo soy Dios.” Lo hubiesen

tenido por loco y nadie lo hubiese creído; y lo que es peor, algunos lo hubiesen creído... mal. La mitología pagana estaba llena de dioses que bajaban disfrazados a la tierra para sus hazanas no muy pulcras: para seducir mujeres o vengarse de sus enemigos, que eran los milagros que hacían Júpiter, Juno o Apolo. Los gentiles narraban eso; y los hebreos luchaban contra eso. Por eso quizá se asustó un poco el idólatra Pilato –no lo bastante– cuando los acusadores de Cristo le gritaron: “Éste dice que es Hijo de Dios.” En los Actos de los Apóstoles leemos que a Pablo y a Bernabé los quisieron adorar como dioses los habitantes de Listra en Licaonia después del milagro del hombre cojo. Salió el sacerdote de Júpiter con un toro para hacerles un sacrificio, de lo cual se indignaron grandemente los dos judíos; a los cuales los habitantes de esa pequeña ciudad griega tomaron por Júpiter y Mercurio: por Júpiter a Bernabé, que era grandota; y por Mercurio a San Pablo, que llevaba la palabra. Así pues, si Cristo hubiera dicho rotundamente desde el principio que era Dios, lo hubiesen tenido por idólatra y pagano. Tenía que revelar un misterio absoluto, algo increíble e incomprensible; y por eso su revelación tenía que ser progresiva y cauta; como dice muy bien Grandmaison, “pedagógica”.

Después de la primera Pascua que celebró en Jerusalén en marzo del año 30 –de nuestra cronología: 36 ó 37 en realidad de verdad– y de unos ocho meses que pasó en Judea, se trasladó Jesús a Galilea después de la muerte del Bautista (a esto llaman la “Primera Misión Galilea”) por Caná, Nazareth, Cafarnaúm, y después por toda la comarca que rodea el Lago de Genesareth. En Cafarnaúm sobre el Lago tuvo lugar este milagro, así como otros muchos; era para Cristo la hermosa ciudad ribereña una especie de centro de operaciones. Allí se habían trasladado su madre y sus parientes, vendido el pequeño taller de San José.

Multitud de gente de todas partes le seguían; entre ellos muchos fariseos, cuya hostilidad ya se había despertado; y probablemente estaba en la casa de uno de ellos, invitado a comer; pues dice Lucas que estaba aquello lleno de “doctores de la ley”. Algunos fariseos invitaban a comer a Cristo, lo cual está muy bien. Pero no siempre con buena intención: era rutina, curiosidad o malicia, más bien que amistad. La muchedumbre se apiñaba de tal manera delante de la casa, que tapaba la puerta; y los buenos vecinos que querían hacer curar a un paralítico, traído en una camilla, no podían entrar. En vez de decir: “no hay nada que hacer” y marcharse con su carga viva, dieron vuelta a la casa, subieron por el gallinero a la terraza, levantaron el techo –es posible que haya habido allí una abertura o trampa– y descolgaron al muerto con camilla y todo por medio de cuerdas –digo, al muerto de miedo– plantándolo delante del Taumaturgo; con lo cual se frotaron las manos y dijeron. “Hemos cumplido.” No le debe haber hecho mucha gracia al dueño de la casa. Confianzudos se pueden llamar éstos realmente. Muestra la excitación que rodeaba por entonces la persona de Cristo. La comarca pastoril y campesina estaba como fuera de sí.

“Ánimo, hijo, te perdono tus pecados.” No esperaban oír eso. Un sobresalto corrió por la corona, quizás gestos de asombro o murmullos. “¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones?”, dijo Cristo volviéndose a los circunstantes. En efecto, pensaban: “Este blasfema. Nadie puede perdonar pecados sino Dios.” No pensaban mal en eso último, porque es verdad; pero hacían mal en juzgar ligeramente blasfemo a un hombre santo.

“¿Qué es más fácil decir: Te perdono tus pecados, o decir: Levántate y anda?”. Decirlo es igualmente fácil; la cuestión es hacerlo. “Pues bien, para que veáis que el Hijo del Hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados [se volvió al inválido y dijo], tú levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.” Así lo hizo el favorecido, el cual pacatamente, en vez de salir corriendo, se llevó su sofá cama auestas, como le mandaron: porque hoy día los muebles están caros. Los que casi salieron corriendo fueron los de afuera al verlo: “Llenos de temor decían: hemos visto lo increíble.”

Esa afirmación nunca se había dado sobre la tierra: “yo puedo perdonar los pecados”. Jamás los hebreos habían sonado –ni ningún otro pueblo del mundo a osadas– que un hombre

pudiese condonar las deudas del hombre con Dios; porque en realidad nadie puede, sino el Hijo del Hombre, y a quien El quisiera delegarlo. Este milagro es el preludio de la institución del sacramento de la Confesión.

Los hebreos celebraban cada año la fiesta de la Expiación “el día diez del séptimo mes”, que ellos llaman Etaním o Tishri. Mataban un novillo por el Pecado y un carnero en Holocausto, o sea en adoración de Dios; y tomando un macho cabrío, Aarón (el sacerdote) le gritaba en voz alta sus pecados y los pecados del pueblo, cargándoselos al pobre “cabrón emisario”. Después un hombre lo llevaba al desierto y lo abandonaba con una patada; y a la vuelta tenía que cambiarse los vestidos, quemarlos y lavarse el cuerpo. El rito tal como está en el Levítico, XVI, es terrible, lleno de sangre y fuego: el sacerdote debía hundir sus manos en la sangre del novillo y untar con ella por todo los dos cuernos del altar; y los restos quemarlos todos, hasta los excrementos. El pueblo empeoró el rito, no llevando el chivo emisario al desierto, sino a un precipicio; y precipitándolo con grandes insultos y alaridos. Todo esto para significar el apesgamiento del pecado, su asquerosidad, y una especie de rudo arrepentimiento. Pero si los pecados así acusados “quedaban perdonados” o no eso nadie lo podía decir, fuera de Dios.

Entre los romanos se llamaba *culpa* al pecado grave y *peccatum* a cualquier tropiezo que fuese, por ejemplo *pecar contra* la gramática: *peccare* significa en latín “tropezar”: *pede cadera*. Sólo los hebreos y los cristianos vieron el pecado en relación con Dios. Entre los paganos se pecaba contra el hombre, contra la sociedad, en último caso contra el Destino o *Fatum*, no contra Dios... ¿contra qué Dios, señor mío, si los dioses de ellos era más inicuos y corrompidos que los hombres? Pero el pecado es tan temible porque es una relación con Dios; va contra el autor del orden universal; y lo que es peor, del orden sobrenatural o adopción divina, que ya hemos explicado. Herimos a Dios: “contristamos al Espíritu Santo en nosotros”.

El pecado es el objeto de la religión, porque es la primera relación y la más universal, del hombre con Dios. El primer nombre nuestro con respecto a Dios es *pecador*. El decir “yo no tengo ningún conflicto con Dios” es declararse hombre irreligioso. La peor herejía de nuestros tiempos es la supresión –supuesta– del pecado. Ahí tienen una obra célebre en nuestros tiempos, la novela de ochocientas páginas *De aquí a la Eternidad* de James Jones, que escandalizó a Norteamérica y de la cual hicieron una cinta. Es un gran fresco muy verídico y minucioso del ejército norteamericano en tiempo de paz, en Hawái, antes del desastre de Pearl-Harbour: “*our brave boys*”. Un montón de hombres sometidos a una disciplina rígida: bravos, sufridos, altivos, estoicos: una sociedad pagana. Allí se ha suprimido el *pecado contra Dios*: se peca contra el Reglamento o contra el Camarada o contra el Superior, o contra la Patria. Se ha echado fuera el pecado cristiano; y por tanto todo el Cristianismo. El Pecado retorna en forma de verdadero horror, que sobrecarga el alma: hizo bien el intendente de Buenos Aires al prohibir hace poco su traducción. No se puede dar una idea sin leer el enorme libro de lo que es eso.

El indiferentismo religioso dice: *Uno se pueda salvar fuera de la Iglesia*, primero. Luego dice: *Todas las religiones son buenas*. Después dice: *Todas las religiones son mulas*: que es justamente la conclusión de James Jones hacia el final de su encuesta. Finalmente dice: *No hay pecada*; y en este grado el indiferentismo es la cumbre de la irreligiosidad. Suprimido el pecado, la religión queda eliminada por la base.

El hombre que está en pecado es un parálítico. Jesucristo escogió bien su ejemplo. Ni siquiera puede ir por sus propios pies a los pies del Salvador para ser salvado. Hay que agarrarlo entre cuatro, llevarlo en andas, alzarlo y romper un techo; y descargarlo con una cabria. “Y viendo la fe de ellos” –dice el Evangelio– se enterneció Jesús. Es necesario para

eso una enorme fe, principio del perdón de los pecados¹¹ Ni por la sangre de cabrones y burros - Y la aspersión de cenizas de la vaca - Realizada la Redención Eterna - Entró de una vez en el Santuario.

Porque si la sangre de cabrones y novillos - Y la aspersión de las cenizas de la vaca Purifica a los inmundos - Con la pureza de la carne.

Cuánto más la sangre de Cristo - Ofrecido él mismo a sí mismo por el Espíritu Eterno -Inmaculado a Dios - Purificará nuestras conciencias de las obras muertas - ¡para servir al Dios vivo!

Por esto es Mediador de la Nueva Alianza - Por su muerte - Para redención de las culpas hechas bajo la Otra Alianza - Que reciban los que han sido llamados - Las Promesas de la Alianza Eterna” (San Pablo, Epístola a los Hebreos, IX, 11)..

DOMINGO DECIMONOVENO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 22, 1-14] Mt 22, 1-14

El evangelio de hoy repite la parábola del Convite que hemos visto el Domingo segundo después de Pentecostés; en otra forma, tal como está en Mateo. Hemos visto ya someramente las diferencias: el tema es el mismo. El Reino de los Cielos es parecido a un convite de bodas; todos son convidados, pero muchos pierden el convite por su culpa. Es un convite peligroso; porque la otra alternativa, la del que no entra, no es quedarse sin una comilona más o menos. La otra alternativa es la muerte.

El objeto de los dos libritos de Mateo y de Lucas es diferente: Mateo escribió para los judíos, Lucas para los paganos. La parábola del Banquete en Mateo es más dura y casi feroz; y su amenaza se extiende no solamente a los que declinan las fiestas nupciales del Rey por amor de sus propias fiestas, sino al que entró sin la vestidura nupcial. El incendio de una ciudad y una masacre, castigo de los sacrílegos homicidas, ilumina el banquete como una antorcha siniestra. Cuando Mateo trasladó al papel esta parábola del Maestro, había oído ya la paladina profecía del incendio y la ruina de Jerusalén; y en cierto modo la veía desarrollarse ante sus ojos, habiendo sido testigo no solamente de la crucifixión del Maestro, sino también de las insensatas tentativas de los Fariseos, los Sicarios y los Zelotes de levantar al inermepueblo palestino contra el enorme poder del Imperio: tentativas fatídicas que comenzaron poco después de la muerte de Cristo. Esa situación está reflejada en la parábola. Si la parábola parece feroz, es porque refleja fielmente una situación feroz.

Los oyentes de Lucas estaban en situación distinta: los gentiles habían entrado en cantidad a la primitiva Iglesia; Pablo de quien Lucas era el *meturgemán*, o recitador, se había volcado hacia ellos dejando a un lado a los judíos y esto era motivo de asombro y aun de escándalo para los fieles circuncisos; o sea, provenientes de la Sinagoga. El acento en la parábola de Lucas está puesto sobre este hecho: “los primeros Invitados no fueron dignos; entonces el Señor del Banquete llamó a otros... cualesquiera que fuesen”. El señor del Banquete no es ya un Rey –porque los reyezuelos orientales les resultaban un poco ridículos a los romanos–sino un Gran señor un patricio como los Julios o los Flavios, una especie de Lord Inglés. El castigo no aparece tan atroz: “en verdad os digo que ninguno de los primeros Invitados gustará mi banquete”; pero en el fondo es el mismo: puesto que el Banquete es la vida eterna.

¿Modificó Lucas la parábola de Cristo al gusto romano? Algunos críticos lo sostienen:

¹¹“Pero Cristo, ungido Pontífice de los futuros Bienes - Para siempre entró en un tabernáculo mejor y perfecto - No hecho de manos de hombres, no de la creación ésta.

creemos que no se ha de admitir. Cristo debe de haber tratado sus temas de diferentes maneras según los auditorios, conforme es uso de los recitadores de *estilo oral*. Esos científicos (como Tillmann y Perk), suponen falsamente que Lucas usó para la composición de su libro de *fuentes escritas*, como notas o fragmentos de evangelios preexistentes, que se habrían perdido. Pero no es ésa la costumbre de los medios de *estilo oral*: la transmisión de la materia se efectúa por la prodigiosa memoria de los recitadores y de su arte deliberado y metódico de retener y repetir. La actual investigación científica (De Foucauld, Jousse, Dhorme) tiende a robustecer de más en más esta tesis, que es hoy una certeza científica.

Los Evangelios no se tomaron libertades con los relatos retenidos y repetidos que trasladaron al papel: no son libros compuestos al uso actual; son *transcripciones*, como sería hoy día un *procés verbal*. Es incluso probable que las actuales palabras de nuestros Evangelios en griego sean las “*ipsissima verba*” de Cristo, traducidas por él mismo: es decir, es probable que Cristo haya predicado o en arameo o bien en griego, según los auditorios. La Palestina era entonces un país bilingüe, como Irlanda actual; y hasta los campesinos sabían – un poco al menos – la *koiné* o griego vulgar, que era desde los Antíocos la lengua oficial del reino griego fundado por Alejandro, al cual perteneció la Judea. Jesucristo con Pilato habló, evidentemente, en griego. Lucas quizás no conoció personalmente a Cristo aunque algunos sostienen que sí, que fue uno de los dos “discípulos de Emmaús”; pero en cualquier caso él “investigó con diligencia” –dice él– de quienes lo habían conocido y oído, muchos de los cuales eran recitadores natos. Lo mismo había hecho su maestro San Pablo antes de él, cuya *catequesis* Lucas se dio por misión transcribir fielmente al papel, a pedido de los fieles de la gentilidad. No es de creer que San Pablo se haya permitido transformar *literalmente* las palabras del Maestro, que creía inspiradas: cosa prohibidísima entre los recitadores de *estilo oral*.

De cualquier modo, la parábola en la forma mateica es la más segura es un relato más largo y literariamente más rico, mucho más oriental y hebreo que el sucinto perfil de Lucas, el médico griego educado en Roma. La parábola de Mateo es fuertemente coloreada, amenazante y trágica. Esta puesta antes de la última ida a Jerusalén, en la misión de Perea, cuando ya el furor de los fariseos se mostraba en guerra abierta, y Jesús sabía que era rechazado por su pueblo; antes de las tres “parábolas de la misericordia”; porque Dios amenaza siempre con la intención de perdonar.

Es un rey que celebra las bodas de su hijo: símbolo de la unión de la Segunda Persona con la naturaleza humana, o sea la Encarnación. El rey envía sus farautes (los Profetas) a llamar a los invitados; y ellos rehúsan venir. Envía otros mensajeros, con un mensaje más apremiante y cariñoso; pero ellos los desprecian y se van “a sus negocios”; y algunos “agarran a los heraldos regios, los maltratan y aun los matan”: increíble atrevimiento y verdadero sacrilegio. Entonces el Rey envía sus ejércitos que se apoderan de la ciudad y le prenden fuego; y a los homicidas pasan a cuchillo. Después el Rey da orden de traer a “cualquiera que sea”; y se llena la sala del convite con la gente de la calle y de los caminos, “buenos y malos”. Jesús estaba en la Perea, comarca gentil; y la alusión al rechazo de su pueblo, y a su predicación a los gentiles *malos*, es patente.

No basta entrar, hay que tener la vestidura nupcial: la túnica blanca, la corona de palma o de olivo, y las sandalias y los pies limpios. Había allí uno que no los tenía; lo cual no parece extraño, si los habían buscado, por las encrucijadas de los caminos”, y algunos los habían traído medio por la fuerza, como dice Lucas: “*Compelle intrare*” (“obliguenlos a entrar”). El castigo de esta falta, insignificante en apariencia, es peor: el Rey se da por ofendido personalmente, pues él está allí ahora y no solamente sus heraldos y farautes: atado de pies y manos lo hace echar a la helada de la noche “y allí serán los alaridos y el rechinar de dientes” Este final horroroso nos descubre que la “vestidura nupcial” significa la gracia santificante. Jesucristo indica muchas veces el infierno con las palabras la oscuridad de allá

afuera”; y eso es el infierno efectivamente: estar fuera de Dios y por tanto en helada oscuridad.

El pecado a los ojos de Dios es diferente que a los ojos de los hombres; para los hombres el pecado no parece cosa muy importante, e incluso a veces los pecados son “los negocios”, como en el caso de los prestamistas, cuyo negocio es la usura; los politiqueros, cuyo negocio es la mentira; y los periodistas adulones, cuyo negocio es la prostitución de la palabra humana; pero es una ofensa directa para Dios, creador y vengador del orden, comendador y legislador de lo Justo, Limpieza Infinita. Por eso en la parábola hay esa desproporción y desmesura entre los castigos y sus motivos. Es como si Cristo dijera: “Ojo, que los hombres ven de una manera y Dios de otra.” Los santos dicen que si viéramos con los ojos del cuerpo un alma en pecado, no podríamos vivir; no la vemos, pero para eso tenemos los ojos de la fe. “Yo sé de una persona –escribe Santa Teresa– a quien quiso Nuestro Señor mostrar cómo quedaba un alma cuando pecaba mortalmente. Dice aquella persona [ella misma] que le parece si lo entendiesen no sería posible ninguno pecar... Y así le dio mucha gana que todos lo entendieran; y así os lo dé a vosotras, hijas, de rogar mucho a Dios por los que están en ese estado, todos hechos una oscuridad; y así son sus obras... Oí una vez a un hombre espiritual que él no se espantaba de cosas que hiciese uno que está en pecado, sino “de lo que no hacía”. Porque así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyitos que salen de ella, como es un alma que está en gracia, que de aquí le viene ser sus obras tan agradables a los ojos de Dios y de los hombres... así el alma que por su culpa se aleja de esta fuente, y se planta en otra de muy negrísima agua y de muy mal olor, todo lo que corre por ella es la misma desventura y suciedad.”¹²

Jesucristo aludió siempre al Reino de los Cielos como un Convite de Bodas; no usó la terminología erótica del Cantar de los Cantares de Salomón, ni la descripción de palacios hechos de oro y gemas preciosas de San Juan en el Apokalypsis. Para la gente campesina que lo escuchaba, el banquete nupcial era el gran acontecimiento de la vida, en que se echaba la casa por la ventana. El Rey en su segunda invitación les hace decir a los invitados: “mirad que todo está presto, los pollos están adobados, los becerros cebados están muertos”, sin olvidar los cántaros de vino, que eso va de suyo. Me hace acordar esos banquetes de casamiento de los labriegos italianos que duran siete días –boda y tornaboda– donde en cada comida se sirven siete vinos diferentes. “Meter la olla grande adentro de la chica” le llaman, no sé por qué. Naturalmente que es más que eso, porque “ni ojo vio –dice San Pedro– ni oído oyó, ni en fantasía de hombre puede caber lo que tiene Dios preparado a los que le sirven”.

Los impíos modernos dicen que Cristo vino a matar la alegría de la humanidad, “espectro exangüe que aguas las fiestas de la vida”¹³. Dicen que Cristo vino a debilitar a los hombres, y Cristo robustece flacos con la esperanza; dicen que Cristo vino a quitar la nobleza pagana¹⁴, y Cristo ennoblece con su invitación incluso a los mendigos; dicen que Cristo vino a disminuir la Vida, y Cristo curó enfermos y resucitó muertos... Dicen que es el enemigo de Dionysos y el adversario mortal de la alegría; y Cristo invita a todos a la alegría indeficiente de un convite regio, que se anticipa en esta vida en esperanza; la cual en esta vida es la madre de la alegría. Porque el malvado cuando goza de sus efímeros placeres, no puede olvidar que son pasajeros; y el justo cuando goza de sus sanas alegrías, sabe que ellas no acabarán jamás. Hay una diferencia.... Hay una gran diferencia; porque un placer pequeño se engrandece cuando esta conectado con la seguridad y la esperanza; y un placer muy grande se aniquila cuando está conectado con el remordimiento, o el temor, o la desesperación.

¹²*Las Moradas*, capítulo II, *in initio*.

¹³Anatole France.

¹⁴Nietzsche.

DOMINGO VIGÉSIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Jn 4, 46-53] Jn 4, 43-54

“La vida del justo es como un banquete” –dice la Escritura–, también es como una larga enfermedad. Ésa es la gran paradoja. Dichoso el que la conoce por experiencia.

“Éste es el segundo milagro que hizo Jesús”, escribe San Juan después de narrar la curación del hijo del Régulo en Cafarnaúm. El primero fue la transmutación del agua en vino en Caná. Jesús de vuelta de su primera excursión a Jerusalén –donde *limpió* el Templo y conversó con el fariseo Nicodemus, y después, en el camino, con la mujer Samaritana– pasó por Caná y también por Nazareth, pero no se detuvo. Trajo a su madre y a sus parientes a Cafarnaúm, donde se hospedó probablemente en la casa de Simón Bar-Ionah, que después se llamó *Kephai o Pedro*¹⁵. El tercer milagro de Jesús es la curación de la suegra de San Pedro. Después, en ese mismo día, antes de anochecer, curó innumerables enfermos de la ciudad, que se amontonaron ante la casa al saber la noticia; porque la suegra de San Pedro, según la historia, era muy “relacionada” y bastante charlatana. Por tanto, el primer milagro que hizo Cristo fue en favor de una familia de Caná “de la clase media”, como diríamos ahora; el segundo en favor de un funcionario regio, sin duda un ministro o edecán de Herodes Antipas; el tercero en favor –o en contra– de San Pedro; y después innumerables en favor de los vecinos de Cafarnaúm. Y conversó y anunció que él era Profeta –y a la Samaritana le dijo paladinamente que era el Mesías– a gentes de todas clases y condiciones, sin excluir los samaritanos, que eran tenidas por herejes vitandos.

Jesús no fue “a buscar a los obreros”, como dicen ahora; ni tampoco a los patrones. El judío Schalom Asch, en su *El Nazareno*, que ha obtenido un suceso que no merece en Nueva York y Buenos Aires (las dos capitales judías del mundo), lo pinta como una suerte de demagogo romántico parecido al “Misionero” de Almafuerte, que anda entre los desheredados como un propagador comunista, consolándolos con palabras dulces y con curaciones de curandero; porque este escritor suprime cuidadosamente del Evangelio los milagros grandes, las resurrecciones, la multiplicación de los panes, los leprosos –y todo lo que se le antoja, por lo demás– y deja solamente los “explicables”. Cristo para este novelista burdo y charlatán, que pergeñó con la vida de Jesús, de la Virgen María y de San Pablo, tres malas novelas, es una especie de intelectual pálido y lánguido, amigo de los fariseos, y la quintaesencia del judaísmo. Decimos esto porque se ha impreso entre nosotros la falsa noticia de que Schalom Asch es un gran escritor (“uno de los mayores prosistas modernos... autor de tantas páginas inmortales”...), y un judío convertido... Convertido sí, pero a un judaísmo peor; más le valiera quizás haber quedado judío ortodoxo; y haberse quedado en Polonia, sin ir a Nueva York.

Existe hoy día entre los judíos una curiosa posición religiosa que se puede ver en este mal escritor... de éxito (“el prófugo del ghetto polaco posee ahora una villa en Miami-Beach y otra en Niza, cuentas corrientes en todos los bancos de Europa, secretarios, estenógrafas”): estos judíos aceptan a Cristo como Mesías y rechazan la Iglesia, como una corrupción de la doctrina de Cristo. Se hacen *cristinos*, pero no cristianos; no se bautizan ni toman el culto cristiano; dicen que los judíos de aquel tiempo se equivocaron –y Schalom Asch le echa toda la culpa ¡a los romanos!–; que Jesús ha sido el más grande héroe de su raza; que en torno de él hay que reunirse de nuevo; que Jesús predicó la libertad, la igualdad y la fraternidad... y por poco no lo hacen el precursor de la Revolución Francesa. Algunos, de veras grandes escritores judíos han tomado esa posición, Franz Werfel, André Suarès, Simona Weil y el

¹⁵Al primer Pontífice le puso Cristo, pues, el mismo nombre del Sumo Sacerdote que lo condenó: Caifás o Kefas, que significa piedra; y los dos fueron dos buenas piedras.

filósofo Bergson, aunque creemos que éste se bautizó antes de morir. Es un curioso signo de nuestros tiempos. No es la conversión de los judíos que profetizó San Pablo; si es una aproximación o es lo contrario, no lo sabemos.

Para volver al milagro del Régulo (*régulo* significa “reyezuelo”); pero el texto griego trae *basilikós* = funcionario en contacto con el Rey, Cortesano o *Palatinas*) se parece al milagro del Centurión Romano –que hemos visto el Domingo cuarto después de Epifanía– pero evidentemente es otro. Es también un milagro a distancia. El padre afligido vino a Cafarnaúm y pidió a Cristo le curara el hijo. Jesús parece rechazarlo: “Si no viereis signos y portentos, vosotros no creéis.” Para Cristo, los israelitas debían creer viéndolo y oyéndolo a él simplemente: no eran paganos, tenían las profecías entre las manos. “¡Está por morir! ¡Ven pronto!” insistía el padre. “Vete ya, tu hijo vive.” Dos veces dice el Evangelista que el muchacho estaba a la muerte. El padre creyó y se volvió. En el camino se encontró con sus siervos que venían alborozados a anunciarle que su hijo vivía. “–¿A qué hora se sanó?”. “–A la hora séptima [o sea las trece nuestras] cayó la fiebre.” Era la hora en que había hablado Cristo. “Creyó en Jesús él y toda su familia”, concluye el Evangelista.

Era una familia rica. Hoy día dicen que “la Iglesia debe ir a los obreros”. La otra semana recibí una carta que dice eso; y añade: “separarse de la oligarquía”. Es un buen cálculo político, aprendido de los que saben política: los obreros son muchos y son *votos*. Pero Cristo no veo que haya hecho eso. ¿A quién fue Cristo? A todos. Al que quisiera oírlo. Al que no se escandalizaba de él. “Y dichoso aquel que de mí no se escandalizare.” Cristo no hizo agitación social. Que la mayoría de los que lo seguían eran pobres, ése es otro asunto: eso pertenece a la primera bienaventuranza.

La Iglesia Argentina es oligárquica, dicen. Si oligarca significa tener plata de sobra, no se ve claramente que sea muy oligarca. Un esquema probable de la dirección sociológica de la Iglesia Argentina es éste:

Durante la Colonia, la Iglesia cultivó a los nobles. Hizo bien, porque los nobles estaban unidos realmente con el pueblo, como es propio de una verdadera nobleza. En una sociedad jerarquizada, la enseñanza del cristianismo descendía por sus eslabones naturales de arriba a abajo, y la tarea era relativamente simple: cuidar la cabeza. No hubo aquí una gran nobleza, en el sentido heráldico, porque los grandes hidalgonos de la corte de Madrid se iban hacia las “tierras ricas” de Méjico y Lima: no hay más que ver la galería de los 39 Virreyes del Perú desde Pizarro hasta el marqués de la Pezuela, el antagonista de San Martín.

*Nació David para rey
Para sabio Salomón
Para soldado Laserna
Pezuela para ladrón*

como dice la copla: la cual fue una calumnia de los “patriotas”: una calumnia patriótica... si es que las hay. En la Argentina, una bala perdida de la casa Mendoza; un hidalguelo vasco de nobleza reciente, Garay; un hijodealgo nacido en Indias y menospreciado en Madrid, Hernando Arias; muchos segundones, muchos infanzones tronados, muchos nobles de segunda fila, no duques, ni marqueses ni “condesas” como en Lima; pero fue una gran nobleza en la realidad, mirando a sus virtudes y no a sus títulos. Ésta era una tierra difícil y sacrificada; el más lejano bastión de España. Al noble lo hace la virtud, no el título.

La clase dirigente argentina cambió rápidamente: comerciantes catalanes, judíos portugueses, contrabandistas enriquecidos y militares de fortuna ingresaron presto en los primeros rangos, cuando ya el valor *oro* comenzaba aquí, lo mismo que en todas partes, a convertirse en el resorte único del ascenso social. Y la Iglesia continuó cultivando a la “clase dirigente”, convertida de aristocracia en timocracia. Pero el pueblo comenzó a separarse de la

oligarquía portuaria de Buenos Aires: Martín Fierro, figura del pueblo dese tiempo, es un cristiano que ya no tiene contacto con los curas, y más bien les desconfía. Los caudillos del interior, con su poder indiscutible y su influencia capital en la vida de la nación durante muchos años, nos demuestran indubitavelmente este movimiento. Vienen directamente de la antigua clase dirigente, si no siempre en la sangre, por lo menos en las ideas, las costumbres y la idiosincrasia moral; y están en contra de la “nueva” clase dirigente, de la oligarquía portuaria. No hay que hacerse ilusiones: todas las luchas políticas modernas son luchas sociales; y todas las luchas sociales son luchas entre dos equipos dirigentes.

Después de Caseros, la clase dirigente se convirtió claramente en una plutocracia: el capitalismo internacional se había formado y dominaba ya en Europa –con resistencias fuertes en los dominios católicos– y esta pequeña nación informe no podía oponerse a la oleada internacional del “progreso”: del tecnicismo, la “democracia” y el imperialismo. *Sarmiento tuvo razón*, en cierto modo; más razón tuvo José Hernández, que se puede decir sintetizó la vista progresista de Sarmiento y la visión tradicional. La plutocracia argentina se puso paulatinamente al servicio de una gran nación extranjera, cosa no prevista ni querida por Sarmiento; el país progresó rápidamente en el sentido material; pero las capas sociales inferiores se cortaron de las superiores y nació la agitación demagógica, y la “lucha de clases”. El Radicalismo, movimiento centrista de origen tradicional y con gran aporte católico en su nacimiento, se tiñó rápidamente de liberalismo y demagogia. Y la Iglesia siguió cultivando la “clase dirigente” –lo cual significa: siendo aprovechada por ella– cuando ya la “clase dirigente” y el pueblo no estaban consubstanciados. Por costumbre, por rutina, por somnolencia, la Iglesia oficial perdió el contacto con las masas; sin que esto quiera decir que no hubiese algunos sacerdotes excepcionales, como el cura Brochero, que mantuvieron, medio por su cuenta, el contacto. Pero curas Brocheros hubo pocos, por desgracia. Y no pasaron de curas.

En suma, la Iglesia durmió en la Argentina una larga siesta; no se modificó al ritmo de las modificaciones sociales, no se adaptó a la marcha del país. Las órdenes religiosas extranjeras hicieron rutinariamente su trabajo específico de colegios y hospitales. Un hecho revelador de esto que digo es que en cien años de catolicismo argentino no se ha producido aquí *un solo libro religioso* que se pueda leer¹⁶. Si no hay escritores religiosos –sacando al inefable Constancio Vigil y al destornillado Almafuerte– es porque a la gente no le interesan los temas religiosos; y eso quiere decir, lisa y llanamente, que la gente no es religiosa. La religión comienza por la cabeza y no por las vísceras; ni tan siquiera por la víscera cardíaca. El catolicismo argentino, salvo excepciones, no ha superado el sentimentalismo... y la beneficencia; entendiendo por beneficencia las obras de misericordia corporales. A la cultura argentina ha contribuido poco; a la alta cultura, por lo menos.

Este esquema somero, que tengo de un distinguido estudioso cordobés, debe ser constatado por una buena historia eclesiástica; que no existe. Ésa es otra señal de la pobreza de nuestro catolicismo. Las “historias eclesiásticas” que existen, son listas de nombres y fechas y sucesos externos, que no reflejan en modo alguno a la Iglesia. Actualmente se plantean en el país una serie de preguntas y problemas que solamente una buena historia eclesiástica podría responder. La Iglesia está casi ausente de la *Historia de la Argentina* de Ernesto Palacio; y es por eso.

Pero dejándonos de “sociologías”, lo que queríamos decir es que Cristo fue simplemente a *todos*; y a Él hemos de imitar. Su primer discípulo jaeo fue un doctor de la Ley, Nicodemus; y no rechazó al Centurión Romano, como no rechazó a Pilato, al cual se dignó enseñarle dos verdades capitales, que el otro badulaque ni siquiera escuchó. Unos son más aptos para hablar a los grandes y otros son más aptos para hablar a los chicos, hay

¹⁶Exceptuamos un solo libro, que por no parecer adulones de los sanjuaninos no nombramos.

muchas vocaciones; pero Cristo nos dejó ejemplo de que hay que hablar a todos los que quieran abrir los oídos: y “el que tenga oídos para oír, que oiga”.

“Cuando entréis en una ciudad, id a una casa honrada y aposentaos allí. Decid: paz sea en esta casa, y curad los enfermos. Comed lo que os dieran, y anunciad la palabra de Dios. Si en una ciudad no os recibieren, salid de ella, y sacudid el polvo de vuestros zapatos en testimonio contra ellos: en verdad os digo que, en el juicio, ni Sodoma y Gomorra serán juzgados como esa ciudad. En verdad os digo que no se acabarán las ciudades de Israel antes que retorne el Hijo del Hombre.”

¡Ay de nuestra patria, si los pocos hombres espirituales que hay en ella ahora sacuden sobre ella el polvo de sus zapatos!

DOMINGO VIGESIMOPRIMERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 18, 23-35] Mt 18, 21-35

Esta parábola del Deudor Desaforado es una ilustración colorida y un poco humorística de la quinta petición del Padrenuestro: “Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”; que el finado don Lautaro Durañona y Vedia colgaba en la caja de *Tribuna* –el diario de Buenos Aires, no éste de San Juan– cuando ella estaba vacía, no pocas veces. La parábola trata del perdón de las deudas, y de las ofensas.

Viene luego de la pregunta de San Pedro a Cristo: “¿Cuántas veces he de perdonar a mi hermano si me ofende? ¿Siete veces?”. San Pedro estaba de broma y creía alargarse mucho: más allá de tres veces nunca él había ido. Cristo le respondió más alegremente todavía: “Setenta y siete veces siete”, con lo cual San Andrés se restregó las manos muy aliviado y miro con sorna a su hermano.

El perdón de las ofensas es una cosa que tiene varios bemoles y sostenidos; hay que haberla pasado para saber bien lo que es eso. Por eso, esta parábola, que parece enteramente plana y paladina, necesita explicación y hasta filosofía. Bastante trabajo le dio al finado Juan de Maldonado.

“¡Perdonemos, querido amigo, como buenos cristianos...!”. Muy bien, yo no deseo otra cosa. Pero “como buenos cristianos”, ojo. No como mahometanos o como budistas. ¿Qué entiende usted por *perdonar*? ¿No vengarse? ¿Condonar la ofensa? ¿Devolver la estimación y el cariño al injusto? Son tres cosas diversas.

El hombre de suyo no perdona la injusticia. Y no se puede decir que ese impulso sea del todo malo, porque implica en sí el sentido de la justicia; y a veces hasta el deber de conservar el orden. La justicia es la madre del orden. La corrupción de la justicia legal, por ejemplo, es el mal más grande que puede caer sobre una nación. De modo que cuando Cristo vino y dijo simplemente que había que perdonarlo todo, hubo un temblor en el mundo: los fieles romanos de los primeros tiempos, por ejemplo, no querían saber nada con el “perdón de la adúltera” que San Juan narra en el capítulo VIII¹⁷. Hay que examinar bien cómo lo dijo Cristo.

La parábola consta de tres cuadritos, diseñados con unos pocos rasgos bien atrevidos. Primero hay un *Hombre-Rey* que toma rendición de cuentas a sus siervos. Se presenta uno que le debe ¡diez mil talentos! –cerca de un millón de pesos actuales– y no puede pagar. El Rey lo manda vender como esclavo a él, a su mujer y a sus hijos. El Siervo cae de rodillas y clama: “–¡Téngame espero un poco, que le pagaré todo!”. “–¿De adónde?”. El Rey muda bruscamente de actitud, y no solamente le promete espero, sino que le condona ahí mismo

¹⁷El adulterio era castigado gravemente por la ley romana; en dos períodos del derecho romano, con la pena capital, lo mismo que en la ley de Moisés.

toda la deuda. Este Rey era un desaforado: hombre de impulsos repentinos y extremos. No sabe mandar quien no ha sido mandado. Sin embargo, creo que hizo bien, porque de no, el otro era capaz de suicidarse. ¡Diez mil talentos! ¿De dónde los había de sacar?

El Siervo sale muy contento y en la misma aula regia se encuentra con un Consiervo que le debe cien denarios: unos tres mil pesos actuales. Lleno de alegría lo agarra del pescuezo hasta sofocarlo, gritando: “¡Compañero, a pagar!”; y como el otro no hacía más que decir: “Tenéme un poco de espero, que te pagaré todo”, lo manda a la famosa cárcel por deudas, que había en la antigüedad; y una buena cárcel era, por cierto. Fin del segundo cuadro. Este Siervo era un coimero: es imposible que haya podido deber diez mil talentos al Rey, si no hubiera robado como un... en fin, como un cáncer —estábamos por decir una comparación vedada—. Ora en juego, ora en saña, siempre el gato araña.

Tercer cuadro: los otros Consiervos muy escandalizados, van y le cuentan al Rey el hecho del Siervo Coimero. El Rey se asombró y se encolerizó; y haciéndolo buscar, lo entregó a los Verdugos para que lo torturaran hasta que pagase el último diezcentavos, o sea *óbolo*. Un talento tenía muchos miles de *óbolos*; ayúdenme a pensar el purgatorio del tipo; todavía a estas horas debe de estar en el calabozo. “Siervo perverso, ¿no te perdoné yo toda la deuda porque me rogaste? ¿No convenía que te apiadases de tu compañero, como me apiadé yo de ti?”. “Así hará vuestro Padre celeste, si no perdonáis de corazón a vuestros hermanos.”

Esta parábola es más clara que el agua; pero ahora comienzan las dificultades químicas. Es *agua pesada*.

Esto de que hay que perdonar siempre todo y a todos ¿no descompagina el orden moral? ¿No tiene límites ni excepciones? A veces no se puede perdonar aunque se quiera. A veces uno ve claramente que perdonar sería hacer mal. Juan Lanas lo perdona todo; también Martín Blandengue; pero ninguno de los dos sirve para juez ni para gobernante; ni quizás para buen padre de familia.

El hombre que lo perdonara todo ¿no sería una cosa fofa? ¿Tendría carácter? ¿Tendría ética? ¿No sería agarrado a patadas por todos impunemente, como una cosa inerte inmune? ¿No se le volvería un infierno la vida? ¿Cómo podría vivir en una casa de departamentos? ¿Por qué no suprimir entonces todos los Tribunales y todas las Cárceles? ¿Y en dónde hay que tirar la línea? San Pedro la tiraba a las siete veces, y no es poco. “A la tercera vencida”, decimos nosotros. Cristo llegó hasta el Calvario; pero de allí no pasó. Y no cayó más que tres veces; después se levantó.

Perdonarlo todo parece que es suprimir la diferencia entre el bien y el mal, y aniquilar el sentido moral. Y no resistir a la injusticia, lo mismo. Y amar a los enemigos, peor.

Bien. Cristo dijo que había que amar a los enemigos, pero no dijo que *no habla enemigos*: eso lo dijo Buda Sidhyarta Gautama. No dijo que había que amarlos más que a los amigos, ni igual que a los amigos; ni mucho menos que había que ponerse en las manos de ellos. No.

Vamos a ver: supongamos que el Reino de Andorra me hubiese hecho a mí una ofensa de muerte, ¿qué tendría que hacer? ¿Tendría que amar el reino injusto y homicida? Es imposible.

No. Lo que tendría que hacer es odiar al reino de Andorra y amar a todos los andorranos. Y como los andorranos son los que realmente existen, resulta que odiaría a una abstracción, y amaría las realidades. Es lo que decimos: que hay que *odiar el pecado y amar al pecador*¹⁸.

No se puede amar la ofensa en cuanto ofensa porque es un mal, y el mal no se puede amar; y el ofensor mientras no se arrepienta está como identificado con la ofensa; y por tanto,

¹⁸Yo no sé dónde está el Reino de Andorra. Que cada uno quite Andorra y ponga lo que quiera. Yo sé bien en quién pienso cuando digo “Andorra”.

tampoco se lo puede amar *como antes*. Se le puede –y debe– *perdonar* en el primer y segundo sentido de la palabra: no en el tercero.

Por eso es de notar que Cristo le dijo a San Pedro: “Setenta y siete veces siete, si otras tantas se arrepintiera”; y el Rey dijo: “¿No te perdoné yo toda la deuda porque me lo rogaste?”. Ni Dios mismo perdona –en el tercer sentido– al que no se arrepiente. Si yo devuelvo el aprecio a un injusto como si *no fuese injusto*, hago yo mismo una injusticia. ¿Contra quién? Contra mí mismo, y lo que es peor, contra la convivencia.

*Con nadie hay que ser injusto.
Ni siquiera con si mismo,*

dijo el hijo de Martín Fierro.

Vamos a ver: un ladrón me quita la cartera y empieza a darme palmadas en la espalda y decirme: “Aquí no ha pasado nada. Seamos amigos. Usted es cristiano. ¡Pacificación!”. ¡Muy bien! ¡Venga mi cartera! Aquí ha pasado algo (mi cartera ha pasado de mi bolsillo al suyo); y si yo procedo como si no hubiera pasado nada, miento. “El derecho de asilo no alcanza a los delincuentes” –ha dicho muy bien el que fue presidente de la Nación, general Lonardi–.

Una injusticia mientras no es reparada destruye la convivencia. Si yo exijo reparación, no es porque no haya perdonado en un sentido, o porque no esté dispuesto a perdonar en todos sentidos: *es porque no puedo, sin hacer agravio a la conciencia, al orden, al bien común*. No es que yo no perdone, sino que el otro no recibe el perdón. El otro es el que mantiene un estado de desorden; con el cual, moralmente, no puedo consentir.

Una injusticia no reparada es una cosa inmortal. Es como una úlcera social que crece y crece. Es el peor mal social; peor que la guerra. Por eso hay *guerras justas*.

Calvino dijo: “Una cosa es condonar la ofensa y otra cosa es devolver la estimación y cariño al ofensor si no se arrepiente.” Maldonado se enoja mucho de esta distinción, dice que es “contra todo el espíritu del Evangelio”, que es “una novedad”, y que su autor es un “*caput hereticorum*” (“un hereje jefe”). Pero es el caso que Calvino aquí –dejando toda la antipatía que le tengo– tiene razón. Y el que hizo primero la distinción fue Tomás de Aquino, que no es un “*caput hereticorum*”

Por lo tanto, vamos con delicadeza: la convivencia social, elemento constitutivo de la naturaleza humana, pide tribunales, cárceles, milicos armados de tremendas pistolas y hasta pena de muerte, si me apuran. Si yo rechazo las palmaditas en la espalda de algunas personas, no es precisamente por ser mal cristiano –aunque puede ser que lo sea– sino por no carecer del todo de sentido moral. Y Cristo no aceptó palmaditas en la espalda de parte de Herodes que se las quiso dar, y bien las necesitaba entonces; y lo llamó “raposa vieja”. No lo quiso ni ver mientras pudo; y no le respondió palabra cuando lo vio. Herodes podía quizá haberle salvado la vida y El lo despreció; no le perdonó la muerte de San Juan Bautista; porque simplemente *no se habla arrepentido*. “¿No te perdoné yo toda la deuda, porque me rogaste?”.

Maldonado hace dos errores serios en la explicación de esta parábola: uno, rechazar la distinción de Santo Tomás porque la trae Calvino, al cual tiene un odio inextinguible; y otro, al decir que en esta parábola hay dos “juegos ornamentales”; conforme a una teoría de los “rasgos ornamentales de las parábolas” que él inventó y a la cual tiene un amor inextinguible; y que es un error. La inventó para ir en contra de la interpretación meticulosa y fragmentaria de los detalles propia de los Santos Padres antiguos, la cual es a osadas otro error; que explicaremos otro día, cuando veamos la parábola del Grano de Mostaza. Ahora no hay lugar.

“Rasgo ornamental” es para Maldonado “las cosas superfluas”, que según él habría en las parábolas. No hay cosas superfluas en las parábolas. Ese rasgo de los “¡diez mil ta lentos!”, una suma considerable –por ejemplo–, ¿es una exageración inútil e inverosímil?...

Veámoslo un poco: es difícil, si no imposible, fijar el valor de las monedas antiguas: porque, primero, había talentos de oro y de plata; y, después, nuestras monedas actuales están en constante muda; pero de todos modos, un talento de oro era una cosa que un hebreo veía pocas veces, o nunca; y diez mil talentos es inconcebible. En realidad, *talento* era medida de peso más que moneda: unos 59 kilos de oro puro.

No es una exageración inútil. El “Hombre-Rey” es Dios, es Cristo mismo, juez de vivos y muertos; y el autor de la parábola quiere marcar la diferencia inconmensurable que va del hombre a Dios y de las “deudas” que tenemos entre nosotros, y las que tenemos con Dios. Al oír “10.000 talentos” los ojos de los oyentes se perdieron en el infinito con un temblor; porque efectivamente esa suma les era inimaginable. Éste es el motivo permanente de las “exageraciones” de Cristo, ya lo hemos dicho; y de su especie de “humorismo trascendental”.

Por mucho que exagerara, nunca iba a medir bien Lo Inconmensurable, nunca iba a nombrar del todo a Lo Inefable. Cristo era un excelente artista, mucho más artista que el erudito Juan de Maldonado; el cual de artista no tiene un jerónimo.

Ojo con la justicia de Dios, pues, que es desmesurada y extremosa; así como perdona en un instante, así también castiga en un instante con un rigor implacable. Dice Jorge Luis Borges: “¿Qué proporción hay entre un pecado que se comete en un instante, y el infierno, que dura para siempre?”¹⁹. Yo lo único que digo, sin discusiones, es esto: ojo con la justicia de Dios.

Por tanto, la moral cristiana por sublime que sea, no es imprudente ni utópica: guarda un sensibilísimo equilibrio entre el impulso de vindicta mahometana y la indiferencia y apatía de Buda, Schopenhauer y Tolstoi. No es, como éstas, insensible, estólida y fofa, imposible en definitiva. Si la moral de la *No Resistencia al mal* de Tolstoi, Ghandi y Romain Rolland fuese “la verdadera doctrina del Evangelio”, como dice aquí mi amigo Bernardo Ezequiel Korembli, entonces los cristianos no hubiesen derrotado a Atila en los Campos Cataláunicos, ni Simón de Montfort a Pedro de Aragón en Muret, ni Juan de Austria a los turcos en Lepanto; y la Europa actual no existiría... Y nosotros tampoco. Seríamos todos chinos; y yo sería un asiático... y estaría en Siberia probablemente, en un campo de concentración.

DOMINGO VIGESIMOSEGUNDO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Mt 22, 15-21] MI 22, 15-21**

La obediencia es una gran virtud cristiana. Cristo murió por obediencia, dice San Pablo, “hecho obediente hasta la muerte; y muerte de cruz”. La desobediencia es hija de la soberbia, y como ella, es la raíz de la perdición; porque en definitiva, todo pecado es una desobediencia.

Pero la obediencia no es el Mandato Máximo y Mejor del Cristianismo, sino la Caridad. La obediencia es una virtud moral, pertenece al grupo de la Religión, que es la primera de las virtudes morales: *no es una virtud teologal*. Digo esto, porque hay una tendencia en nuestros días a falsear la virtud de la obediencia, como si fuera la primera de todas y el resumen de todas. “Usted no tiene más que obedecer y está salvo. La obediencia trae consigo todas las otras virtudes. El que obedece está siempre seguro. “El que a vosotros oye, a Mí me oye”, dijo Cristo²⁰ En caso contrario, Cristo hubiese dicho: “El que a

¹⁹*Discusión*, p. 129.

²⁰Este texto: “El que a vosotros oye, a Mí me oye; el que a vosotros desprecia, a Mí despreciar está aquí muy mal traído; y de hecho lo hemos oído varias voces interpretar viciosamente. En su contexto y en la intención de Cristo, no se refiere a la obediencia, sino a

vosotros obedece, a Mí obedece”; lo cual –siendo verdad en un sentido– induciría sin embargo una conclusión desmesurada, a saber: que la Iglesia tiene potestad total en este mundo, incluso *potestad directa en las cosas temporales*, cosa que la Iglesia siempre ha negado; pues es evidente que a Cristo debemos obediencia en todo, incluso en el dominio temporal, político o civil: es Rey de Reyes y Señor de los Señores.

La interpretación viciosa de ese texto autorizaría a los Jerarcas Eclesiásticos a elegir o deponer Reyes, hacer leyes civiles, y gobernar las naciones; error teológico denominado *cesaropapismo* o *teocratismo*. El que obedece no puede equivocarse porque hace la voluntad de Dios. Hay que matar el juicio propio. La obediencia es pura fe y pura caridad. El Papa es Cristo en la tierra”, etcétera. Todo eso es menester entenderlo bien.

Algunos representantes de Dios parecen a veces pretender sustituirse a Dios. “Lo que yo digo es para usted la voz de Dios, no se puede seguir nunca el propio juicio. La obediencia lo dispensa a usted de todo.” Eso ya no se puede entender bien, es engaño. Sería un grave y donoso error teológico equiparar la obediencia con las virtudes teologales. La obediencia, como todas las virtudes morales, tiene sus límites. No se puede amar demasiado a Dios, no se puede esperar ni creer demasiado; pero sí obedecer demasiado a un hombre.

Los límites de la obediencia son la caridad y la prudencia. No se puede obedecer contra la caridad: en donde se ve pecado, aun el más mínimo, hay que detenerse, porque “el que despreciare uno de los preceptos estos mínimos, mínimo será llamado en el Reino de los Cielos”. Y no se puede obedecer una cosa absurda; porque “si un ciego guía a otro ciego, los dos se van al hoyo”²¹.

Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. Esto dijeron los Apóstoles ante el Sinedrio, que los conminaba a cesar su predicación. Pedro, Santiago y Juan resistieron a las autoridades religiosas con esta palabra. ¿Adónde iríamos a parar? Conozco un cristiano que escribió esta palabra a una autoridad religiosa, y recibió esta respuesta: “¡Eso lo han dicho todos los herejes!”. ¿Qué me importa a mí? Eso prueba que está en la Sagrada Escritura; y que los herejes lo hayan malusado, no lo borra de la Escritura. En uno de esos “volantes anónimos” que hay ahora, se lee: “El Evangelio enseña que la primera virtud del cristiano es obedecer a la jerarquía.” Pueden leer todo el Evangelio y no encontrarán esa “enseñanza” de este teólogo improvisado. Al contrario, Jesucristo anda todo el tiempo *aparentemente* levantado contra las autoridades eclesásticas, quiero decir, religiosas. *Aparentemente*, he dicho.

Un ironista inglés ha dicho con gracia: “Los que conocen el punto exacto en el cual hay que desobedecer, éstos son pocos y les va mal; pero son grandes bienhechores de la humanidad.” El punto exacto es cuando los mandatos de los hombres interfieren con los mandatos divinos, cuando la autoridad humana se desconecta de la autoridad de Dios, de la cual dimana. En ese caso hay que “acatar y no obedecer”, como dice Alfonso el Sabio en *Las Partidas*: es decir, reconocer la autoridad, hacerle una gran reverencia; pero no hacer lo que está mal mandado; lo cual sería incluso hacerle un menguado favor. Si esto que digo no fuese verdad, no habría habido mártires.

En este evangelio tan conocido y decantado se propone a Cristo la cuestión de la

la fe: lo dijo Cristo cuando mandó a los Setenta Discípulos *a predicar*, no se lo dijo a San Pedro cuando constituyó la Iglesia como sociedad visible. Vease Lucas, X, 16: “El que a vosotros desprecia, a Mí desprecia; y el que a Mí desprecia, desprecia Al que me envió.” Es paralelo del texto de Juan, V, 24: “El que oye mi Palabra y la cree, tiene la vida eterna

²¹—¿Se puede obedecer un mandato absurdo? Materialmente se puede a veces, helás, pero ningún voto religioso obliga *per se* a tal cosa, “*status enim religiosus est status rationalis, non irrationalis*” (cf.: A. Ballerini, Op. *Theol. Mor.*, val. fo, N° 130).

obediencia a las autoridades civiles, y por extensión a toda autoridad en general. “Dad al César lo que es del César –pero dad a Dios lo que es de Dios–”. ¿Qué podemos decir acerca de este efato que no haya sido dicho mil y una vez? ¿Y también, que no haya sido muchas veces interpretado mal, como una moneda ya gastada por el uso? Los democristianos, por ejemplo, creen que hay que *darse* por entero al César; es decir, a la política. Se meten a *salvar* a las naciones, por medio de la política, antes de salvarse a sí mismos.

Cristo se hizo mostrar una moneda nueva, no la tomó en sus manos, y desconoció a Octavio Augusto.

“–¿Quién es éste? –preguntó.

–El César de Roma.

–Pues entonces, dad al César lo que es del César...”, es decir, las monedas; no le deis el alma.

Los judíos se daban cuerpo y alma a la política; y consideraban eso como una cosa religiosa. Por eso le preguntaron si era *lícito* pagar tributo al César. Mas Cristo rehusó “definirse” en política, como ellos pretendían que hiciese, para embromarlo. Si Cristo hubiese dicho: “Y bien, el Emperador de Roma es nuestro soberano legítimo”, lo hubiesen tachado de traidor a su nación y a la Ley, que decía que Israel era de Dios si hubiese negado, lo habrían acusado de “sedicioso” y de “nacionalista” como de hecho lo acusaron calumniosamente al final, ante el Tribunal de Pilato. “Este se niega a pagar el tributo al César”...

Jesucristo dijo que había que pagar el tributo al César –de hecho, Él lo pagó una vez de un modo curioso– y obedecerle en lo que era autoridad; de hecho, los judíos, al no tener moneda propia, reconocían no tener soberanía. Octavio Augusto César era un individuo hipócrita, soberbio, y lujurioso, que por increíble buena suerte hablase apoderado del Imperio fundado por el héroe su tío; al cual los judíos llamaban “tirano”: Jesucristo no se dio por entendido. Después de él, sus discípulos Pedro y Pablo mandaron la obediencia a los príncipes seculares legítimos, incluso si no son cristianos, “incluso si son díscolos”, dijo San Pablo; y dio la razón: “porque toda autoridad viene de Dios”. San Pablo añade luego otra razón que indica los límites de esa obediencia; y por qué ella se puede extender a veces incluso a los “tiranos”: “porque ya veis que él tiene la Espada”. La doctrina católica acerca de la tiranía –que es el peor mal que puede caer sobre una nación– estatuye que es lícito y aun obligatorio –para el que puede– levantarse contra ella y deponerla; pero con tres condiciones, la primera de las cuales es que ello sea factible, que no sea un amago temerario e insensato, el cual sólo sirve para traer males mayores; como fue por ejemplo la famosa “Conspiración de la Pólvora”, contra Jacobo I de Inglaterra.

Acerca del Imperio Romano, Jesucristo guardó una singular prescindencia: no dijo una sola palabra de tacha, ni una sola palabra de entusiasmo. Yerra el Dante Alighieri en su libro *De Monarchia* al aducir que Cristo aprobó el Imperio Romano, porque quiso nacer en él, empadronarse en Belén, y ser por tanto súbdito del César. Cristo aceptó o soportó el Imperio, como se acepta el clima, el paisaje o la geología de una comarca: como una cosa inevitable. Esa mezcla de bienes y males que era la creación política de Julio César –que había de degenerar después bajo un Nerón o un Calígula en monstruosa tiranía–, no le arrancó ningún entusiasmo “patriótico”. La prescindencia de Cristo no es negativa sino positiva y voluntariosa: no es mera apatía, falta de visión o indiferencia hacia la moral política, de “un joven campesino galileo incapaz de ver más allá de su rincón, más allá de los pequeños problemas de la moral individual”, como blasfemó Renán. No. Cristo estaba en medio de los torbellinos políticos de su nación y su época, había leído los Profetas; y no era indiferente, muy al contrario, al sino desastroso de Jerusalén, el cual predijo y lloró.

Cristo prescindió incommovible de la política, porque tenía que prescindir: *no habla nada que hacer en política para los palestinos* . La idea de los Zelotes de alzar mano armada contra el enorme Imperio era netamente insana: de hecho los llevó al desastre. Más tarde será

otra cosa: en la formación de los grandes reinos cristianos de Europa entraron y tomaron parte hombres religiosos, discípulos fieles de Cristo. Era ya otra cosa. El “entrar en política” puede ser un deber religioso en algunos casos para un cristiano, *que tenga vocación política*. En ese caso, no se da al César lo que es de Dios; sino simplemente a Dios, a través de la Patria. “Ningún hombre religioso se entromete en negocios seculares”, dijo San Pablo. Pero en el caso de Hildebrando, o el cardenal Cisneros, o si me apuran, monseñor Seipel el austríaco, éstos ya no eran negocios seculares. Para ellos, éstos eran asuntos religiosos. Lo mismo el apoyo activo prestado por muchos nobles sacerdotes argentinos al alzamiento del general Lonardi.

Todo esto es claro en teoría, pero es enredado y espinoso en la práctica; y más hoy día. Las naciones occidentales, perdida la religiosidad, se van convirtiendo de más en más en las *Fieras* de la Escritura. El Estado moderno se vuelve de más en más tirano. El *Estado* es una consecuencia del pecado original, no es una creación directa de Dios, es la “creación más grande de la razón práctica” del hombre, enseña Santo Tomás. En el Paraíso Terrenal, si Adán no hubiera caído, hubiese habido gobierno, por cierto; pero no gobierno estatal, sino familiar y paterno. Eso no se puede obtener ya con perfección. Entre los extremos del gobierno tiránico y el gobierno paterno, oscilan todos los regímenes políticos humanos, después del Pecado.

En los grandes siglos cristianos se tendió a realizar el ideal del gobierno paterno: San Luis rey de Francia, San Fernando de España, San Eduardo el Confesor. Había un monarca que venía al trono con la naturalidad de la fruta en los árboles, que intentaba hacerse respetar y amar de todos, y que daba cuenta de sus acciones solamente a Dios, y había una cantidad de fuerzas políticas y sociales que tendían a mantenerlo dentro de la rectitud; de las cuales la religión era la principal. Eso se llamó la Monarquía Cristiana: duró diez siglos, hizo la Europa; y cayó. El ideal tendía a *una familia*: ideal inasequible en su totalidad, porque siempre habrá díscolos, la masa siempre será oscura, y el Estado siempre tendrá que usar de la fuerza; pero por lo menos había un conato continuo por sujetar la fuerza a la razón y la razón al amor; y por hacer llegar la nación a algo como *una familia*. Por eso justamente hay más sublevaciones en los países católicos que en los otros; y son más difíciles de gobernar: el ideal atávico de *la nación como una familia* trabaja terriblemente a los franceses, a los italianos, a los hispanos. “Los países protestantes son más fáciles de conducir; pero si son conducidos mal, no tienen remedio”, dijo el líder irlandés Parnell²² Puede ser fácil presa del amor engañoso de un demagogo; pero es muy difícil Que caiga en la trampa de quienes, por arte de ideologías, procuran convencerlo de que eje orden político debe construirse alrededor de ideas, a veces muy honorables; pero que no son en sí mismas el bien supremo de los argentinos...” (Ernesto Pueyrredón, en *Elogio Fúnebre del General Lonardi*, 13 de abril de 1956)..

Los hombres hoy día prefieren tener encima a tiranuelos irresponsables, agitados y pasajeros, que los opriman en nombre de “la libertad”. Las condiciones han cambiado, los hombres ya no pueden fiarse tanto unos de otros como para poner a la cabeza del bien público a una familia permanente e inamovible, con poderes absolutos. Por tanto se ha vuelto

²²“Este pueblo es extraordinariamente sensible al amor del que lo rige. Sin amor no admite ser conducido. Resiste a la violencia, pero no puede resistir al amor. La indiferencia lo resiente y lo enfada; la violencia lo enoja y lo levanta. Sólo el amor lo atrae y tranquiliza. Si se le han dado pruebas de amor, es paciente para esperar, presto para agradecer, celoso para defender, rápido para perdonar, tardo en desengañarse. No tiene tranquilidad ni paz sin confianza en el gobierno, pero su confianza no reposa tanto en la comprensión de sus actos, como en la intuición de que ellos están inspirados en el amor.

más fácil el advenimiento de la *Fiera*, que es el otro extremo del eje político, el polo opuesto al *Padre*. Los grandes imperios paganos que precedieron a Cristo: Asiria, Persia, Grecia Macedónica y Roma, fueron pintados por el profeta Daniel en figura de cuatro fieras; y con mucha razón.

En la actual economía del mundo, el rechazo de Cristo lleva necesariamente al otro extremo de la ordenación política; es decir, al Estado pagano duro e implacable. De la cuarta fiera, el Imperio Romano, que Daniel describe como una mezcla de las otras tres y la más poderosa y temible de todas, profetizó el Vidente que surgirá después de muchos siglos y diversos avatares, la *Bestia del Mar* o sea el Anticristo: un poder pequeño que se hará grande, un poder muerto que resucitará, un poder inicuo que a causa de la apostasía del mundo llegará a enseñorearse de todo el mundo; afortunadamente, por muy poco tiempo.

Entretanto tenemos que ir viviendo y tendiendo al gobierno paternal en lo político y a la obediencia noble y caballeresca; aunque sean ideales hoy día casi inasequibles, por lo menos en este pobre país sin esqueleto; quiero decir, sin “estructuración política”; sin “Instituciones”.

El doctor Carlos Ibarguren conoció cuando muchacho en Salta a un viejo guerrero de la Independencia, al cual ha retratado en *La historia que he vivido*²³. Era un catamarqueño que ingresó casi adolescente todavía en los ejércitos de Mayo, hizo todas las campañas de Chile y del Perú, y murió centenario. Cuando regresó al país después de Ayacucho, cosido a cicatrices, pidió ver al “tirano” Rosas para pedirle su retiro y un pasaporte para Montevideo.

—¿Por qué se va de la nación? —le preguntó Rosas.

—Porque francamente no me gusta la manera de su gobierno; y además, yo no sabría usar mi sable contra el general Lavalle, que me lo regaló.

—Entonces debe irse con Lavalle y usarlo contra mí —le dijo el gobernador de Buenos Aires, ceñudo.

—Yo no sabría usar mi sable contra Su Excelencia, porque creo que es la autoridad legítima.

—Vuelva mañana por su pase.

Volvió con bastante aprensión y halló que Rosas le dio su pase y 500 pesos fuertes, se cuadró ante él, lo abrazó y le dijo:

—No forzaré la voluntad de un soldado de la Independencia.

El sargento retirado volvió pronto de Montevideo, nadie le exigió su reintegro al ejército; y subió a Salta, donde se dedicó a fabricar botas y aperos de montar, en lo que era habilidoso. Esta es obediencia cristiana y caballeresca, señorial. Esto es virtud: y el servilismo por un lado y la rebelión por el otro, son vicios.

DOMINGO VIGESIMOTERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

[Mt 9, 18-26] Mc 5, 21-43

El evangelio de hoy (vigésimotercero después de Pentecostés, Mateo IX, 18) narra dos milagros enchufados, el de la Hemorroísa y el de la Hija de Jairos, que son interesantes para reflexionar —entre otras cosas— sobre *la física del milagro*; porque están ornados de varias circunstancias sorprendentes. Mateo cuenta el hecho en un resumen seco y Lucas con varios pormenores nuevos; pero Marcos, el *meturgemán* de San Pedro, hace un relato movido y vívido de testigo presencial, donde creería uno oír la misma voz de Pedro, que fue de él no solamente espectador, sino en cierto modo actor. En efecto, Pedro pone las dos palabras mágicas de Cristo en arameo “*Talitha koum (i)*” (“Niña, despierta, te digo”), llama a Juan

²³La anécdota del sargento salteño no está tomada del libro *La Historia que he vivido*, todavía no publicado al escribirse esta homilía; sino de un relato oral de don Carlos Ibarguren al autor (19 de junio de 1957). *Maleas*. [Ver nota 68; n. del E.].

“hermano de Jácome”; seguramente fue quien respondió a Jesús: “¿Cómo preguntas quién te ha tocado si la turba te está atropellando y pechando?”; y fue introducido con los dos hermanos Zebedeo y los dos padres al dormitorio de la finadita a presenciar el milagro: “cinco medio-hombres”, dice San Agustín; porque el dolor y el temor los tenían allí en suspenso y como alelados.

Un milagro depende de la voluntad del taumaturgo y de la fe del que lo recibe; y aparentemente está sometido a ciertas leyes que desconocemos: son conocidas las circunstancias en que se producen los milagros de Lourdes. Naturalmente, Dios no tiene leyes; pero evidentemente también si quiere hacer un hecho propio suyo, que lo señale a Él, no necesita descompaginar la creación con una especie de alcaldada o acto de violencia, sino manejar las naturas de las cosas que Él ha hecho, y que Él únicamente conoce hasta el fino fondo. Dios está dentro de las cosas y de sus leyes y no fuera de ellas. Aquí está el error de los que niegan el milagro, como Le Dantec, alegando que Dios no puede destruir las leyes naturales: puesto que no necesita destruirlas. Aquí también está el error de los que, viendo una cierta uniformidad en el modo en que ocurren los milagros, sostienen que no son milagros, sino efectos de leyes naturales que todavía desconocemos; como Beresford y los modernistas en general.

J. D. Beresford, arquitecto y gran escritor inglés, ha encarnado la doctrina modernista de la “fe-que-cura” (“*the healing faith*”) en su novela *The Hampdenshire Wonder* y en otros libros. Trata de desarmar el mecanismo del milagro, atribuyéndolo a la voluntad humana exaltada e inflamada por la fe y el amor; aunque la “Fe” de que habla no es la fe sobrenatural sino una especie de confianza ciega y frenética; y el “Amor” no es el amor de Dios sino el amor humano. Dice con razón que debe haber un lazo genético entre el espíritu y la materia, la cual del espíritu procede; y por tanto, todo lo que hace falta es que el espíritu, en un momento de exaltación *pasional* –y aquí es donde yerra– recupere por un momento ese lazo e influjo escondido; pero sabemos que ese influjo escondido no está en manos del hombre, sino sólo del Creador, y a lo más, del ángel. La teoría es muy bonita, y la novela está bien hecha; pero con todo lo que sabe, Beresford no ha podido jamás resucitar un muerto, ni siquiera curar un dolor de muelas. Eso sí, ha ganado fama y dinero con sus novelas agradablemente religiosas en los medios protestantes. Esta misma teoría la enseña una secta protestante, muy poderosa en Norteamérica, que se llama la *Cristian Science*.

Cristo exigía la fe a sus milagros; y a veces el milagro dependía del grado o existencia de esa fe; pero no exigía fe a los muertos que resucitó. La fe, pues, es causa (concausa) del milagro; pero no es *causa física* de él –como yerra Beresford– sino *causa moral*: en el sentido de que Cristo se interesaba en sus milagros sólo en cuanto eran *medios* de llevar a los hombres a la conversión interior, y a creer en Él y en sus tremendas palabras. De ahí viene la curiosa circunstancia –en este milagro tan acusada– de la prohibición de contarlos, que impartía a sus favorecidos. “Echó a todos fuera, menos a los padres... y les mandó enérgicamente que no dijeran nada...”²⁴. ¿Para qué, si como nota Mateo, en seguida lo supieron todos? Pues simplemente para no fomentar en el pueblo la angurria de milagros: que no pusiesen el milagro delante de la predicación; y no convirtiesen al Mesías en un Supercurandero, así como querían convertirlo los fariseos en un Superdictador o un Superpolítico nacionalista.

Lo primero que le interesa a Cristo es la predicación del Evangelio: hasta el milagro viene después de eso. Aquí en Buenos Aires me parece ver –y ojalá me equivoque– un fenómeno monstruoso: el único lazo religioso que une a los fieles con la jerarquía y da a la jerarquía su razón de ser, que es la predicación, no existe; o digamos, más moderadamente, como si no existiera.

²⁴El texto griego dice: “*pareéngelien, diestéilato*” (“les gritó, les bramó que no lo contaran”).

“Id y enseñad a todas las gentes.” En las parroquias no se enseña nada, ni en las “cátedras” de las Catedrales. ¿Qué es una gran parroquia de Buenos Aires? Ciertamente no es una parroquia medioeval, un núcleo de gente unida por la fe, que se conoce, conoce al Pastor y es conocida por él: “mis ovejas me conocen y yo las conozco”, dice Cristo. Hablando breve y mal, una parroquia de Buenos Aires es un gran edificio donde concurren masas desconocidas a comprar “sacramentos” que para muchos, que no tienen fe sobrenatural sino simple superstición –justamente por falta de enseñanza–, no son sacramentos, sino ceremonias mágicas. Hay excepciones. Hablo en general.

El único lazo unitivo que quedaría para formar mal que bien una *verdadera comunidad religiosa* sería la predicación del Evangelio; y no se predica el Evangelio. Yo he recorrido las principales parroquias de Buenos Aires, he oído a los principales “oradores” y sé que no se predica el Evangelio, no se enseña la fe.

Si San Pedro y San Pablo volviesen al mundo, esto es lo que dirían. Pero dejen no más, ya volverán Enoch y Elías.

A todo esto, por meterme a criticón, no he contado el milagro de la rusita Jairós, tan repicado por los tres Evangelistas Sinópticos.

Jesús estaba “cerca del mar”, es decir, en la playa de Cafarnaúm. Vino un archisinagogo, se echó a sus pies y lloró; y cuando un fariseo llora, ya no es fariseo. Y le “suplicaba grandemente” que fuese a su casa y pusiese sus manos sobre la cabeza de su hija única para que viva, “porque está en las últimas”. Jesús se puso en camino sin decir palabra; mas si el eclesiástico hubiese tenido la fe del Centurión Romano y hubiese dicho: “Rabbí, no es necesario que te molestes haciendo este camino: tú puedes curarla desde aquí con una sólo palabra” se hubiese ahorrado un gran disgusto y susto.

Más fe tuvo la Hemorroisa. Jesús caminaba como llevado en andas por una turbamulta. De repente se detuvo y preguntó: “¿Quién me ha tocado?”. Los Discípulos – Pedro sin duda– le dijeron que esa pregunta era chusca: muchísima gente lo tocaba. “No, porque yo he sentido salir virtud de mí”, y miró alrededor. Entonces una mujer se adelantó, se postró delante, y “confesó”, dice Pedro-Marcos: contó todo.

Sumía de hemorragias doce años hacía. Había gastado toda su fortuna en médicos, la habían hecho sufrir mucho y la habían dejado peor San Lucas, que fue médico, omite este detalle, pero Marcos lo particulariza casi con ferocidad: “Había visto muchos médicos, la habían atormentado, y dejado peor que antes.” También, los médicos de aquel tiempo no se andaban en chiquitas. Los libros judíos (el *Talmud* de aquel tiempo, nos dejan conocer algunas recetas; para curar el flujo de sangre, por ejemplo: sentarse en una encrucijada teniendo en la mano un vaso de vino nuevo; el médico venía por detrás en puntillas y le daba un gran grito para asustar al flujo de sangre; si el vino no se derramaba, el flujo se debía sanar; el médico ya estaba pagado, de modo que si no se sanaba, la culpa era de la enferma. Otro remedio era buscar granos de avena en la bosta de un mulo blanco; comiendo uno, el flujo debía cesar por dos días; comiendo dos por tres días; y comiendo uno durante tres días, debía cesar para siempre. Otro remedio y éste decisivo: azotarse los muslos con ortigas a la media noche un día sí y otro no durante un mes de Kislew –que corresponde a nuestro noviembre-diciembre– y la enfermedad debía desaparecer; pero no desapareció. Otros remedios que seguían, hacían desaparecer las ganas de sanarse. La medicina era ejercida por los Escribas, y consistía en un poco de empirismo y mucha superstición. En la *Mishna* (*Talmud* existe esta sentencia: “El mejor de los médicos merece el infierno.”

“Hija, tu fe te ha curado, vete en paz y sé sana de tu plaga.” La tradición retiene que la mujer favorecida se llamaba “*Ber-niké*” o Verónica, y fue la misma que en la Vía Dolorosa enjugó con un lienzo el rostro de su Salvador caído –y allí había también flujo de sangre– el cual quedó estampado en él. Ésta había pensado entre sí: “si llego solamente a tocar la orla de su vestido, seré salva”. El pudor la cohibía de exponer su enfermedad delante de todos; y

sentía altamente del *Rabbi* de Nazareth.

Estaba aún hablando con ella, cuando llegó mensaje al dignatario sinagogal de que su hija había muerto. Jesús interrumpió: “No temas, cree solamente.” Cuando llegó estaban preparando el entierro y estaban allí las Lloronas y los Ululantes, según esa costumbre oriental que se conserva todavía en lugares de Suditalia y yo he visto en el Andalucía: llorar, gemir y hacer largos y sollozantes monólogos elegiacos; costumbre que tiene una raíz psicológica y aun higiénica, pues el dolor interno se temple y se encauza por medio de su manifestación externa, así como todas las emociones por medio de su expresión cuerda y graduada; como atestigua la famosa teoría de “la purificación por la tragedia”, de Aristóteles. Esta ceremonia de los llantos teatrales, ridícula para nosotros los “civilizados”, tiene por fin hacer salir la pena para fuera y que no se vaya para adentro y dañe²⁵.

Cristo paró el tumulto gritando: “¿Por qué lloráis y alborotáis? No esta muerta la niña, duerme.” Para Cristo la muerte es un sueño (“Lázaro duerme”), y eso ha de ser para el cristiano... Se burlaron de Él.

Hizo salir a todos y tomando de la mano a la niña, la “despertó”.

Se despierta al que duerme, no se despierta al que está muerto. Pero ésa es la locura del amor, que no quiere creer que haya cadáveres. “No está muerta la niña: duerme.” Había allí siete hombres, es decir: cinco medio hombres, uno que ya no era hombre, y uno que era más que hombre... —estas son florituras de San Agustín—. La niña comenzó a caminar y los presentes “quedaron estupendamente estupefactos”. Mandó que le diesen de comer, y ordenó “vehementemente” que no lo contaran a nadie.

Tenía doce años. La leyenda ha querido también seguir los pasos de la niña resucitada. Se casó poco después y de sus hijos naturalmente uno fue obispo, otro fue sacerdote y otro centurión romano; todos mártires. Eso ya no lo sabemos cierto; pero es muy probable que de su estada en el más allá sólo conservó el recuerdo borroso de un sueño, lo mismo que Lázaro; porque de otro modo, no sería fácil seguir viviendo.

¿Por qué hizo salir a todos antes de obrar el portento? Primero, porque se habían reído de Él y no merecían verlo. Segundo y principal, por la razón antes dicha, de que Cristo no quería hacer espectáculos sino crear fe. Hoy día hay gente que piensa que hay que hacer espectáculos clamorosos y multitudinosos para crear la fe. Ojalá que les vaya bien con su sistema, pero me parece que eso más que fe es política. Bueno, ojalá que les vaya bien con su política. Pero hasta ahora no lo hemos visto. La fe es interior, la fe no ama los alborotos, la fe no hace aspavientos, la fe se nutre en el silencio: ella es callada y operosa, es sosegada, es modesta, es fecunda, es más amiga de las obras que de las palabras, es fuerte, es aguantadora, es discreta. Es pudorosa. Los hombres profundamente religiosos no ostentan su religiosidad, como los Don Juan Tenorio de la religión, porque todo amor profundo es ruboroso; lo cual no impide que reconozcan a Cristo ante los hombres cuando es necesario.

DOMINGO SEXTO DE EPIFANÍA²⁶ **[Mt 13, 31-35] Mt 13, 24-43**

Las parábolas del Grano y de la Levadura se refieren a la Iglesia y pertenecen a una serie de doce parábolas que llenan el capítulo XIII de San Mateo y son llamadas el Sermón

²⁵El docto presbítero doctor Enrique M. Villaamil, de Gualaguay, Entre Ríos, me comunica — junto con otras observaciones justas— que en algunos rincones de Corrientes se conserva aún la costumbre de las lloronas en los velatorios.

²⁶Cuando no ha “cabidos después de Epifanía, por sobrevenir el tiempo cuaresmal se reza esta misa en lugar de la dominica vigesimocuarta después de Pentecostés.

del Lago, predicado probablemente cosa de seis meses a un año después del Sermón del Monte; aunque es más que probable que Cristo haya repetido estas parábolas en diferentes ocasiones; sueltas, como las traen Marcos y Lucas. Pero estas parábolas tienen un tema común: *semejanzas del Reino de Dios*, o sea, características de la Iglesia que se estaba formando; y se cierran con una observación sobre el hablar en parábolas, que ya hemos visto. “Y así les hablaba a ellos en parábolas y sin parábolas no les decía nada; y muchos no entendían. Para que se cumpla lo que dijo el Profeta [David]: -”Desataré mi boca en semejanzas - Revelaré lo que es arcano desde el Origen””.

David no habla del Mesías sino de sí mismo en el Salmo LXXII pero David es una figura del Cristo. En realidad habla como poeta y lo que dice se aplica a todos los – verdaderos– poetas; y por ende eminentemente a Cristo.

El hablar por semejanzas era típico de la literatura –o mejor dicho de la *poesía*– hebrea ¿amo de todo el Oriente. Hoy conocemos mejor este genero; conocemos totalmente las leyes del llamado *estilo oral* –uno de los estadios de la evolución de la expresión humana– gracias a la preciosa obrita técnica del investigador Marcel Jousse. No era el caso de los exégetas antiguos ni de los del Renacimiento. En otro lugar he indicado que éstos yerran a veces en la interpretación, cayendo en dos extremos viciosos, a causa de su ignorancia del género; pues aprisionados por los esquemas de la retórica grecolatina, los unos miran a las parábolas como si fuesen *alegorías o emblemas* y los otros como si fuesen novelitas mal hechas. En realidad las parábolas pertenecen al género *símbolo*, la más antigua y natural de las maneras de expresión poética de la humanidad; lo que llamo Giambattista Vico “*la lingua degli erói*”.

Así pues los Santos Padres antiguos descomponen las parábolas en todos sus elementos constitutivos hasta los menores detalles, como en un análisis químico, y quieren dar un significado concreto a cada uno de ellos; el cual en ocasiones no puede ser sino arbitrario y aun estrafulario, cayendo así en el “alegorismo” que S. S. Pío XII desrecomienda en su Encíclica *Divino Afflante Spiritu*. Proceden como un maestro de heráldica: “Gules significa la paz, sinople significa la astucia, la orla de oro significa parentesco con la casa real, el león rampante en campo de gules significa casa noble que crece, los dos calderos significa comarca de olivares...”; y así sucesivamente hasta dar a todo el escudo de armas un significado concreto... y convencional.

Así, por ejemplo, esta sencillísima parábola de la Levadura, que tiene cuatro líneas, hace decir a la exégesis antigua: “El Fermento es Cristo, la harina es la Humanidad, las tres medidas de harina significan la fe, la esperanza y la caridad, la mujer significa la Sabiduría”; y después se ponen a discutir muy formales por qué Cristo dijo: “tres sats de harina”, que es un *'hedió* (que son 59 kilos) cantidad desmesurada para una horneada, y aun para tres horneadas y tres mujeres. Pero resulta ahora que la “sabiduría” no es femenino, sino masculino en arameo: no es mujer, es varón. Otra discusión.

La “mujer” significa simplemente que en Palestina quienes horneaban eran las mujeres. El rasgo desmesurado es una cosa general en las parábolas de Cristo, y ya hemos explicado el porqué. La parábola ha de tomarse en su conjunto como un símbolo; en este caso, de la sociedad religiosa que Cristo estaba en tren de fundar. Los rasgos particulares tienen por objeto diseñar simplemente y traer a la memoria vívidamente una cosa conocida de todos, para significar con ella una cosa invisible; en este caso, misteriosa y futura: la Iglesia. Un pintor actual que pinta un cuadro simbólico de la Paz, por ejemplo, pone allí una cosa concreta que en su conjunto significa la paz; pero cada uno de los rasgos separados de tal cosa concreta, no es necesario tenga un significado especial.

Los exegetas del Renacimiento vieron que el alegorismo no marchaba; y que las parábolas debían tener un significado literal único, pretendido por Cristo, y sobre el cual no podía haber discusión. Eso fue un progreso, porque es efectivamente así. Pero sin embargo,

intrigados de los pormenores a veces raros, introdujeron que en las parábolas había “rasgos ornamentales”; es decir, adornos en el fondo inútiles. Maldonado, explicando la parábola del Convite Regio y topando con la frase del Rey: “Los pollos ya están muertos, los becerros están adobados”, dice que eso es un “rasgo ornamental superfluo”, lo cual viene a querer decir, si bien se mira, que Maldonado la hubiese hecho mejor de haber sido el autor él. Pero un buen artista elimina todo lo superfluo: en una obra maestra no sobra una sola palabra. Esa frase trivial del Rey pertenece al conjunto del símbolo, como parte de él, pero parte no separable; y el Rey la dice para significar que el Convite ha de llevarse a cabo; y eso, pronto. Pregunten a un hacendado si se puede aplazar una “yerra de convite”.

Así pues estas dos brevísimas parábolas señalan a la sociedad religiosa que Cristo estaba en tren de fundar; y salen de antemano al encuentro de los protestantes, que pretenden que Cristo nunca pensó en fundar una sociedad visible; y de los racionalistas de la escuela esjatológica (Weiss, Jülicher, Loisy) que pretenden Cristo creyó que la Parusía (o fin de este mundo) estaba inmediatamente próximo. Las dos parábolas en efecto suponen no una próxima catástrofe y reconstrucción instantánea del mundo, sino un lapso de tiempo y un crecimiento lento, aunque sorprendente –y si se quiere, maravilloso– de una sociedad visible, como un árbol que da sombra y en cuyas ramas cantan los pájaros.

“Mirad el grano de mostaza que es la menor de todas las semillas [”el alpiste es más chico y el nabo peor todavía”, le hubiese argüido un agricultor criollo] y sin embargo cuando crece se convierte en un árbol *ondoso [”en un arbusto de la altura de un hombre en España; y en el Oriente un poco mayor”] más grande que el otro monte [”que el otro monte chico”] en donde vienen las aves del cielo a hacer sus nidos” (“donde vienen a posarse”, dice el texto griego).

Maldonado, olvidado un momento de su repudio al *alegorismo*, no puede contenerse de decir que “”las aves del cielo” son los príncipes cristianos” (cumplimiento a Felipe II; que si hubiese conocido a los príncipes de ahora no le hubiese pasado por la testa) o si hubiese conocido más de cerca a Felipe II. ¡Aves del cielo, sí! Pajarones de la tierra...

Cristo, como ven, desmesura sus medidas, juega un poco con la botánica, y no pretende sentar plaza de naturalista riguroso. Su pensamiento es que aquel grupito de hombres que lo rodeaba, insignificante hasta lo invisible en un rincón del enorme Imperio, se iba a agigantar paulatinamente hasta cubrir con su sombra al mundo. “Porque el Reino de los cielos es semejante a un agricultor que tomó una semilla y la echó en la tierra, y se fue. Y pasaron los días y pasaron las noches, y vino el invierno y vino la lluvia y la semilla brotó. Y pasaron las estaciones y pasaron los años y el granito se hizo yema, y brote, y brizna y tallo y ramas y hojas, hasta que se volvió el árbol más grande, y dio flores y frutos; y a su sombra descansaron los viandantes, y en sus ramas cantaron los pájaros...”. Esta es una variante de esta misma parábola, que está en otro lugar: Mateo, IV, 26.

El crecimiento de la Iglesia en el mundo es un milagro: “Un milagro moral”, dice el Concilio Vaticano. La divinidad de la Iglesia puede ser probada por la misma existencia de la Iglesia –con tal que ella se vea con *ojos morales*– no obstante que los lógicos dicen que ninguna cosa puede probarse por sí misma sin cometer *circulo vicioso o petición de principio*, que son sofismas. Dejando a los teólogos la discusión de cómo prueba, hasta dónde prueba y para quiénes prueba –véase Kirkegor– lo cierto es que esa semilla que un hombre sembró en las riberas del Lago y en un espacio de tierra equivalente a la provincia de Jujuy, produjo en el mundo efectos que ninguna otra semilla ha podido producir, y se volvió literalmente “el mayor de todos los árboles”, a semejanza de aquel guijarro que arrojado desde la cumbre “sin mano” dio en la estatua de pies de barro y la derribó; y se convirtió en una montaña que cubrió toda la tierra²⁷.

²⁷Daniel.

El profeta Daniel se refiere al mismo *milagro moral*; y lo compara a un rodado que se desprende de una cima y se viene abajo arrastrando otros a su paso, de modo que al llegar al llano, aquello se ha convertido en un alud enorme.

Ya unos 30 años después de la muerte de Cristo, San Pablo podía decir que “el nombre cristiano era conocido en toda la tierra”, es decir, en todo el Imperio. Y hoy día el Evangelio ha sido prácticamente predicado en todo el mundo.

El historiador Gibbons, pesado discípulo de Voltaire, pretende que el crecimiento repentino del Cristianismo se debe a causas naturales; y enumera allí siete causas ²⁸; y yo le podría enumerar otras siete, y aun setenta veces siete. El novelista James Jones, ameno discípulo de Gibbons, pretende que el Cristianismo ha muerto y está a punto de nacer una nueva religión; y puede que tenga razón por desgracia, en esto último. Dice en su novela *best-seller*, *From here to eternity*, que así como el Cristianismo se desgajó del judaísmo; así luego del Cristianismo se desgajó el mahometanismo, que también creció maravillosamente; y después se desgajó el protestantismo; y de éste se desgajaron innumerables nuevas religiones, de una de las cuales se desgajará la Otra, la que él prenuncia y cuyas bases las constituyen las 900 páginas de su novela...

Mas ninguna de las otras religiones tuvo el nacimiento, crecimiento y vigencia de la Iglesia Católica; ninguna nació de una semilla pequeñísima —de la nada prácticamente hablando— y se hizo árbol; todas ellas se *desgajaron* efectivamente, como ramas de un árbol que se quiebran; y se empezaron a marchitar en seguida. No hay comparación posible, a no ser para un miope. No es lo mismo ir a imponer la humildad, la castidad y la caridad al monstruoso Imperio Romano en nombre de un Ajusticiado, oh James Jones, que apoderarse de los bienes de los monasterios y después romper con Roma para no devolverlos, ya que ése es el ejemplo que te gusta: Enrique VIII. La única pequeña diferencia que hay entre la propagación del Evangelio de Cristo y la propagación de tus diversas herejías, es que las herejías se propagaron con crímenes: ya es algo. El Evangelio ha sido la revolución más grande que ha habido en todos los siglos; y la *única* revolución que triunfó sin derramar más sangre que la suya.

Pero no fue una revolución violenta: su acción no fue física sino química, igual que la del fermento.

La acción física es la política y la fuerza de las armas; la acción química es la persuasión y la transformación lenta. Siempre que la Iglesia ña cambiado la acción química por la acción física, o se ha apoyado demasiado en la acción física —que siempre existe en parte, incluso en las combinaciones químicas— le ha ido mal y le ha costado muy caro. San Pablo hizo mucho más por el Cristianismo que el Emperador Constantino; Santa Teresa hizo mucho más que Felipe II; y la Inquisición Española realizó la unidad religiosa en España —la cual es un gran *bien de orden político*— pero le dejó en herencia la más espantosa de las guerras civiles²⁹.

Hay que aprender esto. Si no aprendemos, es porque no queremos. Pero la tentación constante del hombre —y la ley del fariseo— es sustituir la acción física a la química porque es más fácil: obligar en vez de persuadir. A esto le llamó Bergson “el decaigo de la mística en política” No hay duda que a veces hay que obligar, incluso en religión; pero en el fino fondo de la religión está, y no puede menos de estar, la persuasión.

Semejante es el Reino de los Cielos a un fermento...

²⁸*Decline and Fall of De Roman Empire.*

²⁹Al conectar el catolicismo barroco español con la última guerra carlista me atrevo demasiado, como me arguyó un gran religioso español residente en Roma, que después me felicitó.

Semejante es el Reino de los Cielos a una semillita...
Semejante es el Reino de los Cielos a un árbol...

Cosas tranquilas y vivientes.

DOMINGO VIGESIMOCUARTO Y ÚLTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS **[Mt 24, 15-35] Mc 13, 24-32**

La Santa Iglesia cierra y abre el año litúrgico con el llamado “Discurso Esjatológico”; o sea la predicción de la Segunda Venida y el fin de este mundo; lo que se llama técnicamente la “Parusía”. Este discurso profético es el último que hizo Nuestro Señor antes de su Pasión; y está con algunas variantes en los tres Sinópticos: más extensamente en San Mateo XXIV, de cuyo final está tomado el evangelio de hoy. Este capítulo es llamado por los exegetas el “Apokalypsis sucinto”; porque es como un resumen o bosquejo del libro profético que más tarde escribirá San Juan; y que es el último de la Sagrada Biblia.

La Segunda Venida, el Retorno, la Parusía, el Fin de este Siglo, el Juicio Final o como quieran llamarle, es un dogma de fe, y está en la Escritura y está en el Credo, un dogma bastante olvidado hoy día; pero bien puede ser que cuanto más olvidado esté, más cerca ande. Hay muchísimos doctores católicos modernos que, las señales que dio Cristo –y a las cuales recomendó estuviéramos atentos– las ven cumpliéndose todas. Desde Donoso Cortés en 1854 hasta Joseph Pieper en 1954, muchísimos escritores y doctores católicos de los más grandes, comprendiendo al Papa San Pío X, al cardenal Billot, al Venerable Holzhauser, Jacques Maritain, Hilaire Belloc, Roberto Hugo Benson, y otros, han creído ver en el dibujo del mundo actual las trazas que la profecía nos ha dejado del Anticristo... Papini en su *Storia di Cristo*, capítulo 86, ha escrito: “Jesús no nos anuncia el “Día” pero nos dice qué cosas serán cumplidas antes de aquel día... Son dos cosas: que el Evangelio del Reino será predicado antes a todos los pueblos y que los gentiles no pisarán más Jerusalén. Estas dos condiciones se han cumplido en nuestro tiempo, y quizás el Gran Día se viene. Si las palabras de la Segunda Profecía de Jesús (la del fin del mundo) son verdaderas, como se ha verificado que lo fueron las de la Primera (la del fin de Jerusalén) la Parusía no puede estar lejos... Pero los hombres de hoy no recuerdan la promesa de Cristo; y viven como si el mundo hubiese de durar siempre...”.

Cristo juntó la Primera con la Segunda Profecía –y esto es una gravísima dificultad de este paso del Evangelio– o mejor dicho, hizo de la Primera el *typoo* emblema de la Segunda. Los Apóstoles le preguntaron todo junto; y El respondió todo junto. “Dinos cuándo serán todas esas cosas y qué señales habrá de tu Venida y la consumación del siglo...”. “Todas estas cosas” eran para ellos la destrucción de Jerusalén –a la cual había aludido Cristo mirando al Templo– y el fin del mundo; pues creían erróneamente que el Templo habría de durar hasta el fin del mundo. Hubiese sido muy cómodo para nosotros que Cristo respondiera: “Estáis equivocados; primero sucederá la destrucción de Jerusalén y después de un largo intersticio el fin del mundo; ahora voy a daros las señales del fin de Jerusalén y después las del fin del mundo.” Pero Cristo no lo hizo así; comenzó un largo discurso en que dio conjuntamente los signos precursores de los dos grandes Sucesos, de los cuales el uno es figura del otro; y terminó su discurso con estas dificultosísimas palabras:

“Palabra de honor os digo que no pasará esta generación
Sin que todas estas cosas se cumplan...
Pero de aquel día y de aquella hora nadie sabe.
Ni siquiera los Ángeles del Cielo. Sino solamente el Padre.”

La impiedad contemporánea –siguiendo a la llamada *escuela esjatológica*, fundada por Johann Weis en 1900– saca de estas palabras una objeción contra Cristo, negando en virtud de ellas que Cristo fuese Dios y ni siquiera un Profeta medianejo: porque “se equivocó”: creía que el fin del mundo estaba próximo, en el espacio de su generación, “a unos 40 años de distancia”. Según Johann Weis y sus discípulos, el fondo y médula de toda la prédica de Cristo fue esa idea de que el mundo estaba cercano a la Catástrofe Final, predicha por el Profeta Daniel; después de la cual vendría una especie de restauración divina, llamada el Reino de Dios; y que Cristo fue un interesante visionario judío; pero tan Dios, tan Mesías, y tan Profeta como yo y usted.

El único argumento que tienen para barrer con todo el resto del Evangelio –donde con toda evidencia Cristo supone el *intersticio* entre su muerte y el fin del mundo, tanto en la fundación de su Iglesia, como en varias parábolas– son esas palabras; “no pasará esta generación sin que todo esto se cumpla”, las cuales se cumplieron efectivamente con la destrucción de Jerusalén.

–Pero no vino el fin del mundo.

–Del fin del mundo, añadió Cristo que no sabemos ni sabremos jamás el día ni la hora.

–Pero ¿por qué no separó Cristo los dos sucesos, si es que conocía el futuro, como Dios y como Profeta?

–Por alguna razón que Él tuvo, y que es muy buena aunque ni usted ni yo la sepamos. Y justamente quizá por esa misma razón de que fue *profeta*: puesto que así es el estilo profético.

–¿Cuál? ¿Hacer confusión?

–No; ver en un suceso próximo, llamado *typo*, otro suceso más remoto y arcano llamado *antitypo*; y así Cristo vio por transparencia en la ruina de Jerusalén el fin del “siglo”; y si no reveló más de lo que aquí está, es porque no se puede revelar, o no nos conviene.

La otra dificultad grave que hay en este discurso es que por un lado se nos dice que no sabremos jamás “el día ni la hora” del Gran Derrumbe, el cual será repentino “como el relámpago”; y por otro lado se pone Cristo muy solícito a dar señales y signos para marcarlo, cargando a los suyos de que anden ojos abiertos y sepan conocer los “signos de los tiempos”, como conocen que viene el verano cuando reverdece la higuera. ¿En qué quedamos? Si no se puede saber ¿para qué dar señales?

No podremos conocer nunca con exactitud la fecha de la Parusía, pero podremos conocer su inminencia y su proximidad. Y así los primeros cristianos, residentes en Jerusalén hacia el año 70, conocieron que se verificaban las señales de Cristo, y siguiendo su palabra: “Entonces, los que estén en Judea huyan a los montes; y eso sin detenerse un momento” se refugiaron en la aldea montañosa de Pella y salvaron, de la horripilante masacre que hicieron de Sión las tropas de Vespasiano y Tito, el núcleo de la primera Iglesia.

Los tres signos troncales que dio Cristo de la inminencia de su Segundo Advento parecen haberse cumplido: la predicación del Evangelio en todo el mundo, Jerusalén no hollada más por los Gentiles, y un período de “guerras y rumores de guerras”, que no ha de ser precisamente la *Gran Tribulación*; pero será su preludio y el “comienzo de los dolores”. El Evangelio ha sido traducido ya a todas las lenguas del mundo y los misioneros cristianos han penetrado y recorrido todos los continentes. Jerusalén que desde su ruina el año 70 ha estado bajo el poder de los romanos, persas, árabes, egipcios y turcos... desde 1918 y por obra del general inglés Allenby ha vuelto a manos de los judíos; y un “Reino de Israel” que se reconstruye, existe tranquilamente ante nuestros ojos; y finalmente nunca jamás ha visto el mundo, desde que empezó hasta hoy, una cosa semejante a ésta que el Papa Benedicto XV llamó en 1919 “la guerra establecida como institución permanente de toda la humanidad”. Las dos guerras “mundiales”, incomparables por su extensión y ferocidad, y los estados de

“preguerra” y “posguerra” y “guerra fría” y “rearme” y la gran perra, que ellas han creado, son un fenómeno espectacularmente nuevo en el mundo, que responde enteramente a las palabras de la profecía del Maestro: “Veréis guerras y rumores de guerra, sediciones y revoluciones, intranquilidad política, bandos que se levantan unos contra otros, y naciones contra naciones... Todavía no es el fin, pero eso es el principio de los dolores.” ¿Y cuál es el fin? El fin será el monstruoso reinado universal del Gran Perverso y la persecución despiadada a todo el que crea de veras en Dios; en la cual persecución a la vez interna y externa parecerá naufragar la Iglesia de Dios en forma definitiva³⁰.

Otras muchas señales menores, que parecen cumplirse ya, se podrían mencionar; pero no tengo lugar y además es un poco peligroso para mí. Baste decir que aparentemente la *herramienta* del Anticristo, como notó Donoso Cortés, ya está creada. Hace un siglo justo, el gran poeta francés Baudelaire, escribía en su diario *Mon Coeur mis a Nu* acerca del gobierno dictatorial de Napoleón III –que fue *una tiranía templada por la corrupción*–, que “la gloria de Napoleón III habrá sido probar que un Cualquiera puede, apoderándose del Telégrafo y de la Imprenta, tiranizar a una gran Nación”; cosa que los argentinos sabemos ahora sin necesidad de acudir a Baudelaire.

Pues bien, desde entonces acá, los medios técnicos de tiranizar a una gran nación, y aun a todo el mundo, por medio del temor y la mentira, han crecido al décuplo o al céntuplo. El Anticristo no tiene actualmente más trabajo que el de nacer; si es que no ha nacido ya, como apuntó San Pío X en su primera encíclica. El mundo está ablandado y caldeado para recibirlo por la predicación de los “falsos profetas”, contra los cuales tan insistente nos precave Cristo; y que son otra de las señales: seudoprofetas a bandadas.

El odio –y no el amor– reina en el mundo. Eso también está predicho en un versículo que no es nada claro en la Vulgata, pero se entiende bien en el texto griego. “Y porque sobreabundará la iniquidad, se resfriará la caridad en muchos”, dice la traducción de San Jerónimo; que yo creo que no es de San Jerónimo sino de Pomponio o de Brixiano; pues creo cierta la noticia actual de que San Jerónimo no tradujo, sino solamente corrigió la Vulgata. El versículo traducido así resulta una perogrullada, por no decir *una pavada*: el segundo miembro de la frase es un *anticlímax*, en vez de ser un *clímax* como pedía la lógica. Para explicarme rápido, diré que es como si yo dijera: “Como había una temperatura de 45 grados, no había muchos que dijese que hacía frío...” (no había nadie). O bien otro ejemplo: “El que asesina a su madre, no se puede decir que tenga una virtud perfecta...” (ninguna virtud tiene). Y así, si el mundo está inundado de injusticia, estúpido es decir que a causa de eso “se enfriará la caridad”. No habrá caridad desde hace mucho, ni fría ni caliente. La caridad es más que la justicia.

Pero el texto griego dice otra cosa, que es inteligente y lógica. Se puede traducir así: “Habrá tantas injusticias que se hará casi imposible la convivencia”; y eso es instructivo y luminoso, porque efectivamente el efecto más terrible de la injusticia es envenenar la convivencia. A la palabra griega *Copee* le dieron poco a poco los cristianos el significado de *caridad* en el sentido tan especial del Cristianismo; pero originalmente *agápee* significa “concordia, apego, amistad”; y por cierto amistad en su grado más ínfimo, que es ese *mínimum* necesario para poder vivir mal que bien unos al lado de otros; *conllevarse* como dicen en España; o sea la convivencia.

Que la convivencia entre los humanos se está destruyendo hoy más y más y a toda prisa ¿quién no lo ve? Y que la causa de esa malevolencia que invade de más en más al género humano sea la injusticia ¿quién lo duda? Las injusticias amontonadas y no reparadas, que dejan su efecto venenoso en el ánimo del que las sufre... y también del que las hace. “Que

³⁰De esta “Gran Tribulación hemos hecho un cuadro imaginario en nuestra novela *Su Majestad Dulcinea*.

hablará muy mal de ustedes - Aquel que los ha ofendido”, dice Martín Fierro; y “la injusticia no reparada es una cosa inmortal”, dice el hijo de Martín Fierro.

No he escrito todo esto para desconsolar a la gente, sino porque creo que es verdad; y Cristo nos mandó no nos desconsoláramos por eso, al contrario: “Cuando veáis que todo esto sucede, levantad las cabezas y alegráos, porque vuestra salvación está cerca.” ¿Para qué ha sido creado este mundo, y para qué ha caminado y ha tropezado y ha pasado por tantas peloteras y despelotas sino para *llegar* un día? Estos impíos de hoy día que dicen que el mundo no se acabará nunca, o bien durará todavía 18 mil millones de años, se parecen a esos viajeros que se empiezan a entristecer cuando el tren está por llegar. Y puede que ellos tengan sus motivos para entristecerse; pero el cristiano no los tiene. Este mundo debe ser *salvado*; no solamente las almas individuales sino también los cuerpos, y la naturaleza, y los astros (todo debe ser limpiado definitivamente de los efectos del Pecado); que no son otros que el Dolor y la Muerte. Y para llegar a eso, bien vale la pena pasar por una gran Angostura.

Yo no sé cuándo será el fin del mundo; pero esos incrédulos que lo niegan o postergan arbitrariamente saben mucho menos que yo. ¿Verán los jóvenes de hoy la Argentina del año 2000? No lo sabemos. ¿Verán los chicos escueleros a la Argentina con 100 millones de habitantes, de los cuales 90 millones en Buenos Aires? No lo sabemos. ¿Verá el bebé que ha nacido hoy –y varios han nacido seguro– el mundo convertido en un vergel y un paraíso por obra de la Ciencia Moderna? Ciertamente que no. Si lo ven convertido en un vergel, será después de destruido por la Ciencia Moderna, y refaccionado por el poder del Creador, y la Segunda Venida del Verbo Encarnado; ahora no ya a padecer y morir, sino a juzgar y a resucitar.

Lo que puede que vean y no es improbable, es a Cristo viniendo sobre las nubes del cielo para “fulminar a la Bestia con un aliento de su boca”, y ordenar la resurrección de todos nosotros los viejos tíos o abuelos, si es que no lo vemos también nosotros, porque nadie sabe nada, y los sucesos de hoy día parecen correr ya, como dijo el italiano, *'precititevolissimamente'*.”

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO³¹

[Lc 21, 25-33] La 21, 25-28. 34-36

Hay cosas que no pueden saberse sin volverse loco, antes de saberlas o después de saberlas.

Imaginemos por ejemplo que un sanjuanino hubiese conocido de *antemano* el terremoto de San Juan ¿no era como para volverse loco? ¿Y si hubiese tenido que *anunciarlo*? Pobre de él...

Cuenta el historiador Josefo, en *La Guerra Judaica*, que antes de la destrucción de Jerusalén apareció en sus callejas *uno* que no se sabía si estaba loco o inspirado, venido nadie sabe de dónde, que tenía el mismo nombre de Nuestro Señor (*Ieshua*), el cual recorría la ciudad sagrada –y deicida– gritando sin cesar “¡Ay de Jerusalén! ¡Ay del Templo!...”. Fue detenido, interrogado, reprendido, amenazado, castigado y azotado, como “derrotista” y sacrílego; y todo fue inútil; nadie pudo hacerle abandonar su estéril tarea, hasta que un día fue herido en la frente por un proyectil arrojado de una catapulta; y cayó muerto gritando: “¡Ay de mí!”.

Es un ejemplo de lo que decimos: este cuitado había visto la realidad antes que los demás. El que tiene razón un día antes, veinticuatro horas es tenido por irrazonante –dice un proverbio alemán–.

³¹Comienzo del año litúrgico.

Hay muchas palabras en el Evangelio que son o de un Dios o de un loco; y que no pueden ser de un hombre común; y el *Discurso Esjatológico* es una de ellas. Sobrecoge el ánimo imaginarse a ese grupo de pescadores y labradores galileos sobre el borde Norte de la ciudad (sobre el Templo y mirando a Jericó); rodeando a *Ieshua-ben-Nazareth* y escuchando salir de sus labios, a manera de relámpagos que rompen la noche del futuro, palabras desmesuradas como éstas:

“Será la tribulación más grande que ha existido desde el principio del mundo; más grande que el Diluvio...

Se secarán los hombres de miedo y de expectativa ante las convulsiones del Universo...

Las fuerzas cósmicas se descompaginarán...

Habrá signos en el sol, en la luna y en las estrellas; y gran presión entre los pueblos...

Entonces *alegraos* [!] porque está cerca vuestra redención...

Verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con gran majestad y poderío...

El cielo y la tierra, pasarán; mis palabras no pasarán”.

Hay muchos lugares en el Evangelio en que Cristo pronuncia palabras que a ningún puro hombre serían lícitas, palabras que rompen el equilibrio humano y muestran como en un relámpago los abismos de la Eternidad; y sin embargo no están pronunciadas con énfasis ni ahuecando la voz, como hacen los poetas humanos que se tienen por “*os magna sonaturum*”—y Olegario Andrade y su maestro Hugo en esto de hacerse los “bíblicos” llegan muy lejos—sino más bien atenuadas y como puestas en sordina. Estas palabras sobrehumanas fueron notadas desde el primer momento: “¿Quién es Éste? Éste no habla como los demás *rabbies*. “Nadie ha hablado jamás como este hombre!...”. Efectivamente.

El *apokalypsis* de Lucas, cuya perícopa final se lee en este Domingo primero del año litúrgico, es el más breve de todos; y aquel en que está en cierto modo indicada la división de la doble profecía; de los signos de la caída de Jerusalén hasta el versillo 25; y los de la agonía del Universo del 25 al 32; puesto que lo que hay que decir, como vimos, de esta dificultosa escritura, es que predice a la vez el fin de una época de la historia del mundo y el fin de *toda* la historia del mundo: en dos planos subordinados, que se llaman *typo* y *antitypo*. Pero en este evangelio esos signos se pueden distinguir más o menos en dos secciones, de las cuales la primera mira *más bien* el fin de Jerusalén y el Templo, y como fondo al fin de la Cristiandad y el mundo; y la segunda *más bien* el fin del mundo. Cosa análoga sucede, como ya hemos notado, en el discurso de la Promesa de la Eucaristía (Jn VI, 22-58): trata del “Pan de vida”, es decir, a la vez de la Fe y del Sacramento; y primeramente la fe está delante como figura y el sacramento detrás como fondo; y luego paulatinamente el Sacramento de la Fe ocupa sin solución de continuidad el primer plano.

El año 1941 este mismo Domingo primero de Adviento, prediqué este evangelio en la Iglesia de Don Bosco de la ciudad de San Juan; tengo todavía los apuntes: el evangelio de los Terremotos. Si hubiese sabido que poco después San Juan iba a ser probado por la Calamidad y la Catástrofe, ciertamente no hubiese podido ni nombrarlo al terremoto. Mas Nuestro Señor dice aquí que habrá “entonces terremotos grandes por varios lugares, y pestilencias y hambre, y terrores desde el cielo, y grandes renales...”. *Enseguida después de la tribulación de aquellos días* —especifica San Mateo— *el sol se oscurecerá, la luna se pondrá sangrienta y las estrellas caerán del cielo* —sol en la Escritura es el símbolo de la verdad religiosa; luna, de la ciencia humana; estrellas son los sabios y doctores— porque “las fuerzas cósmicas se desquiciarán” que así se traduce mejor lo que la Vulgata vierte: “las virtudes del cielo se

conmoverán”; pues el texto griego dice literalmente “las energías uránicas” (“*dinámeis toon ouranoón*”).

Los intérpretes se preguntan si estos signos en el cielo tan extraordinarios serán físicos o metafóricos; si hay que tomar esas palabras del Profeta como símbolos de grandes desórdenes y perturbaciones morales, o si realmente las estrellas caerán y la luna se pondrá de color de sangre; en cifra, si los “terremotos” profetizados serán los terremotos de San Juan visibles o bien los invisibles –y mucho peores– terremotos de Buenos Aires. Probablemente las dos cosas; porque al fin y al cabo, el universo físico no está separado del mundo espiritual –los ángeles mueven los mundos, decían los antiguos filósofos– y estas dos realidades, materia y espíritu, que a nosotros aparecen como separadas y aun opuestas, en el fondo no son sino como dos rostros de la misma realidad fundamental. Esas “fuerzas del Cielo” de que hablamos, para los filósofos griegos eran espíritus, para los científicos modernos son vibraciones del éter; y esas “energías cósmicas”, que somos advertidos “se desquiciarán”, el hombre ya les ha encontrado el quicio, porque ha penetrado en ese *éther* (*áitheer*) que los griegos tenían por el alma del fuego o el fuego esencial; y Santo Tomás enseñó es el dominio propio de los ángeles. El hombre moderno ha penetrado en este dominio de los ángeles guiado quizá por uno de ellos ¿*chi lo sí?* Lo cierto es que los grandes astrólogos, alquimistas y hechiceros de nuestros días han realizado un enorme progreso: han inventado el instrumento con el cual se puede destruir el mundo; o por lo menos “la tercera parte de él”, como dice el Apokalypsis. “Las energías uránicas se desquiciarán...”. Bien, la bomba atómica la fabrican hoy con un metal llamado uranio, al cual lo *desquician o desintegran*.

Lo que tiene que ser, será. El tiempo no vuelve atrás. La creación madura. El drama de la Humanidad pecadora, redimida y predestinada, tiene que tener su desenlace. El Bien y el Mal han ido creciendo en tensión desde el principio del mundo, como dos campos eléctricos; y algún día tendrá que saltar la chispa. Ese día no es un día perdido en la lejanía de lo ilimitado, porque Cristo por San Juan pronunció categóricamente que sería –relativamente– pronto; y por San Lucas y los otros Sinópticos recomendó que estemos ojos abiertos para verlo venir. “Mirad la higuera: cuando reverdece vosotros sabéis que está cerca el verano; así cuando veáis que comienzan estas cosas, sabed que está cerca vuestra redención.”

Las primeras generaciones cristianas vivieron en la ansiosa expectativa de la Parusía, conducidas a ello por el versículo oscuro y ambivalente de cuya dificultad hemos hablado; mas no es verdad lo que dicen los racionalistas actuales, que se “han equivocado” propiamente, pues una cosa es temer, otra es afirmar; y así vemos, por ejemplo, que San Pablo reprende a los de Tesalónica los cuales temerariamente “afirmaban”; declara y reitera que “él no sabe”, ni nadie, cuándo será el Advenimiento; reta a los temerarios o perezosos que arreglaban su vida sobre la base de esa afirmación; y les notifica que no puede aparecer el Anticristo mientras no sea retirado el “Obstáculo” –ese misterioso “*katéjon-katéjos*” que está una vez en género neutro y otra en masculino– y que el “Obstáculo” todavía está allí “¿No recordáis que os lo dije?”, reprende el Apóstol. “A ellos se lo dijo, a nosotros no”, se queja San Agustín.

A pesar de eso, este eco del versículo difícil se dilató y resuena aún en la *Epístola* CXXI, § 11, de San Jerónimo, siglo V; cuando vencido y muerto el “Imperator” Estilicón por el vándalo Alarico, los reyes bárbaros desbordaron la frontera de Milán y tomaron y saquearon a Roma, haciendo temer al solitario de Belén que había sido retirado el “Obstáculo”; el cual para él no era otra cosa que el Imperio y la Civilidad Romana; lo mismo que para Agustín³² y la mayoría de los Santos Padres antiguos.

Solamente cuando los sucesos mismos mostraron que aquella raya de Esta Generación

³²*De Civitate Dei*, XX, 19.

no pasará” se aplicaba solamente a la Pre-Parusía (el fin de la Sinagoga) y no a la Parusía, repararon bien los cristianos en los varios rasgos que en el Evangelio indican el Intersticio; como por ejemplo el patente versillo de Lucas XXI, 24, donde se predice la matanza y la dispersión de los judíos por todo el mundo, y que “Jerusalén será pisoteada por los Gentiles hasta que llegue el tiempo (del Juicio) de las naciones”. Luego uno fue el Juicio de Israel, otro será el Juicio de las Naciones: dos sucesos separados contemplados como en uno.

Este versillo dice con claridad un intersticio o intervalo entre los dos sucesos (Pre-Parusía y Parusía), claridad que resulta meridiana si se repara en que el versillo alude a la Profecía de las 70 Semanas de Daniel, donde paladinamente se predice la destrucción de Salen y su Santuario por un Príncipe y su ejército, y después la “Abominación de la desolación que durará sobre la Ciudad Santa y Deicida hasta que el mismo Devastador [el Imperio Romano, la Romanidad] sea a su vez devastado”; que es lo que se diría está pasando o por pasar ahora; a 1.900 años de la devastación de Salen por Tito César.

Del *Libro de las Instituciones Divinas* de Lactancio, libro XII, capítulo 15.

Título.- *Que la submersión del lagartón y los Egipcios, y la liberación de los Hebreos de la servidumbre egipcia prefigura la liberación de los elegidos y la reprobación de los condenados que ha de ser en el fin del mundo. Y que muchas señales precederán a la liberación ésta, igual que aquella. Y que antes desaparecerá el Imperio Romano. Y que la hegemonía total retornará al Asia...*

Tenemos en los arcanos de las Sacras Letras [escribe Lactancio y traduzco en el mismo tono retórico del autor] que el Patriarca de los Hebreos pasó al Egipto con toda su familia y parentela apremiado por la carestía de alimentos; y que su posteridad, habiendo habitado mucho tiempo en Egipto y crecido en sector numeroso, siendo oprimida con yugo de esclavitud grave e intolerable, hirió Dios a Egipto con llaga insana y libtó a su pueblo sacándolo por el medio del mar, rasgadas las aguas y apartadas a una y otra parte, para que el pueblo caminara por lo seco; mas tentando el Rey de los Egipcios seguir a los fugitivos, volvió el piélago a sus cauces, y el Rey fue atrapado con todo su ejército. Prodigio tan claro y tan asombroso, aunque por el momento mostró el poder de Dios a los hombres, sin embargo fue principalmente signo y prefiguración de una cosa mayor, la cual parecidamente Dios ha de hacer en la última consumación de los tiempos. Pues liberó a su gente de la pesada esclavitud del mundo. Pero como entonces era uno solo el pueblo de Dios, y estaba en una sola nación, entonces sólo Egipto fue golpeado. Mas ahora, porque el pueblo de Dios congregado de entre todas las lenguas, habita entre todas las gentes, y es dominado y oprimido por ellas, ocurre que todas las naciones, es decir, el orbe entero, sea azotado con justo flagelo, para librar al pueblo santo y cultor de Dios. Y como entonces acontecieron prodigios con que la futura derrota de Egipto se mostrara, así en el final sucederán portentos asombrosos en todos los elementos, por los cuales se entienda por todos el final inminente.

Aproximándose pues el término de este ciclo, es forzoso que se inmute el estado de las cosas humanas y caiga más abajo aún, a causa de la maldad creciente; de tal modo que aun estos tiempos nuestros en que la injusticia y la malignidad creció al sumo grado, en comparación con aquel mal extremo e insana, se podrían tener como felices y realmente áureos.

Pues de tal manera escaseará la justicia; y crecerán de tal modo la codicia y la lascivia, que si algunos entonces fueren buenos, serán presa de los malevos y atropellados de todos modos por los injustos; sólo los malos serán opulentos, y los buenos se debatirán la pobreza y en las velaciones.

Se contusionará todo el derecho y perecerán las leyes. Ninguno entonces poseerá nada si no fuere adquirido o defendido malamente: la audacia y la fuerza lo poseerán todo. No habrá confianza en los hombres ni paz ni humanidad ni pudor; ni verdad. Y así tampoco habrá seguridad ni gobierno derecho, ni refugio contra los males.

Toda la tierra se alborotará, y rugirán guerras por doquiera; todas las gentes andarán en armamentos y se resistirán mutuamente. Las naciones fronterizas pelearán entre sí. Y Egipto el primero de todos pagará el castigo de sus estúpidas supersticiones y será cubierto de un río de sangre. Entonces la espada recorrerá la tierra, segándola toda y postrando las cosas como mies madura³³.

Y de esta confusión y devastación, la causa será que el nombre Romano, por el cual hoy se rige el orbe (me horroriza el decirlo, pero lo diré porque ha de suceder) será quitado de la tierra y el dominio volverá al Asia, y de nuevo mandará el Oriente; y el Occidente servirá.

Ni debe extrañar a nadie que un reino tan potentemente cimentado, tanto tiempo y por tan magnos varones valido, y con tan grandes munimentos confirmado, todo no obstante un día caerá. Nada hay creado por fuerzas humanas que las mismas fuerzas humanas no puedan destruir: porque mortales son las obras de los mortales; pues los otros reinos anteriores, habiendo luengamente florecido, sin embargo también

³³Egipto figura de la capital opresora, sea cual fuere. Ver Apokalypsis XI, 8.

murieron”...

No sabemos de dónde sacó el insigne predecesor y maestro de San Agustín en el siglo m esta descripción y predicción de unos tiempos que, en nuestra opinión, se dan un aire a los del siglo XX... Pero allí está ella; y yo la he copiado al pie de la letra.

Cristo quizá advirtió a sus oyentes –como algunos quieren creer– que los dos Grandes Sucesos no eran Uno sino en reflejo; pero no así el Evangelista a sus lectores. San Pablo dijo a los de Tesalónica cuál era el “Obstáculo” que impedía la manifestación del Anticristo; “pero no a nosotros”, exclama dolido San Agustín. La Primera Venida de Cristo fue marcada por Daniel profeta con una cifra exacta de años³⁴; pero no así la Segunda. Varias veces la Cristiandad (siglo IV, siglo X, siglo XIV) ha temido ya estar delante de “la Hora temida y el Día definitivo” como decía San Jerónimo el año 409; y se ha equivocado; pero algún día no se equivocara.

Yo sé decir que si todos mis conciudadanos supieran algo que yo sé, habría más golpes de pecho y menos risotadas en la República Argentina. Desdichado del que ha sido escogido para saber cosas que no se pueden decir; pero feliz en definitiva el que ha sido escogido para *saber cosas*; y mil veces feliz si esas cosas son “las que te van a salvar” (“*ea quae sunt ad pacem tibi*”, Lc 19, 42). Como el pobre loco *Ieshua* de Jerusalén, que las paso muy malas; pero al fin y al cabo, él sabía, y los demás estaban ciegos.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO [Mt 11, 1-10] Mt 11 2-11

El año litúrgico se abre con el Adviento que significa *Venida o Llegada*. La Iglesia abre y cierra el ciclo litúrgico con un evangelio acerca de la Segunda Venida de Cristo o sea la Parusía; y durante las otras tres semanas del Adviento, lee tres evangelios acerca de San Juan Bautista, el nuncio de la Primera Venida de Cristo llamado el *Precursor*. Ellos contienen el primero, tercero y cuarto testimonio que dio el Bautizador solemnemente de que el *Rabbi Ieshua* de Nazareth era realmente “El que había de venir”, el Esperado; en aquel tiempo, ansiosa y nerviosamente esperado y ahora también; por los que conservan aquella antigua fe.

Lo malo para comentarlos es que no están en ese orden, sino al revés: primero está el último, el testimonio que dio definitivamente desde el calabozo, licenciando a sus discípulos para que fuesen a Cristo; al cual testimonio Cristo respondió dando testimonio a su vez de su humilde precursor con una gran alabanza, pero no lo libró de la cárcel. Este es el evangelio de hoy. Después viene el que dio a los fariseos; y por último el que dio ante todo el pueblo, desde el comienzo de su predicación, anunciando que había que prepararse enérgicamente porque había llegado el tiempo en que “toda la carne vería el divino Salud-Dador”. Ante todo el pueblo es un decir, porque los que se congregaban en la ribera del Jordán cerca de Betsaida, donde el salvaje nazareno bautizaba y clamaba, eran más bien pocos, de a grupitos; pero había allí de todas las profesiones y clases sociales, incluso fariseos; y hasta el mismo Herodes Antipas cayó allí una vez, por desgracia. De a grupitos pasaron por allí, al final, muchísimos; todo el pueblo, puede decirse (éste es el evangelio del traspróximo Domingo).

Así, pues, mientras Jesús trabajaba con sus manos oscuramente en el taller de Nazareth, apareció en una playita del río llena de cañas y sicomoros un desconocido venido del desierto, que podríamos llamar ermitaño, con larga melena nazarena, una piel de camello

³⁴Daniel dio una cifra exacta, aunque referida a una cronología convencional. y los exegetas difieren en la aplicación de esa cifra.

por vestido y un físico enjuto y quemado por el sol y las privaciones, pero de un coraje y una potencia extraordinaria: “salvaje magnético” lo llama Papini; “endemoniado” lo llamaron a poco andar los fariseos. Este profeta poderoso austero humilde, que fue mártir de la moral natural, y no hizo otra cosa en su vida que “allanar los caminos” para otro, suscitó una gran expectación, tanto que algunos creyeron era el Mesías; y un fuerte movimiento religioso, del cual benefició Cristo. Antes de predicar la moral divina, había que “enderezar los senderos” de la moral natural. El Bautista es la rectitud moral y la humildad llevadas al heroísmo; él predica la ley natural así como su Bautizado número uno promulgará más tarde la ley divina; los dos luchan contra la seudo Ley anquilosada y corrompida de los fariseos. Los temas de Juan son solamente tres: 1) Haced penitencia; 2) el Tiempo ha llegado de la Venida; 3) vosotros “raza de víboras”, ¿qué os habéis pensado?

Lo primero que hizo Cristo después de despedirse de su madre viuda y dejar el taller (“a su hermano Jacobo” dice Schalom Asch) fue recibir el *bautismo de la penitencia*, conexión visible y solemne de su misión con la de Yohanan; y por él con todos los antiguos profetas y todo el Antiguo Testamento. Como nota San Agustín la religión (“la Ciudad de Dios”) es una sola; y se remonta hasta el principio del mundo, conectados todos sus tramos por nexos perspicuos y solemnes; Adán, Abraham, Moisés, Los Profetas, Juan Bautista, Cristo. Para enseñarla hay que tener autoridad y la autoridad no se inventa, se recibe. Allí en ese bautismo que tuvo lugar una tarde cualquiera de un día cualquiera ante un grupo de cualesquiera, sucedió la primera revelación del último Tramo de la Religión, el definitivo, tras el cual no hay ya que esperar otro, revelación que el mismo Juan necesitaba, pues “Aquel sobre quien descendiera el Espíritu, Ese es”, le había sido dicho por el Espíritu en el desierto. Y así Cristo en toda su carrera se refiere siempre a esa primera revelación y vínculo legitimante (“¿Con qué autoridad dices estas cosas?”). Tú te has inventado una autoridad que nosotros no te hemos dado. “Con la autoridad que me dio mi Padre.”

“Éste es mi hijo querido en quien están todas mis complacencias. Oídle a Él”³⁵ El origen de mi confusión es que algunos exégesis modernos conjeturan que en las dos ocasiones la voz del Padre fue la misma; y los Evangelistas reservaron la pequeña añadidura “oídle” –que de rodos modos está implícita en la teofanía del Bautismo– para la ocasión más solemne; basándose para ello en la autoridad del *Codex Beza*. No me parece probable esta conjetura. Ver sobre esto John O’Flynn y Reverendo A. Jones en *Catholic Commentary on Holy Scripture*, Nelson, London., dijo el trueno del cielo, al mismo tiempo que una luz en forma de paloma se cernía sobre los dos humildes nazarenos, inmergidos el agua hasta las rodillas, como lo hemos visto tantas veces... gracias a los pintores.

No se entiende nada del Bautismo de Cristo si no se atiende a esta necesidad de la autoridad religiosa. “Yo no me he enviado, Dios me ha enviado” debe poder decir el Apóstol; y eso significa Apóstol: *Enviado*. “Tú no tienes necesidad de bautismo”, dijo Juan a Jesús; “Deja eso ahora”, le replicó éste. Necesitábamos nosotros ese nexo de la autoridad religiosa.

No siempre que Dios envía un hombre con una misión peligrosa avisa previamente a las autoridades. A veces lo autoriza Él mismo, o con la santidad de su vida, o con milagros; y las autoridades deben arreglarse con sus propios medios a reconocerlo. Si lo desprecian, Dios permite que caigan en el peor error, y cometan el crimen más horroroso, que es matar a un hombre de Dios –por el hecho de ser de Dios– en nombre de Dios. Entonces un desastre espantoso se desploma sobre esta gente y sobre el pueblo que representan, podrido como ellos. Pobre Argentina, que no escuchas a tus maestros, desprecias a los precursores y matas a

³⁵La señora Julia de Seydell me advierte amablemente que el inciso “Oídle a él” no está en el Bautismo de Jesús sino en la Transfiguración (Mateo XVII, 1, Marcos IX, 1 y Lucas IX, 28). Reconozco que es así, para ser enteramente exacto.

los profetas. “Los fariseos –dice el Evangelista– despreciaron a Juan, y no recibieron el bautismo de penitencia, con lo cual se *embromaron*”, y rehuyeron la sabiduría “la cual se justificó después por sus obras”, es decir, por las obras milagrosas que hizo Cristo. Desde entonces comenzaron las violentas imprecaciones de Juan contra los jefes espirituales de la nación; pero no sin que antes el profeta hubiese dado llana y modestamente cuenta y razón de sí mismo a la delegación oficial de estos jefes oficiales, que se le aproximó cuando ya su nombre corría indetenible entre las gentes religiosas, que lo tenían por el Mesías, unos; por Elías el segundo Precursor, otros; y por un gran profeta, todos. La única profecía que hizo Juan fue reconocer al Mesías como Mesías; no es poco. Es todo, si se quiere.

“Si queréis, él es ciertamente el Elías, el que ha de venir; pero esto que os digo es misterioso”, dijo Cristo como última palabra acerca de Juan; el cual ya entonces (al fin del primer año, primera misión de Galilea, después de la primera resurrección de un muerto) estaba en el sótano del palacio de Herodes, sin hacerse ilusiones acerca de su futuro “Conviene que el Otro crezca y yo mengüe.” Juan cerró entonces su misión entregando el resto de sus discípulos –ya había enviado a otros–, que con ansiedad en torno de él todavía se afanaban desesperanzadamente, al Taumaturgo que desde Cafarnaúm recorría el lago, las aldeas y las colinas. Juan no habla hecho ningún milagro; sus discípulos esperaban de él que, rompiendo cerrojos y cadenas, aterrorizase a Herodes y volviese a su puesto del río Jordán. No lo hizo. Pero el Mesías sí había de hacer milagros; era una de las señales que habla puesto acerca de Él el profeta Isaías.

Juan se comporta siempre con una humildad conmovedora; fiero delante de los fariseos, delante de Jesús se hace polvo: “No soy digno ni de atar las cintas de sus sandalias.” Así en esta ocasión en vez de responder directamente a sus contusionados secuaces, envía a dos de ellos en su nombre y en representación de todos a Galilea a preguntar al Joven Maestro: “¿Eres Tú el que [desde hace siglos esperamos] ha de venir, o hemos de esperar todavía a otro?”. Jesús tampoco respondió directamente –las palabras son pequeñas en algunas ocasiones– sino que prosiguió sin responder su predicación y sus curas delante de los dos johannidas y finalmente dijo: “Andad y anunciad a Juan lo que habéis presenciado: Los ciegos ven, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados: y dichosos los que de mí no se escandalicen” (es decir, dichosos los que en mí no tropiecen; porque encontrando a Cristo, o se cree, o se da un encontronazo).

Cristo resumió en esta breve respuesta las profecías taumatúrgicas de Isaías de los cantos 29, 35, 61, 13, 26 y sobre todo del canto 5: del cual dos frases literales están aquí: “Los ciegos ven... los pobres son iluminados”. Ese es el milagro fundamental de Cristo y de su Iglesia: iluminar. ¡Y ay de la Iglesia cuando los pobres no son iluminados!

Apenas los dos johannidas, exultantes sin duda, zarparon, Cristo canonizó al Bautizador, y le rindió a su vez testimonio. En la turba que lo escuchaba habla quienes escucharon antes a Juan; y a éstos se dirigió: ¿A quién fuisteis a ver en el desierto de Besch-Zeda? ¿A una caña que el viento agita? Decidme ¿qué cosa fuisteis a ver...? ¿A un hombre vestido con elegancia? Los que visten fino están en el Palacio de Gobierno, no en el desierto. Respondedme pues a quién habéis andado a buscar. ¿A un profeta? Sí, así es, a un gran profeta y más que profeta. Éste es aquel de quien tenemos Escritura: He aquí que yo mando delante a mi Enviado, que prepare los caminos delante de Ti...”. Es un versículo del profeta Malaquías. Cristo alude a los hombres “influyentes” que andaban por entonces vendiendo palabrería devota, que no tenía efecto alguno, como rumor de cañaveral; y a los Saduceos o *progresistas* (la secta rival de los Fariseos o *separados*) que hoy llamaríamos *intelectuales* que andaban en torno al diletante Herodes Antipas –por lo cual el Evangelio los llama a veces “herodianos”– discutiendo las últimas novedades de la filosofía de la Metrópoli. El de Besch-Zeda era otra cosa.

Cristo lo “canonizó”: “Palabra de Honor [*excáthedra*] ningún hijo de mujer se alzó en el mundo mayor que Juan el Bautista”, de donde algunos teólogos han discutido verbosamente si el Bautista es un santo mayor que Abraham o mayor que Moisés, o mayor que San José. Pero Cristo determinó claramente el sentido de sus palabras añadiendo otra exageración –todo Cristo está lleno de exageraciones equilibradas de a dos en dos, como los arcos góticos de una catedral–: “Pero yo os digo que el menor del Reino de los Cielos es mayor que él”: con lo cual dijo que la preeminencia de San Juan se entiende solamente sobre todos los profetas del Antiguo Testamento; en efecto, los demás vieron de lejos y entre celajes al Mesías; y éste lo mostró con el dedo... Con Juan se cierran “la Ley y los Profetas” –añadió Cristo– y comienza la Iglesia, no en contra sino encima. Los judíos deberían levantarle una catedral en Jerusalén al Bautista. Y a lo mejor se la levantan, ahora que se están reuniendo todos allá. En Jerusalén en donde lo mataron.

Ninguna catedral mayor que la devoción del pueblo cristiano al hípido profeta de Besch-Zedá: cosa de la mitad de los cristianos del mundo se llaman Juan, sin contar una de las mejores provincias argentinas y contando todos los italianos que se llaman *Bachicha* (“Aserrín aserrán los maderos de San Juan [algunos dicen “los dineros de San Juan”] ¿dónde están?”). El 24 de junio es en Europa el día más largo del año (el solsticio de verano) y los gentiles celebraban la víspera de ese día al dios Sol, encendiendo hogueras sobre las colinas para matar la noche del todo; y con festejos de alegría y con supersticiones pintorescas. Los cristianos transformaron esa fiesta étnica –cuyas supersticiones no obstante han llegado hasta nosotros– plantando al Precursor en ese día –entre nosotros el más corto del año– y transformando las hogueras de Apolo y Osiris en *Las fogatas de San Juan*. Pero San Juan no fue el iluminador, no fue el sol, sino a la manera del alba que precede brevemente al sol, en verde, oro y sangre. “No era él la luz, sino para dar testimonio de la Luz”, dice de él otro San Juan, el Evangelista.

La idea es que ese día hay que quemar todos los trastos viejos, cachivaches y rezagas que hay en la casa y hacer limpieza de basura e inutilidades; y ese fue justamente el fondo de la prédica del Bautista; “Poner el hacha en la raíz del árbol muerto.” ¡Qué andáis con pamplinas, con palabras muertas, con discusiones inútiles, con leyes nimias, con politiquerías pueriles y con pataratas de Reforma, Reacción y Revolución en los momentos en que las bases mismas del mundo se descompaginán todas! Quemad con la penitencia la leña muerta, si queréis obtener luz Cuando veáis que los comunistas queman iglesias, haced vosotros en vuestro corazón las santas fogatas de San Juan.

Los “comunistas” queman iglesias³⁶, que les parecen inutilidades, ellos celebran a San Juan a su manera, que no es buena. La buena es quemar las inutilidades del corazón. Cuando los vándalos quemaban iglesias en Roma, San Cipriano escribía a sus obispos: “No os deis afán por edificar templos materiales en los cuales al fin y al cabo sabéis que un día se sentará el Anticristo. Edificad la fe en los pechos, templos que nadie puede quemar.”

Con esto no queremos decir que hay que dejarlos no más a los “comunistas” quemar Iglesias. ¡Cuernos!

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

[Jn 1, 19-28] *Jn 1, 6-8. 19-28*

El evangelio del tercer Domingo de Adviento (Jn 1, 19), trae el segundo testimonio de Juan Bautista acerca de Jesucristo, el que dio a las autoridades religiosas oficiales.

³⁶Cuando se escribió esta homilía, acababa de acontecer en Buenos Aires el episodio de “la quema de las iglesias”, que fue imputado oficialmente a “los comunistas”.

Está puesto al principio del Evangelio del otro Juan después del solemne prefacio en que el Evangelista declara que “el Verbo era Dios”. Juan el Aguila conecta su propio testimonio de que Cristo era Dios (objeto del cuarto Evangelio) con el testimonio de Juan el Lobo de que Cristo era el Mesías; completándolo.

Este testimonio del Bautista a los fariseos acerca de Cristo y de sí mismo, tuvo lugar más o menos en la mitad de su corta carrera, que fue más corta aun que la de Cristo. Juan sobrevino repentinamente como un meteoro, iluminó lo que tenía que iluminar, y se apagó bruscamente.

San Lucas tarja cuidadosamente el principio y el fin de su corta tarea, como si esos dos toques tuviesen notable importancia. Al principio de su misión predicó simplemente, aunque con fuerza extraordinaria “penitencia urgente porque el Tiempo llegó”. Sus oyentes sabían perfectamente qué cosa significaba “el Tiempo”, que era entonces objeto de las más ardientes discusiones: las Setenta Semanas de Daniel ya cumplidas, la esperanza de Israel y las Naciones a punto de realizarse, la *plenitud de los tiempos*.

A los que daban muestras de arrepentimiento de sus faltas –hasta confesarlas públicamente algunos– Juan los bautizaba por inmersión, advirtiéndoles que era bautismo “provisorio”, y les imponía una regla de conducta sencilla, tomada de la moral natural; porque para reconocer al Mesías había que *disponerse*, quitando las lagañas de los ojos interiores. Con esto, su trabajo estaba listo.

Sus imprecaciones contra el fariseísmo no empezaron sino después de la investigación oficial que narra el evangelio de hoy. Juan sabía perfectamente quiénes eran los fariseos –era de familia sacerdotal– sobre todo si fue *essenio*, como creemos; pero era como una onza de plata en rectitud y humildad; y lo mismo que Cristo, no iba a empezar su misión religiosa con un levante a las autoridades religiosas, que no es la manera de empezar de los santos; aunque a veces es la manera de acabar; y de que lo acaben a uno. Véase por ejemplo el acabamiento del filósofo Soren Kirkegor.

Cuando se presenta en el remanso solitario de Besch-Zedá una delegación de “sacerdotes y levitas” comisionados de Jerusalén, Juan los acoge con sencillez y sin descortesía; probablemente con reverencia incluso. Su nombre corría ya de boca en boca como de un varón extraordinario las mujeres y algunos entusiastas se dejaban decir que era nada menos que “el Mesías”. ¿No se habían cumplido ya los Quinientos Años de Daniel? El Cotarro de Jerusalén –que en hebreo se llama *Sam-Hedrim* y en griego *Synhedrio*– aunque era propenso a despreciar, no podía pasarlo por alto; y así mandó tomarle declaración:

“–Tú ¿quién demonio eres?” –el diálogo entre el Bautizador y los delegados es altamente típico–. “Juan confesó y no negó, y confesó diciendo”... marca el Evangelista, indicando que se trataba de una “confesión” o declaración de conciencia, incluso quizá peligrosa. –Yo no soy el Mesías, dijo San Juan, leyéndoles las intenciones. –Entonces, declara quién eres ¿eres por si acaso Elías? –No soy Elías. –¿Eres Profeta? –No... La última réplica le salió seca.

Sin embargo Cristo, que no miente, dirá después que Juan era en cierto modo Elías, y que era el más grande de los Profetas. ¿Por qué negó Juan que era profeta? “Por fastidio hacia esa gente soberbia”, dirá Teofilacto. “Por humildad”, dirá el Crisóstomo. Pero la humildad nunca está reñida con la veracidad, “la humildad es la verdad”, dice Santa Teresa. Juan no negó que era profeta, Juan negó que era “el Profeta”... que estaba en la mente de los interlocutores. Llenos de bambolla y de ideas “nacionalistas”, ellos se figuraban un Mesías guerrero; y un Precursor Caudillo, por el estilo.

Ese profeta que ellos imaginaban, un Elías o un David, no era Juan. Era sin embargo más que David en su humilde estación y en su aspecto áspero y salvaje. Era el dedo que apuntaba a Cristo; y en ese sentido, metafóricamente, era también Elías.

Por mala comparación, es como si en la Argentina, pobre país que tantea en lo oscuro

sin saber de dónde le vendrán el orden y la salud, surgiese un Manosanta capaz de ordenar, sanar y sacar adelante el país; y otro hombre capaz de abrirle camino en esta empresa milagrosa; porque las cosas grandes las hacen dos. Y entonces fueran los resistas y los antirrosistas y le preguntaran al Precursor:

–¿Tú eres el Libertador?
–Yo no soy el Libertador.
–¿Eres el segundo Don Juan Manuel? –o Don Bernardino, *ad libitum*–
–No soy el segundo Don Juan Manuel.
–¿Eres caudillo, por lo menos?
–No soy el Caudillo.
–Entonces, ¿qué diablo eres?
–Yo soy un pobre argentino que hace lo que puede, nada más y nada menos que lo que Dios quiere de él; y eso más mal que bien...

Entonces lo despreciarían todos los politiqueros, no menos que la Curia Eclesiástica, y los grandes diarios. En otro plano, así respondió el Bautista.

“–Entonces ¿tú quién diablo eres, y a ver qué nos dices de ti mismo, para que llevemos Respuesta a los que nos envían...”. Era la conminación de la autoridad. Juan no se sustrae a ella:

“–Yo soy La-Voz-que-grita-en-el-Desierto” (una sola palabra en arameo, como si dijéramos *Wuesterlictruiendestimme* en alemán, “ése es mi nombre”...). El mundo en aquel tiempo, religiosamente hablando, era un desierto. Juan era una simple voz; pobre y potente voz, una voz casi sin cuerpo, un cuerpo humano hecho pura voz³⁷.

“–¿Y qué grita esa voz?

–Grita: Preparad los caminos al Señor, como dijo Isaías Profeta. Nada más. “

Los fariseos lo despreciaron: era uno de tantos gritones más. Era un fanático de la revolución mesiánica. A la vista estaba que éste no iba a vencer a Pilato, ni a derribar a Herodes y a los herodianos. Políticamente, cero.

“–Entonces ¿cómo diablos bautizas, si no eres ni el Cristo, ni Elías ni el Profeta?”.

Gran idea tenían los judíos del bautismo; la misma que tenemos nosotros. Perdonar los pecados puede solamente Dios o aquel que lo representa; y ese lavacro con agua significa para ellos y nosotros la limpieza de las lacras morales.

Juan ya había bautizado a Cristo y había tenido la gran revelación del Espíritu acerca de él. “Aquel sobre el cual vieres descender en forma visible el Espíritu, Ese es.” Así que lanzó directa y decididamente su Testimonio, lo que tenía que anunciar, aquello para lo cual era nacido, a unos oídos taponados y no dignos de recibirlo:

“–Yo bautizo con agua; en medio Vuestro está Otro, que vosotros desconocéis, que bautizará con fuego. Ese es el que ha de venir después de mí, que fue hecho antes de mí. Ése es más grande que yo, y en tal medida, que yo no soy digno ni de atarle los cordones del calzado.”

Zás, aquí sí que la arreglamos –pensaron los fariseos–; éste es loco. Despreciaron a Juan y no aceptaron su bautismo precursorio, para mal de ellos, dice el Evangelio. Más tarde Cristo los pondrá en gran aprieto, refiriéndose justamente al bautismo de Juan.

Veamos el otro episodio paralelo a éste. En el Templo, en una de sus últimas contiendas con estos hipócritas engreídos, exigiéndole ellos, lo mismo que a Juan, declinase

³⁷Algunas Biblias modernas puntúan diferentemente la frase del Bautista, en esta forma: “Yo soy la voz que grita: “En el desierto preparad los caminos”., etcétera” (Nota del Pbro. Villaamil).

“con qué autoridad haces esas cosas”, respondió discretamente el Cristo:

“—Decidme vosotros antes, por favor: el bautismo de Juan ¿era de Dios o era [invención] de los hombres?”.

Se cortaron; porque vieron que si respondían *era de Dios*, reconocían que Cristo tenía veramente autoridad; y si decían *era cosa de hombres fanáticos*, temían la ira del pueblo. “No sabemos”, dijeron.

“—¡Entonces tampoco puedo deciros qué autoridad tengo yo!”.

Parece un truco hábil de los usados por los “contrapuntistas” palestinos; y una “respuesta de gallego”, que dicen los catalanes responden *preguntando*; y lo es en efecto. Pero es más que eso: es responder implícitamente a la pregunta: “Si Juan el Bautista tenía autoridad de Dios, yo tengo autoridad de Dios.” Era responder y no responder, que es lo que cumple con los malintencionados.

Con esta autoridad, el Precursor de Cristo comenzó desde entonces a denunciar a los fariseos, y a imprecarlos con la voz gorda; que es la única que quedaba para salvarlos, aunque tampoco los salvó por cierto. “Hijos de víboras, raza de serpientes, generación bastarda y adúltera ¿qué os habéis pensado? ¿Pensáis que habéis de poder huir de la ira de Dios que se aproxima?”. Juan denunció a los fariseos como los peores corruptores de la religiosidad; denuncia que había de retomar más tarde Jesucristo en pleno y en gran estilo.

El es la sífilis de la religión, y el peor mal que existe en el mundo. Es el pecado contra el Espíritu Santo”. Tanto que algún Santo Padre ha predicado que los únicos que van al infierno (es decir, que de hecho se condenan) son los fariseos; y que eso significaría el dicho de Cristo: ese pecado no tiene perdón en esta vida ni en la otra”, proposición que yo no suscribiría, porque realmente no sé en absoluto quiénes están de hecho en el Infierno, como pretendió saber Dante Alighieri Ni nadie lo sabe. Recuerdo cuando yo estaba por hacerme cura, el párroco de mi pueblo, un piemontés nombrado Olessio, me dijo: “Apruebo tu determinación; pero te prevengo que el infierno está lleno de curas...” Ni él tampoco sabía nada, por cierto.

Tampoco sé si Juan el Bautista fue el santo más grande que ha existido, mayor que San Francisco, San Pablo y San José. Esa discusión no interesa.

Los jesuitas creen que el santo mayor es San Ignacio; los dominicos que fue Santo Domingo, los españoles que fue Santa Teresa; los franceses Juana de Arco, y en un pueblo andaluz que se llama Recovo de la Reina, cuyo patrono es San Pantaleón, creen que el santo mayor de la corte celestial es el

*Glorioso San Pantaleón
Santazo de cuerpo entero
Y no como otros santitos
Que ni se ven en el suelo...*

El Pae Polinar creía de buena fe, como narra Pereda, que los santos más grandes del mundo, después de Nuestra Señora, eran los Santos Mártires de Santander, Emerencio y Torcuato. Lo que interesa no es saber cual fue el santo más grande —todos son los más grandes cada uno en su línea, como todas las obras maestras—, sino llegar a contarse entre ellos, aunque sea como el más pequeño.

Juan el Bautista fue el santo más grande del Antiguo Testamento, pero el santo más chico del Nuevo Testamento es mayor que él, dijo Cristo, si quieren saberlo. Y con eso basta.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

[Lc 3, 1-6] Lc 3, 1-6

El tercer evangelio dominical acerca de Juan el Bautizador es el comienzo de Lucas III, y contiene solamente la marca cronológica y los dos primeros temas de la predicación de Johanan. Lucas marca solemnemente este acontecimiento, nombrando a todas las autoridades, como hacían los romanos: 5º año del Imperio de Tiberio; Procurador de Judea, Poncio Pilato; Tetrarca de Galilea, Herodes; Tetrarca de Iturea, Felipe su hermano; y de Abilina, Lisánias – con el cual Lisánias hallan dificultades los historiadores–; bajo los Pontífices Caifás, y Anás su suegro, que aunque pontífices había uno solo, todos sabían que el que mandaba realmente era el suegro, o mejor dicho, toda la familia... Esta indicación sirve mucho a los eruditos para determinar la difícil cronología de los hechos evangélicos; y como el fin de San Juan está bien marcado en la Segunda Misión Galilea de Cristo, es decir, en su segundo año, sabemos que la misión y la vida de Juan fue muy corta y que murió de la misma edad de Cristo, cerca de octubre del año 32; de nuestra cronología, el 26.

Juan le llevaba seis meses de vida a su primo Jesucristo. “*Et Sic sextas mensis est illi, quae vocatur sterilis*”. San Lucas reporta el nacimiento y la vocación del Bautista en un capítulo lleno de movimiento lírico-dramático, que termina con el *Cántico de Zacarías*, joya de la lírica hebrea. Hijo del milagro, Juan nació de una mujer estéril y un varón anciano; y el Ángel Gabriel anunció de antemano el suceso a su padre; el cual dudó de la visión, en castigo de lo cual quedó mudo. Estaba el Ángel de la Anunciación a la derecha del altar del incienso; y anunció al sacerdote Zacarías la gloria futura de su hijo, mientras la plebe afuera oraba en masa y se extrañaba de que el Sacerdote se demorara tanto.

“Nacerá para alegría de muchos, no beberá vino ni grapa, y será lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre”. No beber vino era señal de ser *essenio*, una especie de ermitaños o monjes que no se cortaban el cabello, no tocaban un arma, guardaban continencia voluntaria y vivían oración y penitencia para implorar la venida del Mesías y prepararse a ella. El historiador Josepho narra de los *essenios* varias cosas raras y aun ridículas, al lado las otras que dije; que pueden ser verdad, o pueden ser de esas cosas inventadas que en todos los tiempos el vulgo dice de los “frailes”. El Evangelio dice que el hijo de Zacarías y Elizabeth desde muy niño movido por el Espíritu Santo se fue al desierto; y por ende fue *essenio*, porque en el desierto, de niño no pudo haber vivido solo, ni lo permitieran sus padres. En el Medioevo los chicos se escapaban de su casa para meterse en los cluniacenses, cuando predicaba San Bernardo. Y en nuestros días, en la India pasa a veces lo mismo, según leemos en el... *Reader Digest*. Puede que sea verdad.

En el desierto vivió de langostas y miel silvestre: en Oriente (en las Filipinas hoy día, por ejemplo) comen las langostas; pero son allá unos bichos diferentes de los nuestros, más grandes y más sabrosos; y también diferentes de las langostas de Chile³⁸. Las secan al sol y las mascan como maní, o semilla de girasol. Después de eso no sabemos más del niño prodigio, hasta que aparece como un meteoro “en toda la comarca del Jordán”.

Cerca de los 32 años, “se hizo la voz de Dios sobre él”; y él cayó como un león a bramarla ante las gentes de Judea. Su boca estaba llena de las palabras más agrias de los profetas: “Raza de víboras - generación adúltera - corazones de piedra - falsos hijos de Abraham - árboles sin fruto buenos para el fuego - árboles muertos listos para el hacha.” La muchedumbre quedaba tocada: “Cuando venga el Mesías no lo reconoceréis por vuestras maldades; pero Dios puede convertir las piedras éstas en hijos de Abraham.” “—¿Qué debemos hacer?”. Juan se ablandaba entonces y les imponía los mandatos de la ley natural,

³⁸Es posible que Juan el Bautizador haya comido *algarrobas* –como los pobres en el Sur de España–; porque hay una especie de acacia que da unas vainas harinosas, al cual los ingleses llaman *locust-tree* o árbol de langostas, según me informa don Jorge Pereda. Pero el texto griego dice simplemente “langostas”.

antes que las observaciones vanas y las inútiles excrecencias de la moral talmúdica. Asombra la lenidad de los preceptos de Juan al lado de la acidez de su dogmática. Los que son austeros consigo mismos, suelen ser dulces para con los demás; y viceversa.

“Los soldados le preguntaban: Maestro ¿qué haremos? y él respondía: “No andéis pidiendo aumentos de sueldo y no seáis prepotentes””. Se ve que los militares han sido siempre los mismos. A los cobradores del gobierno les decía: “No andéis sacando coimas”; y a la muchedumbre en general: “Haced limosnas por poco que algo os sobre.” De aquí sacaron los Santos Padres que la limosna es el mejor medio para la expiación de los pecados, no más que la oración, pero más que el ayuno. Y después los bautizaba con el “bautismo de Juan”, el bautismo preparatorio o provisorio.

San Juan imponía a la gente simplemente su deber profesional, el *deber de estado* que se llama; y no se puede dudar que estaba muy acertado, porque el deber de estado resume en sí todos nuestros deberes. “Las mujeres se salvarán por la crianza de sus hijos”, dice San Pablo: es su deber profesional. Si no eres buen obrero ¿cómo serás buen hombre? Y si no eres bueno a manejar tus manos ¿cómo ordenarás tus pensamientos, que son mucho menos obedientes? Ustedes encontrarán tipos que son “muy religiosos”, y no son buenos hijos o buenos vecinos o buenos ciudadanos; bien: no son *muy* religiosos. También se encuentran “buenos religiosos” que son malos profesores, malos predicadores, malos escritores —o malas enfermeras o maestras—: no creo que sean muy buenos frailes. Un buen fraile que escribe, lo menos que puede hacer es aprender a escribir; si no, que no escriba. Agarran a un fraile buenazo y corto y lo hacen Superior de un convento: como hombre es un santo y como Superior una porquería. Para hacer un buen ángel, primero hay que hacer un buen hombre, decía San Francisco de Sales. Agarran a un resto del suburbio y de golpe quieren hacerlo un sacerdote del Altísimo a fuerza de devociones; y no les sale. Salen “fetos con alas”, como decía Don Orione. Primero de leer la *Imitación de Cristo* hay que aprender la *Ética a Nicómaco*.

Contra todas estas macanas militaba San Juan Bautista. Que cada cual comience por hacer bien su oficio. Al rey Herodes, que cayó allí con su comitiva, de curiosón no más, a ver cómo era aquello que toda la gente hablaba, no le dijo que hiciese bien su oficio de rey, pues todos sabían que no era rey sino de mojiganga. Le dijo una cosa casi suicida: “No te es lícito cohabitar con la mujer de tu hermano.”

Preparado Herodes por este disgusto, los fariseos tuvieron juego fácil para hacer *encanar* a Juan por “perturbador”; y la mala hembra para hacerlo decapitar. En los sótanos del Palacio de Makeronte, el Tetrarca de la Judea solía ir a conversar con el eremita: le molestaba lo que oía, pero lo oía; lo cual ya es algo; pero Herodías la mala hembra no le perdonaba la condena de sus amores incestuosos. Toda esta familia de los Asmoneos era un desastre: aristocracia en decadencia, refinada pero muelle. Herodes Antipas había vivido en Roma, era amigo del Cesar, tenía un barniz de cultura griega y de entereza romana sobre su oblicua y astuta alma de asiático; y los romanos lo tenían allí en un palacio de jaspe y sedas como pantalla para tener quietos a los judíos con la ilusión de que eran “nación” puesto que allí estaba su “rey”: estos romanos eran los ingleses de aquel tiempo; y este rey fanteche no hacía más que emborracharse y cobrar impuestos. Tres veces al año caía sobre los míseros campos de Galilea el *gusanón* de tres cabezas: los impuestos de los romanos, los impuestos de Herodes y los impuestos del Templo, por medio de los implacables *publicanos* o cobradores oficiales. Los campesinos decían: “la cosecha se libró del gusano; pero no se librará del *gusanón*”.

Herodes dio una gran fiesta en su cumpleaños a todos los notables de la ciudad y se emborrachó: éste cumplía años casi todas las semanas, como Parreño el guitarrero: y allí pereció San Juan Bautista, ofrenda al despecho, a la lujuria y a la frivolidad. Esta fiesta sanguinosa ha tentado la pluma de los escritores, músicos y pintores románticos: Oscar Wilde

escribió con ella un drama para Sarah Bernhardt tan lleno de colores, gemas y lentejuelas como el salón regio de Herodes o más; es vistoso y agradable de leer pero bastante disparatado. Flaubert escribió una noveleta, también romántica, y muy exótica y palabrera. Y después el músico Strauss, y varios otros.

La narración evangélica es más fuerte que todas las variaciones románticas acerca de la Primera de las Vampiresas. Salomé, hija de Herodías bailó delante del ebrio y lo dejó fascinado; que le prometió con juramento allí mismo la mitad de su reino (¿Qué reino?). Ella, movida por su madre, le pidió la cabeza de San Juan Bautista. Salomé no sería como la pinta Oscar Wilde, pero ciertamente era una depravadita: le faltó tiempo para obedecer el consejo nefando “*apresuradamente*”, dice el Evangelio. qué angelito de polleras cortas! El rey diletante “se contristó” porque tenía de San Juan Bautista un miedo supersticioso; más tarde, cuando oirá hablar de los milagros de Cristo, se asustará y dirá: “¡Ese es Juan el profeta que ha resucitado!”. Más tarde aún, mandará a buscar a Jesucristo y Este se negará a visitarlo diciendo: “¿Qué tengo que ver yo con esa raposa vieja?”. Más tarde todavía, el Viernes Santo, pedirá al Mesías atado delante de su cara granujienta que “le haga un milagro cualquiera... para ver”; y el Salvador bajará la cabeza sin contestar una palabra. Poco más tarde, morirá como un perro agusanado.

Mas ahora estaba en su gloria, delante del Pontífice Caifás, del Centurión de la Antonia, y de la flor de los saduceos. Había jurado y tenía que cumplir. El verdugo bajó al sótano y trajo en un plato argentino la cabeza sangrienta del Precursor de Cristo; y Herodías y Salomé quedaron servidas.

Como la de Cristo, delante de ese cubil de afeminados, a boca de Juan estaba ahora muda; pero él había dicho su palabra, desde los días de Aenon-en-Salim hasta ayer. Sin ninguna ilusión acerca de lo que podía esperar de su regio oyente, había despachado hacia Cristo definitivamente a sus discípulos, que lo seguían incluso en la cárcel con un entusiasmo un poco brasileiro. Tenían disputas con los nuevos discípulos de Cristo; y así fueron, cuando todavía bautizaba en las Fuentes (Aenon) cerca de Salim, y le dijeron al Precursor: “Maestro, aquel que estaba escuchando y al cual Tú bautizaste en la ribera, ahora bautiza El —lo cual no era exacto— y todos corren detrás de El. ¡Qué hacemos!. Juan respondió: “Ningún hombre tiene autoridad, sino hasta donde se la da el cielo. Vosotros mismos deberéis testimoniar que yo dije que no soy el Mesías, sino mandado como delantero. El que posee la Esposa, ése es el Esposo; el amigo del Esposo [el “padrino”] se alegra sí, pero con la alegría del Esposo; y esa alegría me ha sido dada, y pronto será completa. El es menester que crezca, yo que disminuya. El que viene del cielo está sobre todo; el que sale de la tierra es terreno y habla terrenidad. Pero Aquel que vino del cielo está sobre todos: El ha hablado de lo que conoce, ha testimoniado lo que ha visto; y no quieren recibir su testimonio, peor para ellos. El que recibe su testimonio, se da cuenta de golpe de que Dios dijo verdad, por los profetas. Mas el Enviado de Dios habla las palabras de Dios, porque tiene el Espíritu de Dios sin medida en pleno. El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en su mano. El que cree al Hijo, tiene la vida eterna; mas el que no cree al Hijo, no verá la vida eterna; y la ira de Dios morará sobre él”.

Este fue el testamento de Juan. Ya no dice sólo que Cristo es el Mesías, sino que afirma claramente su Divinidad, desde el fondo admirable de su tremenda humildad: “Yo soy un hombre terreno, ya os he dicho que no soy el Mesías; pero yo profetice al Mesías”.

*Bendito el Señor Dios de Israel
Que visitó y redimió a su pueblo
Y levantó un bastión de salud
En la casa de David su hijo.
Como habían hablado por boca de los santos*

*Desde lejanos siglos sus profetas.
 La salvación contra nuestros enemigos
 De la mano de todos los que nos odian
 Para hacer merced a nuestros padres
 Y acordarse de su testamento santo.
 El juramento de nuestro padre Abraham
 Que El juró nos había de dar.
 Para que intrépidos, liberados de enemigos
 Le sirvamos en limpieza y justicia
 Delante de él, todos los días nuestros.
 Y tu, niño mío, serás llamado profeta del Altísimo
 Irás ante la cara de Dios a preparar sus vías.
 A dar la ciencia salvífica a su plebe
 La ciencia que remite los pecados.
 Por las entrañas piadosas del Dios nuestro
 Su corazón que nos visitó desde lo alto
 Para iluminar a los sentados en la sombra de la muerte
 Para enderezarnos los pies por el camino de la paz”.*

Éste es el cántico de Zacarías. No parece el canto de un mudo y es que ya no lo era más: este canto le destrancó la boca; y ningún poeta ha celebrado mejor a San Juan el Bautista, confesor, profeta y mártir.

EVANGELIO DEL NACIMIENTO **[Jn 1, 1-14] Jn 1, 1-18**

En la noche de Navidad la Iglesia lee en las dos primeras misas la mitad del Capítulo II de San Lucas; y en la tercera, el *Prólogo* del Evangelio de San Juan, que se lee también al final de todas las misas del año. En San Lucas están los pormenores tan conocidos del nacimiento del Salvador, que el arte cristiano ha popularizado en todo el mundo.

Primero está marcado el tiempo: fue en el tiempo del gran Censo o empadronamiento general ordenado por Augusto César en todo el Imperio; y en la Siria —de que era gobernante—, por el Propretor Quirinius en el año 42 del César³⁹. Por este orden, debió bajar de Nazareth José con su esposa encinta a la ciudad-cabeza Bethleem, patria del Rey David, de quien ambos descendían; para que se cumpliera la Escritura:

*Mas tu, Bethleem de Ephratah
 pequeña entre los millares de Judá,
 De ti me saldrá el que señoreará a Israel
 y su origen de muy antiguo,*

³⁹Según las fechas que pone Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*, el Propretor Cirino o *Quirinus* fue enviado a hacer esta “capitación” de la Siria, muerto ya Herodes y desterrado a las Galias su hijo Arquelao; lo cual pone una discrepancia de 11 años con la cronología de Lucas. Lo probable es que Flavio Josefo haya confundido las fechas más bien que Lucas. Otros resuelven la dificultad diciendo que había dos *legados de Augusto*, uno para el empadronamiento y otro jefe del ejército: Saturnino y Quirino; y que Lucas nombró solamente a Quirino, como al jefe principal, omitiendo a Saturnino, que es el legado mencionado por el historiador judío.

*de Los días de mayor antigüedad.
El Jahué los entregará [a los judíos] hasta el tiempo
en que la que ha de parir parirá
y los demás hermanos volverán a Israel.
Y se robustecerá con la fortaleza de Jahué
con la majestad del nombre de su Dios Jahué
Y entonces habrá seguridad
porque su prestigio irá hasta los fines de la tierra*

(Miqueas V, 1-3)

Dante Alighieri dice muy alegre que Cristo es romano, porque eligió nacer en el Imperio Romano y obedeciendo a una orden del Emperador... Sí, nació en el Imperio para pagar un nuevo impuesto, y para no encontrar una alcoba donde nacer; y al fin de su vida, los soldados imperiales lo crucificarán. Cristo es de todo el mundo, así como antes de encarnarse no era deste mundo. Parejamente el P. Lombardi dice que Dios ha prometido a Italia el “primado religioso” en el mundo, porque los vicarios de Cristo viven en Roma. Son cuentos; cuentos patrióticos, como el del negro Falucho... un negro que no existió.

El lugar fue una caravanera y un pesebre. “Y dio a luz a su hijo primogénito, y lo envolvió en pañales y lo reclinó en un pesebre; porque no había para ellos lugar en la posada”. No hubo para Cristo recién nacido ni un cubículo de fonda; y este rasgo asombroso y de tan gran patetismo está puesto por Lucas de paso, en una frase incidental. ¡Si habrán decantado sobre él los predicadores!

Cristo quiso nacer en la mayor pobreza, quiso hacernos ese obsequio a los pobres. La piedad cristiana se entenece sobre ese rasgo y hace muy bien; pero ese rasgo no es lo esencial de este misterio: no es *el misterio*. El misterio inconmensurable es que Dios haya nacido. Aunque hubiese nacido en el Palatino, en local de mármoles y cuna de seda, con la guardia pretoriana rindiendo honores, y Augusto postrado ante El, el misterio era el mismo. El Dios invisible e incorpóreo, que no cabe en el Universo, tomó cuerpo y alma de hombre, y apareció entre los hombres, lleno de gracia y de verdad; ése es el misterio de la Encarnación, la suma de todos los misterios de la Fe. Bueno es que los niños se enternezcan ante las pajas del pesebre, la mula y el buey; que los poetas canten:

*Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno
¡Qué glorioso que está el heno!
Porque ha caído sobre él.*

.....
*Las pajas del pesebre
Niño de Belén
Hoy son flores y rosas
Mañana serán hiel;*

y que los predicadores derramen lágrimas sobre la pobreza del Verbo Encarnado; pero los adultos han de hacerse capaces de la grandeza del misterio y han de espantarse no tanto de que Dios sea un niño pobre, sino simplemente de que sea un niño.

La herejía contemporánea, que consiste en una especie de naturalización del dogma, no tiene inconveniente en celebrar la “Fiesta de la Familia” y en enternecerse ante el “niño divino”; con tal que sea divino como todos los otros niños son “divinos”. El cristiano debe estar atento: no es un niño como los otros niños. El profeta Miqueas dice en el mismo capítulo del nacimiento:

*Aquel día te quitaré los caballos
dice Jahué, y destruiré tus carros
Y abatiré las ciudades de tu tierra
y arruinaré todos tus fortines
Y te quitaré de las manos las hechicerías
y no habrá cabe ti agorerías
Destruiré tus ídolos y tus cipos
y no te postrarás ante la obra de tus manos
Y arrancaré del medio tus lucos sacros,
y derribaré tus árboles idolátricos.
Y en ira y furor haré venganza en tus gentes
que no quisieron escucharme.*

Los paganos de hoy celebran “el día del Niño” y después se vuelven a sus espiritismos; cuando no lo celebran con hechicerías o con excesos paganos o animales. El cristiano celebra la Noche- Buena con santa alegría, pero con profundo sobrecogimiento.

*Os anuncio una gran alegría
Que será para todos los pueblos:
Hoy os nació en la ciudad de David
Un Salvador, el Mesías y el Señor.
Y ésta es la señal: encontraréis un niño
envuelto en pañales
y reclinado en un pesebre,*

dijo el Ángel a los pastores.

El acontecimiento de los acontecimientos fue anunciado antes que a todos a unos pobres pastores que velaban en tomo de una hoguera en la noche helada. Ellos creyeron, y corrieron, y hallaron “lo que el Señor les había hecho saber”; aunque al ver al espíritu luminoso “*temieron grandemente*”; mas no pudieron temer al rey de los ángeles hecho niño pequeño. Ellos fueron los primeros ciudadanos del Reino, y sus primeros evangelistas. Ellos presenciaron el júbilo de los “ejércitos celestiales” sobre la caravanera, después de María y José, y antes que los Magos. Salieron contando el suceso y hubo pasmo y una gran esperanza entre la pobre gente. “Pero María conservaba todas estas palabras rumiándolas en su corazón”. De ella sin duda las obtuvo muchos años después el médico griego *meturgemán* de San Pablo llamado Lucas, el evangelista de la niñez de Cristo y de la virginidad de María, de quien se dice también que hizo una pintura de Nuestra Señora; porque era tan mal médico y mal pintor como excelente “recitador”.

*Tunc prius ignaris pastoribus ille creatus
Emicuit, quia Pastor erat. ...*

canta el poeta latino Sedulius:

*Por eso primero que a todos a pobres pastores
Mostróse; porque era Pastor....*

La palabra “primogénito” que pone San Lucas, ha dado pie a muchos herejes (Joviniano, Hevidio, Ebión y Eunomio; así como algunas sectas protestantes) para aseverar

que la Santísima Virgen Nuestra Señora tuvo después de Cristo otros hijos; cosa que reproduce el judío Schalom Asch en su pesado novelón que como “historia de Cristo” escribió con el título de *El Nazareno*. Pero la palabra griega *protótokon* significa tanto *primogénito*, como *unigénito*, según los peritos. Es como la palabra *primeriza* que usan los libros de Medicina, que se refiere al primer parto sin determinar si es único; o uno seguido de otros.

El cántico de los ángeles sobre el *khan* de Belén (“Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad”⁴⁰) ha sido traducido diversamente y dado pie a muchas discusiones. La traducción más exacta es:

*Gloria
en el cielo
a Dios; paz
en la tierra
a los hombres del beneplácito.*

Tés eudokías significa en griego *a los hombres bien enseñados*; es decir, a los creyentes; de los cuales los primeros fueron los Pastores; que si fueron tres pastores –como dice San Agustín– o doce pastores –como dice Teofilacto– no lo sabemos.

San Lucas dice que María “dio a luz su hijo, lo fajó y lo reclinó en el pesebre”, sin ayuda de obstétricas o comadronas: el nacimiento de Cristo fue milagroso y virginal. “Los pañales –escribe San Cipriano de África– están en lugar de las púrpuras, y las fajas en lugar de las holandas de los reyes. La misma madre que da a luz es la obstetriz que presta al recién nacido sus cuidados: lo toca, lo abraza, lo besa, lo amamanta; todo ello inundada de gozo. No hay en este parto dolor ni lesión alguna... Por sí mismo se desprendió del árbol este fruto maduro”.

La tradición del pueblo cristiano ha retenido desde los primeros tiempos que había en el *khan* de Belén una mula y un buey: los Santos Padres antiguos se han complacido en aplicar a los dos humildes animales el versículo de Isaías, I, 3: “Conocerá el buey a su dueño - Y el asno el pesebre de su Señor”. La tradición española tiene que San José llevaba el buey para pagar el tributo al Déspota Imperial, y la mula para cabalgadura de María; puesto que de Nazareth a Belén hay cuatro días de camino a pie. El bueno de Maldonado se opone a esta tradición, diciendo que si tenían una mula no eran tan pobres, y no les hubieran negado lugar en la fonda. Pero ¿no se puede ser pobre y tener una *pobre* mula?

Para mí que la mula fue prestada.

Y así pasó esa noche que habría de ser recordada como Buena por excelencia en todo el mundo por siglos sin fin, sin que nada pasara en el mundo fuera de un movimiento de pastores y una nueva estrella desconocida que vieron tres astrónomos caldeos en el cielo de Oriente. El Verbo de Dios se hizo hombre, y los periodistas de aquel tiempo no se enteraron de nada. Pasó la noche y vino el Alba y un nuevo día. “Caído se le ha un clavel - Hoy a la Aurora del seno...”.

“Y pecaron los hombres como todos los días”, dijo el poeta Paúl Fort. Esto se puede poner en verso ¿por qué no? por lo menos para no aparecer como enemigo de los “villancicos”.

*Hoy ha nacido un niño y hay un gran parabién
Hay cánticos de ángeles y hay luces en Belén.
Hoy ha nacido un niño: una mula lo aceza*

⁴⁰Vulgata latina.

*Un obrero lo adora y una virgen lo besa.
 Hoy ha nacido un niño; y unos pobres pastores
 Vienen de prisa a verlo con corderos y flores.
 Gloria a Dios en los cielos, paz a los que han creído
 ¿Cuál pensáis será el nombre de este recién nacido?
 Paz a los que han creído y a los que han de creer
 ¿Quién pensáis será Este nacido de mujer?
 Hoy ha nacido un niño muy antiguo de días
 Más que el Hermón nevado con su testa de armiño
 Que viene de las últimas místicas lejanías
 Hoy ha nacido un niño y es Dios que se ha hecho niño
 Y pecaron los hombres como todos los días.*

El pueblo judío era un buey pesado y bruto; y era cabezudo como una mula y tan ignorante y mistificado como el pueblo argentino: tenía que haber pensado que si Dios se hacía hombre –si se realizaba en el mundo la perfección de la Humanidad en un hombre– ese hombre iba a pasar desapercibido, y que había que abrir bien los ojos. Así que el buey reconoció a su Señor; y el Pueblo Elegido pasó la Noche Buena como todas las otras noches; y sigue pasándola.

EVANGELIO DEL ADVENIMIENTO (I)

En la tercera misa de Navidad la Iglesia lee el famoso *Prólogo* del Evangelio de San Juan, que se lee cada día al final de la Misa. El Evangelista afirma en un *raccourci* sublime la Divinidad de Cristo, su Encarnación y su posición con respecto a los hombres: en suma, el misterio de la Vida Divina en Dios y en la Humanidad. Dicen que es el poema más sublime que ha salido de boca humana, y así es; mas la sublimidad es percibida solamente por los capaces de seguir aunque sea de lejos con la vista el vuelo del águila de Patmos; es decir, los preparados a ver la profundidad teológica de esas frases cortas y encadenadas, arcanas y sencillas a la vez.

Este trozo se presta para dar una idea del *estilo oral*, que es el género literario en el cual han sido escritos –y primero *recitados*– los EVANGELIOS, idea que es necesaria para comprenderlos bien; y se presta también para dar en resumen la doctrina sobre la Persona de Cristo y su posición de Mediador entre Dios y los hombres por medio de la Gracia. Eso haremos en dos secciones, la primera referente a la forma, la segunda al contenido, después de traducir la perícopa directamente del texto griego, conforme a los esquemas rítmicos, hoy día ya estudiados, del *estilo oral rítmico y mnemotécnico*.

*En el principio era la Palabra,
 Y la palabra era cabe Dios
 Y era Dios la Palabra:
 Así era cabe Dios en el principio.*

*Por Ella toda cosa fue hecha
 Y sin Ella nada fue hecho
 De toda cosa hecha*

*En ella era la vida
 Y la Vida era de los hombres la luz
 Y la luz lució en tinieblas*

Y las tinieblas no comprendieron *la luz*

Surgió un hombre *testimón* de Dios
Y su nombre fue Juan
Este vino para testimonio
Para *testimoniar* acerca de la luz
Para que todos creyeran por él.

No era él la luz
Sino *testimonio* acerca de *la luz*.

Era *la luz* verdadera
Que *ilumina* a todo hombre, la cual vino al *mundo*
En el *mundo* estuvo
Y el mundo por ella *fue hecho*
Y no la conoció el *mundo*

A lo *suyo* vino
Y los *suyos* no lo recibieron
Pero *a cuantos* lo recibieron
Dioles facultad de hacerse *hijos de Dios*.

Los que no de *las sangres*
Ni de la voluntad de *la carne*
Ni de la voluntad de *varón*
Sino que *nacieron de Dios*

Y la *palabra* se hizo carne
Y habitó en *nosotros*
Y *nosotros* vimos su *gloria*
Gloria como del Unigénito del Padre
Pleno de *gracia* y de *verdad*.

A los 80 o más de edad, siendo Proto-Obispo de las Iglesias establecidas cerca de Efeso y el último sobreviviente de los Apóstoles, el anciano Juan (*"presbíteros Joannes"*) escribió su Evangelio en griego, con la intención de reseñar los hechos y dichos de Cristo que habían omitido los tres Sinópticos, pero tomando a los Sinópticos como base. Escribió en lengua griega común o *koiné*; pero pensó en aramaico, su lengua natal; y transparentemente se ven en este *Prólogo* los esquemas orales de los recitadores palestinos. Muchas veces sin duda Juan había recitado el sublime ditirambo en su Iglesia de Efeso, antes de fijarlo por escrito.

El *estilo oral* es la manera de expresarse de los medios en que todavía no está vigente la escritura, y el pensamiento y su expresión se desenvuelven por cauces enteramente diferentes de aquestos a que nosotros estamos acostumbrados: por ejemplo, no existe todavía esto que llamamos *prosa* y *verso*. Su permanencia actual en numerosas tribus (como los tuaregs de Africa estudiados por Charles de Foucauld, los merinas de Madagascar estudiados por J. Paulhan, los tagalos abisinios, los árabes del Líbano, los guslars eslavos, los cuentistas chinos) lo mismo que sus huellas claras en los monumentos literarios antiguos (la *Biblia*, el *Korán*, el *Talmud*, los *Vedas*, Homero; y hasta la *Chanson de Roland* y el *Poema del Myo Cid*) han permitido a los sabios reconstruir sus leyes e integrarlas en una teoría total del

origen y la evolución del lenguaje, que es uno de los grandes descubrimientos –conocido y apreciado por pocos– de la moderna investigación científica.

El estilo oral es la segunda de las etapas de la evolución de la expresión humana. La primera es el *estilo manual*, la última el *estilo escrito*. El origen del lenguaje es el *gesto*, tomada esta palabra en su sentido más amplio. El gesto total, que es el instrumento expresivo del animal, desemboca en el gesto manual y lingual en el hombre, por razones de economía; y obedeciendo a estrictas leyes naturales, surge entonces en todo el sistema de expresión rítmico-mnemotécnico, compuesto de frases acuñadas que son *gestos proposicionales*, encadenados entre sí por medio de una palabra sobresaliente repetida (*palabra-broche*) que es la abuela de la actual *rima* de los poetas; y ordenadas en grupos binarios o ternarios que a su vez se coagulan en *esquemas rítmicos*, comparables a toscas estrofas. Este sistema es natural –y sus rastros pueden verse en el actual lenguaje común en determinados casos– pues obedece a las leyes de la respiración, al ritmo del corazón y a la psicología de la asociación de ideas, pero al mismo tiempo el hombre lo elaboró y perfeccionó, con fines mnemotécnicos e incluso estéticos: pensemos en la necesidad vital de recordar la religión, las leyes y la historia, en los pueblos que carecen de escritura.

Este cometido perteneció a los *recitadores* que con diferentes nombres existieron en todos los pueblos; y cuya función fue de primera importancia, muy superior a la de los escritores, periodistas y oradores de nuestros días. Nuestros *payadores* pertenecieron a ese linaje. No estuvo del todo mal José Hernández cuando simbolizó a todo el pueblo argentino en un payador. Hoy día habría que simbolizarlo en un *periodista*.

En el evangelio que tenemos delante podemos ver como se desenvuelve un recitado de *estilo oral*.

1. Está compuesto de *gestos proposicionales*, oraciones cortas de sujeto-verbo-predicado, no *períodos*; los cuales corresponden al gesto triádico del *estilo manual*, conque el primitivo acompaña sus elocuciones, mimando –maravillosamente a veces– en tres tiempos los movimientos (o gestos) que fuera de sí o en sí mismo percibe:

El *volante* cayendo sobre el *reptante*
(Un águila ataca a una serpiente)
El *reptante* mordiendo al *volante*
El *volante* perdiendo la *vida*,

idioma manual-lingual de donde salieron los sorprendentes dibujos de las cuevas de Altamira, por ejemplo; y los primeros jeroglíficos egipcios, padres de la moderna escritura: no menos que las admirables danzas miméticas de los pueblos salvajes.

2. Una palabra –la más significativa– une entre sí como un *broche* a los gestos proposicionales, y es enviada por lo general al comienzo o al fin de la frase, cosa que no he podido conservar siempre en mi traducción. Esa palabra es, como dije, el origen de la moderna *rima* y su papel mnemotécnico es claro. Antes de volverse un adorno, y una cosa artificiosa y aun innatural, la tosca rima de la palabra repetida ha sido una cosa útil y aun necesaria, ayuda de la memoria y trampolín del compositor. No estaba muy descaminado nuestro Lugones cuando por instinto –y sin conocimiento de los descubrimientos lingüísticos modernos– sostenía testarudamente contra los “versilibristas” que “la esencia de la poesía es la rima”. La rima es en efecto un rastro del *estilo oral*; y el *estilo oral* es la manera más natural –y por ende más poética– del lenguaje humano.

Véase el término “palabra” (*logos*) y el término “en el principio” (*enarjé*) tomado este último de la primera palabra del Génesis, en el primer esquema cuaternario de Juan. Y después “fue hecho” (*eguéneto*), “luz”, “testimonio”, “mundo”, “suyo”, “carne”,

“nosotros”, “gloria”, que constituyen como el esqueleto rítmicomnemónico del recitado.

3. Los gestos proposicionales binarios o ternarios se agrupan en divisiones de sentido completo, que podíamos llamar *estrofas*, también relacionadas entre sí en una forma más flexible por medio de *palabras broches*. Diez grupos de éstos hay en este recitado.

Los rabbíes hebreos, así como Los rapsodas griegos y los juglares castellanos, recitaban los monumentos religiosos, épicos o jurídicos de la raza, que tenían en su memoria, y a su vez improvisaban nuevos recitados, que los oyentes a su vez memorizaban con una facilidad y exactitud estupendas: es un hecho histórico debidamente comprobado. Tenían, por decirlo así, una especie de imprenta natural montada en el cerebro. La niña Miriam (Nuestra Señora) prorrumpe delante de su prima Isabel en un himno religioso en el cual hay once alusiones a versículos de la Escritura, de una belleza poética incomparable, el *Magnificat*. Y esta hazaña, que desconcierta a Heitmüller y a Harnack haciéndoles dudar de la autencia del Evangelio de Lucas, la cumple hoy día una mujer merinah o tuareg⁴¹ Yo parto de las tiendas después de mi plegaria

hago un camino lleno de cavilaciones
Dejé allá abajo a Tekádeit y Lilli
hambrientos extenuados llorando.
Las langostas son la muerte de los pobres
pero yo fui al capitán que es piadoso.
Es un mozo que hace esfuerzos para el bien
es valeroso en la guerra y es bienhechor
Tiene los gritos de júbilo de las mujeres
y tiene méritos delante de Dios.
Su desafío nadie lo recoge—
A todos los paganos él los puede.

En René Bazin, *Charles de Foucauld*, p.340, en la traducción castellana de Editorial Difusión, año 1953, p.308..

Cuenta Platón que cuando Horus, el dios- gavián, llevó al Faraón de Egipto el invento de la escritura, el Faraón dijo: “Este invento va a destruir en el hombre la memoria”. Para comprender esos fenómenos de memoria comunes en los medios de *estilo oral*, hemos de advertir que los *gestos proposicionales* constituyen en esos medios una especie de *tesoro común*, análogo un poco a nuestros refraneros, y que con ellos la gente habla combinándolos sin modificarlos, cosa que se puede observar un poco entre los campesinos de Castilla la Vieja (frases octosilábicas) o la Toscana (frases endecasílabas)⁴². En otras palabras, la lengua está compuesta de *frases* y no de *palabras sueltas*; lo cual es conforme a natura, puesto que la verdadera unidad de un idioma es la frase y no la palabra; la cual suelta tiene muchos sentidos y sólo cobra su verdadero valor en la frase. Y por otra parte, el sutil mecanismo del *recitado* se desenvolvió en vista de la retención mnemónica; y el mejor recitador era aquel que obtenía composiciones más fácilmente retenibles; más claras, regulares y trabadas en sí mismas.

⁴¹“Una mujer pobre, de una tribu de los *imrad* habiendo recibido una limosna de un oficial francés, le agradece con estos esquemas rítmicos orales:

⁴²“A pesar del desfavor que encontró entre los Rabinos la doctrina del joven Rabbí de Nazareth, se puede reconocer en sus expresiones las fórmulas estereotipadas, en uso entre todos los doctores, propias tanto de Jesús como de los Rabinos”, dice Buzy, en *Introduction aux Paraboles*, p.165.

Así se compusieron los Evangelios, los cuales fueron fijados por escrito varios años después de proferidos; y cuando había ya muchísimas gentes que los repetían de memoria y podían controlar su exactitud. Cristo fue de por su oficio un gran *recitador de estilo oral*; y el oficio de sus Discípulos era retener y repetir sus sermones y componer a su vez recitados narrativos de sus milagros, hechos y andanzas: en eso consistía el discipulado, en retener y conservar el *tesoro*. “Semejante es el Reino de los cielos a un escriba docto, que saca de su tesoro cosas de hoy y de ayer”. Así se explica por ejemplo que Cristo haya podido predicar a 5000 personas: su altavoz fue la repetición cadenciosa pausada y sumamente fiel de sus discípulos y de todos los cabezas de grupo, los *meturgemanes*. Así se resuelven muchísimas dificultades con que se han roto la cabeza los exegetas antiguos –que querían meter los Evangelios en el lecho de Procusto de la retórica grecolatina, *estilo escrito*– y sobre todos los críticos racionalistas del siglo pasado; los cuales, partiendo del falso supuesto del *libro* como hoy lo conocemos, se hacen un lío del demonio con sus “loguía”, “fuentes perdidas”, “notas tomadas”, “memorándum común”, “dependencia de Mateo”, “el protomateo”, “el pseudo mateo”, etcétera. A semejanza del famoso eslabón perdido de los darwinistas, éstos han inventado una *f fuente escrita común*, para explicar “la asombrosa coincidencia y la más asombrosa divergencia” (frase de San Agustín en el siglo IV) de los cuatro Evangelios. Y plantearon una gran cantidad de problemas falsos, como la socorrida Cuestión Sinóptica, que se desvanecen como humo en cuanto se comprende el modo de creación de estos “*pequeños libros*”, según palabras de Loisy, que no son libros.

El que quiera constatar todo esto, tiene que leer la dura y riquísima monografía de Marcel Jousse, S.J., “Le Style oral rithmique y mnemotéchnique chez les Verbo-moteurs en *Archives de Philosophie* vol. II, cahier 4, Beauchesne, París, MCMXXIV, pero mucho más fácil es observar y analizar a un gran orador, a un gran actor o simplemente a un hombre que habla sin controlarse presa de una emoción cualquiera o borracho: el lenguaje retrocede a sus fuentes naturales, el gesto recobra su imperio, la frase se vuelve cortada a imperio de la respiración y el golpe cardíaco; y el ritmo y la mimesis⁴³ 1. explosión energética (cuerpo)

2. Ritmo y 3. mimesis (condiciones esenciales)

4. contenido significativo (alma), condiciones esenciales de todo lenguaje, se hacen visibles, libres de las muletas, cabrestillos y estribillos que nos ha inducido el *estilo escrito*. Pondremos aquí como ejemplo un *recitado natural* entre tantos como hemos oído, y se pueden oír con toda facilidad teniendo un poco de atención.

Esquema rítmico natural de estilo oral en un medio de estilo escrito

(Mastro Yenaro, Mar del Plata, 10 de febrero de 1943: inauguración del templo Sagrada Familia en barrio Pescadores, del Puerto. Estatua de bronce dorada de Cullen sobre boceto de la señora Montes de Oca, fundida por Mastro Yenaro.)

Rec. 1 *Osté respeta la kente aquí*
 porque *la kente* lo respeta '*osté*

Rec. 2 e se *osté* no respeta *la kente* aquí
 cho ke sono 'no póvero strankero
 le facho l'astrosión a *osté*

Rec. 0 k'é un *creoyo* aquí

⁴³El *gesto* tomado en sentido amplio, consta de los siguientes elementos:

En esta tosca *estrofa* natural, pueden verse las *palabras broche*, los *gestos proporcionales* binarios y el *paralelismo* natural, que dicen los manuales atrasados es la *característica de la poesía hebrea*; siendo así que la *poesía hebrea* no es sino *estilo oral* y el *paralelismo* una de sus características absolutamente universales, conforme a las leyes de la psicología general: el segundo *gesto* es como un eco del primero, en virtud de la ley de *economía, o inercia*.

Esquema rítmico natural en el coloquial español

(*Una pobre mujer*, de Jacinto Benavente, Renacim, tomo 27, pág. 127.)

“Sí, eso dice usted *siempre*
y hasta puede que usted *se lo crea* al decirlo
Pero después ¡Bien va usted a llorarle!
y a llorarnos a toos *pa* que vuelva con usted,
a llevar la vida,
que han llevao ustedes
desde que hizo usted
todo lo que puede hacer
una mujer
pa ser la ruina de un hombre.

La palabra *broche* *usted* cruza todo el esquema rítmico, sostenida por otros *broches* que unen los *gestos* binarios, apareciendo aquí otro elemento de *estilo oral*, la *antítesis* o contraposición (mujer- hombre) lo mismo que en el anterior ejemplo: *strankero-creoyo*.

Parecería según esto paradójicamente que la *poesía* es más primitiva y natural que la prosa, cosa de que tienen una sospecha vaga todos los poetas. En realidad *poesía* y *prosa* son dos denominaciones de *estilo escrito*, y no se encuentra esa distinción posterior e-n los medios de *estilo oral*; pero es verdad que la *poesía* está más cerca del lenguaje que la actual prosa⁴⁴. Si estudian alemán –lengua más primitiva que las latinas– verán que son más fáciles de comprender los poetas que los prosistas. Moliere se ríe del pobre Messié Jourdain, porque el pobre burgués gentilhomme se espanta “de haber estado toda la vida hablando en prosa sin saberlo”. En realidad hay que reírse de Moliere. Messié Jourdain no hablaba en prosa. Tampoco en verso. Hablaba en *estilo oral*, como hablamos todos, por lo menos cuando hablamos bien.

Los predicadores que han dado de mano el Evangelio para proferir campanudamente desde el púlpito dogmas, moralina, “sociología” y un montón de lugares comunes muertos –y el “mejor predicador” de Buenos Aires recita, yo lo he oído, páginas entera de Monseñor Bougaud– harían bien en imitar a San Pedro y a San Pablo, y recitar sencillamente, ya que tienen buena elocución, el texto del Evangelio, vivificado con sus gestos naturales, división en versículos y en ritmo oral. Obtendrían más fruto que con sus retóricas, cuando las tienen, que a veces ni eso tienen. Así lo hemos constatado en una recitación de evangelios por alumnos de la escuela de Jacques Delcroze en París. Eso precedía a la *homilía*, o breve explicación, en la primitiva Iglesia: el *lector* recitaba estentóreamente en forma pausada y

⁴⁴Algunos jueces de Buenos Aires, que han rechazado en diferentes ocasiones un alegato escrito en versos, porque “la justicia es una cosa seria”... espero que los hayan rechazado porque en realidad eran malos versos. Hay cosas que no se pueden decir *bien* si no es en verso.

cadenciosa el texto evangélico; y después el doctor sacro lo explicaba.

Casi todo el Evangelio se presta a ser reducido, en mayor o menor grado, a esquemas de estilo oral.

Veamos otro ejemplo:

A

Y atravesó Jesús en la barca
Y andaban con él turbas copiosas
Y he aquí que llega un *hombre*
Y él era Jefe de la Sinagoga

B

Y vio a Jesús
Y cayó a sus pies
Y gritó hacia él
Y le dijo así:
Rabbi, mi hija se muere
Pero ven tú a mi casa
Y posa tu mano sobre ella
Y curará y vivirá

A

Y se levantó Jesús
Y andaban con él turbas copiosas
Y he aquí una mujer
Y ella estaba con un flujo de sangre

B

Y ella oyó a Jesús
Y vino por detrás
Y tocó su vestidura
Y ella se dijo:
Si toco siquiera su vestidura...
Quedaré sana.

D

Y luego se paró el flujo de sangre
Y ella fue sana.

No tenemos gran simpatía por los “catecismos”: el primer catecismo que existió lo hizo Martín Lutero para propagar su “reforma”. Cuando un “Gobierno” militar implantó la enseñanza religiosa, aparecieron tantos catecismos malos que las personas de buen gusto comenzaron a preguntarse si era conveniente *esa* religión en las escuelas. Pero un *catecismo-evangelio* que los niños pudieran recitar y representar, como fue recitado y representado en su origen, eso nos reconciliaría con el catecismo: un catecismo semejante a la *catheke* original de Jesús y sus discípulos.

Recitativo 1

Semejante es *la Malkoútah* de los cielos
a un hombre –que cavando un campo– encontró un tesoro

*Y lleno de gozo, fue
y compró aquel campo*

Recitativo 2

Semejante es
un mercante –que mercando joyas– encontró una perla
y
Y..... *aquella perla preciosa*

Recitativo O

*No arrojéis vuestras perlas a los puercos
No mostréistesorosperros
Que no entienden
No sea que los pisoteen
Y a vosotros os atropellen
Porque no entienden.
(Jesús de Nazareth, recitado por Mateo, XIII, 44).*

El padrenuestro

Recitativo 1

Cuando queráis orar decid –Oh Padre el de los Cielos
Tu nombre sea loado, que tu Malkoútah venga
Que tu voluntad se haga en la tierra como en los Cielos

Recitativo 2

Danos hoy a todos el pan por venir
Remite nuestras *deudas* como *remitimos* lo que nos deben
No nos dejes *venir* en prueba libranos del Malo.
Y libranos del Malo

Recitativo O

Porque si *remitís* las *deudas* del prójimo
El Padre os remitirá vuestras *deudas*
Y si no *remitís* las *deudas* del prójimo
El Padre de los *Cielos* no os *remitirá* vuestras *deudas*.

(Jesús de Nazareth, recitado por Lucas, XI).

Y así podríamos multiplicar los ejemplos, tomados de todos los medios de *estilo oral*, afganos, bereberes, tuaregs, chinos, tagalos, merinas, piel roja y, sobre todo, hebreos, árabes e hindúes antiguos.

Así fueron recitados los Santos Evangelios, antes de su fijación –más o menos resumida– por escrito, para el mundo romano; el cual era un medio de *estilo escrito*.

EVANGELIO DEL ADVENIMIENTO (II)

El *Prólogo* del Evangelio de San Juan, cuya estructura lingüística hemos ilustrado someramente, contiene la doctrina de *Logos*, o *Verbo de Dios*. Es una palabra griega original en el Evangelio, que Jesucristo no usó; pero que corresponde a la palabra *sophía* o *sapiencia*, que Jesús usó y que entronca en los libros *sapienciales* del Antiguo Testamento. Cristo, dice San Juan, es el Logos, o la Sabiduría, del Padre; y es Dios y es hombre; y es la vida del hombre.

Logos significaba en ese tiempo para los griegos “palabra, razón, conocimiento, comprensión, sentido, ciencia, cordura, sabiduría...”. Era un concepto sumamente compresivo y sumamente prestigioso –cuasi mágico– en los medios helenísticos, cultivados en la filosofía de Heráclito, de Platón y de Filón de Alejandría.

La escuela de crítica racionalista, que nace en el siglo pasado del protestantismo –con Lessing– y desemboca en el ateísmo –con Wrede, Brandes– pretendió que San Juan se había apoderado del concepto de *Logos divino* de la filosofía panteísta griega y lo había injertado en la tradición evangélica; haciendo así de Cristo un Dios, cosa que a Cristo y sus primeros discípulos no se les habría ocurrido nunca. Y para eso identifican el *Logos* de San Juan con el *Logos* de Philón: filósofo judío del siglo I, que construyó un sistema de filosofía platónica sobre la base de los libros mosaicos, fuertemente teñida de panteísmo.

La verdad es que entre el *Logos* de Juan y el de Philón media un abismo: el *Logos* de Philón –tomado de la filosofía estoica, que a su vez lo recibiera de Heráclito y Anaxágoras– es la *Razón* de Dios, la cual es el *instrumento* de la creación del mundo, a la manera de la *razón operativa* o la *técnica* del artista, por intermedio de la cual el artista crea la obra de arte. Mas el *Logos* de San Juan es una persona divina que se encarna en un hombre; y que no solamente está en –el seno de– Dios sino que está *con o cabe* Dios; puesto que el verbo *era* (*eén*) significa identidad en griego y la preposición *cabe* (*pará*) significa una distinción. La inteligencia de Dios tiene en Dios una vida personal, tanto que pudo bajar a la tierra y hacerse hombre: “y el Verbo se hizo carne y habitó entre [y en] nosotros”.

Juan tomó el término del vocabulario filosófico de su tiempo; y también su sentido principal, concretándolo y aplicándolo al “Hijo del Hombre” e “Hijo de Dios” de los Sinópticos; entre otros motivos, para significar un modo de generación enteramente espiritual, no asimilable a la generación carnal que conocemos: “Los que no de las sangres, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del varón; sino que de Dios son nacidos”. Los musulmanes actuales, lo mismo que los gnósticos antiguos, no pueden acordar –y con razón– que Dios haya tenido un Hijo-carnal. Mas la generación del Verbo no es carnal.

La generación eterna del Verbo no puede compararse –y aun así permanece arcana– sino con la formación misteriosa del conocer en el alma del Hombre. Dios se conoce a sí mismo, y en sí a todas las cosas, y ese conocimiento es su “*Hijo*”. Esta es la última palabra que el intelecto humano, bajo el influjo de la Revelación, puede pronunciar sobre el misterio de la vida divina, inaccesible naturalmente a sus alcances.

¿Qué era el *Logos* para la cultura helénica? Era. para algunos, un ser intermediario entre Dios y el mundo (Plotino); para otros (Philón) era la razón divina esparcida por la creación, distinguiendo a los seres y organizándolos; pero era también otra cosa, pues el término no había llegado a esos sentidos técnicos sino acompañado por una nube de asociaciones que lo matizaban. Todo lo que hay de serio de razonable, de ordenado (lo bello, lo regulado, lo conveniente, lo legítimo), todo lo que era universal, armonioso y musical se agrupaba para el espíritu griego en torno del *Logos*, que era como la medida y el ideal de las cosas. Para formarse una idea piénsese en lo que significaba para los hombres del siglo XVIII el nombre mágico de *Razón*: liberamiento, sapiencia, virtud, progreso, luces; todo lo que inspira, desde hace cien años, la palabra *Ciencia*; lo que sugiere a nuestros contemporáneos el término *Vida*; palabras-símbolo de significado indeterminado y fuerte carga afectiva: los

talismanes o banderines de la época. Son como resúmenes del ideal de una época, llenos de sugestión por su misma vaguedad; indicadores de una solución que todo el mundo busca, pero no la solución misma, a no ser como silueta y como germen... La solución que tendrá más chances de triunfar será aquella que hará tomar cuerpo de la manera más clara a un mayor número de nociones apuntadas y de aspiraciones inquietas, que vivían como en difusión en la Gran Palabra. Ahora bien, San Juan respondió maravillosamente a ese movimiento de gestación aplicando la Palabra Magnética en forma precisa a Jesús de Nazareth, el Hijo de Dios –fiel a la tradición bíblica del Libro de la Sabiduría–; y así respondió a los deseos de las almas griegas, a las cuales la teoría de un *Logos* nebuloso, difundido impersonalmente en las cosas, intermedio más bien que mediador, sombra de Dios más bien que Dios, no podía llenar perfectamente. Juan “evangeliza” a la vez para los judíos y para los gentiles.

Después de haber señalado a Cristo como el Verbo del Padre, Juan lo hace sucesivamente la Vida, la Luz la Gloria, la Gracia y la Verdad de Dios; Engendrador a su vez de una nueva vida en “todos cuantos lo recibieren”. El comienza por ser la luz de todos los nacidos, porque imprime en toda alma mortal la imagen de Dios en forma de razón y de conciencia; y es después el principio de la luz sobrenatural de la fe, por la cual el hombre es levantado a una nueva filiación, la adopción divina. La gracia y la verdad son sus dones, de cuya plenitud todos recibimos; una verdad trascendente que sólo se da por la gracia, *gratuitamente*.

La doctrina del *Logos* en Juan se resume por tanto así: el Cristo, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios son uno, y ese uno es uno con su Padre, y se ha unido a la naturaleza humana tomando su carne y alma; él llama a todos los hombres a la verdad, y por ella a la unidad. Pero la unidad del Verbo con el Hombre siendo en la carne, y permaneciendo los discípulos en el mundo, esa unidad debe volverse y hacerse sensible; y se vuelve sensible en una sociedad humana, simbolizada en la imagen del Rebaño y el Pastor. Y como el Buen Pastor natural y primogénito se aleja por un tiempo de este mundo, ha designado un Sub-Pastor en la persona de Pedro. Cuando Juan escribía, Pedro había seguido ya a su Maestro; pero esto no turba a Juan: sabe que la Providencia ha proveído a la necesidad de la clave de estructura de la sociedad cristiana en la persona de los sucesores de Pedro. Como está repetido tantas veces en el largo Sermón-Despedida de Cristo antes de su Pasión, esta unidad de la sociedad cristiana está asegurada; y ella se verifica en la fe y en la caridad.

Los que sienten tan fuertemente hoy día la necesidad de la unión de los discípulos de Cristo, deben advertir que esa unión sólo es posible en la fe y en la caridad. Hoy día hay algunos que, dejando de lado la fe, insisten en efectuar la unión en la caridad: es imposible. El protestantismo hoy día –no así en sus comienzos– agotado en la discusión interminable de las variaciones dogmáticas producidas por el “libre examen”, ha acabado por arrojar “los dogmas” por la borda y forcejea por unificar a los cristianos en una vaga adhesión personal a Cristo, que se vuelve un puro sentimentalismo. Pero el primer lazo de unión es la verdad, y la verdad no puede ser diferente y contradictoria dentro de sí misma. Otros en cambio pretenden mantener la unión sobre la fe sola.

Este es el estado de las iglesias católicas cuando decaen: sus fieles creen todos lo mismo así media a bulto (recitan el mismo Credo de memoria) pero no están unidos entre sí en hermandad real: ni se conocen entre ellos a veces; oyen misa codo con codo en un gran edificio –que fácilmente puede ser quemado– reciben la “comunión” cada uno por su lado, y después se van a sus negocios; y quiera Dios que no a tirarse, unos a otros, flechazos o coces. No es esta una “iglesia” propiamente hablando; no hay Iglesia de Cristo sin caridad. La fe sin obras es muerta, y la obra por excelencia de la fe es la caridad, la *comunión* de las almas. “*obras obras!*” decía Santa Teresa; en el mismo tiempo en que Lutero clamaba “*¡Fe, fe!*” y declaraba a las obras (a las obras *exteriores* al principio, después a todas en general) como

inútiles para la salvación. Y realmente, si hubiesen estado vigentes las “obras” de Santa Teresa (obras de verdadera caridad, externas e internas a la vez) en la Alemania de Lutero, el renegado sajón no se hubiese levantado, o hubiese caído de inmediato, sin separar de la Iglesia un medio mundo.

El sifilítico Enrique VIII escribió una obra en defensa de la fe en el Santísimo Sacramento contra Lutero, que le mereció de la Santa Sede el título honorífico de “*Defensor fidei*”, que aún llevan los Reyes de Inglaterra; pero eso no le impidió quebrar el vínculo de la Iglesia inglesa con la Iglesia Universal, y precipitar a Inglaterra y con ella a media Europa en el cisma primero y luego en la herejía. Nunca renegó de la fe; pero se divorció de la caridad. (Y, entre paréntesis, inventó el divorcio).

Porque la fe debe engendrar caridad, y la caridad debe vivir de la fe; y sin eso, no hay unidad. Roguemos por la Iglesia Argentina⁴⁵.

ADVERTENCIAS FINALES

Este es un libro de *evangelios explicados*. Nuestros mayores tenían en su casa un libro de éstos⁴⁶ junto con el *Flos Sanctorum* o *Leyenda Áurea*; y a veces también una Biblia completa.

No hay ningún otro actualmente en la Argentina. Su título podía ser *Evangelio Para los Argentinos*. Escritos estos comentarios para el doctor Alberto Graffigna y el diario *Tribuna* de San Juan, la exigencia periodística ha impuesto al autor una serie de leyes y límites fastidiosos al principio, pero que en definitiva le fueron provechosos. Y se espera que el provecho no sea para él sólo.

No son propiamente homilías sobre el Evangelio, ni “meditaciones”, ni un comentario técnico sobre el texto sacro, ni ensayos de filosofía, ni una historia de Cristo; aunque tienen algo de todo eso.

El autor tiene varios títulos para escribirlo, pero no quiere declinar aquí sino uno sólo, que es el de haber soñado, desde que empezó a estudiar teología, hace ya 30 años, con escribir un comentario de los santos Evangelios; y haber enderezado a eso sus muy diversos estudios. El Evangelio en griego del doctor Eberhard Nestle que emplea, interfoliado con hojas en blanco (*mit Schreibpapier durchschossen*) y lleno de notitas exegéticas a lápiz, tiene la fecha 1930. Muchas de esas notas son hoy ilegibles. También perdió en sus peregrinaciones las pacientes e interminables notas que había hecho al comentario del P. Lagrange, O. P.; y sus estudios sobre Salmerón. Pero estas pérdidas han sido quizá providenciales.

Si una vida burguesa de profesor de Seminario o director de revista eclesiástica le hubiese permitido escribir el libro que quería, hubiese salido *un libro más* de “comentarios al Evangelio” como hay tantos en Europa (como el de Lagrange o el de Lanza del Vasto, por ejemplo) e inferior a ellos, porque aquí es imposible competir con Europa en esa literatura. Pero de ese otro modo, ha salido el libro como podía –como Dios quería, digamos– y es, si no único, singular. El periodismo hoy día según Kirkegor es una gran porquería; pero tiene su parte buena, como todas las cosas. Por lo menos para el autor en este caso la ha tenido.

Lo ha obligado a deponer la pedantería; y a ponerse como meta ideal *algo cristalino*

⁴⁵Estas homilías se acabaron de escribir el día del Sagrado Corazón de Jesús de 1955. *Laus Deo*.

⁴⁶Así lo testimonia por ejemplo Alfonso Fernández de Avellaneda –mal bicho, pero en este caso huen testigo–, cuando en las primeras páginas de su apócrifo *El Quijote* dice que al Caballero Manchego el Cura le trajo para leer además del *Flos Sanctorum* y la *Guía de Pecadores*, “los evangelios de todo el año en vulgar”.

con motitas granate; cristalino como gelatina helada, porque se dirigía al gran público heterogéneo; pero con motitas de pimienta de Cayena para que fuese leído. Las cuales es posible que den en rostro a los que ven la mota en el ojo ajeno; pero aun eso no lo afligiría mucho. “Pone chistes en la Escritura, lo cual es dejar entrar perros en la iglesia” le reprochó un señor Echague, que creo es ingeniero agrónomo. El entenderá de perros; pero el autor entiende de Escritura; no tanto como San Agustín, pero un poquito más que el críticón ciertamente. Por lo demás, chistes no hay muchos. San Agustín, entre otros, ponía algunos chistes en la Escritura. Las homilías del Hiponense que tenemos, tomadas taquigráficas por sus oyentes y arregladas por él para la publicación, conservan aún rastro de eso; más en su predicación oral el gran retórico de Tagaste hacía toda clase de fiorituras, e incluso usaba palabras dialectales de su púnico natal; como el autor usa palabras criollas, que son en realidad del castellano más castizo. En cuanto alusiones a sucesos y a personas actuales, San Agustín era tremendo; y en motejar a los herejes llegaba hasta a perder a veces su innata cortesía; en la cual no quisiéramos seguirlo.

Los *límites* de que hablamos son principalmente dos; no se puede *agradar* a todos ni se puede ser *fácil* para todos. Hay que tener sí el propósito de *no* disgustar razonablemente a nadie, mas no el propósito de *gustar* a todos; porque es inasequible, y ni Cristo mismo lo consiguió. Al contrario hay ciertos órdenes de verdades que necesariamente tienen que suscitar oposición. Si escribo un libro de matemáticas yo puedo esperar no suscitar resistencia alguna, si escribo un libro de religión no puedo; ya lo sé de antemano.

En cuanto al volver *fácil* el Evangelio, también se sabe de antemano que por mucho que se llegue a conseguir, no se conseguirá con respecto a todos, porque hay una raya, pasada la cual, el “facilitar” se vuelve “facilonear” es decir, “falsificar”. Poner los Evangelios en el estilo de Soiza Reilly, no es lícito.

Naturalmente los Evangelios deben ser tratados con *toda-reverencia-es-poca*; pero la reverencia no consiste tanto en las palabras cuanto en la actitud total del ánimo. Consiste esencialmente, después de la fe en ellos, en la ciencia acerca de ellos. Pero la ciencia en este caso debía estar como esqueleto y no como andamiaje; escondida o no ostentada. Es bastante más difícil esconder la ciencia –o la técnica por lo menos– que ostentarla. Los que entienden podrán ver aquí que detrás de una palabrita que ha sido tachada y sustituida –y a veces tachada simplemente– hay muchas horas y aún quizá días de estudio.

Estos Evangelios han sido escritos sin gran esfuerzo y casi a vuela pluma; pero había un largo esfuerzo detrás. Si es exacta la definición que dio Dorotea Bachear del libro bueno, a saber: “el que se escribe a la vez en quince días y en treinta años”, eso no falta en este caso.

El autor ha tratado al Evangelio ¿objetivamente o subjetivamente? Subjetivamente, porque ha empleado para entenderlo su propia experiencia religiosa; sin eso no hay libro propiamente *religioso*. Objetivamente, porque no ha tratado de dar sus propias opiniones u ocurrencias, sino lo que estaba allí: lo que quiso decir Cristo, en cuanto él puede alcanzarlo. A lo objetivo mira la ciencia, a lo subjetivo mira la fe: “la fe es subjetividad”, dicen hoy. Y esto es verdad, en el sentido de que la fe, siendo un acto del intelecto, es también parejamente un sentimiento, parecido al amor, o a la confianza que tenemos a una persona. El hombre que tiene fe en su mujer, no la tiene porque la estadística enseña que el 99 % de las mujeres de Buenos Aires son fieles... Así más o menos es la fe en Cristo: *subjetiva*.

“Credidi, propter quod loquutus sum.”

Yo no hablo porque tengo boca, hablo porque tengo fe, dijo el Profeta Rey. Este es un libro de fe. ¿Es un libro para producir fe? No; no es un libro de “*apologética*”. ¿Quiere decirme Ud. cómo se produce la fe? Las gentes de mi raza no saben cómo se produce la fe, saben que tienen fe. Y yo sé cómo *no* se produce la fe. Estrictamente hablando nadie puede “enseñar” el Evangelio a otro: “No llaméis a nadie Maestro, porque uno es el Maestro,

Cristo”. Decir por ejemplo que el P. Rosadini me “enseñó” la *Epístola a los Tesalónicos*, o San Agustín me hizo entender el Evangelio de San Juan, es como decir, más o menos, que el cura que casó a mi padre y a mi madre me dio la existencia.

El Evangelio contiene la fe; o exactamente hablando contiene el contenido de la fe. El contenido de la fe es superior al intelecto del hombre, es desproporcionado con él; sólo Dios puede enseñámoslo estrictamente hablando. La religión cristiana, entre todas las que existen, es la única Religión del Misterio; y por eso es la Única Verdadera.

El Evangelio *qua* Evangelio, es decir, *qua* “Buena Nueva” y “Novedad Absoluta” se puede anunciar, no se puede enseñar. Un hombre puede ser *ocasión* de mi fe; no puede ser *condición* de mi fe; y mucho menos su *causa*. Cuando el chiquilín cree que “el Niñito Jesús es Dios” porque se lo dicen sus padres, el cura y los vecinos, eso no sería todavía fe divina, si no hubiese ya en él un asentimiento mayor y más firme que el que merece la simple fe humana; a causa de que existe en todo bautizado la semilla de la fe sobrenatural, y en todo hombre con uso de razón la raíz de la religiosidad la *inquietud religiosa* que algunos llaman hoy con nombre exagerado *angustia*.

—Pero entonces, caro amigo, ¿Ud. nos está predicando que no leamos los comentarios de San Agustín—y a *fortiori* menos aún los de Ud.—y que leamos directamente los Libros Santos, como quieren los protestantes, sin entenderlos bien y haciendo grandes errores por ignorancia?

“—No ez ezo”—dijo Ortega y Gasset.

“La fe por el oído”—dijo San Pablo: por tanto es necesario tener un ser humano que nos toque el timbre del oído para abrir el corazón; un *predicante*. Pero el predicante no es más que la Ocasión; el Espíritu es la Condición.

La fe presupone la *información* acerca del objeto de la fe. Así pues el que *propaga* la fe es el que da *información veraz acerca del objeto de la fe*, sea San Francisco Javier, o Judas, o el mismo Jesucristo, o el seminarista Sánchez. Cuando tiene autoridad, es un *Enviado*; es decir *Apóstol*. Pero hay que saber bien lo que es *información acerca de la fe*, la cual llamaremos más brevemente Predicación; no es una mera información histórica; no es tampoco dar testimonio de que yo *tengo fe*; lo primero es propio del científico, lo segundo del mártir. “Que Cristo ha existido es un hecho histórico”, o bien “Yo creo que Cristo fue Dios”: esto no es Predicación. Predicación o Anuncio es una especie de síntesis *de ambobus*.

El contenido global del Evangelio en suma es éste: la Encarnación del Hijo de Dios. Yo creo en la Encarnación del Hijo de Dios y San Pedro creyó lo mismo. ¿Cómo llegué yo y cómo llegó San Pedro a creer tan fenomenal asunto? (porque si ustedes lo miran a la cara verán que tiene toda la facha de un Disparate, de un Imposible. Lo que hay, es que muchos hoy no le miran la cara; y así aceptan sin dificultad *el bulto*).

La información histórica no puede dar más que hechos, y esto de aquí es mucho más que un hecho, es una enormidad, un *monstrum*. La información histórica le llegó a San Pedro en esta forma:

“—Hay un hombre allí que dicen es nada menos que el Mesías...

—¿Quién lo dice?

—Pues lo dice nada menos que nuestro maestro Juan el Bautizador, el que nos ha bautizado a ti y a mí y a los otros muchachos. . .

—Vamos a verlo”—dijo Pedro, que todavía no era Pedro sino Simón Bar- Yonah.

¿Creyó Pedro ya? No todavía. ¿Creyó cuando conversó con Cristo, fue invitado por El, y le oyó decirle a Natanael, uno de los “muchachos”: “*Porque te vi debajo de la higuera, creíste; vas a ver cosas todavía más grandes*”? ¿Creyó entonces San Pedro? Todavía no. No sé el punto fijo (el *instante*, le llaman ahora los filósofos) en que Pedro creyó, puedo indicar dos o tres probables; pero ciertamente pasó un considerable tiempo en que tenía copia de información histórica sobre Jesús de Nazareth, y sin embargo el misterio de la Encarnación

no había entrado en él; no se había producido esa *metábasis del intelecto*, que se llama la fe.

Cuando Simón Bar-Yonah, que ya había sido bautizado *Képhai* (es decir Piedra, o Pedro en latín) dijo: “Apártate de mí, Señor, que soy un hombre y pecador”, después de la Primera Pesca Milagrosa, entonces –para mí– se produjo la *metábasis*. Uno puede ver a Cristo, oírlo, hablarle, tenerle aprecio y admiración, y hasta verlo obrar un milagro y *no producirse en él la fe*. Por ejemplo: de los Diez Leprosos que curó Cristo cerca de Cafarnaúm (Lucas, XVIII, 11) los nueve no adquirieron la fe según parece, sino el Otro, “que era Samaritano”, que es como decir protestante. ¿Y quién puede haber tenido mejor información histórica directa sobre el Taumaturgo que ellos?

La otra manera con que el P. Clericus Politicus cree se propaga el Evangelio es el ejemplo de la fe; o sea, que venga uno y me diga: “Nosotros hemos creído que Ese había de liberar a Israel” –como dijeron los de Emmaús– cuando en realidad no habían creído sino ilusoriamente, como el mismo misterioso peregrino les declaró y reprochó.

“Nosotros hemos creído...”.

¿Y a mí que me importa que ustedes hayan creído...?

A San Pedro vino San Andrés su hermano y le dijo: “Yo creo verdaderamente que hemos hallado al Mesías”. ¿Creyó San Pedro por eso? Dijo: “Vamos a verlo”. Lo mismo y peor dijo Santo Tomás Dídimo, el Domingo de la Resurrección. Muchos ateos leen las obras de San Juan de la Cruz (Jean Baruzi por ejemplo las estudió toda su vida), y ven naturalmente que Juan de Yepes creía como fierro. ¿Creen ellos por eso? Harnack ¿no estudió los Evangelios toda su vida? ¿Creyó por eso? Dicen que al fin de su vida creyó y se hizo... protestante anglicano, o luterano, no recuerdo. Tanto mejor o peor. Pero casi toda su vida fue ateo, y sabía muchísima historia acerca de Cristo y su Iglesia, la historia evangélica la sabía mejor que yo: y sabía que los Apóstoles y Evangelistas creyeron que el Cristo era lo que El decía. ¿Creyó él?

¡Y cuántas veces no vemos a incrédulos que tienen creyentes, la mujer, la hija, la madre, el padre o el hijo, en su casa, y saben perfectamente que ellos creen! ¿Y de ahí?

Dirá alguno ¿acaso los Evangelistas no son pura “información histórica”? ¿Son leyenda o novela por si acaso? ¡Alto! Yo no niego que son históricos, pero no son mera “información histórica”. ¿Qué diferencia hay? Los Evangelistas, además de dar los hechos, *creen*.

–Y bueno ¿acaso el que ellos *crean* no es también un *hecho*?

–No, es un ejemplo. Mirusté: si se hubiese escrito un libro de pura información histórica acerca de Jesús, pongamos por Flavio Josefo el historiador judío contemporáneo, sería diferente de nuestros Evangelios aun cuando fuese enteramente verdadero.

–No entiendo; si los Evangelistas han escrito los hechos, ¿qué diferencia puede haber con otro que recoja los hechos; con un *Reporter de los tiempos de Cristo*, como dice un libro yanqui-mexicano bien conocido?

–¿Qué diferencia? La *selección* de los hechos. Todo historiador selecciona. Si Ud. quiere catalogar a los cuatro Evangelistas en la ilustre y aprovechada categoría de los “historiadores” –muchas gracias en nombre de la familia– siempre quedará que estos aquí eran unos historiógrafos *especiales*, que creían que Jesús era Hijo de Dios; y contaban principalmente aquellos hechos que sustentaban en ellos esa creencia.

Si Flavio Josefo les hubiese hecho concurrence, el milagro de los Diez Leprosos a lo mejor hubiese salido así: “Dicen que este hombre curó una vez a diez leprosos. La verdad es que yo no lo vi, y eso que estaba allí con El; porque los curó a distancia. Lo que yo vi fue a un desarrapado Samaritano con el innoble vestido de su nación que apareció sobre un altozano a los gritos, vino al trote largo como un caballo que lo desatan del arado, y se tiró al suelo delante del *Rabbi* gritando no sé qué oraciones jaculatorias; y que el *Rabbi*, después de

hacer una reflexión en voz baja, que no sentí bien, lo levantó y le dijo: “*Vete, tu fe te ha curado*”. Estos son los hechos exactos de que puedo dar fe como testigo presencial; ni uno más ni uno menos. Yo no soy un hombre de imaginación, ni un fanático de la exaltación religiosa, sino un hombre de ciencia y un hombre práctico; y el negocio que allí me tenía no era el de averiguar si aquel hombre y sus nueve compañeros –que no se presentaron–eran realmente leprosos antes, o no lo eran. .. Con los Samaritanos a mí me repugna tratar ¡son tan idiotas! a los otros que eran judíos, yo les hubiese preguntado. Pero como digo... no se presentaron para nada...”. Y así por el estilo.

Los Evangelios son los modelos de la *predicación*, o sea, de la transmisión de la fe de hombre a hombre; pero, como dije, ni siquiera ellos son de la fe la causa, sino la ocasión.

Algunos para propagar la fe hacen “concentraciones” o reuniones de gente que –se supone que– tienen fe; a fin de que los incrédulos las vean y digan: “¡cuánta gente que tiene fe! Yo también voy a tener fe”. Pero el que tal dijera: el que fuese cristiano solamente porque tanta gente de mi país son cristianos, y entre ellos Andrés Chazarreta y el general San Martín, no sólo sería un imprudente sino que no tendría fe, por lo menos fe adulta. Si yo abrazo “la fe de nuestros padres” por el mero hecho de haber sido de nuestros gigantes padres no paso más allá de ser un buen niño, un chiquito bien educado. Si el criterio para abrazar una religión es que muchos la profesan, entonces cuando la Iglesia de Cristo tenía doce hombres, era falsa; y al fin de los tiempos, sería de nuevo falsa.

Otros para propagar la fe hacen libros de historia, “Historia de la Compañía de Jesús, Historia de la Iglesia, Historia de los Papas”, procurando hacerla lo más científica posible, para lo cual amontonan muchos documentos. ¡Oh, la documentación! ¡Excelente y querida “documentación”! No digo que esté mal; pero se puede amontonar documentación desde aquí hasta Montevideo acerca de Cristo o de la Iglesia sin moverse un centímetro en dirección de la fe. Al contrario más bien. La abundancia de los pormenores no es causa de esa afirmación especial de la fe, que es una especie de *salto*; es mas bien sospechosa, parecería más bien falta de fe esa febril ruminación y voracidad de erudición religiosa que aqueja a algunos estudiosos, así lo ha dado a entender Bernanos en el Abate Cenabre, el protagonista de sus novelas *La Impostura* y *El Gozo*; y eso pasaba de hecho ante sus ojos en la persona del apóstata Renán. La cantidad no cambia la calidad. Es como si batiendo enormemente un pan de margarina, se creyera volverlo manteca; eso lo podrá creer Harnack, pero no lo creará mi cocinera. Si de la “documentación” dependiera la fe, el creyente debería estar siempre en vilo cavilando si no le falta aún algún documento para resolver un asunto que es urgente y es de vida o muerte; y temblando de que seis horas antes de morir, un sabio alemán encuentre un documento en Adis-Abeba que lo obligue ¡a reconsiderar de nuevo todo el asunto! Un poco de ciencia es necesario naturalmente para obtener información sobre la persona de Cristo; pero ¡cuán poquita della le bastó a San Francisco de Asís! En una carta que escribí hace poco a un hombre que es un verdadero sabio en su especialidad y es –créase o no– uruguayo, le diserté prolijamente acerca de “la Iglesia y la Ciencia” (“la Iglesia hoy día no honra la ciencia, parecería alimentar hacia ella un odio sordo, en consecuencia perdió su dominio espiritual del mundo, se le escapó la manija; y nada puede hoy en orden a frenar sus actuales tremendos abusos”, me escribe) sobre el Papa actual (“el Papa actual es un mediocre, de pocas luces y un oportunista”, me dice) y en fin, sobre la fe, que es lo que aquí interesa: él cree que la fe es un sentimiento y que él “tiene fe”; aunque no pertenece y siente repulsión”a la Iglesia, cualquiera que sea”.

El final de mi enorme carta respuesta dice así: “Creo que estamos al fin de la *Contra Reforma*, de un período histórico, después del cual viene otro –mejor o peor– diferente. Opino que una estructura temporal de la Iglesia se desintegra para ser sustituida por una mejor o ninguna; creo que en consecuencia muchos que hoy se dicen cristianos no son cristianos, y al revés algunos son cristianos sin saberlo: según que adhieran a la estructura

exterior muerta tomándola por “la Cosa”; o adhieran a la Cosa y repudien la estructura muerta; y ende engañosamente “a la Iglesia” creyendo que la estructura muerta es la Iglesia... Estas dos proposiciones: “la Iglesia es santa” y “la Iglesia es inicua” se pueden defender hoy día de la misma manera que estas otras dos, por ejemplo: “la MacroGLOSSA es un bicho hermoso y brillante” y “la MacroGLOSSA es un bicho oscuro y repugnante” referidas a una crisálida de mariposa que está rompiéndose. Por supuesto que para mí la primera es verdadera simplemente; y la segunda sólo “*secundum quid*”.

“El parto de la Nueva Era, que Ud, espera ¿es seguro? No. Puede que el mundo deba acabar ahora, acabar .como mundo” naturalmente. Yo creo en la Parusía, así como también en el infierno, aunque lo siento mucho, viendo cómo Ud. lo estigmatiza. Ninguna de las dos cosas puede demostrarse con argumentos acientíficos” están por encima de la razón: y que existan o no, no depende de que nosotros lo probemos, lo aceptemos, lo afirmemos o lo dudemos. Sólo el que lo conozcamos depende de nosotros; y el único modo posible es la aceptación o no de una revelación divina.

“La Fe tiene una calidad diferente del conocimiento “científico” –aunque se hermana muy bien con él–, no es una cosa natural; su objeto es dialéctico; es decir, consiste en dos proposiciones contrarias; con las cuales una especie de obstinada “ pasión” hace una especie de frágil síntesis. Los hindúes pueden creer fácilmente que hay 330 millones de dioses diferentes y monótonos, casi todos anormales y algunos (como Kali La Sanguinaria y el mono Hanúman) obscenos y crueles, porque ninguna de esas innumerables deidades está sobre el nivel humano; todas están debajo de él. Esta monstruosidad de los dioses con 4 cabezas ó 16 brazos es una caricatura diabólica de la fe vagamente reminiscente de que Dios es incomprensible, lo han representado estrafalario.

“El objeto de la fe sobrenatural es dialéctico: adherimos a una proposición que trae consigo prendida a su contradictoria sin poder soltarla; y el hacer que la proposición A domine a la proposición no-A es la obra de un afecto y el resultado de una lucha de suyo perpetua, en la cual consiste la fe. ¡Qué tremendo ¿no?! ¡Lucha continua! Sí, es tremendo; pero no es aburrido.

“Dios se hizo hombre, es un dogma de fe. Cualquier periodista porteño lo estampa tranquilamente en el Suplemento Literario de *La Nación* el día de Navidad, lo cual no prueba que el periodista tenga fe sobrenatural –cosa bastante reñida con su profesión–, a no ser que tenga en su mente al mismo tiempo esta otra proposición: “Dios no puede hacerse hombre”; la cual está fundada en la razón, como la otra en la autoridad. Y por eso yo hablé-en mi Carta al Nuncio, no muy felizmente, de un aplastamiento del intelecto, cosa que a Ud. le da en rostro –que fuera mejor quizá haber llamado “derrota del intelecto”– pero derrota que responde a un deseo secreto del mismo intelecto, como las legítimas derrotas del pudor: puesto que llegar a tocar sus límites es para el intelecto humano una humillación, pero al mismo tiempo un conocimiento más y por tanto una perfección...”.

Hasta aquí mi carta.

Siendo esto así, la Predicación es una cosa diferente de la simple enseñanza por un lado y de la ceremonia y el rito por otra; y la Predicación es la función esencial del cristianismo, el menester del *apóstol*.

“No nos mandó Dios a bautizar sino a predicar” dijo San Pedro. La predicación es autoritativa, no argumentativa ni ostentatoria; es diferente de la obra del filósofo y del sacerdote meramente funcional o *ceremoniero*. El predicador no enseña de su cabeza sino que debe transmitir un Mensaje –delicadísima trasmisión– y tiene para ello Autoridad. Habla en nombre de Cristo, por lo menos debería hablar; y aun en el caso en que por impreparación, vanidad, negligencia o tupidez, trasmite este Mensaje empañado, opaco o aburrido, todavía *ése es el Mensaje*; a menos que no esté enteramente deturpado por una ignorancia engreída y locuaz que llega hasta el error –caso que se ve, helás–. Pero en cualquier caso, el modo de

enseñar del apóstol es otro que el del filósofo, incluso en el caso que el apóstol sea también filósofo, y por eso dijo Cristo: “No llaméis a nadie Maestro, porque uno sólo es vuestro Maestro, el Cristo”.

El filósofo enseña en nombre propio o en nombre de la razón humana; debe probar racionalmente sus proposiciones, para lo cual le es fuerza construir de antemano su Sistema, total y unificado, complicado a veces, y de más en más hoy día; y no es ése el camino de enseñar el Evangelio “El cristianismo no es a manera de una filosofía, el cristianismo es a manera de un partido político” dijo Newman, queriendo decir que cuando *seguimos* a Aristóteles, seguimos el *sistema* de Aristóteles: pero cuando seguimos a Cristo, seguimos a la *persona* de Cristo.

No quiere decir que la filosofía no sirva al anunciador de la verdad cristiana, al contrario, le es necesaria en regla general, aunque no sea más que para *ver claro* en la Revelación, pues ver con claridad es el principal fruto de la buena filosofía. La filosofía verdadera no enseña novedades o descubrimientos, como la sección *Divúlguelo* de los diarios tamásicos; más bien nos enseña a dejar caer cosas, como las hojas secas en otoño. Es como una tormenta, después de la cual no hay más cosas sino meno” (hojas secas, nidos muertos y ramas podridas y polvo en el aire), pero todo se ve mas claro y más lejos.

Y así la filosofía del Sacerdote no debe entrar en su predicación sino para iluminarla toda desde adentro. La predicación se asienta sobre la Palabra de Dios, y un niño debe poder entenderla. La Sagrada Escritura se penetra más con la buena vida que con la gran erudición. Dijo uno que por desgracia no fue ningún Santo Padre en su vida, pero que dice a veces cosas dignas de un Santo Padre: “La Escritura no se aprende; la Escritura se experimenta... en la Cruz”⁴⁷.

Todo esto hemos dicho para indicar el sentido de este libro, o por lo menos el espíritu con que ha querido ser escrito: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, Padre de los Cielos; y al que Tú enviaste, al Cristo”. Lo esencial de la vida de Cristo, incluso de su vida como Cabeza Mística nuestra después de su Partida, está contenida en estos ensayos *existenciales*; y una cronología –la más probable que existe– los precede, de tal manera que el libro sirva como una silueta completa de la persona del Salvador, y una introducción eficaz a la lectura directa de los cuatro Evangelios.

Junio 16 de 1955

RESUMEN DE TODO LO DICHO

I. LOS MILAGROS

En estos comentarios se ha visto –y basta leer los Evangelios– que Cristo pone sus milagros en un *segundo plano*. Para El son solamente ilustraciones y confirmaciones de su doctrina, manejadas con parsimonia y con gran precaución; dado que para las turbas, el milagro tiende a volverse *todo*. Dios hace milagros de mala gana.

Cristo acepta por lo tanto el *Destino*: y cuando lo quiebra introduciendo excepciones, lo hace con su cuenta y razón. Los paganos creían que Júpiter estaba por debajo del Destino; Cristo muestra que Dios está por encima del Destino; pero que el Destino existe.

“Si Cristo tuvo realmente poder para salvar los enfermos y resucitar muertos –si fue Dios– y no sanó a todos los enfermos del mundo, es un criminal”.

Estas palabras de un impío inglés, me recuerdan las del otro paisano: “Virgen de Itatí,

⁴⁷ “*Die Schrift versteht man nicht, man erfahre es denne in Kreuz*”... Marthin Luther, tischrede, Deutsche Bibliothek, Federking, Berlín, año 1904, p.14.

si sanaste a mi chanco y si sanaste a mi burro ¿por qué no me sanás también a mí, que también soy correntino?”.

El primer acto del sentido común es aceptar la realidad. Cristo acepta la realidad humana tal como existe, y sobre ello promete la “*Salvación*”, el reino de los Cielos. Los milagros son como vislumbres o relámpagos de ese Reino; pero no profesan ser la abolición del Destino; y la inmediata recuperación del Jardín del Edén al golpe de una varita mágica.

El Destino existe; está construido por las leyes naturales, la herencia, el lugar donde nació, la educación que recibí, la nación donde actué, la época en que vivo, los pecados que he hecho; y *todo lo que he hecho* en realidad, que si al hacerlo pudo ser libre, después de hecho se volvió necesario. Si tengo una enfermedad que contraí o heredé, ella forma parte de mi Destino, y con ella y por ella debo conseguir mi salvación. Si viene un taumaturgo y me la sana, buena suerte; si no, tengo que tirar adelante con ella. Ya sanará... si yo me salvo.

Si Cristo aceptó el Destino de la Humanidad con sus males y miserias, es evidentemente porque no podía hacer otra cosa, aun siendo Dios; exactamente *por ser Dios*. Hay allí una realidad inquebrantable, una realidad que tiene sus propias leyes, que para los judíos y cristianos se llama el Pecado Original. Las religiones orientales, como el budismo, la reconocen sin intentar explicarla... Platón hace lo mismo, probablemente por influjo oriental, cosiendo encima de ella uno de sus *mitos*. La mitología de todos los pueblos contiene *mitos* que son vestigios de ese *misterio*.

Es una *realidad divina*, que tiene relación con Dios; por eso es *misterio* y sobrepuja la razón humana; pero la realidad está allí.

Cristo acepta el Destino de la Humanidad, y acepta su propio Destino como hombre. Ahí está el hecho capital. Si Cristo hubiese hecho sus milagros en favor de sí mismo – exceptuándose por tanto del Destino común – la objeción de Buttler y Tomás Payne sería válida. Si “el médico se curó a sí mismo”, tendría obligación de haber curado a todos los demás, para llevar el nombre de Salvador. Pero Cristo no hizo en pro de sí mismo, sino el milagro que hizo en pro de todos los demás: la Resurrección. El enfermo Kirkegor dice con amargura: “*las peores enfermedades son las que están situadas en la confluencia del cuerpo y el espíritu, como la melancolía; y Cristo tuvo esa enfermedad*”. Añadamos que en su Pasión tuvo todas las enfermedades juntas, “leproso”, “varón de dolores”, “sabedor de la enfermedad”, como lo llamó el Profeta.

Es claro, los impíos tienen juego fácil, porque suprimen la realidad del Pecado. Si el pecado es una cosa irreal, imaginaria, una relación del hombre con las leyes sociales inventadas por otros hombres, es claro que tienen razón. La existencia del mal físico se vuelve escandalosa y la existencia de un Dios todopoderoso y paterno se vuelve inconciliable.

Pero el mal físico es el resultado, el reflejo y la imagen del mal moral. Y la extrema resistencia del hombre a él es reflejo del origen divino del alma.

Bernard Shaw puso la objeción del correntino en una comedia llamada *Maíor Bárbara*; una de sus comedias flojas como obra de arte, aunque no como panfleto, que es lo que a Shaw más interesa. Es un panfleto socialista sobre la religión; sus personajes más que seres vivos son títeres dialécticos. Escandalizado ante los males del mundo, que él resume en la *pobreza*, llama a las religiones a reformarse para eliminarla del mundo; y manifiesta su decepción ante el Ejército de Salvación, que al principio le pareció iba por buen camino. Bárbara, la protagonista, es una muchacha valerosa que es “mayor” del Ejército de Salvación; y que aburrida de su ejército “que no ha salvado nada”, al final se vuelve capitalista.

“Malaventurados los pobres...”. La pobreza es el sumo mal. Hay que contar con el dinero... y contar con dinero. Pero las Iglesias, todas ellas, cuentan con el dinero malganado de los “ricos”. Hay un verdadero cristianismo, *cristianity*, basado sobre el perdón y la renuncia a la venganza... y a la justicia. Hay un falso cristianismo, *crossstianity*, basado sobre la adoración de un patíbulo. La solución es tener dinero –Shaw lo tuvo– bien ganado –Shaw

lo ganó envenenando al público inglés con sus ingeniosidades sofisticas de seudoprofeta— y más o menos *moralmente* distribuido: “yo salvo un alma con un salario de 38 chelines semanales”, dice el fabricante de cañones. Y finalmente aunque el dinero sea mal ganado, siempre es dinero; y como la pobreza es el sluno mal, lógicamente...”. Esta es la teoría del bufo inglés.

Todo socialista es un capitalista que no tiene capital... todavía. Nativamente religioso (irlandés) el socialista Shaw está pasando en esta obra de juventud del agnosticismo religioso al vago modernismo de su madurez.

Lo interesante de esta comedia-panfleto es que ostenta ingenuamente la actitud del impío ante la creación: el impío se apodera del mundo y lo hace suyo; y después quiere arreglarlo, para lo cual llama en su auxilio a la religión —a una *nueva* religión—. Pero el mundo es de Dios y no mío, yo no soy el Creador.

Shaw se siente ingenuamente el Creador del mundo. No empieza por someterse a la realidad, sino que se cree dueño de la realidad.

La primera realidad es la limitación del hombre; pero la razón del hombre es en cierto modo ilimitada, y así puede *endiosarse*. La primera realidad con que topa el hombre es el destino; pero el hombre está destinado en el fondo a hacerse dueño del Destino; y el mal paso de la razón, ensoberbecida, es sentirse *ya* dueña del Destino. Sobre la base de que el hombre ve cómo deberían ser las cosas —según su gusto y comodidad— se pone a hacerle la lección a los *hados*. Pero los *hados* se ríen de su lección... Si yo quiero volverme de golpe capitalista como la Mayora Bárbara de la comedia, no puedo; los Hados se ríen de mí. Eso es fácil en las comedias y en las novelas; y en la Argentina, es posible solamente a los escritores sofisticos o deshonestos. Yo tengo experiencia de que a mí no me es posible.

Someterse a la realidad es someterse a Dios. El impío se dessomete a la realidad, y por tanto se hace Dios. Una vez hecho Dios, arreglar el mundo sobre el papel es fácil: se puede salvar las almas con un salario de 38 chelines semanales.

A los *salvadores-de-almas-aumentadores-de-salarios*, ya los conocemos.

La blasfemia de los que exigen de Dios la instauración inmediata del milagro total en el orden del mundo (es decir, el máximo desorden) cristalizó en la frase conocida de Stendhal, que hacía las delicias de Nietzsche: “Suerte que Dios no existe; porque si existiera, habría que fusilarlo “.

Ya lo fusilaron. Eso es lo gracioso. Dios se hizo hombre y fue fusilado por todo lo alto y con todas las de la ley; de la Ley Romana nada menos, por el representante del orden público del Imperio más legista y jurídico que ha existido. ¿Qué más pueden pedir? Cristo existió y fue fusilado. *Tutti contenti*.

La blasfemia de Stendhal es una imbecilidad y haber aceptado Dios el ser fusilado —o crucificado que es peor— es el milagro más grande de Cristo. Se quejan de que adoremos su patíbulo: ese Patíbulo es el Milagro Universal que ellos piden.

II. LA DOCTRINA

—Dénos Ud. un resumen de la doctrina de Cristo.

—Un resumen de la doctrina de Cristo es el Credo, aun el más corto de los diversos credos cristianos que existen el que está en San Pablo que tiene dos “artículos”, o por mejor decir, uno solo; y por otro lado, los 32 tomos infolio de las obras completas de Santo Tomás de Aquino o los 60 de San Agustín *no* son un resumen *completo* de la doctrina de Cristo.

Esta paradoja procede de que la doctrina de (Cristo no es un “sistema”, no es una combinación lógica de “ideas”. Lo mismo que su autor, es una “idea Encarnada”. Su autor mismo la asemejó a una “semilla”.

Hoy día existe en el mundo la peligrosa herejía de Hegel, que da consistencia

substancial a las ideas. ¿A las ideas de Dios? A las ideas en general, lo cual desemboca en definitiva en la monstruosidad de deificar las ideas del hombre. Cuando uno sabe esto, comprende la saña implacable de Kirkegor persiguiendo toda su vida a las “Ideas” hegelianas, y oponiéndoles imperturbable su propia *existencia*.

El lector hispano puede darse cuenta de la sutileza de este error recorriendo el ensayo *La Deshumanización del Arte* de Ortega y Gasset. A vueltas de muchos aciertos parciales; los más, superficiales –y de un estilo exquisito, para mí un poco repulgado–, se muestra en su fondo tocado por el error idealista. Este error consiste en hacer de las ideas del hombre algo substancial, más substancial que las cosas y hacer de esas ideas, así desencarnadas, el objeto propio del arte. Hay una verdad profunda allí, como en todos los grandes errores; pero hay un error fatal, un equívoco; nada menos que la borrada de la línea divisoria entre lo divino y lo humano.

Las ideas de Dios son la causa de las cosas, y son más reales, esenciales y verdaderas que las cosas creadas que de ellas dependen. Son pura y simplemente la Verdad: la verdad sustancial y personal, el Verbo de Dios. Pero nuestras ideas no son sino *actos accidentales* de nuestro intelecto que nos conectan con la Verdad. Y si es verdad que en cuanto recipientes de la Verdad son eternas y superiores a las cosas materiales de donde han sido sacadas, en cuanto actos del intelecto humano son deficientes y mortales. Esa frase tan socorrida de que “las ideas no se matan” –que un prócer escribió en esta forma: “*On ne tue pas les idées*”– es una simpleza. La Verdad no se mata; pero las ideas del mortal mueren; no en el sentido de que la verdad que contuvieron y expresaron como envolturas deficientes y frágiles, deje nunca de ser verdad; sino en el sentido que, primero, son pasibles de error; y, segundo, que aun exceptuando ese caso y por más finamente labradas y reciamente estructuradas que estén van sometidas a la historicidad, al correr del tiempo y de las mutaciones humanas; y en consecuencia pueden perder su transparencia; y la verdad que encerraron, perder su brillo y eficacia al rodar de las épocas. Porque el intelecto humano no es *comprehensivo* aun cuando fuere verdadero: nuestros conceptos nos dan una serie de instantáneas de la verdad infinita y viviente. Sólo Dios *es* la verdad; nosotros sólo podemos ser, con la ayuda de Dios, *verdaderos*. Así como ningún sistema filosófico agota la filosofía, así ninguna formulación teológica, por feliz que sea, comprenderá y fijará definitivamente la palabra de Dios, que es una vida.

Desde el comienzo de la predicación apostólica, surgieron en las Iglesias los *símbolos o reglas de fe* que trataban de encerrar en fórmulas breves lo que había de tener por cierto el cristiano para ser cristiano. Varios de estos *credos* rudimentarios se pueden distinguir en las *Epístolas* de Pablo. El más breve de ellos se encuentra en la Epístola a los Hebreos, VI, 6: “Sin fe es imposible *ser elegido* [agradar a Dios, traduce la Vulgata. Y para allegarse a Dios, es necesario creer [por lo menos] que El es, y a los que le buscan es Remunerador”.

Para salvarse hay que saber y tener con fe –y no solamente con razón– por lo menos que hay un Dios Premiador de buenos. Esto es necesario *con necesidad de medio*, como dice la jerga escolástica; las demás verdades reveladas como la Trinidad o la Encarnación son necesarias *Con necesidad de precepto* si llegan a nuestro conocimiento como *reveladas*; es decir, que si no llegan a nuestro conocimiento, no son necesarias, pues ningún “precepto” puede obligar si no es conocido. “¿Cómo creerán sin predicante?”.

Esto responde a una tentación que tienen muchos acerca del “infinito número de almas fuera del camino de la salud”, como dice Billot. Un cristiano me decía poco ha:

“¿Cómo puedes entender esto? ¿Cómo puede Dios hacer tal cosa? Los cristianos solamente nos *salvamos* y los cristianos *somos* hoy todavía una minoría entre los millares del mundo, y antes de ahora todavía mucho menos. ¿Todos los budistas, los hinduistas y los mahometanos se condenan sin culpa?”, de lo cual quería concluir como el novelista James Jones y su maestro Toynbee, la verdad –pragmática– de todas las religiones: con que

mostraba una ignorancia religiosa realmente argentina...

Después de este *credo* elemental de un solo artículo hay en San Pablo otros pequeños símbolos más desarrollados; que se refieren a la Resurrección, el dogma cristiano centro y resumen de todos para San Pablo, al cual continuamente retorna el Apóstol:

*Os traigo a la memoria, hermanos
El Evangelio que os he predicado:
Que Cristo murió por nuestros pecados
Conforme a las Escrituras
Que sepultado resucitó al tercer día
Conforme a las Escrituras.
Que se apareció a Képhai, y luego a los Doce
Y después de todos, como a un abortivo,
También a mí... (I Cor XV, 1-8).*

A la manera de estos *símbolos* apareció pronto nuestro actual *credo*, o “Símbolo Apostólico”, en su formulación latina –conservada por Rufino– o su formulación griega, tal como la hallamos hoy en el Psalterium Aethelstani cuyos doce artículos se encuentran con infinitas variantes en todos los escritores sacros de los primeros siglos. El que recitamos nosotros se llama *la forma más reciente* y tiene algunas palabras más, como la terminación: “y la vida perdurable”. El Credo que se canta en la misa es el Símbolo compuesto por los Padres del Concilio de Nicea, en el siglo V; el que se recita en el Breviario los Domingos es el Símbolo de San Atanasio; y hay muchos otros, más extensos por lo general, propuestos por diversos Santos y dirigidos contra alguna antañona herejía, como los *Símbolos Antipriscilianos*. El último que se ha compuesto es el llamado *Juramento Antimodernista*, de Pío X, que juran cada año los profesores del Seminario. Estas fueron en realidad las primeras definiciones dogmáticas de la Iglesia; y así como ninguna definición ni la suma de ellas agota el depósito vivo de la revelación divina custodiada y vivida por la Iglesia, así también todos los libros modernos escritos sobre “La Esencia del Cristianismo” no son sistemas completos sino concreciones dogmáticas particulares, casi siempre ocasionadas por –y dirigidas contra– algún error.

Von Harnack escribió un famoso libro con ese título manteniendo que tal “Esencia” consiste en la noción de que *Dios es nuestro Padre* y pugnando por enhilar toda la doctrina de Cristo en esa Verdad, desde luego fundamental. Contra ese libro protestante el doctor Karl Adam escribió otro del mismo título, conteniendo que la esencia de la predicación de Cristo es “la Iglesia”. Romano Guardini dijo que la esencia es la Divinidad de Cristo. Sabatier dijo que la esencia es la Resurrección; y Loisy, que la esencia es la Parusía... y en estos días he leído en el *Prefacio* de Bernard Shaw a su comedia *Major Bárbara* que la verdad central del cristianismo es la supresión de los castigos y venganzas; que todas las Iglesias hasta ahora no lo han entendido, y que el Ejército de Salvación es el que más se ha aproximado al cristianismo verdadero (el de Shaw) aunque no del todo. ¡Vanilocuo y engreído bufón! “*In doing this, the Salvation Army instinctively grasps the Central Truth of Christianity and discards its central superstition: that central truth being the vanity of revenge and punishment; and the central superstition the salvation of the world by the gibbet*”.

No hay ninguna *verdad central* a la que se pueda reducir toda la doctrina de Cristo, como se puede reducir toda la metafísica de Aristóteles a la teoría del acto-potencia y de la analogía del ser: ni siquiera la Encarnación, la Resurrección, o la Parusía. Los primeros cristianos pintaban en los muros de las Catacumbas el Buen Pastor, la Viña y el Pan, y el Pez: los fieles de la Edad Media multiplicaron el Crucifijo; los cristianos orientales amaban la imagen del Pantócrator (Cristo Rey), en España cundió la imagen de María Santísima; los

contemporáneos multiplican la efigie nueva del “Sagrado Corazón”... Todas estas diversas imágenes corresponden a las diversas facetas de la doctrina, que emergen en virtud del tiempo o las circunstancias.

La doctrina de Cristo está dirigida a ser vivida (“ya que habéis oído y sabéis todas estas cosas, dichosos seréis si las hiciéredes”); y es como una vida, que permaneciendo siempre la misma, sin embargo, se despliega en diversas manifestaciones. Ninguna otra doctrina existente ha tenido esta potencia de renovación vital, que la hace más parecida a un fermento que a una hogaza cocinada; esta facultad de desarrollar órganos nuevos y lanzar pseudopodios al llamado de las circunstancias, sin que el organismo se transforme en su estructura esencial. Las monjitas de la Compasión que viven en San Miguel por ejemplo, y las vírgenes cristianas de que habla San Pablo, que vivían cada una en casa de sus padres, son la misma cosa en el fondo y son diversísimas en los accidentes; éstas tienen encima todo el peso de la frailería, los hábitos –que en este caso no son feos– las reglas de nuestra Santa Fundadora, el derecho canónico y la “protección” del Cardenal Pizzardo –¡cruz diablo!–, aunque para decir verdad se arreglan para llevarlo todo airosamente. Puede ser que estemos llegando a un tiempo –ya que hablamos de eso– en que convenga que haya monjas que vivan en casa de sus padres: *ermitañas*; los conventos en algunas regiones se están poniendo pesados, por la iniquidad de los tiempos.

Eso que llaman “la evolución del dogma” pertenece a esto que estamos diciendo. El inventor de esta palabreja, Guenther, erró acerca de ello enseñando que el “dogma” no era sino la formulación abstracta de una experiencia religiosa *válida para una época*, y que debía por tanto dejar paso a otras formulaciones nuevas, que podían ser diferentes y aun opuestas a las antiguas; pero no erró el gran libro del dominico español Arintero o el de Marín-Solá... La vida obliga a la Iglesia a poner el acento de su enseñanza y explicación ya en este dogma ya en estotro; y a *definir* verdades implícitas o sea simplemente *crear dogmas nuevos*, cosa que horroriza a los protestantes; que sin embargo están creando continuamente dogmas contradictorios sin autoridad ninguna. Y nada impide tampoco que un dogma conocido sea *formulado mejor*; es decir sea expresado verbalmente en forma más adecuada a los tiempos, sin variar su fondo.

El Papa actual ha definido el dogma de la Asunción. Eso no está en la Escritura, dice Rodino. Ciertamente no está *explícito* en la Escritura, ni quizás en la Tradición, que María Santísima fue llevada al cielo por su Hijo después de su muerte en cuerpo y alma. ¿Qué maldita importancia tiene eso para la vida moral y para los problemas contemporáneos? exclama Aldous Huxley; lo mismo que había exclamado Víctor Hugo acerca del dogma de la Inmaculada Concepción, definido hace un siglo...

Víctor Hugo cuando compuso su desafortunado poema “*L’Inmaculée Conception*”, que esta en el libro *L’Art d’être Grand-Père*, no sabía a punto fijo qué significaba *Inmaculada Concepción*, lo mismo que Aldous Huxley no sabe lo que quiere decir *Asunción*. Asunción quiere decir en definitiva que *hay actualmente un cuerpo de mujer que está en el cielo*, así como hubo después de la Resurrección de Cristo un cuerpo de varón, y habrá muchísimos después de la Resurrección Final. Bien. Está hoy día en el tapete el que llaman feamente “problema sexual”, que preocupa, atormenta y hasta enloquece a muchísimos falsos doctores, como el mismo Aldous Huxley; y a sus amigos Wells, Bernard Shaw y Beverley Nichols, para no decir nada del dementado David Lawrence. Y hay una negra cantidad de tristes herejes (los “freudianos”, por ejemplo) que dan como solución que “el sexo es esencialmente malo” y no tiene enderecera posible. Exagerando las consecuencias del Pecado Original –lo cual está en la línea de Lutero– los “froidistas” y otros negros maniqueos de nuestros tiempos ven en el fondo del hombre algo esencialmente roto y torcido, puerco: lo cual formulado teológicamente equivale a tener a la natura humana como *caída y no redimida*; uno de los cuatro estados posibles del hombre, que nunca se verificó históricamente.

Jones, discípulo de Freud, califica al Ello (el sustrato más íntimo del alma, el núcleo último de la natura humana) como algo “Repelido activo bestial, infantil, alógico y sexual”⁴⁸. He aquí el viejo dogma maniqueo en su crudeza más cruda.

Este problema nadie puede negar –y menos que nadie Huxley que está empantanado con él y no sabe la solución– que es un problema actual y, como dicen, “candente” (Ahí está él, puesto incluso gráficamente en nuestros “Suplementos en rotograbado”; la adoración y la abominación de la mujer desnuda). Pues bien, su solución entre otras cosas está simbólicamente en el “mito” de la Asunción de Nuestra Señora, que Aldous Huxley pronuncia “inoportuno en nuestros tiempos”.

“El único remedio contra el fango está en a carne divinizada”⁴⁹.

O como dijo también míticamente Jerónimo del Rey –perdón por citarme a mí mismo– el 8 de diciembre 1948:

*Asunción de Mar la significa
Que Un cuerpo de mujer esta en el cielo
Que existe Un cuerpo de mujer sin duelo
Que e la Deidad impregna y magnifica.*

*Adorable o letal, ángel o mica,
Fruta al varón imán, ruina o consuelo,
Del alma espejo o detestable anzuelo
Puede endiosarse; el Papa lo predica .*

*Lutero dice que es ciénaga hedionda
Lawrence predica que es divina fuente
Freud dice que es veneno permanente...*

*Pero sonríe ambigua la Gioconda
Y Eva da a luz... y todo hereje miente
Y hay un cuerpo que es luz, últimamente.*

He puesto los dos primeros ejemplos que se me ocurrieron de la calidad germinativa de la doctrina cristiana, o crítica. Cuando el convertido de la China, el Japón, la India o... Norteamérica recibe del misionero este núcleo de doctrina: *Hay un Dios; El mandó al mundo a Su Hijo para redimirnos; para salvarnos debemos cumplir los 10 Mandamientos del Sinaí en la atmósfera de la gracia de Cristo*, recibe no una verdad lógica de donde se pueden deducir sistemáticamente todas las otras verdades religiosas, sino una *verdad para hacer* de donde surgirán a medida que la vaya haciendo, como de un manantial inagotable, otras innúmeras verdades sin término posible, y sin variación tampoco. “Mi padre, llevándome de la mano por el jardín, no era una verdad –dice Chesterton–, era una fuente viva de verdades”.

Y es que “la vida eterna consiste en que te conozcan a Ti, Padre de los Cielos, y al que Tú les enviaste, Jesús el Cristo”: y este conocimiento es de suyo interminable y progresa hasta la muerte y más allá; “*tunc cognoscam sicut et cognitus sum*” (“entonces conoceré como de Dios soy conocido”) o sea, en su misma luz indeficiente e infinita.

Por tanto, a la pregunta que se me puso al comienzo “Dénos un resumen de la doctrina de Cristo” hay que dar la respuesta de Kirkegor: “¡Un libro! ¡Quieren un libro! ¡No quieren la Existencia, en donde están todos los libros! Quieren ideas, un libro de ideas”.

⁴⁸*Psychaanalyse*, pp.123 y 203.

⁴⁹Leonardo Castellani, “Freud”, en *Conversación y Crítica Filosófica*, p.54.

Cristo no escribió ningún libro; y es muy de notar que aun en los cuatro libritos en que fielmente están *recitados sus* hechos y sus dichos no se contiene sino una parte pequeñísima de lo que hizo y dijo, como advirtió San Juan. Cristo no puso el menor empeño en que sus Discípulos lo recogiesen *todo*: aunque sin duda todo tenía el mismo egregio valor. Lo mismo que el Sembrador no tielle afán porque *todas* las semillas prendan, y sabe que algunas caerán en el camino y otras sobre las piedras y otras entre zarzas, le basta con que una parte caiga en tierra buena. Ya vendrán los libros, todos los libros que sean menester y muclos más...

Ejemplo

*¡Qué de libros! Había un templo construido todo de libros en pila.
Enfilados con cuidado según su color, yará, negro y lila.
Con muros anchos un metro como los viejos adobes coloniales.
Con una luz ambigua, telarañas y sin portales,
Que entraba por las rendijas y no por ventanal alguno.
Oprimente, un ambiente estancado y reyuno.
Lleno de altares con luz eléctrica en bombillas con telarañas.
De los fetiches de moda rosa celeste y malva y sus hazañas
Donde se me dijo debía pasar yo toda la vida.
Y por un ascensor del techo me descolgaban la vianda y la comida.
Es un templo lleno de “ideas”
Muertas, todas lindas, excluidas todas las feas,
Pero yo tenía una idea propia;
Que no era propiamente idea, es decir, copia
En un librito a la altura de mis rodillas en forma de cornucopia.
Lo agarré y le di un tirón
Mas no podía sacarlo del montón...
Al fin arranqué el librito
Y los de encima empezaron a rodar afuera en epítrito
Y se hizo una puerta o brecha o lo que fuera
Del tarnaño justo de una persona entera
Y un rayo de sol hirió la “polvadera”.
Y entró aire fresco y el olor de la lluvia y los árboles y la gente.
Y un peluquero blandiendo un peine y un agente.
Y vi que afuera era diferente...
Y entonces sine mora y extemplo
Salí para ver de afuera el templo
Que se resquebrajaba de arriba abajo como un símbolo y un ejemplo.*

Buenos Aires, 25 de septiembre de 1955.

III. LAS PARÁBOLAS

Hemos dicho en este libro que la *parábola* es un género creado por Jesucristo, que ni antes ni después de El fue usado por nadie. Esta afirmación es nueva, y conviene justificarla.

Parecería que la *parábola* de los Evangelios pertenece al género griego del *apólogo*; que es una fábula (*mythos*) cuyos personajes son humanos en vez de belui nos, como por ejemplo *El Viejo y la Muerte* de Esopo. No es así, sin embargo: el apólogo griego es una narración más sencilla en su contextura que termina en una conclusión de

moral corriente, que llamamos en español *moraleja*; y muy bien llamada: es una moralidad chiquita: como por ejemplo:

*Tenga paciencia quien se cré infelice,
Que aun de la situación más lamentable,
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice,*

en el susodicho apólogo de Esopo, traducido por Samaniego.

La parábola evangélica es más bien que narración un cuadro, con más elemento dramático que épico; y presenta casi sin excepción una especie de *distorsión*, como la hecha por un espejo convexo, que desconcertó desde el principio a los intérpretes, y sobre todo a los retóricos paganos, como Celso, que las tachó de extravagantes; y en nuestros días han sido tratadas hasta de “criminales” o “inmorales”.

Esta distorsión de rasgos responde al propósito, como está dicho, de aludir al *misterio*, a lo teológico, a lo infinito; y ha sido comparada no sin propiedad por Chesterton al soplo impetuoso que en la plástica barroca hincha los ropajes, tuerce los miembros y agita las líneas arquitectónicas, haciéndolas *danzar* a veces; como en los cuadros del Greco, las estatuas del Bernini y los altares del Vignola.

En suma, la parábola pertenece al género *símbolo*; que es más que un género literario, el modo de expresión más primitivo y fundamental de la poesía; mezclado con *humorismo*, como diríamos hoy, un humorismo teológico o *trascendental* —como ha sido bautizado—, no una cualquiera jocosidad o ironía. Archibald Cronin escribió al final de su novela *Las Llaves del Reino*: “El Cristo es más grande que Buda; pero Buda tenía más sentido del humor”. Se equivoca. Chesterton en su libro *Orthodoxy* notó que esta singular *exageración* que se encuentra en las parábolas, no es otra cosa que humorismo; aunque omite allí el explicarse más claramente.

En la literatura cristiana posterior a Cristo no encontramos parábolas: el *Pilgrim Progress* de Bunyan, el *Pilgrim Regress* de Lewis y las tremendas novelas satíricas del Deán Swift, por ejemplo, son propiamente *alegorías*. Tampoco puede llamarse *parábola sublime*, como la calificó Macaulay, la *Divina Comedia* de Dante; ésta es un poema épico de una creación enteramente nueva, una *epopeya espiritual*, que preside toda la literatura romántica. En todo caso, lo que más se parecería a la parábola son los actuales relatos monstruosos de Kafka, o algunas de las últimas novelas de Hemingway.

En el Viejo Testamento se habla de las parábolas (o “semejanzas”) de Salomón y se dice que el Rey Sabio compuso 3.000 dellas. Pero las parábolas de Salomón que se han conservado no son sino *comparaciones brevísimas*, de contenido moral casi siempre, que tienen uno o dos dísticos solamente. Verdad es que aquí se encuentra el embrión del género que en *los rabbies* posteriores se desarrolló; y en Cristo se consumó. En *los rabbies* anteriores a Cristo se encuentran parábolas más extensas (como las que hemos citado de Elisha-ben-Abuyah y de Josef-Bar-Iudah en p. 60) pero todas las que conocemos tienen el carácter ya definido de “apólogos”.

El escritor modernista Samuel Butler —no S. Butler el satírico, sino S. Butler el pintor— y otros después de él, califica a las parábolas de Cristo de “inmoralistas”. La aseveración es típica del escritor más impío que conocemos, al lado del cual Voltaire y su epígono Anatole France parecen simples nenes bocasucias. ¿Por qué? Porque, según el autor de *The Way of All Flesh*, las parábolas principales del Nazareno insinuarían máximas contrarias a la moral natural. Ignoraba el escritor inglés que su blasfema afirmación, que trasunta una ignorancia monumental, había sido refutada de antemano por un contemporáneo suyo, el danés Kirkegor, en su profunda doctrina de la distinción entre la “instancia ética” y la

“instancia religiosa”, y en la sutil observación de que la “instancia religiosa” comporta una especie de “suspensión de la moral”, provisoria desde luego; y en el fondo sólo aparente.

Por lo demás, cualquier hombre con cultura artística sabe que cuando el artista crea símbolos o imágenes no por eso los aprueba o recomienda; se reduce a retratar una realidad. Que existen Mayordomos Pícaros, por ejemplo, es una realidad; y la conclusión de la parábola que dice que “los pícaros son más pícaros en sus negocios que los Buenos en los suyos” es una ironía de Cristo, como está dicho en su lugar, o como dijo exactamente Cristo que “los hijos de las tinieblas ven mas en sus cosas que en las propias los hijos de la luz”, lo cual es una verdad que tiene su justificación teológica, y que incluso se puede apoyar con Aristóteles. Aristóteles dijo que para las cosas divinas los ojos humanos son como los ojos del murciélago para el sol: a causa no de la deficiencia sino de la excelencia del objeto. Y así es justo que los fieles vean menos en sus cosas propias, que son las divinas, que no los pícaros en las suyas, que son las picardías. Mas Aristóteles añade, que ese conocimiento, aunque sea fragmentario y *oscuro por exceso de luz* tiene infinito más valor que el conocimiento de lo terreno, aunque sea mayor y más claro. Que un pagano tenga que enseñarle al hijo del clérigo Butler estas cosas...

Este dicho de Cristo funda la doctrina de la fe, de la que enseñan los teólogos que es *obscura*, y que desde el respecto de la claridad, la facilidad y el gozo de conocer, es inferior a la ciencia; pero no desde el respecto de su *valor*.

El libro *The Fair Haven* –que se puede traducir *El Puerto de Salvación*–, de Samuel Butler el Pintor, es el libro más perverso que se ha escrito en el mundo. Como dije, Voltaire y Anatole France son dos nenes al lado de este superadulto frío y culebroso, dueño de una malicia calculada y dosada, y un odio contenido, el cual funde la mofa volteliana con el sarcasmo helado del Deán Swift y la infonnación y sutileza teológica de un Newman.

Nada me extrañaría que Samuel Butler haya sido un *demoníaco*, en el sentido *kirkegordiano*. Ciertamente es uno de los heraldos del Anticristo. Es el escritor antirreligioso más eficaz de los tiempos modernos; lo cual es decir de todos los tiempos; porque no ataca al cristianismo, sino que lo “traiciona”: lo mata con un beso, como Judas. Su método es la perfidia, llevada a una perfección tal que llega a la obra de arte.

El libro constituye una defensa *fingida* de la resurrección de Cristo, y de lo fundamental del Cristianismo (que es *Lo Sobrenatural*) *hecha al revés* ; es decir, hecha de modo que no pruebe, sino que pruebo lo contrario. Pertenece pues al género *parodia*; pero no es una parodia ordinaria, lo cual pertenece a la *comedia*, sino una parodia sardónica, y fríamente satánica.

Butler atribuyó su libro –y en forma tan hábil que al principio engaló a muchos– a dos pastores protestantes hermanos que llamó Tohn Pickard Owen y William Bickersteth Owen. Este último publica la obra de su “hermano mayor” y la prolonga con una “memoria” acerca de la vida religiosa (la educación, la caída en la incredulidad, y la conversión final) del otro, que es de una astucia extraordinaria (humor al tercer grado) y enmarca al libro supuesto del otro pastor supuesto con toda eficacia. La religión cristiana es expuesta allí (*to expose*: poner en picota, en inglés) desde tres ángulos adversos, a la vez: el autor de la memoria es un cristiano bobo; el hermano es un cristiano ingenioso que exhibe una defensa extravagante y disparatada del dog ma, y *concede* al adversario, como de paso y sin llamar la atención justamente lo que el adversario desea; y las objeciones del adversario *son* las reales y serias, y puestas en la fórmula más hábil, mientras los argumentos del *Defensor-Fidei* están deliberadamente y también hábilmente viciados. Y los tres ataques (mejor dicho, calumnias) están envueltos en un odio solapado, que se filtra a veces directamente en xarcasmos repentinos, como brotes de lava, que Butler no sabe esconder ni contener; y traicionan, bajo el disfraz, el ánimo verdadero: o sea el “*foul play*”, que dicen ellos: juego sucio.

Como dije, la primera edición de la *parodia* engañó a algunos *reviewers*, o críticos, a

no ser que mienta también Samuel Butler en las citas que pone al prólogo de la segunda edición, firmado con el seudónimo de Gerald Bullet. Según él, un crítico escribió: “*To the sincerely inquiring doubter, the striking way in which the truth of the Resurrection is exhibited, must be most beneficial*”. Es decir: “para los dudantes que inquieren de buena fe la estupenda manera en que la verdad de la Resurrección está expuesta, tiene que hacerles un provecho enorme”.

Eso es mucho peor que creer que Cide Hamete Benengueli existió realmente y que Cervantes fue moro de modo que es probable que sea una mofa más de Butler y no un tropezón de un crítico; cuyo nombre, por lo demás, no se da.

Uno quisiera ser benigno con este libro –como con todos– y clasificarlo de sátira a la mala apologética y a la apologética en general, protestante o católica, pero como dije, no es posible. Butler no es un ingenuo burlón o sarcástico cualquiera, sino que realmente es protervo. El retrato que hace de su madre (de la madre de los dos Owen) es sublevante. Pretendiendo pintarla como un modelo de piedad y de bondad, y exhibiendo felonamente los signos del cariño filial, la deja en realidad hecha un trapo sucio, con la sugestión implícita de que eso son en realidad las mujeres llamadas “muy religiosas”. Para los antiguos la palabra *pietas* significaba en primer término el amor filial, el sentimiento de los hijos para con sus padres; de donde *impío* en latín significaba lo que el criollo llama *desmadrado*, que luego por extensión se aplicaba a Dios, de modo que en castellano la *impiEDAD* conservó solamente ese segundo sentido de animadversión contra Dios; con lo cual la sabiduría de los pueblos aludía quizá a un lazo misterioso que existe entre el amor a los padres y la reverencia a Dios. De hecho, el 5º Mandamiento del Decálogo –4º para nosotros–, “Honrar padre y madre”, está colocado en la primera tabla de la Ley, que contiene las obligaciones del hombre para con Dios; porque los padres son representantes vivientes de Dios.

Ningún mejor ejemplo de esta relación misteriosa que este Butler: Butler odió a sus padres, lo mismo que a Dios; antes o después que a Dios, no lo sé. Además del odioso retrato de su madre que hace en este libro “religioso”, escribió una novela autobiográfica llamada *The Way of All Flesh*, en que deja a sus dos genitores de oro y azul, a su padre sobre todo, que fue pastor protestante.

En el penúltimo capítulo de este libro, el XXV, Butler habla de su propia obra literaria, pintándola con bastante exactitud, aunque muy ventajosamente; y defiende el núcleo de su pensamiento. Este núcleo pertenece a la herejía cristiana que se llama técnicamente *modernismo* –que Newman calificó en su nacimiento de “liberalismo religioso”– condenada por San Pío X. El espíritu de esta herejía actual y hoy sumamente difundida está allí expuesto con gran nitidez: no es extraño que Bernard Shaw, Beresford, B. Nichols, Huxley y demás modernistas actuales, tengan a Butler como su autor de cabecera.

El criterio supremo de la verdad religiosa consiste en la *buena crianza* (!). Así lo dice, en p. 460 de la edición Penguin del año 1941: “Que Un hombre haya sido bien criado y críe a otros bien; que su figura, cabeza, manos, pies, voz, manera e indumento sean convincentes en este punto; de modo que ninguno pueda mirarlo sin caer en la cuenta de que viene de buen tronco y constituirá un buen tronco, esto es el “*desiderandum*”. Y lo mismo las mujeres. El mayor número de esta gente bien criada y la mayor felicidad de ellos, éste es el bien supremo; hacia este Bien, todo el gobierno, todas las reglas sociales, todo el arte, literatura y ciencia, tiene que estar directa o indirectamente dirigido. Hombres santos y mujeres santas son los que tienen esto en vista automáticamente todos los momentos, sean de pasatiempo, sean de trabajo...”.

Ese es pues el fin de la religión verdadera. ¿Y cuál es la religión verdadera? Ninguna y todas. “Cualquier secta que muestre superioridad a este respecto debe llevarse a las demás por delante” dice Butler. “El Cristianismo fue verdadero en tanto cuando fomentó la belleza; y él fomentó mucha belleza. Fue falso en cuanto fomentó la fealdad, y él fomentó mucha

fealdad...”.

“Hay que ser cristiano, pero lo más mal cristiano [”lukewarm”] posible...”.

Finalmente, el fondo y el espíritu de la última herejía está expresado así:

“Sería inconveniente cambiar las palabras de nuestro misal [”Prayer book”] y de nuestro Credo [”Articles”] pero sería conveniente cambiar en una forma silenciosa los significados que ponemos debajo...”. La Iglesia debería hacer eso, según Butler.

Ésta fue exactamente la política de los eclesiásticos y laicos tocados de modernismo a principios del siglo, antes de ser desenmascarados por Pío X: vaciar de su contenido sobrenatural o trascendente los dogmas cristianos, conservando la cáscara, en definitiva, convertirlos en “mitos”... de la adoración del hombre en lugar de Dios. Ese trabajo continúa hoy día en vasta escala y en diversas formas; no es sino prolongación proterva de lo que se llamó el siglo pasado *catolicismo liberal*, hoy día enteramente puesto al desnudo en España y en Italia, pero no todavía en la Argentina, donde cuando esto escribo sufrimos un rebrote de él sumamente crudo; y bien atrasado por cierto.

Hemos querido caracterizar a este escritor *modernista* antes de copiar su brulote contra las parábolas de Cristo y en realidad contra toda su doctrina, que dice así. “Ninguna de las parábolas puede ser interpretada literalmente con ventaja para el bienestar humano, excepto quizás la del buen Samaritano; ni tampoco el Sermón de la Montaña, salvo en algunos pasajes que eran en realidad patrimonio común de la Humanidad antes de la venida de Cristo. Las parábolas que todos aplauden son en realidad muy malas: el Mayordomo Pícaro, Los Operarios de la Viña, el Hijo Pródigo, El Rico y Lázaro, el Sembrador, las Vírgenes Cuerdas y Locas, la Vestidura Nupcial, el Hombre que planto una Viña... todas son groseramente inmorales, o tienden a engendrar un concepto muy bajo del carácter de Dios, un concepto muy por debajo del promedio de los buenos reyes terrenales. Y cuando no Son inmorales o no tienden a degradar el carácter de Dios, Son las más simples paparruchas imaginables, tal que uno se asombra de ver que “eso” haya sido aceptado como predicado primigeniamente por el Cristo. Algunas máximas como las que inculcan la concordia y un cierto perdón de las injurias –von tal que sean practicables– son ciertamente buenas; pero el mundo no debe su descubrimiento a Jesucristo; y no tienen mucha influencia por cierto en la vida práctica de sus seguidores...”⁵⁰

Claramente se ve aquí cómo esa permanente alusión a lo sobrenatural o *irrupción de lo teológico* en las parábolas, que les dan su sello propio y único en toda la literatura del mundo, ha sido malentendido por Butler, lo mismo que por los fariseos. Cristo lo sabía perfectamente: que su predicación tenía que ser “piedra de escándalo”, y “dichoso aquel que en mí no escandalice”, es decir, no tropiece. Y por eso contestó con divina ironía a los que le observaban:

“—¿Por qué les hablas en parábolas, si ya ves que no te entienden?

“—Para eso, para que no entiendan... y se pierdan”.

Respuesta de previsión, lucidez y dolor —que Butler calificará sin duda de “ferocidad”—, respuesta que quiere decir lo contrario de lo que dice, como es propio de la ironía.

Vamos a ver para terminar nuestro trabajo la exégesis de cualquiera de las parábolas tan incriminadas por Butler; por ejemplo, el Hijo Pródigo (Lc. XV, 11).

Es una narración sencilla del Descarrío, la Conversión y la Vuelta Gloriosa de un mal muchacho cualquiera, hecha con suma sobriedad y un toque sutil de humorismo, sin la menor babura de retórica: como todos los grandes artistas, Jesús-ben-Nazareth *compone* más con cosas que con palabras.

⁵⁰*The Fair Haven*, London, Watts and Co., 1938, p. 34.

*Un hombre tenía dos hijos
Y el Hijo Menor dijo al Padre:
Padre, dame mi parte de la hacienda
La parte que me corresponde
Y el Padre partió entre los dos la Hacienda”.*

Las dos primeras partes no tienen dificultad ninguna, y el exegeta puede limitarse a notar si quiere, además de los graciosos paralelismos, antítesis y *broches* propios del *ritmo oral*, los toques sutiles de inteligencia y las ironías no apoyadas del cuentito: lo del “que me corresponde” que en realidad no le correspondía, la total sumisión del Padre al albedrío del Hijo Menor; la escapada de éste a una “región grandota”, el Mundo, en contraposición al recinto pequeño y cerrado del hogar, la vida “licenciosa”, que la Vulgata traduce “lujuriosa” pero que el griego dice, “*akóotoos*” que significa algo como *despatarrado*, o *alocado*, la crisis que cayó sobre la región “grande”; la dureza del “propietario” de aquella región; el lamentable “pastor de cerdos”, la desolación el hambre, las bellotas o algarrobas. Los Santos Padres han decantado bastante sobre todos los pormenores; y han hecho de ellos todos los símbolos posibles imaginables. Pero para los oyentes de Cristo, eso era una especie de *chimento* común, sumamente lógico y verosímil *verisimilior vero*, aunque transfigurado por un foco de inteligencia y un patetismo extraordinario. El “Padre”... Padres como éste de aquí, se dan pocos.

La pintura del arrepentimiento genuino, la decisión absoluta, y el retorno incondicional e inmediato del muchacho a su casa, se cierra con el gesto igualmente absoluto del Padre que todo el tiempo observaba el camino desde su torre, y le sale al encuentro a mitad del camino, y hace él más de la mitad del dificultoso encuentro. La magnanimidad, el amor y la alegría paternos no han sido jamás logradas en tan breves líneas y tan decisivos rasgos por ningún poeta del mundo.

Viene luego la Fiesta del Buen Retorno, que es lo que Butler encuentra inmoral, Y Gide ha intentado torcer en otra dirección, haciendo desarrepentir al Hijo Pródigo, y pintando al Hijo Mayor como un Puritano hipócrita y repelente. Pero las cosas que dice el Hermano Mayor son verdaderas y razonables –aunque no quizás su teatral enojo– y el Menor guarda silencio delante del “justo”; mas el Padre cubre a los dos con una misericordia que se levanta sobre la común moral de los hombres sin anularla, como el cielo sobre la tierra, pues pertenece al plano religioso que está por encima del plano ético; y es el *Instante*, el punto de inserción de la eternidad en el tiempo. No es de extrañar que Butler y Gide, ciegos a la eternidad, aquí ya no vean nada; o vean al revés, que es peor.

El Hijo Mayor no es el pueblo judío –y el Menor el Gentilismo– como interpreta San Agustín alegóricamente, eso no calza bien con la narración. Tampoco es el Fariseo, el Puritano Hipócrita, aquel que se dice justo sin serlo, como indica San Jerónimo. El Padre no lo trata de hipócrita ni de gazmoño; al contrario, le dice cariñosamente: “Vives Conmigo y todas mis cosas son tuyas”.

El Hijo Mayor es simplemente el Justo de este mundo, el Hombre Moral, el Consejero de la Corona, que diría Kirkegor: el Juez de la Corte Suprema, el Obispo, el Cura, la Señorona Marquesa Pontificia, yo, y el portero Bernardo: los que nunca hemos sacado los pies del plato, y tenemos que hacer un gran trabajo de investigación para confesarnos cada semana. Cristo aludió irónicamente a *nuestra justicia* (o nuestra *corrección*) de la que estamos un poquito demasiado ufanos. “Todas nuestras justicias Son una cosa sucia”, dice la Escritura; y la palabra que pone allí Isaías en el Canto XIV es mucho más fuerte que *sucia*; y hoy día chocaría. Y que por eso “hay más gozo en el cielo por un pecador que vuelve a penitencia [rotundamente, descendiendo hasta el tope de la más extrema humildad] que por 99 justos... que no tienen necesidad de penitencia”, añadió con *malicia* Cristo; supuesto que

sus oyentes, esos hebreos analfabetos, pero pasados de Escritura Sacra, sabían perfectamente que todos tenemos necesidad de penitencia. “Si no hicieréis penitencia, todos pereceréis igualmente”.

Y así podríamos recorrer fácilmente todas las parábolas que chocaron a Butler y todas las 120 que hay en el Evangelio: Muchas están “hecha” ya en el cuerpo de este libro, y para muestra hay ya de sobra botones.

El Rico Epulón (Lucas, XVI, 9). Aquí hay una cosa muy brava, que es nada menos que el Infierno: Butler, Gide, Shaw y Cía. no quieren ni oírlo nombrar. “El hombre que cree en el infierno no puede ser religioso”.

*Había un Hombre Rico, que se vestía de purpura y holanda
Banqueteando en grande cada día
Y había Un pobre llamado Lázaro, que yacía ante Su puerta
Cubierto de llagas
Y ansiaba Con los restos que caían de su mesa hartarse
Y ninguno se los daba.*

El mismo procedimiento narrativo, el planteo despojado de la historia en unas pocas frases directas, *cóscas* y cromáticas, trabadas en balanceo y antítesis; el dramático encuentro del Leproso y el Magnate en la otra vida y el breve y golpeado diálogo con su exageración oriental, y la resuelta conclusión de que “Si no creen a Moisés y a los Profetas –Tampoco se dejarán persuadir– Aunque uno resucite de entre los muertos”; lo cual se verificó literalmente en la resurrección del “otro Lázaro –y la coincidencia de los dos nombres no debe ser casual– y en la del propio Cristo.

Lo que debe haber de “inmoral” en esta parábola –según Butler– será sin duda la poca misericordia de Abraham, que responde *negativa* al Epulón, primero acerca del darle una gota de agua por medio de Lázaro, y, después, en hacer que Lázaro resucite para ir a avisarle a sus cinco hermanos que *hay otra vida*, y que en ella las cosas van a veces al revés que en esta. Pero Abraham dio allí una razón muy buena de su negativa; y dentro de las convenciones del género, exacta; que no lo hacía pura y simplemente porque era imposible: pues “un abismo infranqueable existe de necesidad entre nosotros” Ese abismo, que nuestro Samuel Butler –Borges– calificaría de “mitología de conventillo”, es una obvia verdad teológica; y aún si se quiere filosófica. Pero para saberla hay que aprenderla: no está en la *Enciclopedia Hispano-Americana*.

Cristo cree en el Infierno y habla mucho de él –unas 14 veces– simplemente porque era un hombre *muy religioso*; y en consecuencia sabe que el Infierno existe y tiene grandísimo miedo de que vayamos a él. Una vez había leído yo un libro de Borges contra el Infierno; mejor dicho, contra una cantidad de cosas, casi todas malas, que se llama *Discusión*. El libro me hizo pensar, cosa que no me pasa con todos los libros de Borges; y con ninguno de Mallea: pensar en las cosas de mi oficio. Borges se documentó acerca del Infierno en el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano* y refuta victoriosamente todos los argumentos que no prueban la existencia del Infierno, dándose el lujo de ignorar el único que lo prueba, que es la Sagrada Escritura aceptada como revelación –un poco como Samuel Butler, al cual admira–, para concluir con la blasfemia de que todo el que cree en el Infierno “es irreligioso”, con lo cual caen en la Irreligión casi toda la Humanidad menos Borges; e inclusive Jesucristo...

La primera blasfemia que estampó Borges en su vida después ha hecho otras, más o menos ingeniosas. “Borges es un escritor inglés que se va a los suburbios a blasfemar”, me dijo un cura irlandés.

Estaba en Mar del Plata entonces, y un día apareció según parece en la playa una

ballena; y Martita mi sobrina, que tenía 5 años, se empinaba y se desesperaba por ver la ballena detrás de un nudo de gente que exclamaba con entusiasmo: “¡La ballena, la ballena!”. Unos días después vi que el padre de la criatura, mi finado hermano, le decía: “—Martita, si no obedeces, llamo a la ballena: está ahí en el cuarto de al lado”. La deducción obvia de este hecho, en la filosofía borgiana, sería que el doctor Luis O. Castellani era un hombre irreligioso; porque, primero, mentía, y, segundo, asustaba a una criatura.

Pero la verdad es que era muy religioso, porque la ballena existe; en la forma de todos los males que caen sobre el adulto, si de chico es malcriado; y si asustaba un poco a su hija, era por piedad paterna; que ojalá la hubiesen tenido también con Borges. Claro que su mitología era un poco “de conventillo”; pero también lo es la de Cristo, a juicio de Borges; pues el Salvador habla de fuego, de sed, de tinieblas, de cárcel y del “gusano que nunca muere”. Así que estos grandes escritores de cuentos que son “cuentos”, harían bien en estudiar un poco —si quieren hablar de Él— al recitador galileo autor de cuentos que son verdades.

Bien sé cuán “dura es esta palabra” del Infierno, que a mí como a todo hombre religioso anonada; pero existen demasiadas cosas duras en la realidad para que podamos decir a puro capricho que es imposible. Esperamos que Borges se documentará mejor ahora que tiene en la Biblioteca Nacional mucho tiempo y *plenty of books*; y que se librará de la Ballena.

IV. LA IGLESIA

Alguien ha dicho que ninguno *es* cristiano, sino que a lo más *deviene* cristiano. Para poder decir soy *un cristiano* habría que poder decir *soy un santo*; cosa que el que osara decir, dejaría de ser santo en el mismo momento; si es que por ventura lo era antes, cosa que la dificulto mucho, ch'amigo, como dijo el correntino cuando le dijeron que su suegra estaba en el Cielo.

Esta es una manera de hablar exagerada, propia de los europeos: aquí en la Argentina todos somos cristianos —“la Argentina es un país católico”— porque a todos nos han bautizado a los cinco meses aproximadamente; nos han casado por la Iglesia a los 54 años; nos han divorciado a los 57; y cuando cantemos para el carnero, nos llevarán a la iglesia y nos echarán agua bendita en la cara —o en lo que fue cara— con una imponente carga de latines, que no significan nada ni para mí, ni para los circunstantes ni —me atrevo a decir— para el cura: el cual ya es un “habitudo” a esos latines, peor que un sanjuanino al vino y un santafesino al agua; y los recita como agua.

Pero suponiendo fuese verdad lo que defendió aquel filósofo que “nadie es cristiano, todos nos “estamos volviendo., en todo caso”; o sea que la categoría *cristiano*, lo mismo que la categoría *ricachón*, no es una categoría estática sino dinámica; entonces habría que decir también que “la Iglesia no es santa sino que se está volviendo santa”; lo cual sería a modo de herejía, porque el Credo mismo dice que la Iglesia es santa (“*et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*”), cosa que cantamos con agrado todos los sacerdotes; no sin un gran consuelo, porque siendo la Iglesia *nosotros*, resulta que es de fe que, cualquier cosa que hagamos nosotros, somos santos.

Como de vez en cuando acontece entre nosotros cada cosa que es imposible atribuir al Espíritu Santo, entonces el Incrédulo pregunta con sorna:

“—¿Esto es santidad?”.

Nosotros respondemos: “Una cosa es el Cristianismo y otra la Cristiandad; una cosa es la Iglesia y otra los iglesantes”, y nos quedamos muy frescos con nuestra filosofía; pero el Incrédulo se queda más fresco todavía.

Esa distinción entre *cristianismo* y *cristianos* quizás no sea mala si se entiende; pero cualquier cosa es mala *si no* se entiende.

Algunos con oponer esas dos palabras, como si fuesen opuestas o separables, creen responder a la pavorosa objeción contra el Cristianismo que nace de las cochinas, pavadas o burradas visibles de la Santa Madre Iglesia Visible. Por ejemplo, el filósofo Berdiaeff escribió un librito con el título: *De La Dignidad del Cristianismo y de la Indignidad de los Cristianos*; y el filósofo Kirkegor pronunció la muy repetida hoy día frase siguiente: “Cristo bajó al mundo a salvarnos, murió por nosotros, nos dejó su doctrina y su sangre; y ¿qué ha sucedido? Que veinte siglos de Cristiandad [18, dice él] han terminado en la disolución del Cristianismo’.

El incrédulo reflexiona no sin realismo: “¿Qué me importa a mí que el Cristianismo sea muy santo, si la Cristiandad es puerca? Lo que existe realmente son los cristianos, el “Cristianismo” en abstracto es una poesía lírica, es un ideal nunca realizado: lo cual demuestra que es irrealizable. La realización real del Cristianismo tal como lo veo –y no puedo dejar de verlo sin renunciar a mi sentido moral– es una porquería; y por ende, el Cristianismo tiene que ser también una porquería, aunque por fuera parezca muy lindo a los tontos y a los ingenuos...”. Así Nietzsche, por ejemplo; Croce; Toynbee; y tantísimos otros.

La mejor respuesta en obras a esta objeción es vivir de tal manera que uno se parezca a Cristo, lo cual es parecerse a uno mismo *mirado-por-Dios-desde-lo-eterno*: “tal como ya en Sí mismo la Eternidad lo cambia”, que dijo el poeta. Pero si el incrédulo demanda una respuesta *en palabras*, entonces:

1. Hay que interponer *Iglesia* entre Cristianismo y Cristiandad.
2. Hay que definir bien todos esos términos, a saber:

El *Cristianismo* es la doctrina de Cristo.

La *Iglesia* es el *Cristianismo* encarnado (1).

La *Cristiandad* es el Cristianismo *encarnado* (2).

Estos dos términos últimos designan la misma realidad, pero mirada de dos puntos opuestos. La Iglesia designa al *Cristianismo* encarnado con el acento en la cabeza, que es Cristo, y en la Cristiandad designa al Cristianismo encarnado con el acento en los pies; como sería yo, por ejemplo; o tú, mejor dicho. O tu abuelita. Porque esa realidad social y visible que está en la tierra –y no es de la tierra del todo– desde hace 20 siglos y no puede dejar de verse, puede mirarse de la cabeza abajo, que es transparente; o de los pies arriba, que son opacos. La cabeza es la Iglesia, pero sin excluir los pies; los pies son también la Iglesia, por sucios que estén; pero solamente en cuanto están todavía unidos a la cabeza; y se espera que se limpien o puedan limpiarse: y Dios está por llover fuego y azufre para limpiarlos, me parece... La cabeza es Cristo “*semper vivens et interpellans pro nobis*”; y los pies son por ejemplo San Pedro negando a Cristo después de haberle Cristo lavado los pies.

¡Qué imagen tierna y espantosa: Cristo lavando los pies a San Pedro y a Judas! En el curso de los siglos Cristo se postra a los pies de todos los sucesores de Pedro para lavarles los pies; y algunos tienen patas más de Judas que de Pedro; y todos sin excepción los tienen sucios, como aseveró Cristo en aquella memorable ocasión. Y por eso la Cristiandad, por sucia que ande a veces, nunca se ha podrido del todo: porque Cristo se abaja a lavarnos a nosotros; y a los Apóstoles los lava con agua; pero a los Apóstatas con ácido sulfúrico.

La Cristiandad es el Cristianismo mirado desde los pies; es decir, la parte material, temporal, perecedera del Cristianismo; que no solamente es “humana, demasiado humana”; sino que a veces llega a parecer o a ser hasta infrahumana –“los curas son peores que nosotros”, dicen los fieles y a veces no se equivocan– en virtud de la ley del contraste; que reza que *la corrupción de lo mejor es lo peor*.

Lo más contrario al Cristianismo que hay en el mundo es la hipocresía; y sin embargo,

nada es tan fácil como pasar del Cristianismo a la hipocresía, o exactamente dicho: quedarse en la hipocresía sin llegar al Cristianismo. Esa corrupción suprema del fariseísmo, contra la cual luchó Cristo, sólo puede darse plenamente en la religión verdadera.

De modo que, resumiendo, el Cristianismo no tiene ninguna porquería; la Cristiandad tiene bastantes y muy repelentes; y la Iglesia tiene y no tiene; porque ella mientras milita en la tierra consiste en un esfuerzo constante por reducir la Cristiandad al Cristianismo, en una especie de gigantesca empresa de quemazón de basuras, lo cual presupone la existencia de basuras, pero una existencia que no se acepta y contra la cual se lucha. Si no hubiese existido Savonarola al frente de Alejandro VI, estábamos perdidos; pero existió Savonarola.

La santidad de la Iglesia es como una leña: es una cosa dinámica y no estática: es un *devenir*, una lucha, una ascensión interminable. Aparentemente interminable, pero que termina. “He aquí que haré nuevos cielos y nueva tierra” dice Dios. Terminará la lucha un día.

“Volveos Excepcionales lo mismo que vuestro Padre, el cual es ciudadano del cielo; vosotros no lo sois todavía. No seáis Masa, volveos Singulares, Diferentes, Individuos. En suma, “llegad a ser los que sois, volveos Persona y no os resignéis a ser siempre Rebaño....”.

—¿Quién dijo eso?

—Jesucristo.

—Usted tergiversa. Jesucristo ¿no dijo por ventura: “Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto”?

—Sí. Así traduce la Vulgata. Pero yo le aseguro categóricamente que estotra traducción no es infiel; y para nosotros los condenados a ser pisoteados por la bestialidad de la Masa, quizá sea mejor estotra de Jerónimo del Rey que la del mismísimo San Jerónimo. ¿Qué significa exactamente *teleiois* en griego? Vea cualquier diccionario: una cosa dinámica y no estática. Por tanto, hacedos Excepcionales, como vuestro Padre que está en los cielos es Único. Haced un esfuerzo para llegar a ser lo que sois, es decir, Individuos; es decir, Únicos; es decir, Perfectos; es decir, Santos.

(El quinto ensayo de este “Resumen de todo lo dicho., acerca de las profecías, no ha podido ser acabado por el autor. El cual pide excusa por ello).

Erratas

Página 219

El hexámetro, atribuido en la primera edición a Lucrecio, que reza:

“Est Deus in nobis, agitante calescimus illo”

no está en el poema DE NATURA RERUM, única obra de Lucrecio —por lo menos en el texto crítico establecido por Alfred Ernout para *Les Belles Lettres* de París, año 1935, que acabamos de recorrer verso por verso—. La idea sí que está en Lucrecio, y por cierto que como una de las ruedas maestras de su pensamiento, principalmente en la invocación:

“Aeneadum genetrix hominum divonque voluptas Alma Venus... (l. I, v. 1) y en la mitad del Libro IV, v. 1058 seq.

“Haec venus est nobis...”

Nosotros copiamos la cita equivocada (el verso probablemente de Ovidio) de un exegeta llamado A. Durand, el cual probablemente la copió, según la santa costumbre de los eruditos, de otro exegeta, el cual la copió de otro, que era un vago que citaba de memoria no teniéndola buena. Así se han creado cosas pintorescas y aun portentosas en el mundo de las

letras, como observa Belloc: *"Inaccuracy is a God. . . At least, some God guides it... Inaccuracy is a very fruitfull and potverfull creator of things. It not only creates legends, it creates of words. There are hosts and crowds of words. . . through the inspiration of inaccuracy, which is blown into men by this God of whom I speack..."*, *On Inaccuracy* en el libro ON, P. 100, Methuen Ldon. cuarta edición, año 1927. Hemos citado con todo cuidado; sin embargo, si alguno nos re-cita, le recomendamos verifique sus referencias.

Página 361

La anécdota del sargento salteño no está tomada del libro *La Historia que he Vivido*, todavía no publicado al escribirse esa homilía; sino de un relato oral de don Carlos Ibarguren al autor. (19 de junio de 1957).